

TRUDI CANAVAN

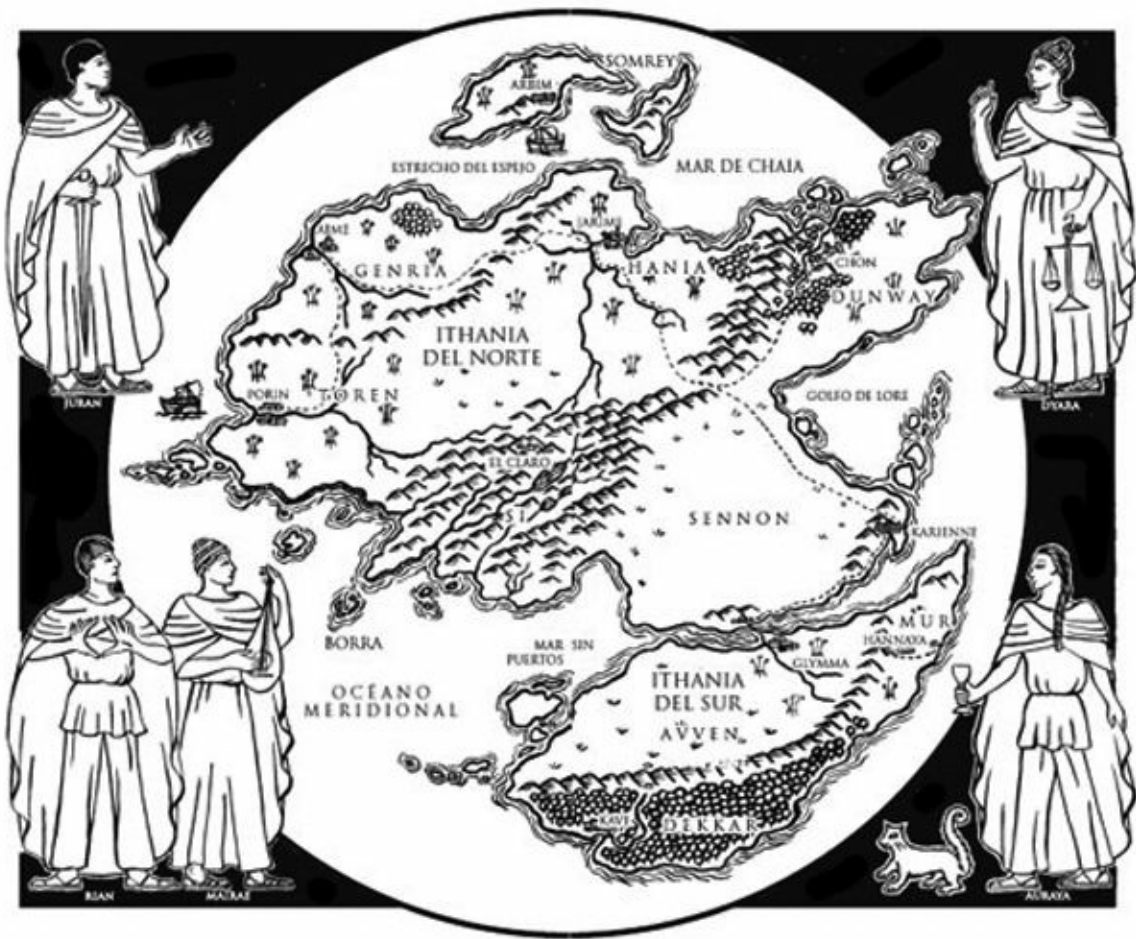
LA SACERDOTISA BLANCA

LA ERA DE LOS CINCO DIJES, I



FANTASY

Para Paul



Prólogo

Auraya pasó por encima de un tronco caído, pisando con cautela para que el crujido de unas hojas o el chasquido de una rama no delatara su presencia. Notó un tirón en la garganta que la obligó a mirar atrás. El bajo de su tago se había enganchado en un arbusto. Lo soltó con delicadeza y siguió su camino cuidadosamente.

Su presa se movió, y ella se quedó muy quieta.

«No puede haberme oído —se dijo—. No he hecho el menor ruido».

Aguantó la respiración mientras el hombre se incorporaba y posaba la vista en unas ramas cubiertas de musgo de un viejo árbol de garpa. Las sombras del follaje moteaban su chaleco de tejedor de sueños. Al cabo de un momento, se agachó de nuevo y continuó examinando el sotobosque.

Auraya dio tres sigilosos pasos más en su dirección.

—Llegas pronto, Auraya.

Con un suspiro de exasperación, la muchacha caminó hacia él, contrariada. «Un día lo sorprenderé», se prometió.

—Mi madre se tomó una dosis fuerte anoche. Se levantará tarde.

Leiard recogió un trozo de corteza, sacó un cuchillo corto de un bolsillo del chaleco, insertó la punta en una grieta y la retorció hasta mostrar las pequeñas semillas rojas que había dentro.

—¿Qué son? —preguntó Auraya, llena de curiosidad.

Aunque Leiard llevaba años revelándole los secretos del bosque, siempre

había algo nuevo que aprender.

—Semillas del árbol de garpa. —Leiard inclinó el trozo de corteza, y las semillas cayeron en la palma de su mano—. Aceleran los latidos del corazón y quitan el sueño. Los mensajeros las utilizan para cabalgar largas distancias, los soldados y los académicos, para mantenerse despiertos, y...

De pronto se quedó en silencio, se enderezó y escrutó la espesura. Auraya oyó un chasquido de madera a lo lejos. Miró entre los árboles. ¿Era su padre, que se dirigía hacia allí para llevársela a casa? ¿O se trataba del sacerdote Avorim? Él le había advertido que no hablara con los tejedores de sueños. Una cosa era que a Auraya le gustara desobedecer al sacerdote, y otra muy distinta que la pillaran en compañía de Leiard. Empezó a alejarse.

—Quédate donde estás.

Auraya se paró en seco, sorprendida por el tono de Leiard. Se volvió a oír unas pisadas y avistó a dos hombres que se aproximaban. Eran bajos, fornidos y llevaban chalecos de cuero grueso. Ambos tenían el rostro cubierto de espirales y rayas negras.

«Dunwayanos», pensó Auraya.

—No digas nada —murmuró Leiard—. Yo lidiaré con ellos.

Los dunwayanos los divisaron a ambos. Mientras se acercaban a toda prisa, ella advirtió que cada uno empuñaba una espada. Leiard permaneció inmóvil. Los dunwayanos se detuvieron a pocos pasos de distancia.

—Tejedor —dijo uno de ellos—, ¿hay alguien más en el bosque?

—No lo sé —respondió Leiard—. El bosque es muy extenso, y rara vez se interna alguien en él.

El guerrero hizo un gesto con la espada en dirección a la aldea.

—Vendréis con nosotros.

Leiard no discutió ni le pidió explicaciones.

—¿No piensas preguntarles qué se proponen? —susurró Auraya.

—No —contestó él—. Pronto lo averiguaremos.

Oralyn era la aldea más extensa del noroeste de Hania, pero Auraya había oído quejarse a algunos visitantes de que no era especialmente grande.

Construida en lo alto de una colina, dominaba los campos y el bosque circundantes. Un templo de piedra destacaba sobre los demás edificios, y una antigua muralla lo rodeaba todo. Habían retirado las puertas viejas hacía más de medio siglo, y donde antes estaban las bisagras solo quedaban trozos de metal irregulares y oxidados.

Varios guerreros dunwayanos recorrían la muralla de un lado a otro, y no había nadie trabajando en los sembrados cercanos. Los dos hombres escoltaron a Auraya y Leiard por calles también desiertas hasta el templo y los obligaron a entrar. La espaciosa sala estaba repleta de aldeanos. Algunos de los varones más jóvenes llevaban vendas. Cuando Auraya oyó su nombre, pudo distinguir a sus padres y se encaminó hacia ellos a toda prisa.

—Gracias a los dioses que estás viva —dijo su madre estrechándola entre sus brazos.

—¿Qué ocurre?

Su madre se sentó de nuevo en el suelo.

—Estos extranjeros nos han obligado a venir —explicó—, aunque tu padre les ha dicho que estoy enferma.

Auraya deshizo los nudos de su tago, lo dobló y se acomodó encima.

—¿Han dicho por qué?

—No —respondió su padre—. No creo que quieran hacernos daño. Algunos hombres han intentado plantar cara a los guerreros después de que estos redujeran al sacerdote Avorim, pero no ha muerto nadie.

A Auraya no le extrañó que hubieran derrotado a Avorim. Aunque todos los sacerdotes tenían dones, no todos eran hechiceros poderosos. Auraya sospechaba que había campesinos con más poderes mágicos que Avorim.

Leiard se había agachado junto a uno de los heridos y le preguntó en voz baja:

—¿Quieres que le eche un vistazo a eso?

El hombre abrió la boca para contestar, pero se quedó paralizado cuando una figura vestida de blanco se detuvo a su lado. Tras alzar la vista y posarla en el sacerdote Avorim, el herido negó con la cabeza.

Leiard se incorporó y miró al sacerdote. Aunque Avorim no era tan alto como él, irradiaba autoridad. Auraya notó que se le aceleraba el pulso

mientras los dos hombres se aguantaban la mirada; finalmente Leiard agachó la cabeza y se alejó.

«Necios —pensó ella—. Como mínimo podría dejar que le alivie el dolor. ¿Qué importa que no venere a los dioses? Sabe más de sanación que nadie en este lugar».

Por otro lado, en el fondo sabía que la situación no era tan simple. Los circulianos y los tejedores de sueños siempre se habían detestado unos a otros. Los circulianos odiaban a los tejedores porque estos no rendían culto a los dioses; los tejedores odiaban a los dioses porque habían matado a Mirar, su líder. «Al menos eso afirma el sacerdote Avorim —reflexionó Auraya—. Nunca se lo he oído decir a Leiard».

Un golpe metálico resonó en el templo. Las cabezas se volvieron hacia las puertas, que se abrieron de golpe. Dos guerreros dunwayanos entraron. Uno tenía unas rayas tatuadas en la frente que semejaban un entrecejo permanentemente fruncido. A Auraya le dio un vuelco el corazón cuando reconoció el dibujo. «Es su líder. Leiard me describió esos tatuajes una vez. Y él es un hechicero». Junto a él estaba un hombre vestido de azul oscuro y la cara surcada por líneas radiales.

Los dos observaron la sala.

—¿Quién gobierna esta aldea? —preguntó el líder.

El jefe de la aldea, un mercader gordo llamado Qurin, dio un paso al frente con nerviosismo.

—Yo.

—¿Nombre y rango?

—Qurin, jefe de Oralyn.

El líder dunwayano miró de hito en hito al hombre rollizo.

—Yo soy Bal, talmo de Mirrim, ka-lem de los Leven-ark.

A Auraya le vinieron de nuevo a la mente las lecciones de Leiard. «Talmo» era un título que designaba a los terratenientes. Un «ka-lem» era un alto cargo del ejército dunwayano. Aunque el grado debía de ir asociado al nombre de uno de los veintiún clanes de guerreros, ella no reconoció el nombre Leven-ark.

—Este es Sen —prosiguió Bal señalando con la cabeza al hechicero que

tenía a su lado—, guerrero de fuego de los Leven-ark. Hay un sacerdote entre vosotros. —Miró a Avorim—. Acércate y dinos tu nombre.

Avorim avanzó con paso altivo y se detuvo junto al jefe de la aldea.

—Soy el sacerdote Avorim —dijo, con una expresión de desprecio en su rostro arrugado—. ¿Por qué habéis atacado nuestra aldea? ¡Dejadnos libres de inmediato!

Auraya reprimió una exclamación de estupor. Esa no era forma de dirigirse a un dunwayano, y menos aún a uno que acababa de tomar como rehenes a los habitantes de una aldea.

—Venid conmigo —replicó Bal haciendo caso omiso de la exigencia del sacerdote.

Bal se volvió, y Qurin lanzó una mirada de desesperación a Avorim, que posó una mano sobre su hombro para tranquilizarlo. Los dos salieron del templo detrás de Bal.

En cuanto la puerta se cerró, los aldeanos comenzaron a hacer toda clase de conjeturas. Pese a que su pueblo se encontraba cerca de Dunway, sabían muy poco del país vecino. No necesitaban conocer más. Las montañas que separaban ambos territorios eran prácticamente infranqueables, por lo que el comercio se realizaba por mar o a través del paso situado más al sur.

Al imaginar las formas en que Qurin y Avorim podían disgustar a Bal con sus palabras, Auraya sintió un escalofrío de miedo. Dudaba que en la aldea hubiera alguien aparte de Leiard que supiera lo bastante de los dunwayanos para negociar una salida a la situación. Sin embargo, Avorim jamás permitiría que un tejedor de sueños hablara en su nombre.

Auraya recordó el día que había conocido a Leiard, hacía casi cinco años. Ella y su familia se habían instalado en la aldea con la esperanza de que la salud de su madre mejorara en el ambiente tranquilo y limpio del lugar. No había funcionado. Como Auraya había oído que los tejedores de sueños eran buenos sanadores, había buscado a Leiard y le había pedido sin rodeos que tratara a su madre.

Desde entonces, lo visitaba cada pocos días. Tenía muchas dudas sobre el mundo que nadie parecía capaz de aclararle. El sacerdote Avorim solo le hablaba de los dioses y era demasiado débil para enseñarle magia. Ella sabía

que Leiard poseía una gran fuerza mágica porque siempre tenía habilidades nuevas en las que iniciarla.

Pese a su antipatía hacia Avorim, era consciente de que debía aprender las costumbres circulianas de un sacerdote circuliano. Le fascinaban los ritos y sermones, la historia y las leyes, y se consideraba afortunada por vivir en una época en que reinaban la paz y la prosperidad, gracias a los dioses.

«Si yo fuera sacerdotisa, sería mucho mejor que él —pensó—. Pero eso jamás ocurrirá. Mientras mamá esté enferma, necesitará que me quede aquí para atenderla».

Las puertas del templo se abrieron, interrumpiendo sus pensamientos. Qurin y Avorim entraron a toda prisa y los vecinos se agolparon en torno a ellos.

—Al parecer, estos hombres pretenden impedir la alianza propuesta entre Dunway y Hania —les informó Qurin.

Avorim asintió.

—Como sabéis, los Blancos llevan años intentando establecer un pacto con los dunwayanos. Han conseguido avances en esa dirección ahora que el viejo y suspicaz I-Orm ha muerto y que su hijo, el sensato I-Portak, ha heredado el trono.

—Entonces ¿por qué están aquí? —preguntó alguien.

—Para evitar que la alianza se concrete. Me han pedido que me ponga en contacto con los Blancos para comunicarles sus exigencias. Lo he hecho, y... he hablado con Juran en persona.

Auraya oyó algunos silbidos de asombro. No era frecuente que los sacerdotes hablaran telepáticamente con uno de los Elegidos de los dioses, los cuatro líderes de los circulianos, conocidos como los Blancos. Dos manchas rojas habían aparecido en las mejillas de Avorim.

—¿Qué ha dicho? —inquirió el panadero de la aldea.

Avorim titubeó.

—Está preocupado por nosotros y hará cuanto esté en sus manos.

—¿Qué, exactamente?

—No lo ha precisado. Seguramente consultará a I-Portak antes.

Esto suscitó un torrente de preguntas. Avorim alzó la voz para hacerse

oír.

—Los dunwayanos no quieren entrar en guerra con Hania; eso nos lo han dejado muy claro. Al fin y al cabo, desafiar a los Blancos es desafiar a los dioses mismos. No sé cuánto tiempo nos retendrán aquí. Debemos prepararnos para esperar varios días.

Cuando las preguntas se centraron en cuestiones de orden práctico, Auraya se percató de que Leiard fruncía el ceño en una expresión de inquietud e incertidumbre. «¿De qué tiene miedo? ¿Duda que los Blancos puedan salvarnos?»

Auraya tuvo un sueño. Caminaba por un pasillo largo con pergaminos y tablillas en las paredes. Aunque parecían interesantes, ella pasaba de largo; de algún modo sabía que ninguno contenía lo que necesitaba. Algo la apremiaba a seguir adelante. Llegó a una pequeña sala circular. En el centro, en una tarima, había un gran rollo de pergamino. Este se desplegó y ella bajó la vista hacia el texto.

Despertó sobresaltada y se incorporó de golpe, con el corazón desbocado. El templo estaba en silencio salvo por los sonidos de los aldeanos dormidos. Recorrió la sala con los ojos hasta que localizó a Leiard, que yacía en un rincón apartado.

¿Le había enviado él el sueño? De ser así, habría cometido un delito que se castigaba con la muerte.

«¿Qué más da, si vamos a morir de todos modos?»

Auraya se envolvió de nuevo en su tago y reflexionó sobre su sueño, preguntándose por qué ahora estaba tan segura de que la aldea no tenía salvación. En el pergamino había leído un párrafo:

«Leven-ark» significa «aquel que prescinde del honor» en dunwayano. Designa a un guerrero que ha renunciado a todo honor y obligación con el fin de luchar por una idea o una causa moral.

A Auraya le había extrañado que un guerrero dunwayano deshonrara a su

clan tomando prisioneros a paisanos desarmados o matando a personas indefensas. Ahora lo comprendió. A los dunwayanos ya no les importaba el honor. Podían hacer lo que se les antojara, como masacrar a los aldeanos.

Los Blancos, que poseían dones extraordinarios, eran capaces de derrotar con facilidad a los dunwayanos en batalla, pero durante la contienda estos podían matar a los aldeanos antes de que los Blancos los vencieran. Por otro lado, si los Blancos cedían a las exigencias de los dunwayanos, tal vez su ejemplo cundiría, y muchos hanianos más sufrirían reclusión o amenazas.

«Los Blancos no cederán —pensó—. Preferirían que muriésemos algunos o todos a dar pie a que otros invadieran una aldea. —Auraya sacudió la cabeza—. ¿Por qué me enviaría Leiard ese sueño? Dudo que me atormentara con la verdad a menos que yo pudiera hacer algo al respecto».

Meditó de nuevo sobre la información contenida en el pergamino. «“Leven-ark.” “Ha renunciado a todo honor.” ¿Cómo podemos sacar partido de eso?»

Pasó el resto de la noche en vela, cavilando. No fue sino cuando la luz del alba empezó a filtrarse con suavidad en la estancia que se le ocurrió la respuesta.

Varios días después, los ánimos estaban encrespados, y en el aire viciado se respiraban olores desagradables. Cuando el sacerdote Avorim no se encontraba resolviendo disputas entre vecinos, intentaba infundirles valor. Pronunciaba varios sermones al día. Aquella mañana había hablado de la época oscura anterior a la Guerra de los Dioses, cuando el caos dominaba el mundo.

—Sacerdote Avorim —dijo un muchacho cuando terminó su relato.

—¿Sí?

—¿Por qué no mataron los dioses a los dunwayanos?

Avorim sonrió.

—Los dioses son seres de magia pura. Para influir en el mundo deben obrar a través de los humanos. Por eso contamos con los Blancos. Son las manos, los ojos y la voz de los dioses.

—¿Por qué no os conceden a vos el poder para matar a los dunwayanos?

—Porque matar no es la mejor manera de solucionar los problemas. Los dunwayanos... —La voz del sacerdote se apagó. Fijó los ojos en un punto distante y esbozó una sonrisa—. Mairae la Blanca ha llegado —anunció.

A Auraya se le hizo un nudo en el estómago. «¡Uno de los Blancos está aquí, en Oralyn!» Su emoción se desvaneció cuando la puerta del templo se abrió. Bal entró, flanqueado por varios guerreros y Sen, su hechicero.

—Sacerdote Avorim, Quirin. Venid.

Avorim y Quirin salieron precipitadamente. Sen no los siguió. Su expresión adusta deformaba las líneas radiales de su rostro. Señaló a Ralam, el padre del herrero.

—Tú. Ven conmigo.

El anciano se levantó y se acercó al hechicero, cojeando a causa de una fractura en una pierna que se le había roto hacía años y que no había soldado bien.

«El sacrificio», pensó Auraya. Se le aceleró el pulso mientras se dirigía hacia ellos. Su plan dependía de la reticencia de los dunwayanos a quebrantar sus costumbres, pese a sus intenciones. Se plantó delante de Ralam.

—En virtud de los edictos de Lore —dijo encarándose con Sen—, reivindico el derecho a ocupar el lugar de este hombre.

El hechicero pestañeó, sorprendido. Lanzó una mirada a los guerreros que custodiaban la puerta y habló en dunwayano, señalándola con gestos desdeñosos.

—Sé que me habéis entendido —dijo ella avanzando con determinación hasta quedarse a un paso del hechicero—, al igual que vuestros hermanos guerreros. Reclamo el derecho a sustituir a este hombre.

El corazón le golpeaba el pecho con fuerza. Varias voces la llamaron a su espalda, suplicándole que regresara. El anciano le tiró del brazo.

—No te preocupes, muchacha. Iré yo.

—No —repuso ella. Se obligó a mirar a Sen a los ojos—. ¿Me llevaréis con vos?

El hombre entornó los párpados.

—¿Lo has decidido libremente?

—Sí.

—Ven conmigo.

Alguien entre el público gritó su nombre, y ella se estremeció al reconocer la voz de su madre. Resistiendo el impulso de mirar atrás, salió del templo siguiendo a los dunwayanos.

Una vez fuera, Auraya notó que su valor flaqueaba. Vio a varios guerreros dunwayanos apiñados en semicírculo en torno a la brecha en la muralla de la aldea. La luz del atardecer arrancaba destellos a sus lanzas. No había el menor rastro de Qurin o del sacerdote Avorim. Bal se separó del medio círculo de guerreros. Al ver a Auraya, frunció el ceño y dijo algo en su idioma.

—Se ha ofrecido voluntaria para ocupar el lugar del otro —respondió Sen en haniano.

—¿Por qué no te has negado?

—Ella conocía las palabras rituales. El honor me obligaba a...

Bal entornó los ojos.

—Somos los Leven-ark. Hemos renunciado al honor. Llévate...

Sonó una voz de advertencia. Todos se volvieron para ver a una sacerdotisa de pie en el hueco del muro.

Era muy hermosa. Su cabello dorado estaba recogido en un peinado elaborado. Sus ojos grandes y azules los contemplaban con serenidad. Auraya se olvidó de todo excepto de que tenía ante sí a Mairae la Blanca. Entonces Sen la aferró de la muñeca con puño de hierro y la arrastró detrás de Bal, que se dirigía con paso firme hacia la mujer.

—Quédate donde estás, o ella morirá —bramó el líder dunwayano.

Mairae clavó la vista en Bal.

—Bal, talmo de Mirrim, ka-lem de los Leven-ark, ¿por qué mantienes prisionero al pueblo de Oralyn?

—¿No te lo ha explicado tu sacerdote? Exigimos que desistáis de sellar una alianza con Dunway. De lo contrario, mataremos a estos aldeanos.

—I-Portak no aprueba esta medida que habéis tomado.

—Nuestro conflicto con vosotros se extiende también a I-Portak.

Mirae asintió.

—¿Por qué queréis evitar la alianza cuando los dioses desean que nuestras tierras se unan?

—No proclamaron que Dunway tuviera que estar gobernado por los Blancos, solo que nuestros países se aliaran.

—No tenemos la menor intención de gobernaros.

—Entonces ¿por qué reclamáis el control de nuestras defensas?

—No lo reclamamos. El ejército de vuestro país está y siempre estará bajo el control de I-Portak y sus sucesores.

—Un ejército sin guerreros de fuego.

Mirae arqueó las cejas ligeramente.

—¿De modo que estáis en contra de la disolución del Clan de los Hechiceros, pero no en contra de la alianza en sí?

—En efecto.

Se quedó pensativa.

—Creíamos que la disolución del Clan de los Hechiceros contaba con el apoyo de sus miembros. I-Portak considera muy beneficioso destinar al sacerdocio a los dunwayanos dotados. Hay muchas cosas que podemos enseñarles y que no aprenderían en la casa del Clan. La sanación, por ejemplo.

—Nuestros guerreros de fuego saben curar heridas —espetó Sen, con una voz que atronó en los oídos de Auraya.

Mirae desvió su atención hacia él.

—Pero no sanar a niños enfermos, asistir en partos complicados o aclarar la vista a los ancianos.

—Nuestros tejedores de sueños suelen encargarse de esas tareas.

Mirae sacudió la cabeza.

—Es imposible que haya suficientes tejedores en Dunway para cubrir esas necesidades.

—Tenemos más que Hania —alegó Sen con frialdad—. A diferencia de los hanianos, no intentamos eliminarlos.

—Hace cien años, los dunwayanos estabais tan ansiosos como los

hanianos por libraros de Mirar, el líder de los tejedores de sueños. Solo un puñado de hanianos descarriados trató de matar a sus seguidores. Nosotros no lo ordenamos. —Hizo una pausa—. Tal vez los tejedores sean sanadores dotados, pero no tienen la posibilidad de apelar al poder de los dioses. Nosotros podemos ofrecerles mucho más.

—Nos arrebataríaís una tradición que hemos conservado durante mil años —replicó Bal.

—¿Estáis dispuestos a enemistaros con los dioses por ello? —preguntó Mairae—. ¿Vale la pena desencadenar una guerra? Eso es lo que haréis si ejecutáis a estos aldeanos.

—Sí —fue la contestación contundente de Bal—. Estamos preparados para ello, pues sabemos que no son los dioses quienes exigen el fin del Clan de los Hechiceros, sino I-Portak y los Blancos.

Mairae suspiró.

—¿Por qué no expresasteis antes vuestra disconformidad? Los términos de la alianza habrían podido modificarse si nos lo hubierais pedido pacíficamente. Ahora no podemos ceder a vuestras exigencias, pues otros, al enterarse de vuestro éxito, amenazarían a inocentes para alcanzar sus fines.

—¿O sea que abandonaréis a estos aldeanos a su suerte?

—Lo que suceda pesará sobre vuestra conciencia, no sobre la nuestra.

—¿De veras? —preguntó Bal—. ¿Qué pensará la gente de los Blancos cuando se entere de que se negaron a salvar a su propio pueblo?

—El pueblo nos profesa una lealtad férrea. Tienes hasta el anochecer para marcharte, talmo de Mirrim. Que los dioses te guíen.

Dio media vuelta.

—Nuestra causa es justa —murmuró Bal—. Los dioses así lo perciben.

Tras lanzar a Auraya una mirada inquietantemente impersonal, hizo una señal con la cabeza a Sen. Auraya se quedó helada al sentir que la mano de Sen la agarraba por la nuca.

—¡Un momento! —jadeó ella—. ¿Puedo decir algo antes de morir?

Sen dejó de sujetarla con tanta fuerza. Mairae se detuvo y miró a Bal por encima del hombro. El dunwayano sonrió.

—Adelante —dijo.

Auraya desplazó la vista de Mairae a Bal y pronunció las palabras que había repasado en su mente durante días.

—Esta situación tiene cuatro desenlaces posibles —aseveró—. El primero: los dunwayanos podrían ceder y dejar que los Blancos se salgan con la suya. —Posó los ojos en Bal—. No es probable. Tampoco lo es que los Blancos cedan y esperen a que se den condiciones más favorables para formar una alianza, porque no quieren que nadie siga vuestro ejemplo. —Tenía la boca muy seca. Hizo una pausa para tragar saliva—. Por lo que parece, los Blancos tienen que dejar que los Leven-ark nos maten. Entonces los Blancos o I-Portak matarán a los Leven-ark. Nos considerarán a todos mártires de nuestro país o de nuestra causa. —Se volvió de nuevo hacia Bal—. ¿O tal vez no? Si vosotros morís, el Clan de los Hechiceros desaparecerá de todos modos. Habréis fracasado. —Miró a Mairae—. Debe de haber otra solución. —Todos la observaban. Se obligó a fijar otra vez la mirada en Bal—. Haced creer a la gente que los Leven-ark habéis fracasado. Dejasteis de lado el honor y vinisteis aquí, dispuestos a sacrificar vuestra vida para salvar el Clan de los Hechiceros. ¿Accederíais a sacrificar vuestro orgullo en vez de ello?

Bal arrugó el entrecejo.

—¿Mi orgullo?

—Si os sometéis a la humillación de marcharos de Hania escoltados por los Blancos, si conseguís que la gente se convenza de vuestro fracaso, no tendremos que temer que otros os imiten. —Se dirigió a Mairae—. Si él acepta, ¿modificaréis los términos de vuestra alianza?

—¿Para permitir que el Clan continúe existiendo?

—Sí. Incluso yo, que vivo en esta aldea minúscula, he oído hablar del famoso Clan de Guerreros de Fuego de Dunway.

Mairae asintió.

—Sí, si el pueblo dunwayano desea conservarlo.

—Enmendad los términos de la alianza..., pero no de inmediato, o los demás sospecharán que hay una relación entre la llegada de los Leven-ark y la reforma. Buscad un pretexto para la modificación.

Bal y Mairae adoptaron una actitud meditabunda. Sen emitió un gruñido

bajo y dijo algo en dunwayano. Al oír la respuesta de Bal se puso rígido, pero guardó silencio.

—¿Deseas añadir algo más, muchacha? —preguntó Bal.

Auraya agachó la cabeza.

—Os estaría muy agradecida si no matarais a mi familia ni a mis vecinos.

Bal, con expresión divertida, volvió la vista hacia Mairae. Auraya intentó desterrar de su mente la sospecha creciente de que se había puesto en ridículo.

«Tenía que intentarlo. Si se me ocurre una idea para salvar la aldea y no la pongo a prueba..., acabaré muerta».

—¿Estás dispuesto a dejar que el mundo crea que habéis fracasado? —preguntó Mairae.

—Sí —contestó Bal—. Pero debo contar con la aprobación de mis hombres. Si me la dan, ¿cambiaréis los términos de la alianza?

—Sí, si I-Portak y los otros Blancos se muestran de acuerdo. ¿Consultamos a nuestra gente y nos reunimos de nuevo dentro de una hora?

Bal hizo un gesto afirmativo.

—¿Prometéis que hasta entonces no haréis daño a ninguno de los aldeanos?

—Juro en nombre de Lore que no sufrirán daño alguno. Pero ¿qué garantía tenemos de que vosotros modificaréis la alianza cuando nos hayamos marchado?

Los labios de Mairae se relajaron en una sonrisa.

—Los dioses no nos permiten incumplir nuestras promesas.

—Tendremos que conformarnos con eso —gruñó Bal—. Volveré dentro de una hora y te daré nuestra respuesta.

Cuando Mairae entró en el templo, los aldeanos callaron.

—Hemos acordado una solución pacífica —anunció—. Los dunwayanos se han ido. Podéis volver a vuestras casas.

Al instante, el templo se llenó de gritos de alegría.

Auraya había seguido a Mairae, Avorim y Qurin al interior de la sala.

—¡Chiquilla tonta! —exclamó una voz conocida. Su madre se acercó a toda prisa para abrazarla con fuerza—. ¿Por qué has hecho eso?

—Luego te lo explico. —Auraya buscó a Leiard con la mirada, pero no lo localizó. Cuando su madre la soltó, advirtió de pronto que Mairae se encontraba de pie junto a ella.

—Auraya Tintor —dijo la Blanca—, has obrado con gran valentía.

Auraya notó que se le encendían las mejillas.

—¿Valentía? Estaba muerta de miedo.

—Y aun así no has dejado que el miedo te enmudeciera. —La mujer sonrió—. Has demostrado una clarividencia poco común. Avorim dice que eres una alumna inteligente y de dones excepcionales.

Auraya lanzó una mirada al sacerdote, sorprendida.

—¿Eso ha dicho?

—Sí. ¿Te has planteado la posibilidad de ingresar en el sacerdocio? Eres mayor que casi todos nuestros novicios, pero no demasiado.

A Auraya se le cayó el alma a los pies.

—Me encantaría, pero mi madre... —Miró a sus padres—. Está enferma. Yo cuido de ella.

Mairae se dirigió a la madre de Auraya.

—Los sanadores del templo son los mejores del país. Si envío a uno aquí para que te atienda, ¿permitirás que Auraya se una a nosotros?

Algo aturdida, Auraya se volvió hacia sus padres, que tenían los ojos desorbitados de asombro.

—No quisiera causar tantas molestias... —empezó a protestar su madre.

Mairae sonrió.

—Considéralo un intercambio: una novicia a cambio de una sacerdotisa formada. Auraya tiene un potencial que no debe desperdiciarse. ¿Qué opinas, Auraya?

La joven abrió la boca y emitió un chillido poco decoroso que recordaría con vergüenza durante muchos años.

—¡Sería maravilloso!

PRIMERA PARTE

1

Aunque Danyin Lanza había estado en el interior del templo de Jarime en varias ocasiones, aquel día tenía la sensación de que entraba por primera vez. Lo había visitado en el pasado en representación de otros o para prestar servicios de poca importancia como traductor. Esta vez la situación era distinta: había acudido para emprender lo que esperaba que fuera el trabajo más importante de su carrera.

Independientemente de cómo acabara aquello, de si fracasaba o sus tareas resultaban tediosas o desagradables, aquel día quedaría grabado a fuego en su memoria. Se percató de que estaba más atento que de costumbre a cuanto lo rodeaba, tal vez con el fin de absorber los detalles y reflexionar sobre ellos más adelante. «O quizá solo porque estoy muy nervioso —pensó—. El viaje se me está haciendo interminable».

Habían enviado un platén a recogerlo. El pequeño carro de dos ruedas cabeceaba con suavidad, al compás del andar del arem que tiraba de él, adelantando despacio a otros vehículos, criados y soldados, así como a los hombres y mujeres ricos que paseaban por el camino. Danyin se mordió el labio y resistió el impulso de pedir al hombre encaramado en el angosto pescante que arreara al animal para que avanzara más deprisa. Todos los sirvientes del templo destilaban una dignidad serena que no invitaba precisamente a darles órdenes. Tal vez esto se debía a que su actitud recordaba la de los sacerdotes, que desde luego no recibían órdenes de nadie.

Se acercaban al final de una carretera larga y ancha. La bordeaban casas grandes de dos y tres plantas que contrastaban con el revoltillo de bloques de viviendas, tiendas y almacenes que componían la mayor parte de la ciudad. Las residencias de la vía del Templo eran tan caras que solo los más ricos podían permitírselas. Aunque Danyin pertenecía a una de las familias más acomodadas de Jarime, ninguno de sus parientes vivía allí. Eran mercaderes a quienes el templo y la religión les interesaba tanto como el mercado y su cena: los consideraban necesidades básicas por las que no valía la pena armar mucho alboroto, a menos que pudieran amasar una fortuna con ello.

Danyin pensaba de forma distinta desde que tenía uso de razón. Creía que había otras cosas valiosas aparte del oro. Cosas como la lealtad a una causa noble, la ley, un código de conducta civilizado, el arte y la búsqueda de conocimiento; cosas que en opinión de su padre podían comprarse o eran prescindibles.

El platén llegó al Arco Blanco, la entrada al templo. Las efigies talladas en relieve de los cinco dioses se erguían majestuosas sobre la cabeza de Danyin. Unos surcos estrechos rellenos de oro imitaban de forma espectacular los rayos luminosos que despedían cuando cobraban forma visible. «Sé lo que comentaría mi padre al respecto: si a los dioses no les importa el dinero, ¿por qué no está hecho su templo de palos y arcilla?»

El platén atravesó el arco, y el templo apareció ante él en todo su esplendor. Danyin suspiró con admiración. Tenía que reconocer que se alegraba de que el edificio no fuera de palos y arcilla. A su izquierda estaba la Cúpula, una semiesfera enorme en cuyo interior se celebraban ceremonias. Los elevados arcos de su base daban acceso al interior y producían la impresión de que la Cúpula flotaba a poca distancia del suelo. Dentro se encontraba el altar en que los Blancos entraban en comunión con los dioses. Aunque Danyin no lo había visto, tal vez su nuevo cargo le brindaría la oportunidad.

Junto a la Cúpula se alzaba la Torre Blanca, el edificio más alto que jamás había existido y que parecía llegar hasta las nubes. Naturalmente, era solo una ilusión. Danyin había estado en las habitaciones más altas y sabía que las nubes quedaban aún muy lejos. Por otro lado, este efecto debía de

causar un gran impacto en los visitantes. Danyin comprendía las ventajas de impresionar tanto al plebeyo como al gobernante extranjero.

A la derecha de la torre se hallaban las Cinco Casas, una gran construcción hexagonal que servía de alojamiento para el clero. Danyin nunca había entrado en ella y probablemente jamás lo haría. Aunque respetaba a los dioses y a sus devotos, no albergaba el menor deseo de ordenarse sacerdote. A sus cincuenta y un años, era demasiado mayor para abandonar algunas de sus malas costumbres. Además, su esposa nunca le habría dado su consentimiento.

«Por otro lado, tal vez la seduzca la idea. —Sonrió para sí—. Siempre se queja de que pongo su casa y sus planes patas arriba cuando estoy allí».

Una extensión considerable de terreno despoblado rodeaba los edificios del templo. Había caminos pavimentados y arriates dispuestos en círculos concéntricos. La circunferencia era el símbolo sagrado del Círculo de los Dioses, y, al pensar en algunas de las maneras en que dicho símbolo se había incorporado al templo, Danyin se preguntaba si los diseñadores y arquitectos originales habían sido unos fanáticos dementes. ¿De verdad hacía falta decorar las letrinas comunitarias con elementos circulares, por ejemplo?

Conforme el platén se acercaba a la torre, el corazón de Danyin latía cada vez más deprisa. Sacerdotes y sacerdotisas vestidos de blanco caminaban en distintas direcciones con paso apresurado. Algunos reparaban en su presencia y lo saludaban con una cortés inclinación de cabeza, gesto que sin duda habrían dedicado a cualquier otra persona que llevara una vestimenta elegante. El platén se detuvo frente a la torre, y Danyin se apeó. Dio las gracias al cochero, que inclinó la cabeza una vez antes de arrear de nuevo al arem.

Danyin respiró hondo y se volvió hacia la entrada de la torre. Unos pilares robustos sostenían un arco ancho. Cruzó el umbral. Las luces mágicas del interior iluminaban la sala repleta de columnas que abarcaba toda la planta baja de la torre. Allí se celebraban reuniones y se recibía a las visitas importantes. Puesto que los Blancos, además de ejercer la autoridad máxima en la religión circuliana, eran los gobernantes de Hania, el templo no solo se utilizaba como centro de culto, sino también como palacio. Los líderes de

otros países, sus embajadores y otras personalidades relevantes se congregaban allí en las ocasiones trascendentes, o acudían para negociar asuntos políticos. Se trataba de un caso excepcional; en todos los demás territorios el clero ocupaba una categoría inferior a la de la clase dirigente.

La sala estaba atestada de gente, y un murmullo de voces flotaba en el aire. Sacerdotes de ambos sexos iban y venían con paso apresurado o charlaban con hombres y mujeres que llevaban joyas relucientes, jubones confeccionados con finas telas y, encima, tagos, a pesar del calor que hacía. Danyin contempló los rostros con una especie de asombro reverencial. Casi todos los gobernantes, todas las personas famosas, adineradas e influyentes de Ithania del Norte estaban allí.

«No doy crédito a mis ojos».

Lo que los había llevado al templo de Hania era el deseo de presenciar la elección del quinto y último miembro de los Blancos por parte de las divinidades. Ahora que la ceremonia había finalizado, todos querían conocer a la nueva Elegida de los dioses.

Danyin se obligó a seguir caminando entre dos filas de columnas. Estas convergían de forma radial en el centro del edificio. Él se adentraba cada vez más, dirigiéndose hacia un grueso muro circular en cuyo interior una escalera subía en espiral hasta la planta superior. El ascenso a la cúspide de la torre era agotador, pero los constructores habían ideado una solución sorprendente. Una cadena pesada colgaba en el hueco de la escalera hasta atravesar un agujero en el suelo. En la base de los escalones había un sacerdote. Danyin se acercó a él e hizo la señal formal del círculo, juntando el índice y el pulgar de ambas manos.

—Soy Danyin Lanza —dijo—. Vengo a ver a Dyara la Blanca.

El sacerdote asintió.

—Bienvenido, Danyin Lanza —respondió con voz profunda.

Danyin escudriñó al hombre en busca de algún indicio de que estuviera comunicándose mentalmente con otros, pero este ni siquiera pestañeó. La cadena del hueco de la escalera comenzó a moverse. Danyin contuvo la respiración. Aún lo asustaba un poco aquel artilugio instalado en el centro de la Torre Blanca. Al alzar la mirada, vio un gran disco de metal que descendía

hacia ellos.

Se trataba de la base de un recinto metálico tan ancho como el hueco de la escalera. Todo el mundo lo llamaba «la jaula», por razones obvias. Su aspecto era muy similar al de los armazones de juncos en los que encerraban a los animales en el mercado, y seguramente inspiraba en sus ocupantes una sensación de vulnerabilidad parecida. Para alivio de Danyin, no era la primera vez que montaba en aquel armatoste. Aunque dudaba que algún día llegara a sentirse cómodo en él, no estaba tan aterrado como en ocasiones anteriores. Solo le faltaba que el miedo se sumara al nerviosismo que sentía por estar a punto de empezar a ejercer un cargo importante.

Una vez que el recinto de metal se detuvo al fondo del hueco, el sacerdote abrió la puerta e hizo pasar a Danyin. La jaula se elevó, y él pronto perdió de vista al hombre. La escalera parecía girar en torno a él conforme la jaula ascendía. En los peldaños había un trasiego considerable de hombres y mujeres vestidos con cirques, uniformes de criados o los suntuosos ropajes de los ricos e importantes. Las plantas inferiores albergaban aposentos y salas de reuniones para los dignatarios extranjeros. Sin embargo, cuanto más subía la jaula, menos personas había. Finalmente, Danyin llegó a los niveles superiores, donde vivían los Blancos. La jaula redujo su velocidad antes de detenerse por completo.

Danyin abrió la puerta y salió. A dos pasos de distancia, en la pared de enfrente, había una puerta. Vaciló por un momento antes de acercarse a ella. Aunque ya había hablado con Dyara, el segundo miembro más poderoso de los Blancos, su presencia aún lo intimidaba un poco. Se limpió el sudor de las manos restregándolas contra sus costados, respiró hondo y alzó el puño para llamar.

Sus nudillos no golpearon más que aire, pues la puerta se abrió hacia dentro. Una mujer alta de mediana edad le sonrió.

—Tan puntual como siempre, Danyin Lanza. Adelante.

—Dyara la Blanca —saludó él con respeto, realizando el signo del círculo—. Mal podía llegar tarde, cuando habéis tenido la amabilidad de enviarme un platén.

Ella arqueó las cejas.

—Si bastara con enviar un platén para garantizar la puntualidad, unas cuantas personas a quienes he convocado en el pasado me deberían una explicación. Pasa y siéntate.

Dio media vuelta y se adentró de nuevo en la habitación con paso decidido. Su altura, combinada con su atuendo de sacerdotisa circuliana, le habría conferido un aspecto imponente aunque no hubiera sido una Blanca inmortal. Cuando él la siguió hacia el interior de la estancia, advirtió que había otro miembro de los Blancos presente. Efectuó de nuevo la señal del círculo.

—Mairae la Blanca.

La mujer sonrió, y a Danyin se le alegró el corazón. La belleza de Mairae era legendaria en toda Ithania del Norte. Las canciones de alabanza comparaban sus cabellos con el reflejo del sol en el oro, y sus ojos con zafiros. Se decía que con una sonrisa podía conseguir que un monarca renunciara a su reino. Danyin dudaba que le bastara con sonreír para ganarse el apoyo de los reyes actuales, pero había un brillo atractivo en los ojos de Mairae y una calidez en su actitud que siempre lo hacía sentirse a gusto.

Más joven que Dyara, no era tan alta ni rezumaba una adusta seguridad como ella. Dyara había sido elegida la segunda de los cinco Blancos. Su Elección se había llevado a cabo setenta y cinco años atrás, cuando ella contaba cuarenta y dos, por lo que su conocimiento del mundo abarcaba más de un siglo. Mairae, elegida a los veintitrés años hacía un cuarto de siglo, poseía menos de la mitad de la experiencia de Dyara.

—No dejes que el rey Berro te robe hoy todo tu tiempo —le advirtió Dyara a Mairae.

—Ya encontraré algo con que distraerlo —respondió esta—. ¿Necesitas ayuda con los preparativos para los festejos de esta noche?

—Aún no. Sin embargo, tenemos por delante un día entero en el que puede gestarse algún desastre. —Se quedó callada, como si se le hubiera ocurrido una idea, y miró a Danyin de reojo—. Mairae, ¿podrías hacerle compañía a Danyin mientras yo compruebo algo?

—Por supuesto —respondió Mairae con una sonrisa. Cuando la puerta de la habitación se cerró detrás de Dyara, la Blanca sonrió de nuevo—. Todo

esto es aún demasiado abrumador para nuestra nueva compañera —le confió en tono de complicidad—. Todavía recuerdo esa sensación. Dyara me mantenía tan ocupada que no me quedaba tiempo para pensar.

Danyin sintió una punzada de aprensión. ¿Qué haría si la nueva Blanca era incapaz de cumplir con sus obligaciones?

—No te alarmes, Danyin Lanza —le dijo Mairae, risueña, y él recordó que todos los Blancos sabían leer la mente—. No le ocurre nada malo. Solo sigue un poco descolocada por el sitio donde se encuentra.

Danyin asintió, aliviado. Observó a Mairae. Quizá era una buena ocasión para obtener información sobre el miembro más reciente de los Blancos.

—¿Cómo es? —preguntó.

Mairae frunció los labios mientras meditaba su respuesta.

—Inteligente. Poderosa. Leal a los dioses. Compasiva.

—Me refiero a qué la diferencia de los otros Blancos —precisó él.

Ella se rió.

—¡Ah! Dyara no me había avisado que eras un adulator. Eso me gusta en un hombre. Mmm. —Entornó los ojos—. Intenta ponerse en la piel de todas las partes en conflicto y, naturalmente, procura averiguar lo que la gente quiere o necesita. Creo que será una buena conciliadora.

—¿O negociadora, tal vez? Tengo entendido que estuvo implicada en aquel incidente con los dunwayanos hace diez años.

—Sí. Fue su aldea la que ellos invadieron.

—Ah. —«Interesante».

De pronto, Mairae se enderezó y miró la pared que Danyin tenía detrás. «No —se corrigió—, no está mirando la pared. Tiene la atención puesta en otra parte». Empezaba a reconocer los pequeños gestos que revelaban que un Blanco había establecido comunicación mental con otro. Mairae posó de nuevo la vista en él.

—Tienes razón, Danyin Lanza. Acaban de informarme de que el rey Berro desea verme. Me temo que debo dejarte. ¿Te las arreglarás bien aquí solo?

—Sí, por supuesto —respondió él.

Mairae se levantó.

—Estoy segura de que nos veremos a menudo, Danyin Lanza. Y no me cabe la menor duda de que serás un buen consejero.

—Gracias, Mairae la Blanca.

Se marchó, dejando tras ella un silencio inusualmente profundo. «Es porque aquí no llegan ruidos del exterior», pensó Danyin. Dirigió la mirada a la ventana, grande y circular, a través de la que se veía el cielo. Un escalofrío le bajó por la espalda.

Se puso de pie y se armó de valor para acercarse al ventanal. Aunque ya la había contemplado antes, la vista desde la Torre Blanca aún le causaba vértigo. El mar se abría ante él. Avanzó un poco más y divisó la ciudad que se extendía a sus pies, una ciudad de juguete, con casas diminutas y personas aún más diminutas. Cuando dio otro paso, notó que el corazón se le aceleraba cuando avistó la Cúpula, semejante a un huevo descomunal semienterrado en el suelo.

Entonces vio el suelo. Mucho, mucho más abajo.

El mundo se inclinó y empezó a girar en torno a él. Danyin retrocedió hasta que no vio más que el mar y el cielo. Su cabeza dejó de dar vueltas de inmediato. Tras respirar hondo varias veces, su pulso recuperó poco a poco la normalidad.

Entonces oyó que la puerta se abría a su espalda, y el corazón le dio un vuelco. Al volverse, vio a Dyara entrar en la habitación. La acompañaba una sacerdotisa. En cuanto Danyin dedujo quién era, su aprensión cedió el paso a la curiosidad.

La nueva Blanca, aunque tan alta como su acompañante, tenía los brazos más delgados y el rostro anguloso. El tono de su cabello era un poco más claro que el castaño terroso de Dyara. Sus ojos grandes e inclinados hacia arriba le conferían un ligero aspecto de pájaro. Ella lo miró con expresión inteligente, y en su boca se dibujó una sonrisilla divertida. Sin duda lo estudiaba y leía todos sus pensamientos mientras él la contemplaba.

Costaba romper con los hábitos arraigados. A lo largo de los años, él había aprendido a juzgar el carácter de una persona a primera vista, y ahora no podía evitarlo. Cuando Dyara y ella caminaron hacia él, se fijó en el nerviosismo que delataba la postura de los hombros de la nueva Blanca. Sin

embargo, su mirada firme y la determinación en sus labios parecían indicar que su seguridad natural en sí misma no tardaría en aflorar. Según le habían dicho a Danyin, ella contaba veintiséis años, y su apariencia lo confirmaba, pero había una madurez en su expresión que traslucía un conocimiento del mundo y una experiencia superiores a los de cualquier mujer noble de su edad.

«Sin duda tuvo que estudiar a conciencia y aprender con rapidez para convertirse en una sacerdotisa superior siendo tan joven —pensó Danyin—. Además, debe de poseer dones extraordinarios. Para tratarse de una chica que llegó de aquella aldea pequeña cuyos habitantes fueron tomados como rehenes por los dunwayanos, ha realizado grandes progresos».

Dyara sonrió.

—Auraya, te presento a Danyin Lanza —dijo—. Será tu consejero.

Danyin hizo la señal formal del círculo. Auraya empezó a alzar las manos para corresponder a su gesto, pero se detuvo y las bajó de nuevo a los costados.

—Te saludo, Danyin Lanza —dijo en cambio.

—Os saludo, Auraya la Blanca —contestó él.

«Habla con aplomo —advirtió—. O al menos consigue que la inquietud no se le note en la voz. Solo le falta mejorar un poco su porte. —Ella se puso derecha y alzó la barbilla—. Eso está mejor —pensó él. Entonces cayó en la cuenta de que seguramente Auraya le había leído la mente y había corregido su postura en consecuencia—. Me llevará un tiempo acostumbrarme a estas lecturas mentales», reflexionó Danyin.

—Me da la impresión de que trabajaréis bien juntos —observó Dyara. Lo guió hacia las sillas—. Danyin nos ha sido útil en el pasado. Su perspectiva sobre la relación con Toren fue especialmente lúcida y nos ayudó a sellar una alianza con el rey.

Auraya lo miró con interés sincero.

—¿De verdad?

Él se encogió de hombros.

—Me limité a exponer lo que había aprendido de mi estancia en Toren.

Dyara soltó una risita.

—Y además es de una modestia refrescante. Su información sobre otros pueblos te resultará igual de útil. Habla todos los idiomas de Ithania.

—Excepto el siyí y el elay —puntualizó él.

—Tiene buen ojo para la gente. Sabe dar consejo a hombres y mujeres poderosos con discreción y sin ofenderlos.

Auraya desvió su atención de Dyara hacia él mientras hablaban. Frunció los labios al oír el último comentario.

—Un don muy útil, sin lugar a dudas —dijo.

—Te acompañará siempre que recibas a alguien en audiencia. Debes permanecer atenta a sus pensamientos; te guiarán en tus respuestas.

Auraya asintió y posó la vista en Danyin, como pidiéndole disculpas.

—Danyin es plenamente consciente de que eso forma parte de sus funciones —le aseguró Dyara. Sonrió a Danyin y añadió dirigiéndose a Auraya—: Aunque eso no significa que debas olvidar las buenas maneras que te he enseñado.

—Por supuesto que no.

—Ahora que hemos terminado con las presentaciones, debes bajar a las plantas inferiores. El rey de Toren te espera para reunirse contigo.

—¿Ya voy a reunirme con reyes? —preguntó Auraya.

—Sí —dijo Dyara con rotundidad—. Han venido a Jarime a presenciar la Elección. Ahora quieren conocer a la Elegida. Ojalá me fuera posible retrasar este momento, pero no puedo.

—No te preocupes —repuso Auraya encogiéndose de hombros—. Simplemente confiaba en disponer de más tiempo para familiarizarme con mi nuevo consejero antes de solicitarle sus servicios.

—Ya os familiarizaréis el uno con el otro al trabajar juntos.

Auraya hizo un gesto afirmativo.

—Muy bien. —Le dedicó una sonrisa a Danyin—. Pero quisiera conocerte mejor en cuanto tenga la oportunidad.

Él agachó la cabeza.

—Y yo estoy deseando tratar más con vos, Auraya la Blanca.

Las dos mujeres se levantaron y se encaminaron hacia la puerta, seguidas por Danyin. Él había conocido al fin a la mujer para quien trabajaría, y nada

en su actitud auguraba que su labor fuera a resultar difícil o desagradable. Su primera misión sería un asunto muy distinto.

«Ayudarla a lidiar con el rey de Toren —pensó—: he aquí un auténtico reto».

Tryss cambió ligeramente de posición, abriendo y cerrando los dedos de los pies contra la áspera corteza de la rama. Al mirar hacia abajo por entre el follaje del árbol, vio que algo se movía en la maleza y se puso tenso, lleno de expectación. Sin embargo, aunque estaba ansioso por inclinarse hacia delante, desplegar las alas y lanzarse en picado, permaneció inmóvil.

Sentía comezón por el sudor que se deslizaba por su cuerpo, mojaba la malla de fibra de caña de su chaleco y sus pantalones, y le picaba en la membrana de las alas. Las correas que llevaba en torno a las caderas y el cuello le apretaban y lo incomodaban, y los punzones que colgaban contra su abdomen le resultaban pesados. Demasiado pesados. Lo arrastrarían hasta el suelo en cuanto intentara volar.

«No —se dijo—. Controla tus instintos. El arnés no te estorbará. No entorpecerá tu vuelo. Son más peligrosas las puntas de estos punzones». Si se pinchaba con ellas... Dudaba que tuviera muchas probabilidades de sobrevivir si caía bajo los efectos de un somnífero mientras estaba encaramado en una rama delgada a muchas alturas de hombre por encima del suelo.

Se puso rígido al advertir otro movimiento más abajo. Cuando tres yervos salieron al claro que tenía debajo, contuvo la respiración. Vistos desde arriba parecían barriles estrechos de piel marrón, y la perspectiva reducía sus puntiagudos cuernos a meros tocones. Poco a poco, los animales se acercaron al reluciente arroyo, arrancando bocados de hierba conforme avanzaban. Tryss deslizó la mano por las correas y las palancas de madera del arnés, asegurándose de que todo estuviera en su sitio. A continuación, respiró hondo varias veces y se dejó caer.

Los yervos eran herbívoros gregarios de sentidos muy desarrollados que les permitían detectar la posición y la actitud de todos los miembros de su

rebaño. También podían percibir las mentes de otros animales cercanos y descubrir si tenían la intención de atacar. Los yervos eran corredores veloces. Los únicos depredadores que conseguían cazarlos eran los que aprovechaban el factor sorpresa o poseían el don del engaño mental —como el temido leramer—, pero incluso estos solo tenían posibilidades de atrapar a los miembros más viejos o enfermos del rebaño.

Mientras Tryss descendía, vio que los yervos, al captar la proximidad de una mente hostil, se ponían tensos y miraban alrededor, confundidos y sin saber hacia dónde huir. Era inconcebible para ellos que un depredador los atacara desde arriba. A medio camino del suelo, Tryss extendió los brazos hacia los lados y notó que las membranas de sus alas se henchían, oponiendo resistencia al aire. Surgió de la fronda del árbol, precipitándose hacia su presa.

El terror se apoderó de las bestias cuando se percataron de que prácticamente lo tenían encima. Se dispersaron entre sonoros bramidos. Tryss siguió a uno de ellos, agachando la cabeza para esquivar las ramas de otros árboles. Lo persiguió hasta un claro y, cuando le pareció que se encontraba en la posición adecuada sobre el animal, tiró de la correa que llevaba enrollada en torno al pulgar derecho. Uno de los punzones se desprendió de su cintura.

En ese momento, el yervo cambió bruscamente de dirección. El punzón erró su objetivo y desapareció entre la hierba. Aguantándose las ganas de soltar una maldición, Tryssladeó las alas y siguió al animal. Esta vez intentó no pensar en que estaba a punto de atacar. Despejó su mente de todo pensamiento que no fuera el de alinear su trayectoria con la del yervo, alzó el pulgar izquierdo y notó que se liberaba del pequeño peso del punzón.

Este se clavó en el lomo de la bestia, justo detrás de la cruz. Una sensación de triunfo recorrió a Tryss. Mientras el animal continuaba corriendo, el punzón se sacudía adelante y atrás, golpeándose contra su piel. Tryss lo observaba con nerviosismo, temiendo que la punta no se hubiera hundido lo suficiente para que la droga entrara en su torrente sanguíneo, o que el punzón se desprendiera.

Sin embargo, permanecía firmemente sujeto al lomo del yervo. Este aminoró el paso, dando traspiés hasta detenerse, por lo que Tryss comenzó a

sobrevolarlo en círculos como un ave carroñera. Escrutó los alrededores con la mirada en busca de leraemes u otros depredadores grandes. Si no tenía cuidado, le robarían su presa.

Debajo, el yervo se había tambaleado y había caído de costado. Tras asegurarse de que podía aterrizar sin peligro, Tryss se posó con suavidad a varios pasos del animal. Aguardó a que se le pusieran los ojos vidriosos antes de acercarse. Los aguzados cuernos de un yervo podían inutilizarle con facilidad las alas a un siyí.

Vista de cerca, la bestia parecía enorme. Tryss calculó que no le habría llegado a la altura de los hombros, de haber estado ambos en pie. Deslizó la mano sobre la piel del yervo. Despedía calor y un intenso olor animal. Tryss se dio cuenta de que sonreía de emoción.

«¡Lo he conseguido! ¡He derribado sin ayuda a uno de los animales grandes del bosque!»

Los siyís no cazaban bestias de gran tamaño. Eran una raza pequeña, ligera y frágil, con pocos poderes mágicos. Sus piernas no estaban hechas para correr largas distancias, y los movimientos de sus brazos —sus alas— eran limitados. Aunque hubieran podido levantar una lanza o una espada, no habrían sido capaces de empuñarla con firmeza. Sus manos, integradas en la estructura de las alas salvo por el pulgar y el índice, no servían para realizar tareas que requiriesen fuerza. Cada vez que Tryss examinaba su cuerpo, se preguntaba si la diosa Huan, que hacía muchos cientos de años había creado a su pueblo a partir de los pisatierra —los humanos que habitaban el resto del mundo—, había olvidado proporcionarles recursos para defenderse o alimentarse.

Puesto que no había armas que los siyís pudieran utilizar en pleno vuelo, la mayoría creía que la diosa no los había concebido como un pueblo de cazadores o guerreros. En cambio, debían recolectar y cultivar grano, frutas, verduras y frutos secos. Estaban condenados a atrapar y criar animales pequeños y vivir en un lugar que no fuera accesible para los pisatierra: la inhóspita e infranqueable cordillera de Si.

En las montañas, las tierras cultivables eran escasas y poco extensas, y muchos de los animales cuya carne comían resultaban cada vez más difíciles

de cazar. Tryss estaba convencido de que Huan no había creado a su pueblo con el propósito de que muriese de hambre. Suponía que por eso los había dotado de inventiva. Bajó la vista hacia el artefacto que llevaba atado al cuerpo con correas. Era de diseño sencillo. El reto había sido idear un mecanismo simple que, sin dificultarle los movimientos necesarios para el vuelo, le permitiera lanzar los punzones.

«¡Con esto podemos cazar! Tal vez incluso podríamos defendernos, recuperar parte del territorio que los pisatierra nos han robado». Sabía que el invento no les serviría para combatir contra ejércitos de invasores, pero sí para librarse con facilidad de los grupos de forajidos pisatierra que ocasionalmente se adentraban en Si.

«Sin embargo, dos punzones son pocos —decidió—. Estoy seguro de que podría llevar cuatro. No pesan tanto. Pero ¿cómo los lanzaría? Solo tengo dos pulgares».

Ya pensaría en ello más tarde. Al contemplar al yervo dormido, comprendió que tenía un problema. Llevaba consigo una cuerda, con el fin de izarlo y dejarlo colgado de un árbol, fuera del alcance de la mayor parte de los depredadores, mientras él volaba de vuelta a casa en busca de alguien que admirara su proeza y lo ayudara a descuartizar su presa. Ahora dudaba que tuviera la fuerza suficiente incluso para arrastrar el animal hasta el tronco más cercano. No le quedaba otro remedio que dejarlo allí y esperar que los depredadores no lo encontraran. Eso significaba que debía conseguir ayuda cuanto antes. Volaría más deprisa sin el arnés. Se lo desabrochó, se lo quitó de los hombros y lo ató a un árbol. Desfundó su cuchillo, cortó un mechón de la crin del yervo y se lo guardó en el bolsillo. Tras comprobar la dirección del viento, arrancó a correr.

Hacía falta una gran cantidad de energía para despegar del suelo. Tryss pegó un salto y batió las alas. Resollando a causa del esfuerzo, alcanzó una altura en la que los vientos soplaban con más fuerza y le permitían planear y remontar el vuelo. En cuanto recuperó el aliento, aceleró con impulsos vigorosos de las alas, aprovechando las corrientes de aire favorables.

En momentos como aquel, perdonaba a la diosa Huan por obligar a su pueblo a pasar tantos apuros y dificultades. Le encantaba volar. Al parecer, a

los pisatierra les encantaba usar las piernas. Se divertían con una actividad llamada «baile» que consistía en caminar o correr con movimientos preestablecidos, solos, en pareja o en grupo. Lo más parecido entre los siyís era el trei-trei, que se practicaba como rito de cortejo o como deporte que ponía a prueba la destreza y la agilidad.

Tryss interrumpió sus reflexiones cuando avistó más adelante una franja de roca desnuda que atravesaba el bosque como una cicatriz larga y estrecha. Se dividía en tres escalones que descendían por la ladera. Se trataba del Claro, donde se había asentado la población de siyís más numerosa. Muchos de ellos llegaban y partían a diario desde aquella peña abrupta. Tryss descendió despacio, buscando rostros conocidos. Casi había llegado a la enramada de sus padres cuando divisó a sus primos. Los gemelos estaban sentados en la tibia roca de la pendiente inferior, a cada lado de una chica.

Tryss notó una opresión en el pecho cuando reconoció a la joven de huesos finos y cabello brillante: era Drili. Ella y su familia se habían convertido recientemente en sus vecinos. Tryss describió un círculo en el aire, planteándose la posibilidad de continuar su búsqueda en otra parte. Antes se llevaba bien con sus primos, cuando estaba dispuesto a soportar que se metieran con él por sus costumbres extrañas.

Entonces la familia de Drili se había instalado en el Claro, y ahora sus primos competían por la atención de la chica, a menudo a costa de Tryss. Este había aprendido a evitar su compañía cuando ella estaba cerca.

Antes ellos respetaban su ingenio, y él aún deseaba compartir con ellos sus logros, pero no podía hablarles del éxito de su cacería en presencia de Drili. Lo utilizarían como pretexto para burlarse de él. Además, se quedaba sin habla ante ella. No, tendría que encontrar a otra persona.

Entonces se percató de que desde arriba tenía una buena vista del pequeño y fascinante hueco entre los pechos de la chica que el chaleco dejaba al descubierto, y la sobrevoló una vez más de forma casi inconsciente. Su sombra pasó por encima de Drili, que alzó la mirada. Tryss se estremeció de gusto y turbación cuando ella le sonrió.

—¡Tryss! Baja y ven aquí con nosotros. Ziss y Trinn acaban de contarme un chiste de lo más gracioso.

Los dos chicos miraron hacia arriba y fruncieron el ceño, visiblemente molestos por haber dejado de acaparar el interés de la joven. «Pues mala suerte —pensó Tryss—. Acabo de abatir un yervo. Quiero que Drili lo vea». Descendió en picado, plegó las alas y aterrizó con delicadeza ante ellos. La muchacha arqueó las cejas. A él se le hizo de inmediato un nudo en la garganta que le impedía hablar. Fijó la vista en ella y notó el picor que siempre sentía en la cara cuando se sonrojaba.

—¿Dónde has estado? —inquirió Ziss—. La tía Trill ha estado buscándote.

—Será mejor que vayas a ver qué quiere —le advirtió Trinn—. Ya sabes cómo es.

Drili se rió.

—Oh, no parecía tan preocupada. No creo que tengas que ir ahora mismo. —Sonrió de nuevo—. Bueno, ¿dónde has estado toda la mañana?

Tryss tragó en seco y respiró hondo. Esperaba poder articular al menos una palabra.

—Cazando —barbotó.

—¿Cazando qué? —se mofó Ziss.

—Yervos.

Los dos chicos soltaron un resoplido de burla e incredulidad. Trinn miró a Drili y se inclinó hacia ella como para contarle un secreto, pero habló en voz lo bastante alta para que Tryss lo oyera.

—Tryss tiene ideas muy raras, ¿sabes? Cree que puede cazar animales grandes atándose piedras al cuerpo y dejándolas caer sobre ellos.

—¿Piedras? —dijo ella con el entrecejo fruncido—. Pero ¿cómo...?

—Punzones —balbució Tryss—. Punzones con jugo de florrím en la punta. —Le ardían las mejillas, pero al pensar en el yervo inconsciente, lo invadió una oleada de orgullo—. Y ya he cazado uno. —Se llevó la mano al bolsillo y sacó el mechón de crin de yervo.

Los tres siyís lo contemplaron con interés. Ziss alzó la vista hacia Tryss, entornando los ojos.

—Nos estás gastando una broma —lo acusó—. Le has cortado esto a un yervo muerto.

—No. Está dormido, a causa del florrin. Os lo demostraré. —Tryss miró a Drili, sorprendido y aliviado por poder pronunciar al fin frases enteras delante de ella—. Traed vuestros cuchillos y nos daremos un banquete esta noche. Pero si esperáis demasiado, un leramer lo encontrará y nos quedaremos sin nada.

Los chicos intercambiaron una mirada. Tryss supuso que estaban ponderando la posibilidad de que estuviera tomándoles el pelo contra la posibilidad de cenar carne.

—Está bien —dijo Ziss irguiéndose y desperezándose—. Iremos a ver a ese yervo.

Trinn se levantó y flexionó las alas. Cuando Drili se puso de pie con la clara intención de seguirlos, el corazón le dio un vuelco a Tryss. Quedaría impresionada al ver el animal. Con una gran sonrisa, él tomó impulso y saltó hacia el cielo.

Comenzó a alejarse, guiándolos, pero arrugó el ceño con irritación cuando los gemelos volaron hacia un grupo de chicos mayores que estaban en un extremo del Claro. Reconoció a Sreil, el atlético hijo de la portavoz Sirri, líder de su tribu. Se le secó la boca al advertir que el grupo alzaba el vuelo hacia él entre silbidos estridentes.

—Así que has cogido a un yervo, ¿eh? —gritó Sreil mientras pasaba por su lado.

—Puede que sí —respondió Tryss.

Le hicieron más preguntas, pero él se negó a explicar cómo había abatido a la bestia. En días anteriores no había conseguido persuadir a muchos siyís de que echaran un vistazo a su arnés. Si se ponía a describirlo ahora, se aburrirían y perderían el interés. Por otro lado, en cuanto vieran al yervo querrían saber cómo lo había capturado. La utilidad del arnés quedaría demostrada. Empezarían a tomarse en serio sus ideas. Al cabo de unos minutos, miró hacia atrás. Para su consternación, el grupo que lo seguía había duplicado su número. Las dudas empezaron a minar su seguridad en sí mismo, pero las apartó de su mente. En cambio, dejó que su imaginación fantaseara sobre el futuro. Sreil le llevaría carne a la portavoz Sirri. La líder de los siyís pediría a Tryss que le enseñara su invento. Le encargaría que

fabricara más y enseñara a los demás a utilizarlo.

«Seré un héroe. Los gemelos nunca volverán a burlarse de mí».

Despertó de su ensoñación cuando se encontraba cerca del lugar donde había dejado al yervo. Voló en círculos, recorriendo la zona en busca del animal, pero no lo halló. Consciente de las miradas puestas en él, descendió hasta el suelo y caminó de un lado a otro. Había una extensión de hierba aplastada del tamaño de una bestia voluminosa, pero el yervo había desaparecido.

Tryss fijó la vista en el hueco, decepcionado, y se le cayó el alma a los pies cuando los siyís aterrizaron alrededor de él.

—Bueno, ¿qué hay de ese yervo? —preguntó Ziss.

Tryss se encogió de hombros.

—Ya no está. Os he dicho que si tardábamos demasiado lo encontraría un leramer.

—No hay sangre —observó uno de los chicos mayores—. Si se lo hubiera llevado un leramer, habría sangre.

—Tampoco hay señales de que se lo hayan llevado a rastras —añadió otro—. Si el leramer se lo hubiera comido aquí mismo, quedarían los restos.

Tryss reconoció para sus adentros que tenían razón. ¿Dónde estaba el yervo, entonces?

Sreil se acercó y examinó el suelo, pensativo.

—Pero es cierto que un animal grande estuvo tumbado aquí hace poco rato.

—Echándose una siesta, seguramente —comentó alguien.

Algunos soltaron una risita.

—¿Y bien, Tryss? —dijo Ziss—. ¿Has encontrado un yervo dormido y has pensado que podías convencernos de que lo habías matado?

Tryss posó la mirada en su primo y luego en las caras burlonas de los siyís que lo rodeaban. Le ardía el rostro.

—No.

—Tengo cosas que hacer —dijo alguien.

Los siyís comenzaron a alejarse. El aire vibró con su aleteo. Tryss no despegaba los ojos del suelo. Oyó unos pasos que se aproximaban y sintió

una palmadita en el hombro. Al alzar la vista, vio que Sreil estaba junto a él, tendiéndole el punzón que había lanzado al yervo.

—Buen intento —admitió.

Tryss apretó los dientes. Cogió el punzón que le ofrecía Sreil y observó al muchacho mayor mientras este corría hacia una zona despejada y se elevaba.

—Has usado florrin, ¿verdad?

Tryss se sobresaltó. No se había percatado de que Drili seguía allí.

—Sí.

Ella estudió el punzón.

—Seguro que hace falta más florrin para dormir a un animal que para dormir a una persona, y dudo que eso se clave muy hondo en la piel de un yervo. Tal vez deberías probar con algo más fuerte o letal. O asegurarte de que no se despierte una vez que se haya dormido. —Dio unos golpecitos en la funda de cuchillo que llevaba sujeta al muslo.

«No le falta razón», pensó él.

Drili le dedicó una amplia sonrisa antes de girar sobre los talones. Cuando saltó para alzar el vuelo, Tryss la contempló con admiración.

A veces se preguntaba cómo podía ser tan estúpido.

2

Auraya permanecía sentada frente al bruñido espejo plateado, pero no contemplaba su reflejo. Estaba abismada en un recuerdo reciente.

En su mente veía a miles de hombres y mujeres vestidos de blanco congregados frente a la Cúpula. Recordaba que nunca había visto a tantos sacerdotes juntos. Habían afluído de todas las tierras de Ithania del Norte para asistir a la ceremonia de la Elección. Todos los miembros del clero que residían en las Cinco Casas habían compartido sus aposentos con los que habían llegado de fuera de la ciudad o del país.

Ella había podido apreciar el tamaño de la multitud al salir de la torre, cuando se dirigía con los otros sacerdotes superiores hacia la Cúpula. Más allá del mar de figuras blancas había una muchedumbre aún más numerosa de hombres, mujeres y niños seculares que habían acudido a presenciar el acontecimiento.

Entre los candidatos a convertirse en el nuevo Elegido de los dioses solo había miembros del clero superior. Auraya había sido una de las Elegidas más jóvenes. Algunos habían afirmado que su ascenso en la jerarquía se debía exclusivamente a sus dones excepcionales. Todavía se le tensaba el estómago cuando se acordaba de ello.

«Es injusto por su parte. Saben que me llevó años de trabajo duro y dedicación lograr que me nombraran sacerdotisa superior a una edad tan temprana».

¿Qué debían de opinar de ella ahora que figuraba entre los Blancos? ¿Lamentaban haberla juzgado mal? Sintió una mezcla de conmiseración y orgullo. «Han sido víctimas de su propia ambición. Si creían que los dioses prestarían atención a sus mentiras, fueron unos ilusos. Seguramente lo único que consiguieron fue demostrar que no eran dignos del cargo. Un Blanco no debe practicar el hábito de propagar calumnias».

Se concentró de nuevo en su recuerdo y reprodujo en su mente el recorrido desde la torre hasta la Cúpula. En su interior, los sacerdotes superiores habían formado un círculo en torno a un estrado. El altar, la parte más sagrada del templo, se alzaba en el centro. Era una estructura de cinco lados y una altura tres veces mayor que la de un hombre. Cada una de las paredes era un triángulo alto e inclinado hacia el centro que se unía con las otras cuatro. En las ocasiones en que los Blancos entraban en el altar, las cinco caras se desplegaban hacia fuera sobre unas bisagras de modo que quedaban apoyadas en el suelo, dejando al descubierto la mesa y las cinco sillas que contenía. Cuando los Blancos deseaban conversar en privado, las paredes se levantaban hasta encerrarlos en un habitáculo que no dejaba escapar sonido alguno.

El altar se había abierto como una flor mientras los cuatro Blancos subían los escalones del estrado y se volvían de cara a la multitud. Auraya cerró los ojos e intentó recordar las palabras exactas de Juran.

«Chaia, Huan, Lore, Yranna, Saru. Os invitamos, oh guardianes y guías divinos, a reuniros hoy con nosotros, pues ha llegado el día en que debéis elegir a vuestro quinto y último representante. He aquí aquellos que han demostrado ser vuestros seguidores honorables, competentes y devotos. Todos y cada uno de ellos están preparados y dispuestos a consagrar su vida a vosotros».

El aire había resplandecido por unos instantes. Auraya se estremeció al recordar. Cinco figuras habían cobrado forma en el estrado, cada una de ellas un ser luminoso, una ilusión traslúcida de humanidad. Se había levantado un rumor sordo entre los sacerdotes del público. Ella había oído gritos lejanos de «¡Los dioses se han aparecido!».

«Una aparición de lo más espectacular», pensó ella sonriendo.

Los dioses existían en la magia que impregnaba el mundo, en cada piedra, gota de agua, planta, animal, hombre, mujer y niño, en toda la materia, invisibles e inadvertidos salvo cuando deseaban influir en el mundo. En las ocasiones en que decidían manifestarse, transformaban la magia en luz y le conferían formas humanas de una belleza exquisita.

Chaia se había encarnado en un hombre alto y vestido como un soberano. Tenía un rostro noble y apuesto, como el de una estatua regia esculpida en mármol pulido. Su cabello ondeaba como acariciado por una brisa apacible. «Y sus ojos... —Auraya suspiró—. Tenía unos ojos muy claros, con una mirada insoportablemente directa pero a la vez cálida y... afectuosa. Es indudable que nos ama a todos».

Huan, en cambio, había adoptado una apariencia intimidatoria y severa, hermosa pero temible. Con los brazos cruzados sobre el pecho, irradiaba autoridad. Había recorrido la muchedumbre con la vista, como buscando alguna falta que castigar.

Lore mantenía una postura despreocupada, aunque su constitución era más robusta que la de los otros dioses. Llevaba una armadura centelleante. Antes de la Guerra de los Dioses, los soldados le rendían culto.

Auraya recordaba que Yranna había sido toda sonrisas. Su hermosura era más femenina y juvenil que la de Huan. Gozaba de popularidad entre las sacerdotisas de menor edad, pero a la vez era una defensora de las mujeres, aunque había dejado a un lado su papel de diosa del amor al unirse a las otras deidades.

El último dios en que Auraya se había fijado era Saru, patrón de los mercaderes. Se decía que había sido el dios de los ladrones y los aficionados al juego, pero Auraya no estaba segura de que fuera verdad. Él había asumido un aspecto bastante acorde con la moda dominante entre los cortesanos e intelectuales.

Tras la aparición de los dioses, todos se habían postrado ante ellos. Auraya no había olvidado el tacto liso del suelo de piedra en la frente y las palmas de las manos. Reinaba el silencio, hasta que una voz profunda y melodiosa había resonado en la Cúpula.

—En pie, pueblo de Ithania.

Auraya se había levantado al mismo tiempo que el resto del gentío, temblando de sobrecogimiento y emoción. No se había sentido tan abrumada desde que había llegado al templo diez años atrás. Le había producido un placer extraño volver a experimentar aquella euforia. Después de vivir en el templo durante tantos años, había muy poco en él que aún la entusiasmara.

La voz habló de nuevo y ella la reconoció como la de Chaia.

—Hace pocos siglos, las deidades luchaban entre sí, al igual que los hombres, sembrando el dolor y la destrucción. Los cinco, entristecidos por ello, acometimos una tarea titánica: la de imponer el orden al caos. Traer la paz y la prosperidad al mundo. Redimir a la humanidad de la crueldad, la esclavitud y el engaño.

»Así que libramos una gran batalla y dimos nueva forma al mundo. Pero no podemos cambiar el corazón de los hombres y las mujeres. Solo podemos proporcionaros consejo y fuerzas. Con el fin de ayudaros, hemos elegido representantes entre vosotros. Su deber consiste en protegeros y en servir de enlace entre vosotros y nosotros, vuestros dioses. Hoy elegiremos a nuestro quinto representante entre aquellos a quienes habéis considerado merecedores de esta responsabilidad. Concederemos a la persona elegida la inmortalidad y una fuerza extraordinaria. Una vez que nuestro don sea aceptado, se habrá completado otra fase de nuestra descomunal tarea.

El dios había hecho una pausa a continuación. Auraya había esperado un discurso más largo. Se había hecho en la sala un silencio tan absoluto que ella había concluido que todos los presentes aguantaban la respiración. «Yo la estaba aguantando», recordó.

Luego había llegado el momento que jamás olvidaría.

—Ofrecemos dicho don a la sacerdotisa superior Auraya, de la familia Tintor —había anunciado Chaia volviéndose hacia ella—. Acércate, Auraya la Blanca.

Auraya respiró hondo y entrecortadamente, presa del júbilo al recordar aquel momento. En ese entonces este sentimiento se había visto enturbiado por el terror. Había tenido que acercarse a una deidad. Era el objeto de la atención, y seguramente la envidia, de varios miles de personas.

Ahora lo que enturbiaba su estado de ánimo era la realidad de su futuro.

Desde que la habían elegido, apenas había disfrutado de un momento de soledad. Dedicaba todos los días a entrevistarse con gobernantes y otros personajes importantes, enfrentándose a dificultades que iban desde las barreras idiomáticas hasta la necesidad de eludir las promesas que los otros Blancos aún no estaban dispuestos a hacer. Solo se quedaba sola a altas horas de la noche, cuando se suponía que debía dormir. Sin embargo, no pegaba ojo, intentando poner en orden sus pensamientos sobre lo que le había ocurrido. La noche anterior había caminado de un lado a otro de su habitación hasta que finalmente se había sentado frente al espejo.

«Es un milagro que no esté desmejorada —pensó obligándose de nuevo a contemplar su reflejo—. No es normal que tenga tan buen aspecto. ¿Se trata de otro de los regalos de los dioses?»

Bajó la vista hacia su mano. Casi parecía que el anillo blanco que llevaba puesto despedía luz propia. A través de él los dioses le habían conferido el don de la inmortalidad y de algún modo habían potenciado sus dones innatos. La habían convertido en una de las hechiceras más poderosas del mundo.

A cambio, ella consagraba a su servicio su voluntad y su vida, ahora eterna. Eran seres mágicos. Para incidir en la realidad física, tenían que actuar a través de los humanos. Por lo general lo hacían por medio de instrucciones, pero si un humano renunciaba a su voluntad, los dioses podían adueñarse de su cuerpo. No era una práctica frecuente, pues si se prolongaba durante mucho tiempo, se corría el riesgo de que la mente del dueño del cuerpo quedara afectada. En algunos casos, el sentido de la identidad de la persona se trastocaba y esta seguía creyéndose la deidad. En otros, sencillamente olvidaba quién era.

«Será mejor que no piense en ello —se dijo Auraya—. De todos modos, los dioses no dañarían la mente de uno de sus Elegidos. A menos que quisieran castigarlo...»

Su mirada se desvió hacia un viejo arcón que estaba contra la pared. Los criados habían obedecido su orden de dejarlo cerrado, y hasta la fecha ella no había tenido tiempo ni valor para abrirlo por sí misma. Contenía sus escasas pertenencias. Aunque imaginaba que las baratijas pintorescas que había comprado a lo largo de los años resultarían chabacanas en contraste con los

austeros aposentos de una Blanca, no quería tirarlas. Le recordaban épocas de su vida, seres queridos y personas que deseaba conservar en la memoria: sus padres, sus amigos del clero y su primer amante... ¡Qué lejanos le parecían aquellos tiempos ahora!

En la base del arcón había algo más peligroso. Dentro de un compartimento secreto guardaba varias cartas que debía destruir.

Tampoco quería deshacerse de ellas. Sin embargo, a diferencia de las baratijas, las cartas podían ocasionar un escándalo si alguien las descubría. «Ahora que dispongo de un poco de tiempo para mí, supongo que debería encargarme de ellas». Se levantó, se acercó al arcón y se arrodilló ante él. El pestillo se abrió con un chasquido y la tapa emitió un chirrido cuando ella la levantó. Tal como sospechaba, todo lo que había dentro le pareció demasiado rústico y humilde. El pequeño florero de cerámica que su primer amante, un sacerdote joven, le había regalado se le antojaba tosco. La manta, un obsequio de su madre, abrigaba mucho pero tenía un aspecto anodino y raído. Sacó estos objetos, dejando al descubierto un gran círculo blanco de tela, su viejo cirque.

Desde que se había ordenado, vestía a diario con un cirque. Todos los sacerdotes lo llevaban, incluidos los Blancos. Los miembros del clero común usaban cirques ribeteados de azul. En cambio, los de los sacerdotes superiores tenían un ribete dorado. Los de los Blancos carecían de adornos, para demostrar que habían dejado a un lado sus intereses personales y sus riquezas a fin de servir a los dioses. Eran el motivo por el que la gente llamaba a los Elegidos de los dioses «los Blancos».

Auraya volvió la vista hacia su cirque nuevo, colgado de una percha especialmente fabricada para ello. Los dos broches de oro que sujetaban el borde marcaban el lugar donde el tercio superior del círculo se doblaba hacia atrás sobre el resto de la prenda, plegándose en torno a los hombros, sujeta por los broches en extremos opuestos.

El cirque que tenía entre las manos era más ligero y tosco que el de la percha. «Es cierto que los Blancos no adornan sus cirques —reflexionó—, pero los mandan confeccionar con las mejores telas». La ropa blanca más suave que le habían proporcionado para que la llevara debajo de su cirque

nuevo también era de mejor calidad. Al igual que los sacerdotes de jerarquía inferior, los Blancos podían cambiarse de indumentaria según su sexo y el estado del tiempo, pero toda era de factura impecable. Ahora ella calzaba unas sandalias de cuero decolorado con pequeñas hebillas doradas.

Dejó el cirque a un lado. Hacía dos años que no se lo ponía, desde que se había ordenado sacerdotisa superior y le habían entregado uno de ribete dorado. Este había desaparecido, pues los criados lo habían retirado a toda prisa el día que ella había sido elegida. ¿También le quitarían el de ribete azul si lo encontraban? ¿Le afectaría mucho? Solo lo había conservado por sentimentalismo.

Auraya se volvió de nuevo hacia el arcón. Extrajo los objetos que aún contenía y los colocó en una silla que tenía al lado. Una vez que el baúl estuvo vacío, hizo palanca con las manos en el fondo para abrir el compartimento secreto. En el interior había unos pequeños rollos de pergamino.

«¿Por qué los habré guardado? —se preguntó—. No tenía la menor necesidad. Supongo que no me atrevía a tirar nada que me hubieran mandado mis padres».

Sacó un rollo, lo desplegó y comenzó a leer.

Mi querida Auraya. La cosecha ha sido buena este año. Wor se casó con Dynia la semana pasada. La vieja Mulyna nos dejó para reunirse con los dioses. Nuestro amigo ha aceptado mi propuesta. Envía tu carta al sacerdote.

La siguiente misiva decía:

Mi queridísima Auraya. Nos alegra saber que estás contenta y aprendiendo mucho. Aquí la vida transcurre como siempre. La salud de tu madre ha mejorado mucho desde que seguimos tu consejo. Pa-Tintor.

Las cartas de su padre eran breves por necesidad. El pergamino salía caro. Un alivio teñido de aprensión se apoderó de ella cuando leyó otros mensajes.

«Teníamos cuidado —se dijo—. No describíamos de forma explícita lo que tramábamos, salvo en la primera carta que le mandé, en la que tuve que exponer con claridad lo que quería que hiciera mi padre. Espero que la haya quemado».

Suspiró y sacudió la cabeza. Por muy cautelosos que hubieran sido su padre y ella, los dioses debían de saber lo que habían hecho. Podían leerle la mente a todo el mundo.

«Y aun así me eligieron —pensó—. Entre todos los sacerdotes, escogieron a alguien que había infringido la ley y se había valido de los servicios de un tejedor de sueños».

Mairae había cumplido su promesa diez años atrás. Un sacerdote sanador había viajado a Oralyn para cuidar de la madre de Auraya. Esto impedía que Leiard siguiera tratando a Ma-Tintor, por lo que Auraya le había enviado un mensaje para agradecerle su ayuda y explicarle que ya no era necesaria.

Pese a las atenciones del sacerdote sanador, el estado de la madre de Auraya había empeorado. Entretanto, Auraya se había enterado a través de sus estudios de que los sacerdotes sanadores no poseían ni la mitad de habilidades y conocimientos que los tejedores de sueños. Comprendió que al sustituir los tratamientos de Leiard por los de un sacerdote sanador había condenado a su madre a una muerte más temprana y dolorosa.

Su estancia en Jarime también le había enseñado hasta qué punto los circulianos despreciaban a los tejedores de sueños y desconfiaban de ellos. Tras hacer indagaciones discretas entre sus profesores y sus compañeros sacerdotes, no había tardado en concluir que no podía declarar abiertamente que quería que Leiard o cualquier otro tejedor volviera a ocuparse de su madre. Habría topado con la oposición de sus superiores, y no poseía la autoridad suficiente para ordenar al sacerdote sanador que regresara a casa. Por consiguiente, tenía que encargarse de ello a escondidas.

En una carta a su padre aconsejaba que su madre exagerara sus síntomas para convencer a todos de que estaba al borde de la muerte. Mientras tanto, su padre se había internado en el bosque para pedirle a Leiard que reanudara su tratamiento. El tejedor de sueños había accedido. Cuando Auraya había recibido la noticia de que su madre se moría, había animado al sacerdote

sanador a volver a Jarime, pues ya había hecho todo cuanto estaba en su mano.

Los cuidados de Leiard habían reanimado a su madre, tal como esperaba. Esta había encubierto su milagrosa recuperación quedándose en casa y recibiendo pocas visitas, lo que de todos modos coincidía con sus propias inclinaciones.

«Yo estaba segura de que esto sería un factor en contra de mi elección. Deseaba con todas mis fuerzas convertirme en Blanca, pero me resistía a creer que los tejedores de sueños fueran malos o que yo hubiese hecho algo indebido. La ley que prohíbe recurrir a los servicios de los tejedores es ridícula. La eficacia de las plantas y los otros remedios que usa Leiard no depende de si el que los utiliza es un pagano o un creyente. No he visto nada que me convenza de que los tejedores en general merezcan el odio o la desconfianza de los demás.

»A pesar de todo, los dioses me eligieron. ¿Qué conclusión debo sacar de ello? ¿Que ahora están dispuestos a tolerar a los tejedores? —La recorrió una oleada de esperanza—. ¿Quieren que los circulianos acepten a los tejedores también? ¿Esperan que sea yo quien los persuada?»

La esperanza se desvaneció y ella sacudió la cabeza. «¿Por qué habrían de hacerlo? ¿Por qué iban a mostrar la menor tolerancia hacia personas que no les rinden culto y que animan a otros a no hacerlo? Lo más probable es que me digan que me guarde mis simpatías y cumpla con mi trabajo».

¿Por qué la molestaba eso? ¿Por qué simpatizaba con los miembros de una secta a la que no pertenecía? ¿Era simplemente porque aún se sentía en deuda con Leiard por todo lo que le había enseñado y por haber ayudado a su madre? En ese caso, tenía sentido que le preocupara el bienestar de él, pero no el de los tejedores de sueños que no conocía.

«Es porque pienso en todos los conocimientos de sanación que se perderían si los tejedores de sueños dejaran de existir —se dijo—. Hace diez años que no veo a Leiard. Si estoy inquieta por él, seguramente es solo porque la vida de mi madre está en sus manos».

Sacó todas las cartas del compartimento y las puso en un cuenco plateado. Sujetó una ante sí, invocó magia y la proyectó en forma de una pequeña

chispa. Se encendió una llama que empezó a consumir el resto del pergamino. Cuando estaba a punto de quemarle los dedos, ella dejó caer la carta en el cuenco y recogió otra.

Las misivas ardieron una a una. Mientras les prendía fuego, Auraya se preguntó si los dioses la observaban. «Acordé con un tejedor de sueños que cuidara de mi madre. No pondré fin a ese acuerdo por propia voluntad. Tampoco lo sacaré a la luz. Si los dioses lo desaprueban, ya me lo harán saber».

Tras tirar en el cuenco la última esquina de pergamino en llamas, retrocedió un paso y la contempló hasta que quedó reducida a cenizas. Se sintió mejor. Aferrándose a este bienestar, regresó a su alcoba y se acostó.

«Ahora tal vez pueda dormir».

Los acantilados de Toren eran altos, oscuros y peligrosos. Durante las tempestades, el mar azotaba la pared de roca como si se empeñara en derribarla. Incluso en las noches tranquilas, las olas, aparentemente molestas por la presencia de la barrera natural, espumeaban allí donde rompían contra la peña. Si aquella guerra entre la tierra y el agua avanzaba hacia un desenlace, se desarrollaba con demasiada lentitud para que los ojos mortales adivinaran quién saldría vencedor.

En un pasado remoto, muchas embarcaciones habían sido víctimas de esta batalla. En casi todas las noches, los acantilados negros apenas resultaban visibles, y se convertían en una amenaza oculta cuando las nubes tapaban la luna. Desde la construcción del faro, más de mil años atrás, los naufragios habían cesado.

Las paredes curvas de la torre, hechas de la misma piedra que el precipicio sobre el que se alzaba, resistían los embates del tiempo y los elementos. El interior de madera, en cambio, había sucumbido hacía mucho a la podredumbre y el abandono, que solo habían respetado una escalera de piedra que ascendía en espiral por dentro de la pared. En lo alto había una habitación cuyo suelo era una enorme losa circular en la que se había practicado un agujero. Las paredes levantadas sobre ella habían sufrido un

deterioro aún peor; solo se mantenían en pie los arcos. El tejado se había desplomado años atrás.

El centro de la estancia había estado ocupado en otro tiempo por una esfera de luz tan intensa que cegaba a todo aquel que cometía la imprudencia de mirarla durante más de unos instantes. Los hechiceros se habían encargado de su mantenimiento, y durante siglos aquellas aguas habían sido seguras para los navegantes.

Emerahl, una hechicera sabia, era la única humana que visitaba la habitación últimamente. Hacía años, mientras limpiaba de escombros parte de la estructura hueca, había encontrado una de las máscaras de los hechiceros que llevaban tanto tiempo muertos. En los agujeros para los ojos había incrustadas gemas oscuras que filtraban la luz deslumbrante que ellos alimentaban con magia.

Ahora el faro se caía a pedazos, abandonado, y las naves debían encontrar sin su ayuda el paso entre los oscuros acantilados. Cuando Emerahl llegó a la habitación superior, se detuvo unos instantes para recuperar el aliento. Apoyó una mano arrugada en la columna de un arco y tendió la vista hacia el mar. Unas luces diminutas atrajeron su mirada. Los barcos siempre esperaban al amanecer para cruzar el estrecho situado entre las peñas y las islas.

«¿Sabrán de la existencia de este lugar? —se preguntó—. ¿Seguirá contando la gente historias de la luz que brillaba aquí? —Soltó un resoplido suave—. Si lo hacen, dudo que sepan que un hechicero edificó el faro por orden de Tempre, el dios del fuego. Seguramente ni siquiera recuerdan su nombre. Murió hace solo unos siglos, pero es tiempo suficiente para que los mortales olviden cómo era la vida antes de la Guerra de los Dioses».

¿Había alguien en la actualidad que conociera los nombres de los dioses muertos? ¿Había académicos que estudiaran el tema? Tal vez en las ciudades. A los hombres y mujeres corrientes, que luchaban por sacar el máximo partido de sus vidas, no les importaban estas cuestiones.

Emerahl bajó los ojos hacia el cúmulo de casas que bordeaba la costa. Entonces advirtió que algo se movía más cerca del faro y se le escapó un leve gruñido de desánimo. Hacía semanas que nadie se atrevía a visitarla. Una joven delgada con un jubón muy andrajoso subía la cuesta con dificultad.

Exhalando un largo suspiro, Emerahl contempló de nuevo las casas y rememoró el día en que habían llegado los primeros hombres. Un puñado de ellos había conseguido escalar los acantilados desde un único barco y había acampado en la zona. Ella había supuesto que se trataba de contrabandistas. Habían levantado unas barracas provisionales, y durante los primeros meses las habían desmontado y reconstruido hasta que habían encontrado un lugar lo bastante resguardado de las frecuentes tormentas para que las cabañas se mantuvieran en pie. En una ocasión se habían acercado a Emerahl con la intención de robarle, y ella les había enseñado a respetar su deseo de que la dejaran en paz.

Los hombres se marchaban y regresaban con regularidad, y pronto unos barcos se sumaron al primero, seguidos de otros más. Un día arribó una embarcación de pesca cargada con mercancía y mujeres. Al poco tiempo, se oyó el tenue llanto de un bebé por la noche, y luego el de otro. Los bebés crecieron, y algunos de los niños llegaron a la edad adulta. Las muchachas se convirtieron en madres siendo aún demasiado jóvenes, y muchas no sobrevivieron al parto. Los habitantes de la aldea que alcanzaban los cuarenta años podían considerarse afortunados.

Integraban un pueblo fuerte y feo.

Su rudeza se suavizó con el paso de las generaciones y la influencia de los forasteros. Estos llegaban para establecer relaciones comerciales, y algunos se quedaban. Las casas de piedra de la zona reemplazaron las barracas construidas con materiales de desecho. La aldea creció. Soltaban a los animales domésticos para que pastaran las hierbas correosas de la cima del acantilado. Los huertos de verduras pequeñas y bien cuidadas desafiaban el aire salado, las tempestades y la pobreza del suelo.

De vez en cuando, uno de los vecinos emprendía una excursión hasta el faro en busca de remedios y consejos de la mujer sabia que vivía allí. Emerahl lo toleraba porque le llevaban regalos: comida, ropa, pequeñas baratijas, noticias del mundo. No era reacia a los intercambios, siempre y cuando estos aportaran un poco de variedad a su vida diaria y a su dieta.

Sin embargo, los aldeanos no siempre hacían un buen uso de los remedios de Emerahl. Una señora le pidió hierbela para sus hemorroides, pero la utilizó

para envenenar a su esposo. Otra envió a su marido a por una cura para la impotencia y este, después de su siguiente viaje, acudió a ella de nuevo porque necesitaba un remedio para las verrugas genitales. Si Emerahl hubiera sabido que el muchacho dotado de magia que quería aprender a aturdir a los peces y a encender fuego iba a emplear estas habilidades para atormentar al tonto del pueblo, jamás se las habría enseñado.

Pero ella no era responsable de nada de aquello. Lo que la gente decidiera hacer con lo que le compraban era problema suyo. Si no hubiera habido una mujer sabia a quien recurrir, la señora habría encontrado otra manera de matar a su esposo, el marido infiel habría caído en el desenfreno de todos modos (aunque tal vez con menos entusiasmo) y el matón dotado se habría valido de piedras y de sus puños.

La joven de la aldea estaba a punto de llegar al faro. ¿Qué le pediría? ¿Qué le ofrecería a cambio? Emerahl sonrió. La gente la fascinaba y a la vez la repelía. Eran capaces de demostrar tanto una bondad asombrosa como una crueldad atroz. La sonrisa de Emerahl se torció. Había catalogado a los habitantes de la aldea como ejemplares crueles de la humanidad.

Se dirigió hacia las escaleras y comenzó a descender. Cuando la chica llegó a la entrada sin puerta del faro, jadeando y con los ojos desorbitados, Emerahl casi había bajado del todo. La anciana se detuvo. Canalizó rápidamente su energía, y el montón de palos y ramas que había en el centro comenzó a arder. La joven se quedó mirando el fuego antes de alzar la vista hacia Emerahl, atemorizada.

«Parece tan escuálida y cansada... Por otro lado, yo también».

—¿Qué quieres, niña? —inquirió Emerahl.

—Dicen... dicen que ayudas a la gente.

Hablaba con voz débil y apagada. Emerahl supuso que a la muchacha no le gustaba llamar la atención. Al estudiarla con detenimiento, observó señales de desarrollo físico en el rostro y el cuerpo de la chica. Se convertiría en una mujer atractiva, aunque flaca y huesuda.

—¿Quieres un encantamiento para atraer a un hombre?

—No —respondió la joven con un estremecimiento.

—¿Para ahuyentar a un hombre, entonces?

—Sí. Y no solo a uno —añadió la muchacha—. A todos los hombres. Emerahl se rió con suavidad y continuó bajando los escalones.

—Así que a todos los hombres, ¿eh? Algún día tal vez quieras hacer una excepción.

—No lo creo. Los odio.

—¿A tu padre también?

—A él más que a nadie.

«Ah, la típica adolescente». Pero cuando Emerahl llegó a la parte inferior de la escalera, vio una desesperación profunda en los ojos de la chica. Se puso seria. No se trataba de una niña enrabiada y rebelde. Las atenciones no deseadas que debía de soportar la tenían aterrorizada.

—Acércate al fuego.

La muchacha obedeció. Emerahl señaló un viejo banco que había encontrado en la playa después de un naufragio, al pie del acantilado, mucho antes de que se fundara la aldea.

—Siéntate.

La chica así lo hizo. Emerahl se acomodó sobre la pila de mantas que le servían de cama, con un crujido de rodillas.

—Sé preparar una poción que deshincha las velas de un hombre, ya me entiendes —le explicó a la joven—, pero administrarla es peligroso, y los efectos son pasajeros. La poción resulta inútil a menos que sepas lo que ocurrirá y hagas planes con antelación.

—Pensaba que tal vez podrías volverme fea —dijo la chica con rapidez—, para quitarles las ganas de acercarse.

Emerahl fijó la mirada en la muchacha, que se ruborizó y bajó la vista al suelo.

—La fealdad no garantiza tu seguridad, si un hombre está borracho y en condiciones de cerrar los ojos —aseveró en voz baja—. Además, como ya he dicho, quizá quieras hacer una excepción algún día.

La joven frunció el entrecejo, pero guardó silencio.

—Doy por sentado que allí abajo no hay nadie que quiera o pueda defender tu virtud, pues de lo contrario no habrías venido —prosiguió Emerahl—, así que tendré que enseñarte a hacerlo por ti misma.

Agarró una cadena que llevaba al cuello y se la quitó pasándola por encima de su cabeza. La chica contuvo la respiración al ver el objeto que pendía de ella. Era una sencilla gota de resina endurecida de un árbol de démbar. A la luz de la hoguera, emitía un resplandor color naranja intenso. Emerahl tendió el colgante hacia ella.

—Míralo bien.

La muchacha obedeció, con los ojos muy abiertos.

—Escucha mi voz. Quiero que mantengas la vista fija en esta gota. Contempla el interior. Al mismo tiempo, sé consciente del calor del fuego que arde junto a ti. —Emerahl continuó hablando, observando con atención el rostro de la chica. Cuando los intervalos entre los parpadeos de la joven se alargaron, movió el pie. Los ojos clavados en el colgante permanecieron inmóviles. Asintiendo para sí, Emerahl le indicó que extendiera el brazo hacia el colgante. La mano de la muchacha se movió lentamente hacia delante—. Detente, justo ahí, cerca de la gota, pero sin tocarla. Siente el calor del fuego. ¿Lo notas?

La chica asintió despacio.

—Bien. Ahora imagina que absorbes calor del fuego. Imagínate que su suave calidez inunda tu cuerpo. ¿Estás entrando en calor? Sí. Ahora envía esa calidez a la gota.

De inmediato, la resina empezó a brillar. La joven pestañeó y miró el colgante con fijeza, asombrada. El resplandor se apagó.

—¿Qué ha pasado?

—Acabas de hacer un poco de magia —le informó Emerahl. Bajó el colgante y se lo puso de nuevo al cuello.

—¿Poseo algún don mágico?

—Por supuesto. Todo hombre y mujer los poseen. La mayoría apenas es lo bastante poderosa para encender una vela, pero tú lo eres más.

A la chica le centellearon los ojos de emoción. Emerahl soltó una risita.

—Pero no te creas que vas a convertirte en una gran hechicera, niña. Estás dotada, pero no tanto.

Esto produjo el efecto sosegador que la mujer buscaba.

—¿Qué puedo hacer?

—Persuadir a otros de que se lo piensen dos veces antes de prestarte más atención de la que deseas. Provocar una simple punzada de dolor como advertencia, y paralizar temporalmente a aquellos que no lo entiendan o que estén demasiado borrachos para sentir dolor. Te enseñaré a hacer ambas cosas y además te regalaré un pequeño consejo: aprende el arte del halago o del rechazo humorístico. Aunque tal vez te gustaría despojar a esos hombres de su dignidad, un orgullo herido alimenta la sed de venganza. No tengo tiempo de enseñarte algo tan complejo como la técnica para abrir una puerta cerrada con llave o repeler un ataque con cuchillo.

La muchacha asintió con seriedad.

—Lo intentaré, aunque no estoy segura de que funcione con mi padre.

Emerahl vaciló por unos instantes. De modo que era eso.

—Entiendo. Te enseñaré esos trucos esta noche, pero no debes dejar de practicarlos. Es como tocar la flauta de hueso: aunque te acuerdes de una melodía, si no practicas con el instrumento, tus dedos pierden la destreza para tocarla.

La joven asintió de nuevo, esta vez de forma enérgica. Emerahl se quedó callada, contemplando a su alumna con melancolía. Aunque esta había tenido una vida dura, aún gozaba de una ignorancia feliz respecto al mundo, aún estaba llena de esperanza. La mujer bajó la mirada hacia sus propias manos marchitas. «¿Soy diferente de ella, pese a los años que le llevo? Hace mucho que dejé atrás mi juventud, y el mundo ha seguido su curso, pero continúo aferrándome a la vida. ¿Por qué me empeño en ello, si ya no queda nadie como yo?

»Porque puedo», se respondió a sí misma.

Con una sonrisa quebrada, se dispuso a enseñarle a una muchacha más cómo defenderse.

3

Los responsables del templo no apostaban guardias en la entrada. En principio, todo el mundo era libre de entrar. Una vez dentro, sin embargo, los visitantes necesitaban que les indicaran dónde encontrar a quienes mejor podían atender a sus necesidades, por lo que todos los iniciados en el sacerdocio dedicaban parte de su tiempo a trabajar como guías.

Al novicio Rimo no le molestaba cumplir esta parte de su trabajo. Por lo general, consistía en pasearse por los senderos del templo, disfrutando del sol y señalando a la gente adónde debía ir, lo que resultaba mucho más fácil y satisfactorio que las clases de leyes y sanación. Casi en todos sus turnos sucedía alguna cosa divertida, y más tarde él se reunía con sus compañeros novicios para comparar sus anécdotas.

Tras recibir durante varios días a monarcas, nobles y otros dignatarios venidos de fuera, a los novicios no les impresionaban demasiado los relatos de encuentros con personas importantes. Por otro lado, las historias sobre las extravagancias de los visitantes comunes no habían recuperado su popularidad. Rimo sabía que solo se ganaría la admiración de los demás con algo tan extraordinario como conocer a Auraya la Blanca, y había tantas posibilidades de que esto ocurriera como de...

Rimo se detuvo y contempló con incredulidad a un hombre alto y barbado que había atravesado el Arco Blanco. «¿Un tejedor de sueños? ¿Aquí?» Nunca antes había visto a un pagano en el templo. No se atrevían a entrar en

el lugar más sacro para los circulianos.

Rimo miró alrededor esperando ver a alguien dirigirse a toda prisa hacia el tejedor. Se le cayó el alma a los pies cuando se dio cuenta de que era el único guía que había por allí. Por un momento se planteó la posibilidad de fingir que no había reparado en la presencia del pagano, pero a algunos eso les habría parecido tan reprobable como animar al hombre a entrar en los edificios sagrados. Con un suspiro, Rimo se obligó a seguirlo.

Cuando se acercaba al tejedor, este se detuvo y se volvió hacia él. «Solo tengo que averiguar qué quiere —se dijo Rimo—, y luego invitarlo a marcharse. Pero ¿y si se niega? ¿Y si recurre a la fuerza? Bueno, llegado el caso hay muchos sacerdotes por aquí».

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Rimo con rigidez.

El tejedor de sueños fijó la mirada en un punto situado detrás de la cabeza de Rimo. O tal vez dentro de su cabeza.

—Vengo a entregar un mensaje. —El pagano extrajo un cilindro de su túnica.

Rimo frunció el ceño. ¿Entregar un mensaje? Eso significaba adentrarse aún más en el recinto del templo, o tal vez incluso entrar en los edificios. No podía permitirlo.

—Dámelo a mí —exigió—. Me encargaré de que sea entregado.

Para alivio de Rimo, el tejedor le tendió el mensaje.

—Gracias —dijo antes de dar media vuelta y encaminarse de nuevo hacia la puerta.

Rimo bajó la vista al cilindro que sostenía entre las manos. Era un sencillo tubo de madera para mensajes. Cuando leyó el nombre del destinatario escrito con tinta en el lado, se le cortó la respiración a causa del asombro. Clavó los ojos en el tejedor de sueños. Aquello era de lo más extraño. La carta iba dirigida a la «Sacerdotisa Superior Auraya». ¿Qué hacía un pagano llevándole un mensaje a Auraya la Blanca?

Quizá el hombre lo había robado para echar un vistazo a su contenido. Rimo examinó el cilindro con cuidado, pero el sello estaba intacto y no había señales de manipulación. Aun así, aquello era demasiado raro. Otros sacerdotes podían hacer preguntas. Reflexionó por un momento, con la vista

fija en la espalda del hombre que se alejaba antes de echar a andar a paso veloz tras él.

—Tejedor.

El hombre se detuvo, miró hacia atrás y una arruga se formó en su entrecejo.

—¿Cómo es que te han encomendado a ti que entregues el mensaje? —inquirió Rimo.

El hombre apretó los labios.

—Nadie me lo ha encomendado. Hace unos días me encontré al mensajero borracho e inconsciente a un lado del camino. Puesto que conozco a la destinataria y me dirigía hacia aquí, decidí traer la carta yo mismo.

Rimo echó una ojeada al nombre escrito en el cilindro. ¿Conocía a la destinataria? Imposible. Aun así, toda precaución era poca.

—Entonces me aseguraré de que lo reciba de inmediato —dijo.

Rimo giró sobre los talones rápidamente y comenzó a caminar hacia la Torre Blanca. Tras dar varios pasos volvió la vista atrás y comprobó aliviado que el tejedor había cruzado el arco de salida en dirección a la zona oeste de la ciudad. Miró de nuevo el nombre de la destinataria del mensaje y sonrió. Con un poco de suerte, tendría la oportunidad de entregarlo en persona. Entonces sí que dispondría de una historia interesante que contar.

Con un entusiasmo creciente, alargó sus zancadas hacia la entrada de la Torre Blanca.

El embajador de Sennon se embarcó en otra larga digresión sobre un episodio de la historia de su país; algo habitual entre sus paisanos cuando argumentaban su punto de vista. La expresión de Auraya cambió ligeramente. A un observador de la reunión le habría parecido que estaba absorta en las palabras del hombre. Danyin, que empezaba a conocerla mejor, veía en ella signos de paciencia forzada. Como a la mayoría de los hanianos, directos y francos, los discursos floridos e interminables de los sennenses le resultaban tediosos.

—Nos sentiríamos honrados, complacidos hasta el arrobo, de hecho, si

visitarais la ciudad de las estrellas. Desde que los dioses eligieron al gran Juran un siglo ha, solo hemos sido bendecidos con la oportunidad de recibir y acoger a los Elegidos en nueve ocasiones. ¿Acaso no sería maravilloso que los más recientes representantes de las divinidades fueran los próximos en caminar por las calles de Karienne y ascender a las dunas de Hemmed?

«¿Eso es todo? —Danyin reprimió un suspiro. El elaborado discurso del embajador no era, en esencia, más que una invitación a visitar su país—. Aunque también está dando a entender que los Blancos apenas viajan a Sennon. No sería de extrañar que los sennenses se sintieran un poco dejados de lado».

El problema era que una cordillera y un desierto separaban Sennon de Hania, y que la carretera a Karienne era larga y accidentada. Aunque Dunway también se encontraba al otro lado de las montañas, al menos era accesible por mar. El principal puerto de Sennon estaba situado en el extremo opuesto del continente. Cuando hacía buen tiempo, una travesía por mar podía durar meses. Cuando no, podía resultar más larga que el trayecto por tierra. Si Sennon llegaba a convertirse en un aliado, los Blancos tendrían que desplazarse hasta allí más a menudo.

Danyin sospechaba que otro motivo por el que los Blancos se mostraban reacios a invertir tiempo en el viaje era que un gran número de sennenses seguían adorando a dioses muertos. Los emperadores de Sennon de todas las épocas habían fomentado la creencia de que su pueblo debía ser libre de venerar a los dioses que quisiera, y que no correspondía a los gobernantes decidir si dichos dioses eran reales o no. Probablemente seguirían fomentándola mientras el «impuesto religioso» de Sennon continuara engrosando su fortuna.

Solo una secta protestaba tan abiertamente contra la situación como los circulianos. Se hacían llamar pentadrianos. Al igual que los circulianos, adoraban a cinco dioses, pero esta era la única semejanza entre ellos. Sus dioses no existían, por lo que engatusaban a sus seguidores con trucos y encantamientos. Se rumoreaba que los pentadrianos sacrificaban esclavos a estos dioses y se entregaban a ritos de fertilidad orgiásticos. Con toda seguridad estos actos garantizaban que sus adeptos no se atrevieran a dudar

de la existencia de sus dioses, por temor a descubrir que su depravación no estaba justificada.

Auraya posó la vista en Danyin, que notó que le ardían las mejillas de vergüenza. Se suponía que debía prestar atención a la divagación incesante del embajador para proporcionar a la Blanca análisis útiles cuando los necesitara. «Supongo que le he aportado un análisis, aunque no uno que le resulte muy útil ahora mismo».

La puerta de la habitación se abrió, y Dyara entró. Danyin advirtió divertido que la mujer mayor examinaba a Auraya con ojo crítico, como una madre buscando algo que reprochar en la conducta de su hija. Reprimió una sonrisa. A Auraya le llevaría un tiempo conducirse con la misma seguridad en sí misma que Dyara. Se encontraba en una situación interesante, ahora que había pasado de ejercer la dignidad más alta que una sacerdotisa mortal podía alcanzar a ocupar la posición más baja entre los inmortales.

—Ha llegado un mensaje de tu hogar, Auraya —dijo Dyara—. ¿Deseas recibirlo ahora?

A Auraya se le iluminó la mirada.

—Sí, gracias.

Dyara se apartó para dejar pasar a un novicio, que entró y le tendió con mano vacilante un cilindro con un mensaje.

Auraya le sonrió al joven y parpadeó sorprendida. Cuando Dyara condujo al mensajero a la puerta de la habitación, Auraya rompió el sello e inclinó el tubo para sacar el documento. Danyin vio unas marcas en el pergamino. Oyó que ella inspiraba con brusquedad y la observó con atención. Se había puesto pálida.

Auraya miró a Dyara, que arrugó el ceño y se volvió hacia el embajador.

—Confío en que tu visita al templo haya sido placentera, embajador Shemeli. ¿Me permites acompañarte a la salida?

El hombre titubeó y luego ejecutó una ligera reverencia.

—Sería todo un honor para mí, Dyara la Blanca. —Formó un círculo con las manos y dirigió a Auraya una inclinación de cabeza—. Ha sido un placer hablar con vos, Auraya la Blanca. Espero que volvamos a celebrar un encuentro pronto.

Ella lo miró a los ojos y asintió.

—Yo también.

Mientras Dyara salía de la habitación con el hombre, Danyin escrutó el rostro de Auraya. Aunque la Blanca más reciente no apartaba la vista de un jarrón, él estaba convencido de que este no era el objeto de su atención. ¿Eran lágrimas lo que brillaba en sus ojos?

Danyin desvió la mirada para no violentarla. Conforme el silencio se prolongaba, él comenzó a incomodarse. Resultaba un poco inquietante ver a uno de los Blancos al borde del llanto. Se suponía que debían ser fuertes, que debían mantener el control en todo momento. «Pero ella no es precisamente una veterana —se recordó Danyin—. Y yo preferiría que los guías de las personas en materia de leyes y moral siguieran teniendo sentimientos humanos».

La puerta se abrió, Dyara entró de nuevo y se detuvo, con la mano aún en el pomo.

—Lo siento, Auraya. Pasa el resto del día como desees. Vendré a verte por la noche, cuando me haya desocupado.

—Gracias —respondió Auraya en voz baja.

Dyara clavó la vista en Danyin y señaló la puerta con la cabeza. Este se levantó y salió de la habitación tras ella.

—¿Malas noticias? —preguntó él después de cerrar la puerta.

—Su madre ha muerto. —Dyara torció el gesto—. Es un momento muy inoportuno. Vete a casa, Danyin Lanza. Regresa mañana a la misma hora.

Danyin movió la cabeza afirmativamente y realizó la señal del círculo. Dyara se alejó con grandes zancadas. Él dirigió la mirada hacia la escalera, al final del pasillo, y luego a la puerta de la habitación de la que acababa de salir. Una tarde libre. Hacía días que no disponía de un momento para sí. Podría visitar el Gran Mercado y gastar parte del dinero que ganaba en regalos para su esposa y sus hijas. Podría leer un poco.

La imagen de la cara pálida de Auraya le vino a la memoria. «Debe de estar llorando su pérdida —pensó—. ¿Habría alguien aquí que la consuele? ¿Un amigo? ¿Uno de los sacerdotes, tal vez?»

Sus planes de visitar mercados o leer se evaporaron. Con un suspiro,

llamó a la puerta. Al cabo de un instante, esta se abrió. Auraya lo miró con expresión inquisitiva y, al leerle la mente, esbozó una sonrisa lánguida.

—Estaré bien, Danyin.

—¿Puedo hacer algo? ¿Traer a alguien?

Ella sacudió la cabeza y luego frunció el entrecejo.

—Tal vez sí. No traerlo, sino localizarlo. Averigua dónde se hospeda el hombre que vino con el mensaje al templo. Sin duda Rimo, el novicio, podrá describirlo. Si es quien yo sospecho, se llama Leiard.

Danyin asintió.

—Si aún está en la ciudad, lo encontraré.

No muy lejos, a su izquierda, tres mujeres estaban de pie frente a una mesa, preparando la cena. De forma casi maquinal amasaban, removían y rebanaban con manos expertas mientras charlaban entre ellas sobre la inminente boda de la hija de su patrón.

Detrás, a mucha mayor distancia, un hombre prácticamente había alcanzado un estado mental meditativo mientras modelaba la arcilla que tenía entre sus manos para formar un cuenco. Satisfecho, lo separó del torno con un trozo de alambre y lo colocó junto a los otros que había fabricado antes de coger más arcilla.

A su derecha, un joven pasó a toda prisa, rendido y desanimado. Sus padres se habían peleado otra vez. Como de costumbre, la discusión había acabado con ruidos sordos de puñetazos y gemidos de dolor. Contempló a los forasteros que aún pululaban por el mercado, aparentemente ajenos a la existencia de carteristas, y se animó un poco. Tendría víctimas fáciles aquella noche.

Más lejos a la derecha, pero con mayor intensidad, una madre discutía con su hija. La riña terminó con una oleada de satisfacción y rabia cuando la hija cerró de un golpe la puerta que había entre las dos.

Leiard respiró hondo y dejó que estas y otras mentes se desvanecieran de sus sentidos. El dolor en su cuerpo había cedido el paso a un cansancio más soportable. Estaba tentado de acostarse a echar una cabezada, pero eso le

espantaría el sueño, y ya había pasado demasiadas noches en blanco preguntándose si había tomado la decisión correcta al hacerse cargo de la carta que llevaba el mensajero.

«Alguien tenía que hacerlo —pensó—. ¿Por qué le confiaría Pa-Tintor la tarea a ese muchacho?»

Probablemente había comenzado la temporada de la cosecha, y había pocas personas disponibles para llevar el mensaje. Quizá el chico se había ofrecido voluntario con la intención de librarse del trabajo duro, y Pa-Tintor no conocía su tendencia a la holgazanería.

Leiard había sonsacado suficiente información al joven aturdido por el alcohol para comprender por qué el padre de Auraya había mandado un mensaje en vez de pedirle al sacerdote Avorim que comunicara la noticia mentalmente. El sacerdote estaba enfermo. Había sufrido un desmayo hacía varios días.

Como Avorim no se hallaba en condiciones, a Pa-Tintor no le había quedado otro remedio que enviar a un mensajero. Leiard no tenía idea de si el estado del sacerdote era muy grave. El anciano podía estar muriéndose. Si no encontraba a otro mensajero, tal vez Auraya no se enteraría del fallecimiento de su madre.

Irónicamente, Leiard solo había topado con el mensajero borracho porque la muerte de Ma-Tintor lo había liberado de la obligación de quedarse. Todos los años viajaba a una ciudad situada a varios días de camino de Oralyn para comprar remedios que no podía elaborar por sí mismo. El chico le había dado lo que quedaba del dinero que Pa-Tintor le había facilitado para comida y alojamiento, pero al llegar a la ciudad, Leiard había descubierto que la suma no era suficiente para pagar los servicios de otro mensajero.

El tejedor de sueños se había planteado la posibilidad de llevarle la carta al sacerdote local, pero había supuesto que este no creería su explicación sobre cómo había llegado a sus manos el mensaje. Esto lo dejaba con solo dos opciones: devolverlo a Pa-Tintor, que en aquellos momentos no necesitaba un motivo más de decepción y angustia, o entregarlo él mismo. Había concluido que bastaría con ponerlo en manos de uno de los guardianes de la entrada del templo.

Sin embargo, en la entrada no había encontrado guardias o custodios. Al recordar su llegada al templo, a Leiard se le erizó el vello. Había estado demasiado distraído con el bullicio que lo rodeaba para reparar en la enorme Torre Blanca que se erguía sobre los edificios de la ciudad. No la había visto hasta que se encontraba frente al arco que daba acceso al templo.

Había algo en ella que le había helado la sangre. Una parte de él se había llenado de admiración y asombro por la pericia que sin duda había requerido su construcción, pero otra parte, acobardada, lo impulsaba a dar media vuelta y alejarse de allí lo más rápidamente posible.

Su determinación de hacer llegar el mensaje a su destino había impedido que huyera. No había viajado desde tan lejos para salir despavorido. Pero en la entrada no había nadie a quien entregar la carta, y ninguno de los sacerdotes del interior parecía dispuesto a acercarse a él. Leiard había tenido que atravesar el arco para captar la atención de alguien. Tras pasarle el mensaje a un sacerdote joven, se había marchado a toda prisa, aliviado por haberse quitado al fin ese peso de encima.

Jarime había crecido y cambiado desde su última visita, pero eso solía ocurrir con las ciudades. La densa mezcla de personas resultaba tan estimulante como agotadora. Leiard había caminado durante horas hasta encontrar una hospedería para tejedores de sueños. Sus propietarios eran Tanara y Milo Tahonero, una pareja humilde que había heredado un pequeño edificio de viviendas. Su hijo Jayim había decidido convertirse en tejedor de sueños, lo que les inspiró la idea de ofrecer alojamiento a tejedores que estuvieran de paso en la ciudad. Vivían en el primer piso y alquilaban la planta baja a comerciantes.

Tanara lo había acompañado a una habitación y lo había dejado descansar. Leiard no pudo resistir la tentación de entrar en trance para explorar superficialmente los pensamientos de los habitantes de la ciudad que lo rodeaban. Eran como las personas de todas partes, inmersas en vidas tan variadas como los peces del mar; brillantes y oscuras, fáciles y duras, generosas y egoístas, esperanzadas, resueltas, resignadas. También había percibido la mente de su anfitriona, que estaba abajo, en la cocina, pensando que pronto debía avisar a Leiard que bajara a cenar. También esperaba que él

ayudara a su hijo.

Leiard aspiró profundamente de nuevo y abrió los ojos. El maestro de Jayim había muerto el invierno anterior, y ningún otro tejedor de sueños había sido elegido para ocupar su lugar. Leiard sabía que tendría que defraudarlos de nuevo. Regresaría a la aldea al día siguiente. Aunque él hubiera estado dispuesto a aceptar otro discípulo, Jayim habría tenido que irse con él. Los Tahonero seguramente habrían preferido que su hijo se quedara sin instrucción a permitir que se marchara.

«Si Jayim quisiera marcharse conmigo, ¿se lo permitiría?» Leiard se sentía obligado a ello. El número de tejedores de sueños se había reducido, y habría sido una lástima que el joven renunciara a convertirse en uno por falta de maestro. Tal vez cuando conociera al muchacho contemplaría la posibilidad. Después de todo, habría accedido a formar a Auraya si ella se lo hubiera pedido.

Se puso de pie, se desperezó y se acercó a un banco estrecho en el que Tanara había colocado un cuenco de agua grande y unas toallas ásperas. Se lavó despacio, se vistió con su juego adicional de jubón y pantalones, y encima se puso el chaleco de tejedor de sueños. Tras salir de la habitación, se dirigió hacia la zona común situada en el centro de la casa y encontró a Tanara sentada en un viejo cojín, con el ceño fruncido por la concentración. Se hallaba cocinando pan en una piedra grande y plana apoyada sobre dos ladrillos. Como no había fuego bajo la piedra, él supuso que la mujer estaba calentándola con magia.

—Tejedor de sueños Leiard —dijo, y las arrugas en las comisuras de sus ojos se hicieron más profundas cuando sonrió—. No tenemos criados y prefiero cocer el pan que comprar la porquería que venden en la tienda de al lado. Solo he probado su comida dos veces, y las dos me puse enferma. Por otro lado, no se retrasan con el alquiler, así que no debería quejarme. — Señaló una puerta con la cabeza—. Jayim ha vuelto.

Al girarse, Leiard vio a un muchacho repantigado en un banco de madera en la habitación contigua. Su chaleco de tejedor de sueños estaba en el suelo, junto a él. Tenía el jubón empapado en sudor.

—Jayim, este es el tejedor Leiard —le dijo Tanara alzando la voz—.

Hazle compañía mientras yo termino.

El joven tejedor de sueños alzó la vista y pestañeó sorprendido al reparar en la presencia de Leiard. Se enderezó en el asiento al tiempo que Leiard entraba en la habitación.

—Hola —dijo.

—Te saludo —respondió Leiard. «No me ha saludado del modo tradicional. ¿Será por desconocimiento, o simplemente por desprecio hacia el ritual?»

Leiard se sentó en una silla frente a Jayim. Se fijó en el chaleco. El chico siguió la dirección de su mirada y acto seguido se apresuró a recoger la prenda y colgarla del respaldo del banco.

—Hace calor hoy, ¿no? —comentó—. ¿Habías estado antes en la ciudad?

—Sí, hace tiempo —contestó Leiard.

—¿Cuánto?

Leiard arrugó el entrecejo.

—No estoy muy seguro.

El muchacho se encogió de hombros.

—Entonces debe de haber sido hace mucho tiempo. ¿La ves muy distinta?

—He observado algunos cambios, pero no me he formado una idea muy clara porque solo he visto una parte de la ciudad desde que he llegado esta tarde —explicó Leiard—. Tengo la impresión de que comer en los puestos callejeros sigue siendo tan peligroso como siempre.

Jayim soltó una risita.

—Sí, pero algunos están bien. ¿Te quedarás una temporada?

Leiard sacudió la cabeza.

—No, me marcho mañana.

El joven no disimuló bien su alivio.

—¿Regresarás a... cómo se llamaba?

—Oralyn.

—¿Dónde está eso?

—Cerca de la frontera con Dunway, justo al pie de las montañas.

Jayim abrió la boca para decir algo, pero se interrumpió cuando se oyeron

unos golpes en la puerta.

—Ha venido alguien, mamá.

—Pues ve a abrirle.

—Pero... —Jayim miró a Leiard—. Estoy haciendo compañía a nuestro huésped.

Tanara se levantó con un suspiro. Caminó hacia la puerta principal, hasta que Leiard la perdió de vista, aunque siguió escuchando el golpeteo de sus sandalias contra las baldosas del suelo. Oyó el sonido de una puerta al abrirse, unas voces femeninas y luego los pasos de dos personas que se acercaban.

—Tenemos una clienta —anunció Tanara al entrar en la habitación.

Una mujer envuelta en una amplia tela oscura apareció tras ella. La prenda le cubría la cabeza y ocultaba su rostro.

—No he venido en busca de sanación —dijo—, sino para ver a un viejo amigo.

En cuanto Leiard oyó su voz, sintió un escalofrío sin saber muy bien por qué. Se puso de pie casi sin darse cuenta. La mujer se quitó la tela de la cabeza y sonrió.

—Te saludo, tejedor de sueños Leiard.

Sus facciones habían cambiado. La redondez infantil había desaparecido, dejando al descubierto una frente y un mentón de formas elegantes, así como unos pómulos elevados. Llevaba el cabello recogido en un peinado sofisticado como los que lucían los ricos y los seguidores de la moda. Parecía más alta.

Sin embargo, sus ojos seguían siendo iguales que antes: grandes, expresivos y con un brillo de inteligencia, escrutaban el rostro de Leiard. «Debe de estar preguntándose si me acuerdo de ella —pensó él—. La recuerdo, pero no así».

Auraya se había convertido en una mujer llamativamente hermosa. Nadie que la hubiera conocido en la aldea cuando era niña lo habría predicho. En aquel entonces se la veía demasiado frágil y delgada. La moda de la ciudad la favorecía mucho más.

«¿La moda de la ciudad? Ella no se había instalado allí para seguir la

moda, sino para ordenarse sacerdotisa. —De pronto pensó en sus anfitriones. Tal vez les asustaría saber que tenían a una sacerdotisa circuliana en casa; más aún, a una sacerdotisa superior—. Por lo menos Auraya ha tenido la sensatez de cubrir su ropa sagrada». Se volvió hacia Tanara.

—¿Hay algún lugar donde pueda hablar en privado con la dama?

Tanara sonrió.

—Sí, en la azotea. Se está bien allí las tardes de verano. Seguidme.

La mujer los guió a través de la sala común hasta la escalera situada frente a la entrada principal. Cuando Leiard salió al terrado, le sorprendió descubrir que estaba repleto de macetas y asientos de madera gastados. Vio los edificios de pisos vecinos y a otras personas que mataban el tiempo en los jardines de las azoteas.

—Traeré bebidas frías —dijo Tanara antes de desaparecer escaleras abajo.

Auraya se sentó frente a Leiard y suspiró.

—Debería haberte enviado un mensaje para avisarte de que vendría, o haber quedado contigo en otro sitio, pero en cuanto me enteré de que estabas aquí... —dijo dedicándole una sonrisa torcida—, tuve que venir directamente.

Él asintió.

—Necesitabas hablar de tu madre con alguien que la conociera —aventuró.

La sonrisa se esfumó.

—Sí. ¿Cuál fue la causa de...?

—La vejez y la enfermedad. —Extendió las manos a sus costados—. Su dolencia se agravaba con la edad. Era inevitable que ella acabara por sucumbir.

Auraya hizo un gesto afirmativo.

—¿O sea que eso fue todo? ¿No hubo nada más?

Él sacudió la cabeza.

—Después de mantener a raya una enfermedad durante mucho tiempo, es normal sorprenderse cuando acaba con la vida de alguien.

Ella hizo una mueca.

—Sí..., sobre todo cuando ocurre en un momento... inconveniente. —
Exhaló un largo suspiro—. ¿Cómo está mi padre?

—Estaba bien cuando partí hacia aquí. Triste, por supuesto, pero resignado.

—Le dijiste al novicio que habías encontrado el mensaje en manos de un mensajero ebrio. ¿Sabes por qué no se ha puesto en contacto conmigo el sacerdote Avorim?

—Según el mensajero, está enfermo.

Ella asintió.

—Debe de ser muy mayor. Pobre Avorim. Yo le hacía la vida imposible en sus clases. Y también a ti. —Alzó la mirada y lo examinó con una sonrisa tenue—. Es curioso. Te reconozco, pero te noto cambiado.

—¿En qué sentido?

—Pareces más joven.

—Los niños consideran viejos a todos los adultos.

—Sobre todo cuando los adultos tienen el pelo blanco —dijo ella. Tiró de la tela que la cubría—. Hace demasiado calor para ir tan abrigada —prosiguió—. Temía que si la gente me veía llegar, tus anfitriones tuvieran problemas.

—No sé cómo es la vida de los tejedores de sueños en la ciudad.

—Pero crees que tus anfitriones se atemorizarían si supieran quién soy —supuso.

—Probablemente.

Auraya juntó las cejas.

—No quiero que me tengan miedo. No me gusta. Ojalá... —Suspiró—. Pero ¿quién soy yo para querer cambiar la forma de ser de la gente?

Leiard le escudriñó el rostro.

—Estás en mejor posición para ello que la mayoría.

Ella se quedó mirándolo y sonrió con timidez.

—Supongo que sí. La pregunta es: ¿lo permitirán los dioses?

—No estarás pensando en preguntárselo, ¿verdad?

Auraya arqueó las cejas.

—Tal vez.

Al observar el brillo intenso de sus ojos, Leiard sintió un afecto

inesperado por ella. Al parecer, aún quedaba en Auraya algo de la niña curiosa y persistentemente inquisitiva que había sido. Se preguntó si revelaba esa faceta a sus iguales, y si ellos la sobrellevaban bien.

«Incluso me la imagino asediando a los dioses con preguntas sobre la naturaleza del universo —pensó riendo para sus adentros. Entonces se puso serio—. Hacer preguntas es fácil. Conseguir que las cosas cambien, no tanto».

—¿Cuándo piensas marcharte? —quiso saber Auraya.

—Mañana.

—Entiendo. —Apartó la vista—. Esperaba que te quedaras más tiempo. Unos días, tal vez. Me gustaría volver a hablar contigo.

Él reflexionó sobre su petición. «Solo unos días». Unos pasos procedentes de la escalera anunciaron el regreso de Tanara. Llevaba una bandeja con copas de cerámica y un plato de frutos secos. Bajó la bandeja y se la ofreció a Auraya. Cuando esta extendió el brazo para coger una copa, Tanara reprimió un grito y sus manos dejaron caer la bandeja que sostenían.

Leiard advirtió que Auraya doblaba ligeramente los dedos. La bandeja se detuvo y permaneció flotando en el aire, con el líquido agitado en el interior de las copas. El tejedor levantó la mirada hacia Tanara, que contemplaba a Auraya con fijeza. Leiard se percató de que la tela que cubría a la joven había resbalado de su cuello, dejando al descubierto el borde de su cirque.

Él se levantó y posó las manos en los hombros de Tanara.

—No tienes nada que temer —aseguró en tono tranquilizador—. Sí, es una sacerdotisa, pero también es una vieja amiga mía. Es de la aldea que está cerca de mi...

Tanara le agarró la mano con los ojos desorbitados.

—No es una sacerdotisa —jadeó—, es más que eso. Es... es... —Clavó la vista en Leiard—. ¿Eres amigo de Auraya la Blanca?

—Soy... —¿Auraya la qué? Leiard bajó los ojos hacia Auraya, que había torcido la boca en una mueca de vergüenza. Entonces se fijó en el cirque. No tenía el ribete dorado propio de los sacerdotes superiores.

De hecho, no tenía ribete alguno.

—¿Cuándo ha sucedido? —preguntó él sin pensar.

Ella le sonrió como disculpándose.

—Hace nueve o diez días.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Estaba esperando el momento oportuno.

Tanara soltó la mano de Leiard.

—Lo siento. No era mi intención estropear la sorpresa.

Auraya se rió, azorada.

—No importa. —Cogió la bandeja y la depositó en el banco que tenía a su lado—. Soy yo quien debería pedir perdón por causar tantas molestias. Debería haber organizado el encuentro con Leiard en otra parte.

Tanara sacudió la cabeza.

—¡No! Sois bienvenida aquí. Siempre que queráis hacernos una visita, no dudéis en...

Auraya entornó los párpados de forma apenas perceptible antes de desplegar una ancha sonrisa y ponerse de pie.

—Gracias, Tanara Tahonero. Eso significa para mí más de lo que te imaginas. Pero, por lo pronto, creo que debo disculparme por echaros a perder la noche. —Se arropó bien con la tela—. Y debo regresar al templo.

—Ah... —Tanara miró a Leiard, compungida—. Os acompaño a la puerta.

—Gracias.

Cuando las dos mujeres se marcharon, Leiard se sentó despacio. «Auraya es uno de los Blancos».

La pesadumbre se apoderó de él. Había visto potencial en ella. Era inteligente, pero no arrogante; sentía curiosidad respecto a otros pueblos, pero no los despreciaba.

Su facilidad para aprender y aprovechar los dones era muy superior a la de cualquiera de los discípulos anteriores de Leiard.

Ellos la habían elegido, claro está. Leiard incluso había intentado convencerse de que era más conveniente que Auraya se hubiese unido a los circulianos, pues debido a las restricciones que pesaban sobre la vida de los tejedores de sueños, su capacidad se habría malgastado.

«¿Y acaso no es mejor aún que ahora figure entre los Blancos inmortales?»

—se preguntó con amargura—. El mundo se beneficiará de su talento para siempre. Y el haberla perdido me atormentará para toda la eternidad».

Este pensamiento le produjo extrañeza. En cierto modo le daba la sensación de que era la voz mental de otra persona.

—Leiard.

Alzó la vista. Tanara había vuelto.

—¿Te encuentras bien?

—Un poco sorprendido —respondió con sequedad.

Tanara se acomodó en el asiento de enfrente, el que había ocupado Auraya.

—¿No lo sabías?

Él negó con la cabeza.

—Al parecer mi pequeña Auraya ha llegado mucho más lejos en el mundo de lo que yo había imaginado.

—¿Tu «pequeña» Auraya?

—Sí. La conocí cuando era una niña. Le enseñé algunas cosas. Seguramente sabe más sobre la sanación de los tejedores de sueños que cualquier sacerdote.

Tanara enarcó las cejas. Desvió la mirada, pensativa. Entonces sacudió la cabeza.

—Me cuesta asimilarlo —admitió en voz baja—. Eres amigo de Auraya la Blanca.

Detrás de ellos sonó un jadeo. Al volverse, Leiard vio a Jayim de pie en la escalera, con los ojos muy abiertos de asombro por lo que había oído sin querer.

—Jayim —dijo Tanara levantándose de un salto y empujando a su hijo hacia el interior—. No debes comentar esto con nadie. Escucha...

Leiard se puso de pie, los siguió escaleras abajo y entró en su habitación. Su ropa sucia seguía colgada en el respaldo de una silla. Su bolsa estaba medio vacía, y su contenido, esparcido sobre la cama.

Se sentó y guardó todo en la bolsa con rapidez. Cuando colocaba la túnica sucia encima de todo, oyó unos pasos y se volvió para ver a Tanara en la puerta. Ella se fijó en la bolsa, y su semblante se endureció.

—Lo suponía —murmuró—. Siéntate, Leiard. Quiero hablar contigo antes de que huyas a tu hogar en el bosque.

De mala gana, él tomó asiento en la cama. Tanara se sentó junto a él.

—Solo quiero confirmar lo que acabo de oír. Has dicho que le enseñaste algunas cosas a Auraya cuando era niña. ¿Te refieres al saber de los tejedores de sueños?

Leiard asintió.

—Albergaba la esperanza de que acabara trabajando conmigo. —Sacudió la cabeza—. Bueno, ya ves el resultado.

Tanara le dio unas palmaditas en el hombro.

—Debe de haber sido frustrante. Por otro lado, resulta extraño que los dioses la eligieran. Sin duda sabían que había tenido a un tejedor de sueños por maestro.

—Tal vez conocían su auténtica vocación —farfulló él, dolido.

Tanara hizo caso omiso de su comentario.

—Ha tenido que ser raro para ti volver a hablar con ella, aun cuando creías que no era más que una sacerdotisa superior. Cuando he llegado me parecía que os estabais llevando bastante bien. Es obvio que no habías advertido ningún cambio en ella. Si su Elección la hubiera convertido en una persona diferente, lo habrías notado.

—Sé que he dicho que éramos amigos —repuso él—, pero ha sido para tranquilizarte. Hacía diez años que no la veía.

Tanara asimiló esta información en silencio.

—Piénsalo bien, Leiard —murmuró al cabo de un momento—. Es evidente que Auraya quiere seguir siendo tu amiga. Que una Blanca desee la amistad de un tejedor de sueños parece imposible, pero claramente no lo es. Y si Auraya la Blanca es amiga de un tejedor, tal vez otros circulianos empiecen a tratar mejor a los tejedores. —Bajó la voz—. Ahora bien, tienes dos opciones: puedes irte y regresar a tu bosque, o quedarte con nosotros y mantener viva esa amistad.

—No es tan sencillo —alegó él—. Hay ciertos riesgos. ¿Y si los otros Blancos no lo ven con buenos ojos?

—Dudo que hagan algo más que invitarte a marcharte. —Se inclinó hacia

él—. Creo que es un riesgo que vale la pena correr.

—¿Y si la gente decide que no les gusta? Podrían tomar medidas por su cuenta.

—Si ella valora vuestra relación, lo impedirá.

—Quizá no pueda..., sobre todo si los Blancos no la apoyan.

Tanara se echó hacia atrás para mirarlo.

—No niego que haya peligros. Solo te pido que consideres la posibilidad. Debes hacer lo que te dicte el corazón.

Se puso de pie, salió de la habitación y cerró la puerta tras ella. Leiard cerró los ojos y suspiró.

«Tanara está pasando por alto un detalle: los dioses no habrían elegido a alguien que simpatizara con los tejedores de sueños», se dijo.

Y, no obstante, habían elegido a Auraya. O ella había desarrollado aversión hacia los tejedores, o los dioses estaban jugando a otra cosa. Analizó las posibilidades. Si conseguían que una mujer inteligente y dotada que simpatizaba con los tejedores de sueños se volviera contra ellos, tal vez ella avivaría con una fuerza renovada y letal el odio que sentían los circulianos por los paganos.

Y si él ponía pies en polvorosa y la dejaba sola con su dolor, tal vez sería el primero en darle un motivo para cobrar aversión a su pueblo.

«Malditos sean los dioses —pensó—. Tengo que quedarme, al menos hasta que averigüe qué está ocurriendo».

4

El calor del sol veraniego era más intenso en las laderas superiores. Al notar que el sudor empezaba a resbalarle de nuevo por la frente, Tryss se enderezó y agitó la cabeza. Las gotitas cayeron en el armazón del arnés y enseguida fueron absorbidas por la madera seca. Se quitó el chaleco de fibra de caña y lo dejó a un lado. Luego se inclinó y tendió varias tiras de tripa flexible entre las articulaciones del arnés.

Gran parte del artilugio estaba desmontado. Tryss intentaba duplicar el sistema de palancas para poder llevar cuatro punzones en vez de dos. Ya comenzaba a dudar que pudiera despegar del suelo con tanto peso encima. Quizá tendría que arrastrarlo hasta lo alto de un árbol o un precipicio antes de levantar el vuelo.

Sin embargo, eso no impresionaría a la gente. Había decidido no mostrar el arnés a nadie hasta que hubiera conseguido cazar a varios animales grandes. Cada vez que abatiera alguno lo dejaría dormir hasta que se le pasaran los efectos de la droga, pero cuando llegara el momento de demostrar aquello de lo que era capaz, mataría a su presa y regresaría al Claro con su carne. En el momento en que los otros siyís vieran a su familia dándose un festín, dejarían de burlarse de él.

Hizo una pausa para suspirar. Si sus primos lo hubieran seguido en silencio en vez de contar a otros lo que Tryss aseguraba haber hecho, Drili y ellos habrían sido los únicos testigos cuando él había llegado y descubierto

que el yervo ya no estaba allí. Desde aquel día, la noticia de su disparatada historia se había extendido por todo el Claro. Los otros siyís se reían de él incesantemente, incluso algunos a los que ni siquiera conocía.

Notó una punzada en el brazo y dio un salto. El hilo de tripa resbaló entre sus dedos y se soltó. Tryss masculló una maldición y se examinó el brazo. Un diminuto punto negro había aparecido. ¿Le había picado algo? Miró en torno a sí, pero no había ningún insecto revoloteando cerca que pudiera ser la causa de la picadura.

Cuando escudriñaba el suelo en busca de bichos terrestres, notó otro aguijonazo, esta vez en el muslo. Bajó la vista a tiempo para ver caer algo pequeño y redondo. Al agacharse, descubrió una semilla de sautre entre las piedras de la pared de roca. Era de color verde vivo y llamaba mucho la atención, sobre todo porque aquel tipo de semillas no abundaba en las zonas altas de las montañas. El sautre era un árbol bajo que crecía a la orilla de arroyos y ríos, no en laderas escarpadas.

Un chasquido leve hizo que se fijara de nuevo en el arnés, justo en el momento en que otra semilla caía del almacén a las piedras y se alejaba rodando. Se desató despacio el invento y se irguió, paseando la mirada alrededor. Con el rabillo del ojo vislumbró que algo se movía, y sintió un pinchazo en el hombro. Giró sobre los talones y se encaminó hacia una peña grande cercana al movimiento que había visto.

Entonces oyó que alguien silbaba su nombre desde arriba.

Levantó la vista y el corazón le dio un vuelco en cuanto reconoció las manchas en las alas de Drili. Escrutó el cielo con rapidez, pero no había rastro de sus primos. Se le aceleró el pulso cuando ella empezó a descender describiendo círculos.

La chica tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Tryss! —gritó—. Creo que he perdido... —Desvió la mirada y él advirtió que su sonrisa cedía el paso a una expresión de indignación. Al mismo tiempo notó otra punzada, esta vez en la mejilla. Con una palabrota, se llevó la mano a la cara—. ¡Idiotas! —chilló.

Tryss contuvo la respiración cuando Drili bajó en picado y aterrizó junto a la peña hacia la que él se dirigía. Desapareció, sonó una bofetada y un siyí

salió tambaleándose de detrás de la peña, protegiéndose la cabeza con los brazos mientras Drili intentaba pegarle una y otra vez.

«¡Ziss!» Tryss oyó unas carcajadas detrás de sí y, al volverse, vio que Trinn subía por la saliente de piedra hacia ellos. Drili se abalanzó hacia él y le arrebató algo de las manos.

—¡Os he dicho que no las uséis contra siyís! —le recriminó—. ¿Y si le hubierais rasgado las alas? ¡Estúpidos cerebros de guirri! De haber sabido que haríais algo así, no las habría fabricado para vosotros.

—No le habríamos dado en las alas —repuso Trinn—. Hemos estado practicando.

—¿Contra qué? —inquirió ella.

Trinn se encogió de hombros.

—Árboles. Rocas.

—¿Guirris?

Él apartó la vista.

—No.

—Fuisteis vosotros, ¿verdad? Ya habéis visto que me he pasado media noche tejiendo esteras de fibra de caña para consolar a la tía Lirri. Cree que sus guirris han muerto porque no los cuidaba bien.

—Iba a comérselos de todos modos —protestó Ziss.

Drili dio media vuelta para encararse con él.

—Me dais asco los dos. Largaos. No quiero volver a veros.

Los primos se miraron con desánimo, aunque saltaba a la vista que a Ziss sus palabras no lo habían herido tanto como a Trinn. Le dio la espalda con un gesto de resignación, corrió unos pasos y se elevó de un salto.

—Lo siento —tanteó Trinn. Cuando Drili lo fulminó con la mirada, él se encogió y siguió a su hermano.

La chica los observó hasta que quedaron reducidos a unos puntos oscuros contra las nubes lejanas que flotaban cerca del horizonte. Entonces se volvió hacia Tryss e hizo una mueca.

—Lamento lo ocurrido —se disculpó.

Él se encogió de hombros.

—No es culpa tuya.

—Sí que lo es —replicó ella, de nuevo con rabia en la voz—. Sabiendo cómo son, no debería haberles enseñado para qué servían esos canutos, y menos aún hacerles un juego a cada uno.

Tryss contempló el objeto que ella sostenía en la mano. Era un trozo largo de caña.

—¿Canutos?

—Sí. —Drili sonrió y le tendió el tubo—. Una cerbatana. Hemos empezado a usarlas en mi aldea para cazar animales pequeños. Metes un proyectil aquí y...

—Sé cómo funcionan —dijo Tryss, y crispó el rostro ante su propia sequedad—, pero nunca había visto a alguien utilizar una —añadió mostrando más interés—. ¿Podrías enseñarme?

Con una sonrisa, ella le quitó el tubo de las manos. Extrajo algo de su bolsillo y lo deslizó en el interior del canuto. Él oyó un golpecito cuando el objeto chocó con algo que le impedía caer por el otro extremo. Drili se volvió y apuntó.

—¿Ves esa roca que se parece un poco a un pie?

—Sí.

—¿Ves la piedra negra que hay encima?

—Sí... —Miró con escepticismo a Drili. La piedra estaba muy lejos.

Ella se llevó el tubo a los labios y sopló con rapidez. Tryss apenas vio el proyectil, pero al cabo de un instante, la piedra negra salió despedida de la roca y se perdió de vista al otro lado.

Tryss clavó los ojos en Drili, asombrado. «No solo es bonita y fuerte —pensó—, sino también inteligente». Ella le devolvió la mirada con una sonrisa, y de pronto él se quedó sin habla. Notó que se le encendía la cara.

—¿Así que es aquí adonde vienes cuando desapareces? —preguntó la chica fijándose en el arnés.

Él se encogió de hombros.

—A veces.

Ella se acercó al arnés y lo examinó.

—Fue con esto con lo que cazaste al yervo, ¿verdad?

De modo que ella no ponía en duda que lo hubiera cazado. ¿O tal vez lo

decía solo por amabilidad?

—Pues... sí.

—Enséñame cómo funciona.

—Está... Está... —Agitó las manos con impotencia—. Lo estoy modificando. Está todo desmontado.

Ella asintió.

—Entiendo. Otro día será, entonces. Cuando hayas terminado. —Se sentó junto al arnés—. ¿Puedo mirarte mientras trabajas?

—Supongo. Si quieres.

Se puso en cuclillas y, consciente de la atención que Drili tenía puesta en él, hurgó en sus bolsillos en busca de más hilos de tripa. Ella lo observaba en silencio, y Tryss pronto empezó a sentirse incómodo.

—¿Hace cuánto que usa cerbatanas tu pueblo? —preguntó.

Ella hizo un gesto vago.

—Hace años. La idea fue de mi abuelo. Decía que teníamos que ir hacia atrás en vez de hacia delante. En lugar de encontrar una manera de manejar las espadas y los arcos como los pisatierra, debíamos recuperar las armas más sencillas. —Suspiró—. Pero no sirvió de mucho. Los pisatierra nos expulsaron de nuestra aldea de todos modos. Abatimos a algunos con dardos envenenados y trampas, pero eran demasiados.

Tryss la miró de reojo.

—¿Crees que el desenlace habría sido distinto si hubierais podido atacarlos desde el aire?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé. Tal vez, tal vez no. —Estudió el arnés—. No lo sabremos hasta que lo intentemos. ¿Irás... irás a la Congregación esta noche?

Tryss se encogió de hombros.

—No lo sé.

—He oído que anoche llegó un pisatierra. Atravesó las montañas para llegar hasta aquí. Asistirá a la Congregación.

—¿No lo mataron? —preguntó Tryss, sorprendido.

—No. No es una de las personas que nos echan de nuestro territorio. Viene de muy lejos.

—¿Qué quiere?

—No estoy segura, pero según mi padre, lo envían los dioses para pedirnos que nos unamos a algo. Si aceptamos, otros pisatierra podrían ayudarnos a librarnos de los invasores.

—Si son capaces de eso, también son capaces de invadirnos ellos mismos —señaló Tryss.

Drili frunció el ceño.

—No lo había pensado. Pero viene de parte de los dioses. Seguro que Huan no lo habría permitido si supiera que eso significaría la muerte de todos nosotros.

—¿Quién sabe cuál es la intención de la diosa? —dijo Tryss secamente—. Tal vez haya comprendido que crearnos fue un error, y esta es la forma de deshacerse de nosotros.

—¡Tryss! —exclamó Drili escandalizada—. No deberías hablar así de la diosa.

Él sonrió.

—Quizá no. Pero si nos está observando, me habrá oído pensar. Y si me oye pensar, comprobará que no lo he dicho en serio.

—Entonces ¿por qué lo has dicho?

—Porque se me ha ocurrido la posibilidad y necesito hablar de ella para tomar conciencia de que no creo que sea cierta.

Drili se quedó mirándolo y meneó la cabeza.

—No cabe duda de que eres un chico raro, Tryss. —Apuntó al arnés con la barbilla—. ¿Lo llevarás a la Congregación esta noche?

—¿Esto? No. Se reirían de mí.

—Tal vez no.

—Ya se lo he enseñado antes a algunas personas. Creen que es imposible volar con eso puesto, o que entorpece el vuelo y lo hace peligroso. Aunque les demostrara que se equivocan, no les parecería factible cazar con el arnés. De todas formas, ahora mismo no estoy seguro de que funcione. Dudo que dos punzones sean suficientes. He estado intentando modificarlo para llevar más, pero... pero... resulta complicado.

—Lo parece. Pero yo lo pondría a prueba. Me pregunto si... ¿Podrías

construir algo que me permitiera usar la cerbatana desde el aire?

Él contempló el canuto que ella sostenía entre las manos, y luego el arnés. Necesitaría algún tipo de armazón que mantuviera firme el tubo y una manera de cargarlo de nuevo cuando se vaciara. Ella podría llevar los proyectiles en una bolsa y aspirarlos hacia el interior de la cerbatana. Además, eran mucho más pequeños y ligeros que los punzones, por lo que podría acarrear un mayor número encima... Se le cortó la respiración. ¡Era una idea genial! Mientras las posibilidades se agolpaban en su mente, notó que empezaban a temblarle las manos de emoción.

—Drili —dijo.

—¿Mmm?

—¿Me... me prestas la cerbatana?

Auraya observaba fascinada cómo su nueva mascota trepaba por la pared, persiguiendo una araña imaginaria. Era un viz, un animal pequeño y delgado de morro afilado, cola esponjosa y prensil, y unos ojos grandes que le proporcionaban una excelente visión nocturna. Tenía los dedos suaves separados sobre la superficie pintada, lo que de alguna manera le permitía aferrarse sin esfuerzo a la pared..., y ahora al techo. Tras detenerse justo por encima de ella, se dejó caer de repente sobre su hombro.

—No hay *ficho* —dijo antes de saltar a una silla y hacerse un ovillo, con la cola peluda y gris atravesada frente a su nariz.

—No hay bichos —convino Auraya.

El rasgo más notable de la bestezuela era que poseía el don de la palabra, aunque solo hablaba de los asuntos que interesaban a los seres pequeños, como los alimentos y la comodidad. Ella dudaba que pudiera mantener conversaciones filosóficas enriquecedoras con él.

Se oyeron unos golpes en la puerta.

—Adelante —dijo.

Dyara entró en la habitación.

—Auraya. ¿Cómo te encuentras hoy?

—*Ohuaya* —repitió una vocecita.

La mirada de Dyara se posó en el viz.

—Ah, veo que el Consejo de Sabios de Somrey ha entregado su obsequio de rigor a la nueva Blanca.

Auraya asintió.

—Sí. Junto con una serie extremadamente complicada de juguetes e instrucciones.

—¿Le has puesto nombre ya?

—No.

La mujer mayor se acercó a la silla y extendió un dedo hacia el viz. Este la olisqueó, ladeó la cabeza y dejó que Dyara le rascara detrás de sus orejas diminutas y puntiagudas.

—En cuanto aprendas a conectar tu mente con la suya, te resultará útil. Bastará con que le muestres la imagen mental de un objeto para que él vaya a buscártelo. También puede encontrar a personas, aunque le será más fácil si le das a oler algo que hayan tocado.

—Las instrucciones dicen que son buenos exploradores.

Dyara sonrió.

—Es la forma suave de llamarlos espías. Cuando conectes con su mente, podrás ver lo mismo que él; y como su visión nocturna es extraordinaria y pueden colarse en lugares inaccesibles para los humanos, es cierto que son buenos... esto... exploradores. —El viz tenía los párpados cerrados de gusto por las caricias—. Pero llegarás a apreciarlo también por su carácter. Son afectuosos y fieles. —Dejó de rascarlo y se enderezó. El viz abrió mucho los ojos y alzó la vista hacia ella con atención.

—¿*Gasca*?

Ella no le hizo caso y se volvió hacia Auraya.

—Iremos...

—¡*Gasca*!

—Basta —le dijo ella con contundencia. El animal agachó la cabeza como un niño reprendido—. También pueden ser un poco exigentes a esta edad. Tú mantente firme con él. —Se apartó de la silla y miró a Auraya de soslayo, con expresión inescrutable. Esta deseó una vez más poder leer los pensamientos de la otra mujer con la misma facilidad con que ahora leía los

de la mayoría de la gente—. Anoche dijiste que habías visitado a una antigua amistad por la tarde —dijo Dyara—. Hay unos cuantos «exploradores» en la ciudad que están ansiosos por demostrar su valía para que yo les dé trabajo, y que se encargan de informarme sobre lo que ven. Esta mañana uno de ellos me ha asegurado que el amigo que has visitado es un tejedor de sueños. ¿Es cierto?

Auraya estudió el semblante de Dyara. ¿Qué debía responder? No podía mentir a una Blanca. Tampoco fingir que se sentía culpable por haberse reunido con su viejo amigo.

—Sí —contestó—. Es el tejedor de sueños Leiard, de mi aldea natal. Hacía diez años que no lo veía. Trajo al templo el mensaje con la noticia de la muerte de mi madre. Quería agradecérselo.

—Imagino que regresará a casa ahora que ha entregado el mensaje.

—Seguramente. —Auraya se encogió de hombros—. Dudo que se quede mucho tiempo aquí. Me temo que no está hecho para la vida urbana. Siempre ha sido un solitario.

Dyara asintió.

—Los demás ya deben de estar en el altar. No debemos hacerlos esperar.

Auraya notó un hormigueo tanto de nerviosismo como de emoción en el estómago. Se sentaría por primera vez con los otros cuatro Blancos para intercambiar impresiones sobre sus deberes y responsabilidades. Quizá le encomendarían alguna tarea, suponía que de importancia menor. Aunque no le encargaran nada, sería interesante saber qué asuntos mundanos traían entre manos.

El cirque de Dyara ondeó cuando ella giró sobre sus talones y echó a andar hacia la puerta con aire decidido. Auraya la siguió. La jaula las aguardaba. Mientras descendían, Auraya reflexionó sobre los «exploradores» que había mencionado Dyara. Le inquietaba saber que unos desconocidos habían observado sus movimientos, pero se preguntó si de verdad lo habían hecho de forma voluntaria. ¿Qué era peor, que la hubieran espiado por iniciativa propia o porque alguien se lo había pedido?

«¿Me vigilan mis compañeros Blancos? Si concierto otro encuentro con Leiard, ¿intentarán disuadirme de que acuda? ¿Debo permitirselo? —Cuando

la jaula se detuvo al fondo del hueco de la escalera, Auraya salió después que Dyara—. Los dioses me eligieron. Lo sabían todo sobre mí, incluida mi amistad con Leiard y mis simpatías hacia los tejedores de sueños. Si no lo aprobaran, habrían elegido a otra persona».

¿O tal vez no? Quizá toleraban ese aspecto en particular de su personalidad para beneficiarse de los otros. Fuera como fuese, ella seguiría relacionándose con tejedores de sueños mientras no se lo prohibieran.

Se estremeció. Cuando se enteró del fallecimiento de su madre, temió que los dioses estuvieran intentando transmitirle un mensaje; que hubieran matado a su madre para poner de manifiesto que no veían con buenos ojos que Auraya hubiera recurrido a los servicios de un tejedor de sueños.

«Eso es absurdo —pensó—. Los dioses no obran de ese modo. Cuando quieren algo, lo dicen directamente». A pesar de ello, no había conseguido sacudirse este temor hasta que Leiard le había asegurado que la causa de la muerte había sido la enfermedad.

Fuera de la torre el aire era templado, y la intensidad del sol anunciaba un día caluroso. Dyara apretó el paso. Llegaron a la Cúpula, entraron y se dirigieron velozmente hacia el estrado y el altar del centro.

Los otros tres Blancos las esperaban sentados en torno a una mesa circular. Auraya notó que se le aceleraba el pulso conforme se acercaba y le venían a la mente recuerdos de la ceremonia de Elección. Siguió a Dyara hasta el altar.

—Bienvenida, Auraya —dijo Juran con languidez.

—Gracias, Juran —respondió ella con una sonrisa y una inclinación de la cabeza.

Dyara tomó asiento, y Auraya ocupó la silla que quedaba. Los cinco lados del altar comenzaron a girar hacia arriba sobre sus bisagras hasta que sus puntas triangulares se juntaron. Las paredes emitían un brillo difuso.

Auraya se fijó en los otros Blancos. Rian estaba sentado con la espalda muy recta, pero con expresión distante. Incluso cuando posó la vista en Auraya y la saludó con un gesto de la cabeza, parecía distraído. Mairae tenía un aspecto idéntico al de diez años atrás, cuando había llegado a Oralyn a negociar con los dunwayanos. Aquella prueba de la inmortalidad de los

Blancos hizo que a Auraya le bajara un escalofrío por la espalda. «Un día — pensó—, alguien me mirará y se maravillará ante semejante demostración de los poderes divinos».

Mairae le devolvió la mirada, sonrió y se volvió hacia Juran. El líder de los Blancos había cerrado los ojos.

—Chaia, Huan, Lore, Yranna, Saru. Una vez más, os damos las gracias por la paz y la prosperidad de que gozamos gracias a vosotros. Os damos las gracias por la oportunidad que nos brindáis de servirlos. Os damos las gracias por las facultades que nos habéis conferido y que nos permiten aconsejar y ayudar a los hombres y mujeres, ancianos y jóvenes de este mundo.

—Os damos las gracias —murmuraron los demás.

Auraya se sumó a ellos, pues Dyara le había enseñado el ritual.

—Hoy pondremos a vuestro servicio todos nuestros conocimientos, pero si cometemos algún desacierto u obramos contra vuestros grandes designios, os pedimos que hagáis oír vuestra voz y nos reveléis vuestros deseos.

—Guiadnos —recitó Auraya a coro con los demás.

Juran abrió los ojos y paseó la vista en torno a la mesa.

—Los dioses nos han expresado su voluntad de que Ithania del Norte se unifique —dijo mirando a Auraya—. No por medio de la guerra o la conquista, sino de una alianza pacífica. Desean que todos los países elijan y negocien los términos de su alianza con nosotros. Es más probable que los países que no sean predominantemente circulianos se alíen con nosotros por razones políticas o comerciales que por obediencia hacia los dioses. Los pueblos como los siyís y los elay, que ven con suspicacia a los pisatierra, necesitan aprender a confiar en nosotros. Los pueblos donde la religión circuliana es mayoritaria obedecerían una orden de los dioses, pero si la alianza no les pareciera justa o beneficiosa, ocasionarían problemas a otros países.

Juran se volvió hacia Dyara.

—Hablemos de los aliados que ya tenemos. ¿Dyara?

Dyara suspiró con expresión de desánimo.

—Los arrinos de Genria continúan enemistados con el rey de Toren. Cada vez que una de las familias arrinas tiene un hijo, cosa que al parecer ocurre

cada pocos meses, Berro impone restricciones a las importaciones de Genria. El sacerdote superior del rey le recuerda los términos de la alianza, pero Berro siempre tarda varias semanas en levantar las restricciones.

—¿Y cómo reaccionan a esto los genrianos?

—Apretando los dientes. —Dyara sonrió—. Difícilmente se les puede culpar de que Berro no haya engendrado a un varón. Hasta la fecha han habido muchas menos represalias de las que cabría esperar. Todas las familias con un hijo varón tratan de evitar por todos los medios ofender a los dioses. Esto demuestra, tal vez, que se han dado cuenta de que Guire eligió a Laern como sucesor porque era el único príncipe que no había intentado asesinar a otro. Pero alguien está asegurándose de que cada vez que nace un varón arrino, Berro se entere de inmediato.

—Al parecer convendría encontrar a ese alguien —comentó Juran.

—Sí. El sacerdote superior del rey también intenta convencer a Berro de que adopte a un heredero, aunque solo sea como medida temporal hasta que engendre a uno. Esto podría aplacarlo por el momento.

Juran asintió y se volvió hacia Mairae.

—¿Qué hay de los somreyanos?

Mairae torció el gesto.

—Nos han rechazado de nuevo.

—¿Por qué motivo esta vez? —preguntó él frunciendo el ceño.

—Por un detalle menor de las condiciones de la alianza. Una mujer que es miembro del Consejo manifestó su disconformidad con él, y los demás secundaron su protesta.

—Es un milagro que su país no se vaya al garete —dijo Dyara en tono sombrío—. Su Consejo nunca se pone de acuerdo en nada. ¿De qué se trataba esta vez?

—De la restricción que prohíbe a los tejedores tratar a soldados que no sean de los suyos.

—¿Y la mujer del Consejo que protestó es la representante de los tejedores de sueños?

Mairae movió la cabeza afirmativamente.

—Sí. Arlij, la representante de los tejedores. —Auraya sabía que aquella

mujer no solo pertenecía al Consejo de Sabios de Somrey, sino que era líder de los tejedores de sueños—. Me sorprende que los demás la apoyaran. El punto controvertido es secundario, y la mayoría de los miembros del Consejo están ansiosos por la alianza. Lo bastante ansiosos, al menos, para pasar por alto un detalle así.

—Sabíamos que Somrey sería un hueso duro de roer —señaló Rian—. No podemos complacer a todos los miembros del Consejo. Para ello tendríamos que ceder en demasiadas cosas. En mi opinión, deberíamos mantenernos firmes en este punto.

Juran arrugó el entrecejo y sacudió la cabeza.

—No lo entiendo. No les hemos pedido que renuncien a ninguna de sus costumbres. ¿Por qué no muestran la misma tolerancia hacia las nuestras?

Los demás se encogieron de hombros o extendieron las manos a los lados con impotencia. Juran los miró a todos, uno detrás de otro, y cuando posó la vista en Auraya adoptó una expresión pensativa.

—Cuando eras muy joven conociste a un tejedor de sueños, ¿verdad, Auraya? —No había el menor tono de acusación en su voz, ni siquiera de desaprobación. Ella asintió despacio, consciente de que Dyara la observaba con atención—. Seguramente comprendes sus tradiciones mejor que cualquiera de nosotros. ¿Podrías explicarnos por qué se resisten a aceptar esta condición de la alianza?

Auraya desplazó la mirada en torno a la mesa y enderezó la espalda.

—Todos los tejedores hacen el juramento de sanar a cualquier persona que lo necesite y lo desee.

Juran arqueó las cejas.

—De modo que este término del acuerdo les exige que incumplan su juramento. Como el Consejo no quiere obligarlos, se niega a firmar el tratado.

—Se dirigió a Dyara—. ¿Dispone Auraya de tiempo para leer la propuesta de tratado?

Dyara alzó los hombros.

—Puedo hacerle un hueco entre sus obligaciones.

Juran sonrió.

—Estoy deseando escuchar cualquier sugerencia que tengas, Auraya. —

Ella le devolvió la sonrisa, pero Juran ya había desviado la mirada—. Rian. ¿Qué nos dices de Dunway?

—La alianza se mantiene fuerte —respondió el aludido con una sonrisa leve—. No tengo novedades que comunicar.

—¿Y Sennon?

—El emperador continúa estudiando nuestra propuesta. No creo que esté más cerca de tomar una decisión que hace cinco años.

—No me sorprende —dijo Dyara soltando una risita—. En Sennon se toman su tiempo para todo.

Rian asintió.

—Será más complicado ganarnos a Sennon que a Somrey. ¿Qué valor debemos conceder a una alianza con un país que es incapaz de decidir a quién o a qué rinde culto?

Juran movió la cabeza en señal de conformidad.

—Sigo creyendo que lo mejor será dejarlos para el final. Tal vez Sennon acabe por entrar en razón cuando el resto de Ithania del Norte se haya unido. —Se puso derecho y sonrió—. De modo que solo nos queda tratar el caso de dos países.

Auraya advirtió que a Mairae se le había iluminado el semblante, mientras que Dyara había apretado los labios en una sonrisa escéptica.

—Si y Borra. —Juran juntó las puntas de los dedos—. Hace varios meses, envié un mensajero a cada país con invitaciones a formar una alianza.

Esto despertó de pronto el interés de Auraya. Los relatos sobre los pueblos alados de las montañas del sur y la gente marina que respiraba en el agua siempre la habían fascinado. Cuando había llegado a cierta edad le habían parecido demasiado fantásticos para ser verdad, pero tanto el sacerdote Avorim como Leiard le habían asegurado que dichos pueblos existían, aunque a menudo las descripciones que se hacían de ellos eran exageradas.

—Me extrañaría que alguno de esos mensajeros llegara a su destino —murmuró Dyara con pesimismo. Auraya clavó la vista en ella, atónita—. No es que crea que vayan a asesinarlos —la tranquilizó Dyara—. Pero las poblaciones de los siyís y los elay son de acceso difícil, y ellos miran a los

humanos normales con recelo y miedo.

—Elegí con cuidado a mis mensajeros —aseveró Juran—. Los dos habían visitado antes a esas gentes o habían comerciado con ellas.

Esto pareció convencer del todo a Dyara. Juran sonrió y posó ambas manos sobre la mesa. Su expresión se tornó seria.

—Aún no hemos hablado de los tres países de Ithania del Sur: Mur, Avven y Dekkar.

—¿Los países de la secta pentadriana? —preguntó Rian con visible desaprobación.

—Sí. —Juran hizo una mueca—. Su estilo de vida y su ética podrían ser incompatibles con los nuestros. Los dioses quieren la unificación de Ithania del Norte, no la de Ithania en su totalidad. Sin embargo, una vez que Ithania del Norte esté unida, los países del sur serán vecinos nuestros. He encargado a nuestros consejeros que recopilen información sobre estas tierras: mapas, dibujos y documentos sobre sus creencias y rituales.

—¿Hay descripciones de orgías? —inquirió Mairae.

—¡Mairae! —la reprendió Dyara.

La boca de Juran se torció en una sonrisa al oír la pregunta.

—Te desilusionará saber que los rumores de orgías son desproporcionados. Practican ritos de fertilidad, pero solo dentro del matrimonio. Hacen falta más de dos personas para celebrar una orgía.

Mairae se encogió de hombros.

—Al menos sé que no me estoy perdiendo nada —musitó.

Rian puso los ojos en blanco.

—¿Estás pensando en hacerte pentadriana? —preguntó, divertido, y prosiguió sin esperar respuesta—. Entonces has de saber que se te exigirá que obedezcas a los cinco líderes de la secta, que ostentan el bonito título de «Voces de los Dioses», y la jerarquía de acólitos conocidos como «Servidores de los Dioses». Tendrás que creer en sus dioses. Uno no puede por menos de preguntarse cómo es posible que una secta tan poderosa se fundamente sobre la fe en unos dioses que no existen. Cabría suponer que temieran la influencia de otras religiones, pero en realidad fomentan la tolerancia hacia ellas.

Mirae hizo una mueca de decepción fingida.

—Me temo que, sin las orgías, Ithania del Sur carece de atractivo para mí. Juran rió entre dientes.

—Es un alivio oír eso. Nos disgustaría mucho perderte. —Hizo una pausa y suspiró—. Por último, hay un asunto más lúgubre que tratar. Hace unas semanas recibí varios informes de ataques por parte de una manada de voranes en la zona oriental de Toren. No se trata de voranes corrientes; estos son el doble de grandes. Han acabado con la vida de viajeros, campesinos e incluso familias de mercaderes.

»Se envió a varias partidas de caza en su busca, pero ninguna de ellas ha vuelto. Según una mujer que vio cómo mataban a su esposo delante de su casa, un hombre cabalgaba a lomos de una de las bestias y al parecer las dirigía. Al principio supuse que ella se equivocaba. Los voranes cazan tan bien en grupo que pueden dar la impresión de que los guía una fuerza externa. Tal vez ella creyó vislumbrar la figura de un hombre en la oscuridad. Por otro lado, los ataques no parecen tener una motivación humana. Las víctimas no poseen nada en común, salvo el hecho de que se encontraban a la intemperie en plena noche.

»No obstante, otros testigos han corroborado su historia. Algunos dicen que el hombre los controla por medio de la telepatía. De ser cierto, debe de ser un hechicero. He enviado a tres sacerdotes de pueblo a investigar. Si se demuestra que el hombre es un hechicero, me comunicaré con todos vosotros mentalmente para que presenciéis el enfrentamiento. —Juran irguió la espalda—. Es todo lo que quería exponer hoy. ¿Alguien más quiere plantear alguna cuestión?

Mirae sacudió la cabeza. Mientras Rian daba también una respuesta negativa, Dyara lanzó una mirada a Auraya y se encogió de hombros.

—Por ahora, no.

—Entonces declaro finalizada la reunión.

5

Era la torre más alta que ella hubiera visto jamás, tan alta que las nubes se desgarraban a su paso. Emerahl tenía sentimientos encontrados. Habría debido huir. En cualquier momento, ellos la verían. Pero ella quería mirar. No podía apartar la vista. Algo en aquella elevada estructura blanca la cautivaba.

Se acercó. La torre se alzaba imponente sobre ella. Pareció combarse hacia abajo. Emerahl comprendió, demasiado tarde, que no era una ilusión. Se habían formado grietas en zigzag a lo largo de las juntas de los sillares gigantescos con los que estaba construida la torre. Iba a derrumbarse.

Ella dio media vuelta e intentó correr, pero el aire era denso, pegajoso, y tenía las piernas demasiado débiles para moverse a través de él. Advirtió que la sombra de la torre se alargaba ante ella y se preguntó por qué no había tenido el buen sentido de correr hacia un lado para salir de su trayectoria.

Entonces el mundo estalló.

La oscuridad y el silencio se impusieron de golpe. Emerahl no podía respirar. Unas voces la llamaban por su nombre, pero ella no conseguía introducir en sus pulmones el aire suficiente para responder. Poco a poco, las frías tinieblas la envolvieron.

—¡Hechicera! —La voz estaba llena de rabia, pero aun así representaba una oportunidad de salvación—. ¡Sal de allí, vieja ramera entrometida!

Emerahl despertó sobresaltada y abrió los ojos. En lo alto, el interior de la

pared circular del faro se desvanecía en la negrura. Ella oyó unos pasos que se aproximaban y el murmullo de varias voces procedentes de la abertura en la pared donde en otro tiempo había dos grandes puertas talladas. Al otro lado avistó la silueta de una persona de espaldas anchas.

—Sal, o entraremos a buscarte. —Era un tono amenazador que destilaba ira, pero en el que se percibía también un asomo de miedo.

De mala gana, Emerahl ahuyentó de su mente las reminiscencias de la pesadilla (le habría gustado analizarla antes de olvidar los detalles) y se apresuró a levantarse.

—¿Quién eres? —preguntó con severidad.

—Erine, jefe de Corel. Sal ahora mismo, o enviaré a mis hombres a por ti.

Emerahl se dirigió hacia la entrada. En el exterior había catorce hombres. Algunos tenían los ojos alzados hacia el faro, otros volvían la mirada hacia atrás y los demás observaban a su líder. Todos mostraban el entrecejo arrugado y empuñaban una especie de arma rudimentaria. Era evidente que ninguno de ellos la veía, pues estaban bajo el sol intenso de la mañana, mientras que ella permanecía oculta entre las sombras del faro.

—De modo que así llamáis hoy en día a ese conjunto de casuchas —comentó saliendo al umbral—. Corel. Bonito nombre para un villorrio fundado por contrabandistas.

El hombre de espaldas anchas casi le enseñó los dientes con furia.

—Corel es nuestro hogar. Más te vale mostrar un poco de respeto, o te...

—¿Respeto? —Ella levantó la vista hacia él—. Vienes aquí gritándome órdenes y amenazas, ¿y esperas que te muestre respeto? —Dio un paso hacia él—. Regresad a vuestra aldea, hombres de Corel. No conseguiréis nada de mí hoy.

—No queremos ninguno de tus venenos o trucos, hechicera. —Los ojos de Erine relampaguearon—. Queremos justicia. Te has metido demasiadas veces donde no te llaman. No volverás a convertir a una de nuestras mujeres en una hechicera ramera. Vamos a expulsarte.

Ella lo contempló estupefacta antes de esbozar lentamente una sonrisa.

—¿O sea que tú eres el padre?

La expresión del hombre cambió. Tras unos instantes de temor, pasó a

reflejar rabia.

—Sí. Te mataría por lo que le hiciste a mi pequeña Rinnie, pero los demás creen que eso traería mala suerte.

—No, lo que pasa es que sencillamente no tienen una sensación de pérdida tan grande como la tuya —replicó ella—. Solo probaban suerte con Rinnie, intentando averiguar hasta dónde les permitirías llegar. Tú, en cambio —entornó los párpados—, has estado aprovechándote de ella durante años y ahora no puedes tocarla. Y te encanta conseguir lo que quieres. Te saca de tus casillas que ya no esté a tu merced.

—Cierra el pico —gruñó él, con el rostro enrojecido—, o te...

—Tu propia hija —le espetó ella—. Vienes aquí llamándola «mi pequeña Rinnie» como si fuera una niña inocente a la que quieres y proteges. Dejó de ser una niña inocente cuando descubrió que su propio padre representaba la mayor amenaza para ella.

Ahora los otros hombres lanzaban miradas inquietas a su líder. Emerahl no estaba segura de si su incomodidad se debía a la acusación que ella había hecho o a que sabían lo que él le hacía a su hija y no se lo habían impedido. Erine, consciente de todos los ojos puestos en él, se esforzó por controlarse.

—¿Eso fue lo que ella te contó, vieja necia? Lleva años inventándose esas historias. Siempre intenta...

—No, no me lo contó —repuso Emerahl. Se dio unos golpecitos en la cabeza con el dedo—. Veo la verdad, incluso cuando la gente no quiere que la vea.

Esto no era cierto; no le había leído la mente a la chica. Sus habilidades de lectura mental ya no eran lo que habían sido. Todos los dones debían practicarse, y ella había vivido aislada durante demasiado tiempo.

Aun así, sus palabras produjeron el efecto deseado. Los otros hombres se miraron entre sí, y algunos fijaron la vista en Erine con los párpados entornados.

—Estamos hartos de tus mentiras y de tus condenadas hechicerías —farfulló Erine. Dio un paso hacia delante—. Te ordeno que te marches.

Emerahl sonrió y cruzó los brazos.

—No.

—Soy el jefe de Corel, y...

—Corel está allí abajo —señaló ella—. Yo vivo aquí desde antes de que los padres de tus abuelos construyeran su primera barraca. No tienes autoridad sobre mí.

Erine se rió.

—Eres vieja, pero no tanto. —Se volvió hacia sus acompañantes—. ¿Habéis visto cómo miente? —La miró de nuevo—. Los vecinos no pretenden hacerte daño. Quieren darte la oportunidad de que recojas tus cosas y te marches en paz. Si sigues aquí cuando regresemos dentro de unos días, no esperes que te tratemos con amabilidad.

Dicho esto, giró sobre los talones y se alejó con paso rígido, haciendo señas a los demás de que lo siguieran. Emerahl suspiró. «Insensatos. Volverán y tendré que darles la misma lección que a sus bisabuelos. Se quedarán enfurruñados durante una temporada e intentarán matarme de hambre. Echaré en falta las verduras y el pan, y tendré que salir a pescar otra vez, pero con el tiempo se olvidarán del asunto y vendrán de nuevo en busca de ayuda».

Seis hombres aguardaban frente a la casa de camino Linde del Bosque; tres sacerdotes y tres lugareños. En la penumbra creciente, el ribete azul de los cirques de los sacerdotes parecía negro. Los otros hombres iban vestidos con ropa sencilla de campesinos y llevaban mochilas.

Adem movió los hombros para colocarse el equipo en una posición más cómoda y salió a la calle. Se sintió reconfortado al oír detrás de sí los pasos de sus compañeros cazadores de voranes. Uno de los sacerdotes se volvió hacia ellos, y los otros cinco siguieron su ejemplo. Adem sonrió cuando examinaron su atuendo con consternación visible. Los cazadores viajaban ligeros de equipaje, sobre todo cuando atravesaban el bosque. A veces llevaban una muda limpia para cambiarse después de un día de matanzas, pero también acababa manchada de sangre y tierra.

En su oficio, la ropa limpia era el distintivo de un cazador fracasado. Adem contempló divertido los cirques blancos inmaculados de sus patrones.

Supuso que las prendas sucias no causaban buena impresión en un sacerdote. Debía de ser un fastidio mantenerlas limpias.

—Me llamo Adem Tailer —dijo—. Este es mi equipo. —No se molestó en presentar a los hombres. Los sacerdotes no recordarían la lista de nombres.

—Soy el sacerdote Hakan —respondió el más alto de los clérigos—. Estos son los sacerdotes Bariu y Poer. —Tras señalar a un clérigo de cabello cano y a uno ligeramente corpulento, hizo un gesto en dirección a los tres lugareños—. Y estos son nuestros porteadores.

Adem realizó rápidamente el signo del círculo en señal de respeto hacia los sacerdotes y saludó a los porteadores con una cortés inclinación de la cabeza. Los lugareños parecían inquietos. No era para menos.

—Gracias por ofrecerlos voluntarios —añadió Hakan.

Adem soltó una risotada breve.

—¿Voluntarios? No somos voluntarios, sacerdote. Queremos las pieles. Tengo entendido que los voranes son unos hijos de puta muy grandes y muy negros. Seguro que sus pellejos se venderán a buen precio.

Una de las comisuras de los labios del sacerdote Hakan se curvó hacia arriba, pero sus dos acompañantes hicieron una mueca de desagrado.

—No me cabe duda de ello —respondió—. Bien, ¿cómo propones que procedamos?

—Buscaremos huellas allí donde se produjo el último ataque.

Hakan asintió.

—Os llevaremos allí.

Mientras cruzaban la aldea, varios rostros se asomaron a las ventanas. Se oyeron voces que les deseaban buena suerte. Una mujer salió a paso veloz por una puerta con una bandeja repleta de copas pequeñas rebosantes de tipli, el licor local. Los cazadores bebieron alegremente, mientras los porteadores apuraban las suyas con una prisa reveladora. Los sacerdotes tomaron un sorbo antes de devolver sus copas medio llenas a la bandeja.

Siguieron adelante hasta salir del pueblo. Las formas oscuras de los árboles se apiñaban a ambos lados. El sacerdote corpulento alzó una mano y todos quedaron deslumbrados cuando apareció un resplandor intenso.

—Nada de luces —dijo Adem—. Eso los ahuyentará si están cerca.

Pronto saldrá la luna. Nos proporcionará claridad suficiente cuando se nos acostumbre la vista.

El sacerdote miró a Hakan, que movió la cabeza afirmativamente. La luz parpadeó y se apagó, por lo que avanzaron tambaleándose en la oscuridad hasta que se les adaptaron los ojos. El tiempo transcurrió con lentitud, marcado por los pasos de sus botas. Justo cuando la luna pugnaba por descollar sobre las copas de los árboles, el sacerdote Hakan se detuvo.

—Ese olor... Debemos de estar cerca —comentó.

Adem se volvió hacia el clérigo corpulento.

—¿Podéis crear una luz suave?

El sacerdote asintió. Extendió la mano de nuevo, y de ella surgió una chispa diminuta. Adem vislumbró más adelante los restos de un platén. Caminaron hacia el vehículo, que estaba inclinado hacia un lado, sobre una rueda rota. El hedor se hizo más penetrante conforme se acercaban y resultó proceder del cuerpo de un arem, al que le faltaban los trozos que los voranes habían devorado.

El suelo estaba cubierto de huellas, pisadas de animales enormes que le aceleraron el pulso a Adem. Intentó determinar el número. ¿Diez? ¿Quince? Las huellas convergían en un montón de tierra revuelta. Unas pisadas humanas, más recientes, las cruzaban. Un objeto reluciente captó la atención de Adem. Este se agachó y recogió un pedazo de cadena dorada del suelo pisoteado. Estaba recubierta de una sustancia endurecida que sospechó que era sangre seca.

—Fue aquí donde encontraron al mercader —murmuró Hakan—. O lo que quedaba de él.

Adem se guardó la cadena.

—Muy bien, caballeros. Registrad la zona y encontrad rastros que se alejen de aquí.

No tardaron mucho en dar con ellos. Al poco rato, Adem guiaba a los sacerdotes hacia el interior del bosque, siguiendo una pista tan visible que solo le faltaba estar formada por huellas gigantes que brillaran en la oscuridad. Calculó que las presas les llevaban un día de ventaja. Esperaba que los sacerdotes estuvieran preparados para una larga caminata. No

interrumpió la marcha hasta que la luna se hallaba en lo más alto del cielo, y solo les dio unos minutos de descanso.

Unas horas después, llegaron a un claro pequeño. Estaba lleno de pisadas de voranes... y de personas. Solo había marcas de un par de botas en el suelo del bosque. No habían encontrado rastros humanos desde que habían abandonado el escenario del ataque. Los hombres de Adem iban y venían a toda prisa entre los árboles.

—Por lo visto se detuvieron anoche —musitó él.

—Se marcharon por aquí —dijo uno en voz baja.

—¿Hay huellas humanas alejándose? —preguntó Adem.

Hubo una larga pausa.

—No.

—Según los testigos, el hombre cabalga a lomos de uno de ellos —intervino Hakan.

Adem se colocó al lado de Hakan.

—Era algo que me parecía posible. Pero supongo que son lo bastante grandes. Me...

—¡Centinela! —siseó uno de sus hombres.

Los cazadores se quedaron paralizados. Adem miró alrededor, escrutando la espesura y aguzando el oído.

—¿Centinela? —susurró Hakan.

—A veces un miembro de la manada se rezaga para comprobar si alguien los sigue.

El sacerdote fijó la vista en Adem.

—¿Tan listos son?

—Más vale que os hagáis a la idea.

Un sonido apenas perceptible atrajo la atención de Adem hacia la derecha. Oyó que sus hombres aspiraban bruscamente al ver que una sombra se alejaba con sigilo. Una sombra enorme. Adem soltó una palabrota.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hakan.

—La manada sabe que nos acercamos. Dudo que podamos alcanzarlos ahora.

—Eso depende —murmuró el clérigo.

—¿De qué? —La voz de Adem no disimulaba su escepticismo. ¿Qué sabían los sacerdotes de los voranes?

—De si el jinete afloja el paso o si quiere que los encontremos.

«No le falta razón». Adem emitió un gruñido de mala gana en señal de conformidad.

—Reanudemos la marcha —dijo Hakan.

Durante las horas siguientes avanzaron lentamente por el bosque, persiguiendo un rastro un día más fresco que el anterior. La oscuridad se hizo más densa conforme la noche se aproximaba a aquella hora previa al amanecer en que reinaba una quietud fría. Los sacerdotes bostezaban. Los exploradores los seguían trabajosamente, demasiado exhaustos para mantenerse atemorizados. Los compañeros cazadores de Adem caminaban con evidente falta de entusiasmo. Él tuvo que reconocer para sus adentros que sus posibilidades de dar alcance a la manada eran exiguas.

Entonces un grito humano rasgó el silencio. Adem oyó varias maldiciones y se descolgó el arco de la espalda. El sonido procedía de algún sitio cercano. Tal vez uno de los rastreadores...

Aparecieron varias sombras que saltaban y lanzaban dentelladas.

—¡Luz! —gritó Adem—. ¡Sacerdote! ¡Luz!

Sonaron más alaridos, de terror y de dolor. Adem oyó unos pasos y, al volverse, vio que una figura oscura se arrojaba sobre él. No había tiempo de encajar una flecha en la cuerda del arco, así que empuñó su cuchillo, se agachó, rodó y asestó una puñalada hacia arriba. El arma se hundió en algo que se la arrancó de las manos. Se oyó un aullido de agonía y el sonido de algo pesado que caía cerca.

De pronto, la luz inundó el bosque. Adem se encontró frente a los ojos amarillos del vorán más grande que había visto jamás. Divisó de soslayo unas figuras blancas, pero no se atrevía a apartar la vista de la bestia para mirarlas. El vorán soltó un gañido y se irguió. Le goteaba sangre del pelo apelmazado del vientre. Adem sopesó sus posibilidades. El animal estaba cerca, pero dolorido y tal vez débil a causa de la pérdida de sangre. Intentar huir habría sido inútil. Aquellos seres podían alcanzar a un hombre en diez zancadas, aunque estuvieran heridos. Adem buscó una flecha a tientas.

El vorán se aproximó cautelosamente, con la lengua rosa colgándole de las fauces. «Unas fauces en las que cabría la cabeza de una persona», pensó Adem sin poder evitarlo. Colocó la flecha, tensó la cuerda, apuntó entre los ojos de la fiera y soltó.

La saeta rebotó en el cráneo del vorán.

Adem se quedó mirándola con incredulidad. El animal había retrocedido de un salto, sorprendido.

—¿Dónde estás, hechicero? —gritó Hakan—. ¡Muéstrate!

«¿Mago? —pensó Adem—. ¿Magia? ¿Los voranes están protegidos con magia? ¡No es justo!»

—A mí no me des órdenes, sacerdote —replicó una voz de acento extraño.

El vorán gimió de nuevo y se desplomó de costado. Adem vio su cuchillo clavado en el abdomen. Decidió que podía correr el riesgo de despegar la mirada.

Sacerdotes, cazadores y porteadores se habían arracimado bajo un resplandor que flotaba en el aire. Estaban rodeados de voranes.

El sacerdote mayor se había acuclillado junto a otro. Hakan, de pie, mantenía la vista fija en el bosque. Ante los ojos de Adem, un desconocido salió del follaje a la luz. Su cabellera larga y pálida se derramaba sobre una prenda negra de varias capas. Contra el pecho llevaba un colgante grande de plata en forma de estrella de cinco puntas.

—Has matado a personas inocentes, hechicero —lo acusó Hakan—. Ríndete y sométete a la justicia de los dioses.

El hechicero soltó una carcajada.

—No respondo ante vuestros dioses.

—Lo harás —aseveró Hakan.

Chispas de luz salieron despedidas desde el sacerdote hacia el extranjero. Justo antes de alcanzar su objetivo, se desviaron hacia un lado e impactaron en los árboles, arrancando trozos de la corteza. Adem reculó. No era prudente presenciar una batalla mágica de cerca. El vorán herido gruñó, lo que le recordó que otras bestias acechaban por ahí. Se detuvo, dudando entre probar suerte contra una manada de voranes o permanecer a poca distancia del

combate de magia.

—Tu magia es débil, sacerdote —dijo el extranjero.

El aire vibró, y Hakan se tambaleó hacia atrás, alzando los brazos. Adem vio aparecer un brillo tenue que formaba un arco en torno al sacerdote y sus hombres. Hakan no contraatacó. Al parecer iba a destinar todos sus esfuerzos al grupo del que formaba parte.

Uno de los rastreadores situado detrás de los sacerdotes dio media vuelta y arrancó a correr. Apenas había avanzado dos pasos cuando cayó al suelo con un alarido. Adem contempló horrorizado las piernas del hombre. Estaban torcidas en ángulos raros, y los pantalones se le estaban empapando rápidamente de sangre.

Adem notó que se le secaba la boca. «Si esto es lo que el hechicero les hace a quienes están fuera de la barrera, más vale que me quede quieto, esperando que no se fije en mí». Se agachó despacio detrás de un arbusto, desde donde aún podía observar la batalla. El arco en torno a los sacerdotes y cazadores se había expandido hasta formar una esfera que los envolvía a todos. El hechicero extranjero rió para sí en voz baja, un sonido que le provocó un escalofrío a Adem.

—Ríndete, sacerdote. No puedes ganar. —Extendió la mano y dobló los dedos, como si agarrara algo que tuviera delante.

—Jamás —jadeó Hakan.

El hechicero agitó la mano. Adem se quedó de una pieza cuando la esfera se estremeció de un lado para otro. Los hombres que estaban dentro trastabillaron y cayeron de rodillas. Hakan se llevó las manos a la cabeza y emitió un grito mudo. El sacerdote mayor se puso en pie de un salto y aferró a Hakan por el hombro. Adem vio que el semblante de Hakan se relajaba un poco y oyó que el otro sacerdote soltaba un grito ahogado. Al mismo tiempo, la esfera de luz parpadeó.

Hakan se vino abajo. Adem miró con más detenimiento y se le heló la sangre al advertir que los labios del sacerdote mayor se movían. Captó fragmentos de una plegaria y percibió la desesperación en aquellas palabras.

El sacerdote creía que iban a morir.

«Tengo que largarme de aquí».

Adem se enderezó y se alejó unos pasos de la batalla.

—Tú lo has querido —dijo el hechicero.

Adem se volvió hacia atrás a tiempo para ver la mano del hechicero cerrarse en un puño. El sacerdote mayor profirió un grito que cesó de golpe. La luz se extinguió y se impuso un silencio sepulcral.

Poco a poco, los ojos de Adem se acostumbraron a la débil claridad del alba. Se percató de que estaba mirando el sitio donde unos momentos antes estaban los clérigos y los cazadores, y fue incapaz de apartar la vista de la sangrienta pila de extremidades aplastadas, armas, mochilas y cirques sacerdotales, ni siquiera mientras arrojaba el contenido de su estómago en el suelo.

Se oyó el gañido de un animal cerca. Una voz pronunciaba palabras extrañas en un tono tranquilizador. Adem vio que los voranes se reunían alrededor del hechicero para que los acariciara. El animal herido gimió de nuevo, y el hechicero miró hacia arriba, a los ojos de Adem.

Aunque sabía que no tenía la menor posibilidad, Adem echó a correr.

Cuando Auraya entró en la habitación de Juran paseó la mirada por los rostros de los demás Blancos. Juran la había despertado hacía poco rato para que conectara con los sacerdotes que luchaban contra el hechicero. Había percibido las mentes de los otros Blancos, así como su espanto y consternación.

—Lo siento, Auraya —dijo Juran—. Si hubiera sabido que el enfrentamiento acabaría tan mal, no te habría despertado.

Ella sacudió la cabeza.

—No te disculpes, Juran. No podías conocer el desenlace de antemano, y no es una novedad para mí que en este mundo suceden cosas terribles, aunque agradezco tu preocupación.

Él la acompañó hasta una silla.

—Qué desgracia —murmuró. Comenzó a andar de un lado a otro de la habitación—. No debería haberlos enviado. Tendría que haber investigado por mí mismo.

—No tenías manera de saber que ese hechicero era tan poderoso —repitió Dyara—. Deja de culparte y siéntate.

Auraya miró a Dyara, divertida pese a la gravedad del momento, por oírle emplear un tono tan severo con Juran. Al líder de los Blancos no pareció importarle. Se dejó caer en la silla y exhaló un profundo suspiro.

—¿Quién es ese hechicero? —preguntó Rian.

—Un pentadriano —respondió Mairae—. El informe incluye un esbozo del colgante en forma de estrella. Los llevan los Servidores de los Dioses.

—Un poderoso hechicero sacerdote —añadió Dyara.

Juran asintió despacio.

—Tenéis razón. Bueno, ¿para qué ha venido?

—No para establecer relaciones comerciales o proponer una alianza, por lo visto —dijo Mairae.

—No —convino Dyara—. Tenemos que determinar si lo ha enviado alguien o si actúa por su cuenta. Sea como fuere, debemos encargarnos de él, y mandar a un sacerdote superior a plantarle cara sería demasiado arriesgado.

Rian movió la cabeza afirmativamente.

—Uno de nosotros debe ir a su encuentro.

—Sí. —Juran miró uno por uno a los Blancos—. Quienquiera que vaya estará ausente durante unas semanas. Auraya no ha completado su entrenamiento aún. Mairae está ocupada con los somreyanos. Dyara está instruyendo a Auraya. Yo iría, pero... —Se volvió hacia Rian—. Nunca te has enfrentado a un hechicero. ¿Dispones de tiempo para ello?

—Claro que no —dijo Rian con una sonrisa sombría—, pero me las arreglaré. El mundo necesita que alguien lo libere de este pentadriano y sus voranes.

Juran asintió.

—Entonces coge un cargador y vete.

Rian se enderezó en su asiento, con un brillo de determinación en la mirada. Mientras el joven se levantaba y salía de la habitación con paso decidido, Auraya sintió por un momento una compasión teñida de ironía hacia el hechicero pentadriano. Por lo que había visto hasta entonces, todos los rumores sobre el fanatismo implacable de Rian eran ciertos, salvo los más

extremos.

6

—¿Qué opinas de los tejedores de sueños, Danyin Lanza?

Danyin alzó la vista, sorprendido. Estaba sentado delante de Auraya, a la mesa grande del salón de recepción de la Blanca, ayudándola a examinar los términos de la alianza propuesta con Somrey.

Auraya le sostuvo la mirada con firmeza. A Danyin le vino a la memoria el día en que había llegado la noticia de la muerte de la madre de ella. Por órdenes suyas, él había averiguado el paradero del hombre que había llevado el mensaje al templo. Para su sorpresa, el hombre había resultado ser un tejedor de sueños.

Más tarde le había sorprendido aún más enterarse de que Auraya había ido a ver al hombre de incógnito. No estaba seguro de si le inquietaba más la idea de que una Blanca le hiciese una visita social a un tejedor de sueños, o que Auraya hubiera intentado obrar con tanta reserva, lo que indicaba que sabía que su acto podía considerarse desaconsejable o inapropiado.

Naturalmente, ella estaba leyendo todo esto en su mente en aquel instante. También debía de saber que él había investigado su pasado y había descubierto que el tejedor Leiard había sido un amigo de su infancia y que su actitud favorable hacia los paganos era conocida entre sus compañeros sacerdotes. Sin duda ella se había percatado de que su segundo encuentro con el tejedor no había pasado inadvertido, y de que él había oído a personas chismorrear sobre ello, dentro y fuera del templo. Seguramente sabía también

que él no respetaba ni apreciaba a los tejedores de sueños.

Después de que Danyin localizara a Leiard, ella no le había mencionado siquiera a los tejedores durante semanas. Ahora que trabajaba en el problema somreyano, no podía seguir eludiendo el tema. Él tenía que responder con sinceridad. Habría sido inútil fingir que estaba de acuerdo con ella.

—Me temo que no tengo un buen concepto de ellos —reconoció—. En el mejor de los casos me parecen dignos de lástima, y en el peor, no son de fiar.

Ella arqueó las cejas.

—¿Dignos de lástima? ¿Por qué?

—Supongo que porque son muy pocos y todo el mundo los desprecia. No sirven a los dioses, por lo que sus almas mueren cuando muere su cuerpo.

—¿Y por qué no son de fiar?

—Sus dones, o al menos algunos de ellos, les permiten jugar con la mente de las personas. —Titubeó al caer en la cuenta de que estaba repitiendo lo que siempre decía su padre. ¿De verdad estaba expresando su propia opinión?—. Pueden atormentar a sus enemigos con pesadillas, por ejemplo.

Ella sonrió levemente.

—¿Alguna vez has oído que un tejedor hiciera eso?

Él titubeó de nuevo.

—No —admitió—, pero son tan pocos hoy en día, que no creo que se atrevieran.

La sonrisa de Auraya se ensanchó.

—¿Alguna vez has oído que un tejedor hiciera algo que justificara tu desconfianza?

Él asintió.

—Hace unos años, una tejedora de sueños envenenó a un paciente.

La sonrisa se desvaneció, y ella apartó la vista.

—Sí, estudié ese caso.

Él la miró, sorprendido.

—¿Como parte de vuestra formación?

—No. —Sacudió la cabeza—. Siempre me han interesado los delitos relacionados con tejedores de sueños.

—¿Cuál... cuál fue vuestra conclusión?

Ella torció el gesto.

—Que la tejedora era culpable. Lo confesó, pero yo quería estar segura de que no la hubieran chantajeado o golpeado para obligarla a hacerlo. Observé la reacción de los otros tejedores en busca de pistas. Le dieron la espalda. Me pareció la prueba más convincente de su culpabilidad.

Danyin estaba intrigado.

—Tal vez le dieran la espalda para protegerse.

—No. Creo que si alguien es culpable de un delito, los tejedores de sueños lo detectan. Cuando alguno de ellos es víctima de una acusación injusta (y algunos de los juicios han sido de una transparencia repugnante), los defienden a su manera. El acusado mantiene la calma, incluso cuando sabe que será ejecutado. En cambio, cuando es culpable, nadie dice una palabra en su defensa. Aquella mujer estaba desesperada. —Auraya meneó la cabeza despacio—. Y furiosa. Maldecía a su propia gente.

—Me contaron que pidió garpa para no dormirse. —Danyin se estremeció—. Si están dispuestos a atormentar a uno de los suyos, ¿qué no le harían a un enemigo?

—¿Por qué das por sentado que la atormentaban? Quizá tenía miedo de sus propios sueños.

—Era una tejedora de sueños. Seguro que controlaba los suyos.

—De nuevo, no es más que una suposición. —Auraya sonrió—. Consideras que no son de fiar porque poseen la capacidad de hacer daño a otros. El hecho de que puedan no implica que lo hagan. Yo podría apagar la llama de tu vida con un mero pensamiento, y sin embargo confías en que no lo haré.

Danyin fijó la vista en ella, turbado por la despreocupación con que había aludido a los poderes que le habían conferido los dioses. Auraya le sostuvo la mirada. Él bajó los ojos hacia la mesa.

—Sé que no lo haríais.

—O sea que tal vez deberías reservarte tu opinión sobre cada uno de los tejedores de sueños hasta que los conozcas en persona.

Él asintió.

—Tenéis toda la razón. Pero no puedo fiarme de ellos más que de un

desconocido.

Ella soltó una risita.

—Yo tampoco. Ni siquiera puedo fiarme de los conocidos, pues algunas personas a las que creía conocer bien han demostrado una crueldad y una mezquindad que nunca habría imaginado en ellos. —Bajó la vista al pergamino desplegado ante ella—. Valoro tus opiniones aunque no las compartas, Danyin. He descubierto que estoy sola en mi perspectiva sobre esta cuestión. No soy una tejedora de sueños. Cada vez queda más patente que mis conocimientos sobre ellos son limitados. Por otro lado, tampoco soy una circuliana típica que desconfía de los tejedores de sueños en el mejor de los casos y los persigue activamente en el peor. Necesito entender todos los puntos de vista para proponer a Mairae maneras de convencer a los somreyanos de que firmen una alianza con nosotros.

Danyin se fijó en la arruga que se había formado entre las cejas de Auraya mientras hablaba. Cuando le habían ofrecido aquel cargo, Dyara le había asegurado que a Auraya no le encomendarían tareas difíciles durante sus primeros años como Blanca. Al parecer, esta tarea había recaído sobre ella por sí sola.

Por otra parte, sus conocimientos sobre los tejedores de sueños la convertían en la Blanca más indicada para ello. Tal vez por eso los Blancos estaban permitiendo que se corriera la voz de que su miembro más reciente toleraba a los paganos, o incluso los apoyaba. ¿Qué consecuencias tendría esto a largo plazo? Si bien una norma establecía que solicitar los servicios de un tejedor de sueños era delito, tanta gente la infringía que pocos recibían castigo por ello. ¿La tolerancia de Auraya hacia los tejedores alentaría a más personas a desafiar la ley?

Ella guardó silencio. Había devuelto su atención a la alianza.

—¿A qué condiciones se opusieron inicialmente los somreyanos?

Danyin, que había previsto esta pregunta, deslizó hacia sí una tablilla de cera y recitó una larga lista de enmiendas a los términos de la alianza. El último tercio de ellas se centraba exclusivamente en asuntos relativos a los tejedores de sueños.

—No son condiciones nuevas, ¿no? Siempre han figurado en el tratado.

—En efecto.

—¿Por qué no protestaron los somreyanos contra ellas desde un principio?

Danyin se encogió de hombros.

—Conforme se zanan los asuntos más trascendentales, los de menor importancia cobran relieve. O eso dicen.

—¿Y han estado analizándolos de uno en uno? —Su voz estaba cargada de escepticismo.

Él rió entre dientes.

—Cada vez que se resuelve una cuestión, protestan contra otra.

—¿Se trata entonces de una táctica dilatoria? ¿Se te ocurre algún motivo para que el Consejo de Sabios aplace la firma? ¿O son solo los tejedores de sueños los que quieren retrasar o abortar la alianza?

—No lo sé. Mairae está convencida de que la mayor parte del Consejo está a favor de la alianza.

Auraya tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Entonces están disconformes con los asuntos de menor importancia y los exponen de uno en uno para que ninguno de ellos sea abordado con menos seriedad que los otros, o bien simplemente están jugando con nosotros. La paciencia sería la solución de la primera posibilidad. En cuanto a la segunda...

—No tendría solución, salvo una injerencia directa en la política somreyana.

—No creo que tengamos que llegar a ese extremo. Bastará con que reduzcamos el poder de la representante de los tejedores.

Danyin clavó los ojos en ella, atónito. No esperaba algo así de una simpatizante de los tejedores de sueños.

—¿Cómo?

—Transfiriendo parte de ese poder a otro tejedor.

—El Consejo solo tiene cabida para un representante de cada religión. ¿Cómo vais a cambiar eso sin influir en la política de Somrey?

—No me refiero a admitir a dos tejedores de sueños en el Consejo, Danyin. Se trataría de un cargo aparte.

—¿Elegido por quién?

—Por los Blancos.

—¡Los somreyanos no lo aceptarían!

—No les quedaría otro remedio. El tema no les incumbiría a ellos.

Danyin entornó los ojos.

—De acuerdo. Me tenéis en ascuas. Contadme.

Ella rió por lo bajo.

—Salta a la vista que los Blancos necesitamos un asesor en asuntos relacionados con los tejedores.

—¿Y dicho asesor sería un tejedor?

—Por supuesto. Los tejedores somreyanos jamás escucharían a un circuliano nombrado para el cargo.

Danyin asintió despacio mientras meditaba sobre las ventajas de esta medida.

—Entiendo. De entrada, esto apaciguará a los tejedores de sueños. Al designar a uno de ellos como asesor, los Blancos estarán reconociendo la valía de los tejedores. El asesor entablará conversaciones cara a cara sobre los términos de la alianza para que, al tener que tratar con uno de los suyos, la representante de los tejedores se vea obligada a negociar de forma más reflexiva que impulsiva.

—Y nuestro asesor podría hacer propuestas sobre cómo modificar las condiciones de la alianza para minimizar las protestas y, por tanto, agilizar el proceso —añadió Auraya.

«¿Cuáles serían los inconvenientes, entonces? —se preguntó Danyin—. ¿Qué puntos débiles tiene el plan?»

—Habréis de cercioraros de que los intereses del asesor no sean contrarios a los vuestros —advirtió—. Él o ella podría proponer cambios en la alianza que beneficiaran a su pueblo y que tuvieran efectos negativos para nosotros.

—Él o ella tendría que ser tan ajeno a esos efectos perjudiciales como yo —replicó ella dándose unos golpecitos en la frente con el dedo—. Solo hay cuatro personas en el mundo que pueden mentirme.

Una oleada de emoción recorrió a Danyin al oír este dato. O sea que los

Blancos no podían leerse la mente unos a otros. Era lo que siempre había sospechado.

—Existe la posibilidad de que ningún tejedor de sueños acceda a colaborar con nosotros, claro está —la previno.

Ella sonrió.

—¿Tenéis a alguien en mente? —Incluso en el momento en que formulaba la pregunta, Danyin ya conocía la respuesta.

—Por supuesto. Naturalmente, me gustaría trabajar con alguien en quien pudiera confiar. ¿Y quién mejor que el tejedor de sueños que conozco en persona?

Mientras el platén se alejaba pesadamente, Auraya echó un buen vistazo alrededor. Ella y Dyara se encontraban en una zona extensa y llana entre hileras de árboles plantados. La hierba alta se mecía en la brisa. A lo lejos, dos sacerdotes, un hombre y una mujer, rodeaban un sembrado a medio galope montados sobre unos rainas grandes y blancos. Ambos le resultaban conocidos.

—¿Esos son...?

—Juran y Mairae —respondió Dyara—. Llamamos Día de Adiestramiento al último del mes, porque es cuando trabajamos con los cargadores. Una vez que estableces un vínculo con uno, tienes que cultivarlo.

—¿Eso es lo que haré hoy?

Dyara negó con la cabeza.

—No. Tarde o temprano tendrás que aprender a montar, pero no es tu máxima prioridad. Es más importante enseñarte a utilizar tus nuevos dones.

Los dos rainas caracolearon en una maniobra que parecía complicada, moviendo las patas de forma simultánea. Auraya no se imaginaba a sí misma manteniendo el equilibrio sobre un raina mientras este se contorsionaba de aquel modo. Esperaba que su alivio por saber que sus pies permanecerían en el suelo no fuera demasiado evidente.

—El escudo que te enseñé a generar la última vez repele casi todos los tipos de ataques —dijo Dyara adoptando un tono didáctico al que Auraya

comenzaba a habituarse—. Desvía proyectiles, llamas y energía, pero no relámpagos. Por fortuna, los relámpagos, por naturaleza, son atraídos por la tierra. Buscarán el camino más directo hacia ella: a través de ti. Para evitarlo, tienes que proporcionarles una ruta alternativa, y hacerlo lo más rápidamente posible.

Dyara tendió la mano. Una línea tortuosa de luz destelló desde sus dedos hasta el suelo, y un trueno ensordecedor retumbó por todo el prado. Había una quemadura en la hierba. El aire crepitaba.

—¿Cuándo podré hacer eso? —jadeó Auraya.

—Después de aprender a defenderte de ello —contestó Dyara—. Empezaré con descargas débiles dirigidas al mismo punto. Debes intentar desviar su trayectoria.

Al principio, Auraya sentía como si le hubieran ordenado que atrapara rayos de sol con la mano. Las descargas de relámpagos se sucedían con demasiada rapidez para que ella pudiera percibirlas con antelación. Advirtió que las líneas luminosas zigzagueantes nunca eran iguales. Debían de seguir caminos distintos por alguna razón. Algo relacionado con el aire.

¿Dyara? ¿Auraya?, dijo una voz en su mente.

Dyara irguió la cabeza de golpe. Saltaba a la vista que ella también lo había oído.

¿Juran?, respondió. Auraya volvió la mirada hacia el sembrado, pero los dos jinetes ya no estaban allí.

Rian ha encontrado al pentadriano. Céntrate en su mente a través de la mía.

Dyara miró a Auraya y asintió. Esta, tras cerrar los ojos, buscó la mente de Juran. Cuando conectó con él percibió la presencia de Mairae y Dyara, pero los pensamientos de Rian reclamaban su atención. A Auraya le llegaron sonidos e imágenes procedentes de él. Un bosque. Una casa de piedra medio derruida. Un hombre vestido de negro de pie frente a la puerta. Ella contuvo el aliento al descubrir maravillada que veía lo mismo que Rian y de forma tan clara como si estuviese en su piel. También notó que él invocaba magia para mantener el escudo protector que lo circundaba.

El pentadriano observaba a Rian acercarse. Se hallaba rodeado de

voranes. Extendió el brazo y acarició la cabeza de uno que estaba sentado junto a él, mientras le murmuraba en su extraño idioma.

Rian se detuvo y desmontó. Envió una instrucción a la mente de su cargador, que se alejó a galope.

El hechicero cruzó los brazos.

—¿Has venido a apresarme, sacerdote?

—No —dijo Rian—. He venido a matarte.

El hechicero sonrió.

—Eso no muy amable.

—Es lo que mereces, asesino.

—¿Asesino, yo? Hablas de sacerdotes y hombres, ¿verdad? Yo solo me defiendo. Ellos atacan primero.

—¿Los campesinos y mercaderes que mataste te atacaron primero? —preguntó Rian.

No puedo leerle la mente —dijo Rian—. Tiene los pensamientos protegidos.

Entonces podría ser peligroso, replicó Juran.

Tan poderoso como uno de los inmortales de la era anterior. Será una lucha interesante, respondió Rian.

—No ataco a campesinos o mercaderes —repuso el hechicero rascándole la cabeza a un vorán—. Mis amigos tienen hambre. No reciben respeto ni comida. Tu gente no es amable ni respeta a mis amigos ni a mí desde que llegué. Ahora tú dices que me matarás. —Sacudió la cabeza—. No sois amigables.

—Con los asesinos, no —replicó Rian—. Tal vez en tu país la brutalidad no sea un crimen, pero en el nuestro se castiga con la muerte.

—¿Crees que puedes castigarme?

—Sí, con la bendición y el poder de los dioses.

Auraya captó la oleada de fervor y determinación que recorrió a Rian. «Siente una devoción profunda hacia los dioses —pensó—. A su lado, los demás somos simplemente leales. Por otra parte, a los dioses debe de parecerles aceptable, pues de lo contrario todos los Blancos seríamos como Rian».

El hechicero soltó una risotada.

—Los dioses nunca te bendecirían, pagano.

—Tus dioses falsos, no —replicó Rian—. El Círculo. Los dioses verdaderos y vivos. —Invocó magia y la proyectó hacia el exterior, en forma de un rayo de calor blanco.

De pronto, el aire que el hechicero tenía ante sí se convirtió en un muro de ondas impetuosas. Una ráfaga caliente golpeó a Rian. La esfera de protección que había creado en torno a sí se combó hacia dentro. La reforzó de manera instintiva para rechazar la fuerza que la sacudía. Auraya oyó chasquidos de madera que se partía cuando los árboles que había alrededor de Rian recibieron el impacto de la energía reflejada.

Rian atacó de nuevo, esta vez transformando la magia en dardos que llovían sobre el hechicero desde todas direcciones. La defensa del pentadriano aguantó, y este respondió con descargas de relámpagos que Rian desvió hacia el suelo.

«De modo que es así como se hace», pensó Auraya.

El suelo bajo los pies de Rian empezó a sacudirse arriba y abajo. El Blanco envió magia hacia abajo para estabilizarlo. Al mismo tiempo, absorbió el aire que rodeaba al hechicero, atrapándolo en un vacío. El hechicero recuperó el aire con violencia.

Me está poniendo a prueba, observó Rian.

Estoy de acuerdo, contestó Juran.

Rian notó que una fuerza lo envolvía, ejerciendo presión sobre el escudo que lo rodeaba. Luchó contra ella, pero su intensidad no dejaba de aumentar. A Auraya no le sorprendió ver al hechicero de pie con un brazo extendido y los dedos doblados como garras, la misma postura que había adoptado durante su combate contra los sacerdotes.

Ahora viene la prueba de resistencia, dijo Rian con calma. Se opuso a aquella fuerza avasalladora con una fuerza equivalente. Mientras tanto, permaneció alerta ante otros posibles ataques. El tiempo transcurría. La ofensiva del hechicero aumentaba en potencia de forma constante. Rian fortalecía poco a poco su defensa.

Súbitamente, la fuerza avasalladora remitió.

Aunque Rian reaccionó con rapidez, un torrente de energía brotó de él. Varios árboles quedaron hechos astillas. La casa en ruinas saltó en pedazos. El polvo y las piedras llenaron el aire, ocultándolo todo. Rian proyectó una magia más suave que asentó la polvareda.

El hechicero había desaparecido. Al mirar alrededor, Rian vio una fiera negra descomunal que se alejaba trotando, con un hombre montado en el lomo. Lanzó un relámpago, pero la energía resbaló en torno al hechicero que huía y penetró en el suelo.

—Que los dioses lo fulminen —masculló Rian mientras el hombre y la bestia se perdían de vista entre los árboles. Envió una llamada mental a su cargador. El animal no estaba lejos.

Cuídate —le advirtió Juran—. Síguelo, pero con cautela. Es poderoso, y un ataque sorpresa podría resultar mortal.

Un escalofrío bajó por la espalda de Auraya. ¿Mortal para Rian? Pero si estaba segura de que nada podía hacerle daño.

No tan poderoso como yo —repuso Rian, con la mente cargada de rabia y determinación—. No tendrá la oportunidad de tenderme una emboscada. No dormiré ni descansaré hasta que sepa que está muerto.

Entonces sus pensamientos se desvanecieron de los sentidos de Auraya. Abrió los ojos. Su mirada se encontró con la de Dyara.

—Eso ha sido esclarecedor —comentó la mujer con sequedad—. Hacía mucho tiempo que no topábamos con un enemigo tan poderoso. —Entornó los párpados—. Pareces confundida.

—Lo estoy —respondió Auraya—. ¿Corre peligro Rian?

—No.

—Entonces ¿por qué le ha prevenido Juran contra un ataque sorpresa? Es imposible que el hechicero lo mate, ¿no?

Dyara cruzó los brazos.

—Solo si comete un error estúpido..., y no lo hará. Lo he entrenado bien.

—O sea que no somos invulnerables. O inmortales.

Dyara sonrió.

—No exactamente. La mayoría diría que casi lo somos, pero lo cierto es que tenemos limitaciones. Una de ellas es el acceso a la magia. Recuerda lo

que te he enseñado: cuando invocamos magia, gastamos parte de la que nos rodea. Si utilizamos mucha, nos resulta más difícil absorber la magia que tenemos alrededor conforme disminuye, lo que nos obliga a buscarla cada vez más lejos de nuestra posición. La magia acaba por fluir de vuelta hacia la zona que hemos debilitado, pero eso lleva tiempo. Para encontrar una fuente nueva y abundante, tenemos que desplazarnos a otra posición.

»No es frecuente que consumamos tanta magia —prosiguió Dyara—, pero la situación en que resulta más probable es una batalla con otro hechicero, si este es excepcionalmente poderoso. El empobrecimiento de una zona puede ocasionar que te debilites en un momento inoportuno. —Hizo una pausa, y Auraya asintió en señal de comprensión—. Tu capacidad para desarrollar y usar dones constituye tu otra limitación. Cada uno de nosotros es tan fuerte como los dioses han podido hacernos. Por eso no poseemos todos la misma fuerza; por eso Mairae es la más débil y Juran el más poderoso.

—¿Es posible que un hechicero sea más fuerte que nosotros?

—Sí, aunque los hechiceros con semejante poderío son muy poco comunes. Este es el primero del que tengo noticia desde hace casi cien años. —Esbozó una sonrisa sombría—. Te has unido a nosotros en una época interesante, Auraya. La formación insuficiente es otra limitación, pero estoy segura de que esta la superarás deprisa, a juzgar por el ritmo al que estás aprendiendo. No te preocupes. Jamás te enviaríamos a enfrentarte a un hechicero tan poderoso sin que antes hubieras completado tu entrenamiento.

Auraya sonrió.

—No estoy preocupada. Y ya me había preguntado cómo podíamos ser invulnerables si ni los dioses lo son.

Dyara arrugó el entrecejo.

—¿A qué te refieres?

—Muchas deidades perecieron en la Guerra de los Dioses. Si ellos pueden morir, nosotros también.

—Supongo que tienes razón.

Al oír un golpeteo de cascos en el suelo, ambas se volvieron para ver a Juran y Mairae cabalgando hacia ellos. Cuando las rainas se detuvieron,

Auraya se percató de que ninguno de los dos llevaba riendas. Recordó lo que Dyara le había dicho, que los cargadores obedecían órdenes mentales.

Juran bajó la vista hacia Auraya.

—Tengo una pregunta para ti, Auraya. Mairae me dice que has terminado de revisar la propuesta de alianza con Somrey. ¿Introducirías cambios en los términos?

—Algunos, aunque sospecho que habría que hacer aún más modificaciones. Mientras la leía me di cuenta de que no sabía tanto como creía sobre los tejedores de sueños. Sé cómo tratan la supurencia, pero no cómo encajan en la sociedad somreyana. Empecé a echar en falta un experto al que consultar, y se me ocurrió una solución posible. Tal vez lo que necesitamos sea un asesor sobre asuntos relacionados con los tejedores de sueños.

Juran se volvió hacia Mairae.

—Tú lo intentaste, ¿no es cierto?

Mairae asintió.

—No encontré a nadie con conocimientos suficientes.

Auraya notó que se le aceleraba un poco el pulso, pero no vaciló.

—¿Probaste con un tejedor?

—No. Supuse que no estarían dispuestos a colaborar.

Aunque Juran había arqueado las cejas, su expresión no reflejaba desaprobación.

—¿Tú crees que nos ayudarían, Auraya?

—Sí, si concluyeran que nuestras intenciones no ponen en peligro su bienestar. Y, hasta donde yo sé, la alianza no representa una amenaza para ellos —dijo con una sonrisa torcida, y se llevó el dedo a la frente—. Además, poseemos nuestros propios medios de defensa contra la posibilidad de que sus intenciones resultaran peligrosas para nuestro bienestar.

—Medios de los que serán bien conscientes. —Juran se inclinó hacia delante y rascó a su cargador entre las orejas, en torno a lo que quedaba de uno de sus cuernos cortados—. Me sorprendería que alguno de ellos accediera, pero las ventajas que esto traería consigo son claras.

Mairae sonrió.

—La líder de los tejedores de Somrey lo pensaría dos veces antes de desautorizar a uno de los suyos.

—Cierto —convino Juran.

—Estaríamos reconociendo que tienen poder e influencia —advirtió Dyara.

Mairae se encogió de hombros.

—No más poder del que poseen en realidad. No más del que ya reconocemos en los términos de la alianza.

—Daríamos a entender a nuestro pueblo que estamos a favor de los tejedores —insistió Dyara.

—No, simplemente que los toleramos. No podemos actuar como si ellos no fueran un grupo influyente en Somrey.

Dyara abrió la boca, pero la cerró enseguida y meneó la cabeza.

Juran miró a Auraya.

—Si encuentras a un tejedor de sueños dispuesto a hacer esto, te enviaré con Mairae a Somrey.

—Pero Auraya acaba de empezar su entrenamiento —protestó Dyara—. Es demasiado pronto para exigirle tanto.

—La única alternativa que se me ocurre es abandonar las negociaciones. —Juran posó la vista en Auraya e hizo un gesto vago—. Si fracasáis, la gente lo atribuirá a la falta de experiencia más que a un fallo en nuestra estrategia.

—Eso no sería justo para Auraya —señaló Dyara.

Auraya sacudió la cabeza.

—No me importa.

Juran se quedó pensativo.

—Si Mairae se comportara como si su intención no fuese ganar terreno, sino llevarte allí para instruirte en otros sistemas de gobierno, dejar que te subestimaran... —Le devolvió su atención—. Sí. Hacedlo. Intentad conseguirnos un asesor.

—¿Ya has pensado en alguien en concreto? —preguntó Mairae.

Auraya tardó unos instantes en responder.

—Sí. El tejedor de sueños que conozco desde niña. Está viviendo temporalmente en la ciudad.

Juran frunció el ceño.

—Un amigo de la infancia. Podrías llevarte un disgusto si resultara ser una persona conflictiva.

—Lo sé. Aun así, prefiero trabajar con alguien a quien conozco bien.

Él asintió despacio.

—Muy bien. Pero ten cuidado, Auraya, de no ponerte en una situación comprometida en aras de la amistad. Es un error muy fácil de cometer — aseveró en tono pesaroso.

—Tendré cuidado —le aseguró ella.

Juran dio unas palmaditas en el cuello a su cargador, que rascó el suelo con las patas. Auraya resistió el impulso de retroceder. Eran animales muy grandes.

—Debemos volver a nuestro entrenamiento —dijo Juran.

Mientras Mairae y él se alejaban sobre sus monturas, Auraya se preguntó cuál sería el origen de su evidente pesar. Tal vez algún día lo sabría.

Ignoraba demasiadas cosas acerca de sus compañeros Blancos, pero disponía de tiempo más que suficiente para conocerlos mejor. Tal vez no de una eternidad, pero casi, como había dicho Dyara.

7

Había cinco personas sentadas en la sala común de la casa de los Tahonero. Olamir, otra tejedora de sueños, había llegado aquella mañana. Era una somreyana de mediana edad que viajaba hacia el sur para recolectar hierbas que no crecían en su país, de clima más frío. Jayim había permanecido en silencio durante la mayor parte de la cena.

—¿Has visitado Somrey, Leiard? —preguntó Tanara.

—No estoy seguro —dijo el tejedor con el entrecejo fruncido—. Tengo recuerdos del lugar, pero no tengo claro cómo encajan en mi pasado.

Olamir le escrutó el rostro.

—Por lo que dices, deben de ser recuerdos de conexión.

—Probablemente —convino Leiard.

—Pero no estás seguro —afirmó Olamir, pensativa—. ¿Guardas otros recuerdos que tal vez no sean tuyos?

—Muchos —reconoció él.

—Disculpadme, pero ¿qué son recuerdos de conexión? —los interrumpió Tanara.

Olamir sonrió.

—A veces los tejedores conectamos nuestras mentes entre sí para comunicarnos conceptos y recuerdos. Resulta más rápido y sencillo explicar algunas cosas de este modo. A veces también practicamos la conexión como parte de nuestros rituales y también para conocer mejor a otras personas. —

Cuando miró a Leiard, su sonrisa cedió el paso a una expresión ceñuda—. Tendemos a acumular recuerdos ajenos, pero por lo general podemos distinguir los que nos pertenecen de los que no. Sin embargo, si un recuerdo es antiguo, es más fácil olvidar que no es nuestro. En muy contadas ocasiones, cuando un tejedor de sueños pasa por una experiencia traumática, sus recuerdos se mezclan con los recuerdos de conexión.

Leiard sonrió.

—No he sufrido ninguna experiencia así, Olamir.

—Hasta donde recuerdas —repuso ella en voz baja.

—Sí. —Leiard se encogió de hombros.

—¿Te... te gustaría realizar una conexión esta noche? Podría examinar esos recuerdos de conexión para intentar descubrir la identidad que subyace detrás de ellos.

Leiard movió la cabeza arriba y abajo lentamente.

—Sí. Hace mucho tiempo que no llevo a cabo el ritual. —Sonrió al percatarse de que Jayim lo miraba con fijeza—. Y Jayim debería acompañarnos. No ha recibido formación desde que su maestro murió hace seis meses.

—Oh, no os molestéis por mí —se apresuró a decir Jayim—. Solo os estorbaría.

Tanara clavó los ojos en su hijo, sorprendida.

—¡Jayim! Deberías aprovechar una oferta tan generosa.

Leiard observó a Olamir, que le dirigió una mirada de complicidad.

—No puedo. Esta noche iré a ver a un amigo —le dijo Jayim a su madre.

Milo miró a su hijo con el entrecejo arrugado.

—No me lo habías comentado antes. ¿Piensas ir solo? Sabes que es peligroso.

—No me pasará nada —aseguró Jayim—. La casa de Vin está cerca.

Tanara apretó los labios.

—Puedes ir por la mañana.

—Pero se lo prometí —protestó Jayim—. Está enfermo.

Tanara arqueó las cejas.

—¿Otra vez?

—Sí. Es por su problema de respiración. Siempre se agrava en verano.

—En ese caso, será mejor que vaya contigo —se ofreció Leiard—. Conozco muchos tratamientos para las enfermedades de los pulmones.

—Es que...

—Gracias, Leiard —dijo Tanara—. Es muy amable por tu parte.

Jayim desplazó la vista de su madre a Leiard y se encorvó. Tanara se levantó y comenzó a recoger los platos sucios. Tras bostezar con delicadeza, Olamir se puso de pie para echarle una mano.

—Es mejor así —murmuró—. Seguramente estoy demasiado cansada para serte útil, Leiard. Nunca duermo bien en los barcos.

Él asintió.

—Gracias por la propuesta. ¿En otra ocasión, tal vez?

—Me marcharé a primera hora de la mañana, pero si continúas aquí cuando regrese, practicaremos el ritual entonces. Mientras tanto, cuídate. — Se irguió y se llevó la mano al corazón, la boca y la frente.

Leiard correspondió con el mismo gesto y vio con el rabillo del ojo que Jayim lo imitaba precipitadamente.

Cuando Olamir salió del salón, Leiard se levantó y dirigió a Jayim una mirada inquisitiva.

—¿A qué se dedica tu amigo?

El muchacho alzó la vista y se puso de pie.

—Como su padre es sastre, él está aprendiendo el oficio también.

—¿Se quejará su familia si voy a su casa?

Jayim reflexionó, sopesando claramente esta oportunidad de librarse de Leiard, pero negó con la cabeza.

—No. No les molestará. Mi maestro les ayudaba desde que Vin era un bebé. Así lo conocí. Voy un momento a buscar mi bolsa.

Leiard aguardó mientras Jayim recogía un morral pequeño en su habitación. Cuando salieron de la casa, el chico echó a andar a paso rápido. La calle estaba oscura y tranquila. Las ventanas de las casas que tenían a ambos lados eran cuadrados de luz brillantes, y Leiard oía voces y ruido de actividad procedentes del interior.

—¿Por qué decidiste convertirte en tejedor de sueños, Jayim? —preguntó

Leiard en tono suave.

Jayim se volvió hacia él, pero no había claridad suficiente para leer su expresión.

—No lo sé. Admiraba a Calem, mi maestro. Hacía que la labor de los tejedores pareciera muy noble. Si yo seguía sus pasos, prestaría a la gente un tipo de ayuda que los circulianos no podían brindarle. Además, yo odiaba a los circulianos.

—¿O sea que ya no los odias?

—Sí, pero...

—Pero ¿qué?

—No como los odiaba antes.

—¿Qué crees que ha cambiado?

Jayim suspiró.

—No lo sé.

Leiard, intuyendo que el muchacho estaba muy concentrado, guardó silencio. Enfilaron una calle más estrecha.

—Tal vez no odie a todos los circulianos. Tal vez solo a algunos de ellos.

—Odiar a una persona no es lo mismo que odiar a un grupo. Por lo general resulta más difícil odiar a un grupo cuando descubres que un miembro de él te cae bien.

—¿Como Auraya?

Leiard se estremeció de un modo extraño al oír ese nombre. Había visto a Auraya dos veces desde su visita. Habían hablado de vecinos de la aldea que ambos conocían y de cosas que habían ocurrido después de que Auraya se marchara. Ella le había relatado anécdotas de sus épocas de novicia y de sacerdotisa. En cierto momento, había reconocido que seguía estupefacta por el hecho de que los dioses la hubieran elegido. «No siempre estaba de acuerdo con mis compañeros circulianos —había dicho Auraya—. Supongo que por culpa tuya. Si me hubiera criado en Jarime, seguramente sería tan estrecha de miras como los demás».

—Sí —dijo Leiard—. Auraya es diferente.

—Pero a mí me pasa lo contrario —prosiguió Jayim—. Me he dado cuenta de que no odio a todos los circulianos por el mero hecho de que

algunos de ellos sean malos.

«Y yo no odio a los circulianos..., solo a sus dioses —dijo una voz desde lo más profundo de la mente de Leiard. La oleada de intensa emoción que esto trajo consigo le cortó la respiración—. ¿Por qué había enterrado ese odio? —se preguntó—. ¿Por qué no había salido a la superficie hasta este momento?»

—Tengo... tengo dudas, Leiard.

Este devolvió su atención al joven que caminaba a su lado.

—¿Sobre qué?

Jayim suspiró.

—Sobre convertirme en tejedor de sueños. Ya no estoy seguro de querer eso.

—Ya me lo figuraba.

—¿Qué crees que debería hacer?

Leiard sonrió.

—¿Qué es lo que quieres?

—No lo sé.

—¿Qué esperas de la vida, entonces?

—No lo sé.

—Claro que lo sabes. ¿Quieres amor? ¿Hijos? ¿Riquezas? ¿Fama, tal vez? ¿O poder? ¿O ambas cosas? ¿O son más importantes para ti la sabiduría y el conocimiento? ¿A qué estás dispuesto a consagrar tus esfuerzos, Jayim? ¿Y a qué renunciarías por conseguirlo?

—No lo sé —jadeó Jayim con desesperación.

Entró en un callejón. Era tan angosto que Leiard se vio obligado a andar detrás del muchacho. El olor acre a verdura podrida dominaba aquel espacio lóbrego y reducido.

—Por supuesto que no lo sabes. Eres joven. Todo el mundo tarda un tiempo en...

Una sensación de peligro asaltó a Leiard. Aferró a Jayim por el hombro.

—¿Qué pasa? —preguntó el chico con brusquedad.

Una exhalación sibilante resonó en el callejón antes de estallar en una risotada. Dos voces más se unieron al jolgorio. Cuando tres figuras

aparecieron en la penumbra, Jayim masculló una palabrota.

—¿Adónde vas a estas horas de la noche, soñador?

Era la voz de un hombre joven. Leiard se dejó empapar por las emociones de aquellos desconocidos. Percibió una mezcla de rapacidad y expectación cruel.

—Va con un amigo —advirtió otro.

—¿Un amigo? —se mofó el primero, aunque la cautela atemperó enseguida sus pensamientos—. Los soñadores no tienen amigos, sino cómplices. Personas que les guardan las espaldas por si alguien los sorprende mientras seducen a esposas e hijas ajenas. Pues has tenido mala suerte, soñador. Nosotros estábamos aquí antes. Ni pienses que te dejaremos acercarte a Loiri.

«Seducen a esposas e hijas ajenas...» Una imagen acudió de pronto a la mente a Leiard. Se encontraba frente a dos hombres, los dos enfadados y armados. Por encima de ellos, una mujer se asomaba a una ventana. Aunque tenía el rostro en sombras, él sabía que era hermosa. Gritaba con rabia, pero no contra él. Sus maldiciones iban dirigidas a los hombres que estaban debajo.

—No he venido a ver a Loiri, Kinnen —dijo Jayim con los dientes apretados—. Estoy aquí para ver a Vin.

Leiard sacudió la cabeza mientras la imagen se desvanecía. ¿Otro recuerdo de conexión? No recordaba haber estado jamás tan decidido a seducir a alguien. Algo así sin duda se le habría quedado grabado en la memoria. «Por otro lado, los recuerdos de conexión también se quedan grabados».

—Vin debería saber que no le conviene juntarse con tejedores de sueños —dijo una tercera voz—. ¿Qué llevas en la bolsa, Jayim?

—Nada.

Pese al tono tajante de Jayim, Leiard notó que su miedo aumentaba repentinamente. Mientras los tres matones se aproximaban, Leiard canalizó un poco de magia hacia su mano. Una luz surgió entre sus dedos, haciendo que le brillara la palma. Se colocó delante de Jayim y abrió la mano.

Un resplandor inundó el callejón. Leiard comprobó consternado que tenía

delante a tres sacerdotes circulianos.

«No —se corrigió—. Novicios. No llevan anillo».

Se fijaron en la luz, parpadeando varias veces seguidas, y luego posaron los ojos en su cara. Leiard les sostuvo la mirada, impasible.

—No tengo claro con qué intenciones nos habéis abordado de esta manera. Jayim ya os ha informado de la identidad de la persona que queremos visitar y os ha asegurado que nos espera. Si esta explicación no os satisface, tal vez deberíais acompañarnos hasta nuestro destino. O... —Hizo una pausa antes de añadir en un susurro—: ¿O es que nos habéis abordado para solicitar nuestros servicios?

Los chicos se miraron, alarmados ante esta insinuación.

—En caso afirmativo —continuó Leiard—, y si el asunto no es urgente, podemos visitaros mañana. ¿Preferís que acudamos al templo o a vuestra casa?

Al oír esto, los tres jóvenes comenzaron a recular.

—No —dijo el primero con rigidez—. No pasa nada. Estamos bien. No necesitamos que nos visites.

Tras retroceder varios pasos, dieron media vuelta y se alejaron con aire arrogante, aparentando indiferencia. Jayim exhaló un suspiro largo y silencioso.

—Gracias.

Leiard observó al muchacho con seriedad.

—¿Esto sucede a menudo?

—De vez en cuando. En realidad hacía tiempo que no pasaba, pero creo que es porque estaban ocupados con todos los visitantes que vinieron a la ceremonia de Elección.

—Seguramente —convino Leiard.

—Pero los has ahuyentado —dijo Jayim con una gran sonrisa.

—Los he engañado. No volverá a funcionar. Recordarán que recurrir a nuestros servicios está prohibido. Necesitas aprender a protegerte solo.

—Lo sé, pero...

—Tus dudas te han impedido buscar un nuevo maestro.

—Sí. —Jayim se encogió de hombros—. Cuento con otros tejedores de

sueños que se hospedan con nosotros, como tú. Todos me enseñan algo.

—Sabes que eso no es suficiente.

El chico agachó la cabeza.

—Creo que convertirme en tejedor de sueños fue un error. Quería ser alguien. —Volvió la vista hacia el fondo del callejón—. Como ellos, pero no quería ser sacerdote. Me habrían hecho la vida imposible. Además..., mi padre me presionaba para que fuera escriba, como él, pero no se me daba bien. —Respiró hondo—. Iniciarme como tejedor solo empeoró las cosas con Kinnen. Y con mis padres. —Soltó una carcajada amarga—. Estaban tan ansiosos por demostrar que aceptarían mi decisión, fuera cual fuese, que convirtieron nuestro hogar en una casa franca. —Suspiró—. Así que ahora no puedo echarme atrás.

—Claro que puedes —le dijo Leiard.

Jayim sacudió la cabeza.

—La panda de Kinnen creerá que me he rendido, y mis padres quedarán decepcionados.

—No es razón suficiente para permitir que sigas llevando el chaleco.

Jayim frunció el ceño y acto seguido abrió mucho los ojos.

—¡Has... has venido para expulsarme!

Leiard negó con un gesto, sonriendo.

—No, pero muchas cosas relacionadas contigo me conciernen. Según nuestras leyes, si tres tejedores de sueños de cada una de las tres eras coinciden en que hay que expulsar a otro, su voluntad puede y debe cumplirse. —Suavizó el tono—. Estás lleno de dudas, Jayim. Es algo comprensible en un chico de tu edad y en tu situación. Te daremos tiempo para meditarlo. Pero mientras tanto no puedes descuidar tu formación, y no has hecho el menor esfuerzo por conseguir un maestro.

Jayim contempló la luz que emitía la mano de Leiard.

—Entiendo —dijo en voz baja.

Leiard reflexionó por un momento y dejó a un lado lo poco que quedaba de su necesidad de estar solo.

—Si decides continuar con nosotros, Jayim, y así lo deseas, yo me ocuparé de tu entrenamiento. No te prometo que puedas permanecer siempre

en Jarime, así que debes estar preparado para dejar a tus padres y acompañarme hacia un futuro incierto. Pero sí te prometo convertirte en un tejedor de sueños hecho y derecho.

El muchacho posó la mirada en Leiard y la apartó, con la mente sumida en la confusión.

Leiard soltó una risita.

—Piénsalo. Ahora, será mejor que visitemos a tu amigo enfermo.

Jayim asintió y señaló el extremo del callejón.

—Entraremos por detrás. Sígueme.

Al sobrevolar el Claro, Tryss sintió un escalofrío de emoción. Se había formado un gran semicírculo de luces cerca del centro, donde había una roca lisa conocida como el Llano en la que cabían muchos siyís de pie. Los líderes de todas las tribus (los portavoces) se encontraban más arriba, a lo largo del borde de un risco bajo. El ambiente estaba cargado a causa de la gran cantidad de siyís que habían acudido a la Congregación.

Cuando su padre empezó a descender, Tryss lo siguió. Su madre era una presencia que volaba tras ellos a corta distancia. Se unieron a los siyís que bajaban en espiral y, una vez que sus pies se posaron en el suelo, se apartaron a toda prisa para que los demás tuvieran espacio para aterrizar. Cuando se juntaron con su tribu, Tryss buscó la de Drili. No estaba muy lejos. Su mirada se encontró con la de la chica, que le guiñó el ojo. Él respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

Aquel año habían asistido quince tribus de siyís, una menos que el año anterior. Los pisatierra habían masacrado a la tribu del Bosque del Oeste el último verano. Los pocos miembros que habían sobrevivido, como no podían regresar a su territorio, se habían incorporado a otras tribus. El pueblo de Drili, la tribu del río Serpiente, había sido expulsado de su aldea, pero había los suficientes supervivientes para que siguieran considerándolos una tribu. Se habían instalado temporalmente con otras tribus hasta que se llegara a un acuerdo sobre el emplazamiento de su nueva aldea.

Tryss alzó la vista hacia los portavoces. Un hombre de vestimenta extraña

estaba sentado entre ellos. Llevaba mangas largas, lo que no hacía más que llamar la atención sobre la ausencia de membranas entre sus brazos y su tronco. Ningún siyí habría podido ponerse semejante atuendo.

Su tamaño compensaba con creces su falta de alas. Tryss comprendió por fin por qué los pisatierra, a pesar de su incapacidad para volar, representaban un peligro tan grande para su pueblo. Aunque el hombre estaba sentado en la cornisa de roca, su cabeza se hallaba a la misma altura que las de los portavoces. Tenía los brazos gruesos y las piernas largas. Su cuerpo semejaba un gran barril, y las varias capas de ropa que llevaba le conferían un aspecto aún más voluminoso.

Era enorme.

Su cabeza, en cambio, era pequeña. ¿O solo lo parecía? Tryss la comparó rápidamente con la de uno de los portavoces y asintió para sí. El pisatierra tenía la cabeza del mismo tamaño que un siyí. Simplemente daba la impresión de ser más pequeña porque iba unida a un cuerpo gigantesco.

Los portavoces comenzaron a moverse. Formaron una fila a la orilla del risco y cada uno emitió un silbido estridente. Tryss advirtió que las facciones del pisatierra se crispaban a causa del sonido. Los siyís callaron.

Sirri, la portavoz de la tribu de Tryss, se encaramó a una peña conocida como la Roca de los Portavoces. Levantó los brazos y desplegó por completo las alas.

—Pueblos de las montañas. Tribus de los siyís. Los portavoces os hemos convocado aquí esta noche para escuchar las palabras de un visitante extranjero. Como ya habéis oído y podéis comprobar, es un pisatierra. Un pisatierra de un país lejano llamado Hania, no uno de aquellos que han matado a nuestros hermanos y se han apoderado de nuestras tierras. Hemos mantenido una larga conversación con él y nos hemos convencido de ello.

Sirri hizo una pausa para desplazar la vista por los rostros de los presentes, valorando el estado de ánimo imperante en la Congregación.

—El pisatierra Gremmer ha escalado nuestras montañas y cruzado nuestros ríos para llegar hasta nosotros. Ha venido solo, en un viaje que para un pisatierra dura meses. ¿Por qué lo ha hecho? Para traernos una propuesta de una alianza. Una alianza con los Blancos, los cinco humanos elegidos por

los dioses como sus representantes en el mundo de los mortales.

Los siyís se revolvieron, inquietos, intercambiando miradas. Hacía años que sabían de la existencia de un grupo de pisatierra elegidos por los dioses. A lo largo del último siglo, la diosa Huan había visitado a ciertos siyís y les había hablado de los humanos que habían sido escogidos. Les había prometido que, llegado el momento, estos ayudarían a los siyís a defenderse de los invasores.

En los últimos cinco años, las incursiones de los pisatierra habían aumentado de forma tan dramática que muchos ansiaban que los salvadores prometidos llegaran cuanto antes.

«Perdimos una tribu entera el verano pasado —pensó Tryss—. Más vale que se den prisa, o pronto no quedará nadie a quien salvar».

—Gremmer ha pasado muchos días con nosotros —continuó Sirri— y ha aprendido un poco de nuestro idioma. Desea dirigirse a vosotros esta noche, para hablaros de los Elegidos de los dioses.

Sirri se volvió e hizo una señal con la cabeza al pisatierra. El hombre se levantó despacio y subió a la Roca de los Portavoces. En cuanto estuvo erguido cuan alto era, se oyó entre los siyís un murmullo tanto de admiración como de miedo.

El pisatierra se acercó al borde de la peña y sonrió a la multitud con timidez. Se alzaba imponente por encima de todos. Entonces, para sorpresa de Tryss, Gremmer se sentó con las piernas cruzadas, como un niño.

«Lo ha hecho a propósito —pensó Tryss—, para ofrecer un aspecto menos intimidante».

El hombre sostenía un papel entre sus dedos gruesos y rechonchos. Bajó los ojos hacia él y tosió con suavidad.

—Pueblos del cielo. Tribus de los siyís: dejad que os hable de los hombres y mujeres a quienes los dioses han nombrado sus representantes. — Su forma de hablar resultaba extraña, y era evidente que pronunciaba cada palabra con esmero—. El primero fue Juran, elegido hace un siglo. Es nuestro líder y fue él quien reunió por primera vez a sacerdotes y sacerdotisas a los que llamó circulianos. La segunda fue Dyara, designada como legisladora. Después Rian, el piadoso, se unió a ellos; y Mairae, una doncella en la que se

conjugaban belleza y compasión, lo siguió. El último fue elegido hace tan solo un mes. Desconozco su nombre, pues partí antes de la ceremonia de Elección. —Gremmer levantó la vista del papel—. Durante cien años, los Elegidos de los dioses han realizado una buena labor en Hania. La ley y la justicia han sido honestas. Las víctimas del infortunio reciben ayuda. Los enfermos reciben atención. Los niños aprenden a leer, escribir y entender los números. No ha habido guerras. —Enderezó la espalda y recorrió las caras de los siyís con la mirada antes de devolver la atención a sus notas—. Los sacerdotes circulianos han servido en muchos países desde el principio, pero Hania es el único gobernado por los Blancos. Toren y Genria, tierras del este, han sido nuestras aliadas durante más de cincuenta años. Dunway, la nación de guerreros del noroeste, se alió con nosotros hace diez años. Los Blancos están en negociaciones con el Consejo de Sabios de Somrey, y ahora extendemos nuestra oferta de alianza a Si. —Sonrió y contempló de nuevo a los siyís—. He descubierto que sois un pueblo noble y pacífico. Sé que los Blancos pueden ayudaros con vuestros problemas. Los colonos de Toren se están adueñando de vuestro territorio. Es necesario promulgar leyes para detenerlos y hacerlas cumplir. Debéis velar por vuestra defensa. Si no sois capaces de combatir a los colonos torenios, ¿cómo podríais hacer frente a un ejército?

»Los Blancos protegen a sus aliados. A cambio, piden que les envíen guerreros en caso de una invasión. Puesto que son poderosos e instauran la paz allí donde van, es probable que jamás necesiten ese apoyo.

»Si los siyís se aliaran con los Blancos, podríamos ayudarnos unos a otros de muchas maneras. Sabéis bastante sobre Huan y un poco sobre las otras deidades. Nuestros sacerdotes pueden enseñaros más. Asimismo, pueden ampliar vuestros conocimientos de magia, escritura, números y sanación. Si lo deseais, el templo enviaría a algunos sacerdotes a Si a convivir con vosotros. Los siyís podrían acudir a su vez al templo para convertirse en sacerdotes. Esto supondría muchas ventajas. Dichos sacerdotes podrían mandar mensajes telepáticos que os informarían sobre lo que ocurre en el mundo exterior. Los Blancos serían notificados en el acto de los ataques contra los siyís y podrían actuar con rapidez. La gente, los pisatierra,

comprendería mejor a los siyís, y viceversa. La comprensión trae consigo el respeto y la amistad. La amistad trae consigo la paz y la prosperidad. —Con una sonrisa, asintió varias veces—. Gracias por vuestra atención.

Los siyís guardaron silencio mientras Gremmer se ponía de pie y se apartaba del borde de la peña. Tryss se percató de que el corazón le latía con fuerza. «Tenemos mucho que aprender de los pisatierra —se dijo—. Conocimientos que perdimos cuando nos trasladamos a las montañas. Cosas que los pisatierra han inventado desde entonces». Sin embargo, percibió duda en el semblante de su pueblo. Sirri dio un paso al frente.

—Los portavoces hablaremos ahora con nuestras tribus.

Los portavoces se arrojaron desde el risco y descendieron planeando hasta donde sus tribus los esperaban. Cuando Sirri pisó tierra entre los miembros de la tribu de Tryss, varias voces se alzaron a la vez. Ella levantó las manos para acallarlas.

—De uno en uno —dijo—. Sentémonos en círculo y expresemos nuestra opinión por turnos.

Los padres de Tryss tomaron asiento, y él se acomodó detrás de ellos. Sirri hizo un gesto con la cabeza en dirección al hombre que estaba sentado a su izquierda: Till, tío de Tryss.

—Es una buena oferta —dijo él—. Su protección no nos vendría mal. Pero no tenemos nada que ofrecerles a cambio. Gremmer habla de guerreros. No lo somos.

Sirri posó la vista en el siguiente siyí del círculo, que manifestó la misma duda. A medida que el resto de la tribu hablaba, la frustración de Tryss aumentaba. Entonces su tía tomó la palabra.

—¿Qué más da? —dijo Vissi con sequedad—. Son los Elegidos de los dioses. ¿Quién se atrevería a enfrentarse a ellos? Gremmer tiene razón. Seguramente nunca nos veríamos obligados a luchar. Deberíamos aceptar esta alianza.

—Pero ¿y si estallara una guerra menor entre países aliados de los Blancos, o una rebelión? —inquirió el padre de Tryss—. ¿Y si nos pidieran ayuda entonces? ¿Enviaríamos a nuestros jóvenes a una muerte segura?

—Segura, no: posible —repuso Vissi con aire afligido—. Es un riesgo, sí.

Una apuesta. Los colonos se cobran continuamente las vidas de muchos de nuestros jóvenes. Y ancianos. Y niños. Seguiremos perdiéndolos, y también nuestras tierras. Eso es mucho más seguro que la posibilidad de que nos llamen a filas.

Los siyís reunidos mostraron su conformidad de mala gana. Tryss se mordió el labio. «Podemos luchar —replicó para sus adentros—. Aún creéis que tenéis que combatir como los pisatierra, pero debemos hacerlo como siyís, desde el aire. Con mi arnés de caza y la cerbatana de Drili...»

—Tal vez podríamos aprender a luchar antes de que llegara ese momento.

Era Sreil quien había hablado. Tryss se animó. ¿Se había acordado Sreil del arnés que él había inventado?

—Si vienen los pisatierra, pueden enseñarnos —añadió Sreil. A Tryss le cayó el alma a los pies.

—Pero eso equivaldría a reconocer que no sabemos luchar —advirtió Vissi.

—Creo que debemos ser sinceros con los Blancos —dijo Sirri—. Al fin y al cabo, están más unidos a los dioses que cualquier mortal, y los dioses pueden leernos la mente. Si mentimos, lo sabrán.

La tribu se sumió en el silencio. De pronto, el padre de Tryss lo rompió.

—Entonces se enterarán de que no sabemos manejar la espada o la lanza. No nos pedirían nuestra ayuda si no nos consideraran útiles para ellos en la guerra.

Las implicaciones de las palabras de su padre impactaron a Tryss como un puñetazo. Se le heló la sangre y se estremeció. Alzó la cabeza despacio para contemplar las estrellas.

«¿Me habéis leído el pensamiento? —preguntó—. ¿Habéis visto mis ideas? ¿Es esta vuestra voluntad, que proporcione a mi pueblo un medio para luchar?»

Contuvo el aliento. «¿Y si los dioses respondieran? —pensó de pronto—. Sería... maravilloso y aterrador».

Pero no obtuvo respuesta. Por un momento, Tryss se sintió decepcionado. ¿Lo habían oído, pero habían optado por no responder? ¿Significaba eso que no debía seguir adelante con sus inventos? ¿O simplemente no estaban

escuchándole?

«Si continúo pensando así, me volveré loco —concluyó—. No han dicho ni “sí” ni “no”. Lo interpretaré como una falta de atención o de interés por su parte y haré lo que me parezca oportuno».

Lo único que quería era perfeccionar su arnés y que los siyís lo usaran para cazar. Si además su invento solucionaba los problemas de su pueblo..., tanto mejor. Se convertiría en una persona famosa y respetada.

«Mañana —decidió—. Realizaré los ajustes que faltan. Después, lo pondré a prueba. Cuando esté seguro de que funciona a la perfección, se lo presentaré a los portavoces».

8

Jarime era una ciudad con muchos ríos. Estos la dividían en barrios, algunos más acomodados que otros, y servían de vías a embarcaciones que transportaban personas y mercancías. Abastecían a la población de agua que, una vez utilizada, se canalizaba hacia el mar a través de túneles.

El templo estaba acotado en parte por un río, uno de cuyos afluentes atravesaba terreno sagrado. A la orilla de este riachuelo había varias zonas agradables con árboles que brindaban a los sacerdotes la paz y el recogimiento que necesitaban para la meditación y la oración. La desembocadura permanecía custodiada para evitar que los intrusos perturbaran la tranquilidad, pero si un visitante llevaba la autorización adecuada, se le permitía navegar con las barcas de poco calado del templo hacia el interior del recinto.

El lugar favorito de Auraya junto al río era un pabellón pequeño de piedrablanca. A un lado, unas escaleras descendían hacia el agua, donde había unos norayes a los que podían amarrarse las barcas. En aquel momento, un viz hacía equilibrios en lo alto de uno de los postes, estudiándolo con detenimiento. Alzó la vista hacia el noray siguiente, y Auraya contuvo el aliento cuando el animal saltó. Cayó sobre el poste sin problemas, tomó impulso y continuó brincando de un noray a otro.

—De verdad espero que sepas nadar, Travesuras —dijo ella—. Al menor descuido, irás a parar al río.

Cuando llegó al último noray, el viz se irguió sobre sus patas traseras y fijó la vista en ella, parpadeando.

—*Ohuaya* —dijo. En una serie de movimientos rápidos, se dejó caer del poste, corrió hacia donde ella estaba sentada y subió a su regazo de un salto —. ¿*Tetepié*?

Ella se rió y le acarició los carrillos.

—Nada de tentempiés.

—¿*Duces*?

—Nada de dulces.

—¿Comida?

—Nada de comida.

—¿*Gochina*?

—Nada de golosinas.

El viz guardó silencio por unos instantes.

—¿*Pemio*?

—Nada de premios. —Auraya esperó, pero él se quedó callado, mirándola con ojos implorantes—. Más tarde —añadió ella.

El viz tenía una noción limitada del tiempo. Entendía los conceptos de «noche» y «día», así como las fases de la luna, pero no comprendía las unidades de tiempo más pequeñas. Como ella no podía decirle «dentro de unos minutos», tenía que conformarse con «más tarde», lo que en otras palabras significaba «ahora no».

Travesuras era una compañía extraña y divertida. Siempre que ella regresaba a sus aposentos, él la recibía con brincos, repitiendo su nombre una y otra vez. Costaba resistirse a semejante bienvenida. Auraya intentaba encontrar una hora al día para adiestrarlo, tal como le habían recomendado los somreyanos, pero podía considerarse afortunada cuando conseguía dedicarle unos minutos. A pesar de todo, el viz aprendía deprisa, así que tal vez era suficiente.

Buscarle un nombre había sido todo un reto para ella. Tras enterarse de que el viz de Mairae se llamaba Nebulosa, había decidido ponerle un nombre menos rimbombante. Danyin le había contado que una anciana llamaba Virtud al suyo, al parecer para poder terminar las conversaciones diciendo

«pero cuido celosamente de mi Virtud». Ahora, cuando Auraya discutía sus planes con Danyin cada mañana, él siempre sonreía al oírla comentar: «Debo reservar un tiempo para Travesuras».

Aquella mañana, sin embargo, ella no llevaba consigo a Travesuras para proseguir su adiestramiento, sino para usarlo como distracción si la conversación tomaba un cariz incómodo. Tenía curiosidad por ver cómo reaccionaría el viz ante su visita, aunque tenía el hábito, que Auraya no había logrado quitarle, de expresar en voz alta su opinión sobre la gente en su presencia.

Abrió su cesta y sacó de ella uno de los juguetes complicados de la colección que los somreyanos le habían facilitado. Lo dejó a un lado y comenzó a leer las instrucciones de uso. Para su sorpresa, descubrió que se trataba de un juguete ideado para enseñar al viz a forzar cerraduras con la mente. No sabía si le hacía más gracia que el animalillo fuera capaz de algo así, o que a los somreyanos les hubiera parecido una habilidad apropiada para enseñarle.

Oyó un chapoteo y volvió la mirada río arriba. Apareció una batea, impulsada por dos hombres provistos de pértigas. Cuando vio al pasajero, Auraya suspiró, aliviada. No estaba segura de si Leiard aceptaría su invitación. Nunca antes se habían reunido en el recinto del templo, sino en lugares reservados y tranquilos de la ciudad. Consciente de que todo lo relacionado con los circulianos le provocaba nerviosismo y miedo a Leiard, ella se había preguntado si él se atrevería a visitar el templo de nuevo.

Sin embargo, allí estaba.

Y era una suerte. Si no hubiera reunido el valor suficiente para entrar en el templo, no podría llevar a cabo el cometido que ella quería encomendarle. Contempló la batea mientras se acercaba. Travesuras bajó de su regazo y trepó correteando por una columna hasta el techo del pabellón. Los hombres de las pértigas desviaron la embarcación de la corriente, y, cuando llegaron cerca de los escalones de piedra, uno de ellos saltó a la orilla y arrojó las amarras en torno a los norayes.

Leiard se levantó con un movimiento elegante. Desembarcó y subió las escaleras. Auraya lo observó con una admiración teñida de melancolía. Había

algo atractivo en el aire de dignidad y sosiego de Leiard, en la agilidad pausada con que se movía.

No obstante, cuando sus miradas se encontraron, ella advirtió que esta impresión de calma era solo una fachada. Los ojos de Leiard vacilaron, se apartaron de los suyos y volvieron a posarse en ellos, pero solo por un instante. Ella titubeó antes de estudiarlo con mayor detenimiento. El temor pugnaba contra la esperanza en sus pensamientos.

Auraya se alegró de haber insistido en encontrarse con él a solas. Dyara había querido supervisar la entrevista, como de costumbre, pero Auraya había supuesto que la presencia de otra Blanca lo intimidaría, sobre todo la de una que destilaba desaprobación ante la mera mención de los tejedores de sueños.

En aquel momento, Auraya percibió que la esperanza se imponía sobre el temor. Leiard veía en ella una posibilidad de cambio para su pueblo que hacía que el miedo que el templo despertaba en él valiera la pena. Auraya se percató de que la confianza de Leiard solo se extendía a ella. Él no la consideraba capaz de hacer daño a los tejedores de forma deliberada, y pensaba que tampoco se alegraría si los otros Blancos los perjudicaran. Ella representaba la mejor oportunidad para la paz que se les había presentado a los tejedores de sueños.

Sin embargo, Auraya cayó en la cuenta de que él no estaba del todo convencido. Lo único que importaba a los circulianos eran los dioses y ellos mismos. Despreciaban y temían a los tejedores. Leiard se preguntaba si estaba cometiendo una tontería al fiarse de ella. Resultaba frustrante no poder leer las emociones de Auraya. Tal vez había cambiado después de convertirse en una Blanca. Quizá todo era una trampa...

Auraya frunció el ceño. En sus encuentros anteriores, había percibido indicios de que él poseía la facultad de captar sentimientos con la mente, pero era la primera vez que Leiard pensaba en ello explícitamente, lo que confirmaba sus sospechas. Leiard nunca le había mencionado aquella facultad, ni siquiera cuando ella era niña.

«De modo que no me lo contaba todo en aquel entonces —se dijo—. No me sorprende. A los vecinos de la aldea no les habría gustado saber que él podía leer parte de sus pensamientos, aunque solo fueran las emociones. Me

pregunto si compartes esta habilidad con los demás tejedores de sueños».

Todo esto le pasó por la cabeza mientras Leiard subía hacia el pabellón. Auraya sonrió cuando él se detuvo unos escalones por debajo, con sus ojos a la misma altura que los de ella.

—Auraya —dijo—. Auraya la Blanca. Así es como debo dirigirme a ti, ¿no es cierto?

Ella se encogió de hombros.

—Oficialmente, sí. En privado puedes llamarme por el nombre que te sea más cómodo. Excepto «aliento de boñiga». Eso me ofendería.

Él arqueó las cejas, y sus labios se curvaron en una sonrisa. Al ver que los hombres de las pértigas se tapaban la boca con la mano para disimular la risa, Auraya se volvió hacia ellos y agitó el brazo.

—Gracias. ¿Podéis regresar dentro de una hora?

Ellos asintieron antes de realizar la señal del círculo con las dos manos. Tras soltar las amarras de los norayes, subieron de nuevo a la batea, agarraron sus pértigas y empujaron la embarcación río abajo.

Auraya se refugió bajo la sombra del pabellón, consciente de que Leiard la seguía.

—¿Cómo te va? —preguntó.

—Bien —respondió él—. ¿Y a ti?

—Igual. Mejor. Me alegro de que hayas cambiado de idea respecto a marcharte de la ciudad.

Leiard sonrió.

—Yo también.

—¿Cómo están tus anfitriones?

—Bien. El maestro de su hijo murió el invierno pasado, y él no encontraba sustituto. He asumido la tarea, por el momento.

Ella sintió una leve punzada de envidia. ¿O no era más que nostalgia del pasado? Fuera cual fuese la razón, esperaba que el muchacho comprendiera lo afortunado que era al tener a Leiard como maestro.

—Yo habría pensado que era más fácil encontrar a un maestro tejedor de sueños en la ciudad que en otro sitio —comentó—. Seguro que hay otros aquí, aparte del chico y tú, ¿no?

Leiard se encogió de hombros.

—Sí, pero ninguno de ellos estaba libre para hacerse cargo de un discípulo. No instruimos a más de uno a la vez, e incluso los tejedores a los que nos gusta enseñar necesitamos tomarnos ratos para descansar de las exigencias constantes de la labor de maestro.

«¿Exigencias constantes?» ¿Significaba eso que Leiard estaría ocupado durante años?

—¿De modo que tu nuevo discípulo acaparará todo tu tiempo? —preguntó Auraya.

Él negó con la cabeza.

—Todo, no.

—¿Te obligará a quedarte en Jarime?

—No si yo decido irme. El discípulo va allí donde va su maestro.

—No estarás pensando en visitar Somrey, ¿verdad?

Él enarcó las cejas.

—¿Por qué?

Ella adoptó una expresión circunspecta y un tono formal.

—Tengo una propuesta para ti, Leiard. Una propuesta seria de una Blanca a un tejedor de sueños.

Observó la reacción de Leiard a su cambio de actitud. Él se inclinó apartándose de ella y su expresión se tornó recelosa, aunque su mente estaba llena de esperanza.

—No te sientas forzado a aceptar —prosiguió—. Si lo que te propongo no te conviene, es posible que convenga a otro tejedor de sueños. Si crees que ningún tejedor se prestaría a ello, házmelo saber, por favor. Decidas lo que decidas, agradeceré tu consejo.

Él hizo un gesto afirmativo.

—Los Blancos desean establecer una alianza con Somrey —le dijo Auraya. Mientras explicaba la situación, él permanecía callado, escuchando y asintiendo de vez en cuando en señal de que entendía—. Juran me pidió que revisara las condiciones del tratado —continuó ella—, y caí en la cuenta de que mis conocimientos sobre los tejedores eran más limitados de lo que creía. Las dudas que me surgieron... —Sonrió—. Me habría gustado que estuvieras

aquí para despejarlas. Comprendí que lo que necesitábamos era un tejedor que nos asesorara, alguien que nos señalara los términos de la alianza que podrían ser conflictivos, que nos ayudara a negociar, que acudiera a defender los intereses de los tejedores de todas partes. —Hizo una pausa escrutándole el rostro—. ¿Quieres ser nuestro asesor sobre los tejedores, Leiard? ¿Me acompañarás a Somrey?

Él la contempló en silencio. Cuando se recuperó de la sorpresa, comenzó a meditar sobre su oferta, a debatir consigo mismo.

«Esta es la oportunidad que Tanara pensaba que se me podía presentar. No puedo desaprovecharla. Aceptaré.

»¡No! Si lo haces, tendrás que entrar en la Torre Blanca. Juran estará allí. ¡Los dioses estarán allí!

»No puedo dejar pasar esta oportunidad por miedo.

»Debes dejarla pasar. Es peligroso. Deja que ella elija a otro. Encuentra tú a otro.

»No hay nadie más apto que yo para la tarea. La conozco, y ella me conoce a mí.

»Es una esclava de los dioses.

»Es Auraya».

Resultaba curioso presenciar la lucha interior de otra persona. La razón y la esperanza estaban prevaleciendo sobre el temor, pero ella vio que el miedo se hallaba muy arraigado en él. ¿Qué había originado su pavor profundo hacia los dioses? ¿Le había sucedido algo que le había infundido aquel terror? ¿O se trataba de un sentimiento habitual entre los tejedores de sueños? Las historias que ella había oído sobre la época en que los tejedores sufrían una persecución brutal bastaban para poner los pelos de punta a cualquiera.

Él tendría que combatir ese miedo cada vez que entrara en el templo. De pronto, Auraya comprendió que no podía pedirle aquello. Tendría que encontrar a otro tejedor de sueños. No podía pedir a un amigo que se enfrentara a semejante terror.

—No tienes que ser tú —le dijo—. De todos modos, tal vez estés demasiado ocupado instruyendo al muchacho. ¿Puedes recomendarme a otro tejedor?

—Me... —Leiard hizo una pausa y sacudió la cabeza—. Has vuelto a sorprenderme, Auraya —dijo en voz baja—. En un principio he creído que querías consejo sobre esta alianza. Lo que propones es demasiado importante para que yo te dé una respuesta sin dedicar un tiempo a reflexionar sobre ello.

Ella asintió.

—Desde luego. Piénsalo. Comunícame tu decisión dentro de... Bueno, no sé exactamente qué plazo puedo darte. Una semana. Tal vez más. Te avisaré...

Los dos se sobresaltaron cuando algo cayó sobre el hombro de Auraya.

—¡*Pemio!* —gorjeó una voz aguda junto a su oído.

—¡Travesuras! —jadeó ella llevándose la mano al corazón, que latía a toda prisa—. ¡Eso ha sido una descortesía!

—¡*Peeemio!* —exigió el viz.

Saltó de su hombro al de Leiard. Auraya comprobó aliviada que el tejedor de sueños desplegaba una gran sonrisa.

—Ven aquí —dijo cerrando sus dedos en torno al cuerpo del animal.

Travesuras emitió un maullido de protesta cuando Leiard lo levantó y lo volvió panza arriba. Cuando el tejedor empezó a rascarle la tripa, el viz se relajó y cerró los ojos. Al poco rato yacía con abandono en una de las manos de Leiard, abriendo y contrayendo los deditos.

—Qué patético —exclamó ella.

Él sonrió y le tendió el viz. Por un momento, sus miradas se encontraron por encima de la bestezuela. Ella sintió un extraño placer al fijarse en el brillo que había asomado a los ojos de Leiard. Pocas veces lo había visto tan... juguetón.

De pronto, se acordó de que, años atrás, su madre le había dicho que las mujeres de la aldea temían que ella se hubiera enamorado de Leiard, que era más joven de lo que parecía.

«Entiendo que estuvieran preocupadas. Yo lo creía un hombre vetusto, pero no era más que una niña y solo me fijaba en su cabello blanco y su larga barba. No debe de tener más de cuarenta años, y si se afeitara y se cortara el pelo creo que estaría bastante guapo, con el encanto de su aspecto avejentado».

El viz despertó de su trance e irguió la cabeza.

—¿Más rasca?

Los dos soltaron una risita. Leiard depositó al animalillo en el asiento. Travesuras se puso a mendigar comida otra vez, así que Auraya abrió su cesta y sacó refrigerios para todos. A continuación, leyó en voz alta las instrucciones del juguete y discutió con Leiard la conveniencia de enseñarle semejantes trucos al animal.

La batea reapareció demasiado pronto. Leiard esperó a que la amarraran antes de ponerse de pie. Se quedó inmóvil durante unos instantes y bajó la vista hacia ella.

—¿Cuándo partirás hacia Somrey?

Ella se encogió de hombros.

—Depende de si encuentro a un asesor. Si no, Mairae seguramente partirá sola dentro de un mes, más o menos.

—¿Y si lo encuentras?

—Antes de eso.

Él asintió, dio media vuelta y echó a andar hacia la batea. Tras alejarse unos pasos se detuvo y miró hacia atrás, esbozó una sonrisa e inclinó la cabeza.

—Ha sido un placer hablar contigo, Auraya la Blanca. Acepto el puesto que me has ofrecido. ¿Cuándo quieres que nos reunamos?

Ella clavó los ojos en él con asombro.

—¿Qué hay del tiempo que debías dedicar a reflexionar sobre ello?

Él respondió con un gesto vago.

—Ya lo he hecho.

Auraya lo estudió con atención. No encontró el menor signo de la agitación que dominaba su mente unos minutos atrás. Al parecer la razón había vencido al miedo, ahora que él había tenido ocasión de pensar en ello.

—Le comunicaré a Juran que has aceptado. Cuando necesite que acudas a la torre, te enviaré un mensaje.

Él hizo un gesto de asentimiento. Giró sobre los talones, descendió hasta la batea y se dobló para acomodarse en el asiento bajo. A una señal de Auraya, los hombres de las pértigas tiraron las amarras sobre la cubierta y

subieron a bordo. Poco después, impulsaban la embarcación río arriba, con Leiard sentado serenamente entre ellos.

Mientras los seguía con la mirada, Auraya recapacitó sobre las dudas que la habían corroído antes del encuentro. Había temido que él no se presentase, pero lo había hecho. Le había preocupado que la reunión fuera tensa, pero se había sentido tan a gusto con él como siempre. Al mismo tiempo, se había preguntado con ansia qué respondería Leiard.

Ahora solo le inquietaba la posibilidad de que la nueva situación acabara con su amistad.

En cuanto la batea se perdió de vista, Auraya llamó a Travesuras, recogió su cesta y se encaminó de regreso hacia la Torre Blanca.

Fiamo apuró lo que quedaba de aguapicante y se reclinó contra el mástil. Estaba especialmente complacido consigo mismo, y no solo por efecto del licor. El verano siempre era una buena temporada para la pesca, pero la de hoy había sido mejor que de costumbre. Había ganado una buena suma de dinero.

Se sonrió. La mayor parte iría a parar a manos de la tripulación, cuando regresaran, y de su esposa, pero él se había propuesto guardarse un poco para comprarles regalos a sus hijos en su próximo viaje al nordeste.

Por lo pronto, no tenía nada que hacer salvo vagar por el muelle de Meran. El viento había cesado, y seguramente no volvería a soplar hasta el anochecer. Mientras tanto, se anunciaba una tarde templada y plácida que no servía más que para matar el tiempo bebiendo con su tripulación.

Sus hombres eran vecinos y familiares. Llevaba años trabajando con ellos, primero como marinero a las órdenes de su padre, y luego como capitán, desde que él había muerto de putridez pulmonar, cinco años atrás.

Fiamo notó que el barco se escoraba ligeramente y oyó pasos de botas sobre la pasarela. Alzó la vista y sonrió de oreja a oreja al ver al Viejo Marro subir a bordo con una jarra de barro y una hogazaplana.

—Provisiones —dijo el hombre—, tal como ordenaste.

—Ya era hora —comentó Fiamo con aspereza—. Creía que te habías...

—¡Capitán! —interrumpió Harro, el más joven de sus hombres, hijo de un vecino.

Fiamo levantó la mirada hacia el muchacho al percibir un dejo de incertidumbre y advertencia en su voz. Harro estaba de pie en la proa, con los ojos fijos en la pequeña aldea.

—¿Eh?

—Se... se aproxima por el camino una manada de voranes. Unos diez.

—¿Cómo?

Fiamo se levantó apresuradamente y por unos instantes se le nubló la visión a causa del aguapicante y el movimiento brusco. Cuando se le despejó la vista, vio lo que el chico había divisado. Meran era el puerto más grande que la gente de la región podía alcanzar en un día de navegación, pero como aldea era diminuto. Un camino que arrancaba al final del muelle ascendía con una pendiente constante por colinas sinuosas. En aquel momento, una fila ondulante de seres oscuros bajaba saltando por el camino.

—Que los dioses nos protejan —jadeó haciendo el símbolo del círculo con una mano—. Suelta amarras. Toca la campana.

En cierta ocasión había visto un vorán a la luz de la luna llena. Era descomunal; seguramente el miedo lo había agrandado ante sus ojos. Estos voranes eran más grandes de lo que su imaginación había concebido jamás. Además, la luz del sol no parecía molestarles. Corrían camino abajo hacia él en una masa negra y serpenteante.

—Deprisa —masculló.

La tripulación se había levantado para contemplar aquel espectáculo imposible. Al oír su orden, se abalanzaron sobre las cuerdas. Fiamo se acercó a la borda y gritó una advertencia a los otros pescadores que tenían sus embarcaciones amarradas allí. Notó que su barco cabeceaba cuando sus hombres lo apartaron del muelle de un empujón. Harro tocaba la campana de alarma con frenesí.

Desplegaron las velas, pero estas permanecieron laxas. Fiamo se percató de que tenía el corazón desbocado. Vio que los pocos aldeanos que aún estaban en las calles del pequeño pueblo avistaban a la manada y corrían a refugiarse en sus casas. La distancia entre el barco y el embarcadero

aumentaba poco a poco. El trecho del camino entre los voranes y el embarcadero se acortaba con mucha más rapidez.

—¡A los remos! —bramó Fiamo.

Los hombres se apresuraron a obedecer. Ante la mirada fija de Fiamo, las bestias llegaron al pie de la cuesta. Una figura apareció en medio de ellas, y a Fiamo se le escapó un grito ahogado de incredulidad.

—¡Un hombre! ¡Hay un hombre montado en uno de ellos! —exclamó Harro.

Al mismo tiempo, Fiamo advirtió que la velocidad del barco se incrementaba cuando los remos se hundieron en el agua a ambos lados. Recorrió el muelle con la vista. Las otras barcas, más pequeñas y ligeras, se movían más rápidamente. Su embarcación era ahora la más cercana al muelle. Aunque dudaba que incluso los voranes de semejante tamaño fueran capaces de salvar aquella distancia de un salto, intuía que aún no estaba fuera de peligro.

La manada inundó la aldea como una marea negra. Fiamo veía mejor ahora al jinete, un hombre vestido con prendas que ningún plebeyo llevaría. El barco se encontraba ya a más de veinte pasos largos del muelle y se alejaba cada vez más deprisa, pues el miedo infundía fuerzas a la tripulación. Los voranes pasaron de largo las casas, trotaron hasta el embarcadero y se arremolinaron en el borde. El jinete desplazó la mirada por los barcos que huían y la posó en el de Fiamo. Levantó la mano.

Fiamo respiró hondo, dispuesto a desafiar la orden del desconocido de que regresara a puerto. Sin embargo, no se oyó voz alguna por encima del agua. En vez de eso, el barco se detuvo con una sacudida.

Y entonces comenzó a retroceder a gran velocidad.

Los remos se atascaron en sus horquillas. Los marineros pugnaban en vano por moverlos. El chico profirió un chillido agudo. Otros invocaron a los dioses a gritos. Fiamo se puso en cuclillas, paralizado de terror, mientras su barco se dirigía hacia tierra, raudo como una mujer que hubiera vislumbrado a lo lejos a su amor perdido.

«Nos estrellaremos contra el muelle», pensó.

En el último momento, el barco frenó. Incluso antes de que topara con el

embarcadero, los voranes empezaron a saltar hacia la cubierta. Se levantaron grandes columnas de agua cuando los hombres que sabían nadar se arrojaron al mar. «Yo debería lanzarme también —se dijo Fiamo, pero permaneció donde estaba—. Menudo idiota estoy hecho. No soy capaz de abandonar mi nave tan fácilmente».

Un pensamiento se había alojado en su mente. Si aquel hombre podía controlar a las bestias, entonces solo debía temerle a él. Con un hombre era posible negociar.

Aun así, el corazón le latía con fuerza en el pecho mientras los voranes pasaban veloces por su lado, con la lengua colgando de sus fauces de dientes afilados. Unos pocos lo rodearon, pero no le saltaron al cuello. Unos alaridos de dolor le hicieron volver la cabeza, y soltó un grito de horror al ver a los voranes con las mandíbulas cerradas sobre los brazos y las piernas de los marineros, alejándolos de la borda a rastras. El casco se hundió un poco más debido al peso añadido.

Fiamo miró de nuevo al frente al oír el chirrido de madera contra madera y advirtió que la pasarela se movía sola hacia el borde de la cubierta. Cuando se apoyó en el muelle, el desconocido subió a bordo a lomos de su vorán. Descabalgó y fijó la vista en Fiamo.

—Capitán —dijo con un acento extraño—, diga a hombres que cojan los remos.

Fiamo hizo el esfuerzo de dirigir la vista hacia los miembros que quedaban de su tripulación, que estaban acurrucados unos contra otros y rodeados de voranes. Alcanzaba a oír las plegarias a los dioses que murmuraban algunos.

—Ya habéis oído, muchachos. A los remos. —Aunque le temblaba la voz, conservaba el tono de autoridad suficiente para que los marineros se encaminaran despacio hacia sus puestos, por entre los voranes.

—Levantad los remos y mantenedlos arriba —ordenó el hechicero.

Cuando los hombres obedecieron, el barco empezó a apartarse del muelle. La pasarela se deslizó hasta caer al agua, como un mal presagio. Para asombro de Fiamo, su embarcación avanzó cada vez más deprisa, surcando las aguas pese a la quietud de los remeros y la falta de viento.

«Magia», pensó. Echó un vistazo al extranjero, que no despegaba los ojos de tierra. Al seguir la dirección de su mirada, Fiamo vio una figura lejana que descendía a galope por el camino hacia la aldea. Un jinete blanco sobre una montura del mismo color.

«¿Podría tratarse de...?»

El recién llegado se detuvo al final del embarcadero y se apeó de un salto. El barco se estremeció y frenó, haciendo que Fiamo y muchos de los voranes perdieran el equilibrio. El capitán sintió un gran alivio cuando la nave empezó a moverse hacia atrás. Se fijó bien en la figura blanca.

«¡Lo es! ¡Es uno de los Blancos! ¡Estamos salvados!»

El extranjero farfulló algo, y la fuerza que los impulsaba hacia el muelle cesó. Libre, el barco flotó a la deriva hasta detenerse.

—Remad —masculló el hombre—. Ya.

Los hombres vacilaron, mirando a Fiamo con incertidumbre.

Los voranes gruñeron.

Los hombres empuñaron los remos y empezaron a bogar. Fiamo se puso en pie otra vez. Poco a poco, el barco se alejó mar adentro. Una vez que la figura lejana quedó reducida a un punto blanco, el hechicero negro rió entre dientes. Volvió la espalda hacia la costa y paseó la vista por la cubierta y la tripulación. Cuando sus ojos se encontraron con los de Fiamo, le sonrió de una manera que le heló la sangre.

—Capitán, ¿tiene más remos?

Fiamo miró alrededor. Harro y el Viejo Marro estaban allí de pie, con las manos vacías. El chico gimoteó cuando dos voranes se le acercaron.

—No —reconoció Fiamo—, pero...

A una señal muda del hombre, los animales se abalanzaron sobre ambos y los asieron por la garganta. Mientras la sangre manaba a borbotones, Fiamo sintió que le flaqueaban las piernas y se dejó caer sobre la cubierta. No percibía gritos, pero sí el sonido de extremidades que se agitaban desesperadamente.

—Seguid remando —bramó el hechicero.

Fiamo lo oyó caminar por la cubierta hacia él. Los ruidos de los animales que devoraban a sus presas resultaban demasiado audibles en aquella calma

chicha.

«Viejo Marro. El hijo de mi vecino. Los dos muertos. Muertos».

El hechicero se alzaba imponente frente a él.

—¿Por qué? —preguntó Fiamo con voz ronca, incapaz de contenerse.

El hombre desvió la vista.

—Tienen hambre.

El sonido de tela que se tensaba atrajo la mirada de Fiamo hacia arriba. Las velas estaban hinchidas de aire. El viento de la tarde había llegado.

Pero no se atrevía a imaginar adónde los llevaría hoy.

Era la torre más alta que ella hubiera visto jamás, tan alta que las nubes se desgarraban a su paso...

«No, otra vez no».

Emerahl se arrancó del sueño y abrió los ojos. Había tenido aquella pesadilla casi todas las noches durante el último mes. Siempre era igual: la torre se derrumbaba, y ella se asfixiaba lentamente bajo los escombros. Si dejaba que el sueño siguiera su curso hasta el final, despertaba nerviosa y asustada, así que había aprendido a interrumpirlo en cuanto empezaba.

«Al fin y al cabo, acabaría por despertarme de todos modos. Más vale hacerlo a mi manera».

Tras exhalar un suspiro, se levantó, llenó una tetera de agua y encendió una hoguera. Las llamas proyectaban sombras fantasmagóricas en las paredes del faro. La más amenazadora era la suya propia, con la espalda encorvada y el cabello desgreñado.

«Vieja bruja —pensó al fijarse en la silueta—. No me extraña que los del pueblo te tengan miedo».

Hacía varios días que no veía a ninguno de ellos. De vez en cuando se preguntaba si «la pequeña Rinnie» seguía evitando los abusos de su padre y sus compinches. El resto del tiempo, disfrutaba de la tranquilidad.

«Entonces ¿por qué tengo estas pesadillas?», se preguntó. Sacó unas hojas secas de un tarro y las espolvoreó en una taza. La tetera comenzó a silbar conforme el agua se calentaba. Ella entrelazó los dedos y analizó el

sueño.

Siempre era el mismo. Los detalles no variaban. Más que una fantasía, parecía una reminiscencia, pero ella no recordaba haber vivido una experiencia así. Se enorgullecía de su buena memoria y de que nunca había reprimido recuerdos del pasado. Ya fueran buenos o malos, los aceptaba como una parte de sí misma.

Tenía la sensación de que aquel sueño poseía un significado. Era algo que hacía mucho tiempo que no sentía. Le recordaba... ¡un sueño enviado por un tejedor!

Esta revelación le provocó un extraño estremecimiento de sorpresa. Era posible que un hechicero, o incluso un sacerdote, hubiera aprendido a hacerlo, pero algo le decía que era obra de un tejedor de sueños.

Pero ¿con qué objeto lo enviaban? ¿Se lo habían mandado exclusivamente a ella, o a todas aquellas personas lo bastante sensibles para captarlo? Tamborileó con los dedos en sus rodillas. El contenido de un sueño podía encerrar pistas sobre su origen. Reflexionó sobre las torres que sabía que habían existido en otros tiempos. La del sueño no se asemejaba a ninguna, pero podía simbolizar otra torre, o algún otro edificio que se hubiera venido abajo. Un escalofrío le bajó por la espalda. Mirar había muerto cuando Juran, líder de los circulianos, había destruido la Casa de los Tejedores de Jarime y lo había sepultado bajo los cascotes. Se decía que su cuerpo había quedado tan aplastado que apenas resultaba reconocible.

¿Significaba esto que alguien estaba soñando con la muerte de Mirar? En ese caso, se trataba de alguien con dotes de tejedor tan extraordinarias que le permitían proyectar el sueño con la fuerza suficiente para que Emerahl lo recibiera. Era lógico que un tejedor tuviera un sueño relacionado con el trágico fin de su líder, pero ¿por qué se repetía una y otra vez? ¿Y por qué lo proyectaba?

La tetera comenzó a repiquetear con suavidad. De pronto, Emerahl no estaba de humor para un somnífero. Tenía ganas de pensar. Apartó la tetera del fuego y la dejó a un lado. Cuando el burbujeo remitió, oyó unas voces débiles procedentes del exterior.

Suspiró. Finalmente habían venido. Había llegado el momento de enseñar

a esos aldeanos a respetar a sus mayores.

Se puso de pie y se dirigió hacia la puerta. En efecto, una columna de hombres subía por el sinuoso sendero hacia el faro. Ella sonrió con tristeza y sacudió la cabeza.

«Necios».

Su diversión se desvaneció de inmediato. Al frente de la columna marchaba un hombre vestido de blanco de pies a cabeza.

«¡Un sacerdote!» Apartó la vista, profiriendo una palabrota. Ninguno de los sacerdotes circulianos era lo bastante poderoso para vencerla, pero todos estaban en comunicación con sus dioses. Y si los dioses la veían a través de los ojos de aquel sacerdote...

Soltó otra maldición y volvió a entrar a toda prisa. Cogió una manta, arrojó sus pertenencias más preciadas sobre ella y la ató con un cordel. Abrazando el fardo contra el pecho, se dirigió hacia el fondo de la habitación.

—¡Hechicera!

Era la voz del jefe de la aldea. Emerahl se quedó paralizada y luego se obligó a moverse. Invocó magia y barrió con ella la tierra que cubría una parte del suelo, dejando a la vista una piedra rectangular grande.

—¡Sal de ahí, hechicera! ¡O entraremos y te sacaremos a rastras!

«¡Deprisa!» Invocó magia de nuevo, y más polvo salió despedido. Apareció el hueco de una escalera. Ella extrajo la tierra densa del pasadizo que había al otro lado. Quedó al descubierto una pared de roca, luego una cavidad. Finalmente, con una exhalación de alivio, Emerahl despejó la entrada de un túnel.

—Tú lo has querido. Vamos a entrar.

—Entraré yo primero, por vuestra seguridad —dijo una voz desconocida. Se oyó una protesta débil—. Si es una hechicera, como decís, puede ser más peligrosa de lo que imagináis. Ya me he enfrentado antes con los de su calaña.

Emerahl huyó por el túnel. Tras avanzar unos pasos en la oscuridad, se volvió y proyectó su mente. La tierra cayó en cascada dentro del túnel a medida que ella la atraía hacia sí. No alcanzaba a ver si era suficiente para disimular el pasadizo.

«Más vale que me dé prisa, entonces». Creó una luz, revelando una escalera que descendía hacia la negrura. Con el fardo bien sujeto, bajó a toda velocidad.

La escalera parecía interminable, pero por lo menos el túnel no estaba demasiado deteriorado. Las paredes o el techo habían cedido en algunas partes, por lo que ella tenía que abrirse paso con cuidado. Empezaba a notar que la humedad del ambiente aumentaba cuando oyó un eco apagado a su espalda.

Ella maldijo otra vez. Aquel túnel había sido su secreto durante más de cien años. Se lamentó de no haber ahuyentado a los contrabandistas en cuanto habían aparecido, pero temía, no sin motivo, que la noticia de que una hechicera temible vivía en el faro atrajese atención indeseada. Ahora los descendientes de esos contrabandistas estaban expulsándola de su hogar.

Una ira feroz se apoderó de ella. Le entró la tentación de tenderles una emboscada en la oscuridad. Estaría a salvo mientras el sacerdote no la viera. Podía matarlo, junto a los demás, antes de que supieran qué estaba ocurriendo.

«Nada permanece. La única certeza en esta vida es el cambio».

Lo había dicho Mirar. Había llegado a su cambio final: la muerte. Si ella cometía el más mínimo error, se reuniría con él. No valía la pena arriesgarse.

Bajó corriendo los escalones que faltaban.

Abajo había una puerta de piedra. Sería inútil esforzarse por hacer funcionar el mecanismo. Seguramente estaba atascado a causa de la herrumbre. Emerahl extendió las manos y canalizó magia a través de ellas. La energía impactó contra la piedra, que saltó en pedazos con un estampido ensordecedor. Emerahl enfiló una senda angosta que arrancaba a la izquierda de la puerta.

Más que una senda, era un estrecho saliente de roca en el acantilado. Ella extinguió su luz y prosiguió la marcha bajo la claridad de la luna. Su cuerpo de anciana estaba dolorido a causa de su huida por el pasadizo. Ahora caminaba con paso veloz pero inseguro por la vereda, tocando la pared del precipicio con una mano para no perder el equilibrio.

No se atrevía a detenerse para mirar atrás. Cuando los perseguidores

llegaran al final del túnel, ella los oiría. Como el acantilado formaba una curva, seguramente ya no alcanzaría a ver la salida desde donde estaba.

El sendero se estrechaba, obligándola a arrimarse a la roca y avanzar poco a poco, haciendo equilibrios sobre los dedos de los pies. Al cabo de un rato, palpó una hendidura en la pared de roca. Se acercó a ella arrastrando los pies y se aupó a la entrada de la cueva.

Ahucó la mano y creó otra luz. La cueva no era muy profunda, y casi todo el espacio se hallaba ocupado por una barca. La examinó con detenimiento. Estaba hecha de una sola pieza de madera de sal, un material caro, poco común y difícil de trabajar pero que tardaba cientos de años en deteriorarse. El nombre que ella había pintado en la proa hacía tanto tiempo se había descascarillado.

—Hola de nuevo, *Buscavientos* —murmuró acariciando la fina veta—. Me temo que no tengo velas para ti. Por ahora habrá que apañarse con una sábana.

Aferró la proa y la arrastró hacia la entrada de la cueva. Cuando buena parte de ella sobresalía del acantilado, Emerahl le propinó un empujón firme con magia. El bote voló hacia el exterior y descendió, controlado por su mente, hasta golpear las ondeantes aguas del mar.

Acto seguido, ella tiró el fardo hacia la barca, esperando que sus bienes más frágiles sobrevivieran a la caída. Una ola amenazó con estrellar el bote contra el acantilado, pero Emerahl lo mantuvo en su sitio por medio de su voluntad. Se acercó al borde y respiró hondo. El agua sin duda estaría muy fría.

Entonces oyó voces a su derecha. Al asomarse a la abertura de la cueva, avistó una luz que se movía a menos de cincuenta pasos largos de donde estaba.

Reprimiendo una palabrota, obligó a su cuerpo decrepito a lanzarse hacia delante para alejarse lo más posible del acantilado.

Se precipitó en el vacío.

De pronto, se zambulló en un líquido gélido. Aunque se había preparado para el frío, tuvo que pugnar con todas sus fuerzas por no soltar un grito de impresión y dolor. Dio media vuelta en el agua y pataleó en dirección a la luz

de la luna.

Cuando su cabeza salió a la superficie, notó que una ola la empujaba hacia el acantilado. Invocó más magia y ejerció presión contra la presencia sólida que había detrás. El agua borboteó en torno a ella cuando se vio propulsada. Unos momentos después, había alcanzado la barca.

Esta se hallaba peligrosamente cerca de tierra, pues la corriente la había arrastrado mientras ella estaba ocupada buceando y nadando. Se agarró a un costado y se izó a bordo. Permaneció unos instantes tumbada en el fondo, jadeando por el esfuerzo que había hecho y maldiciéndose por haber descuidado tanto su forma física.

Entonces oyó un grito. Se incorporó y volvió la vista atrás. Había hombres aferrados a la pared de roca. No había rastro del sacerdote.

Sonriendo, Emerahl centró su mente en el acantilado y empujó. El bote salió despedido, salpicando agua a ambos lados. La costa retrocedió poco a poco, llevándose consigo a los aldeanos que la habían echado de su casa.

Al pensar esto, blasfemó con rabia.

—¡Un sacerdote! ¡Aquí! Por las pelotas de los dioses, *Buscavientos*, ¿ya no queda ningún lugar que los circulianos no hayan corrompido con su veneno pestilente?

No obtuvo respuesta. Miró el mástil, que estaba bien asegurado con correas a la parte inferior de la embarcación, y suspiró.

—Bueno, ¿qué sabes tú, de todos modos? Has pasado años encerrada, como una viuda de luto. Supongo que más vale que tú y yo pongamos manos a la obra y busquemos una vela para ti y un nuevo hogar para mí.

9

Cuando Danyin entró en el salón de recepción de Auraya, reconoció enseguida al hombre alto que estaba junto a la ventana. «Leiard —pensó—. Tan puntual como siempre».

El tejedor de sueños se volvió y dedicó una cortés inclinación de cabeza a Danyin. Mientras este respondía a su saludo, reparó en que el aliento del tejedor de sueños se había condensado en la ventana. Se le erizó el vello de la nuca. ¿Cómo podía acercarse tanto al cristal, habiendo una caída tan vertiginosa al otro lado?

Se había fijado en que Leiard siempre se dirigía hacia la ventana más próxima cuando entraba en una habitación de la torre. ¿Le fascinaba la vista? Danyin escrutó el rostro del tejedor, que volvía a mirar hacia el exterior, con bastante fijeza. Casi como si quisiera pasar al otro lado de la pared y... y...

«Escapar», pensó Danyin de pronto.

No era de extrañar. Allí estaba, en el sitio del mundo en que la influencia de los dioses era más intensa. Los dioses que habían ejecutado al líder fundador de los tejedores de sueños.

No obstante, aquella mirada fija era la única señal que Danyin había percibido de la incomodidad de Leiard. «Nunca lo he visto nervioso, aunque en realidad tampoco lo he visto relajado. Da la impresión de que siempre tiene sus pensamientos y emociones bajo un control estricto».

La puerta de los aposentos privados de Auraya se abrió. Ella sonrió al ver

a sus invitados. Danyin hizo el gesto formal del círculo. Leiard permaneció inmóvil, como de costumbre. Auraya nunca había dado muestras de que esto la ofendiera en absoluto.

—Danyin Lanza. Tejedor de sueños Leiard —dijo—. ¿Preparados para el viaje?

Estaba radiante de emoción, como una niña a punto de iniciar su primera excursión. Leiard señaló una bolsa desgastada junto a una silla.

—Estoy listo —afirmó con solemnidad.

Auraya contempló la bolsa.

—¿Eso es todo?

—Nunca viajo con más —respondió él.

—Nuestro equipaje ya está embarcado —informó Danyin a Auraya.

Pensó en los tres voluminosos arcones que había enviado al muelle. Uno de ellos estaba lleno de pergaminos, regalos y otros objetos relacionados con el propósito de su viaje. Otro contenía los efectos personales de Auraya. En el tercero, el más grande, estaban las pertenencias y la ropa de Danyin. Leiard y Auraya lo tenían más fácil, se dijo. Ambos vestían con uniforme, no con la interminable variedad de galas que él estaba obligado a llevar por ser miembro de la alta sociedad haniana.

—Entonces deberíamos dirigirnos a los aposentos de Mairae —dijo Auraya. Retrocedió un paso y se agachó para coger algo que estaba en la otra habitación—. Vamos, Travesuras. Es hora de irnos.

Sujetaba una jaula pequeña. Dentro se encontraba agazapado su viz, con las cuatro patas apoyadas en el suelo.

—Jaula mala —murmuró, malhumorado.

—A callar —le ordenó ella.

Para sorpresa de Danyin, el animalillo obedeció. Cuando Auraya echó a andar hacia la puerta principal, Leiard recogió su bolsa y miró a Danyin con expectación. Este salió, y el tejedor de sueños lo siguió.

Auraya empezó a subir los escalones. Mientras ascendían, se cruzaron con la jaula, que bajaba por el hueco de la escalera. Su único ocupante era un joven con un atavío formal espectacular. Danyin lo reconoció: era Haime, uno de los numerosos príncipes genrianos. El hombre, al ver a Auraya,

ejecutó una reverencia así como el gesto solemne del círculo. Auraya correspondió con una sonrisa y una inclinación de la cabeza.

Pasaron frente a la puerta de las habitaciones de Rian. Danyin pensó en los rumores y las especulaciones que circulaban en la ciudad a raíz del reciente viaje de Rian al sur. La noticia de un hechicero peligroso que atacaba aldeas de Toren había llegado a Jarime, y todos habían supuesto que Rian se había ido para encargarse del impostor. Cuando este regresó, unos días atrás, Danyin había esperado que proclamara triunfalmente que se había erradicado una amenaza para la zona, pero no lo había hecho. ¿Significaba esto que Rian había fracasado, o que viajó al sur por un motivo totalmente distinto?

Auraya llegó ante los aposentos de Mairae y llamó con suavidad. La puerta se abrió, y la Blanca de cabello claro los invitó a pasar a su salón de recepción.

—Casi estoy lista —anunció tras el rápido intercambio de saludos de rigor—. Poneos cómodos, por favor.

Danyin advirtió que estaba un poco ruborizada. La mujer entró a toda prisa en sus habitaciones privadas. Auraya sonrió y, al cabo de unos instantes, se volvió hacia Leiard con expresión inquisitiva. El tejedor de sueños le sostuvo la mirada con serenidad y se encogió de hombros. Auraya apartó los ojos, aparentemente satisfecha con lo que había visto en su rostro o lo que había leído en su mente.

«Estoy rodeado de misterios en todo momento», pensó Danyin, divertido.

Un gañido leve atrajo de nuevo su atención hacia Travesuras. El viz estaba muy inquieto, dando vueltas en su jaula y deteniéndose solo para echar miradas hacia arriba. Cuando Danyin reaccionó al fin y alzó la vista, advirtió que había otro viz aferrado al techo, encima de ellos.

«El viz de Mairae... ¿Cómo se llamaba? Nebulosa».

Entendía por qué. El animal, de color negro, estaba salpicado de diminutas motas blancas. Era una hembra. Se dejó caer desde el techo hasta el respaldo de una silla y bajó correteando al suelo. Tras acercarse a la jaula de Travesuras, se irguió sobre sus patas traseras, emitió una complicada serie de chirridos, la vocalización natural de su especie.

La puerta de las habitaciones privadas se abrió, y Mairae salió al salón de

recepción. Un sirviente la seguía a pocos pasos, cargado con una bolsa pequeña. Al ver a Nebulosa, Mairae la llamó.

—¿Llevarás a Travesuras contigo? —le preguntó a Auraya mientras Nebulosa acudía a ella dando saltos.

—No me queda otro remedio, si quiero completar su adiestramiento como indican las instrucciones de los somreyanos.

Mairae se agachó para acariciar al viz que tenía a sus pies.

—Me encantaría llevar a Nebulosa, pero se marea en los barcos. —Señaló la puerta de sus habitaciones privadas—. Entra.

Nebulosa trotó hacia la puerta, se sentó y contempló a su dueña con aire melancólico.

—Regresaré pronto —le aseguró Mairae.

Nebulosa exhaló un suspiro largo y exagerado, dobló las patas, posó la barbilla en ellas y miró a su dueña, parpadeando implorante. Mairae puso cara de exasperación.

—Pequeña manipuladora —masculló—. Debemos irnos deprisa, antes de que rompa a llorar.

—¿Hacen eso? —preguntó Auraya.

—No derraman lágrimas como los humanos, pero desde luego saben simular una buena llorera. —Cerró la puerta—. ¿Estás lista para tu primera travesía por mar?

—Más lista que nunca —respondió Auraya.

Mairae dedicó a los presentes una de sus sonrisas radiantes.

—Entonces vayamos al puerto antes de que crean que hemos cambiado de idea y zarpen sin nosotros.

Danyin sonrió. «Como si una de las naves de los Blancos fuera capaz de dejar en tierra a dos Blancas». Salió del salón detrás de Mairae. Mientras aguardaban a que llegara la jaula, reflexionó sobre la misión que tenían ante sí.

¿Saldría todo como esperaban? Había muchas probabilidades de que así fuera, concluyó. No habría pensado lo mismo si la impresión que le había causado el tejedor de sueños hubiera sido menos favorable. Cuando lo habían consultado en relación con la alianza, Leiard había hablado con una

franqueza refrescante de las condiciones que ofenderían a su gente, y las alternativas que había propuesto eran bastante razonables. Hasta la fecha, Danyin no había visto nada que lo llevara a sospechar que el tejedor albergaba otra intención que la de limar asperezas entre su pueblo y los circulianos.

No obstante, había algo indudablemente extraño en Leiard. Para empezar, su actitud respecto a Auraya cambiaba a cada momento. Unas veces parecía tranquilo y se mostraba respetuoso en su comportamiento y sus palabras; otras, empleaba un tono autoritario y altanero. Quizá recuperaba la seguridad en sí mismo cuando se olvidaba de quién era ella, y la perdía cuando lo recordaba.

¿O era otro el motivo? Danyin no estaba seguro. Tal vez lo que le molestaba era el nerviosismo que se apoderaba de Leiard en presencia de los otros Blancos. Aunque el tejedor se había reunido y dialogado con Mairae en varias ocasiones durante las discusiones sobre la alianza, siempre se dirigía a ella con una cortesía teñida de cautela. Delante de Dyara apenas hablaba, aunque esto seguramente se debía a que la mujer mayor no disimulaba su aversión hacia los paganos. Durante una de las primeras conversaciones, Dyara había asediado a Leiard a preguntas hasta que Mairae se había quejado de que su «interrogatorio» había consumido la mitad del tiempo de la reunión. Danyin sospechaba que la reticencia y las respuestas vagas de Leiard resultaban frustrantes para Dyara. Su insatisfacción no hacía más que suscitar nuevas preguntas en su mente.

Rian se había presentado a una de las reuniones, pero había tratado a Leiard con indiferencia. Juran era el único Blanco a quien Danyin no había visto interactuar con el tejedor de sueños. Sería interesante observarlos juntos. Intuía que nada perturbaría más a Leiard que conocer al hombre que había matado al fundador de su secta.

Mientras la jaula ascendía hacia ellos, Danyin se preguntó si la incomodidad de Leiard era contagiosa. «Me siento incómodo con él porque él se siente incómodo con las personas que respeto».

De una cosa estaba seguro: no le quitaría ojo a Leiard. Tal vez engañar a los Blancos era difícil, pero dudaba que fuera imposible.

Los brazos exteriores de la bahía de Jarime se habían aproximado gradualmente entre sí durante la última hora, revelando los altos acantilados que se elevaban a ambos lados. Auraya observaba con interés a la tripulación del *Heraldo*, que llevaba a cabo sus tareas obedeciendo las órdenes transmitidas a través de la cadena de mando. La nave salió de la bahía y pasó entre las dos columnas de piedra conocidas como los Guardianes. El suave cabeceo de la cubierta se convirtió en un balanceo brusco cuando llegaron a las aguas del estrecho del Espejo.

—Yo antes lo pasaba mal en los barcos.

Auraya levantó la mirada hacia Mairae. Estaban sentadas en la popa, en unos bancos de madera adosados a la borda, sobre unos cojines mullidos colocados allí para ellas, y bajo un toldo que las protegía del sol abrasador. Leiard y Danyin permanecían de pie cerca de la proa, y un pequeño equipo de sirvientes preparaba una comida ligera abajo, en el interior del casco.

—¿Por el mareo? —preguntó Auraya.

—Sí. Me daba tan fuerte que me pasaba casi toda la travesía semiconsciente. —Mairae alzó la mano y separó los dedos. El anillo blanco que llevaba en el dedo medio relució al sol—. Algunos de los dones más pequeños de los dioses son los que más valoro.

Auraya miró su propio anillo y luego a los dos hombres situados en la proa.

—Espero que Leiard y Danyin se encuentren bien.

—Estoy segura de que el tejedor cuenta con sus propios remedios para el mareo, y sin duda Danyin ha traído medicamentos para ello. Es muy previsor.

—Sí. —Auraya sonrió—. No sé qué haría sin él. —Se volvió hacia Mairae—. ¿No tienes consejero?

—Lo tenía, en un principio. Se llamaba Oeso, pero yo lo llamaba Viejo del Oeste, porque era de la isla Iria y tenía un acento tan marcado que a veces me costaba entenderlo. Fue mi consejero durante casi diez años. —Su mirada se tornó distante—. Para entonces ya no lo necesitaba, pero despedirlo habría herido profundamente sus sentimientos, así que lo mantuve a mi servicio

hasta que falleció. En ocasiones lo echo de menos.

Al ver la tristeza en el semblante de Mairae, Auraya sintió una punzada de compasión... y algo similar a la congoja.

—¿Te has acostumbrado a ver envejecer y morir a la gente? —preguntó en voz baja.

Mairae la miró a los ojos con una expresión más grave de lo habitual.

—No, pero he aprendido la mejor manera de sobrellevar el luto. Dejo que la pena me embargue durante un tiempo y luego paso página. Y procuro no angustiarme más de la cuenta antes de que llegue el momento. Soy de la opinión de que no vale la pena preocuparse demasiado por el futuro cuando este se extiende indefinidamente ante ti.

—Supongo que no, pero a veces no puedo evitar preocuparme. Me imagino que es una de tantas cosas que tendré que aprender.

Mairae arqueó las cejas.

—¿Qué es lo que tanto te inquieta?

Auraya vaciló por un momento y sacudió la cabeza.

—Oh, son solo... cosas sin importancia. Nada grave.

—Sigues siendo humana, Auraya. Que tengas que ocuparte de asuntos trascendentales no significa que los de menor relevancia no importen. Puesto que sustituyo a Dyara como maestra tuya durante este viaje, mi deber es responder a todas tus preguntas, ya sean profundas o triviales.

—No hablo de cosas triviales con Dyara.

Mairae esbozó una sonrisa.

—Yo tampoco. Razón de más para que hables conmigo. ¿Y bien?

—Me preocupa quedarme sola —reconoció Auraya.

Mairae asintió.

—Todos compartimos ese miedo, seamos o no mortales. Encontrarás amistades nuevas que reemplazarán las antiguas. —Sonrió de nuevo—. Y también amantes.

«¿Como Haime, el príncipe genriano?» Auraya se acordó del joven que había descendido en la jaula de la torre aquella misma mañana. Ella había captado suficientes pensamientos del hombre para saber que acababa de salir de los aposentos de Mairae... y también qué había estado haciendo durante

buena parte de la noche. Esto solo venía a confirmar los cotilleos acerca de Mairae y sus queridos.

La mujer soltó una risita.

—A juzgar por tu cara, diría que has oído algo sobre los míos.

—Solo rumores —dijo Auraya evasivamente.

—Es imposible ocultar cosas a los otros Blancos, y más aún a los criados —comentó Mairae, risueña—. Es ridículo que alguien espere que practiquemos la abstinencia durante toda la eternidad. —Guiñó un ojo—. Los dioses nunca han declarado que sea nuestra obligación.

—¿Alguna vez se han comunicado contigo? —preguntó Auraya aprovechando la ocasión para cambiar de tema. Sospechaba que en cuanto Mairae le hablara de sus amantes anteriores, la invitaría a hacer lo mismo, y no estaba segura de que sus propias experiencias estuvieran a la altura de las de la otra Blanca—. A mí aún no me han dicho nada.

Mairae asintió.

—Algunas veces. —Hizo una pausa, con expresión ausente y embelesada—. Yranna aprueba mi gusto en hombres. Es como una hermana mayor. —Se volvió hacia Auraya—. Seguro que habrás oído hablar de Anyala, el gran amor de Juran. Todo el mundo alaba la maravillosa lealtad de este. Lo malo es que no ha vuelto a estar con una mujer desde entonces, y ella lleva casi veinte años muerta. Por eso da la impresión de que él espera que los demás practiquemos la abstinencia. Tú no lo crees, ¿verdad? —Mairae miró a Auraya con expectación.

—No. Me... me han contado que Juran tuvo una esposa —dijo Auraya. Su intento de eludir la conversación sobre los amantes no estaba teniendo mucho éxito.

—No llegaron a casarse —la corrigió Mairae—. Los dioses lo han dejado muy claro: ni matrimonio ni hijos. Juran ni siquiera ha mirado a otra mujer desde que ella murió. Eso no es sano. En cuanto a Dyara... —Puso los ojos en blanco—. Dyara es peor. Una típica puritana genriana. Mantiene un idilio trágico con Timare desde hace casi cuarenta años. Nunca ha sido una relación física. Creo que ella no soportaría que los demás la viéramos desnuda en la mente de Timare. La reserva extrema con que se conduce inculca en la gente

la creencia de que el amor es algo de lo que hay que avergonzarse.

—¿Timare?

—Su sacerdote favorito —explicó Mairae. Escrutó el rostro de Auraya—. ¿No lo sabías?

—Solo he visto al sacerdote superior Timare una o dos veces, antes de ser elegida.

Mairae enarcó las cejas.

—Entiendo. Así que Dyara os mantiene separados. Seguramente no quiere que descubras su pequeño secreto. —Tamborileó con los dedos en el banco—. ¿Te ha dicho algo sobre cómo debes comportarte en lo relativo a los asuntos del corazón... y la alcoba?

Auraya negó con la cabeza.

—Interesante. Bueno, no dejes que Dyara te imponga sus valores trasnochados. Solo serviría para que te quedaras sola y amargada.

—Y... ¿qué hay de Rian? —inquirió Auraya desistiendo de cambiar de tema y desviándolo en cambio hacia otras personas.

Mairae arrugó la nariz con desagrado.

—Dudo que sea capaz —murmuró. Hizo una mueca—. Lo que he dicho es cruel e injusto. Rian es una persona estupenda. Pero es tan... tan...

—¿Fanático?

Mairae suspiró.

—Sí. Nada podría interponerse entre Rian y los dioses. Ni siquiera el amor. Una mujer podría soportar eso, pero no que él se lo recordara constantemente.

«¿Soy así yo también?», se preguntó Auraya. En sus años de sacerdotisa había creído estar enamorada unas cuantas veces, pero la euforia y la compenetración nunca habían durado más de unos meses. Cuando pensaba en los dioses, el sobrecogimiento y el fervor que la invadían eran algo totalmente distinto. Si aquello era amor, no se parecía en absoluto al afecto terrenal que le inspiraban sus amantes mortales. ¿Cómo era posible, entonces, que un sentimiento excluyera el otro?

—Ha sido un poco duro consigo mismo por haber perdido al pentadriano —añadió Mairae.

—Sí —asintió Auraya con entusiasmo. Mairae había pasado por fin a tratar otras cuestiones—. ¿Crees que el pentadriano regresará?

Mairae torció el gesto.

—Tal vez. Los hombres perversos rara vez renuncian a sus propósitos. Si cometen una fechoría y salen impunes, por lo general vuelven a intentarlo.

—Entonces ¿Juran enviará a Rian al continente del sur?

—No lo creo. Las fuerzas del hechicero y de Rian están demasiado igualadas. Dudo que haya otros como él en el sur, pero hay muchos pentadrianos tan dotados como nuestros sacerdotes superiores. Con su apoyo, el hechicero podría representar un auténtico peligro para Rian. No; si queremos derrotarlo, tendremos que esperar a que él venga a nosotros.

Auraya se estremeció.

—No me sentiré del todo segura hasta que sepa que está muerto.

—No te inquietes por eso. —Una expresión de sabiduría que Auraya solo había visto en ancianos asomó al semblante de Mairae—. Siempre ha habido hechiceros poderosos, Auraya, algunos lo bastante para alcanzar la inmortalidad sin la ayuda de los dioses. Y siempre los hemos derrotado.

—¿Los indómitos?

—Sí. El poder tiende a corromper a la gente. Tenemos la suerte de contar con la orientación de los dioses y de saber que seremos despojados de nuestros dones si nos entregamos al mal. La triste realidad del mundo es que la mayoría de las personas con grandes poderes mágicos no los usan bien. Sus ambiciones suelen ser egoístas, y no hay nadie lo bastante poderoso para hacerles pagar sus tropelías.

—Salvo nosotros.

—Así es. Y al animar a los individuos dotados a ordenarse sacerdotes, nos aseguramos de que los nuevos hechiceros estén bajo nuestro control.

Auraya hizo un gesto afirmativo.

—¿Este hechicero es uno de los viejos indómitos?

Mairae frunció el entrecejo.

—Algunos lograron huir de Juran y Dyara: una mujer apodada la Arpía, un chico vinculado al ambiente marino al que llaman el Gaviota, y un par conocido como los Mellizos. Hace cien años que no se sabe nada de ellos.

Juran cree que tal vez se trasladaron al otro lado del mundo.

—No parece que el hechicero sea uno de ellos.

—No. Si se trata de un indómito, es nuevo. Los dioses nos advirtieron que topáramos con más. Cada mil años nacen unos pocos. Debemos lidiar con ellos cuando aparecen. Por el momento, tú y yo tenemos una alianza que negociar —dijo con una ancha sonrisa—. Y tú debes aprovechar al máximo el tiempo que pasarás lejos del yugo de Dyara.

—No es tan terrible.

—Mentirosa. También fue maestra mía, ¿recuerdas? Sé cómo es. Entre otras cosas por eso insistí en que no podía hacer esto sin ti. Ella intentó convencer a Juran de que tenías poca experiencia para ello, pero a él no le cabe la menor duda de que eres perfectamente capaz.

Auraya posó la vista en Mairae, esforzándose por pensar algo que decir. La salvó una voz que conocía bien.

—¡*Ohuaya, Ohuaya!*

El viz cruzó corriendo la cubierta, a punto de hacer tropezar a dos de los tripulantes, y se plantó de un salto en el regazo de Auraya. Mairae rió encantada cuando Travesuras comenzó a lamerle la cara a su dueña.

—¡Basta! ¡Ya está bien! —protestó Auraya. Cuando el animal se tranquilizó, ella clavó en él una mirada ceñuda—. ¿Cómo te has escapado?

—Me parece que ha forzado de nuevo la cerradura de su jaula —respondió una voz masculina.

Leiard caminaba con paso tranquilo por la cubierta hacia ellas. A Auraya le dio un vuelco el corazón cuando lo vio. Había demostrado ser más útil en el papel de asesor de lo que ella había imaginado. Auraya se alegraba mucho de contar con su compañía para el viaje. Su presencia le infundía confianza.

—Jaula mala —masculló el viz.

—He oído que los criados lo maldecían y me he ofrecido a llevarlo de vuelta a su jaula —le explicó el tejedor a Auraya.

—Gracias, Leiard. —Ella suspiró—. Me imagino que volverá a hacerlo, así que supongo que será mejor dejar que se quede conmigo.

Leiard asintió. Desvió la vista hacia Mairae antes de bajarla a sus pies.

—Mairae la Blanca —saludó.

—Tejedor de sueños Leiard —contestó ella.

Leiard miró a Auraya otra vez.

—Avisaré a los sirvientes de que lo tienes tú.

Mientras se alejaba, Mairae emitió un breve suspiro.

—Me gustan los hombres altos. Tiene ojos bonitos. Lástima que sea un tejedor de sueños.

Cuando Auraya miró atónita a su compañera, esta soltó una carcajada.

—Oh, Auraya. Eres casi tan puritana como Dyara. No estoy pensando seriamente en llevármelo a la cama, pero no creo que admirar las cualidades de un hombre sea más reprobable que admirar una flor o un raina de pura raza.

Auraya sacudió la cabeza.

—No es reprobable en absoluto, pero prefiero no abrigar esa clase de pensamientos sobre los hombres que me rodean.

—¿Por qué no?

—Tengo que trabajar con ellos. No necesito distraerme preguntándome cómo serán en la cama.

A Mairae se le escapó una risita.

—Tal vez cambies de opinión cuando tomes conciencia de la cantidad de reuniones aburridas y largas a las que tendrás que asistir.

A Auraya no se le ocurrió una respuesta.

Un criado se acercó deprisa a la popa y realizó la señal del círculo.

—El refrigerio del mediodía está listo —anunció—. ¿Lo subo aquí?

—Sí, gracias —respondió Mairae. Se levantó y bajó la mirada hacia Auraya—. Supongo que estamos a punto de averiguar cómo lleva tu consejero el viaje por mar.

Con una sonrisa, Auraya se colocó al viz en el hombro.

—Supongo que sí.

10

Hay un tipo especial de tensión que se apodera de quienes se acercan al final de un viaje. Para la tripulación del *Heraldo*, esta sensación tenía que ver con la tarea más sutil de maniobrar para arribar a un puerto que ya estaba atestado de embarcaciones. Para los pasajeros, se trataba del ansia por dejar atrás la incomodidad de la nave, matizada por una combinación de esperanzas y dudas ante lo que les esperaba cuando llegaran a su destino.

Leiard observó al consejero de Auraya, que se encontraba de pie frente a las dos Blancas sentadas. Danyin Lanza era inteligente y culto, y se había mostrado cortés con Leiard, aunque algún comentario ocasional delataba su aversión hacia los tejedores de sueños en general.

Centró su atención en Mairae. De todos los Blancos, sin contar a Auraya, era la que mantenía una actitud más amable hacia él. Su calidez parecía una parte natural de su carácter más que algo estudiado, pero saltaba a la vista que prefería compañías de alta cuna. Aunque se compadecía de los pobres y alababa la laboriosidad de mercaderes y artesanos, no los trataba de la misma manera que a los ricos y poderosos. Leiard suponía que para ella los tejedores ocupaban una posición intermedia entre los pobres y los artesanos, y seguramente le inspiraban más lástima que desprecio.

Auraya, en cambio, no sentía compasión ni desdén hacia los tejedores de sueños. Leiard fijó los ojos en ella y lo recorrió una ligera oleada de orgullo. Era imposible evitarlo cuando pensaba en lo que ella había conseguido. Los

otros Blancos habían aceptado al tejedor y sus consejos, aunque algunos claramente a regañadientes.

«Confían en que yo haga posible esta alianza. ¿Quién iba a imaginarlo? Los Elegidos de los dioses, fiándose de un tejedor de sueños».

Una ráfaga de aire frío golpeó el barco, acercándolo más a la ciudad. Las casas cuadradas de piedrablanca de Arbim estaban construidas en una pendiente que descendía abruptamente hasta el agua. Semejaban un cúmulo de escaleras descomunales. Algunas zonas verdes salpicaban aquel mar de blancura. A los somreyanos les encantaban los jardines.

En el centro del puerto se erguía una enorme estatua sobre una columna gigantesca. El desgaste que había sufrido parecía indicar una gran antigüedad, y las facciones resultaban casi irreconocibles. Esto despertó un recuerdo en la mente de Leiard que lo sacudió con fuerza. Era una imagen de la misma estatua, pero menos deteriorada. Un nombre iba asociado a ella.

«Svarlen. Dios del mar».

Tenía que tratarse de un recuerdo de conexión, un recuerdo de una época muy remota. Leiard alzó la mirada hacia el coloso mientras el buque pasaba junto a él, dejando que la imagen de una estatua más nueva se superpusiera a la actual. Al oír una sirena, se volvió de nuevo hacia la ciudad.

Un barco impulsado por remeros acudía a su encuentro. Era de gran anchura y tenía una decoración espectacular. Llevaba el emblema del Consejo de Sabios pintado en la vela. A una orden del capitán del *Heraldo*, los marineros arriaron la vela y la nave avanzó a la deriva hasta detenerse. Cuando el barco del consejo se aproximó de costado, las tripulaciones respectivas se lanzaron cuerdas para asegurar las dos embarcaciones entre sí.

Tres individuos de aspecto importante iban de pie en la cubierta, cada uno con el fajín dorado que los señalaba como miembros del Consejo de Sabios. A la izquierda estaba un sacerdote superior robusto y de cabello cano. Leiard recordó que se llamaba Halid. A la derecha se encontraba una mujer de mediana edad con un chaleco de tejedora de sueños. Debía de tratarse de Arlij, la representante de los tejedores ante el Consejo. La líder de su pueblo.

Leiard había estado deseando conocerla. En los mensajes que el Consejo había enviado a los Blancos a través de los sacerdotes de ambos países, ella

se revelaba como una mujer perspicaz y orgullosa. El orgullo no estaba bien visto entre los tejedores, pero, como Leiard se obligó a sí mismo a recordar, tampoco lo estaban los juicios precipitados. Los tiempos que corrían exigían que la líder de los tejedores fuera fuerte.

La tercera persona del barco, situada entre las otras dos, era un anciano delgado que, aunque empuñaba un bastón, tenía una mirada despejada y alerta. Leiard supuso que era Meeran, presidente del Consejo.

Tras levantarse de su asiento, Auraya y Mairae dieron las gracias al capitán del *Heraldo* y pasaron a la embarcación que había ido a recibirlos. Las siguieron Leiard y Danyin, que llevaba la jaula de Travesuras. El viz refunfuñaba, molesto. A lo largo de la travesía, Auraya le había enseñado a sobrellevar el encierro a cambio de premios generosos. A pesar de ello, la tolerancia de la mascota hacia la jaula no duraba más de una hora.

Una vez que las Blancas se hallaban a bordo, Meeran dio un paso al frente.

—Bienvenidas a Somrey, Elegidas de los dioses. —Tras ejecutar una ligera reverencia, hizo la señal formal del círculo—. Soy el presidente Meeran. Es un placer para nosotros veros de nuevo, Mairae Labragemas, y un honor ser el primer país extranjero en acoger a Auraya Tintor.

Los ojos de Arlij se posaron en los de Leiard. Su mirada era intensa e inquisitiva, y el tejedor de sueños percibió en ella incertidumbre y recelo. Inclino la cabeza, y ella correspondió bajando la barbilla brevemente.

—Estamos encantadas de visitar vuestras hermosas islas, presidente Meeran —contestó Mairae—, y me complace retomar el trato con vos y con todos los miembros del Consejo. —Miró a Halid y Arlij. Estos le dedicaron una inclinación de cabeza y murmuraron una respuesta.

—Estaba deseosa de conocerlos a todos —aseveró Auraya con una sonrisa de entusiasmo. Los labios de Arlij se curvaron hacia arriba, pero su expresión risueña no se extendió a sus ojos—. Me han hablado mucho de la belleza de vuestro país, y espero visitar algunos de sus rincones —añadió Auraya—, si dispongo de tiempo para ello.

«En otras palabras, si arreglamos este asunto con rapidez», pensó Leiard.

—En ese caso, organizaremos un recorrido para vos —dijo Meeran

sonriendo con franqueza. Desplazó la vista hacia Danyin, que estaba al otro lado de Mairae—. Tú debes de ser Danyin Lanza. Tuve el placer de comerciar con tu padre en mis años mozos.

Danyin soltó una risita.

—En efecto. Me hablaba a menudo de tu habilidad para el regateo con tanta admiración como mordacidad.

La sonrisa de Meeran se ensanchó.

—Ya me lo imagino, aunque quisiera creer que ahora hago mejor uso de esa habilidad, por el bien del pueblo. —Fijó la vista en Auraya, y Leiard se preguntó si ella había reparado en la sutil advertencia que encerraban las palabras del hombre. Acto seguido, Meeran dirigió su atención a Leiard—. Y tú debes de ser el tejedor asesor Leiard.

Este asintió.

—¿Habías estado antes en Somrey?

—Guardo recuerdos de este lugar, pero son muy antiguos.

Arlj arqueó levemente las cejas.

—Pues sé bienvenido de nuevo, tejedor de sueños —dijo Meeran—. Tengo muchas ganas de oír cómo alcanzaste un puesto tan especial y prometedor como el de tejedor asesor de los Blancos. Y ahora —añadió volviéndose y dando una palmada—, os ofreceremos un refrigerio.

El barco se había apartado de la nave, y las espaldas de los remeros se doblaban al tiempo que los remos cortaban el agua. Meeran guió a sus visitas hacia unos asientos y conversó amablemente con ellas mientras los sirvientes les servían copas de una bebida caliente con especias llamada ahm.

Una muralla alta se extendía a lo largo de toda la ciudad. En lo alto de ella había una larga hilera de personas. Las más próximas al borde estaban sentadas con las piernas colgando. Conforme el barco del consejo se acercaba, las voces del gentío se hacían más audibles. Auraya y Mairae saludaron agitando el brazo, lo que levantó gritos de entusiasmo entre la multitud.

La embarcación no atracó frente a la aglomeración, sino que siguió adelante. Leiard vio que guardias armados impedían que la gente traspasara los límites de una zona del puerto. Al otro lado, no había más que una fila de

sacerdotes, y hacia ellos se dirigía el barco.

Unos embarcaderos de madera maciza habían sido contruidos a lo largo del muro del muelle. Cuando el casco del barco se detuvo contra uno de ellos, los tripulantes sacaron sus remos del agua. Mientras unos amarraban el bote, otros tendían una pasarela tallada y pintada para que los visitantes desembarcaran.

Meeran los guió a tierra y luego por unas escaleras. Desde la cima del muro, los sacerdotes contemplaban a Mairae y Auraya con una reverencia y una emoción tan intensas que Leiard las percibía sin esfuerzo. Dos sacerdotes superiores se acercaron para que Halid los presentara. Al dirigir la vista más allá, Leiard advirtió que se encontraba en el recinto del templo de Arbim. El edificio, de un estilo más humilde que los de Jarime, tenía el mismo diseño que la mayor parte de las construcciones de la ciudad: sencillo y de una sola planta.

Cuando oyó que alguien pronunciaba su nombre, Leiard se centró de nuevo en las presentaciones. Los sacerdotes superiores lo observaban con curiosidad y recelo disimulados. Una vez que todos se hubieron presentado, Arlij anunció que debía marcharse.

—He de regresar a la Casa de los Tejedores. Esta noche llevaremos a cabo la conexión de primavera —explicó. Se volvió hacia Leiard—. ¿Te gustaría asistir, tejedor Leiard?

A él se le aceleró el pulso. Una conexión: la oportunidad de consultar a otros tejedores de sueños sobre sus extraños recuerdos.

—Sería un honor —respondió de forma pausada—. Sin embargo, es posible que requieran mi presencia aquí.

—Esta noche no, Leiard —dijo Auraya. Lo miró a los ojos con serenidad e inclinó la cabeza de manera casi imperceptible. «Reúnete con los tuyos —parecía decir su expresión—. Demuéstrales que eres de fiar»—. Pero necesitaremos tu asesoramiento mañana por la mañana —añadió.

—Entonces asistiré —contestó él— y regresaré esta noche.

Arlij asintió.

—Estaré encantada de reunirme de nuevo con todos vosotros mañana —dijo con un movimiento cortés de la cabeza.

Los demás respondieron en voz baja. Cuando ella dio media vuelta, un sacerdote se aproximó a ellos y se ofreció a guiarlos a través del templo.

La líder de los tejedores guardó silencio mientras seguían al sacerdote. Tras un corto trecho, salieron a un patio. Un tarne de cuatro ruedas con toldo y cochero los aguardaba allí.

—El sacerdote superior quería que nos marcháramos por la verja principal —dijo Arlij—, pero he insistido en que saliéramos por aquí. En la parte de delante seguramente se habría aglomerado una muchedumbre que habría dificultado nuestra salida.

Leiard hizo un gesto en señal de conformidad. ¿Estaba insinuando ella que la multitud podía ser peligrosa, o simplemente que les obstaculizaría el paso? Aunque Somrey era la nación más tolerante con los tejedores de sueños y la que más apoyo les brindaba, en todos los países había grupos reducidos que se oponían a la mayoría.

El tarne, austero y poco decorado, era de alquiler. Leiard se acomodó junto a Arlij en el asiento. La líder de los tejedores indicó al cochero adónde se dirigían, y poco después circulaban por las calles estrechas y concurridas de la ciudad.

Mientras el tarne se acercaba a la Casa de los Tejedores, Arlij observaba a su acompañante. No era como ella esperaba, aunque, por otro lado, sus expectativas no eran muy definidas. Lo había imaginado más como un circuliano que como un tejedor de sueños.

Por el contrario, Leiard se comportaba más como un tejedor que ella misma. El modo en que respondía a sus preguntas le recordaba mucho a su maestro. Kifler, que desconocía la fecha de su nacimiento, había residido durante casi toda su vida en un paraje remoto. Él también era un hombre callado y observador.

Las respuestas de Leiard acerca de su relación con Auraya la Blanca habían dejado sin habla a Arlij. Había empezado a instruirla cuando era niña con la esperanza de que ella se convirtiera en su discípula. En vez de ello, Auraya se había unido a los circulianos. Si Arlij se hubiera llevado una

decepción semejante, dudaba que hubiese sido capaz de encontrarse frente a frente con su antigua alumna sin luchar contra el resentimiento. Leiard parecía haber aceptado la decisión de Auraya y su nombramiento como Blanca. Incluso se refería a ella como una amiga.

Todo parecía demasiado bonito para ser cierto. Que los dioses hubieran elegido a alguien que simpatizaba con los tejedores de sueños y había recibido sus enseñanzas era increíble. Que consintieran que su pueblo acariciara siquiera la idea de colaborar con los tejedores lo era aún más. ¿Habían aceptado al fin la existencia de los paganos?

Arlíj lo dudaba. Un siglo de persecución había diezmado a los tejedores de sueños, pero no los había eliminado. Los primeros años de violencia tras la muerte de Mirar habían movido a los más compasivos a apiadarse de los tejedores, y a los más rebeldes a unirse a la secta. Tal vez ahora los dioses intentaban ganarse a los paganos aparentando generosidad y benevolencia.

«No lo conseguirán —pensó—. Mientras los tejedores transmitan recuerdos de generación en generación mediante las conexiones, ninguno de ellos olvidará la verdadera naturaleza de los dioses».

El tarne dobló una esquina y se detuvo frente a un edificio grande. Había mucho movimiento en la calle, un trasiego continuo de personas que entraban y salían del edificio. Leiard elevó la vista hacia los símbolos tallados en la fachada.

—La única Casa de los Tejedores que sigue en pie en Ithania del Norte —le informó Arlíj—. Bien, entremos.

Él la siguió al interior de una sala espaciosa. Tres sabios tejedores ancianos salieron al encuentro de Arlíj y le hablaron en somreyano. Cuando ella lo presentó como el tejedor asesor de los Blancos, el recelo asomó a sus rostros.

Leiard los saludó en somreyano. Arlíj se quedó mirándolo, sorprendida.

—Tu dominio de nuestro idioma es impresionante —le dijo.

—Conozco muchas lenguas —respondió él encogiéndose de hombros.

—La conexión de primavera está a punto de iniciarse —anunció alguien.

Al fijarse en Leiard, Arlíj percibió un brillo de emoción en sus ojos. Saltaba a la vista que esperaba aquel momento con ansia. Ella echó a andar

hacia el pasillo. Leiard la siguió, con los tres ancianos tejedores detrás, más callados que de costumbre, según le pareció a Arlij. «Sin duda han deducido que él participará en el acto, y están cavilando sobre si se trata de algo bueno o malo. Es una apuesta arriesgada. Puede que él descubra muchas cosas sobre nosotros, pero tienen que comprender que nosotros podemos averiguar también muchas cosas sobre las intenciones de Leiard y los Blancos respecto a la alianza».

¿Había pensado en ello Auraya cuando lo había autorizado para apartarse de su lado durante la tarde?

El pasillo desembocaba en una gran puerta de madera. Arlij la abrió y salió a un jardín redondo que estaba en un nivel inferior. El aire era fresco y húmedo. Varios tejedores de sueños se hallaban ya allí, formando un círculo discontinuo. Leiard paseó la mirada alrededor con un ligero desconcierto en el semblante, como si reconociera aquel sitio.

Arlj se incorporó al corrillo y se apartó para hacerle un hueco a Leiard. Los tejedores ancianos de la sala ocuparon sus puestos. Arlij esperó a que reinara el silencio y dejó que la quietud del lugar serenara sus pensamientos antes de pronunciar las palabras rituales.

—Nos hemos reunido esta noche en paz y en busca del entendimiento. Nuestras mentes se conectarán entre sí. Los recuerdos fluirán entre nosotros. Nadie debe buscar, espiar o imponer su voluntad a otros. Por el contrario, nos integraremos en una sola mente.

Alzó los brazos a los lados y tomó a sus vecinos de la mano. Sus sentidos captaron primero dos mentes, y luego docenas de ellas, conforme los demás tejedores de sueños unían sus manos y pensamientos. Surgió un sentimiento de euforia compartida, y se produjo una breve pausa.

Un torrente de imágenes e impresiones barrió de inmediato toda noción del mundo físico. Recuerdos de la infancia se mezclaban con los de sucesos recientes. Rostros familiares aparecían tras los de personas desconocidas. Fragmentos de conversaciones rememoradas resonaban en los pensamientos de todos. Arlij no hizo el menor esfuerzo por guiarlos; dejó que los recuerdos embarullados fluyeran libremente.

Poco a poco, ocurrió lo inevitable. Todos sentían curiosidad respecto al

recién llegado. Algunos comenzaron a preguntarse quién era, y los que lo sabían revelaron su identidad. La respuesta de Leiard empezó por la confirmación de que ejercía el cargo de tejedor asesor y luego incorporó poco a poco varias capas de pensamiento. Arlij comprendió que el hombre albergaba la esperanza de ayudar a su pueblo. Vio también el afecto y la admiración que le profesaba a Auraya. Al mismo tiempo, él reveló su temor hacia los Blancos y sus dioses.

La líder reparó, divertida, en que los pensamientos de Leiard comenzaban a discurrir en círculos. Cada vez que su mente se centraba en la desconfianza y aversión que sentía por los dioses y los Blancos, pensar en Auraya lo tranquilizaba. Aunque no la consideraba capaz de hacerle daño a él o a otros tejedores de sueños por voluntad propia, no era tan necio para creer que no lo haría si los dioses se lo ordenaban. A su juicio, el riesgo valía la pena.

Fue un alivio para todos comprobar que él colaboraba con Auraya por el bien de su gente, y no por los dioses; ni siquiera por ella. No obstante, estar con otros circulianos aparte de Auraya despertaba un miedo profundo en él. Un temor así solo podía proceder de la experiencia. ¿Le había ocurrido algo terrible? Mientras Arlij reflexionaba sobre esto, los pensamientos de Leiard se desviaron hacia otras cuestiones que le preocupaban. Reveló que recuerdos extraños acudían a su memoria sin que él los evocara. En ocasiones afloraban a su mente pensamientos que sentía que no eran del todo suyos. La curiosidad de los otros tejedores conectados se avivó.

Como consecuencia, estos recuerdos se desbordaron.

Arlij vio al Guardián del puerto. La estatua no estaba tan deteriorada como en la actualidad, y de pronto ella supo qué representaba. Era un dios, y no el que veneraban ahora los circulianos.

Vio una Arbim más pequeña, con la muralla del embarcadero a medio construir. Vio la Casa de los Tejedores como un edificio nuevo pintado con colores vivos y acogedores.

Vio el rostro de un anciano tejedor de sueños y supo que era su predecesor de siglos atrás. Acompañaba a la imagen un pensamiento que no parecía corresponder a la voz interior de Leiard.

«Era un hombre orgulloso, aquel líder de los tejedores. Tuve que

persuadirlo para que no negara sus cuidados al presidente, aunque este se lo merecía. Fue la última vez que visité Somrey. En aquel entonces apenas podía calificarse de reino; ni siquiera estaba considerado una parte de Ithania del Norte. ¿Quién iba a imaginar que se convertiría en el único refugio para los tejedores de sueños?»

A Arlij le latía el corazón a toda prisa. «Leiard tiene razón —se dijo—. Estos pensamientos no son suyos. Son de Mirar».

Ya había topado antes con pensamientos de conexión similares. Muchos de los tejedores de sueños poseían reminiscencias sueltas de Mirar que habían adquirido a través de las conexiones. El antiguo líder se había conectado con otros tejedores durante tanto tiempo que muchos de sus recuerdos seguían en circulación. En cierto modo resultaba reconfortante la idea de que el ritual que Mirar había instaurado para fomentar la comprensión y la enseñanza rápida sirviera también para mantener viva una parte de él en la mente de sus seguidores.

Sin embargo, Leiard poseía algo más que fragmentos de la memoria de Mirar. Su cabeza estaba tan llena de recuerdos que la personalidad del líder parecía cobrar forma en su interior. Era como si lo conociera tan bien que hubiera podido predecir su comportamiento o sus palabras.

Arlij percibió la emoción de los otros tejedores. Notaba que animaban a Leiard a liberar más recuerdos, pero el torrente había amainado ahora que él había tomado conciencia de la fuente de la que manaban. Arlij se percató de que hasta ese momento Leiard no sabía ni sospechaba la verdad. Ni siquiera estaba seguro de quién le había transmitido dichos recuerdos. Seguramente había sido su maestro o maestra, aunque solo se acordaba de esa persona de forma vaga.

Esto era otra cosa que lo molestaba. ¿Por qué eran tan borrosos muchos de sus propios recuerdos?

Tienes muchos recuerdos de conexión —le explicó ella—. Y has pasado muchos años aislado. Con el tiempo, olvidas fácilmente qué recuerdos te pertenecen y cuáles no. Los límites se desdibujan, así que debes definirlos de nuevo. El mejor método para ello es la conexión. La reafirmación de tu identidad después de una conexión refuerza tu noción de ti mismo.

Pero al conectarme acumularé más recuerdos de conexión, señaló Leiard.

En efecto. Sin embargo, cuanto más te conectes, menor será este problema. Por el momento, conéctate con un solo tejedor de sueños para que la transferencia de recuerdos por cada autoafirmación sea mínima. Conéctate con personas más jóvenes, pues tienen menos recuerdos que transferir. El muchacho al que estás instruyendo, por ejemplo, cumpliría bien este propósito.

Jayim. —Leiard pensó en la escasa experiencia de la vida que tenía el chico—. Sí, resultará de lo más apropiado..., si decide seguir siendo un tejedor de sueños.

El desencanto de varios tejedores se hizo sentir. Habían caído en la cuenta de que Leiard no podría participar en otra conexión con ellos mientras estuviera en Arbim, por lo que ya no verían más recuerdos de Mirar. Arlij esbozó una sonrisa irónica. Su gente había dejado a un lado sus recelos y ahora aceptaba a Leiard y se fiaba de él. ¿Era solo porque atesoraba los recuerdos de Mirar?

«No —concluyó—. Sus intenciones son buenas. Es leal a nosotros, aunque esta lealtad sería puesta seriamente a prueba si se viera obligado a elegir entre los suyos y Auraya». Que él tuviera un buen concepto de la nueva Blanca era también una buena señal.

Satisfecha, inició la última parte del ritual, la autoafirmación.

«Soy Arlij, líder de los tejedores de sueños. Nací en Tirminya, soy hija de Linin Botero y...»

Se guardó sus pensamientos para sí mientras rememoraba los acontecimientos que en su opinión la definían mejor. Cuando abrió los ojos, comprobó que Leiard seguía enfrascado en el ritual. Las arrugas en su frente se hicieron más profundas, exhaló un suspiro profundo y la miró. Ella sonrió y le soltó la mano.

—Nos has sorprendido a todos, Leiard.

Él desplazó la vista hacia los otros tejedores, que se habían apiñado en grupos para hablar, sin duda sobre él.

—El descubrimiento de esta noche ha sido una sorpresa para mí también.

Tengo mucho en que pensar. ¿Sería una desconsideración que me marchara ahora?

Arlíj sacudió la cabeza.

—No, ellos lo comprenderán. Normalmente la mayoría se va a casa poco después de la conexión, aunque creo que harían una excepción esta noche si te quedaras. Nos vemos fuera, antes de que se abalancen sobre ti. —Lo acompañó a la puerta, ahuyentando con un gesto a un tejedor anciano que se disponía a abordarlos—. Leiard debe regresar junto a sus compañeros de viaje —anunció suscitando murmullos de desilusión.

Leiard se llevó la mano al corazón, la boca y la frente, y los tejedores lo imitaron.

Mientras lo guiaba por el pasillo en dirección a la entrada de la Casa, a Arlíj no se le ocurría nada que decir; solo se agolpaban en su cabeza preguntas que más valía dejar para más tarde. Al salir de la Casa, se encontraron con un platén de alquiler que acababa de llegar. De él descendió una familia con un niño enfermo. Arlíj hizo una seña al cochero.

—¿Puedes llevarnos? —le preguntó.

—¿Adónde? —inquirió el hombre.

—Al templo —le indicó ella—. A la entrada posterior.

El hombre arqueó las cejas. Tras negociar un precio justo y pagar al cochero, Arlíj observó a Leiard mientras este subía al carruaje.

—Espero verte mañana —dijo.

—Sí. —Leiard le sonrió y volvió la mirada al frente.

El cochero, interpretándolo como una señal, sacudió las riendas, y el vehículo se puso en marcha.

Arlíj meneó la cabeza lentamente. Resultaba extraño enviar a un tejedor a un templo circuliano.

Cuando el platén desapareció tras una esquina, ella entró a toda prisa en la Casa. Tal como imaginaba, el tejedor Nirán, su confidente más íntimo, la aguardaba en el vestíbulo. Tenía los ojos desorbitados de asombro.

—Ha sido... ha sido...

—Increíble —convino ella—. Acompáñame a mi habitación. Tenemos que hablar.

—De entre todos los tejedores —jadeó él mientras la seguía escaleras arriba—, tenía que ser precisamente el asesor de los Blancos quien poseyera los recuerdos de Mirar.

—Un hombre extraordinario en una situación extraordinaria —comentó ella.

Cuando llegaron ante la puerta de su habitación, la abrió e invitó a Niran a pasar primero. Él se volvió hacia ella.

—¿Crees que los Blancos lo saben?

Arlíj reflexionó.

—Si él lo ignoraba, ¿cómo iban a saberlo ellos?

—Todos los Blancos pueden leer mentes. Sin duda Juran habrá reconocido rasgos de Mirar en Leiard.

Ella pensó en el aspecto y el porte de Leiard. No se asemejaba en absoluto al Mirar que había visto en los recuerdos de conexión.

—Si los ha reconocido, no se ha disgustado por ello. Y si no, ahora que Leiard y nosotros lo sabemos, los Blancos lo descubrirán también. Solo espero que esto no le cause problemas.

Niran abrió mucho los ojos y asintió con convicción en señal de conformidad.

—También saben que Leiard ha estado trabajando en beneficio de todos. —Alzó la vista hacia Arlíj—. Lo que de por sí resulta bastante curioso, ¿no crees?

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—¿Te parece curioso que alguien que lleva en su interior una parte de la conciencia de Mirar propugne esta alianza?

—Sí.

—Hagan lo que hagan los Blancos respecto a Leiard, una cosa está clara. —Se acercó a la chimenea, donde una botella de ahm se calentaba al fuego—. Deberíamos considerar la posibilidad, por extraña que parezca, de que una alianza entre Somrey y los Blancos sea lo que Mirar hubiera querido.

Tryss observaba con aprensión la mota que se agrandaba en el cielo. Habían

pasado horas desde que Drili le había asegurado que se reuniría con él. El joven se había puesto su arnés nuevo tres veces, decidido a no esperarla. Sin embargo, en cada ocasión se lo había quitado de nuevo. Ella le había arrancado la promesa de que no lo probaría en su ausencia, y él no quería defraudarla.

Ahora, mientras contemplaba a la siyí que se acercaba, Tryss notó que el pulso se le aceleraba, primero por el miedo, luego por la emoción. Drili había ido a verlo trabajar muchas veces. Aunque él temía que la chica acabara por aburrirse, ella simplemente se quedaba sentada a su lado, parloteando sin parar. Tryss descubrió que, para su sorpresa, le gustaba oírla. La chica hablaba sobre todo de sus familias respectivas, o de la alianza propuesta por los pisatierra, pero a menudo le planteaba preguntas sobre los objetos que había creado. A veces le hacía sugerencias. De cuando en cuando, eran buenas.

La mota había aumentado de tamaño hasta convertirse en una figura que descendía hacia él. Tryss suspiró de alivio al reconocer las manchas en las alas de Drili. Recogió el arnés, agachó la cabeza para pasarla por el lazo de la correa del cuello y comenzó a atarse las otras sujeciones.

Drili anunció su llegada con un silbido. Se posó en el suelo con elegancia y caminó hacia él con aire resuelto y una sonrisa de oreja a oreja.

—Menuda pinta tienes con eso —comentó.

—Llegas tarde —dijo él, totalmente incapaz de adoptar un tono de irritación.

—Lo sé, perdona. Mi madre me ha obligado a pelar guirris durante horas.

—Dobló los dedos—. ¿Estás listo?

—Llevo horas listo.

—Entonces vamos allá.

Remontaron el vuelo juntos. Las correas del arnés de Tryss susurraban al viento. Era más ligero que el anterior, pues constaba de menos piezas. No obstante, la mayor parte del peso se encontraba justo debajo de su pecho, por lo que lo notaba más que con el arnés anterior.

—¿Es cómodo? —gritó Drili para hacerse oír.

—Soportable —respondió él.

Descendieron en picado hacia un valle estrecho. A diferencia de la ladera de la montaña, en la que solo crecían los árboles y hierbas más resistentes, el valle estaba cubierto de vegetación, y era más probable que albergara animales ocultos. Cuando sobrevolaban las copas de los árboles a toda velocidad, algo se elevó de pronto en el aire. Drili soltó un grito de emoción.

—¡Atrápalo! —chilló.

Era un arke, un ave de rapiña que estaba más acostumbrada a cernerse sobre su presa, abatirse sobre ella y aturdira con magia paralizante que a convertirse en objeto de persecución. Planeaba por debajo de ellos, aleteando de vez en cuando.

Tryss lo siguió. Tras juntar los brazos y agarrar la cerbatana que llevaba sujeta a un costado, desplegó las alas antes de caer demasiado bajo. Con otro movimiento rápido, se acercó el tubo a los labios. Había llegado la hora de probar la utilidad de su última modificación.

Aferrando un extremo del tubo con los dientes, introdujo el otro en el cesto de dardos diminutos que le colgaba debajo del pecho. Aspiró hasta que notó que uno de ellos se introducía en la cerbatana. Al levantar la mirada de nuevo, vio que el arke había cambiado de rumbo. Tryss inclinó las alas y se lanzó tras él.

El ave planeaba más abajo, sin saber cómo burlar a sus perseguidores. Aunque a los siyís les habría encantado cazar arkes para comer, rara vez se molestaban en intentarlo, de modo que no eran depredadores con los que el ave estuviera familiarizada. Con el tubo fijo entre los dientes, Tryss apuntó lo mejor posible y sopló con todas sus fuerzas.

Falló.

Soltó un gruñido, lo más parecido a una palabrota que pudo proferir con la cerbatana en la boca. Se dobló para aspirar otro dardo hacia el interior del tubo y apuntó de nuevo. Esta vez erró el tiro por el largo de un brazo. Con un suspiro, lo intentó una vez más, pero en el último momento el ave descendió bruscamente para refugiarse entre los árboles.

La frustración envolvió a Tryss como una enredadera estranguladora. Apretó los dientes y notó que la cerbatana se partía. Esta vez masculló una palabrota de verdad, y el tubo cayó de entre sus labios hacia la espesura.

De pronto, lo único que quería era desembarazarse del artilugio que llevaba atado al cuerpo. Voló hacia una peña que se erguía a un lado del valle, aterrizó en ella con violencia, se sentó y comenzó a dar tirones a las correas del arnés. Drili se dejó caer al suelo delante de él.

—Espera, yo me encargo —dijo agarrándole las manos.

A Tryss le entraron ganas de apartarla de un empujón. «¿Por qué estoy tan enfadado?» Se puso de pie, se relajó y dejó que ella aflojara sus ligaduras. La frustración y la rabia remitieron cuando la opresión de las correas disminuyó, y entonces él advirtió que estaba más cerca de ella de lo que jamás se había atrevido a estar.

—Bueno, ¿qué ha pasado? —preguntó Drili mientras el arnés se deslizaba hasta el suelo.

Tryss hizo una mueca.

—He fallado. Luego la cerbatana se ha roto. La... la he aplastado con los dientes.

Ella asintió despacio.

—Puedo fabricarte otra, pero tendrás que aprender a utilizarla mejor.

—¿Cómo?

—Practicando. Ya te dije que no era tan fácil como parecía.

—Pero si he estado practicando.

—En tierra. Tienes que practicar los disparos desde el aire, contra blancos en movimiento. —Desvió la mirada y frunció el ceño—. También creo que necesitas idear algo que te ayude a sostenerla mientras apuntas, y que impida que la pierdas si se te cae.

Él se quedó mirándola y sonrió.

—No sé por qué pierdes el tiempo conmigo, Drili.

Ella fijó los ojos en él y le dedicó una gran sonrisa.

—Te encuentro interesante, Tryss. E inteligente. Aunque a veces eres un poco lento.

—¿Lento? —preguntó él con expresión mortificada.

—Quiero preguntarte algo, Tryss: ¿cuántas veces tiene que repetirle una chica a un chico que no tiene pareja para el treitrei antes de darse por vencida e intentarlo con otro?

Él la contempló, sorprendido. Drili parpadeó y retrocedió unos pasos antes de dar media vuelta y precipitarse desde lo alto de la peña. Al cabo de unos instantes, se elevó en el aire, empujada por una corriente ascendente.

Sacudiendo la cabeza, Tryss abandonó el arnés y echó a volar en pos de ella.

11

El templo de Arbim era un lugar hermoso. Aunque más pequeño y mucho menos espectacular que el de Hania, no había un rincón de él que no ofreciera una vista agradable. La parte delantera daba al puerto, y había ventanas en todos los puntos posibles de la fachada para que pudiera divisarse el agua en todo momento.

Detrás del templo se extendía un jardín escalonado. La vegetación resultaba visible desde todas las ventanas de la parte de atrás. Aunque Auraya había estado deseosa de explorar el jardín, era la primera vez, desde que había llegado a Somrey hacía cinco días, que se le presentaba la ocasión de hacerlo.

Mirae caminaba junto a ella.

—He estado pensando en Leiard —dijo en voz baja—. Que tenga recuerdos de conexión pertenecientes a Mirar no me inquieta. Puede que conserve más de esos recuerdos que la mayoría de los tejedores de sueños, pero eso no lo convierte en Mirar. —Soltó una risita—. El antiguo líder era un coqueto y un mujeriego incorregible. No me da la impresión de que Leiard sea ni lo uno ni lo otro.

Auraya sonrió.

—No. Te preocupa lo que piensen los demás, ¿verdad?

Mirae hizo una mueca.

—Sí. A Rian no le gustará, pero no se inmiscuye en los asuntos de los

otros Blancos..., aunque sin duda manifestará su opinión sobre el tema. Dyara seguramente se alarmará y temerá que Mirar nos perjudique de algún modo a través de Leiard. Querrá que lo despidas, a pesar de la ayuda que nos ha prestado.

—¿Y Juran?

—No lo sé. —Mairae frunció el entrecejo—. ¿Alguna vez has hablado de Mirar con Juran?

Auraya sacudió la cabeza.

—No habla de ello como imaginas —prosiguió Mairae—. Cabría esperar que se alegrara de que Mirar ya no le haga la vida imposible, pero en cambio dice que fue... ¿cómo lo expresa?... una medida «necesaria pero desafortunada». Creo que incluso se siente culpable por ello, o al menos apenado.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Mairae se encogió de hombros—. Pero temo que ver recuerdos de Mirar en la mente de Leiard avive su sentimiento de culpa y su pena.

—Entiendo. —Auraya se mordió el labio—. Aunque yo sustituya a Leiard por otro tejedor de sueños, es posible que despierte en Juran reminiscencias de Mirar. Muchos de ellos guardan recuerdos del antiguo líder, aunque no es habitual que una sola persona conserve tantos. Un tejedor más joven podría no tener ninguno, pero no nos sería demasiado útil.

Mairae suspiró.

—Y el mero hecho de estar en presencia de un tejedor lo hará pensar en ello. Es una cuestión de grado. Estoy segura de que Juran es capaz de convivir con recordatorios del pasado, pero obligarlo a enfrentarse a recuerdos reales de Mirar tal vez sería pedirle demasiado.

—¿Qué podemos hacer?

Mairae frunció los labios y luego hizo un gesto vago.

—Esperar a ver qué pasa. Informaré a Juran sobre estos recuerdos para que esté preparado. Si resultan ser un problema, ya te avisaré. Mientras esto no suceda, tú continúa como hasta ahora.

Auraya exhaló un suspiro de alivio.

—Así lo haré. —Llegaron a un templete de piedra y se sentaron. En una hornacina se alzaba una estatua de tamaño natural de Chaia. Era una reproducción asombrosamente fiel, una versión sólida de la figura luminosa con la que Auraya se había encontrado frente a frente en la ceremonia de Elección—. Debería estar agotada, después de tantas conversaciones políticas, pero no me he cansado en absoluto.

—Se trata de otro de los dones de los dioses —aseveró Mairae—. De no ser por ellos, estoy segura de que esos platos somreyanos indigestos nos habrían hecho enfermar... o engordar.

Auraya esbozó una sonrisa.

—¿Crees que queda alguna familia noble aquí que no nos haya sentado aún a su mesa? Hemos tomado todas las comidas en casas diferentes.

—Empezaba a sospechar que inventarían nuevas horas de comer solo para que pudiéramos visitar a más gente.

—De hecho, me siento un poco culpable por ello. Mientras nosotras hacíamos vida social, el pobre Leiard ha estado yendo de aquí para allá entre nosotras y la Casa de los Tejedores. Está exhausto.

—Entonces esperemos por su bien que el Consejo acepte las modificaciones a la alianza, pues de lo contrario tendremos que volver a empezar. Ah, aquí llega tu otro hombre.

Auraya alzó la vista, suponiendo que vería a Danyin, pero en vez de ello un ser peludo salió del jardín dando brincos y saltó sobre su rodilla.

—¡*Ohuaya!* —Travesuras levantó la mirada hacia ella y pestañeó varias veces.

Ella reprimió una carcajada. El animalillo había aprendido el gesto de los numerosos vices que pertenecían a familias de Somrey. Al parecer era algo que derretía el corazón a la mayoría de las mujeres ricas. «A mí no», se dijo Auraya, con la incómoda sospecha de que quizá se equivocaba.

Su intención original no era llevarlo consigo en sus visitas sociales, pero Mairae le había asegurado que las somreyanas esperaban que fuera con su mascota a todas partes, como hacían ellas con las suyas. Durante las veladas, los vices jugaban ruidosamente unos con otros, aunque siempre había sirvientes cerca para evitar encuentros amorosos. Travesuras había aprendido

muchas palabras nuevas, entre ellas varias que escandalizarían a los criados de Auraya cuando regresaran a Hania..., si es que alguno de ellos entendía el somreyano.

Al percatarse de que su última gracia no había hecho aparecer una golosina en las manos de su dueña, la bestezuela adoptó un aire enfurruñado. Tras soltar un leve resoplido, agachó la cabeza.

—Qué cruel eres —comentó Mairae—. Lo llevaré a la cocina y le buscaré algo para que roa. Me parece que la sensación que tengo es de hambre. Casi había olvidado lo que era eso.

—Te acompaño.

—Quédate —dijo Mairae—. No estarás sola durante mucho tiempo.

Auraya parpadeó, extrañada, y se concentró en las mentes que la rodeaban. Enseguida localizó la de Leiard, que estaba atravesando el jardín en dirección a ella.

—Travesuras, tentempié. —Mairae extendió el brazo.

El viz desplazó la mirada de ella a Auraya.

—Adelante —lo animó su dueña.

El animal se dejó caer desde su regazo y trepó por el brazo de Mairae hasta su hombro. Auraya los siguió con la vista mientras se alejaban y sonrió cuando el viz le lamió la oreja a Mairae, que se estremeció.

Poco después oyó unos pasos. Leiard dobló una esquina y la vio. Sonrió y alargó su zancada. Cuando llegó al templete, sus ojos se desviaron hacia la estatua de Chaia y se le heló la sonrisa en el rostro por un momento antes de mirarla a ella de nuevo.

—Auraya la Blanca —saludó con formalidad.

—Tejedor de sueños Leiard —respondió ella.

—Se hace tarde —observó él—. ¿Crees que llegarán a una decisión hoy?

Auraya arqueó una ceja.

—Nunca te había visto preocupado.

Leiard torció los labios por una de las comisuras.

—Sería una desilusión haber venido de tan lejos para que ellos rechacen la alianza.

—Sí, lo sería, pero tal vez solo haría falta un poco más de negociación

para convencerlos.

—Tal vez.

Él se fijó en la estatua otra vez. Auraya se volvió para contemplarla. Si Chaia estaba observando, ¿qué conclusión sacaría sobre Leiard? ¿Se sentirían disgustados los dioses por la revelación de que el tejedor de sueños que asesoraba a los Blancos contenía los recuerdos de Mirar?

«No, seguramente lo sabían desde el principio —comprendió ella—. Si Leiard representara una amenaza, me habrían prevenido».

Pero ¿la habrían advertido si hubiera sido él quien corría peligro? Se puso de pie, salió del templete y echó a andar por el sendero. Con un largo y leve suspiro de alivio, Leiard acomodó su paso al de ella.

Auraya sintió una punzada de irritación al oír el suspiro. Le recordó que, aunque consiguiera fomentar la tolerancia hacia los tejedores entre los circulianos, él nunca se encontraría cómodo ante nada que guardara relación con los dioses. Era de esperar. Había abjurado de los dioses para convertirse en tejedor de sueños. Cuando muriese, las deidades no acogerían su alma, que se reduciría a la nada. Esta idea la afligía. «Yo soy inmortal. Jamás me reencontraré con él en la otra vida. No sería tan terrible si él simplemente adorara a un dios distinto. Al menos entonces yo sabría que él seguiría existiendo en alguna parte».

Sacudió la cabeza. ¿Qué podía impulsar a alguien a renegar de los dioses y renunciar así a toda posibilidad de una vida eterna? Posó la mirada en Leiard, cuyas cejas se enarcaron inquisitivamente.

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué te hiciste tejedor de sueños, Leiard?

Él se encogió de hombros.

—No lo recuerdo muy bien —dijo—. Supongo que era la decisión más acertada en aquel momento.

—¿Qué le pareció a tu familia? ¿Lo recuerdas?

Él frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Mis padres murieron.

—Oh, lo siento.

Leiard hizo un gesto para quitar hierro al asunto.

—Fue hace mucho tiempo, cuando yo era joven. Apenas me acuerdo de ellos.

Auraya se rió.

—¿Cuando eras joven, dices? Leiard, dudo mucho que seas tan viejo. Eres la única persona que conozco que parece rejuvenecer cada vez que la veo.

—Eso es porque tú te has hecho mayor.

Ella cruzó los brazos.

—¿Qué edad tienes?

Leiard se quedó callado por unos instantes y arrugó el entrecejo.

—Unos cuarenta años, creo.

—¿Crees? ¿Cómo es posible que no sepas exactamente cuántos años tienes?

La arruga entre las cejas del tejedor se hizo más profunda.

—Arlíj cree que mi pérdida de memoria se debe a que durante muchos años no me conecté con otros tejedores de sueños.

Al percibir su angustia, Auraya decidió cambiar de tema. Resultaba evidente que el haber perdido ciertos recuerdos lo desazonaba.

—¿Cuándo habías participado en una conexión por última vez?

—Antes de que me instalara en el bosque, cerca de tu aldea.

Ella tabaleó con los dedos sobre su brazo.

—¿Cuánto tiempo llevabas viviendo en la aldea antes de que llegara mi familia?

—Unos años.

—Entonces hacía unos veinte años que no conectabas con nadie. ¿A qué edad finalizan los tejedores su instrucción?

Él la miró, extrañado.

—Veinte, cuando empiezan jóvenes.

Ella asintió. De modo que él estaba en lo cierto: rondaba los cuarenta años. Por algún motivo esto la desilusionó. Quizá porque, cuanto mayor fuera Leiard, menos tiempo podría compartir con él. El tejedor envejecería irremediabilmente mientras ella conservaba la misma edad física. Esto le daba la desagradable sensación de que el tiempo se agotaba. Al cabo de unas

décadas, el alma del tejedor desaparecería para siempre.

—¿Alguna vez han venerado a los dioses los tejedores de sueños? — preguntó casi sin pensarlo.

—No.

—¿Crees que es posible que lo hagan algún día?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no queremos.

Ella lo miró de soslayo.

—¿Porque hicieron matar a Mirar?

—En parte.

—¿Y cuál es la otra razón?

—Que el hecho de que alguien sea poderoso no le da derecho a decir a otros cómo deben pensar o vivir, o a quién deben matar.

—¿Ni siquiera si ese alguien es más viejo y sabio que tú, como los dioses?

—No. —Apartó la mirada—. Las personas deberían tener la libertad de decidir si rendirles culto o no.

—La tienen.

—¿Sin exponerse a castigos o sanciones?

—¿Así que pretendes que ellos acojan tu alma independientemente de si los veneras o no?

—No. Pretendo que mi pueblo viva libre de persecuciones.

—Eso forma parte del pasado.

—¿De veras? Entonces ¿por qué los tejedores siguen teniendo miedo de caminar por las calles de Jarime? ¿Por qué se les prohíbe poner en práctica sus habilidades para ayudar a la gente?

Auraya suspiró.

—Por lo que ocurrió hace un siglo. Y no me refiero a la muerte de Mirar.

Leiard no respondió. Auraya estaba más tranquila y a la vez decepcionada. Aunque no quería discutir con él, le interesaba conocer su punto de vista sobre los sucesos del pasado que habían dado lugar a la situación actual de los tejedores de sueños.

Según los documentos que había leído, Mirar había sido tan admirable en su trabajo como desenfrenado en sus costumbres. Había enseñado a su pueblo mucho sobre remedios y el cuidado de los enfermos y heridos. Su don para la sanación era único, y él lo había utilizado con generosidad.

Por otro lado, tenía fama de abusar de la bebida, las drogas recreativas y la seducción, lo que había escandalizado a muchos. Los tejedores, aunque no hablaban de ello, sabían que se había ganado esa reputación a pulso. La verdad estaba en los recuerdos de conexión de Mirar y quienes lo habían conocido, transmitidos de generación en generación. Auraya veía esta información en la mente de algunas personas. La había visto en la de Leiard.

Aun así, no eran los defectos en la personalidad de Mirar lo que había convencido a los dioses de que él debía morir. Había obrado activamente contra ellos para intentar evitar la formación de los Blancos. Había sembrado dudas y propagado mentiras maliciosas sobre el destino que esperaba a sus almas en manos de los dioses. Había asegurado que algunas de las deidades que habían muerto no merecían correr esa suerte, mientras que los miembros del Círculo eran culpables de graves atrocidades. Su acción final, la que lo había condenado, había sido enviar al pueblo de Ithania sueños sobrecogedores con la intención de volverlos contra los dioses.

En vez de ello, los ithanianos habían suplicado a los dioses que los liberaran de su manipulación.

«Él fue el responsable de su desgracia», pensó Auraya.

Sin embargo, lo que había sucedido tras la muerte de Mirar había sido terrible. Aunque los dioses nunca habían dictado orden alguna contra los demás tejedores de sueños, los circulianos más exaltados habían asesinado a muchos de ellos después de la ejecución de Mirar. Los fanáticos habían sido castigados, pero se había tardado mucho tiempo en disuadir a otros de seguir su ejemplo.

La mayoría de los circulianos sabía que ningún sacerdote había superado en habilidades o conocimientos médicos a un tejedor plenamente formado. Ahora que Auraya había descubierto el propósito y las ventajas de las conexiones mentales, comprendía que era así como los tejedores compartían y transmitían toda aquella información. Que ella supiera, ningún sacerdote

había intentado establecer algo parecido a una conexión mental. Aunque practicaban la telepatía, que no implicaba abrir los propios pensamientos a otros, los circulianos eran reacios a permitir que alguien manipulara su cabeza. Invadir una mente ajena era un delito, en virtud de una ley promulgada a raíz de los actos de Mirar.

«Tal vez haya llegado el momento de dejar a un lado esta aprensión — reflexionó Auraya. Si los sacerdotes circulianos aprendían a hacer lo mismo que los tejedores de sueños, también podrían enriquecer sus conocimientos de sanación. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Si conseguían igualar o incluso aventajar a los tejedores, la secta pagana perdería uno de sus principales atractivos ante los no iniciados y tal vez dejaría de existir al cabo de unas generaciones—. O de una sola, si los Blancos divulgáramos el saber que leyéramos en sus mentes».

Se estremeció.

«No, eso nos haría culpables del crimen que suele achacarse a los tejedores de sueños: la invasión de la intimidad de mentes ajenas y el uso de la información para perjudicar a otros».

Por otro lado, el objetivo podía alcanzarse sin necesidad de una conexión mental. Si lograba persuadir a los sacerdotes de que colaboraran con los tejedores de sueños, sin duda adquirirían nuevas habilidades y conocimientos. Sería un proceso lento, pero fomentaría la tolerancia y la aceptación mutuas.

«¿De verdad quiero ser responsable de la desaparición de los tejedores de sueños?

»No, pero no puedo seguir permitiendo que la gente dé la espalda a los dioses y sacrifique su alma, ahora que sé que no es necesario. La gente cree que los conocimientos de sanación que poseen los tejedores se perderán a menos que algunos hagan ese sacrificio, pero si tuvieran la posibilidad de aprender lo mismo ordenándose, ¿abrazarían de todos modos el paganismo?»

Un rato antes, en aquel jardín, caminando junto a Leiard, había caído en la cuenta de que se encontraba ante un dilema terrible. Algún día tendría que elegir entre mantener la amistad del tejedor y salvar almas.

Pero ese día no había llegado aún. Danyin había aparecido en el sendero, delante de ellos. Esbozó una sonrisa al verla, y ella supo sin leerle la mente

qué noticia iba a comunicarle. Sin embargo, no experimentó una sensación de triunfo, solo un alivio teñido de ironía.

—¡Lo han hecho! —exclamó él—. ¡Han firmado el pacto!

Emerahl echó un vistazo hacia atrás. Su pequeña barca de madera plateada relucía bajo la luna. Tras comprobar que la amarra estuviera bien sujeta, asintió para sí, se tapó la cabeza con el chal y avanzó por el embarcadero.

Llevaba varias semanas recorriendo el litoral de Toren. Cada pocos días tomaba puerto en aldeas costeras para cambiar remedios por alimentos, agua pura y artículos como lona para la vela, un tago impermeable y sedal para pescar. Las personas con las que trataba se mostraban amables y respetuosas, aunque saltaba a la vista que les extrañaba que una anciana viajara de aquel modo.

Las poblaciones eran cada vez más grandes y próximas entre sí, y llegó un momento en que en cada ensenada parecían brotar puertos como setas. Aquella tarde, Emerahl había entrado en una bahía más profunda en la que había buques anclados que cabeceaban con suavidad. La tierra estaba cubierta de edificios, y la costa era un laberinto de muelles de madera. Había llegado a la ciudad de Porin, capital de Toren.

Sobornó a un encargado del puerto corrupto con un manojo de hierba de estrellas para que la dejara echar amarras. Unos meses atrás, una de las mujeres de la ciudad se lo había robado a su marido y se lo había dado a Emerahl a cambio de un remedio para un niño con fiebre. La hechicera había estado guardando la hierba para sí y no le hizo mucha gracia desprenderse de ella. Sus cualidades alucinógenas, sumadas a la euforia que producía, la convertían en una de sus drogas recreativas favoritas.

Así pues, no estaba de muy buen humor cuando se internó con paso decidido en el barrio comercial. En las ciudades grandes siempre había una zona en la que las transacciones nunca cesaban y las tiendas nunca cerraban. Cuando la gente estaba desesperada, buscaba remedios a cualquier hora de la noche.

No obstante, Emerahl no tenía la intención de comerciar con los clientes

del mercado. En las ciudades, el derecho a vender era un privilegio celosamente guardado. Si ella hubiese querido ofrecer su mercancía, habría tenido que llegar a un acuerdo con el propietario de un puesto para que le permitiera trabajar delante de su local. Esto la habría obligado a destinar parte de sus ganancias a pagar por la autorización para ejercer su oficio. No tenía tiempo para eso.

En cambio, disponía de una serie de artículos que podía vender a las tiendas de remedios. Unos los tenía desde antes, otros los había adquirido a lo largo del camino. Se trataba de sacos de veneno del pez yeryer, que adelgazaba la sangre, púas de estera espino, que podían usarse para adormecer un punto concreto del cuerpo, y tiras antisépticas de algas. Había añadido a esto varias bolsas de especia de fuego molida, que crecía en abundancia en torno al faro, y numerosas hierbas fuertes.

Llevaba en el morral otros objetos de valor no medicinal, sino monetario. Casi todos eran afrodisíacos. Por lo general no producían efectos físicos reales, pero la mayoría de la gente se excitaba tanto al pensar que estaban consumiendo un «remedio» potenciador del deseo sexual que atribuían su entusiasmo a la sustancia. Naturalmente, dichos «remedios» procedían de algún animal feroz, como los dientes de garr gigante que había recogido en una playa desierta, o bien semejaban órganos sexuales, como las lombrices marinas desecadas, las flores de huemin carnosas y fálicas o la campanilla marina que había encontrado enredada en unas algas. No pensaba vender la campanilla salvo como último recurso. Era un artículo valioso y difícil de encontrar, y ningún tendero pagaría por él su precio real a un viajero de paso. Algún día ella tal vez estaría en mejor posición para negociar.

El ruido y las luces la atraían hacia su destino. Unos toldos grandes de los que colgaban varios farolillos formaban dos túneles que flanqueaban una larga calle comercial. Unos músicos añadían una nota alegre al murmullo de los compradores, que integraban una pequeña multitud. Algunos vendedores voceaban su mercancía con descripciones tentadoras. Otros hacían promesas llamativas de precios razonables y tratos justos.

Emerahl compró una hogaza, una brocheta de ner a la brasa —estaba más que harta del pescado—, fruta a precio de oro y una taza de leche endulzada y

fermentada de shem. Conforme avanzaba por la calle, el olor a comida dio paso al aroma acre del humo de hierbas e incienso. Allí encontró lo que buscaba.

La primera tienda de remedios era grande y estaba llena de gente. Un mostrador se extendía a lo largo de la fachada, y en la pared del fondo había estantes repletos de tarros de todos los tamaños y formas. Emerahl depositó su morral sobre el mostrador y aguardó pacientemente a que el tendero se fijara en ella. Era un hombre calvo de mediana edad y mirada penetrante. En cuanto terminó de venderle a un joven soldado un remedio de eficacia dudosa para la supurencia de pies, dirigió su atención hacia ella.

—¿En qué puedo ayudarte, jovencita?

Ella sonrió ante su intento de halagarla.

—Mi pobre brazo me duele —le dijo—, así que quisiera venderte algunas de las cosas que llevo en mi bolsa.

Los ojos penetrantes del hombre centellearon con picardía.

—¿De veras? ¿Y pretendes vendérmelas a mí?

—Sí. —Extrajo del morral el bote que contenía los sacos de veneno de yeryer—. ¿Te servirían? Están frescos. Los recogí hace menos de una semana.

Cuando abrió el bote, el tendero arqueó las cejas.

—¿Una semana, dices? Tal vez podría darte unas monedas por ellos. —Estudió el morral, que olía un poco a pescado—. ¿Qué más tienes?

Emerahl sacó algunos objetos más, y entonces se inició el regateo. Los interrumpió varias veces un joven, tal vez el hijo del comerciante, antes de desaparecer en la trastienda. Emerahl se concentró en su cliente. Era selectivo y consideraba cada oferta durante largo rato, aunque ella tenía la impresión de que los precios que le pedía eran bajos. El hombre no la miraba a los ojos, y la hechicera no pudo evitar lamentarse por no haber ejercitado su facultad para percibir emociones.

«Tendré que recuperarla —pensó—. Me ayudará también a adaptarme a los cambios en el idioma. Había supuesto que la extraña forma de hablar del aldeano se debía a su origen humilde, pero al parecer el lenguaje de Toren ha cambiado en general».

El tendero solo había visto la mitad de los objetos del morral. Exasperada por la lentitud del hombre, ella decidió fingir que no tenía nada más por vender y le pidió que le pagara.

El comerciante contó despacio las monedas que sacaba de un monedero, pero se detuvo a medias cuando su ayudante regresó para mantener con él una conversación entre susurros.

—Me gustaría irme a dormir pronto —los cortó Emerahl. Puso la mano encima de los tarros que él había accedido a comprar y se apartó un paso del mostrador—. ¿Acaso mis precios no son lo bastante buenos para ti?

El hombre alzó las manos en un gesto apaciguador.

—Lo siento, señora, pero mi ayudante tiene que ocuparse de un asunto algo urgente y delicado. —Se acercó al mostrador y contó las monedas que faltaban. Ella empujó los tarros hacia él, deslizó las monedas hasta que cayeron dentro de su morral y truncó la interminable despedida del tendero.

Salió de la tienda con un suspiro de irritación. ¿Pretendía el hombre que ella bajara el precio solo para acabar antes? ¿Tanto se notaba que tenía prisa?

Cavilando sobre esto, entró en una licorería cercana y pidió un poco de aguapicante. Tras sentarse en un rincón oscuro, se llevó la copa a los labios y dirigió la vista hacia la tienda de remedios, que estaba al otro lado de la calle.

Estuvo a punto de atragantarse al ver a dos sacerdotes salir de ella. El tendero apareció y señaló la licorería. Cuando los sacerdotes se encaminaron hacia ella, a Emerahl empezó a latirle el corazón a toda prisa.

«Seguramente solo querrán una copa —se dijo. Pero miraban a la gente de la calle. Cuando se cruzaron con una anciana, se pararon a observarla con detenimiento—. No, no es una copa lo que buscan».

De pronto, la actitud del tendero cobró sentido: el modo en que rehuía su mirada, su empeño en retenerla en la tienda durante más tiempo, la desaparición de su ayudante, el diálogo en voz baja entre ellos.

«... tiene que ocuparse de un asunto algo urgente y delicado».

¿El asunto era que una vieja estuviera vendiendo remedios? ¿Le habían encargado al propietario de la tienda que avisara si ella se presentaba? «No puedo estar segura de eso —pensó—. Tal vez se trate de una simple casualidad». Quizá los sacerdotes buscaban a otra persona. Que un sacerdote

la hubiera echado de su hogar la hacía sospechar de todos.

«Sea o no casualidad, no pienso quedarme aquí para averiguarlo». Emerahl abrió su morral, extrajo su tago impermeabilizado con aceite y se lo puso encima de los hombros. Tras quitarse el chal por encima de la cabeza, se caló un sombrero marinero de ala ancha y remitió su cabello debajo. A continuación, envolvió el morral en el chal y se lo colocó debajo del brazo.

Los sacerdotes se hallaban a solo unos pasos de la licorería. Ella salió por la puerta, se detuvo para dedicarles el signo del círculo con una mano y se alejó con el andar bamboleante y pausado de un marinero.

Temía que le dieran la voz de alto, pero por encima del barullo del mercado solo se oían los pregones de los vendedores. Le pareció que tardaba una eternidad en llegar al final de la calle. Una vez allí, apretó ligeramente el paso sin apartarse de las sombras.

«¿Me persiguen? De ser así, ¿cómo podían prever los sacerdotes que yo acudiría al mercado nocturno de Porin a vender remedios?»

La respuesta era evidente. Si el sacerdote que la había expulsado de Corel había recorrido la costa, sin duda alguien le habría hablado de la anciana estrafalaria que vendía remedios y navegaba sola en una barca. Sabiendo que se trataba de ella, habría alertado a los sacerdotes de los pueblos siguientes por medio de la telepatía para que estuvieran atentos por si una vieja curandera recalaba por allí. Si ella no había topado con otros sacerdotes hasta ese momento era por pura suerte.

Pero ¿por qué? Era imposible que aquellos sacerdotes conocieran su auténtica identidad.

Tal vez el sacerdote de Corel tenía curiosidad por saber quién era la hechicera vetusta y gruñona que había vivido durante tanto tiempo en un faro remoto...

«Oh. —Se le cayó el alma a los pies—. Si ha preguntado a los aldeanos cuántos años llevaba yo allí, ellos le habrán dicho que desde hace generaciones. Entonces lo habrá asaltado la sospecha de que soy inmortal. Aunque no lo crea, seguramente está obligado a comprobarlo».

Cuando se encontraba cerca del puerto, aflojó el ritmo. Se aproximó con lentitud, escrutando los alrededores. Vislumbró a lo lejos su pequeña barca,

amarrada al muelle. En cuanto encontró un rincón lóbrego, se sentó a esperar.

No tuvo que aguardar mucho. Cuando el encargado del muelle salió de su casucha, ella entrevió la esquina de una silla y la espalda de alguien vestido con una prenda ribeteada de azul.

«Adiós, amiguita —se dijo dirigiendo sus pensamientos a la barca—. Espero que encuentres un buen dueño».

Acto seguido, con una punzada de pesar, dio media vuelta y se internó en las sombras de la ciudad.

El forastero se había sentado al fondo de la sala y llevaba dos horas observando a los otros clientes de la casa de bebidas. A Roffin no le había gustado el aspecto del hombre desde el instante en que había entrado. Iba demasiado pulcro, arrebuñado en un gran tago. La actitud arrogante del extranjero parecía indicar que era de alta cuna. A Roffin no le agradaba el modo en que miraba las idas y venidas de los parroquianos.

—¿Contemplando otra vez a nuestro misterioso huésped? —murmuró Cemmo.

Roffin se volvió hacia su acompañante. Cemmo era un hombre enjuto y nervudo, uno de los pescadores más jóvenes del lugar. Roffin soltó un gruñido leve.

—Este no es sitio para tipos como él.

—No, no lo es —convino Cemmo.

—Debería estar en una casa de bebidas de postín.

—Ya lo creo.

—Alguien tendría que echarlo.

—Eso es cosa de Garmen. No lo echará a menos que se arme un lío.

—Garmen puede salir perjudicado si los ricachones se ofenden. Nosotros no tenemos nada que perder —señaló Roffin.

Cemmo desvió la vista.

—Cierto, pero... no sé. Me da en la nariz que el tipo es peligroso.

—Lo que pasa es que su forma de mirar te está poniendo nervioso.

Garmen, el propietario de la casa de bebidas, echó una ojeada rápida e

inquieta al forastero. Roffin advirtió que, para colmo, este no bebía mucho. Maldito extranjero tacaño.

Al dejar Roffin su tercera jarra sobre la mesa con un golpe, el forastero se volvió hacia él. Roffin le sostuvo la mirada. El hombre arqueó ligeramente las cejas. Cuando Roffin se dirigió hacia él con grandes zancadas, otros alzaron la vista y asintieron en señal de aprobación.

El extranjero lo miró acercarse con despreocupación. Roffin se inclinó sobre él, intentando intimidarlo con su corpulencia.

—Te has equivocado de local —le informó—. Tu sitio está al otro lado de la calle. En la parte alta de la ciudad.

El forastero sonrió con los labios apretados.

—Me gusta aquí —repuso con voz profunda y un acento extraño.

Roffin se enderezó.

—Pues a nosotros no nos gusta que estés aquí. Vete a observar a los de tu ralea.

—Me quedo. —El hombre señaló el asiento que tenía enfrente—. Tú te quedas. Bebemos.

—Vete a beber a otra parte —farfulló Roffin extendiendo los brazos hacia los hombros del extranjero.

Este entornó los párpados, pero no se movió. Roffin notó que un calor abrasador le envolvía los dedos. Soltando una palabrota, apartó la mano y examinó su piel enrojecida.

—¿Qué me has...?

—Vete —dijo el hombre en un tono de advertencia.

Roffin retrocedió unos pasos. El extraño era un hechicero. Las amenazas no servirían para ahuyentarlo. Cemmo dirigió una mirada inquisitiva a Roffin. Cuando este desplazó la vista por la sala, se percató de que todos los presentes tenían los ojos clavados en él. ¿Habían visto lo que había hecho el hombre? Seguramente no. Solo habían visto a Roffin recular ante un forastero de alcurnia. Con el ceño fruncido, dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta con aire resuelto.

—Me llevo mi dinero a otra parte —masculló al salir, y dio un portazo.

Una vez en el exterior, sin embargo, se detuvo, sin saber qué hacer a

continuación. Cemmo no lo había seguido. La fuerza de la costumbre hizo que se fijara en el rumor de las olas que rompían contra la base del acantilado y el silbido del viento al soplar entre los edificios. Sería una noche dura en el mar.

Sentía un dolor punzante en la mano. La miró y decidió ir en busca de alguien que le echara un vistazo.

«El sacerdote. Sí, sin duda él tendrá algún remedio. —Roffin volvió la vista hacia la casa de bebidas y sonrió—. Y estoy seguro de que al sacerdote Waiken le interesará saber que hay un espía extranjero en la ciudad».

12

El agua rizada de las olas se extendía en todas direcciones. Los reflejos del sol naciente formaban un mosaico color naranja en la superficie. De vez en cuando un ave marina pasaba volando, aparentemente ajena al barco y a sus ocupantes.

Al tender la mirada hacia el oeste, Danyin alcanzaba a ver las formas azules y desdibujadas de las montañas sobre una franja estrecha y oscura de tierra. La cordillera del Ocaso bordeaba la costa occidental de Hania hasta el estrecho del Espejo, donde se sumergía en el mar formando una línea de islotes que conducían a las grandes islas de Somrey. Según las crónicas antiguas, algunas de aquellas montañas habían escupido fuego y ceniza en otros tiempos, pero se habían enfriado y ahora estaban en calma.

—Danyin.

Se volvió, sorprendido. Auraya rara vez se levantaba antes del amanecer. Llevaba su larga cabellera recogida en una sencilla cola de caballo en vez de en uno de sus elaborados peinados habituales. Tenía el entrecejo fruncido.

—Buenos días, Auraya la Blanca —saludó él realizando el gesto del círculo—. Hace una mañana preciosa, ¿verdad?

Ella lanzó una mirada fugaz al alba, pero su expresión ceñuda no se suavizó.

—Sí. —Lo miró—. Dejaré el barco antes de una hora. ¿Cuidarás de Travesuras y te asegurarás de que Leiard llegue sano y salvo a su

alojamiento?

Al dirigir la vista hacia la cubierta, Danyin advirtió que cuatro marineros estaban desatando una chalupa pequeña que había estado firmemente sujeta al buque durante buena parte de la travesía.

—Por supuesto —respondió él. Ella se mordió el labio. Danyin tendió la mano, pero no llegó a tocarle el brazo—. ¿Podéis hablarme del motivo de vuestra marcha?

Ella se volvió despacio, recorriendo la tripulación con la mirada.

—Un poco —dijo en voz baja—. Juran ha recibido varios informes de que un monje pentadriano, probablemente un espía, ha sido visto en aldeas y ciudades de la costa norte de Hania. Ha enviado a Dyara a capturarlo y me ha pedido que me aproxime desde el norte para cortarle la retirada.

Él asintió en señal de que comprendía sus temores. Auraya apenas había empezado a adiestrarse en el uso de sus dones. Tal vez estaba a punto de dirigirse hacia su primer enfrentamiento con un hechicero.

«Los dioses la protegerán —se dijo—, y Dyara probablemente convertirá la experiencia en una lección», añadió con sarcasmo.

Los labios de Auraya se curvaron en un esbozo de sonrisa cuando le leyó la mente.

—Regresaré a Jarime con Dyara, así que te dejo a ti al mando, Danyin Lanza.

—¿Sabe Leiard que os marcháis y por qué?

Ella negó con la cabeza.

—Repítele lo que te he dicho, pero a los demás explícales solo que he partido para ocuparme de ciertos asuntos en la costa.

Él respondió con un gesto afirmativo.

—Así lo haré.

Ella guardó silencio, contemplando la tierra lejana. Mientras navegaban hacia allí, Danyin luchó contra una ansiedad creciente. «Ella está entre los Elegidos de los dioses —se recordó a sí mismo—. Sabrá cuidarse sola».

Cayó en la cuenta de que lo que le preocupaba no era la seguridad de Auraya. Tal vez se vería obligada a matar al espía. Era una carga que él habría preferido que no recayera sobre ella tan pronto.

«Ojalá Mairae hubiera vuelto con nosotros», pensó, en vez de quedarse en Somrey para establecer acuerdos comerciales y preparar las visitas de otras delegaciones bajo los términos de la alianza. En el mismo momento en que esto le vino a la mente, Danyin supo que era un pensamiento innoble. Tal vez Mairae estaba perfectamente entrenada, o eso suponía él, pero merecía tan poco como Auraya llevar el peso de una muerte sobre su conciencia.

El sol ascendía y la costa se aproximaba poco a poco. La línea negra que Danyin había avistado de lejos se transformó en un acantilado oscuro y erosionado. Un edificio con varias torres robustas construido cerca del borde del precipicio resultaba visible. Bajaron la chalupa al agua, y Auraya subió a bordo con agilidad para ocupar su lugar junto a los remeros.

Acodado sobre la borda, Danyin los observó alejarse. Auraya, sentada con la espalda muy recta, no miró atrás.

—Consejero Danyin Lanza.

Al volverse, Danyin vio a Leiard sentado detrás de él. Se preguntó cuánto rato llevaba allí el tejedor de sueños.

—¿Sí, tejedor Leiard?

Leiard se acercó a la borda y dirigió la mirada hacia la chalupa.

—Deduzco que Auraya no desayunará con nosotros.

Danyin negó con la cabeza.

—No. Va a reunirse con Dyara para encargarse de un espía pentadriano y después regresará a Jarime por tierra.

Leiard asintió. Contempló la embarcación por un momento más antes de posar los ojos de nuevo en Danyin. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

—Entonces será mejor que bajemos antes de que se enfríen las tartahojaldres.

Con una risita, Danyin se apartó de la borda y siguió a Leiard a la cubierta inferior.

Cuando la chalupa se encontraba más cerca de los acantilados, Auraya se preguntó cómo podrían tomar tierra de forma segura. Las olas reventaban

contra la pared vertical de roca negra, lanzando gotitas saladas al aire. Era evidente que cualquier embarcación que intentara echar amarras allí acabaría hecha pedazos. Agachándose y tirando enérgicamente de los remos, los marineros consiguieron que la barca rodeara un saliente del acantilado. Entonces apareció una playa angosta de arena oscura sembrada de rocas negras. Auraya exhaló un suspiro de alivio cuando pusieron rumbo hacia allí.

Alzó la vista y divisó una línea zigzagueante de escalones tallados en la pared que conducían a la cima. El fondo de la chalupa rozó la arena. Los hombres recogieron los remos, desembarcaron saltando sobre el costado y, aprovechando el impulso de una ola, arrastraron la barca playa adentro.

Auraya se puso de pie y bajó a tierra. Cuando sus sandalias se hundieron en la arena, un agua muy fría le remojó los pies. Tras dar las gracias a los remeros, echó a andar hacia la base de la escalera, mientras ellos empujaban la chalupa de vuelta hacia el agua.

La escalera era empinada, estrecha, y los peldaños eran cóncavos a causa del desgaste. Cuanto más ascendía, más vertiginosa le resultaba la altura respecto de la playa. El viento la golpeaba con fuerza, y ella, nerviosa, se imaginó qué le ocurriría si resbalaba. Dyara no le había enseñado a sobrevivir a una caída. ¿Un escudo defensivo como el que se usaba para protegerse de ataques mágicos la salvaría también del impacto contra la arena o las rocas que se hallaban mucho más abajo?

Tal vez lo mejor era no pensar en ello. Auraya apartó su mente del tema con decisión y continuó su ascenso. Sus pensamientos pronto se centraron de nuevo en la misión que Juran le había encomendado. El pentadriano había sido visto merodeando por las casas de bebidas, tal vez para escuchar las conversaciones de los clientes con la esperanza de captar información de interés para su pueblo. Su descripción no coincidía con la del hechicero poderoso al que se había enfrentado Rian: era mayor y moreno. Aun así, ella no podía evitar sentir cierta aprensión.

«Es imposible que haya dos hechiceros con tanto poder —le había asegurado Juran—. Topamos con alguien así una vez cada siglo. Ese hombre se hospeda en posadas modestas. Dudo que sus dones sean tan extraordinarios como los de un sacerdote superior».

Cuando llegó por fin a la cumbre del acantilado, a Auraya le sorprendió encontrarse con una pequeña multitud que la esperaba. Uno de los edificios de piedranegra que se alzaba al borde del precipicio estaba circundado por una aldea.

Un sacerdote dio unos pasos al frente.

—Bienvenida a Caram, Auraya la Blanca. Soy el sacerdote Valem.

Ella sonrió.

—Gracias, sacerdote Valem.

Este señaló a un hombre bien vestido, de ojos claros y cabello entrecano.

—Este es Borean Cantero, el jefe de nuestra aldea.

Ella lo saludó con una inclinación de cabeza, y el hombre correspondió realizando el signo del círculo con ambas manos. Otros miembros de la comitiva lo imitaron. Auraya advirtió que llevaban ropas sencillas. Aunque la mayoría rehuían su mirada, unos pocos la contemplaban con respeto reverencial. Ella les dedicó una sonrisa cálida.

—Soy también el propietario de la casa de vigía —dijo Borean apuntando con el dedo al edificio que se erguía a la orilla del acantilado—. El sacerdote Valem ha dispuesto que os alojéis allí.

—Será un honor para mí visitar tu hogar —respondió Auraya—. Espero no haberte causado muchas molestias.

—Ninguna en absoluto —contestó él. Le indicó con un gesto cortés que lo siguiera, y se encaminaron hacia la casa. El sacerdote los alcanzó y avanzó al otro lado de ella—. De vez en cuando alquilo habitaciones a viajeros, por lo que no es tan insólito para mí recibir visitas —aseveró Borean—. Sin embargo, no puedo prometeros las comodidades de Jarime.

—Ni yo ni mi compañera Blanca llevamos una vida de lujos. ¿Es muy antigua la casa?

No tuvo que fingir interés mientras él le relataba la larga historia del edificio. Lo había construido un antepasado suyo hacía cientos de años, como hogar y también como atalaya, para prevenirse contra cualquier intento de invasión por mar.

Cuando llegaron ante la puerta, ella se detuvo a agradecer a los aldeanos que hubieran acudido a recibirla. Una vez dentro, animó a Borean a enseñarle

la casa, y el sacerdote caminó tras ellos en silencio. El interior estaba repleto de artefactos, pero no era excesivamente suntuoso. Finalizaron el recorrido en una de las torres achaparradas, donde Borean le mostró el conjunto de habitaciones que ponía a su disposición.

—He pedido a las mujeres del pueblo que os sirvan...

Lo interrumpió un estrépito procedente de abajo, seguido del grito de una mujer. Se oyeron los pasos de alguien que corría. Borean y el sacerdote Valem intercambiaron una mirada de perplejidad. El jefe de la aldea se excusó y se dirigió hacia la puerta del conjunto de habitaciones. Cuando se disponía a salir, un hombre con un tajo de viaje marrón apareció en el umbral, interponiéndose en su camino. Sus ojos, tras desplazarse sobre Borean y el sacerdote, se posaron en los de Auraya.

A esta se le erizó el vello ante la fijeza de su mirada. Había algo extraño en él. Tenía la piel pálida, pero los ojos tan negros que ella no podía distinguir sus pupilas. Sin embargo, no era esta la causa de su rareza. Auraya lo estudió con más detenimiento, y se le hizo un nudo en el estómago cuando comprendió de qué se trataba.

No podía leerle la mente.

—¿Quién eres...? —empezó a decir Borean.

El hombre se volvió hacia el jefe de la aldea, que se tambaleó hacia atrás. Cayó pesadamente, con las manos en el vientre, jadeando. Auraya invocó magia y se apresuró a crear una barrera protectora a través de la habitación entre Borean y el hechicero. El jefe de la aldea se alejó de la puerta a gatas, pugnando todavía por respirar. Ella se abalanzó hacia él para cogerlo del brazo y ayudarlo a levantarse, sin apartar la vista del hombre que estaba en la puerta.

—¿Estás herido? —murmuró.

—Solo... me falta... el aliento —respondió él con voz ronca.

—¿Hay alguna otra salida?

Él asintió.

—Bien. Vete, y llévate al sacerdote contigo.

Juran, llamó mientras los dos hombres se marchaban por una puerta lateral.

¿Sí?

El espía pentadriano está aquí.

¿Tan pronto?

Sí. Fortaleció la conexión para que él viera al hechicero a través de sus ojos.

¿Qué has descubierto en su mente?

Nada. No puedo leérsela. ¿Es una habilidad común entre los pentadrianos?

No lo sé. Tendremos que considerar esa posibilidad. Me pondré en contacto con Dyara.

Ha venido a buscarme. No hay otra razón para que haya entrado en esta casa. ¿Estás seguro de que es un espía? No se comporta como tal.

Seguramente cree que eres una sacerdotisa de cierta importancia y pretende sacarte información por la fuerza. Dudo que sepa quién eres.

—Tú debes de ser Auraya la Blanca —dijo el pentadriano.

Ella se quedó mirándolo, sorprendida.

Creo que podemos descartar esa teoría. —Pensó en Juran—. ¿Dónde está Dyara?

A una hora de camino —respondió Dyara—. Dale conversación, Auraya, y procura que no salga de la casa. No tardaré en llegar.

—Soy Auraya —dijo—. ¿Y tú quién eres?

—Kuar, Voz Primera de los Dioses —contestó.

¡Por el gran Chaia! ¿Es el líder de los pentadrianos? —exclamó Juran con incredulidad—. ¿Por qué iba el líder de una secta a aventurarse a viajar al norte solo? Sin duda está mintiendo.

El pentadriano comenzó a acercarse a Auraya, dando un paso lento tras otro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—He venido a verte —respondió el hechicero.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Para averiguar... —Llegó frente a la barrera de Auraya.

Cuando extendió los brazos ante ella, su tago se abrió y dejó al descubierto una vestimenta negra y un colgante de plata en forma de estrella.

La Blanca frunció el entrecejo. Un espía no se internaría en un país extranjero sin nada más que un tago para encubrir el atuendo de su pueblo.

—¿Qué quieres averiguar? —inquirió ella.

Una descarga de energía golpeó su escudo, lo que hizo restallar rayos de magia a lo largo de su superficie. Auraya contuvo un grito de asombro ante la fuerza del azote. El ataque cesó, y el hechicero la contempló con serenidad.

—Cuánta fuerza tenéis los paganos —respondió él.

Ella clavó en el pentadriano lo que esperaba que fuera una mirada fría.

—¿Eso ha respondido a tu pregunta?

El hombre se encogió de hombros.

—No del todo.

Auraya cruzó los brazos y fijó los ojos en él con aire desafiante. Por dentro temblaba de la impresión.

Juran —dijo—. Sospecho que tu teoría de que nace un hechicero poderoso cada cien años es errónea. Y creo que tu teoría de que es un espía tampoco es correcta.

Me temo que tienes razón respecto a ambas cosas —convino Juran—. Es poderoso, pero tú también lo eres.

Pero ¡a duras penas he aprendido a escudarme!

Es todo cuanto necesitas. Cuando Dyara llegue, ella se ocupará de él.

El hechicero entornó los párpados. Una segunda descarga de magia hizo vibrar la barrera. A cada lado de la habitación, la energía sobrante escaldó la pintura y prendió fuego a los muebles y las colgaduras. La fuerza del ataque aumentaba, obligando a Auraya a invocar cada vez más magia para resistirlo.

¡Qué fuerte es, por todos los dioses!

Tu escudo es demasiado grande —le advirtió Juran—. Encógelo en torno a ti. Así podrás mantenerlo de un modo más eficiente.

Ella siguió su consejo. La repentina contracción de la barrera ocasionó que el ataque del hechicero hiciera añicos cuadros, muebles y ventanas. Ella sintió una punzada de culpabilidad ante todos aquellos destrozos.

El ataque se interrumpió. Ella escrutó el rostro del pentadriano. Tenía una expresión pensativa. Dio otro paso hacia delante.

—Hay formas mucho más civilizadas de conseguir lo que te propones —

le aseguró Auraya—. Podríamos idear algún tipo de prueba. Organizar unos juegos anuales, tal vez. La gente acudiría desde...

Cuando un azote brutal impactó contra su escudo, ella se concentró en invocar y canalizar la magia. El hombre la observaba atentamente sin el menor atisbo de esfuerzo pese a que la intensidad de su ofensiva crecía aún más. Ella advirtió que ya no podía invocar magia lo bastante deprisa para frenar su ataque. Una luz blanca la deslumbró cuando él derribó sus defensas. Auraya experimentó un breve instante de agonía. Trastabilló hacia atrás, sin resuello, y bajó la vista hacia su propio cuerpo. Seguía viva y, para su sorpresa, indemne.

¡Huye! —La comunicación de Juran resonó como un grito en su mente—. *Él es más fuerte. Ya no puedes hacer nada.*

La certeza de que el pentadriano podía matarla la sacudió como un golpe. Presa del terror, se apresuró a generar otro escudo. Al alzar la vista hacia el hechicero, vio que había desplegado una gran sonrisa. «Hasta aquí llega mi inmortalidad —pensó ella—. ¡La gente me recordará como la inmortal menos longeva de la historia!» Dio unos pasos hacia la puerta lateral y topó con una fuerza invisible.

—No, no —dijo el pentadriano—. No te vas. Quiero ver si apelas a tus dioses. ¿Ellos aparecerán? Sería interesante. Aclararía muchas dudas.

¿Tienes alguna ventana detrás?, preguntó Dyara.

Sí, pero si me dirijo hacia ella, él me impedirá el paso.

Entonces tendrás que resistir su ataque. Le llevará un tiempo echar abajo tus defensas otra vez. Aprovecha ese lapso para acercarte a la ventana.

Auraya reuló. El hechicero ensanchó su sonrisa, seguramente complacido por el miedo que veía en ella. «¡Le tengo miedo!» Auraya llegó al cuadrado de luz proyectado por la ventana rota que tenía a su espalda y notó el calor del sol en las pantorrillas. El hechicero bajó la mirada hacia sus pies y frunció el ceño. Lo posó fugazmente en la ventana y achicó los ojos.

Una energía invisible golpeó su escudo. Aunque Auraya se opuso a ella, sus fuerzas insuficientes no impidieron que se viera empujada contra la pared. La ventana estaba a la distancia de un brazo. El pentadriano se acercó con grandes zancadas hasta detenerse frente a ella.

—¿Dónde están tus dioses? —preguntó—. Ya conozco tu poder. No tardaré mucho en derrotarte de nuevo. Apela a tus dioses.

Ella tenía la ventana muy cerca, pero no podía moverse. El hechicero sacudió la cabeza.

—No existen. Sois impostores. Merecéis morir.

Separó los dedos frente al pecho de Auraya. Esta intentó retroceder, pero tenía la espalda contra la dura pared. Si al menos fuera posible atravesarla...

«Pero ¡por supuesto que puedo!» Concentró energía y la lanzó hacia atrás en una gran descarga. La pared cedió con un crujido ensordecedor. Auraya vio los ojos del hechicero, desorbitados de estupefacción, mientras ella se precipitaba en el vacío. Se preparó para el impacto de su escudo contra el suelo.

Pero el impacto no se produjo.

Ella continuaba cayendo. Al volverse cabeza abajo vio arena, rocas y agua que se aproximaban a toda velocidad.

«¡Tengo que detenerme!»

Sintió que la magia la recorría, obedeciendo la orden de su mente. La sensación de caída cesó con una sacudida violenta. Por un momento, estuvo demasiado aturdida para pensar. Inspiró una vez, y luego otra. Abrió los ojos despacio, incapaz de recordar cuándo los había cerrado.

Un muro de arena oscura se extendía ante ella, al alcance de su mano.

«No es un muro —rectificó—, sino la playa». Al mirar alrededor, vio la pared del acantilado a su derecha y el mar a su izquierda. Estaba flotando en el aire.

«¿Cómo es posible?»

Hizo memoria y se acordó del pensamiento que le había pasado por la cabeza. «Quería detenerme, dejar de moverme».

Era algo más que eso. Se había visto a sí misma moviéndose respecto a lo que la rodeaba; no en relación con el precipicio o el mar, sino con todo. Con el mundo entero.

«Y lo hice. —Meneó la cabeza, asombrada—. Y sigo haciéndolo. ¿Puedo conseguir moverme de nuevo ejerciendo mi voluntad para cambiar de posición respecto al mundo?»

Vaciló por un instante, temerosa de que si examinaba el nuevo don, este desapareciera y ella diera con su cuerpo en la playa. No sería una caída mortal, pero sí desilusionante.

«No obstante —razonó—, si esta facultad, este don, requiriese una gran concentración mental, yo habría sido consciente de él desde el principio». No, se trataba de una habilidad distinta de las que había aprendido hasta entonces. Era como aprender a andar; algo que podía hacer sin pensar en ello.

«Si adquirir un don es comparable a aprender a tocar un instrumento, esto se parece más a cantar».

Si conseguía moverse, sería como si volara. Esta idea le provocó una oleada de emoción.

«Tengo que intentarlo. Yo en relación con el mundo. Quiero darme la vuelta y colocarme boca arriba».

Se colocó de costado en tres movimientos bruscos. El acantilado se alzaba por encima de ella. Pensó en desplazarse más arriba y comenzó a ascender. Primero despacio y luego con velocidad creciente, se elevó en el aire. Decidió que estaría más cómoda en posición vertical. Giró lentamente hasta ponerse cabeza arriba. Sobrepasó el borde del abismo y se detuvo cuando se percató de que tenía la casa de vigía debajo.

De pronto se acordó del hechicero y su euforia se desvaneció. Salía humo del boquete que ella había abierto en un lado del edificio. Los aldeanos acarreaban cubos de agua hacia allí desde un pozo. A Auraya se le formó un nudo de miedo en el estómago mientras intentaba localizar al pentadriano. Si él seguía allí, tendría que retirarse hasta que llegara Dyara.

Sobrevoló la aldea, buscándolo en vano. Entonces avistó una figura oscura que cabalgaba hacia el norte a lomos de un raina. Trató de captar los pensamientos del hechicero, pero no percibió ninguno. Suspiró, aliviada.

«Debe de haber supuesto que he muerto. En cuanto a Juran y Dyara, deben de estar preguntándose qué ha ocurrido. —Sonrió—. No me creerán».

Juran.

¿Auraya? Estás viva. ¿Qué...? ¿Dónde estás?

Por encima de Caram.

No lo entiendo...

Yo tampoco. Como los dioses no podían hacerme más fuerte, me han concedido un nuevo don. Estoy viendo al hechicero. Se marcha. ¿Quieres que lo siga, o voy al encuentro de Dyara?

No te pongas en una situación peligrosa. Reúnete con Dyara. Las dos debéis regresar.

¡No podemos dejar escapar al hechicero!, protestó Dyara.

No nos queda otro remedio. Tú eres más poderosa que Auraya, pero no sabemos si posees la fuerza suficiente, y mientras ella no complete su formación, no debemos enviarla a plantar cara a hechiceros tan peligrosos..., ni siquiera con la ayuda de otros. Encuéntrate con Auraya y volved a Jarime.

Auraya inspeccionó los edificios desde lo alto. Ya no surgían volutas de humo de la casa. Vio salir a Borean, y por sus gestos dedujo que estaba diciendo a los vecinos que el agua ya no era necesaria.

¿Dónde estás, Dyara?

En la carretera, no muy lejos ya.

Me dirigiré hacia el sur para reunirme contigo.

Tras interrumpir la conexión, Auraya ejerció una vez más su voluntad para ponerse en movimiento.

13

Lo primero en lo que se fijó Leiard cuando Danyin Lanza abrió la puerta de los aposentos de Auraya fue en la palidez del consejero. No era solo porque no estaba disimulando su miedo a las alturas tan bien como de costumbre, sino por el pasmo y la admiración que lo embargaban.

—Tejedor de sueños Leiard —dijo Danyin entrecortadamente—. Mairae quiere que subas al tejado. Las escaleras te llevarán hasta allí.

—Gracias, Danyin Lanza.

Una ráfaga de aire frío salió de la habitación. Cuando Leiard se detuvo y miró por encima del hombro de Danyin, vio a un par de trabajadores de pie ante una ventana desprovista de cristal.

«De modo que por eso su miedo se ha intensificado. Es demasiado consciente de que nada lo separa del abismo. Pero ¿por qué falta el cristal? ¿Lo habrá roto alguien que se ha caído?» No percibía en el consejero o en los otros hombres nada que indicara que esto había ocurrido.

Danyin cerró la puerta con firmeza, tapándole la vista del interior de la habitación. Leiard sacudió la cabeza y empezó a subir las escaleras. El misterio seguramente se esclarecería cuando hablara con Auraya.

El *Heraldo* había regresado a Jarime tres días antes, y Leiard había vuelto a la casa de los Tahonero. La noticia de la firma de la alianza había corrido más deprisa, y Tanara ya había organizado una cena de celebración a la que había invitado a otros tejedores de sueños y amigos simpatizantes. No todos

estaban tan convencidos como ella de que aquello marcaba el inicio de la paz entre los tejedores y los circulianos, pero había unanimidad respecto a que el acoso a los «paganos» en Jarime se había reducido de forma notable en los últimos meses.

Jayim se había mostrado callado y meditabundo durante la velada. Más tarde, había hecho a Leiard varias preguntas sobre su intervención en aquel asunto. A Leiard le dio la sensación de que el muchacho estaba a punto de tomar una determinación sobre su futuro. No lo presionó. Jayim tenía que decidir por sí mismo.

Por la mañana, un ambiente de expectación imperaba en la casa. Jayim había estado tenso y taciturno, claramente esperando el momento oportuno para hablar. Al final del desayuno, había preguntado a Leiard si aún quería ser su maestro. Tras un breve intercambio de palabras, este había conseguido un discípulo.

Tanara apenas había tenido tiempo de asimilar lo sucedido cuando había llegado la orden de que Leiard acudiera a la Torre Blanca. Él se había marchado, dejando al chico sonriendo de oreja a oreja y a su madre planeando otra cena de celebración. Ahora, mientras subía los escalones hacia el tejado, se preguntó si estaba contento con el acuerdo. Jayim era un muchacho inteligente y dotado. El entrenamiento y la madurez lo convertirían en un buen tejedor de sueños. Entonces ¿por qué no lograba ahuyentar la desazón? ¿Añoraba la soledad, o simplemente lo abrumaba la carga de instruir a un discípulo? ¿O tal vez albergaba la esperanza, muy en el fondo, de que Auraya regresara a su lado?

«En ese caso, sería un necio».

El final de la escalera apareció. Una pequeña puerta entreabierta oscilaba con suavidad. Leiard sintió el frescor del aire en la cara.

Cuando salió, algo descendió velozmente hasta ocultarse tras el borde de la torre. Leiard se detuvo con el ceño fruncido. Aquello era demasiado grande para tratarse de un pájaro. Por unos instantes, le había parecido entrever proporciones humanas. ¿Había llegado un siyí a Jarime? Se le aceleró el pulso al pensarlo. Que él supiera, ningún siyí había volado nunca tan lejos. Se dirigió a toda prisa hacia la barandilla de la azotea.

Cuando se asomó por encima, vio la figura con claridad. No se trataba de un siyí, sino de un ser humano de tamaño normal. Contra toda lógica, esa persona, aquella mujer, no tenía alas. Un cirque blanco ondeaba hacia atrás desde sus hombros. Ella estaba describiendo círculos en el aire. Cuando volvió el rostro hacia arriba, a Leiard le dio un vuelco el corazón.

«¡Auraya!»

Se quedó mirándola con incredulidad. «¿Cómo es posible?»

«Con magia, obviamente», respondió una voz en su cabeza.

Nunca había presenciado hazaña semejante. Aunque muchos hechiceros lo habían intentado, ninguno lo había conseguido. Hasta ese momento, él ni siquiera sabía que era posible, pero allí estaba ella, desafiando la atracción de la tierra.

«¡Está volando!»

Leiard reflexionó sobre el precio que habían pagado los siyís por poder surcar los cielos, y de pronto le dolía contemplarla. No solo le producía dolor, sino una sensación de vacío, como si sus últimas esperanzas se desvanecieran. Por mucho que Auraya se hubiera desilusionado con su vida, nada podría convencerla de que renunciara a aquello.

Lucía una gran sonrisa, totalmente concentrada en las acrobacias que ejecutaba con entusiasmo pero con cierta lentitud.

—¡Leiard! —Había reparado en su presencia—. ¡Mira lo que puedo hacer! —le gritó.

Realizó otro giro en el aire. Cuando el viento levantó su cirque, él advirtió que Auraya llevaba pantalones debajo en vez de la vestidura larga habitual. Sin duda esta le habría estorbado al volar, por lo menos con un mínimo de dignidad.

A Leiard se le escapó una sonrisa. El timbre infantil de la voz de Auraya le recordó a la niña que había sido. Cuando la joven posó la vista en un punto situado detrás de él, su sonrisa perdió fuerza. Descendió en picado y Leiard la observó aterrizar en el tejado.

Un sacerdote caminaba hacia ellos. Pese a su porte majestuoso, su semblante reflejaba una cordial preocupación. Algo en él le resultaba conocido a Leiard.

«Es él», anunció la voz en el fondo de su mente.

«¿Quién?», preguntó él. Aunque no obtuvo respuesta, no la necesitaba. El cirque del sacerdote carecía de adornos, y solo había un Blanco al que Leiard no había conocido aún.

—Juran —dijo Auraya—, te presento al tejedor de sueños Leiard. Leiard, te presento a Juran el Blanco.

De pronto, la imagen del rostro de Juran lleno de determinación acudió a la memoria de Leiard, junto con una oleada de miedo que consiguió contener. No podía rehuir aquel encuentro. «Juran no tiene motivos para hacerme daño», se dijo.

El Blanco arrugó el entrecejo, pues sin duda había leído los pensamientos de Leiard, pero sus facciones se relajaron.

—Tejedor asesor Leiard —saludó—, me alegra conocerte al fin. Gracias por contribuir a sellar la alianza con Somrey. Auraya y Mairae me aseguran que tu ayuda fue muy valiosa.

Leiard inclinó la cabeza.

—Fue un placer ayudarlas. —Miró a la Blanca—. Y, al parecer, los dioses están complacidos con la labor de Auraya.

Juran sonrió.

—Podrían habernos avisado —repuso apesadumbrado, pero sin asomo de reproche. Su expresión se tornó seria de nuevo—. Auraya me ha hablado de los recuerdos de conexión. Dice que conservas muchos que pertenecían a Mirar.

La sonrisa de Auraya se esfumó. Posó en Leiard una mirada ceñuda de inquietud.

—Así es —respondió este—. No tengo idea de quién me los transmitió ni dónde. No había participado en una conexión de memorias desde hacía muchos años.

Juran asintió.

—¿De cuándo son esos recuerdos?

—Son fragmentarios —contestó Leiard con sinceridad—. Es difícil saber a qué época pertenecen. Algunos son antiguos, a juzgar por los monumentos que aparecen en ellos sin señales de deterioro. En otros casos es imposible

determinarlo.

Juran abrió la boca como para añadir algo, pero movió la cabeza y se volvió hacia Auraya.

—Tenemos muchas cosas que hacer hoy, y estoy seguro de que tu asesor agradecería que eligiéramos un marco más acogedor que la azotea de la torre para comentar vuestra estancia en Somrey.

—Entonces tal vez lo mejor sería reunirnos en tus aposentos —propuso ella—. En los míos he hecho sustituir una ventana por una puerta. Hay... un poco de corriente.

Juran arqueó las cejas.

—En mis aposentos, pues. —Miró a Leiard—. No nos entretengamos más. —Con un gesto cortés, indicó a Leiard que caminara a su lado hacia la puerta de la escalera.

En cuanto el tejedor acomodó su paso al del líder de los Blancos, el recelo irreprimible se apoderó de él. «No te fíes de él», susurró la otra voz en su cabeza. Leiard respiró hondo y se esforzó por no escucharla. Más valía que empezara pronto a enseñarle a Jayim a conectarse, lo que le permitiría reafirmar su propia identidad con regularidad.

Esta vez las palabras rituales que recitó Juran al principio de la reunión en el altar despertaron en Auraya un sentimiento tanto de gratitud como de lealtad. Las dos frases breves que ella pronunció estaban más cargadas de sinceridad que nunca.

—Os damos las gracias.

Los motivos de su agradecimiento incluían ahora el don extraordinario que los dioses le habían conferido. Juran la había mandado llamar a la azotea temprano, pues quería intentar dominar aquella técnica. Aunque Auraya se la había explicado con la mayor claridad posible e incluso le había transmitido mentalmente su interpretación sobre ella, él no había sido capaz de imitarla.

—Tal vez debería lanzarme desde lo alto de la torre —había murmurado. Al echar una ojeada al suelo por encima de la barandilla, se había estremecido—. No, creo que hay riesgos que no vale la pena correr. No sería

una forma agradable de descubrir que este don está concebido solo para ti.

Era una posibilidad interesante. ¿Concederían los dioses un don único a cada uno de los demás? Tal vez les ofrecerían una explicación hoy...

—Guiadnos.

En cuanto esta palabra salió de su boca, sus pensamientos se desviaron hacia la otra razón por la que estaban allí reunidos, y su humor se ensombreció. Tenían que hablar de su encuentro con el hechicero pentadriano.

Una vez finalizado el breve ritual, Juran contempló a los otros Blancos con seriedad.

—Dos hechiceros negros —dijo—, ambos pentadrianos, ambos poderosos. Uno de ellos aseguraba ser Kuar, el líder de su secta. De ser cierto, ¿por qué vino aquí solo? ¿Por qué vino el otro pentadriano? ¿Suponen un peligro para Ithania del Norte? —Hizo una pausa y posó la vista en cada uno de ellos, expectante.

—La respuesta a tu última pregunta es evidente —dijo Dyara—. El hombre que se hacía llamar Kuar venció a Auraya en un combate de fuerza pura. Ella es más fuerte que Rian y Mairae, lo que significa que el hechicero representa una amenaza para tres de nosotros, como mínimo. El primer pentadriano nos demostró lo peligrosos que son para los habitantes de Ithania del Norte.

—Kuar no mató a civiles —le recordó Juran—. No debemos juzgar a todos los pentadrianos por los actos del primer hechicero al que nos enfrentamos. Tal vez este abusaba de su poder aprovechando que no se hallaba bajo el control de sus superiores.

Dyara frunció el entrecejo y asintió.

—Cierto.

—Podemos estar seguros de que nos desprecian —señaló Rian—. Ambos nos tildaron de paganos.

—Sí —convino Auraya—. Kuar me instó a apelar a los dioses, como si no creyera que ellos fueran a protegerme.

Es obvio que la religión es la principal causa de su resentimiento contra nosotros, y que son peligrosos, dijo Mairae.

Incluso a través de la conexión telepática, Auraya percibió la impaciencia de la mujer.

Quiero saber de qué son capaces, y si están planeando más ataques.

—Debemos enviar a más espías —aseveró Dyara.

Juran movió la cabeza afirmativamente.

—Ya tenemos algunos allí, pero es hora de incrementar su número. Necesitamos a más sacerdotes para agilizar la comunicación.

—Sabemos que no les gustan los sacerdotes circulianos —advirtió Rian—. Han expulsado a todos los sacerdotes que han viajado a Ithania del Sur.

—Los que enviemos ahora irán de incógnito.

—Si los descubren, los matarán.

Juran torció el gesto.

—Es un riesgo que debemos correr. Busca voluntarios entre los sacerdotes y asegúrate de que estén bien informados. No enviaré a nadie que no asuma el peligro de forma consciente.

Rian asintió.

—Así lo haré.

Juran se frotó la barbilla, pensativo.

—Kuar se esforzó por pasar inadvertido al principio. No llamó la atención sobre sí mismo como había hecho el primer hechicero pentadriano. Al parecer, ambos querían poner a prueba nuestras defensas y nuestra fuerza. Espero que hayan concluido que somos un pueblo demasiado poderoso para plantearse algún acto hostil. —Suspiró—. Salta a la vista que ninguno de nosotros podría plantar cara por sí solo a uno de esos hechiceros pentadrianos. Tendremos que actuar con más reserva para que solo unas pocas personas de confianza sepan cuándo uno de nosotros está separado de los demás. —Juntó las cejas—. Esperemos que esos dos no regresen aquí juntos.

Auraya sintió un escalofrío al pensar en ello, lo que le valió una mirada comprensiva por parte de Dyara. La actitud de la mujer hacia Auraya había cambiado sensiblemente. Se mostraba menos crítica con ella y casi la trataba con camaradería. Auraya esperaba que la causa fuera su éxito en Somrey, pero sospechaba que Dyara sencillamente le brindaba su apoyo porque

suponía que Auraya había quedado muy afectada tras su enfrentamiento con Kuar.

—¿Dónde está Kuar ahora? —preguntó Dyara.

—Fue visto dirigiéndose hacia el norte un día después de su encuentro con Auraya. Luego, como el hechicero anterior, robó una embarcación.

—¿Y qué hay de la hechicera vista en Toren? —inquirió Rian.

Juran sacudió la cabeza.

—No es pentadriana. Según los informes que he recibido, vivía sola en un faro antiguo y vendía remedios a los lugareños. El jefe de la aldea no veía esto con buenos ojos, así que pidió a un sacerdote que la echara, pero ella huyó antes de que este llegara. El sacerdote habría dejado correr el asunto, pero las historias que se contaban sobre la mujer lo inquietaron, sobre todo la afirmación de los aldeanos de que llevaba más de cien años viviendo allí. Le preocupa que pueda ser una indómita.

—¿Una anciana? ¿Podría tratarse de la Arpía? —preguntó Rian.

Juran se encogió de hombros.

—Las personas pueden vivir más de un siglo, y las historias del pasado suelen exagerarse con cada generación. Sin embargo, estamos obligados a investigar todos los rumores sobre indómitos, así que he encomendado al sacerdote la tarea de encontrarla.

—¿No es peligroso? —quiso saber Auraya—. Si es una indómita, será más poderosa que él.

Juran asintió.

—Es un riesgo que el sacerdote ha decidido correr. Nosotros desde luego no disponemos de tiempo para ir a la caza de esa mujer. —Meneó la cabeza—. Si él nos confirma que ella es una indómita, tendremos que... —Su voz se apagó y todos miraron alrededor, sorprendidos, cuando los cinco lados del altar comenzaron a desplegarse. Se pusieron de pie lentamente.

—¿Qué significa esto? —preguntó Auraya.

—Los dioses están aquí —jadeó Rian, con un brillo de fervor religioso en los ojos.

De pronto, unos pasos resonaron bajo la enorme Cúpula.

Dyara puso cara de impaciencia.

—Si son ellos, han adoptado una forma humilde hoy. No, alguien está a punto de interrumpirnos, sin duda por una razón importante. —Inclinó la cabeza y lanzó una mirada significativa por encima del hombro de Rian.

Se volvieron todos a una para ver a un sacerdote superior caminar a toda prisa hacia ellos.

—Perdonad la intrusión —resolló cuando alcanzó el estrado—. Dos embajadores acaban de llegar.

—¿De qué país son? —preguntó Juran.

—Son... de Si.

«¡Los siyís!» Auraya inspiró con brusquedad y oyó que Dyara emitía una leve exclamación de asombro. Juran posó la vista en ella, con una ceja arqueada, antes de apartarse de su silla.

—Entonces será mejor que vayamos a recibirlos —dijo.

Salieron del altar y se encaminaron con paso veloz hacia el borde de la Cúpula. Cientos de sacerdotes congregados delante del edificio miraban hacia arriba. Cuando Auraya siguió la dirección de su mirada, el corazón le dio un vuelco al divisar las diminutas figuras aladas que describían círculos en torno a la torre.

—Seguramente no saben que estamos aquí abajo —dijo Dyara—. ¿Nos reunimos con ellos en lo alto de la torre?

Auraya sonrió.

—Yo podría ahorraros el esfuerzo.

Dyara clavó los ojos en Auraya con expresión indescifrable. Juran soltó una risita.

—El propósito de los dioses se hace más claro con cada momento que pasa —murmuró—. Adelante, Auraya. Reúnete con ellos en su propio territorio, por así decirlo.

Auraya se concentró en la percepción del mundo que la rodeaba y en su posición relativa a él. Tras invocar magia, comenzó a elevarse con velocidad creciente hasta que la pared de la torre pasó a gran velocidad frente a ella. Alcanzaba a entrever rostros en las ventanas. Los siyís no repararon en ella hasta que casi se hallaba a su altura. Entonces se alejaron rápidamente, sobresaltados.

Auraya redujo la velocidad hasta quedar flotando en el aire y los observó mientras empezaban a dar vueltas alrededor de ella sin acercarse. Desde aquella distancia, pudo comprobar que todo lo que le habían contado sobre los siyís era inexacto. Excepto lo que le había dicho Leiard, rectificó.

Semejaban niños, pero no solo por su tamaño, sino también porque sus cabezas eran grandes en proporción a su cuerpo. Tenían el pecho amplio y los brazos enjutos, pero musculosos. Sus alas carecían de plumas, y no las llevaban sujetas a su espalda, contrariamente a lo que rezaba la leyenda. Sus brazos eran sus alas: los huesos alargados de sus dedos formaban el armazón de una membrana traslúcida que se extendía entre las yemas y el torso.

Las sisas de sus chalecos les llegaban hasta las caderas, para que cupiesen sus alas. Llevaban la parte inferior de su cuerpo cubierta con unos pantalones ceñidos hechos de la misma tela basta que sus chalecos, y bien sujetos a las piernas por medio de unas correas.

Cuando los dos estrecharon el círculo en torno a ella, captó detalles más sutiles. Los últimos tres dedos de cada mano componían las alas, dejando libres el índice y el pulgar. Auraya se percató de que no estaba segura de si los consideraba bellos o feos. Si bien sus rostros angulosos y de ojos grandes eran de una finura exquisita, su delgadez y sus alas sin plumas no estaban a la altura de las imágenes de ellos que aparecían en pergaminos y cuadros. Por otro lado, volaban alrededor de ella con una elegante desenvoltura que le parecía fascinante.

—Bienvenidos a Jarime, embajadores de Siyí —los saludó—. Soy Auraya la Blanca.

Los siyís intercambiaron una serie de silbidos entre los que intercalaban alguna que otra palabra articulada en tonos agudos. Al leer su mente, ella descubrió que esta era su forma de hablar.

—Debe de ser una de las Elegidas de los dioses —dijo uno de ellos.

—Sin duda —respondió el otro—. ¿Cómo se explicaría si no que esté inmóvil en el aire?

—Su mensaje no decía nada acerca de su capacidad de...

—¿Desafiar la atracción de la tierra? —aventuró el otro.

Ella se concentró en sus mentes y encontró en ellas las palabras que

necesitaba. Imitar su lenguaje le resultó más complicado, pero cuando repitió su saludo, los dos se acercaron más.

—Soy Tiril, de la tribu del lago Verde —dijo uno de los siyís—. Mi acompañante es Ziriz, de la tribu del río Bifurcado. Hemos volado grandes distancias para hablar con los Elegidos de los dioses.

—Nuestros portavoces nos han enviado para hablar de la alianza que habéis propuesto —añadió el otro.

Auraya asintió y leyó sus pensamientos en busca de las palabras.

—Los demás Elegidos de los dioses aguardan abajo. ¿Queréis bajar para conocerlos?

Los dos siyís se miraron y acto seguido asintieron. Cuando ella descendió, ellos la siguieron sin dejar de dar vueltas. Auraya comprendió que no podían detenerse en el aire como ella. Tenían que planear continuamente para no perder altura. Ella se fijó en los cambios de postura apenas perceptibles que realizaban para compensar las variaciones del viento. Cuando la Blanca se encontraba cerca del suelo, los siyís se dirigieron velozmente hacia una zona despejada del pavimento para aterrizar. Auraya fue tras ellos.

Cuando sus pies se posaron en el suelo, Juran, Rian y Dyara se aproximaron a ellos. Los siyís observaban la multitud de sacerdotes con nerviosismo visible.

—No temáis —les dijo Auraya—. Simplemente están sorprendidos de veros. No os harán ningún daño.

Los siyís dirigieron su atención a los otros Blancos. Tiril dio un paso al frente.

—Hemos venido para discutir la alianza —dijo escuetamente.

—Habéis volado desde muy lejos —contestó Juran suavizando el tono al hablar su extraño idioma—. ¿Os gustaría descansar y comer algo antes? En la torre disponemos de habitaciones para invitados. —Los dos siyís alzaron la vista hacia la torre con aire dubitativo—. O, si eso no resulta apropiado, podemos montar una tienda de lona en los jardines —añadió Juran.

Tras un breve intercambio de silbidos leves, Tiril hizo un gesto afirmativo.

—Aceptamos con gusto vuestras habitaciones en la torre —respondió.
Juran inclinó la cabeza a su vez.

—En ese caso, os acompañaré dentro y me encargaré de que estéis cómodos. Si os parece aceptable, nos reuniremos mañana para hablar de la alianza.

—Nos parece aceptable.

Cuando Juran se alejó con ellos en dirección a la torre, Auraya se percató de que Dyara la miraba.

—Vaya, todo encaja a la perfección.

Auraya frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A que has obtenido la facultad de volar pocos días antes de que llegaran los seres del cielo.

—¿Y crees que yo soy responsable de ello?

—En absoluto. —Dyara sonrió—. Los dioses rara vez son reservados respecto a sus intenciones. En eso estriba nuestra ventaja sobre los pentadrianos. No tenemos que inventarnos señales misteriosas o engaños complicados para convencer a nuestro pueblo de su existencia.

14

Una luz color naranja bañaba las cuevas de piedra del Claro. Mientras el sol se ponía, se encendían hogueras en el centro del calvero formando un círculo. Las canciones, el batir de tambores y los silbidos con que los siyís se llamaban unos a otros llenaban el aire.

Todos estos sonidos contribuían a crear una atmósfera festiva y cargada de expectación. Tryss sintió una punzada de emoción al contemplar la escena. Había siyís de todas las edades, vestidos con sus mejores galas y con dibujos de colores vivos pintados en la piel bronceada. Tanto hombres como mujeres iban adornados con joyas. Cada rostro resultaba extraño y maravilloso, pues todos llevaban máscaras.

Cuando Tryss tomó tierra junto a su padre, paseó la vista alrededor, impresionado. Como de costumbre, la variedad y la factura de las caretas eran increíbles. Había máscaras de animales, insectos y flores; máscaras decoradas y máscaras cubiertas de símbolos. Tryss reprimió una exclamación de sorpresa al ver un antifaz cuidadosamente tallado que representaba un siyí con las alas desplegadas, sonrió ante un hombre que tenía una mano descomunal por cabeza y soltó una carcajada al fijarse en una mujer cuya máscara era una oreja enorme.

Unas chicas lo adelantaron a toda prisa, entre risitas, luciendo antifaces hechos de plumas. Un anciano cojeaba en dirección contraria, con la cabellera cana derramándose por debajo de la desgastada figura de una

cabeza de pez. Dos niños pequeños estuvieron a punto de chocar contra las piernas de Tryss mientras se abrían paso entre la gente, uno de ellos con el rostro oculto tras un sol, el otro cubierto en parte por una media luna.

Mientras Tryss seguía a su padre hacia su puesto habitual en el gran círculo, alzó una mano para enderezarse la máscara. Le parecía anodina y ridícula en comparación con algunas de las que había visto; no era más que un diseño de hojas otoñales repintado con el que había asistido a un festival de trei-trei hacía años. No había tenido tiempo de fabricarse una careta nueva, pues dedicaba todos sus ratos libres a ejercitarse en el uso de su arnés nuevo y sus cerbatanas.

Drili estaba complacida con sus progresos, aunque seguía errando la mitad de los tiros. Ella le había asegurado que la gente no esperaba que los arqueros dieran en el blanco siempre, por lo que tampoco se lo exigirían a él. Tryss no estaba tan seguro de ello. Cuando llegara el momento de hacer una demostración de su invento, tenía que deslumbrar y emocionar a su público. Necesitaba poner de manifiesto que su método era mejor que cazar con arco desde el suelo o que tender trampas.

Suspiró. Aquella noche quería olvidarse de todo eso. El trei-trei de verano, que se organizaba hacia el final de la estación, era la última Congregación festiva anterior a la llegada del largo invierno, una última oportunidad de celebrar y gastar energías en vuelos acrobáticos.

Además, ese año, él tenía una acompañante.

Cuando los padres de Tryss ocupaban su sitio entre la tribu, dos voces se destacaron por encima del bullicio general.

—... la he visto antes, ¿tú no?

—Sí, hace tres años, creo. Una mano de pintura no basta para darle buen aspecto a una máscara vieja, ¿a que no? ¡Y encima, una hoja seca en verano! Ni siquiera ha acertado la estación.

Tryss decidió fingir que no había oído las voces, pero la madre dirigió la vista hacia ellos.

—Ya no te llevas bien con tus primos, ¿verdad?

Parecía preocupada. Tryss se encogió de hombros.

—Ellos no se llevan bien conmigo —replicó—, al menos desde que me

harté de que me hicieran quedar como un idiota para sentirse mejores — añadió por lo bajo.

Ella arqueó las cejas.

—Así que es por eso. Pensaba que había otra razón.

Él la miró con el entrecejo arrugado, pero algo había captado la atención de su madre. Ella posó los ojos en él, asintió con expresión significativa y se volvió de nuevo hacia otro lado. Al seguir la dirección de su mirada, él vio a una joven con cara de mariposa y al instante supo que se trataba de Drili. Ninguna otra chica caminaba como ella, pensó, con aplomo pero sin ostentación. Su elegancia no era en absoluto artificiosa.

Al contemplar otra vez a su madre, Tryss reflexionó sobre su insinuación de que Drili era la causa de las pullas de sus primos. Seguramente estaba en lo cierto. Los corroía la envidia. No había motivo. Drili lo apreciaba y lo ayudaba con sus inventos, pero él no tenía la menor idea de si lo consideraba algo más que un amigo.

Salvo por el pequeño detalle de que lo había engatusado para que la invitara a ir con él al trei-trei, y una chica no hacía eso si no estaba interesada en que hubiera algo más que amistad entre el chico y ella.

Los últimos rayos del sol habían desaparecido. Mientras Drili y su familia se colocaban en su lugar, las notas de los instrumentos que había en torno al círculo comenzaron a sincronizarse. El alboroto cesó de inmediato. El portavoz de otra tribu, vestido con el atuendo tradicional de Maestro de Combinaciones, se acercó al centro del círculo. Era el encargado de dirigir las festividades, elegir el orden de las combinaciones de vuelo y otorgar los premios.

—Desde que, siglos ha, Huan declaró que había finalizado su obra y que estábamos preparados para gobernarnos por nosotros mismos, nos reunimos cada invierno y cada verano para festejar y manifestar nuestro agradecimiento —proclamó—. Afinamos nuestras habilidades y ponemos a prueba nuestra destreza para que ella nos contemple y se enorgullezca de nosotros. En primavera, rendimos homenaje a los más ancianos y los más jóvenes entre nosotros. En verano, celebramos la relación entre el hombre y la mujer, ya sean una pareja recién formada o compañeros de muchos años. —Alzó los

brazos—. Así pues, ¡que las parejas den comienzo al trei-trei!

Cuando los músicos atacaron una antigua melodía de ritmo animado, los padres de Tryss intercambiaron una sonrisa y se quitaron los antifaces. Corrieron hacia delante, remontaron el vuelo y se unieron a las otras parejas que giraban ejecutando los movimientos tradicionales. Tryss desvió la mirada hacia la tribu de Drili. Ella lo observaba con expectación.

Él echó a andar hacia ella, pero se detuvo cuando dos figuras familiares se acercaron a la chica desde los lados. La sonrisa de Drili se transformó en un gesto ceñudo cuando Ziss la agarró de la muñeca.

Aunque Tryss no alcanzó a distinguir sus palabras entre la confusión de voces, el modo en que sacudía la cabeza dejó claro lo que quería expresar. Ziss puso cara de pocos amigos, pero no la soltó. Ella se volvió de golpe y clavó la vista en Trinn, que estaba al otro lado, y la rabia asomó a su rostro. Se zafó de la mano de Ziss y se alejó con grandes zancadas.

Tryss advirtió que el padre de Drili tenía la atención puesta en ella. La arruga entre sus cejas se hizo más profunda cuando la joven llegó junto a Tryss.

«¿Eso es desaprobación?», se preguntó el chico.

—Tryss —dijo ella—, no ibas a dejar que me desembarazara de tus primos yo sola, ¿verdad?

Él sonrió.

—Eres perfectamente capaz de defenderte sola, Drili.

—Es todo un detalle que pienses eso, pero me habría parecido mucho más halagador que acudieras valerosamente a mi rescate —refunfuñó ella.

—Entonces tendrías que haberme dado tiempo para llegar hasta allí antes de encargarte tú de ellos —repuso Tryss.

La música cambió y ella alzó la mirada hacia los voladores, con un brillo de ilusión en los ojos.

—Sería un honor para mí que volaras conmigo —dijo él, incómodo al pronunciar palabras tan formales.

Drili esbozó una gran sonrisa y se quitó el antifaz. Él hizo lo mismo y dejó su careta en el suelo, junto a la de ella. Cuando se volvió hacia el círculo echó un vistazo a sus primos. Los dos lo fulminaron con la mirada.

Entonces Drili y él arrancaron a correr. Se separaron y se elevaron en el aire. Tryss notó que el calor de una hoguera producía una corriente ascendente bajo sus alas que lo impulsaba hacia arriba, con Drili a su lado. Al cabo de un momento habían encontrado un lugar entre las parejas y seguían los movimientos sencillos de una combinación pública poco complicada.

Había participado en combinaciones muchas veces, pero nunca de aquella manera. En sus primeros años, había volado con su madre, siguiendo sus movimientos con cuidado. Más tarde, había tenido que dirigir a sus primos más jóvenes. Drili no dirigía ni seguía. A Tryss le bastaba con fijarse en sus leves cambios de postura para saber qué quería o qué planeaba hacer, y ella respondía a él del mismo modo. Resultaba tan emocionante como tranquilizador, tan liberador como hipnótico.

Permanecieron en el aire ejecutando una combinación tras otra, concentrados únicamente el uno en el otro, sin importar si las piezas eran alegres o lentas. Tryss descubrió que podía realizar combinaciones complejas que nunca se había molestado en practicar. Finalmente, la música cesó y ellos descendieron al suelo para mirar cómo instalaban aros y postes para las pruebas acrobáticas. Poco después, había siyís volando de un lado a otro a gran velocidad, suscitando gritos de entusiasmo entre los espectadores.

Durante una de las ovaciones más ruidosas, Drili se inclinó hacia él.

—Escabullámonos —susurró.

Tryss se volvió hacia ella, sorprendido. Drili lo tomó de la mano y lo guió entre la multitud hacia el bosque oscuro que bordeaba el Claro. Se detenían de cuando en cuando para mirar o charlar con viejos amigos. Tras lanzar una mirada lenta y cautelosa alrededor, ella se le acercó de nuevo.

—Avanza cincuenta pasos cuesta arriba por el bosque, párate y espera. Contaré hasta cien y luego te seguiré.

Él asintió. Echó un vistazo en torno a sí para asegurarse de que nadie lo miraba y aguardó a que uno de los acróbatas iniciara una maniobra complicada para internarse en el bosque con paso veloz. Reinaba la oscuridad entre los árboles. Los inmensos troncos tenían una presencia siniestra que él nunca había percibido de día. No acertaba a entender por qué: los siyís llevaban casi tres siglos viviendo allí y los árboles nunca les habían hecho el

menor daño.

De pronto, se percató de que había perdido la cuenta de los pasos y se detuvo. Al cabo de un rato oyó los sonidos suaves de algo que se aproximaba. Cuando una sombra femenina apareció y él reconoció el andar de Drili, suspiró aliviado.

—Creo que tus primos nos han visto marcharnos —le dijo ella.

Él se volvió y soltó una palabrota al verlos atravesar la orilla del bosque a toda prisa en dirección a ellos.

—Seguro que han estado observándonos toda la noche.

—Idiotas —murmuró Drili—. Cualquiera que crea que puede ganarse a una chica con crueldad es un imbécil. Sígueme. Trata de no hacer ruido.

Avanzaron con sigilo por el bosque. A oscuras era imposible no pisar ramitas u hojas secas, pero los años de tránsito habían despejado el suelo y lo habían allanado para formar senderos. Tryss estaba tan centrado en caminar tras Drili y en despistar a sus perseguidores que, cuando ella se detuvo, tardó un momento en comprender dónde estaban.

Al final del camino había una gran enramada. En el interior brillaba una luz que se reflejaba en las paredes.

—¡Es la Enramada de los Portavoces! —exclamó él—. No deberíamos estar aquí.

—¡Chiss! —Drili se llevó el dedo a los labios y echó una ojeada por encima del hombro de Tryss—. No se atreverán a seguirnos. Y no habrá nadie en la Enramada. Todos están en la fiesta.

—Entonces ¿por qué está iluminada?

—No lo sé. Seguramente uno de los portavoces dejó un farol encendido, como guía para...

Tryss se quedó paralizado cuando tres figuras surgieron de entre los árboles y se acercaron a la Enramada con paso decidido. Para su alivio, los recién llegados no dirigieron la mirada hacia ellos, pero en cuanto llegaron a la Enramada entraron sin vacilar. La luz de dentro proyectaba sus sombras deformadas contra las paredes.

Drili respiraba agitadamente. Volvió la vista hacia atrás por si venían los primos de Tryss y, de repente, se acercó a la Enramada y se acuclilló al pie de

uno de los árboles gigantescos y vetustos.

—Si tus primos nos encuentran, nos delatarán —le dijo—. Será mejor que nos escondamos aquí, aunque corramos el riesgo de que nos descubran los portavoces.

Dirigió la mirada de nuevo hacia la Enramada. Ahora se oían voces.

—Nos han atacado —dijo un hombre en tono sombrío—, pero no eran personas, sino pájaros.

—¿Pájaros? ¿Seguro? —Tryss reconoció la voz de la portavoz Sirri.

—Sí. Eran unos veinte. Se abalanzaron todos a la vez hacia nosotros desde lo alto de los árboles.

—¿Qué clase de pájaros?

—Eran de una clase que nunca había visto. Son como kiris grandes y negros.

—Muy grandes —añadió una tercera voz—. La envergadura de sus alas era casi igual a la nuestra.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Os han hecho daño?

—Nos han herido con el pico y las garras. Todos tenemos arañazos —dijo el primer visitante con gravedad—. Niril ha perdido un ojo, y Liriss los dos. La mitad de nosotros tiene rasgada la membrana de las alas, y es posible que ni Virri ni Dilir vuelvan a volar jamás.

Se impuso un silencio.

—Es terrible —comentó Sirri con aflicción sincera—. ¿Qué habéis hecho después? ¿Cómo habéis huido de ellos?

—No hemos huido. Nos han obligado a aterrizar. Intentamos dispararles, pero se dispersaron en cuanto nos vieron sacar los arcos, como si entendieran para qué servían. —El portavoz hizo una pausa—. Caminamos durante un rato, y los que estábamos en condiciones echamos a volar, a poca altura, entre las copas de los árboles, con la esperanza de poder tomar tierra y defendernos si nos atacaban de nuevo.

Se oyó un suspiro.

—Lo último que necesitábamos era un nuevo peligro, como si no

tuviéramos que enfrentarnos ya a bastantes.

—Nunca había oído hablar de esos pájaros. Lo más probable es que se trate de una especie invasora. Deberíamos exterminarlos antes de que se multipliquen y se conviertan en una amenaza para todos.

—Estoy de acuerdo. Debemos poner sobre aviso a todas las tribus y...

—Hay algo más —interrumpió el tercer hombre—. Mi hermano aquí presente cree que son imaginaciones mías, pero estoy seguro de haber visto a una pisatierra.

—¿Una pisatierra?

—Sí. La vi mientras nos alejábamos. Nos observaba, y los pájaros se arremolinaban en torno a ella.

—Entiendo las dudas de tu hermano. Los pisatierra jamás se habían adentrado tanto en las montañas. ¿Qué aspecto tenía la mujer?

—Piel morena, ropa negra. Es todo cuanto puedo decirte. Solo he alcanzado a verla por un instante.

—Qué raro. Debo reflexionar sobre lo que me habéis contado. ¿Hay algo más que deba saber?

—No.

—Entonces os acompañaré hasta donde está vuestra tribu.

Las sombras deformadas se desplazaron de un lado a otro de la Enramada, y tres figuras salieron de ella. Con el corazón desbocado, Tryss las miró alejarse a toda prisa.

—Creo que no les gustaría saber que hemos oído eso —susurró.

—No —convino Drili—. Al menos no nos han visto.

—No.

—Deberíamos regresar.

Sin embargo, Tryss advirtió de pronto lo cerca que se encontraba de ella. No tenía ganas de apartarse, y Drili tampoco hacía ademán de moverse de donde estaba. Él percibía el calor que emanaba de su piel y el olor del sudor mezclado con un inconfundible aroma femenino.

Ella se le acercó.

—¿Tryss?

Su tono era vacilante e interrogativo, y de algún modo él supo que ella no

iba a preguntarle nada. La pregunta era su nombre.

—¿Drili? —murmuró él.

Apenas la veía en la penumbra; solo vislumbraba la silueta de su mandíbula, perfilada por la luz de las estrellas. Se inclinó despacio hacia delante.

Sus labios se rozaron. Una sensación de euforia lo estremeció. Cuando ella cerró su boca en torno a la suya, Tryss notó que una oleada cálida le corría por las venas. Dos pensamientos le vinieron rápidamente a la cabeza.

«Me desea».

«¡Mis primos se pondrán hechos una furia!»

Sus primos le daban igual. Ella lo deseaba. No cabía la menor duda sobre ello. Aquel no era el beso casto de una amiga. Drili aferró sus hombros con fuerza. Él deslizó los brazos por debajo de las membranas de sus alas y la ciñó por la cintura. Ella retrocedió ligeramente.

—Prométeme una cosa —jadeó.

Él solo veía las estrellas reflejadas en sus ojos.

—Lo que sea.

—Prométeme que mostrarás tu arnés a los portavoces en la siguiente Congregación.

Él titubeó ante aquel cambio de tema tan repentino.

—¿Mi arnés...?

—Sí. —Hizo una pausa—. Pareces sorprendido.

—La verdad es que no estaba pensando en eso ahora mismo —reconoció él.

Ella rió por lo bajo.

—¿De verdad había conseguido captar toda tu atención, por una vez?

Tryss la atrajo hacia sí. Cuando la besó de nuevo, ella abrió la boca. Le acarició suavemente los labios con los suyos, provocándole escalofríos de placer. Él desplegó los dedos tras su espalda y palpó la curva deliciosamente definida de su columna vertebral. Mientras Drili le mordisqueaba el labio inferior, él pasó el dedo a lo largo de una costura de su ropa, allí donde el chaleco dejaba escapar la membrana de sus alas. Notó que ella se ponía rígida de pronto, antes de relajarse y arrimarse a él, apretando los pechos firmes y

cálidos contra su pecho.

«Esto es demasiado bueno para ser cierto», pensó él con socarronería. Deslizó las manos bajo el chaleco y suspiró al tocar la piel sedosa de su espalda. Notó que las manos de ella seguían el mismo camino bajo la ropa de él, resbalando desde la base del cuello hasta... Tryss soltó una risita de sorpresa cuando ella le apretó las nalgas. Sin embargo, cuando se disponía a hacer lo mismo, Drili se separó de él. Ambos respiraban de forma anhelante. Ella aspiró profundamente y exhaló despacio.

—Deberíamos regresar.

Él desvió la mirada, desilusionado, aunque sabía que ella tenía razón. Sus primos, sin duda molestos por haber perdido a sus presas en el bosque, volverían junto a sus padres y denunciarían lo que habían visto. «Y eso que no lo han visto todo», pensó él con satisfacción.

—Prométeme que volveremos a hacer esto —dijo. Las palabras escaparon de su boca sin que él las hubiera meditado antes.

Ella rió entre dientes.

—Solo si tú me prometes que les enseñarás el arnés a los portavoces.

Él soltó un largo suspiro y asintió.

—Te lo prometo.

—¿El qué?

—Que les enseñaré el arnés a los portavoces.

—¿En la próxima Congregación?

—Sí. A menos que surja una oportunidad mejor.

—Me parece razonable —dijo ella.

Se quedaron callados por unos instantes. Tryss no podía evitar recordar el tacto de su piel bajo sus manos. Ansiaba tocarla de nuevo.

Ella suspiró.

—¿Crees que serás capaz de encontrar el camino de vuelta solo?

—No.

Ella soltó una carcajada.

—Mentiroso. Claro que eres capaz. Creo que sería mejor que llegáramos desde direcciones distintas. Rodearé el Claro hasta el otro extremo.

—Eso está lejos. ¿Tan malo sería que la gente nos viera juntos?

—Mi padre no quiere que me case con alguien que no sea de nuestra tribu. —Hizo una pausa—. No es que esté proponiéndote que nos casemos. Pero no le gusta que hable contigo.

Él la miró con fijeza y sintió que se le amargaba la noche.

Drili dio un paso hacia él.

—No te preocupes —dijo quitando hierro al asunto—. Le haré cambiar de opinión. —Tras inclinarse y besarlo con firmeza, se escabulló entre sus brazos.

Él alcanzó a ver el brillo de sus dientes a la luz de la Enramada antes de que ella girase sobre sus talones y se alejara a paso veloz.

Emerahl había aprendido hacía mucho tiempo que el método más sencillo para descubrir los secretos de una ciudad consistía en trabar amistad con sus residentes más jóvenes y pobres. Los niños de la calle, mugrosos y astutos, sabían más sobre su cara oscura que los adultos que la gobernaban. Habían aprendido a pasar inadvertidos y vendían su lealtad a bajo precio.

Ella había ido en su busca al día siguiente de haber huido del mercado en el último momento. Tras encontrar una plaza pequeña en el barrio más humilde de la ciudad, dedicó varias horas a observar y escuchar cuanto sucedía alrededor. Los vecinos no eran tontos, y solo dos de los intentos de hurto que ella presencié tuvieron éxito.

Cuando uno de los muchachos pasó encorvado a su lado, ella lo miró directamente a los ojos.

—Tienes una tos muy fea —comentó—. Será mejor que te la cures antes de que empiece a hacer frío.

El chico aflojó el paso y la examinó con suspicacia, fijándose en su ropa raída pero limpia en su mayor parte.

—¿A ti qué te importa?

—¿Por qué no habría de importarme?

Él se detuvo, entornando los párpados.

—Si así fuera, me darías alguna moneda.

Ella sonrió.

—¿Y qué harías con ella?

—Comprar comida, *pá* mí y *pá* mi hermana. —Al cabo de unos instantes, añadió—: Tiene una tos peor que la mía.

—¿Qué te parecería si te comprara la comida yo?

En vez de responder, él desvió la mirada.

—Es la única manera en que conseguirás algo de mí.

—De acuerdo. Pero no intentes nada raro. No iré contigo a ningún sitio excepto al mercado.

Tras seguirlo hasta el pequeño mercado local, Emerahl compró fruta y pan para él, y empanadillas de masa fina rellenas de carne recién asada para los dos. Al percatarse de que el niño se guardaba en el bolsillo los últimos bocados, supuso que la historia sobre su hermana era cierta.

—Para la tos —dijo—, tu hermana y tú necesitáis un poco de esto. —Le compró un anticongestivo a un herborista después de olfatearlo con detenimiento para comprobar que llevara las hierbas que aseguraba el vendedor—. Una cucharada tres veces al día. Si tomáis más, os envenenaréis.

Él cogió el frasco con la vista clavada en ella.

—Gracias.

—Ahora, puedes hacerme un pequeño favor a cambio. —Al ver su expresión ceñuda, añadió—: No te preocupes, no te pediré nada raro. Solo quiero consejo. Necesito un lugar donde alojarme durante unos días. Que sea barato. Y tranquilo, no sé si me entiendes.

Aquella noche fue la invitada de una reducida pandilla de niños que vivían en el sótano de una casa quemada situada a las afueras del barrio. Allí descubrió que Rayo, el chico al que había ayudado, tenía de verdad una hermana con una infección de pecho grave, así que echó mano de sus propios remedios para tratar la enfermedad de un modo más agresivo.

La noticia de que los sacerdotes buscaban a una anciana sanadora no tardó en llegar a oídos de los niños. Al día siguiente, le expusieron esta información, así como sus sospechas.

—La ciudad está *toa* revuelta. Los sacerdotes buscan a una hechicera —dijo Tiro, un crío más pequeño.

—Una señora mayor, como tú —agregó Gae, una niña.

Emerahl soltó un gruñido.

—Eso he oído. Los sacerdotes creen que todas las señoras mayores son hechiceras, sobre todo si saben de hierbas y cosas así. —Los apuntó con un dedo huesudo—. Veréis, lo que pasa es que tienen envidia, porque sabemos más de remedios que ellos.

—Pero eso es una bobada —comentó Rayo—. Sois viejas. Pronto estaréis muertas.

Ella le lanzó una mirada de reproche.

—Gracias por recordármelo. —Suspiró—. Sí que es una bobada. Pero, como bien dices, ¿qué le vamos a hacer? No nos queda otro remedio que soportar sus palizas.

—¿Te han pegado? —preguntó Tiro.

Ella suspiró de nuevo y asintió, señalando un desgarrón en la costura de su tago.

—He elegido un buen momento para ser expulsada de mi casa, ¿a que sí?

—Entonces tú no eres la hechicera. Estás a salvo —le aseguró Gae.

Emerahl contempló a la chica con tristeza.

—Depende de si encuentran lo que buscan. Si no, seguirán fastidiándonos. O a lo mejor pillan a alguna inocente y le cargan el muerto, para no reconocer que han perdido a la que buscaban.

—No permitiremos que eso pase —le dijo Rayo con firmeza.

Ella sonrió.

—Sois muy buenos conmigo al dejar que me quede aquí.

A los niños no parecía importarles que los pocos días que ella había dicho que se quedaría se hubieran convertido primero en una semana y luego en dos. Les daba cosas suyas para que las vendieran. A cambio, ellos le llevaban comida e incluso un poco de aguapicante barata, y de vez en cuando espiaban a los sacerdotes para avisarla cuando la búsqueda concluyera.

—He escuchao la conversación entre dos de ellos —le dijo Tiro una noche, jadeando—. Hablaban del sacerdote superior que dirige la búsqueda. Se llama Ikaro. Dicen que se comunica con los dioses, y que le han *dao* el don de leer la mente.

—¿O sea que aún no la han encontrado? —preguntó ella.

—Me parece que no.

Emerahl suspiró, aunque su desánimo se debía más bien a la noticia sobre los poderes de su perseguidor.

Por otro lado, las personas a las que Tiro había oído por casualidad tal vez reverenciaban tanto a su superior que creían cualquier rumor que les contaran sobre él. Sin embargo, habría sido arriesgado para ella descartar la posibilidad de que fuera cierto. Si un sacerdote intentara leerle la mente, no encontraría nada. Se requería una habilidad mágica considerable para dominar la técnica de ocultar los propios pensamientos. Quizá él no lo supiera, pero ella no tenía la menor intención de averiguarlo.

Según los niños, los sacerdotes vigilaban a todo aquel que se marchaba de la ciudad, ya fuera en barco, tarne, platén o a pie. Incluso supervisaban los manejos secretos de los bajos fondos. Llevaban a todas las ancianas ante el sacerdote superior para que las examinara. Los circulianos estaban dedicando muchos esfuerzos a encontrarla. Si habían adivinado quién era, los dioses estarían acechando a través de los ojos de cada sacerdote, buscándola. Y si la encontraban...

Se estremeció.

«Me matarán, tal como hicieron con Mirar, la Oráculo y el Granjero, y seguramente con los Mellizos y el Gaviota, aunque nunca he oído testimonios sobre su muerte».

Era tentador cruzarse de brazos y esperar a ver qué ocurría. Los sacerdotes no podían prolongar la búsqueda indefinidamente. No obstante, probarían alguna estratagema antes de darse por vencidos. Emerahl suponía que no tardarían en ofrecer una recompensa. Cuando esto sucediera, ya no podría estar segura de la lealtad de los niños. Se mostraban amables con ella, pero no eran tontos. Ella sabía que, si el precio era lo bastante alto, la entregarían sin vacilar. Después de todo, no se trataba más que de una vieja.

No podía confiar en nadie. Lo que le convenía era transformar su apariencia, lo que implicaba algo más que cambiar su atuendo y el color del pelo. Necesitaba algo mucho más radical.

Aunque un cambio así estaba al alcance de sus capacidades, la idea la llenaba de inquietud. Hacía mucho tiempo que no ejercitaba ese don. Muchas

cosas podían salir mal. Precisaba tiempo para efectuar el cambio, tal vez unos días, y nadie debía interrumpirla mientras trabajaba.

No se lo revelaría a los niños, por supuesto. Lo mejor sería que nunca la vieran bajo su nuevo aspecto, o que no supieran siquiera que lo había adoptado. Sin embargo, no resultaría fácil alejarse de ellos. Aunque se le ocurriera una excusa creíble, ¿adónde iría?

Pero tal vez no tendría que marcharse. Muchos de sus problemas se solucionarían si ellos la dieran por muerta.

15

Danyin se había pasado buena parte de las últimas dos semanas en un estado de admiración y asombro. No era el único, aunque suponía que figuraba entre los pocos que habían conseguido mantener la calma pese a todo lo que había sucedido. Muchos de los sacerdotes deambulaban por ahí presos del aturdimiento, se deshacían en alabanzas a los dioses o se entregaban a elucubraciones sobre las maravillas que les deparaba el futuro.

Mientras su platén atravesaba el arco de entrada al templo, Danyin reflexionó sobre los acontecimientos que habían conducido a aquella situación.

La primera revelación había sido el retorno de Auraya. No había sido un buque o un platén lo que la había llevado de vuelta a la ciudad. En vez de ello, se había aproximado al templo volando como una gran ave blanca y sin alas. Según le contó un sirviente, la llegada de Dyara fue considerablemente más discreta. Había regresado a lomos del cargador en el que se había marchado, con aspecto de que «tenía mucho en que pensar».

La segunda revelación había sido menos agradable. Auraya le había referido a Danyin su enfrentamiento con el hechicero pentadriano y le explicó que el descubrimiento de su nuevo don había sido resultado de su derrota. Sin embargo, esta información debía guardarse en secreto. Los Blancos no deseaban sembrar innecesariamente el miedo entre la población anunciando que los pentadrianos contaban con un hechicero tan poderoso que había

vencido a una Blanca.

Danyin no se había acostumbrado a la idea de que la mujer para la que trabajaba fuera capaz de llevar a cabo acrobacias aéreas que ni siquiera los pájaros podían realizar. Tras la llegada de los embajadores siyís, había percibido un cambio sutil en el comportamiento de los otros Blancos hacia Auraya, como si la aparición de aquellos seres del cielo explicara que las deidades le hubieran concedido ese nuevo poder.

«Tiene sentido, supongo —pensó—. ¿Significa eso que tendré que acompañarla en un viaje a Si?»

Desde entonces, las reuniones de Danyin con Auraya se habían reducido a una o dos al día. Carecía de conocimientos sobre los siyís y sobre su idioma, y caer en la cuenta de que en aquellos momentos no le resultaba útil había sido un golpe duro para él. En las pocas ocasiones en que la había observado en presencia de ellos le había parecido evidente su fascinación por aquellos individuos alados. Los siyís, por su parte, se mostraban igual de cautivados con ella.

«No me extraña —pensó—. Tiene más en común con ellos que con cualquier persona de aquí».

Cuando el platén se acercó a los edificios del templo, Danyin advirtió que los pocos sacerdotes que había por allí a aquella hora tan temprana estaban enfrascados en el nuevo pasatiempo no oficial, y que él llamaba «contemplación del cielo». No obstante la mayoría estaba mirando la torre. No había tardado mucho en correrse la voz de que en la habitación de Auraya habían transformado una ventana en puerta para que ella y sus amigos siyís no tuvieran que ascender hasta la azotea del edificio cada vez que quisieran hacer ejercicios acrobáticos. El público solía prorrumpir en gritos de entusiasmo cuando la veía salir.

Danyin sintió un escalofrío al pensar en la ventana-puerta de sus aposentos. Tal vez debía alegrarse de que ella ya no lo necesitara.

«Claro que sigue necesitándome», se dijo. Pero eso no lo consolaba. Tenía ante sí la oportunidad de informarse sobre uno de los pocos pueblos sobre los que no sabía nada, pero no podía aprovecharla porque Auraya no lo invitaba a participar en las conversaciones con ellos.

El platén se detuvo. Danyin se apeó y dio las gracias al cochero. Mientras avanzaba con paso decidido hacia el interior de la torre, los sacerdotes lo saludaban con una inclinación cortés de la cabeza, y él correspondía con la señal del círculo. La jaula descansaba en el fondo del hueco de la escalera. El consejero se concentró en su respiración mientras el artilugio lo transportaba hacia arriba, y se distrajo de la distancia creciente que lo separaba del suelo recordando unos versos que había memorizado y traduciéndolos al dunwayano. Cuando la jaula se paró frente a los aposentos de Auraya, él salió y llamó a la puerta.

La abrió la propia Auraya, que lo recibió con una sonrisa. No era exactamente la misma sonrisa radiante que había lucido durante las últimas dos semanas, sino una expresión más apagada. Danyin se preguntó qué había empañado su buen humor.

—Adelante —dijo ella, y lo acompañó hasta una silla. Cuando él se sentó, echó un vistazo rápido a las ventanas. Comprobó aliviado que la «puerta» de vidrio estaba cerrada—. Sé que estás decepcionado por no haber tratado más a los embajadores siyís —señaló Auraya—. Tal vez esto te parezca una indiscreción por mi parte, pero lo cierto es que se sienten intimidados por los pisatierra, sobre todo porque casi todos aquellos con los que habían topado eran invasores y asesinos. He procurado que haya el menor número de pisatierra posible cerca de ellos.

Mientras hablaba, un bulto peludo que estaba en una silla próxima se desenroscó. Travesuras los miró, parpadeando soñoliento, se desperezó, trepó al regazo de Auraya y se hizo un ovillo de nuevo. Auraya no pareció fijarse en él.

—Mi intención era compensarte llevándote conmigo, pero me temo que no será posible.

—¿Llevándome con vos?

Un brillo que él había llegado a conocer bien asomó a los ojos de Auraya.

—A Si, para entablar negociaciones sobre una alianza. Juran les envió una propuesta hace meses, y quieren que uno de nosotros los acompañe cuando regresen a Si. —Su sonrisa se desvaneció—. Pero el viaje llevaría meses y el camino discurre por terrenos escabrosos. Tendrías que escalar

montañas para llegar hasta allí, Danyin. Juran ha decidido que debo partir sola.

—Ah. —Danyin sabía que no podría ocultarle su desencanto, así que no se molestó en disimular—. Tenéis razón —dijo—. Estoy decepcionado. Y también preocupado. En Somrey, nos teníais a Mairae, al tejedor de sueños Leiard y a mí para asesoraros. Perdonad mi franqueza, pero aún sois demasiado inexperta para negociar una alianza por vuestra cuenta. ¿Ese viaje no puede esperar?

Ella movió la cabeza.

—Necesitamos aliados, Danyin. En el futuro es posible que no sean solo hechiceros solitarios quienes se aventuren a penetrar en nuestro territorio desde el continente del sur. Sin embargo, no iniciaré las negociaciones con los siyís de inmediato. Antes dedicaré unos meses a aprender todo lo que pueda sobre ellos.

—En ese caso, tal vez si yo partiera ahora llegaría a tiempo para ayudaros a negociar.

—No, Danyin —dijo ella con firmeza—. Te necesitamos aquí.

Rebuscó algo bajo su cirque, se inclinó hacia delante y abrió la mano. En la palma sostenía un anillo blanco. Una sortija de sacerdote. Danyin la contempló, sorprendido.

—Es un gran honor que no merezco —dijo—, pero no deseo ordenarme...

—No es un anillo de sacerdote. —Auraya sonrió—. Es lo que llamamos un «anillo de conexión». Como sabes, los sacerdotes pueden comunicarse entre sí mediante sus anillos. Aunque sus sortijas son sencillas, los dones que poseen se lo permiten. Esto —explicó tomando el aro blanco entre sus dedos— es un objeto más refinado, y su fabricación requirió bastante tiempo. Si necesito comunicarme contigo, puedo hacerlo a través de esto. Pero solo sirve para eso. No puedo conectarte con otra persona. —Se lo tendió—. Si te lo pones, podré hablar contigo desde Si. No lo pierdas. Es el único que tengo.

Él cogió el anillo y lo alzó para examinarlo. Era liso, sin adornos, y Danyin no logró determinar de qué material estaba hecho. Lo deslizó en torno a su dedo y levantó la vista hacia ella.

—Hay otra cuestión que me inquieta —le dijo.

Con una sonrisa, Auraya se reclinó en su silla.

—Tu preocupación por mí me conmueve, Danyin, pero en Si estaré más a salvo de los pentadrianos que en cualquier otro sitio. Es un lugar lejano, poco poblado, difícil de atravesar. Si se acercaran intrusos, los siyís los descubrirían antes de que se internaran en su país. ¿Por qué iban a emprender los pentadrianos un viaje tan arduo?

—Para encontraros —respondió él.

—No sabrán que estoy allí —aseveró Auraya.

—Entonces... por la misma razón por la que iréis vos.

—Que yo sepa, los siyís no han invitado a los pentadrianos a su país a negociar un tratado, ni los pentadrianos han intentado aliarse con otros países.

Danyin suspiró y meneó la cabeza, dándose por vencido.

—Bueno, ¿cuánto tiempo estaré mano sobre mano?

Ella soltó una risita.

—No lo estarás, Danyin. Solo pasaré unos meses fuera, aunque, si consigo mi objetivo, quizá Juran me envíe a hablar con los elay. Hace meses que no recibe informes sobre los progresos del mensajero que mandó a su país.

—Los pueblos del mar. —Danyin emitió un silbido suave—. Pronto no quedarán misterios en el mundo.

Una expresión de intranquilidad asomó al rostro de Auraya, que apartó la mirada. Travesuras se revolvió. Cuando bajó los ojos hacia el animalillo, su dueña recuperó la sonrisa.

—Hay otro asunto del que quería hablar contigo, Danyin.

—¿De qué se trata?

—¿Podrías venir por aquí cada día para pasar un rato con Travesuras durante mi ausencia? Ten cuidado: se está volviendo muy taimado. Lo encuentro a menudo reptando por el alféizar de la ventana. He mandado instalar un cerrojo, pero ya ha aprendido a abrirlo, así que pediré que claven la ventana al marco antes de irme.

Danyin se estremeció.

—No dejéis de hacerlo. Yo cuidaré de él.

Ella rió entre dientes.

—Gracias. Estoy segura de que Travesuras agradecerá la compañía.

Cuando Danyin se marchó, Auraya comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación.

«Sé que he mostrado una seguridad en mí misma que en realidad no siento —pensó—. No me preocupa un aspecto en concreto del viaje, sino el hecho de que debo embarcarme en él sola».

No perdería el contacto con el resto del mundo. Podría comunicarse con los otros Blancos en cualquier momento. Juran le había indicado que lo consultara antes de tomar cualquier decisión importante. Era una orden tan reconfortante como razonable.

Dyara no había opuesto la menor objeción. Había dedicado una buena parte del trayecto de regreso a Jarime a impartirle clases de magia, aunque en un tono menos severo. Ya no estaba empeñada en impedir que Auraya corriese riesgos hasta que realizara a la perfección todos los ejercicios, y en cambio parecía resuelta a transmitirle todos sus conocimientos de magia lo más rápidamente posible. Le insistía en que practicara siempre que tuviera la oportunidad.

—Los demás tuvimos tiempo de aprender a nuestro propio ritmo. Es posible que tú, por ser la última de nosotros, no lo tengas —le había comentado de forma críptica.

Con ello solo había conseguido que a Auraya le resultara más difícil no preocuparse por el futuro. Algunas noches despertaba de pesadillas en las que se veía a sí misma atrapada, indefensa, presa de la magia del hechicero pentadriano. No la tranquilizaba saber que existía alguien más poderoso que ella y que al parecer quería hacer daño a los suyos.

Se detuvo frente a la ventana. Como cualquier mortal, no podía hacer otra cosa que depositar su fe en los dioses.

—*Li-ar*.

Al volverse, advirtió que Travesuras miraba fijamente la puerta, con las orejas puntiagudas erguidas y alerta. Con una risita, Auraya atravesó la

habitación. Cuando abrió la puerta, Leiard se quedó paralizado, con la mano en el aire, a punto de llamar.

—Tejedor de sueños Leiard. —Sonrió—. Adelante.

—Gracias, Auraya la Blanca.

—¡Li-ar! —Travesuras bajó de un salto de la silla. Leiard se rió mientras el viz trepaba a toda prisa por la parte delantera de su ropa hasta sus hombros.

—Le caes bien.

—Qué suerte tengo —respondió él con sequedad. Crispó el rostro cuando Travesuras empezó a olisquearle la oreja.

Auraya se puso seria al pensar en el favor que había pedido a Danyin. Aunque Travesuras no le tenía antipatía al consejero, parecía apreciar más a Leiard. El primer impulso de Auraya había sido pedir al tejedor de sueños que acudiera de vez en cuando a ver a Travesuras, pero sabía lo incómodo que se sentía en el templo. Más valía ahorrarse la molestia.

Reprimió un suspiro. ¿Cómo habían llegado sus dos asesores a tener miedo de visitarla? Para Leiard, implicaba estar en un lugar que era dominio de los dioses; para Danyin, estar muy lejos del suelo.

Quizá esta era una de las razones por las que disfrutaba tanto de la compañía de los embajadores siyís. Al igual que ella, les encantaba volar y adoraban a los dioses, o por lo menos a Huan. Auraya no conocía otro pueblo que venerara a una deidad por encima de las demás. Por otro lado, era lógico. Huan los había creado.

—Te he hecho venir para dejarte claro que no me he olvidado de ti —le dijo a Leiard—. He estado tan ocupada que no he tenido tiempo para visitas extraoficiales. Lo lamento, porque en el futuro no se nos presentarán muchas ocasiones para hablar.

Leiard le dirigió una mirada inquisitiva.

—Iré a Si a negociar otra alianza.

Él enarcó las cejas.

—¿A Si? —Sonrió—. Te gustará. Los siyís son un pueblo apacible y generoso. Sincero y práctico.

—¿Qué sabes de ellos?

—Algunas cosas. —Levantó a Travesuras de su hombro y se sentó. El viz

se acurrucó de inmediato en sus rodillas. Auraya, sentada frente a él, sintió una punzada de celos al ver que su mascota parecía preferir a su visita—. Los siyís aparecen en mis recuerdos —declaró Leiard—. Como has hablado largamente con ellos, sin duda sabes casi lo mismo que yo. Tal vez no hayan mencionado los tabús de su cultura.

Ella se inclinó hacia delante.

—¿Como cuáles?

—No todos los siyís pueden volar —le dijo él—. Unos nacen incapacitados para ello, otros pierden esa facultad. La vejez es especialmente cruel con ellos. Ten cuidado con la manera en que te refieras a esos siyís. Nunca los describas como tullidos.

—¿Cómo debo referirme a ellos?

Él movió la cabeza.

—No tienen un término de uso habitual. Si vas a reunirte con un siyí, deja que sea él o ella quien decida el lugar. Si es capaz de volar, vendrá a ti. Si no, debes ir tú a donde esté. De este modo, no parecerá que des por sentado que el primero no puede volar, y tratarás al segundo con respeto al no llamar la atención sobre su incapacidad.

—Entendido. Me he fijado en que se cansan fácilmente cuando caminan.

—Sí. —Hizo una pausa y luego rió por lo bajo—. Suelen tratar a los pisatierra como a los siyís que no pueden volar. Pero tú... —Fruunció el ceño—. No debes permitirselo, o dará la impresión de que esperas recibir favores que no mereces.

«Valioso consejo —comprendió ella—. No me habría extrañado que los siyís concertaran siempre los encuentros conmigo en mi lugar de alojamiento».

—¿Algo más?

Él se quedó callado por unos instantes y se encogió de hombros.

—Es todo cuanto recuerdo en estos momentos. Si se me ocurre algo más antes de que te vayas, me aseguraré de hacértelo saber.

Ella asintió.

—Gracias. Si te viene algo a la memoria después de mi partida, díselo a Danyin. Se ocupará de mis asuntos durante mi ausencia.

—Así lo haré. ¿Cuándo te marchas?

—Dentro de unos días.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Si?

—Todo el que sea necesario, mientras mi presencia les sea grata. Lo más seguro es que pase allí unos meses.

Él hizo un gesto afirmativo.

—Es poco probable que necesites mi consejo durante ese tiempo, ahora que se ha firmado el tratado con Somrey.

—Cierto —convino ella—, pero echaré de menos tu compañía.

Leiard sonrió, con un centelleo en los ojos.

—Y yo la tuya.

—¿Cómo le va a Jayim, tu nuevo discípulo?

La expresión del tejedor denotaba remordimiento y determinación a la vez.

—No está acostumbrado al trabajo duro —dijo—, aunque la verdad es que muestra una fascinación natural por los remedios y la sanación. Nos queda un largo camino por recorrer.

—Al menos cuando me vaya tendrás más tiempo para ello.

—Pero no una excusa para evadirme de mis responsabilidades —señaló él.

Ella soltó una risita, y un tintineo débil atrajo su atención hacia un reloj que descansaba sobre la mesa auxiliar.

—Ah, me temo que deberás volver a ellas ahora. Tengo clase con Dyara.

Se puso de pie. Leiard cogió a Travesuras con delicadeza y lo dejó a un lado antes de levantarse y seguirla hasta la puerta. Cuando le deseó suerte, ella negó con la cabeza.

—Estoy segura de que encontraré un momento para hablar contigo antes de irme.

Él asintió, dio media vuelta y comenzó a bajar la escalera. Auraya cerró la puerta con una tristeza repentina.

«Lo echaré de menos. Me pregunto si él me echará de menos a mí». Se dirigió a la ventana con paso tranquilo y contempló a la gente que iba y venía mucho más abajo. Por los pensamientos de Leiard, ella sabía que la

consideraba algo más que una persona que podía ayudar a su pueblo. Le profesaba afecto. Admiración. Respeto.

La asaltó un sentimiento de culpa. La idea que se le había ocurrido en el jardín del templo somreyano acudió de nuevo a su mente. Había cavilado sobre ella varias veces, incapaz de decidir qué debía hacer. La razón le decía que disuadir a la gente de que ingresara en la secta de los tejedores era lo correcto. Los dioses no acogían las almas de quienes les daban la espalda. Al evitar que otros se unieran a los tejedores evitaría la muerte de muchas almas.

No obstante, causar la extinción de los tejedores de sueños tampoco le parecía bien. Aquellas personas se habían convertido en tejedores por voluntad propia y eran conscientes del sacrificio que eso implicaba.

Enriquecer los conocimientos de los circulianos sobre la sanación era innegablemente un propósito loable. Sin embargo, leer de forma deliberada la mente de los tejedores de sueños para obtener ese conocimiento era inmoral. En cambio, encargarse de que su gente descubriera esos conocimientos por sí misma no lo era.

«Si me lo planteo únicamente como una forma de incrementar el saber de los sacerdotes respecto a la sanación, no estaré haciendo nada malo. ¿Por qué habría de sentirme culpable si eso condujera a la desaparición de los tejedores de sueños?

»Por haber seguido adelante pese a haber previsto las consecuencias».

Suspiró. «Salvar a los tejedores no es mi responsabilidad.

»Leiard debería tenerme miedo —pensó. Movi6 la cabeza—. Todo gira en torno a Leiard. ¿Estoy debatiéndome en la duda simplemente porque temo perder su amistad?»

De nuevo le vino a la mente la advertencia de Juran. «Pero ten cuidado, Auraya, de no ponerte en una situación comprometida en aras de la amistad. Es un error muy fácil de cometer». Se apartó de la ventana. «No hay prisa. Llevar a cabo un proyecto así requiere años. Sus efectos tardarán por lo menos una generación en notarse. Leiard morirá mucho antes».

Se sentó junto a Travesuras y le rascó la cabeza. «Tal y como van las cosas, tal vez no tenga tiempo para ello. Entre negociar alianzas y evitar una muerte prematura a manos de esos pentadrianos, creo que estaré ocupada

durante una buena temporada».

—Decía que siempre había deseado que la enterraran en una caja, como a la gente decente.

Rayo posó la vista en su hermana antes de mirar de nuevo el cuerpo de la anciana.

—Las cajas son caras.

—Todavía le queda dinero —dijo Tiro—. Lo menos que podemos hacer es gastar una parte en una caja.

—No hace falta —terció su hermana—. Cuando estábamos en el hoyo vimos una caja que parecía un ataúd. Por eso nos pusimos a hablar del tema. Puede que aún esté allí.

—Pues id a ver —le espetó Rayo a Tiro.

El chico se alejó a toda prisa con otros dos.

Rayo se agachó y tomó la mano de la mujer. Estaba fría y rígida.

—Gracias, Emeria. Nos pusiste buenos a mi hermana y a mí, y fuiste la mar de generosa. Te traeremos la caja, si sigue allí. Espero que no te importe que nos quedemos con tu dinero y tus cosas. Tampoco lo vas a necesitar ahora que estás con los dioses.

Los demás asintieron. Rayo trazó un círculo en la frente de la anciana y se enderezó. Tal vez los chicos necesitarían ayuda si la caja del hoyo era lo bastante grande para usarse como ataúd. Además, tendrían que cavar. Eso requeriría mucho tiempo y energía. Se volvió hacia su hermana.

—Llévate sus trastos —dijo. Con un movimiento afirmativo de la cabeza, ella puso manos a la obra.

Una hora más tarde, el cuerpo de Emerahl yacía en la caja. La hermana de Rayo y las otras niñas habían subido a las colinas a recoger flores. Aunque habían despojado el cadáver de todo menos de su gastada nagua, presentaba un aspecto correcto y respetable con las flores esparcidas encima.

Una vez que cada uno hubo pronunciado unas palabras rápidas y emotivas de despedida, taparon la caja con unas tablas chamuscadas de madera de la casa quemada bajo la que vivían. Rayo y los otros chicos

excavaron una fosa en el pequeño patio situado en la parte de atrás. La tierra era dura, por lo que ya había oscurecido cuando terminaron. Finalmente entraron en la casa, sacaron la caja a hombros y la depositaron en el agujero.

Cuando no quedaba más que un montículo de tierra, esparcieron más flores encima y regresaron a su sótano. Todos estaban callados y cabizbajos.

—¿*Ónde* están sus cosas? —le preguntó Rayo a su hermana.

Esta se alejó y regresó con un fardo de ropa y el morral de Emerahl, que colocó en el centro de la habitación mientras los demás se agolpaban alrededor. Hicieron una mueca cuando abrió la bolsa y un fuerte olor a pescado emanó de su interior.

La muchacha extrajo con delicadeza los objetos que contenía el morral.

—Son remedios. Ella me explicó para qué sirven y cómo se usan. Decía que estos los vendería, pues en realidad no sirven *pa'* nada, pero que hay personas que creen que los convierten en buenos amantes, así que valen mucho dinero.

—Podemos venderlos —dijo Rayo.

Ella asintió. Sacó una pequeña cartera de piel y vació su contenido en el suelo. Los otros contemplaron la pila de monedas con una sonrisa de oreja a oreja.

—Esto lo llevaba siempre consigo, atado a la cintura. Son sus fondos secretos.

—Nuestros fondos secretos —la corrigió Rayo—. Lo justo es que haya algo para cada uno. Empecemos por la ropa. Yo me quedo con el tajo. ¿Quién quiere el sayo?

Mientras se repartían las pertenencias de Emerahl, Rayo sintió una cálida satisfacción. La mujer no había convivido mucho tiempo con ellos, pero mientras todos conservaran algo que le hubiera pertenecido, era como si una pequeña parte de ella siguiera estando allí.

«Espero que esté contenta allí arriba, con los dioses —pensó—. Ojalá se den cuenta de que se han llevado la mejor parte».

16

Aunque cada vez hacía más frío por la mañana, Leiard había optado por impartir las clases a Jayim en el jardín que había en la azotea de la casa de los Tahonero. Habían hecho falta tiempo y perseverancia para persuadir a Tanara de que no los molestara. En un principio, ella había supuesto que podría llevarles bebidas calientes sin interrumpir las lecciones, siempre y cuando no hablara. Leiard le había dicho con firmeza que su presencia los distraía y que no debía acercarse durante las clases. A partir de entonces, ella empezó a subir sigilosamente la escalera cada hora más o menos para asomarse a la trampilla. Reaccionó con incredulidad cuando le comunicaron que esto también constituía una distracción.

Leiard no estaba seguro de haberla convencido del todo. Para asegurarse, había tomado nota mentalmente del intervalo entre las interrupciones y establecía la duración de las clases en función de ello. Aquella mañana era esencial que los dejaran a solas, pues se proponía enseñar a Jayim los matices más sutiles de la conexión mental.

Leiard abrió los ojos y los posó en su nuevo discípulo. El pecho de Jayim se movía con el ritmo lento y regular de un trance relajante. La renuencia del muchacho a iniciarse en las habilidades mentales de los tejedores de sueños no había desaparecido por completo, pero Leiard no esperaba que todas sus dudas se despejaran de un día para otro. Por lo demás, Jayim prestaba atención y se esforzaba. Lo entusiasmaban las medicinas y la sanación,

campos en los que estaba progresando.

Esta era una de las razones por las que Leiard había decidido que realizarían una conexión mental aquel día; quería intentar identificar el origen de la aversión de Jayim hacia el desarrollo de sus facultades telepáticas. La otra razón era que de ese modo Leiard podría tomar el control sobre los recuerdos de conexión que se solapaban con su propia identidad. No estaba seguro de qué le sucedería si no lo hacía. ¿Continuaría debilitándose su conciencia de sí mismo? ¿Se convertirían sus pensamientos en una mezcla confusa de recuerdos contradictorios? ¿O empezaría a creerse Mirar?

No tenía la intención de averiguarlo. Cerró los párpados de nuevo y tendió las manos.

—Nos hemos reunido esta noche en paz y en busca del entendimiento. Nuestras mentes se conectarán entre sí. Los recuerdos fluirán entre nosotros. Nadie debe buscar, espiar o imponer su voluntad a otros. Por el contrario, nos integraremos en una sola mente. Dame las manos, Jayim.

Notó que los finos dedos del chico rozaban los suyos y luego lo agarraban de las manos. Cuando Jayim percibió la mente de Leiard, reculó ligeramente. Este lo oyó respirar hondo y extender los brazos de nuevo.

Al principio solo había una sensación de expectación. Leiard notó el nerviosismo de su acompañante y aguardó pacientemente. Pronto, fragmentos de pensamientos y recuerdos pasaron fugazmente por la mente de Jayim. Clases anteriores, según pudo comprobar el mentor. Vergüenza por dar a conocer asuntos privados. A Leiard le vinieron a la memoria conexiones con otros chicos adolescentes que habían revelado sin querer secretos parecidos.

No intentes bloquear esos recuerdos —aconsejó—. Los bloqueos entorpecen la conexión.

Pero ¡no quiero desvelarlos!, protestó Jayim.

Hazlos a un lado. Prueba esto: cada vez que adviertas que tu mente vaga en esa dirección, piensa en otra cosa. Elige una imagen o un tema que no sea agradable ni desagradable, pero que desvíe tus pensamientos.

¿Como qué?

Yo enumero los remedios útiles para los bebés.

Jayim consiguió que varias de esas medicinas acudieran a su mente. Sin

embargo, sus ideas no tardaron en volver al tema anterior.

¿Funciona en todo momento esta distracción?

Casi siempre.

¿Utilizas el mismo truco para no revelar otros secretos, como los que te cuenta Auraya?

Leiard sonrió.

¿Qué te hace pensar que Auraya me cuenta secretos?

Es lo que percibo.

El chico era perspicaz. Leiard captó cierta petulancia en él.

¿Puedo confiarte esos secretos?, inquirió.

Ahora Jayim estaba emocionado y lleno de curiosidad. Por supuesto que no divulgaría nada de lo que leyera en la mente de Leiard. Por nada del mundo se arriesgaría a perder su confianza. Además, si lo traicionaba, Leiard se enteraría en la siguiente conexión de memorias.

Entonces las dudas se apoderaron de él. *¿Y si se le escapaba la lengua? ¿Y si alguien lo engañaba para que revelara secretos?*

Los secretos más vale guardarlos siempre en secreto —dijo Leiard—. Cuantas más personas estén al corriente de ellos, menos secretos son. No es la desconfianza lo que me impide decírtelo, Jayim.

Sientes algo por Auraya, ¿verdad?

El repentino cambio de tema hizo que Leiard se quedara sin habla por unos instantes y despertó en él sentimientos encontrados.

Sí —respondió—. Es una amiga.

Pero sabía que era más que eso. Era la niña a la que había instruido, que se había transformado en una mujer poderosa y bella...

Te parece bella —aseveró Jayim, cada vez más divertido—. ¡Te gusta!

¡No!

El rostro de Auraya irrumpió en los pensamientos de Leiard, que notó que la admiración familiar daba paso al anhelo. Alterado, salió de la mente de Jayim, interrumpiendo la conexión.

El muchacho permaneció callado. Leiard percibió la petulancia de nuevo. Hizo caso omiso de ella.

«No deseo a Auraya», pensó.

«Me temo que sí», repuso otra voz en su mente.

«Pero si es joven».

«Ya no tanto».

«Es una Blanca».

«Razón de más para desearla. La atracción de lo prohibido es una fuerza poderosa».

«No. Jayim me ha metido esa idea en la cabeza. No la deseo. La próxima vez que vea a Auraya, mis sentimientos hacia ella serán los mismos de siempre».

«Ya lo veremos».

Cuando abrió los ojos, Leiard vio que Jayim lo observaba con expectación.

—He descubierto tu secreto —dijo el chico.

—No hay ningún secreto —replicó Leiard de forma tajante—. Has mencionado una posibilidad que no me había planteado, y ahora que he meditado sobre ella, creo que te equivocas.

El joven apartó la mirada y asintió, aunque era evidente que estaba reprimiendo una sonrisa. Leiard suspiró.

—¿Por qué no vas a pedirle unas bebidas calientes a tu madre? Nos tomaremos un descanso y luego volveremos a empezar.

Con gesto afirmativo, Jayim se puso de pie. Leiard lo siguió con la vista mientras se alejaba a toda prisa.

«Dicen que enseñar a un discípulo es una manera de aprender. Solo espero que la lección de Jayim resulte errónea».

«De haber sabido que la próxima Congregación se organizaría tan pronto —pensó Tryss—, no le habría hecho esa promesa a Drili».

El día posterior al trei-trei, los portavoces habían anunciado que se celebraría una Congregación cuatro días después. Drili creía que querían advertir a todos respecto a los pájaros, y Tryss suponía que tenía razón. Así pues, le había quedado poco tiempo para preparar la presentación de su arnés. Ahora que el día de la Congregación había llegado, se le ocurrían mil cosas

que faltaban por hacer, y mil más que podían salir mal.

Había hecho todo cuanto había podido en el tiempo limitado de que disponía. Había practicado a diario con el arnés y la cerbatana, eludiendo las tareas que le encomendaban en casa y desoyendo las reprimendas que recibía por ello. A pesar de todo, su padre lo reñía sin mucha convicción, pues Tryss siempre regresaba con algo de carne para la cena.

Sin embargo, no podía llevar a casa a todos los animales que mataba. Todavía era demasiado pronto para atraer semejante atención sobre sí mismo. Aunque había conseguido abatir a otro yervo, no se había atrevido a cargar con la carne de una bestia de tales dimensiones. Su única opción era dejársela a los carroñeros, lo que había empañado su euforia por la proeza.

Quedaba descartado cazar yervos como parte de su demostración. Los animales eran demasiado grandes para atraparlos y transportarlos hasta el Claro. Drili le había propuesto que probara con brimes. Eran pequeños y rápidos, y como rehuían a los humanos, seguramente no saldrían del semicírculo de siyís reunidos. Por otro lado, eran una presa lo bastante difícil como para que matarlos lanzándoles proyectiles desde el aire impresionara a la mayoría de los presentes.

Drili había atrapado a varios cada día para que Tryss pudiera adiestrarse cazándolos. Además, había adornado el arnés pintándolo con colores vivos para que resultara más visible desde lejos. Empezaba a ser consciente de que le incomodaba la idea de convertirse en el centro de todas las miradas durante la Congregación, pero cuando ella señaló que la pintura atraería más atención hacia el arnés que hacia él, se sintió un poco mejor.

Por la mañana había trasladado el arnés de la cueva en la que lo había ocultado hasta la enramada de su familia, donde lo había escondido en un saco grande de fibra de caña. A instancias de Drili, había explicado a sus padres lo que era, así como que iba a mostrarlo en la Congregación de aquella noche. Ellos habían reaccionado de forma desigual. Su madre no veía qué problema había con los métodos de caza tradicionales, pero la emocionaba que su hijo fuera a exponer sus ideas en la Congregación. Su padre, en cambio, se mostró impresionado por el invento, pero le preocupaba que Tryss se pusiera en ridículo... y también a su familia.

«A mí también me preocupa», pensó Tryss con ironía.

Se había mentalizado para correr ese riesgo. Casi todo estaba a punto, así que no podía echarse para atrás. Además, tampoco quería. Aunque pensar en la demostración lo llenaba de temor, la confianza de Drili en él era contagiosa. Cada vez que lo asaltaba la duda, ella le infundía ánimos. Estaba preparado. Solo faltaba que pidiera a los portavoces un momento para dirigirse a los otros siyís.

Tryss había dejado esto para el último momento. En cuanto lo hiciera, se correría la voz de que iba a exhibir un invento para cazar. Lo asediarían a preguntas, y probablemente sus primos no serían los únicos en mofarse de él.

El sol lucía bajo en el cielo cuando Tryss se encaminó hacia la Enramada de los Portavoces. Los líderes de los siyís estaban dispersos en torno a la entrada, y varios de ellos lo miraron con recelo mientras se acercaba.

Él titubeó, consciente de su pulso acelerado y del hormigueo en su estómago.

—¿Puedo hablar con la portavoz Sirri? —se obligó a sí mismo a preguntar.

Echó un vistazo por la puerta de la Enramada, pero no alcanzó a ver nada en la oscuridad del interior. Una sombra se aproximó a la abertura y apareció la portavoz Sirri.

—Tryss, tenemos muchos asuntos importantes que discutir antes de que empiece la Congregación. ¿Tu consulta no puede esperar a mañana?

—La verdad es que no —respondió advirtiendo que otros portavoces lo miraban con desaprobación—. Seré breve.

Ella asintió y se encogió de hombros.

—Adelante, pues.

A Tryss el corazón le dio un vuelco. Nunca había entrado en la Enramada de los Portavoces. Con piernas temblorosas, pasó junto a ella. Sus ojos tardaron un momento en adaptarse a la penumbra. El interior era sencillo y sin adornos. En el centro había varios taburetes dispuestos en círculo. A Tryss le alivió comprobar que no había otros siyís allí.

—¿Qué querías decirme, Tryss?

Este se volvió hacia la portavoz Sirri. Durante unos instantes, se quedó

sin habla. A ella se le formaron arrugas en las comisuras de los ojos al sonreír, y Tryss se acordó de que Sirri no era más que un miembro de su tribu, elegida por los suyos, y no había motivos para que se sintiera intimidado por ella.

—He hecho algo —le informó él—. Quiero mostrárselo a todos esta noche.

—¿Tu arnés de caza?

Él la contempló asombrado. La sonrisa de Sirri se ensanchó.

—Sreil me habló de él. Dijo que tenía posibilidades.

—¿En serio? —balbució Tryss.

Recordó el día en que, meses atrás, había derribado un yervo con punzones envenenados. Sreil había dicho algo... «Buen intento». Tryss había supuesto que el chico se burlaba de él. Tal vez sus palabras eran sinceras.

—Sí —contestó Sirri. Su sonrisa se desvaneció—. Tengo que prevenirte: te costará mucho convencer a la gente. A nadie le gusta la idea de llevar encima un objeto pesado o...

—No es pesado —la interrumpió Tryss.

—... o que estorbe al volar —prosiguió ella—. ¿Estás seguro de que ese invento tuyo funciona?

Tryss tragó en seco y asintió.

—Entonces te daré un rato al principio de la Congregación para que nos lo muestres. Lo que significa que tienes una hora para prepararte. ¿Te bastará con eso?

Él asintió de nuevo.

—Entonces, vete. —Le señaló la puerta.

Tryss salió con paso apresurado. Cuando los otros portavoces se volvieron para mirarlo, se percató de que tenía una sonrisa bobalicona en los labios. Recompuso su expresión y se alejó.

«¡Una hora! —pensó—. Creía que tendría que esperar hasta el final de la Congregación. Más vale que se lo diga a Drili y vaya a buscar el arnés».

En cuanto salió del denso bosque que rodeaba la Enramada de los Portavoces, dio un salto y se elevó en el aire. Voló por encima del Claro hasta la enramada de la familia de Drili. Tras tomar tierra frente a su hogar, la

llamó. Acto seguido oyó voces que discutían dentro. Al cabo de un momento, ella empujó la colgadura de la puerta para salir, tomó a Tryss del brazo y se lo llevó de allí rápidamente. Cuando él volvió la cabeza, vio a la madre de Drili, que los observaba con el ceño fruncido desde la entrada.

—¿Y bien? ¿Te han dado permiso para mostrar el arnés? —preguntó Drili.

Tryss sonrió de oreja a oreja.

—Sí. Pero al principio, y no al final, como imaginábamos. Nos queda menos de una hora.

Drili lo miró con ojos desorbitados.

—¿Solamente?

—Sí. Más vale que prepares a los brimes mientras yo voy a por el arnés.

—No, necesito tu ayuda para transportarlos. Vayamos a buscar el arnés primero.

Se dirigieron a toda prisa a la enramada de la familia de Tryss. A este le sorprendió encontrarla vacía.

—Mis padres deben de haber salido temprano —dijo—. Me han comentado que...

Las palabras que iba a pronunciar se borraron de su mente en cuanto vio lo que había en el centro de la enramada.

Trozos de madera de colores brillantes estaban esparcidos por el suelo. Las tiras de cuero y tripa que mantenían unido el arnés estaban hechas trizas. La cerbatana, pintada con tanto cuidado por Drili, había quedado aplastada. Alguien había desgarrado la bolsa que contenía los proyectiles, y cada uno de los dardos estaba partido en dos.

Tryss contempló los restos de su invento y sintió que el corazón se le rompía también en pedazos.

—¿Quién ha hecho esto? —se oyó a sí mismo decir en un tono lastimero y lleno de incredulidad—. ¿Quién sería capaz de hacer algo así?

—Tus primos —sentenció Drili en voz baja. Movié la cabeza—. Todo es culpa mía. Te tienen envidia. Por mí.

Soltó un quejido ahogado, y Tryss se percató de que estaba llorando. Sorprendido de que ella estuviera tan afectada por algo que había fabricado

él, aunque con su ayuda, dio un paso hacia ella y, con un movimiento vacilante, la abrazó por los hombros. Drili se volvió hacia él, con los ojos brillantes a causa de las lágrimas.

—Lo siento.

Tryss la atrajo hacia sí.

—No es culpa tuya —le aseguró acariciándole el cabello—. Si piensas eso, ellos ganan.

Ella se sorbió la nariz, antes de enderezar la espalda y asentir.

—No han ganado aún —dijo con firmeza enjugándose las lágrimas—. Se lo demostraremos. A ellos y a todos. Pero... no esta noche.

Él se fijó en lo que quedaba de su arnés y notó que el pesar y la desilusión se acumulaban hasta formar un nudo de rabia en lo más hondo de su ser.

—La próxima vez, haré dos arneses. Tal vez tres.

—Y yo pediré a mis primos que vigilen a Ziss y a Trinn.

—O, mejor aún, que los aten en algún sitio durante la noche.

Drili consiguió sonreír.

—Que los cuelguen por los tobillos.

—Junto a una colmena de tiwis.

—Cubiertos de zumo de rebi.

—Después de arrancarles la ropa.

—Y la piel. Con un cuchillo de deshuesar.

—Empiezas a darme miedo.

Con una sonrisa salvaje, Drili se agachó para recoger la cerbatana astillada.

—¿Necesitas algo de esto para fabricar otra?

—No.

—Mejor. —Descolgó un cesto de una percha, se puso en cuclillas y comenzó a juntar los pedazos.

—¿Qué piensas hacer con ellos?

Ella torció el gesto.

—Uno de los dos tendrá que comunicar a los portavoces que no podrás realizar la demostración del arnés. Si voy yo, sabrán que hay alguien más que cree en ti. Y si les enseñamos esto, los convenceremos de que no estabas

tomándoles el pelo.

Tryss sintió que un gran peso se depositaba sobre sus hombros cuando tomó conciencia de todas las consecuencias que tendría el acto de sus primos. Los portavoces sabían en qué había estado trabajando. La gente sospecharía que pretendía culpar a otros del fracaso de su invento, o que le faltaba valor para mostrarlo a los demás. Eso representaría para él...

—Será mejor que encuentres a tus padres y se lo cuentes. —Drili se puso derecha—. Mantén la calma y finge que todo transcurre con normalidad.

Tras vacilar unos instantes, Drili se acercó a él. Sus labios se curvaron en una sonrisa, y, de pronto, se inclinó hacia delante y lo besó. Tryss parpadeó, sorprendido, pero cuando se disponía a devolverle el beso, ella se apartó. Guiñándole un ojo, empujó a un lado la colgadura de la puerta.

—Nos vemos allí.

Y se alejó a paso veloz.

17

Al observar con detenimiento a los embajadores siyís, Auraya reconoció en ellos signos reveladores de agotamiento. Debido a su baja estatura, tenían poca tolerancia a las bebidas embriagantes y, como los niños, derrochaban energía al moverse pero se cansaban enseguida.

Dyara hablaba con Tiril en voz baja. Auraya oyó frases sueltas de su conversación.

—... valor para atravesar una extensión tan grande de territorio pisatierra, pese a que vuestro pueblo tiene buenos motivos para temernos.

—Volábamos a gran altura y sobre todo de noche —respondió él—. Los pisatierra no miran hacia arriba a menudo. Y los que lo hacían sin duda nos tomaban por aves grandes.

Dyara asintió.

—No os hará falta tomar tales precauciones en el viaje de regreso. Auraya no permitirá que sufráis ningún daño.

—Os estamos agradecidos por ello. Me parece que los dioses deben de estar a favor de esta alianza, pues de lo contrario no habrían otorgado a uno de los vuestros el poder de resistir la atracción de la tierra.

Auraya sonrió. Los embajadores siyís no llamaban «vuelo» a su don. No veían semejanza alguna entre emplear la magia, como ella, y surcar los cielos. Aun así, creían que, entre todos los pisatierra, ella era la única capaz de comprender de verdad a su pueblo. La capacidad de volar formaba una

parte esencial de su ser, tanto física como culturalmente.

Cuando Ziriz bostezó, ella dirigió una mirada significativa a Juran.

Nuestros invitados han alcanzado el límite de sus fuerzas, le dijo Auraya al líder de los Blancos.

Creo que tienes razón.

Juran se enderezó en su asiento y carraspeó. Los ojos de todos se posaron en él.

—Quisiera elevar una plegaria —dijo— y desear por última vez a nuestros invitados un buen viaje antes de retirarnos. —Hizo una pausa y cerró los párpados—. Chaia, Huan, Lore, Yranna, Saru. Os damos las gracias por todo lo que habéis hecho para reunirnos esta noche, a fin de que podamos instaurar la paz y la concordia en las tierras de Ithania. Os rogamos que veléis por Tiril, de la tribu del lago Verde, Ziriz, de la tribu del río Bifurcado, y Auraya la Blanca en su trayecto hacia el país de Si. Guiadlos y protegédlos en todo momento.

Abrió los ojos y alzó su copa. De inmediato, unos sirvientes se acercaron para verter un chorrillo más de tinta en las copas de todos. Auraya contuvo una sonrisa al ver el semblante consternado de Ziriz.

—Os deseo un viaje agradable y sin contratiempos.

Juran miró por encima del borde de su copa a un embajador, y luego al otro. Su expresión grave se suavizó en una sonrisa. Se llevó la copa a los labios y bebió un sorbo. Mientras los demás lo imitaban, Auraya se percató de que Ziriz apuraba casi toda su tinta de un trago, como para librarse de ella lo antes posible.

Tiril desplegó una gran sonrisa.

—Cuidaremos de Auraya —le aseguró a Juran.

—La trataremos como... como... —empezó a decir Ziriz.

—Como a una invitada distinguida —terció Tiril.

—Gracias —dijo Juran—. Entonces será mejor que os dejemos descansar a fin de que estéis preparados para vuestro largo vuelo.

Empujó la silla hacia atrás y se puso de pie. Auraya se volvió hacia Ziriz y, como no lo vio, bajó la mirada. Había mandado fabricar sillas altas que permitieran a los siyís sentarse al mismo nivel que los demás comensales.

Siempre la sorprendía encontrarse tan por encima de ellos cuando todos se levantaban de la mesa.

Ziriz tenía los ojos cerrados. Se bamboleó ligeramente antes de abrirlos y mirarla parpadeando.

—No es justo que los pisatierra podáis beber tanto —masculló.

Ella soltó una risita.

—Permíteme que te acompañe a tu habitación.

Él asintió y la dejó guiarlo hasta el pasillo. Ella oyó que Dyara y Tiril los seguían sin dejar de conversar. Los embajadores se alojaban en uno de los pisos intermedios de la torre, cerca del comedor. Tras dar las buenas noches a sus invitados, Auraya y Dyara se encaminaron hacia sus aposentos. Cuando llegaron a la gran escalinata, Dyara miró a Auraya con curiosidad.

—Pareces más preocupada por este viaje que por el anterior —observó.

Auraya dirigió la vista hacia Dyara.

—Lo estoy —reconoció.

—¿Cuál crees que es la razón?

—Que debo hacerlo sola.

—Seguirás teniendo la posibilidad de consultarnos a Juran o a mí — señaló Dyara—. Sospecho que hay algo más.

Auraya asintió.

—Tal vez no me importaba tanto que mis negociaciones con los somreyanos tuvieran éxito o no. No es que me diera igual —se apresuró a aclarar—. Lo que ocurre es que me inquieta el riesgo de cometer un desacierto con los siyís, de darles algún motivo para cobrarnos aversión. Supongo que confían más en nosotros que los somreyanos. Por eso, fracasar equivaldría a traicionar su confianza.

—¿No te sentías igual de obligada a no traicionar la confianza de los tejedores de sueños?

Auraya se encogió de hombros.

—No se fiaban de nosotros, para empezar.

—Cierto —dijo Dyara, y se quedó pensativa—. Pero tu amigo se fía de ti. Nombrarlo tu asesor fue una jugada audaz. A mí me pareció imprudente, pero resultó ser bastante beneficiosa.

Auraya, asombrada, clavó los ojos en la mujer y al cabo de unos instantes los volvió hacia otro lado. ¿Dyara estaba manifestándole su aprobación? ¿Y encima por ser amiga de un tejedor de sueños?

Dyara se detuvo frente a la puerta de los aposentos de Auraya.

—Buenas noches, Auraya. Te veré mañana, en la despedida.

—Buenas noches —respondió Auraya—. Y... gracias.

Dyara sonrió antes de dar media vuelta para continuar su ascenso por las escaleras. Auraya entró en sus aposentos, reflexionando sobre las palabras de Dyara.

«Pero tu amigo se fía de ti».

No se le había presentado la ocasión de entrevistarse con Leiard durante los últimos días. Se marcharía a primera hora de la mañana siguiente. No tendría oportunidad de hablar con él por última vez.

«A menos que me despida de él esta noche».

Arrugó el entrecejo. Era tarde, demasiado para mandarlo llamar. No podía pedir a alguien que lo despertara y lo acompañara a la torre solo para pasar cinco minutos con él antes de enviarlo a casa de nuevo.

¿De verdad se disgustaría? Ella frunció los labios. ¿Qué era peor, hacerlo subir a rastras en plena noche o no despedirse de él?

Con una sonrisa, cerró los párpados y buscó la mente del sacerdote que estaba de guardia abajo. Le dio instrucciones y se sentó a esperar.

«Mañana a estas horas estaré durmiendo en el templo de alguna aldea». Paseó la vista por la habitación. Todo ofrecía su aspecto habitual. No había un arcón repleto de objetos personales; solo una mochila pequeña que contenía ropa blanca limpia y algunos regalos para los siyís. Todo lo que necesitara se lo proporcionarían los sacerdotes de los templos en los que se hospedara.

Una vez que se internara en las montañas, ya no habría templos. Los siyís le habían asegurado que no le faltaría de nada en su país. Le facilitarían los objetos propios de una cultura civilizada, como papel y tinta, que ellos mismos elaboraban. La instalarían en una «enramada» para ella sola.

Se puso de pie, se acercó a la ventana y miró hacia abajo. La Cúpula era una sombra gigantesca, circundada por faroles. Sacerdotes y sirvientes iban y

venían con paso apresurado, ocupándose de sus asuntos. La ciudad era un mar de negrura salpicado de luces.

Un tarne entró en el recinto del templo cargado de sacerdotes sanadores. Auraya vio llegar dos platenes, y se le aceleró el pulso cuando advirtió que otro pasaba bajo el arco con un solo pasajero. Incluso desde la altura a la que se encontraba, ella reconoció a Leiard. Su cabellera y barba blancas resaltaban a pesar de la distancia.

Mientras el platén se acercaba, el tejedor de sueños alzó la mirada. Ella no pudo evitar sonreír, aunque sabía que él no alcanzaba a verla.

Auraya se apartó de la ventana y empezó a caminar de un lado a otro de la habitación. ¿Estaría molesto porque ella le había pedido que viniera? De pronto el propósito con que lo había hecho, simplemente para despedirse, le parecía una tontería. En vez de ello, habría podido enviarle una nota, o haberlo visitado... No, eso habría importunado a la familia con la que se alojaba.

«Bueno, ya no puedo remediarlo —decidió—. Le pediré disculpas, me despediré y lo enviaré de vuelta a casa. Para cuando yo regrese a Jarime, me habrá perdonado».

Continuó dando vueltas por la habitación. ¿Por qué tardaba tanto Leiard? Tal vez ella se había confundido. Se dirigió de nuevo hacia la ventana.

«Podría preguntárselo al sacerdote de guardia...»

Se quedó paralizada al oír unos golpecitos en la puerta y luego exhaló con fuerza.

«Ya está aquí».

Alisándose el cirque, se acercó a la puerta con grandes zancadas y la abrió. Leiard la observaba con una expectación teñida de inquietud.

—Leiard, pasa. —Le indicó con un gesto que entrara—. Siento haberte hecho venir a horas intempestivas. No he tenido un solo momento para mí, ni tiempo para verte como te prometí. Me marcho mañana. No podía partir sin despedirme.

El tejedor asintió despacio, y ella se alegró al comprobar que no estaba irritado, sino solo aliviado. Entonces cayó en la cuenta de que al llamarlo tan tarde le había causado preocupación. ¿Por qué no se le había ocurrido esta

posibilidad?

—Supongo que debería haberte mandado un mensaje —añadió, avergonzada— en vez de despertarte.

Él curvó los labios en una leve sonrisa.

—No tiene importancia.

—No solo quería despedirme. Tenía que darte las gracias. —Hizo una pausa y le tendió la mano.

Tras vacilar un momento, él extendió el brazo hacia ella. Sus dedos se tocaron. Ella tomó aire para hablar, pero se detuvo cuando lo miró a los ojos. Leiard tenía una expresión tensa y reservada, como si luchara por controlar alguna emoción. Al concentrarse en él, Auraya percibió una vorágine de pensamientos. Su contacto había provocado...

Una oleada de calor recorrió su cuerpo. Su contacto lo había excitado. Él estaba pugnando por reprimir su deseo por ella.

«No me había percatado de que su admiración era tan... Aunque supongo que no lo era, o lo habría visto en su mente. Se trata de algo nuevo. Algo que ha surgido esta noche. Ahora».

Tenía el corazón desbocado.

Su propio cuerpo había reaccionado al deseo de él. Notó que una sonrisa le tiraba de los labios. «Lo deseo. Ahora los dos hemos descubierto algo».

Era consciente del silencio incómodo que se había apoderado de ambos. Solo se oía su respiración. Ninguno de los dos se había movido. Él no había despegado los ojos de ella. «Deberíamos separarnos y fingir que esto no ha ocurrido». En vez de eso, alargó el brazo para tocarle la mejilla y luego deslizó el dedo por sus labios. Aunque él no se apartó, tampoco le devolvió la caricia. Ella captó incertidumbre en sus pensamientos.

«Esta decisión está en mis manos —comprendió—. Él no puede olvidar quiénes somos. Solo yo puedo dar este paso».

Sonrió y acercó los labios a los de Leiard. Él correspondió a su beso con suavidad, lo que ocasionó que la recorriera un escalofrío. Entonces se acercaron el uno al otro, abrazándose. Ella lo besó con firmeza y él respondió con no menos avidez y pasión. Sus cuerpos colisionaron; ella lo agarró del chaleco y lo atrajo hacia sí. Las manos de él se deslizaron por su espalda,

pero el grosor del cirque amortiguaba su contacto.

Chaleco. Cirque. Prendas que les recordaban quiénes eran. Auraya no quería recordarlo. No en aquel momento. Esas prendas sobraban.

Se rió por lo bajo. «Esto no es propio de mí —pensó. Sus bocas se separaron y Leiard comenzó a besarle la garganta y luego el cuello con labios cálidos y firmes—. Tampoco es propio de él». Estaba descubriendo una faceta de Leiard que nunca había sospechado que existiera.

«Y me gusta». Soltó una risita. Le rodeó la cintura con los brazos y retrocedió hacia la puerta de sus habitaciones privadas.

Emerahl sonrió y deslizó las manos por su cuerpo.

«Ha funcionado».

Por supuesto que había funcionado. Nunca le había salido mal una transformación. Mirar le había dicho hacía tiempo que su habilidad para cambiar su físico era un don innato. Tenía la teoría de que todos los indómitos poseían un don concedido por la naturaleza, del mismo modo que los músicos de talento nacían con buen oído. El don de Emerahl era la facultad de rejuvenecer.

Cuando abrió los ojos, no vio más que oscuridad. El aire estaba cada vez más viciado. Después de despertar de su trance de muerte, ella había creado unos túneles pequeños para ventilar la caja. Eran insuficientes ahora que su cuerpo había salido del estado de suspensión necesario para modificar su aspecto y ella respiraba a un ritmo normal.

Torció el gesto. Nunca resultaba agradable sumirse en un trance de muerte, pero había sido esencial para engañar a los niños y le había permitido sobrevivir bajo tierra. No sabía cuántos días habían transcurrido, pero de una cosa estaba segura: si no salía pronto de su ataúd, se asfixiaría.

Sin embargo, no tenía nada claro dónde la habían enterrado los niños. Si ellos o cualquier otra persona la veían emerger de su tumba, la historia se propagaría más rápidamente que la tos en invierno, y tal vez el sacerdote se enteraría de su cambio de apariencia. Tendría que ir con cuidado.

Cerró los ojos, proyectó su mente al exterior y se alegró de percibir las

emociones de personas próximas. No eran fáciles de distinguir, pero logró reconocer los pensamientos soñolientos de los niños. Soltó una palabrota. Estaban en algún lugar cercano. Esto la obligaba a proceder en silencio.

Lentamente, Emerahl invocó magia y la usó para abrir un agujero en la tapa de la caja, justo por encima de su cabeza. Comenzó a apartar la tierra que tenía encima hacia el otro extremo del ataúd, amontonándola en torno a sus pies. El cielo pálido de la aurora apareció ante ella más rápidamente de lo que esperaba.

«Deberían haber excavado una fosa más profunda —pensó—, pero su ignorancia me ha ahorrado algunas molestias».

Ensanchó el agujero hasta que su cuerpo cabía en él y se empujó hacia arriba, retorciéndose. Al asomarse, vio que estaba en el pequeño patio de atrás de la casa quemada bajo la que vivían los niños. Se paró a meditar.

«Podría enterrarme de nuevo y esperar a que se vayan todos —pensó—. No. Siempre se quedan algunos para vigilar el sitio durante el día. Será mejor que me marche ahora que todos duermen».

Extendió los brazos hacia arriba, se agarró del borde del agujero e intentó auparse. Tuvo que detenerse a recuperar el aliento varias veces, y conforme su cuerpo salía a la luz del alba, comprendió por qué. El cambio había consumido buena parte de su grasa corporal. Tenía los brazos huesudos y enclenques, y sus pechos prácticamente habían desaparecido. Cuando se sacudió con la mano la tierra de la nagua blanca en la que los niños la habían dejado, notó la dureza de los huesos prominentes de su cadera.

«Estoy débil y escuálida —se dijo—. Soy un esqueleto nacido de un útero en forma de ataúd. Si hoy alguien me tomara por una criatura impura y nociva, no se lo reprocharía».

Por lo menos consiguió apoyar los pies en el suelo y levantarse. Comprobó aliviada que le quedaban fuerzas suficientes para mantenerse en pie, y seguramente también para andar. Al salir de su tumba, giró sobre los talones y contempló los rastros de su vuelta a la vida.

«Será mejor que arregle este estropicio».

Tras invocar magia, removiò y allanó la tierra hasta que el agujero quedó tapado y todo rastro de su resurrección hubo desaparecido. Sonrió con

tristeza al ver las flores marchitas esparcidas en el suelo. Deseó poder hacer algo más por los niños, pero tenía que pensar en su propia supervivencia.

«Y ahora ¿qué?»

Se miró. Tenía las manos y los brazos cubiertos de tierra y no llevaba más que una nagua sucia. La cabellera que le colgaba sobre los hombros seguía siendo el pelo cano y rígido de una anciana. Necesitaba lavarse, y luego conseguir ropa y comida, así como algo con lo que teñirse el cabello.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que la cartera que se había atado al cuerpo había desaparecido. No le sorprendió; sabía que existía un riesgo considerable de que los niños la encontraran. Al fin y al cabo, no podía ocultarlo todo dentro de sí.

Se planteó la posibilidad de colarse en la casa para buscarla, pero la descartó de inmediato. Era demasiado peligroso, y seguramente los niños se habían gastado ya casi todo. Emerahl volvió la espalda hacia su «tumba» y, caminando sin hacer ruido, pasó junto a la casa y se adentró en el barrio pobre.

La luz tenue y gris de la mañana se hizo más intensa poco a poco. Las calles, aunque tranquilas, no estaban desiertas. Ella se cruzó con un par de lavanderas de mediana edad que la miraron con desagrado, y luego un joven con pata de palo se detuvo para devorarla con los ojos. Emerahl se sintió cohibida por primera vez en más de cien años.

«¿Y la gente me pregunta por qué yo, que puedo tener la edad que me plazca, prefiero ser vieja?», pensó Emerahl con ironía.

Por otro lado, era indudable que volver a ser joven podía depararle algunos placeres. Bajo su forma juvenil, siempre había seducido a los hombres. Y también a algunas mujeres. Era evidente que, pese a su penoso estado actual, conservaba algunos de sus encantos. Le bastaría con comer de forma sana y regular durante un tiempo para recuperar sus curvas.

Pero la comida costaba dinero. Frunció el ceño al cavilar sobre el futuro inmediato. Sin cartera ni grasa corporal, necesitaba encontrar una fuente de ingresos lo antes posible. El hurto era una posibilidad, pero hacía mucho que no lo practicaba y carecía de energías para correr si la descubrían. Su detención podría atraer sobre ella la atención de los sacerdotes.

Ellos estaban buscando a una mujer que vendía remedios, por lo que tampoco podría ofrecer a cambio de dinero sus conocimientos ni habilidades en ese campo. Continuó andando cuesta abajo, en dirección al mar. Le hizo gracia tomar conciencia del rumbo que había elegido. Había nacido junto al mar, y siempre se había sentido atraída por el agua en momentos difíciles. Cuando el horizonte llano y líquido apareció al fin ante sus ojos, ella suspiró aliviada y apretó el paso.

Una vez que llegó a la orilla del mar, enfiló el camino que discurría por la costa, buscando un lugar más solitario para lavarse. Casi todas las bahías pequeñas estaban ocupadas. Se detuvo cuando arribó a una cala en la que solo había un muelle. Dos pescadores, uno joven y otro viejo, trabajaban en su barca, preparando sus capturas para llevarlas al mercado. Ella los contempló un momento antes de echar a andar con decisión por el embarcadero.

—Veo que habéis hecho una buena pesca —comentó al pasar.

Ellos alzaron la vista y se quedaron mirándola. Emerahl les sonrió antes de apartar la mirada. Cuando llegó al final del muelle, se dejó caer.

Se zambulló en el agua fría, y la impresión ocasionó que el aire escapara de sus pulmones en un torrente de burbujas. Al notar la arena bajo sus pies, se impulsó hacia arriba. Emergió, inspiró y comenzó a patallar para alejarse del embarcadero.

—¿Señorita?

Ella se dio la vuelta y rió al ver que los dos pescadores la observaban desde el extremo del embarcadero, ambos con cara de preocupación.

—Tranquilos —les dijo—. Solo quería lavarme.

—Nos has pegado un buen susto —le reprochó el más joven—. Creíamos que querías ahogarte.

—Lo siento. —Nadó hacia ellos, fijándose en que los ojos de los pescadores se desplazaban de su rostro a las partes de su cuerpo que asomaban a la superficie. La nagua se había tornado semitransparente al mojarse—. Gracias por pensar en salvarme. —Nadó por debajo del muelle.

Los oyó caminar sobre las tablas, por encima de su cabeza. No cabía duda de que había captado su interés. Frunció los labios, reflexionando. Ya se le

había ocurrido una posible solución para el apuro en que se encontraba, y ahora se le presentaba la oportunidad de ponerla en práctica. No sería la primera vez que realizara un trabajo de ese tipo. De hecho, siempre había considerado que se le daba bastante bien.

Miró hacia arriba y advirtió que las vigas de madera se cruzaban de modo que formaban una repisa estrecha y cubierta de limo. Oculta por el agua, ella se llevó la mano bajo la nagua y se exploró por dentro.

«Es una de las razones por las que algunos hombres llaman a esta parte de la anatomía femenina “bolsa de ramera”», pensó mientras extraía una bolsita. Entre los objetos que contenía estaban la campanilla marina, el colgante de démbar y unas monedas. El dinero apenas le alcanzaría para pagarse algunas comidas, y ningún joyero le ofrecería siquiera una fracción de un precio justo por una campanilla marina tan valiosa mientras ella anduviera con aquella facha. No, tendría que preparar el terreno para ello. Depositó la bolsa en la repisa cubierta de limo y salió nadando de debajo del muelle.

Los pescadores le devolvieron su atención en el acto. Caminaron a lo largo del embarcadero mientras ella chapaleaba hacia su barca.

—¿Es vuestro el bote? —preguntó.

—De mi padre —contestó el joven volviendo los ojos hacia su acompañante.

—¿Os parece bien si subo a bordo para secarme?

Los dos intercambiaron una mirada y el mayor asintió.

—¿Por qué no?

Ella les dedicó una gran sonrisa y nadó hasta un costado de la embarcación. El más joven descendió hasta el bote, se agachó, la tomó de la mano y la ayudó a subir a la cubierta. Emerahl reprimió una sonrisa cuando se percató de que el padre echaba un vistazo alrededor para asegurarse de que nadie los observara. «Estás pensando en tu esposa, ¿a que sí?»

Retrocedió un paso, invocó magia y envió aire y calor a través de su nagua. El joven se apartó y la contempló con un nuevo respeto. Aunque ella sabía que mojada seguramente presentaba un aspecto más excitante, sus dos clientes potenciales tenían que saber que no dejaría que la timaran con sus honorarios.

Una vez que su nagua se hubo secado, ella exhaló un suspiro.

—Cualquiera pensaría que teniendo tantos dones no me vería obligada a prostituirme. —Alzó la vista hacia ellos y se sonrojó—. Soy principiante, que conste. Y no me dedicaré a ello durante mucho tiempo. Solo hasta que encuentre un trabajo.

Los dos pescadores se miraron, y el padre se aclaró la garganta.

—¿Cuánto?

Emerahl sonrió.

—Bueno, creo que unos hombres tan valerosos que estaban dispuestos a rescatar a una dama merecen un descuento, ¿no os parece?

«Y esta —pensó ella con sarcasmo— es la otra razón por la que los hombres llaman a esa parte de la anatomía femenina “bolsa de ramera”».

SEGUNDA PARTE

18

El mundo era un gran manto verde matizado con los colores del otoño y arrugado allí donde las montañas traspasaban la tela. Los ríos relucían como hilos de plata. Edificios diminutos como teselas de mosaico dispersas se agolpaban aquí y allá, conectados entre sí por carreteras marrones. Cuando Auraya aguzaba la vista, captaba movimientos casi imperceptibles que revelaban la presencia de animales diminutos... y personas.

Aunque a ella le habría gustado volar más cerca del suelo, Ziriz prefería permanecer lo más lejos posible de los pisatierra, pese a que contaba con su compañía. Le resultaba agotador mantenerse en el aire durante todo el día. Volar les costaba a los siyís más esfuerzo de lo que parecía, por lo que Ziriz estaba dolorido y entumecido cuando el atardecer los obligó a bajar a tierra. Auraya no quería ni imaginar lo agotador que había resultado el viaje de Tiril, que se había adelantado para avisar a los siyís de la inminente llegada de la Blanca.

Al cabo de varias horas, incluso el paisaje que sobrevolaba dejó de entretenerla. No tenía mucho en que distraer su mente aparte de en las futuras negociaciones con los siyís, y al final se cansó de preocuparse por ello y de discurrir estrategias. En cambio, aprendió a imitar los movimientos de su acompañante; a comportarse como si el viento, el impulso y la atracción de la tierra produjeran sobre ella el mismo efecto que sobre los siyís. Esto le permitió hacerse una idea más clara de las limitaciones que ellos tenían a

causa de la forma de su cuerpo.

También había extraído de la mente del embajador mucha información sobre su pueblo. Sus pensamientos alternaban entre sus responsabilidades, el miedo a los pisatierra, las esperanzas sobre el futuro y los recuerdos de su infancia. Lo más interesante era la envidia contenida que él sentía cuando la veía imitar su manera de volar. Se preguntaba por qué los dioses habían concedido a una pisatierra el acceso a los cielos sin ninguna de las restricciones o penalidades que los siyís soportaban.

La superación de las barreras y las consecuencias de su origen eran motivo de orgullo para los siyís. A todos ellos se les enseñaba que sus antepasados habían aceptado de buen grado el dolor, la deformidad y la muerte temprana para que la diosa Huan pudiera crear su raza. Aún en la actualidad seguían pagando el precio, si bien el número de niños que nacían con discapacidades había disminuido a lo largo de los siglos. La población, por el contrario, había aumentado poco a poco. Solo los colonos torenios representaban una amenaza para este crecimiento.

«Hay que hacer algo respecto a esos colonos», pensó Auraya. No sería tarea fácil. Huan había decretado que las montañas situadas al este de Toren pertenecían a los siyís. Los colonos torenios, ávidos de tierras, habían interpretado el término «montañas» como terrenos escarpados e incultivables, y se habían apoderado poco a poco de valles y laderas fértiles. Ella dudaba que el rey de Toren conociera las actividades de sus súbditos, y estaba convencida de que, si las conocía, no tenía la menor intención de pararles los pies.

«Pero lo hará si los Blancos lo instamos a ello».

Esbozó una sonrisa sombría. Los siyís necesitaban la alianza con los Blancos. La deseaban, pero temían tener poco que ofrecer a cambio. No se consideraban lo bastante fuertes o hábiles para la guerra, ni poseían recursos con los que comerciar. El cometido de Auraya sería encontrar algo con lo que pudieran pagar a los Blancos por su protección, o sencillamente convencerlos de que toda ayuda que les prestaran en la guerra, el comercio o la política, por pequeña que fuera, sería suficiente.

Se volvió de nuevo hacia Ziriz. Él la miró y sonrió.

Se sabía poco sobre su pueblo. Aunque Auraya había aprendido mucho de Tiril y Ziriz, comprendería mejor a los siyís cuando se entrevistara con sus líderes y observara sus costumbres cotidianas. Cuando los Blancos hacían el esfuerzo de visitar un país, sus habitantes siempre se mostraban agradecidos. Los dos embajadores estaban encantados de que ella se tomara un tiempo para conocer su patria, y ella esperaba que el resto de sus paisanos compartiera este sentimiento. Si todo salía bien, en unos meses ella se ganaría su respeto y confianza en nombre de los Blancos.

Al tender la mirada hacia la línea oscura de montañas que se extendía a lo lejos, una oleada de emoción la recorrió. Lo cierto es que la complacía tanto visitar Si como a los embajadores acompañarla hasta allí. Se dirigía hacia un lugar en el que pocos pisatierra habían estado, para conocer la cultura de una raza única.

«No podría estar más contenta».

Al instante la invadió una desazón que le era familiar. No era por inseguridad o por miedo al fracaso. «No, es por el embrollo que he dejado atrás».

«Tienes una forma interesante de despedirte», le había dicho Leiard. Una imagen fugaz de las sábanas arrebujadas en un extremo de su cama le pasó por la mente, seguida de otra de extremidades desnudas entrelazadas. Luego surgieron recuerdos tentadores de épocas anteriores.

«¿Quién iba a imaginarlo? —se preguntó, sin poder dejar de sonreír—. Leiard y yo. Una Blanca y un tejedor de sueños».

Ante este pensamiento, notó que su sonrisa languidecía y que su humor se ensombrecía. Luchó contra ello sin mucha convicción. «Debo enfrentarme a esto, y debo hacerlo ahora. Cuando llegue a Si estaré demasiado ocupada para atormentarme cavilando sobre las consecuencias». Con un suspiro, se planteó la pregunta que había estado eludiendo.

«¿Cómo reaccionarán los otros Blancos cuando se enteren?»

Dyara fue la primera persona que le vino a la mente. Prácticamente gruñía con desaprobación cada vez que Leiard estaba cerca. No sería fácil que viera con buenos ojos sus devaneos amorosos con Auraya. A Mairae, por otro lado, tal vez no le importaría, aunque seguramente preferiría que no hubiera

elegido a un tejedor de sueños como compañero de cama. A Rian no le gustaría. Aunque nunca había sugerido a los otros Blancos que optaran por la abstinencia, como él, sin duda le desagradaría la idea de que una Elegida de los dioses se acostara con un pagano.

¿Y Juran? Auraya frunció el ceño. No podía prever su reacción. Él había aceptado a Leiard como asesor de Auraya. ¿Lo toleraría como su amante, o tal vez opinaría que eso era llevar demasiado lejos la benevolencia de los Blancos hacia los tejedores de sueños?

«No, me dirá que el pueblo no lo aceptará, que eso malogrará todos mis esfuerzos por promover la tolerancia hacia los tejedores. La gente creerá que mi posición al respecto se basaba en el amor (o en la lujuria) en vez de en el sentido común, y recordarán que Mirar era un mujeriego. Creerán que me han engatusado y manifestarán su descontento atacando a los tejedores de sueños».

Era demasiado pronto para esperar que aceptaran la situación. Quizá el tiempo era la clave. Se mordisqueó el labio por un momento. Tal vez si guardaba su amorío en secreto durante una temporada, después los Blancos y el pueblo estarían más preparados para asimilarlo. Al fin y al cabo, ella no mantenía relaciones sexuales con todos los solteros atractivos y de alcurnia de Ithania del Norte. Si Mairae podía hacer eso impunemente, sin duda Auraya podía acostarse con un solo tejedor de sueños.

Suspiró de nuevo. «Ojalá fuera cierto. ¿Qué posibilidades tengo de mantener esto en secreto? Todo el mundo está enterado de las aventuras de Mairae, y si Dyara no ha sido capaz de ocultar a los demás Blancos su idilio trágicamente casto con Timare, ¿cómo voy a ocultarles yo el mío?»

Por fortuna, pasaría varios meses lejos de Jarime. Durante ese tiempo podían ocurrir muchas cosas, como que ella o Leiard recuperaran la cordura.

«¿Y si él ya la ha recuperado? ¿Y si tiene intención de no volver a verme? ¿Y si, una vez satisfecha su curiosidad, no está interesado en nada más? —Se le encogió el corazón—. ¡No! ¡Me quiere! Lo leí en su mente.

»Y yo lo quiero a él». Una cálida sensación de felicidad se extendió por su cuerpo. Los recuerdos gratos volvieron a su memoria, pero se enturbiaron cuando ella evocó la imagen del chaleco de tejedor de Leiard tirado en el

suelo junto a su cirque. Había sido una visión aleccionadora. En cierto modo le parecía blasfema.

«Los dioses deben de saberlo», se dijo.

Movió la cabeza. «No podemos seguir con esto. Debería rechazarlo. — Sin embargo, sabía que no podía—. Mientras los dioses no expresen su opinión, no intentaré adivinar qué piensan de nosotros».

Echó un vistazo hacia atrás. Jarime había desaparecido tras el horizonte hacía horas. «¿Cómo puedo marcharme dejando atrás un lío así?» Pero tampoco podía dar media vuelta y volar de regreso a Jarime. Se obligó a pensar en los siyís, y en el disgusto y la decepción que se llevarían; en las ganas que tenía de conocer su país por sí misma.

«Unos pocos meses —se dijo—. Para cuando vuelva, habré decidido lo que debemos hacer.

»Y espero haberme armado de valor para hacerlo».

La lluvia golpeteaba incesantemente la capota. Al notar que algo le caía sobre la cabeza, Danyin alzó la mirada. De alguna manera, el agua había conseguido atravesar en un punto la tela densa y engrasada. Esquivó otra gota, deslizándose por el asiento del platén, y se llevó la mano al bolsillo en busca de un pañuelo con el que secarse el cuero cabelludo.

En vez de ello, sus dedos tocaron con un trozo de pergamino. Danyin lo sacó y suspiró al ver que era el mensaje de su padre.

Theran ha vuelto. He invitado a tus hermanos a cenar.

Se requiere tu presencia.

Pa-Lanza.

—Cuando dije que sería agradable volver a disponer de tiempo para mí, los dioses debían de estar escuchando —refunfuñó. Levantó la vista hacia la capota—. Por el gran Chaia, ¿qué he hecho yo para merecer esto?

—¿Descuidar a tu familia? —aventuró Silava.

Danyin miró a la mujer que tenía sentada enfrente. La luz del farol

suavizaba las arrugas de su rostro, en su mayor parte las marcas de sonrisas y carcajadas repetidas. «En su mayor parte». Había habido épocas menos agradables, tantas como las que atravesaban quienes se casaban por amor, según había observado en los últimos años. Ambos habían cometido infidelidades, ambos habían aprendido que la sinceridad era el camino más difícil al perdón, pero también el único. Aunque nunca habían estado apasionadamente enamorados el uno del otro, con el tiempo se habían convertido en grandes amigos.

—¿Qué familia? —preguntó Danyin con picardía—. ¿La mía o la nuestra?

Ella sonrió.

—Eso deberías preguntárselo a un juez imparcial, Danyin. Solo procura asegurarte de que nuestra familia siempre quiera verte más a menudo, sobre todo cuando hayan nacido tus nietos.

Nietos. La idea de convertirse en abuelo era tan deliciosa como desalentadora. Era señal de que estaba envejeciendo. Por otro lado, hacía felices a sus hijas. Se desenvolvían bien en sus nuevos hogares. Él se sentía aliviado por haber elegido buenos esposos para ellas, aunque en general había aceptado los consejos de Silava al respecto. Era una lástima que uno no pudiera escoger a sus padres.

—Si te refieres a la familia de mi padre, también te está castigando a ti —señaló.

—Cierto, pero en estas cenas no me presta la menor atención. Es a ti a quien dirigirá sus reproches.

Danyin puso mala cara, pues sabía que tenía razón. Silava se inclinó hacia delante y le dio unas palmaditas en la rodilla.

—Te he dejado una botella de tinta en la mesa de la sala de lectura.

Él le sonrió con gratitud.

—Qué detalle.

El platén redujo la velocidad. Danyin echó una ojeada al exterior y notó un malestar familiar en el estómago cuando se detuvieron frente a la mansión de su padre. Entonces se acordó del anillo que llevaba. Le infundió ánimos pensar que los Elegidos de los dioses no lo consideraban un fracaso, a

diferencia de su padre.

Se apeó del platén y se volvió para ayudar a su esposa. Llovía con fuerza, y sus tagos quedaron empapados enseguida. Los dos exhalaban un suspiro de alivio cuando llegaron a la puerta de la mansión.

Un hombre alto y delgado con expresión altiva los hizo pasar. Danyin observó con suspicacia a Forin, el mayordomo. El hombre solía anunciar su llegada como si fuera una interrupción en vez de una visita solicitada.

—Bienvenidos, Danyin Lanza, Silava. —Forin dirigió una inclinación de cabeza a cada uno.

—Consejero Danyin Lanza —lo corrigió este. Se desató el tago y se lo tendió al criado.

A Forin le relampaguearon los ojos. Abrió la boca, pero vaciló cuando bajó la vista hacia el tago de Danyin. Este se percató de que el mayordomo estaba mirando el anillo blanco y reluciente que llevaba en el dedo.

—Desde luego. Perdonadme. —Tras coger los tagos de Danyin y Silava, se alejó a toda prisa hacia otra habitación.

Silava se volvió hacia Danyin cuando entraron en la sala común. Aunque ella no sonrió, su esposo reconoció el brillo de triunfo en sus ojos. Por lo general solo veía ese brillo cuando era él quien perdía una discusión.

Dos de los hermanos de Danyin aguardaban en la sala, de pie junto a unos braseros. Cuando reparó en ellos, la satisfacción de Danyin por su pequeña victoria se evaporó. Sus hermanos lo recibieron con un saludo formal y tenso. Sus esposas dedicaron una sonrisa débil a Silava antes de seguir conversando como si ella no estuviera allí. La lluvia atravesaba una abertura en el techo y caía en un estanque. Unos bancos cubiertos con cojines y mantas lujosas estaban dispuestos en perfecta simetría a lo largo de las paredes de la estancia. El suelo era de piedra vetada, y las paredes estaban decoradas con murales que mostraban barcos y mercaderías.

Un sirviente apareció con ahm somreyano caliente. Tomando un sorbo, Danyin contempló a sus parientes. Sin duda Theran, el hermano predilecto al que los demás habían sido convocados para ver, se alojaba en la mansión y ya se encontraba con su padre.

Todos los hijos de Pa-Lanza se habían incorporado a los negocios

familiares, con diferentes grados de éxito. Theran, el segundo, era un comerciante nato. Dos de los hermanos más jóvenes habían perecido en un naufragio veinte años atrás. Ma-Lanza, que nunca se había recuperado del todo tras dar a luz a Danyin, había caído enferma y había muerto poco después. Hacía un año, el corazón del primogénito había dejado de latir, de modo que solo quedaban cuatro hijos: Theran, Nirem, Gohren y Danyin.

Se suponía que los siete hermanos debían expandir el imperio comercial de los Lanza. Danyin lo había intentado, pero su intento solo había durado hasta que, a los dieciséis años, se había embarcado en su primer viaje. Dos días después de su llegada a Genria, había trabado amistad con un sobrino lejano del rey y se había visto rodeado de intrigas políticas que le parecían mucho más emocionantes y trascendentales que las largas travesías y los cálculos y cuentas que el comerciante tenía que hacer constantemente. A causa de estas distracciones, no se había presentado para inspeccionar los cereales que cargaban en el barco, y para cuando volvió a Jarime, las plagas habían estropeado la mitad del grano.

Su padre se había puesto furioso.

—¿Danyin?

Al oír el susurro de su esposa, levantó la mirada. Dos hombres se acercaban por el pasillo hacia la sala común. Forin se detuvo en el centro de la estancia.

—Pa-Lanza y Theran Lanza —anunció.

El anciano, con el rostro surcado de arrugas, caminaba apoyándose en un bastón. Tenía una mirada penetrante y fría que saltaba de una cara a otra. A su derecha avanzaba Theran. El hermano mayor sonrió a Nirem y Gohren, pero adoptó una expresión más forzada cuando sus ojos se encontraron con los de Danyin. En vez de hacer caso omiso de su hermano menor, como era su costumbre, Theran arqueó las cejas.

—Danyin. No contaba con que vinieras. Nuestro padre dice que tus obligaciones en el templo te impiden asistir a casi todas las reuniones familiares.

—Esta noche no —respondió Danyin. «Además, ¿cómo iba a desaprovechar la oportunidad de ser ignorado con desprecio o de convertirme

en blanco de tus bromas?»

El anciano se acercó a un banco alargado y se sentó. Los otros miembros de la familia se quedaron callados, esperando a que los invitara a tomar asiento. Pa-Lanza agitó la mano.

—Sentaos, sentaos —dijo, como si su formalidad lo avergonzara.

Sin embargo, Danyin sabía que la menor desviación de aquel ritual de modales siempre encolerizaba a su padre. Cada uno ocupó el puesto que le había asignado tiempo atrás la tradición familiar: Theran, a la derecha de Pa-Lanza; Nirem y su esposa a su izquierda, Gohren junto a Theran, y Danyin en el sitio más alejado de su padre, al lado de la esposa de Nirem.

Mientras unas criadas les servían una serie de manjares, la conversación se centró en el comercio. Danyin se esforzó por escuchar, guardando un silencio prudente. Había aprendido hacía mucho a no participar en aquellas discusiones. Toda observación o pregunta que él exponía sobre cuestiones comerciales se examinaba con lupa y se esgrimía como prueba de su ignorancia en aquellos asuntos.

Por muy callado que permaneciera, su padre nunca se olvidaba de comentar el trabajo de Danyin. Cuando Theran finalizó una larga descripción de una transacción provechosa, Pa-Lanza alzó la vista hacia su hijo menor.

—Me parece que nuestro consejero de los Blancos no obtiene tantos beneficios por los servicios que presta en el templo. —Pa-Lanza gesticuló en dirección a las paredes—. Si tan importante eres para los circulianos, ¿cómo es que un simple mercader vive en mejores condiciones que tú? La próxima vez que veas a tu superior, debes pedirle que aumente tu asignación. ¿Cuándo la verás?

—Auraya ha partido hacia Si, padre —contestó Danyin—, para negociar una alianza.

Las cejas de su padre se elevaron.

—¿Y no te has ido con ella?

—Las montañas de Si no son fáciles de atravesar para un pisatierra.

—¿«Pisatierra»?

—Es como los siyís llaman a los humanos comunes.

Su padre soltó un resoplido.

—Qué ordinario. Tal vez sea una suerte que ella te haya dejado aquí. Ve tú a saber qué sórdidas costumbres tendrá esa gente. —Se llevó un trozo de comida a la boca antes de limpiarse las manos con una pieza de tela que una joven sirvienta le tendió.

—Si los siyís acceden a aliarse con Hania, es posible que veas a más de ellos por aquí. Nombrarán a un embajador, y otros vendrán para estudiar, ordenarse sacerdotes o comerciar.

La mirada de su padre se hizo más intensa. Masticó, tragó y bebió un sorbo de agua.

—¿Con qué bienes comercian?

Danyin sonrió.

—Esa es una de las preguntas que Auraya intentará responder.

Pa-Lanza entornó los párpados.

—Aquí veo una oportunidad para ti, hijo. Puede que no tengas ingresos decentes, pero si aprovechas una ocasión como esta, tal vez eso sea lo de menos.

Una indignación momentánea se apoderó de Danyin.

—No puedo valerme de mi posición para conseguir ventajas comerciales.

Su padre emitió un bufido.

—No seas tan remilgado. No puedes ser un consejero toda la vida.

—Si abuso de mis privilegios, no, desde luego. —«Y tampoco si sigo tus pasos», añadió Danyin en su fuero interno, pensando en los enemigos que se había ganado su padre a lo largo de los años; enemigos poderosos que habían conseguido que le prohibieran hacer negocios en ciertos lugares.

¿Por qué no se lo recuerdas?

Danyin se sobresaltó al percibir aquella voz en su mente.

¿Auraya?

Sí, soy yo. Perdona, no era mi intención inmiscuirme. Los siyís duermen, y yo estoy... en fin... aburrida.

Él se disponía a sonreír, pero corrigió su expresión de inmediato.

—... la fama y la gloria se extingan —decía su padre—, pronto nadie se acordará de ti.

Danyin abrió la boca para replicar.

Tu padre tiene razón al menos en una cosa. Deberíamos pagarte más.

Él se atragantó.

¿Cuánto tiempo lleváis escuchando?

Hubo una pausa.

Me he asomado hace un rato.

¿Asomado?

Para ver si estabas ocupado.

—¿Me estás escuchando? —inquirió Pa-Lanza.

Danyin levantó la mirada y meditó sobre si debía explicarle con quién había estado comunicándose.

Vamos, díselo, lo animó Auraya.

No deseo faltaros al respeto —le dijo Danyin—, pero no conocéis a mi familia. Hay temas a los que más vale no dar demasiadas vueltas.

—Estaba reflexionando sobre tu consejo, padre —respondió.

Pa-Lanza achicó los ojos y se volvió hacia Nirem.

—¿Has visto al capitán Raerig últimamente?

Nirem asintió y comenzó a recordar una reunión de borrachos en una ciudad remota. Aliviado por haber dejado de ser el centro de atención, Danyin dejó vagar sus pensamientos, hasta que la mención de la secta sureña lo devolvió a la realidad.

—Dicen que son buenos clientes, esos pentadrianos —dijo Nirem—. La mitad de sus sacerdotes son guerreros. Él compra armas dunwayanas y las vende en el continente del sur. No da abasto. ¿Crees que deberíamos...?

Para sorpresa de Danyin, su padre frunció el ceño.

—Tal vez. He oído que están organizando un ejército ahí abajo. Vuestro bisabuelo siempre decía que la guerra podía ser buena para el comercio, pero dependía de quién planeaba luchar contra quién.

—¿Y contra quién planean luchar? —quiso saber Danyin.

Su padre le dirigió una sonrisa gélida.

—Habría esperado que tú lo supieras, consejero de los Blancos.

—Tal vez lo sepa —repuso Danyin con despreocupación—, tal vez no. ¿Contra quién crees que lucharán?

Su padre se encogió de hombros y apartó la vista.

—Por el momento, prefiero guardarme lo que sé. Si hay posibilidades de que saque algún provecho de esto, no quiero que una indiscreción dicha en un sitio inoportuno lo estropee todo.

Danyin sintió una punzada de rabia. Lo que lo irritaba no era el insulto que encerraba la insinuación de que filtraría información, sino el hecho de que su padre supiera que poseía información que Danyin necesitaba. Información que necesitaban los Blancos.

Entonces su ira se evaporó. Si su padre no hubiera querido que se enterara de que los pentadrianos estaban juntando un ejército, por temor a dar al traste con algún acuerdo comercial, no lo habría mencionado. Tal vez aquello era lo más parecido a una advertencia que su padre se había dignado hacerle a su hijo menor.

¿Estáis escuchando, Auraya?

No obtuvo respuesta. Danyin hizo girar el anillo en torno a su dedo, cavilando sobre cuál debía ser su siguiente paso. «Averiguar más —decidió—. Investigar por mi cuenta». La próxima vez que Auraya se pusiera en contacto con él a través del anillo, tendría algo sustancioso que contarle.

19

Una sensación de asfixia despertó a Leiard. Se incorporó, jadeando, y echó un vistazo alrededor. Aunque la habitación estaba a oscuras, él intuía que el sol no tardaría en salir. No recordaba el sueño que lo había arrancado de su descanso.

Se levantó, se lavó, se cambió de ropa y salió sigilosamente de su dormitorio. Tras crear una luz diminuta, cruzó la sala común y se encaminó hacia el jardín de la azotea. Salió al aire frío y se acercó a los asientos de jardín en los que impartía las clases a Jayim.

Se sentó y reflexionó sobre su sueño. Lo único que conservaba de él era una vaga sensación de miedo. Cerró los ojos y se concentró en un ejercicio mental concebido para recuperar sueños perdidos, pero nada afloró. Solo el miedo permanecía.

Los sueños que sí recordaba eran aquellos en los que aparecía Auraya. Algunos eran agradables, llenos de dicha y pasión. No había tenido sueños tan excitantes desde... hacía tanto tiempo que ya no lo recordaba. Por desgracia, otros estaban plagados de consecuencias aciagas, acusaciones, venganzas y castigos terribles, espantosos.

«Tendrías que haberte marchado. Deberías haber tenido presente lo que ella es», dijo una voz en su cabeza.

«Lo tenía».

«Deberías haberlo tenido más presente».

Aquella otra voz en su mente (los pensamientos que Arlij creía una manifestación de los recuerdos de conexión de Mirar) le hablaba a menudo a Leiard últimamente. Era lógico que, si iba a discutir consigo mismo sobre Auraya, el Mirar ilusorio se opusiera a que él mantuviera cualquier tipo de relación con los Blancos. Al fin y al cabo, él había muerto a manos de uno de ellos.

Se preguntó brevemente si Mirar había influido de algún modo en él aquella noche, en la alcoba de Auraya. Sin embargo, Leiard era reacio a culpar a su identidad secundaria de cualquiera de sus actos. Ninguna voz lo había incitado a seducir a Auraya. Mirar había permanecido en silencio hasta primera hora de la mañana siguiente, cuando Leiard había salido de la torre.

Auraya le había dado un beso de despedida y le había pedido que guardara en secreto su escaqueo. Era una petición razonable, teniendo en cuenta quién era él. Y quién era ella. ¿Lo había visto salir alguien? No había topado con ningún sirviente, pero estaba preparado para comportarse como si no hubiera ocurrido nada, salvo que había acudido a una consulta a altas horas de la noche.

Sin embargo, aquella mentira le parecía poco creíble. A los criados les gustaba imaginar que por las noches, detrás de las puertas, la gente se entregaba a cosas más estimulantes que las discusiones políticas, sobre todo cuando una consulta había durado toda la noche. Si sospechaban que se había acostado con Auraya, los otros Blancos lo habrían leído en sus mentes. En caso de que alguno de los Elegidos de los dioses quisiera confirmarlo, le bastaría con mandar llamar a Leiard y leerle la mente a él.

Por el momento, nadie lo había llamado. Esperaba que eso significara que su visita había pasado inadvertida y no era objeto de elucubraciones. Se estremeció al pensar en las consecuencias que un escándalo semejante tendría para su pueblo. Sin embargo, en los momentos en que lograba sustraerse a la preocupación, no podía evitar discurrir planes para verla en secreto cuando regresara.

«Si ella quiere, claro. Tal vez me considere un entretenimiento de una noche, un amante al que desechará cuando se dé cuenta de lo inconveniente que es tenerlo cerca. Ojalá pudiera averiguar qué es lo que quiere».

Había una manera, pero era peligrosa. Podía conectar en sueños con ella.

«No seas idiota. Si te denuncia, te condenarán a la lapidación».

«No se lo diré a nadie».

—Leiard.

Sobresaltado, levantó la mirada. Le sorprendió ver a Jayim de pie ante él. La claridad tenue del alba empezaba a iluminar el jardín. Leiard estaba tan embebido en sus pensamientos que no había reparado en la presencia del joven.

Bostezando, el chico se sentó frente al tejedor de sueños. Iba envuelto en una manta. «Se avecina el invierno —pensó Leiard—. Debería enseñarle maneras de entrar en calor».

—¿Practicaremos de nuevo la conexión mental? —preguntó Jayim.

Leiard contempló al muchacho. No habían vuelto a conectarse desde el día en que Jayim había descubierto la atracción de Leiard hacia Auraya. Esto había perturbado tanto al maestro, que había aplazado las clases siguientes sobre aquella técnica.

Ahora la idea de conectar con su discípulo lo aterraba. Si lo hacía, era probable que Jayim se enterara de la noche que había pasado con Auraya. Percibiría también la esperanza de Leiard de continuar con aquella relación. Y, si Jayim lo sabía, habría dos personas en Jarime en cuyas mentes podrían leer el secreto de Leiard.

—No —respondió Leiard—. Hace una mañana fresca. Te explicaré cómo afecta el frío al cuerpo y te enseñaré formas de contrarrestarlo.

El sacerdote superior Ikaro se detuvo frente a la sala de audiencias del rey Berro. Tras respirar hondo, pasó al interior. Había ayudantes, consejeros y representantes de los principales gremios de pie cerca del trono. El asiento, sin embargo, estaba vacío. El rey se hallaba erguido frente a una urna descomunal.

Ikaro advirtió que la vasija estaba decorada al nuevo estilo. La habían recubierto con una capa de esmalte negro en la que luego habían tallado motivos y figuras, de modo que quedaba al descubierto la arcilla blanca de

debajo. El rey posó la vista en Ikaro y le indicó con una señal que se acercara.

—¿Os gusta, sacerdote Ikaro? Me representa a mí, nombrando heredero a Cimro.

—Desde luego —contestó Ikaro situándose junto al rey—. Hay gracia y destreza en esos trazos, y los detalles son exquisitos. Me concedéis un gran honor, majestad.

El monarca arrugó el entrecejo.

—¿Al mostraros esto? Tengo la intención de instalarlo aquí. Lo veréis cada vez que entréis en esta sala.

—Pero no tendré la oportunidad de detenerme a admirarlo, majestad. Mi atención estará centrada en asuntos más importantes.

El rey sonrió.

—Eso es verdad. —Se apartó de la urna y se dirigió con paso tranquilo hacia el trono—. No sabía que fuerais un entendido en arte.

—Sencillamente aprecio la belleza.

Berro rió entre dientes.

—Entonces es de lo más irónico que hayáis puesto mi ciudad patas arriba buscando a una arpía vieja y fea. —El soberano se acomodó en su trono. Su expresión se tornó seria, y sus dedos tamborilearon sobre el brazo del asiento—. ¿Durante cuánto tiempo más pretendéis que sigamos con esa búsqueda?

Ikaro frunció el ceño. Aunque no había examinado los pensamientos del rey (solo podía leer mentes en presencia de Huan), no le hacía falta. Berro no disimulaba su impaciencia. Las palabras tranquilizadoras no aplacarían su enfado esta vez. Ikaro no estaba seguro de cómo apaciguarlo, salvo...

—Se lo preguntaré a los dioses.

El rey abrió los ojos desorbitadamente. Los hombres y mujeres se miraron, algunos de ellos con escepticismo.

—¿Ahora?

—A menos que sea un momento inoportuno —añadió Ikaro—. Podría hacerlo en el templo del palacio.

—No, no —dijo Berro—. Hablad con ellos, si creéis que es lo correcto.

Ikaro asintió y cerró los ojos.

—Uníos a mis plegarias —murmuró juntando las manos para formar un

círculo. Cuando entonó un conocido cántico de alabanza, se sintió agradecido al oír que muchas voces suaves se unían a la suya. Le infundían valor. Tras finalizar el canto, hizo una pausa e inspiró profundamente—. Chaia, Huan, Lore, Yranna, Saru: os ruego que uno de vosotros me hable y me manifieste cuál es vuestra voluntad.

Aguardó, con el corazón latiéndole a toda prisa. Se le erizó el vello de la piel cuando el aire se cargó de energía.

Sacerdote superior Ikaró.

Se oyeron gritos ahogados por toda la sala. Ikaró abrió los párpados y miró alrededor. Si bien no había rastro del dueño de la voz, a juzgar por la expresión de los presentes, ellos también la habían oído.

—¿Huan? —preguntó.

En efecto.

Ikaró agachó la cabeza.

—He hecho lo que me ordenasteis, pero no he encontrado a la hechicera. ¿Debo seguir buscando? ¿Hay alguna otra manera en que pueda encontrarla?

Deja que crea que te has dado por vencido. Suspende la búsqueda. Dejad de controlar a la gente en el puerto y la puerta principal. En cambio, enviad a sacerdotes de paisano a vigilar esas vías de salida. Si ella cree que habéis desistido de buscarla, quizá aproveche la oportunidad para abandonar la ciudad. Yo estaré ojo avizor por si lo intenta.

Ikaró asintió.

—Si es posible encontrarla por este medio, la encontraré —aseveró con determinación.

La presencia de la diosa se desvaneció. Ikaró alzó la vista hacia el monarca, que se había quedado pensativo.

—Los dioses nunca se habían dirigido a vos de esta manera hasta hace poco, ¿verdad?

—Sí —reconoció Ikaró.

El rey adoptó una expresión ceñuda.

—Sin duda la diosa sabe que le estoy agradecido por el fin de las restricciones sobre mi ciudad, pero para asegurarme le expresaré mi gratitud en mis oraciones. Aunque no deseo que una hechicera peligrosa deambule

por mi ciudad, me preocupa que mi pueblo sufra si se restringe el comercio. ¿Necesitaréis ayuda para seguir las instrucciones de la diosa?

Ikaro sacudió la cabeza, pero después vaciló por un momento.

—Aunque tal vez deberíais informar a los guardias que deben dejar tranquilos a los mendigos que rondan las puertas de la ciudad.

—Mendigos, ¿eh? —Berro esbozó una sonrisa torcida—. Qué disfraz tan original.

Ikaro soltó una risita.

—Y, si no supone una molestia, unos cuantos uniformes de la guardia podrían resultar útiles también.

Berro asintió.

—Me encargaré de que os los faciliten.

Durante todo el día anterior y buena parte de aquella mañana, Auraya y Ziriz habían volado sobre montañas extraordinariamente escarpadas. Aunque ella había vivido casi toda su infancia a la sombra de la cordillera que separaba Dunway de Hania, sus montañas eran meras lomas en comparación con aquellos montes elevados de agudos picos.

Al observar las laderas abruptas y el terreno agrietado, las ramas enmarañadas de los árboles y las peñas puntiagudas, comprendió lo difícil que resultaría viajar a Si a pie. El «suelo» era vertical, y cada palmo de terreno había sido invadido por la vegetación, que incluía desde hierbas espinosas hasta árboles gigantescos.

Ríos anchos y pedregosos atravesaban el bosque. Los enormes troncos caídos que había desperdigados por las márgenes, altas y erosionadas, parecían indicar que las crecidas de primavera convertían a las corrientes de agua en barreras infranqueables. Estas afluían a unos lagos azules y brillantes, desde donde se derramaban para formar dos grandes ríos que desembocaban en el mar.

Habían volado directamente hacia el sudeste desde Jarime y luego torcido hacia el sur para pasar por un hueco entre las montañas. Por la noche habían acampado en una cueva dotada de chimenea y unas camas sencillas, y

aprovisionada con alimentos secos. Por la mañana, la despertó el olor a huevos fritos, y le sorprendió descubrir que Ziriz había echado a volar al alba para saquear algunos nidos. Saltaba a la vista que los siyís no tenían reparos en comerse a otros seres alados.

Habían volado en dirección sudeste toda la mañana. Ahora, cuando el sol se aproximaba a su cénit, una extensión de roca alargada y despejada en la falda de una montaña llamó la atención de Auraya.

—Es el Claro —le explicó Ziriz—. El lugar principal donde nos reunimos y donde vivimos.

Ella asintió en señal de comprensión.

¿Juran?

Auraya.

Estoy a punto de llegar a mi destino.

Avisaré a los demás. Están ansiosos por verlo.

Auraya sonrió al percibir ligeramente su entusiasmo. Incluso a Juran, por lo general tan serio, lo emocionaba la perspectiva de ver la tierra de los siyís.

No mucho después, una sombra pasó sobre ella. Al levantar la mirada, vio a tres siyís que volaban más arriba. La contemplaban fascinados. Ella se acercó a Ziriz.

—¿Debo detenerme a saludarlos?

—No —respondió él—. Si te detienes a saludar a todos los siyís que vienen a mirarte embobados, no llegaremos al Claro hasta el anochecer. —Alzó la vista hacia los recién llegados y esbozó una sonrisa—. Vas a atraer a una auténtica multitud.

Mientras seguían adelante, ella miraba de vez en cuando hacia arriba para sonreír a los siyís que volaban en lo alto. Al poco rato, otros se unieron a ellos, y luego otros más, hasta que ella sintió que la seguía una nube grande con numerosos pares de alas batientes. Conforme se aproximaban al Claro, Auraya comenzó a distinguir las figuras de unos siyís que estaban de pie en el suelo rocoso, y ellos comenzaron a fijarse en ella. Algunos alzaron el vuelo para investigar. Otros simplemente se quedaron en la empinada pendiente, observando.

En el fondo de su mente, Auraya era consciente de su conexión

ininterrumpida con Juran. Uno por uno, los otros Blancos se conectaron también, y ella les permitió ver a través de sus ojos. La inclinada pared de roca que formaba el Claro era como una cicatriz gigantesca en la vertiente de la montaña. Más larga que ancha, estaba rodeada de bosque. Los árboles que crecían en él eran enormes, y sin duda resultaban más imponentes vistos desde el suelo.

La pared de roca era irregular y estaba partida en tres niveles. En el medio, había una hilera de siyís adultos en pie. Auraya supuso que se trataba de los líderes de las tribus: los portavoces.

Unos golpes rítmicos atrajeron su atención hacia varios tambores dispuestos a cada lado del Claro. De pronto, varios siyís empezaron a pasar como una exhalación frente a ella. Al percatarse de que llevaban atuendos idénticos y que todos eran adolescentes, ella comprendió que el propósito de aquella exhibición acrobática era impresionarla.

Se lanzaban en picado y volaban de un lado a otro con movimientos sincronizados. Aunque las figuras que trazaban en el aire eran complicadas, conseguían avanzar a la misma velocidad que Auraya mientras ella y Ziriz descendían hacia los portavoces que los esperaban.

El sonido de los tambores cesó, y los voladores se alejaron veloces como flechas. Ziriz bajó hasta el suelo. Se posó con suavidad ante los portavoces, y Auraya aterrizó junto a él. Una mujer se les acercó con una taza de madera en una mano y algo parecido a un pastelillo en la otra.

—Soy la portavoz Sirri —dijo la siyí.

—Y yo, Auraya la Blanca.

La portavoz tendió ambas cosas a Auraya. La taza contenía agua cristalina. Ziriz le había hablado de aquel rito de bienvenida. La Blanca se comió el pastelillo, dulce y denso, y luego se bebió el agua. Le devolvió la taza a Sirri. Ziriz le había explicado que no era necesario dar las gracias. Los siyís de todas las tribus recibían a los visitantes con comida y agua, pues ellos no podían llevar encima mucho peso. Incluso los enemigos estaban obligados a ofrecer y a aceptar los refrigerios, pero el silencio evitaba que las palabras de agradecimiento se les atragantaran.

Sirri retrocedió un paso y extendió los brazos a los lados, desplegando las

membranas de sus alas. Según leyó Auraya en la mente de la mujer, se trataba de un gesto de bienvenida que se reservaba para aquellos que merecían la confianza de los siyís. Puesto que confiaban en los dioses, confiaban por extensión en sus Elegidos.

—Bienvenida a Si, Auraya la Blanca.

Auraya sonrió e imitó el ademán.

—Me complace recibir una acogida tan calurosa por parte de ti y de tu pueblo.

La expresión de Sirri se suavizó.

—Es un honor recibir a una de las Elegidas de los dioses.

Auraya realizó la señal del círculo.

—Y es un honor que la creación más bella y maravillosa de los dioses me brinde su hospitalidad.

Sirri abrió mucho los ojos y se ruborizó. Auraya advirtió que los otros portavoces se miraban entre sí. ¿Había dicho algo inapropiado? No percibía enojo en ellos. Captaba varios pensamientos mezclados, y poco a poco comprendió que, como pueblo, se preguntaban qué lugar ocupaban en el mundo. ¿Tenía un propósito su existencia, o su creación no había sido más que el fruto de un capricho pasajero, una distracción para la diosa que los había concebido? Las palabras de Auraya habían dado a entender que tal vez parte de su finalidad consistía simplemente en ser una expresión de la belleza y maravillar a otros.

Tendría que andarse con tiento. Aquella gente podía atribuir a sus comentarios un significado que ella no pretendía darles. Debía asegurarse de explicarles que no sabía más que ellos acerca de las intenciones profundas de las deidades. Al fin y al cabo, no le habían hablado desde la ceremonia de Elección.

—Hemos convocado una Congregación para discutir la alianza que proponéis —le informó la portavoz Sirri—. Hemos enviado mensajeros a todas las tribus para solicitar la presencia de sus portavoces o representantes. Tendremos que esperar dos o tres días a que lleguen todos. Mientras tanto, hemos organizado un pequeño banquete de bienvenida que tendrá lugar esta noche en la Enramada de los Portavoces, a partir de la puesta de sol.

Auraya asintió.

—Será un placer asistir.

—Faltan muchas horas para el atardecer. ¿Deseas descansar, o dar una vuelta por el Claro?

—Me encantaría conocer mejor vuestro hogar.

Sonriendo, Sirri señaló con un gesto elegante los árboles que había a un lado.

—Será un honor para mí guiarte.

20

Cuando el agua del cuenco se aquietó, Emerahl examinó su reflejo, ladeando la cabeza para ver mejor su cuero cabelludo. El color de pelo natural de su juventud empezaba a apreciarse, aunque solo si se miraba con detenimiento. Era de un tono rojizo menos intenso que el del tinte que se había aplicado hacía unos días, pero podría disimular el cambio utilizando una solución más diluida cuando le creciera más el cabello.

Se puso derecha y contempló su imagen. Una joven de ojos verdes espectaculares, tez pálida ligeramente moteada y cabello del color del crepúsculo le devolvió la mirada. Su largo sayo era de un verde claro que quizá en otro tiempo habría hecho juego con sus ojos, pero el escote era provocativo... y lo sería aún más cuando ella engordara un poco.

La leve sonrisa de la chica del reflejo desapareció y cedió el paso a una expresión ceñuda.

«Sí, no cabe duda de que debo recuperar mis curvas —pensó—. Estoy tan esquelética que doy pena».

Por desgracia, había gastado casi toda la pequeña suma que le habían pagado sus primeros clientes alquilando una habitación para unas noches. El precio del alojamiento había subido considerablemente en los últimos cien años, al igual que el de otras cosas. Emerahl había comprendido demasiado tarde por qué los pescadores no habían regateado de forma muy agresiva. Aunque ella había supuesto que la deseaban tanto que se habían mostrado

flexibles, lo cierto era que les había ofrecido una ganga.

Sin embargo, su primera preocupación había sido conseguir ropa. El precio que había cobrado a los pescadores por yacer con ellos incluía un tajo viejo y sucio que había visto en la cabina. Había ido cubierta con él hasta que pudo comprarse el sayo y encontrar una habitación. Esa noche, después de lavarse, se había echado a la calle para llenar de nuevo su monedero.

No tuvo mucha suerte con los clientes y apenas obtuvo el dinero suficiente para comprar comida y pagar otro día de alquiler. La tercera noche, el hombre que se llevó a su habitación se quedó mirando su cabello blanco y la trató con brusquedad. Cuando se marchó, rezumaba satisfacción por haber desahogado su rabia. Ella se preguntó si la mujer a la que él quería hacer daño sabía cuánto la odiaba.

Como se había saltado una comida, pudo comprar tinte para el pelo. La noche siguiente no tuvo problemas para conseguir clientes. No había muchas pelirrojas haciendo la calle en Porin. Ella representaba toda una novedad.

Emerahl se pasó el peine por el cabello una vez más antes de volverse hacia la puerta. Tras maldecir en silencio al sacerdote que la había expulsado de su hogar, enderezó la espalda y salió.

No tuvo que caminar mucho. Su alojamiento estaba en un callejón que desembocaba en la calle Mayor, la vía principal de la parte baja de la ciudad. Allí podía conseguirse cualquier cosa: prostitutas, mercancías de contrabando, veneno, una nueva identidad, bienes ajenos, vidas ajenas. Había una competencia feroz entre las busconas, que enseguida habían reparado en la presencia de Emerahl y le habían plantado cara. Cuando ella ocupó su puesto en la esquina del callejón, buscó aquellos rostros hostiles con los que ya se había familiarizado. Las gemelas de piel morena que estaban de pie al otro lado del cruce habían intentado intimidarla para que se fuera, pero una pequeña demostración de sus poderes mágicos había bastado para que la dejaran en paz. La chica de nariz afilada de la acera de enfrente había tratado de hacer amistad con ella, pero Emerahl la había rechazado. No pensaba pasar en esa ciudad tanto tiempo como para necesitar amigos, ni tenía la menor intención de compartir sus clientes o ingresos con otra.

Una lluvia gélida comenzó a caer. Emerahl invocó magia y formó con

ella una barrera sobre su cabeza. Advirtió que las gemelas morenas se acurrucaban bajo el toldo de una ventana. Una de ellas ahuecó las manos, y una luz roja se derramó entre sus dedos. La otra apretó las manos en torno a las de su hermana.

Al otro lado de la calle, la chica de nariz afilada pronto quedó empapada, de modo que ya no parecía una joven, sino una niña desaliñada. Emerahl observó divertida que su ropa mojada y pegada al cuerpo había atraído a un cliente. Asintió para sí cuando vio que los dos se alejaban. Aunque no quería ser amiga de la chica, sentía la suficiente empatía por aquellas mujeres de la calle como para que le molestara verlas poner en peligro su salud.

La lluvia arreció. Los transeúntes se hicieron más escasos, y la mayoría apenas dirigía la vista hacia las prostitutas. Emerahl se fijó en dos hombres jóvenes que se acercaban con andar arrogante por la acera opuesta. Uno de ellos alzó la mirada hacia ella y le dio unos golpecitos con el codo a su acompañante. Este empezó a volverse, pero cuando estaba a punto de verla, algo se interpuso entre ellos.

Emerahl contempló con el entrecejo fruncido el platén cubierto que se había detenido frente a ella. Entonces vislumbró a un hombre que la miraba a través de una abertura en la capota. Aunque de mediana edad, iba bien vestido. Ella sonrió.

—Buenas —dijo—. ¿Buscas algo?

Él entornó los párpados, y sus labios se curvaron en una sonrisa irónica.

—En efecto.

Emerahl se acercó a la abertura con aire despreocupado.

—¿Algo en lo que yo pueda ayudarte? —murmuró.

—Tal vez —respondió él—. Buscaba compañía. Un poco de conversación estimulante.

—Yo puedo ofrecerte algo estimulante y también conversación —dijo ella.

El hombre se rió, y su mirada se desvió hacia el escudo mágico que la resguardaba.

—Un don muy útil.

—Tengo muchos dones útiles —aseveró ella con picardía—. Unos son

útiles para mí, otros tal vez lo sean para ti.

Él achicó los ojos, aunque ella no estaba segura de si era una reacción a la advertencia o a la invitación.

—¿Cómo te llamas?

—Emmea.

La abertura en la capota del platén se ensanchó.

—Sube, Emmea.

—Eso te costará por lo menos...

—Sube, y negociaremos a cubierto de la lluvia.

Tras vacilar unos instantes, Emerahl se encogió de hombros y entró en el vehículo. Si él ofrecía un precio demasiado bajo o le causaba problemas, a ella no le costaría mucho valerse de sus dones para escapar. Lo peor que podía ocurrirle era que tuviese que volver andando bajo la lluvia, y, cuando se acomodó junto a él, en los mullidos cojines apilados en el asiento, y se fijó en los anillos de oro que adornaban los dedos de su cliente, supo que valía la pena correr ese riesgo.

A una voz del hombre, el platén se puso en marcha con una sacudida. Avanzaba despacio. Emerahl estudió a su cliente, que le sostuvo la mirada.

—Treinta renes —dijo.

A ella el corazón le dio un vuelco. Era generoso. Tal vez podía exprimirlo un poco más. Adoptó una actitud desdeñosa.

—Cincuenta.

El hombre frunció los labios. Emerahl comenzó a desatarse los lazos de la parte delantera del sayo. Él observaba cada movimiento de sus dedos.

—Treinta y cinco —ofreció.

Ella soltó un resoplido suave.

—Cuarenta y cinco.

Él sonrió cuando ella se abrió el sayo, dejando al descubierto todo su cuerpo. Se recostó en los cojines y el deseo en los ojos del hombre se intensificó mientras ella deslizaba las manos desde sus pequeños pechos hasta el fino triángulo de vello rojizo de su entrepierna.

Él respiró hondo y la miró a los ojos.

—La heybrina no te protegerá de las enfermedades.

De modo que había percibido el olor de la hierba. Ella esbozó una sonrisa.

—Lo sé, pero los hombres no me creen cuando les digo que mis dones sí me protegen.

La comisura de los labios de su cliente se curvó hacia arriba.

—Yo te creo. ¿Qué te parecen cuarenta?

—Trato hecho —accedió ella arrojándose a él en el asiento, y comenzó a desabrocharle los pantalones de corte elegante.

Él se inclinó hacia delante y le pasó la punta de la lengua por el cuello hasta los pezones, mientras sus dedos descendían hacia su vello púbico y lo acariciaban. Ella sonrió y fingió excitarse con aquello, esperando que él no creyera que le rebajaría el precio si le daba un poco de placer a cambio.

Dirigió su atención hacia la anatomía del hombre, que no tardó en interesarse más por su propio placer. En cuanto la penetró, ella dejó que su cuerpo siguiera de forma instintiva el ritmo de los movimientos de él, y se centró en su mente. Varias emociones, sobre todo lujuria, flotaron hacia ella como vaharadas de humo. Cada vez se le daba mejor percibir las.

Los movimientos de él se hicieron más impetuosos, hasta que alcanzó el clímax con un jadeo. Como la mayoría de los hombres, se apartó de ella después de una breve pausa. Emerahl suspiró y se relajó sobre los cojines. «Esto es claramente mejor que una dura pared de ladrillo contra mi espalda».

Cuando alzó la vista hacia él, advirtió que la contemplaba con curiosidad.

—¿Qué hace una joven hermosa como tú trabajando en las calles, Emmea?

Ella consiguió dejar de mirarlo como si fuera un idiota.

—Dinero.

—Sí, por supuesto. Pero ¿y tus padres?

—Me echaron de casa.

Él arqueó las cejas.

—Pero ¿qué hiciste?

—Querrás decir: «¿Con quién lo hice?» —repuso ella con descaro—. O más bien ¿con quién no lo hice? Supongo que nací para este trabajo.

—¿Te gusta?

Emerahl posó la vista en él con frialdad. ¿A qué venían tantas preguntas?

—Casi siempre —mintió.

Él sonrió.

—¿Cómo sabes lo de la heybrina?

Ella se fijó en los vaivenes del platén. Todavía se movía despacio. Aunque seguramente no habían recorrido una gran distancia, cuanto más hablara él, más se alejarían de la calle Mayor. ¿Intentaba atemorizarla para que renunciara a su paga con tal de huir de él? Pues no iba a salirse con la suya.

—Pues... Mi abuela sabía de hierbas y de magia. Me enseñó muchas cosas. Mi madre le reprochaba que me hubiera enseñado a evitar los embarazos antes de que me casara, pero... —Emerahl esbozó una sonrisa socarrona—. Mi yaya me conocía mejor.

—Mi abuela decía que, como las personas siempre tienen vicios, más vale sacar provecho de ellos. —Arrugó el entrecejo—. Mi padre es todo lo contrario. La decencia personificada. No le haría ninguna gracia verme ahora. Retiró todo el dinero con que financiábamos las «operaciones inmorales» de mi abuela y lo invirtió todo en las montañas del este. Hemos hecho una fortuna con las maderas nobles y la minería.

De pronto, ella comprendió lo que ocurría. Era el tipo de cliente al que le gustaba hablar. De hecho, había declarado que buscaba una conversación estimulante. A ella no le costaba nada hacerle el juego. Si le seguía la corriente, tal vez se enteraría de algo, y si demostraba que sabía escuchar, tal vez él se convertiría en un cliente habitual.

—Por lo que parece, tomó la decisión acertada —comentó.

—Tal vez —dijo él torciendo el gesto—. Tal vez no. Los registros en las puertas de la ciudad entorpecen la circulación, y hemos perdido clientes por ello. No sé para qué se toman tantas molestias. Si un sacerdote con el don de leer la mente no es capaz de encontrar a esa hechicera, ¿quién la encontrará? Ahora corre el rumor de que los Blancos van a aliarse con los siyís, que quieren las tierras que nos pertenecen.

—¿Los Blancos?

—Sí. Los siyís enviaron a unos embajadores a la Torre Blanca. Por lo

visto una Blanca ha partido hacia Si. Supongo que sería mucho pedir que metiera la pata por falta de experiencia.

Emerahl sacudió la cabeza.

—¿Quiénes son los Blancos?

Él clavó los ojos en ella.

—¿No lo sabes? ¿Cómo es posible que no lo sepas?

Algo en el tono del hombre le decía a Emerahl que acababa de revelar su ignorancia en un asunto que toda persona moderna conocía bien. Se encogió de hombros.

—Soy de un pueblo muy retirado. Ni siquiera tenemos sacerdote.

Su cliente enarcó las cejas.

—Vaya. No me extraña que hayas huido de allí.

¿Huido? Ella no había dicho eso, pero tal vez el hombre había notado en su actitud que estaba mintiendo y se había imaginado el motivo. Que una joven de la calle se hubiera fugado era una historia bastante creíble.

—Los Blancos son los sacerdotes circulianos con mayor autoridad — explicó él—. Los Elegidos de los dioses. Juran es el primero, y luego están Dyara, Mairae, Rian y ahora Auraya.

—Ah, los Elegidos de los dioses. —Emerahl esperaba haber conseguido disimular su impresión.

«¿Cómo es posible que Juran siga vivo? —La respuesta era obvia—. Porque los dioses así lo han querido». Asintió para sus adentros. Con toda seguridad los otros Blancos también eran longevos. ¿Qué era la Torre Blanca? De pronto le vino a la mente el sueño de la torre que de vez en cuando la atormentaba. ¿Se trataba de la misma torre?

—Pareces... ¿Lo que he dicho te ha recordado algo?

Ella miró al hombre que iba sentado a su lado e hizo un gesto afirmativo.

—Sí, me has refrescado la memoria. Mi yaya me habló de algo parecido, pero se me había olvidado casi todo. —Posó la vista en él—. ¿Puedes contarme más cosas?

Él sonrió y meneó la cabeza tristemente.

—Debo regresar a casa. Pero primero te llevaré a la tuya.

Gritó unas instrucciones al cochero, y el platén comenzó a dar tumbos

con mayor rapidez. Al cabo de unos minutos, redujo la velocidad hasta detenerse.

El hombre se llevó la mano al jubón, extrajo una cartera y contó en silencio varias monedas de cobre.

—Cincuenta renes —dijo entregándoselos a Emerahl.

Ella vaciló.

—Pero...

—Lo sé. Acordamos que serían cuarenta. Vales mucho más que eso, Emmea.

Ella sonrió y, de forma impulsiva, se inclinó hacia delante y lo besó en los labios. Un brillo asomó a los ojos del hombre, y ella notó que le rozaba la cintura con la mano mientras ella bajaba del platén.

«Regresará —pensó con certeza—. Sabía que yo no tendría que pasar mucho tiempo aquí».

Se percató de que las gemelas habían desaparecido. Se volvió y se despidió con la mano de su inversión de la noche mientras el vehículo se alejaba. Acto seguido, con cincuenta renes guardados en su monedero, echó a andar a toda prisa por la callejuela hacia su habitación.

Tryss se despertó varias veces durante la noche. Cada vez que abría los ojos, no veía más que oscuridad. Al final, parpadeó varias veces para espantar el sueño y vislumbró una luz muy tenue que se filtraba entre las paredes de la enramada de sus padres.

Se levantó, se vistió en silencio y se ató sus utensilios a la cintura con una correa. Mientras se dirigía hacia la salida, cogió un trozo de pan, y para cuando llegó al Claro, no quedaba más que la corteza chamuscada, que tiró al suelo. Se estiró y calentó los músculos con cuidado. Si iba a poner a prueba su arnés hoy, no quería que un tirón dificultara sus movimientos. Mientras realizaba la serie de ejercicios, dirigió la vista hacia la orilla norte del Claro, pero la enramada de la sacerdotisa Blanca estaba oculta entre las sombras de los árboles.

La presencia de la pisatierra tenía a los siyís agitados y en vilo. Todo el

mundo hablaba a todas horas de ella y de la propuesta de alianza. Tryss se sentía bastante harto del tema, sobre todo porque quienes más excitados estaban por aquella visita de una Elegida de los dioses eran quienes más se habían burlado de él cuando les había hablado de su arnés. Eran los que no creían que los siyís tuvieran nada que ofrecer a los Blancos como pago por su protección.

«Eso es porque son los menos inteligentes entre nosotros», había opinado Drili cuando él había hecho esta observación.

Sonriendo al recordar esto, Tryss echó a volar. El viento frío le golpeó la cara y enfrió la membrana de sus alas. El invierno se avecinaba. Las cumbres más altas ya estaban espolvoreadas de nieve. Muchos de los árboles del bosque habían perdido sus hojas, dejando al descubierto manadas de los animales que él pretendía cazar.

«Mi familia no pasará hambre este año», se dijo.

Tardó una hora en llegar a la cueva donde guardaba su nuevo arnés. Para llegar allí hacía un rodeo con la intención de despistar a cualquiera que intentara seguirlo. Aunque sus primos aún se regodeaban con su acto de rencor, ninguno de ellos había vuelto a hostigarlo desde entonces. Su padre le había dicho que ambos estaban ocupados con una tarea que la portavoz Sirri les había encomendado.

Tras aterrizar ante la boca de la cueva, Tryss entró con paso veloz. Siempre que lo encontraba todo tal como lo había dejado, lo invadía una profunda tranquilidad.

Pero esta vez no ocurrió así. Una figura se encontraba de pie junto al arnés. Esto alarmó a Tryss, que se quedó paralizado, pero sintió una mezcla de alivio y ansiedad cuando reconoció a la portavoz Sirri.

La líder de su tribu le sonrió.

—¿Está terminado?

Tryss posó la vista en el arnés.

—Casi.

La sonrisa se desvaneció.

—O sea que no lo has probado aún.

—No.

Ella lo miró con aire pensativo y le hizo una señal para que se acercara.

—Siéntate conmigo, Tryss. Quiero hablar contigo.

Mientras ella se ponía en cuclillas, Tryss se situó al otro lado del arnés y dobló el cuerpo para acomodarse en el suelo. La observó con detenimiento. Ella dirigió la mirada hacia un punto distante antes de volverse de nuevo hacia él.

—¿Crees que estará acabado y listo para utilizarse antes de mañana por la noche?

La noche del día siguiente se celebraría la Congregación. La sacerdotisa Blanca pronunciaría un discurso ante todos los siyís. Tryss notó que se le aceleraba el pulso.

—Tal vez.

—Necesito un «sí» o un «no» definitivos.

Él respiró hondo.

—Sí.

Ella asintió.

—¿Estás dispuesto a hacer la demostración en una Congregación tan importante?

Ahora Tryss tenía el corazón desbocado.

—Sí.

Sirri asintió otra vez.

—Entonces me encargaré de que la incluyan en el orden del día. Debes planearlo bien, si quieres impresionarnos a todos.

—Me conformaría con convencer al menos a algunas personas — murmuró él.

Ella se rió.

—Ah, pero tenemos que convencer a todo el mundo.

—Algunos nunca creerán en el arnés.

La portavoz ladeó la cabeza.

—¿Te das cuenta de que una de las razones por las que se cierran frente a tu invento es que temen que tengas razón?

Tryss frunció el ceño.

—¿Por qué? Si tengo razón, podrán cazar y luchar.

—Y entrar en guerra. Si entramos en guerra, muchos no regresaremos, aunque ganemos la contienda. No somos tan numerosos como los pisatierra ni procreamos tantos hijos sanos. Una victoria para los Blancos podría suponer la derrota final de los siyís.

La ilusión de Tryss se fue apagando conforme asimilaba estas palabras. Si su ingenio permitía que los siyís fueran a la guerra y esto acarrearba la extinción de su pueblo, él sería el responsable.

—Pero si podemos cazar y cultivar tierras, seremos más fuertes —dijo despacio, pensando en voz alta—. Tendremos hijos más sanos. Si podemos defendernos de los invasores, seremos más los que viviremos lo suficiente para reproducirnos. Cuando vayamos a la guerra, deberemos atacar desde una distancia lo bastante grande para que las flechas del enemigo no nos alcancen. No tiene que morir uno solo de nosotros.

Sirri soltó una risita.

—Ojalá fuera verdad. Se abren dos caminos ante nosotros. Ambos tienen un precio. Puede que el mismo en los dos casos. —Se puso de pie—. Ve a mi enramada bien entrada la noche para que hablemos de la duración y las partes de las que debe constar tu demostración.

—Así lo haré. —Se levantó—. Gracias, portavoz Sirri.

—Si esto da resultado, todos los siyís te lo agradecerán, Tryss. —Hizo una pausa y le guiñó un ojo—. Aunque lo último que quiero es presionarte, por supuesto.

Acto seguido, salió de la cueva con paso decidido y saltó hacia el cielo, dejando a Tryss con la incómoda sensación de que ella acababa de hacerle un favor que él acabaría por lamentar.

21

Cuando la pisatierra de piel oscura y ropa negra bajó con cuidado por la pared de roca, Yzzi reprimió una carcajada. La mujer se movía con lentitud, eligiendo con cuidado los puntos de apoyo para sus pies y manos. Sin embargo, destilaba una seguridad en sí misma que parecía indicar que estaba curtida en esas lides. A Yzzi le recordó a un chico de su tribu que había nacido sin membrana entre los brazos y el cuerpo. Aunque carecía de la capacidad de volar, podía caminar más lejos y saltar más alto que cualquier siyí normal. Al principio, sus esfuerzos resultaban cómicos y lastimosos, pero ella y los otros niños llegaron a respetarlo por su determinación de alcanzar la mayor movilidad posible.

La mujer, que había llegado al pie de la cuesta, se detuvo frente a un arroyo estrecho para beber. Yzzi llegó a la conclusión de que tenía que estar habituada a escalar, ya que sin duda había atravesado muchos terrenos como aquel para adentrarse en el país de los siyís.

Yzzi pasó su peso de una pierna a otra, manteniendo el equilibrio con facilidad sobre la rama. La mujer se enderezó y alzó la vista..., directamente hacia los ojos de Yzzi. Esta sintió que un escalofrío le bajaba por la espalda, pero se quedó quieta. Cabía la posibilidad de que la mujer no la hubiera visto. Tal vez el follaje la mantenía oculta a su mirada.

—Hola —gritó la desconocida.

El corazón de Yzzi dejó de latir por unos instantes. «¡Me ha visto! ¿Qué

hago?»

—No tengas miedo —dijo la mujer—. No te haré daño.

Yzzi tardó un momento en entender sus palabras. La forastera hablaba el idioma de los siyís con titubeos, y la entonación de sus silbidos no era del todo correcta. Yzzi la observó con aire dubitativo. ¿Debía hablar con ella? Su padre le había dicho que los pisatierra no eran de fiar, pero había cambiado de opinión cuando la sacerdotisa Blanca había visitado su tribu aquella mañana.

—¿Qué tal si bajas y hablamos?

Yzzi cambió de posición otra vez y tomó una decisión. Hablaría, pero desde donde estaba.

—Me llamo Yzzi. ¿Quién eres?

La sonrisa de la mujer se ensanchó.

—Me llamo Genza.

—¿Por qué has venido a Si?

—Para ver qué hay aquí. ¿Por qué no bajas? Apenas te veo.

Yzzi vaciló de nuevo. La pisatierra era muy alta. Echó un vistazo alrededor, buscando un lugar en el que posarse que estuviera más cerca de la mujer, pero desde donde pudiera echar a volar con facilidad. Un saliente en la pendiente pronunciada por la que acababa de descender la mujer parecía un sitio apropiado. Yzzi se dejó caer de la rama, se lanzó en picado y aterrizó con agilidad en la roca.

Se volvió hacia la pisatierra, que seguía sonriendo.

—Eres muy bonita —murmuró.

Yzzi se ruborizó, complacida.

—Y tú eres rara —balbució—. En el buen sentido.

La mujer se rió.

—¿Podrías transmitir un mensaje de mi parte a tu líder?

Yzzi se puso derecha. Transmitir mensajes era una tarea importante, y no era habitual que se la encargaran a los niños.

—De acuerdo.

La mujer se acercó unos pasos y la miró con fijeza a los ojos.

—Quiero decirles que lamento el daño que ocasionaron los pájaros. No

fue algo planeado. Intentaban protegerme y no caí en la cuenta de lo que ocurría hasta que era demasiado tarde. He venido para hacer las paces. ¿Te acordarás de todo, Yzzi?

Yzzi asintió.

—Entonces repítemelo para que compruebe que...

Un silbido lejano distrajo a Yzzi. Levantó la mirada y se le escapó una exclamación cuando un grupo numeroso de siyís apareció volando en lo alto. En el centro había una figura vestida de blanco que resaltaba entre los demás por su tamaño y su falta de alas.

«La sacerdotisa Blanca», pensó Yzzi. Cuando se volvió de nuevo hacia Genza, la vio acucillada bajo la fronda de un gran árbol de felfé. Tenía una expresión terrible, como si se debatiera entre la ira y el miedo.

—¿Cuánto tiempo lleva ella aquí? —gruñó.

—Unos días —respondió Yzzi—. Es simpática. Si quieres, te la presento. También querría ser tu amiga.

Genza se enderezó y su semblante se suavizó cuando miró a Yzzi. Masculló unas palabras extrañas que Yzzi no entendió y luego suspiró.

—¿Puedes decirle una cosa más al líder de tu tribu, Yzzi?

La muchacha movió la cabeza afirmativamente.

—Dile a tu líder que si los siyís se alían con los paganos circulianos, tendrán un enemigo más poderoso. Ahora que sé que ella está aquí, no me quedaré.

—¿No quieres conocer a los portavoces?

—No mientras ella no se marche.

—Pero ¡si has venido de muy lejos! Seguro que no te ha sido fácil.

Genza torció el gesto.

—No. —Tras exhalar un suspiro, miró a Yzzi, esperanzada—. ¿No conocerás por casualidad un camino más accesible que me lleve de vuelta a la costa?

Yzzi sonrió de oreja a oreja.

—Nunca he ido tan lejos, pero te ayudaré en lo que pueda.

Genza le dedicó una sonrisa cálida de gratitud.

—Gracias, Yzzi. Espero que un día volvamos a vernos y pueda

devolverte el favor.

Cuando Danyin entró en los aposentos de Auraya, oyó un chillido estridente de alegría.

—¡*Daaa-nin!*

Se agachó de inmediato y alzó la vista. No había nada en el techo. Miró alrededor, buscando al dueño de la voz. Un borrón gris cruzó la habitación a toda velocidad y saltó a sus brazos.

—Hola, Travesuras —respondió Danyin.

El viz levantó la mirada hacia Danyin, parpadeando con adoración. El animalillo le había cobrado un afecto considerable ahora que el consejero, los criados de Auraya y las visitas ocasionales de Mairae con Nebulosa eran la única compañía con que contaba. Además, a la mascota de Auraya le divertía dejarse caer desde el techo sobre la cabeza de Danyin, una trastada que lo ponía solo un poco menos nervioso que las vistas desde las ventanas.

Danyin rascó la cabeza del viz y le habló durante un rato, pero pronto su pensamiento se desvió de nuevo hacia lo que había descubierto en los últimos días. Había visitado a amigos y conocidos por toda la ciudad, en las altas esferas y en ambientes humildes. Lo que había oído confirmaba sus peores temores. Los pentadrianos del continente del sur estaban reuniendo un ejército.

Como el adiestramiento militar formaba parte de las actividades de la secta, él había albergado la esperanza de que su padre y su hermano hubieran llegado a una conclusión errónea sobre el comercio de armas. Sin embargo, tanto el marinero retirado con el que Danyin había entablado amistad durante sus primeros años de viajes como el embajador dunwayano le habían hablado del reclutamiento activo de soldados y herreros en Mur, Avven y Dekkar, los países del continente del sur.

Travesuras se escabulló entre los brazos de Danyin, visiblemente insatisfecho con la cantidad de atenciones que estaba recibiendo. Se encaramó a una silla de un salto y observó a Danyin ir y venir por la habitación, moviendo la cabecita puntiaguda de un lado a otro.

¿Era Ithania del Norte el objetivo de los pentadrianos? «Claro que lo es». Aunque había otras masas continentales al nordeste y al oeste, estaban tan lejos que casi podían considerarse legendarias. Si los pentadrianos se proponían conquistar algún territorio, el más cercano era el continente que tenían al norte.

¿Qué sucede, Danyin?

Soltó un jadeo de alivio.

¡Auraya! ¡Por fin!

Es agradable que a una la echen de menos, pero salta a la vista que no es eso lo que te preocupa. ¿Qué es esta historia de que los pentadrianos quieren conquistar Ithania?

Él le refirió con rapidez lo que había averiguado.

Entiendo. Así que eso es lo que se rumorea. Dudo que la posibilidad de que estalle una guerra permanezca en secreto durante mucho más tiempo.

¿Vos lo sabíais?

Sí y no. No habíamos recibido informes fiables sobre lo que ocurre en el sur hasta hace poco. Son observaciones de personas que hacen lo posible por pasar inadvertidas. La información que tú has sacado a la luz, la compra de material y un cambio en las actividades militares de los pentadrianos, es nueva para mí. Cuéntale a Juran lo que has descubierto. Le ayudará a formarse una idea más general.

Así lo haré. ¿Cómo va vuestro trabajo en Si?

Es un lugar fascinante. Estoy deseando contarte todo lo que he visto. La gente tiene un carácter muy dulce. Suponía que habría algún tipo de conflicto interno, como las antiguas rencillas entre los clanes dunwayanos, pero solo existe una ligera rivalidad entre las tribus que ellos canalizan en competiciones aéreas. Intentan emparejar entre sí a chicos y chicas de tribus diferentes, y se casan bastante jóvenes, lo que estimula a los adolescentes a madurar deprisa. ¿Tienes alguna noticia de Leiard?

Danyin pestañeó, sorprendido por el cambio de tema.

No, nada desde que os marchasteis.

¿Podrías... podrías hacerle una visita? Solo para que sepa que no me he olvidado de él por completo.

Iré a verle mañana.

Gracias. ¿Y cómo está...? Ah, aquí llega la portavoz Sirri. Volveré a ponerme en contacto contigo pronto.

Su presencia se debilitó, pero de repente recuperó toda su intensidad.

Y rasca a Travesuras de mi parte.

Así lo haré.

Acto seguido, ella se esfumó. Danyin se acercó a la silla, se agachó y le rascó la cabeza al viz.

—Ten, de parte de tu dueña.

Travesuras cerró los ojos, y su cara puntiaguda se convirtió en la viva imagen de la felicidad.

Danyin suspiró. «Ojalá yo pudiera tranquilizarme con tanta facilidad — pensó—. Auraya está informada sobre el ejército pentadriano, pero eso no hace que resulte menos aterrador. Solo me queda esperar que los Blancos estén moviendo cielo y tierra para evitar una guerra..., o al menos para ganarla si es inevitable».

—Lo siento, Travesuras —le dijo al viz—. Tengo que dejarte. He de explicarle a Juran lo que sé.

Rascó una última vez a Travesuras antes de levantarse y salir a toda prisa de la habitación.

Una vez que la portavoz Sirri se marchó, Auraya se puso a caminar lentamente de un lado a otro de la enramada que los siyís habían construido para ella. Era una estructura maravillosa, simple y a la vez hermosa. La suya era el doble de grande que una enramada común, pues la habían hecho basándose en las medidas del pisatierra llamado Gremmer que les había llevado el mensaje sobre la oferta de una alianza.

Tenía forma de cúpula y contaba con unos soportes largos y flexibles, con un extremo hincado en el suelo y el otro sujeto al tronco de un árbol descomunal. Una membrana fina se extendía entre los soportes. Auraya no alcanzaba a distinguir si era de origen animal o vegetal. Durante el día, la luz se filtraba a través de ella, inundando la estancia de un resplandor cálido.

También había unas membranas estiradas entre el armazón exterior y un poste clavado en el suelo, cerca del tronco del árbol, que dividían la casa en tres espacios. Ella deslizó los dedos con suavidad por las paredes y sus soportes flexibles, y se volvió para contemplar los sencillos muebles.

La habitación principal estaba repleta de sillas con armazón de madera y asiento de fibras entretejidas. En el centro había una losa de piedra con una concavidad en medio para cocinar. Casi todas las familias siyís tenían algún miembro lo bastante dotado para aprender a calentar piedras con magia. La cama de la segunda habitación consistía en una tela colgada entre un soporte robusto fijado al suelo y una cuerda atada en torno al tronco en el centro de la pieza. Las mantas, tejidas con el fino plumón de un animal doméstico pequeño, eran deliciosamente suaves. En aquel momento, le parecían de lo más tentadoras. Era tarde. El día siguiente traería consigo otro reto: hablar ante los siyís en su Congregación.

Tras quitarse el cirque blanco, se puso un sayo sencillo que había llevado para dormir. Desde que había partido de Jarime, no se había tomado la molestia de peinarse al elaborado estilo haniano, pues el viento no tardaba en estropear el fruto de sus esfuerzos cuando volaba. En vez de eso, se lo recogía en una trenza, que deshizo en aquel momento.

Consiguió meterse en su cama colgante sin demasiados contratiempos. Después de disponer los cojines y las mantas de la forma que le resultaba más cómoda, se relajó y dejó vagar sus pensamientos. Los minutos se sucedían, pero el sueño se le resistía. La noticia de Danyin no había hecho más que aumentar su inquietud por la comunicación que había mantenido con Juran unas horas antes. La amenaza de una guerra con los pentadrianos parecía más real cada día. Juran había pedido a Mairae que regresara de Somrey por miedo a que sufriera un ataque por parte de un hechicero negro.

«Y heme aquí, intentando convencer a los siyís de que se alíen con nosotros. Si aceptan y estalla la guerra, tendrán que luchar junto a nosotros. No son un pueblo fuerte o resistente. ¿Cómo puedo pedirles que luchen, cuando es probable que algunos de ellos mueran a consecuencia de ello?»

Suspiró y cambió ligeramente de postura. Sería injusto para los siyís ocultarles la posibilidad de una guerra hasta que tomaran una decisión. Sin

embargo, hablarles del tema tal vez los disuadiría de firmar un tratado con los Blancos. Ella tendría que dejarles claro que rechazar la alianza para no verse envueltos en una guerra no los salvaría de los pentadrianos. Si los colonos torenios podían representar un peligro para ellos, los invasores también.

Quizá los siyís decidirían correr ese riesgo. Al fin y al cabo, tal vez los pentadrianos no invadirían Ithania del Norte. Por otro lado, ella no podía dejar de poner sobre aviso a los siyís contando con que esa guerra no llegaría. El mero hecho de que les hubiera ocultado la posibilidad de una guerra los enfurecería si se enteraban.

«Casi da la impresión de que los pentadrianos han propagado el rumor de que planean iniciar una guerra para que los otros pueblos desistan de aliarse con los Blancos —pensó. Acto seguido, sacudió la cabeza—. Sería un ardid demasiado ingenioso para ser cierto. Los pentadrianos nunca han visitado Si. Tampoco han dado señales de querer como aliados a los siyís, adoradores de Huan».

Se movió de nuevo, ocasionando que la cama colgante se meciera.

«Tarde o temprano tendré que hablarles a los siyís del peligro de guerra —se dijo—. Si elijo el momento oportuno, tal vez aún pueda convencerlos de que la alianza sería beneficiosa para ellos. Después de todo, con los dioses de nuestra parte no podemos perder».

Aferrándose a esta idea, finalmente sucumbió a la llamada del sueño.

Auraya.

La voz era un susurro en su mente.

Auraya.

Esta vez sonó más fuerte. Ella despertó con un gran esfuerzo y escrutó la oscuridad de la habitación, parpadeando. Estaba vacía, y cuando Auraya buscó otras mentes, no encontró ninguna cerca. ¿Había sido una llamada mental?

«No, tenía cierta cualidad onírica —decidió—. Creo que he soñado que alguien me llamaba». Cerró los ojos. Transcurrió un rato, y ella se olvidó del sueño.

Auraya.

Notó que se elevaba poco a poco hacia un estado consciente, como si

estuviera sumergida en el agua y ascendiera hacia la superficie. Su percepción de la mente de quien la llamaba se hizo más tenue. Abrió los párpados, pero no se molestó en buscar a la persona que había pronunciado su nombre. Él solo estaba presente en el sueño.

«¿Él?» El corazón le dio un vuelco. ¿Quién sino Leiard podía estar llamándola en sueños?

Auraya se despertó por completo de golpe, con el corazón desbocado.

«¿Debería responderle? ¿Eso no sería conectar en sueños con él? Las conexiones en sueños están prohibidas.

»También lo está valerse de los servicios de un tejedor de sueños —se recordó—. Es una ley absurda. Quiero saber qué es una conexión en sueños. ¿Qué mejor forma de averiguarlo que participar en una?

»Pero si establezco una conexión de esa clase, estaré infringiendo la ley. Y él también.

»No soy precisamente una víctima indefensa. Puedo obligarlo a detenerse en cualquier momento.

»¿O tal vez no?»

Permaneció acostada durante un rato. Una parte de ella ansiaba hablar con Leiard, pero otra se resistía. Aunque quisiera hacerlo, ahora estaba demasiado despierta. Dudaba que pudiera volver a dormirse fácilmente.

Al cabo de unos minutos, oyó su nombre y al instante supo que había conseguido conciliar el sueño a pesar de todo, y que era esencial que hablara con Leiard.

¿Leiard?, tanteó.

Percibió con cada vez más fuerza una personalidad que fluía en torno a ella como un humo denso y dulce. Era Leiard y al mismo tiempo no lo era. Era el hombre que ella había alcanzado a ver por unos instantes durante su última noche en Jarime; el hombre cariñoso y apasionado oculto tras la fachada de tejedor circunspecto.

En este estado solo puedo ser yo mismo, le explicó él.

Intuyo que a mí me ocurre lo mismo, respondió ella.

En efecto. Aquí puedes mostrar la verdad u ocultarla, pero no mentir.

¿O sea que esto es una conexión en sueños?

Sí. ¿Me perdonas por hacer esto? Solo deseaba estar contigo de alguna manera.

Te perdono. Pero ¿me perdonas tú a mí?

¿Por qué?

Por esa noche en que...

Se agolparon en su mente recuerdos más vívidos que cuando estaba consciente. No solo vio sus extremidades entrelazadas, sino que notó el roce de piel contra piel. Percibió que Leiard reaccionaba divertido, con un profundo afecto.

¿Qué es lo que tengo que perdonarte?

Más recuerdos acudieron a su memoria, esta vez desde una perspectiva diferente. Lo que estos le revelaron la dejó atónita. Experimentar el placer desde el punto de vista de él...

Los dos lo deseábamos. Creo que eso estaba claro, dijo Leiard.

¿Qué está ocurriendo? —preguntó ella—. Estos recuerdos son tan vívidos...

En el estado onírico siempre lo son.

Noto el tacto, el sabor...

Los sueños son muy poderosos. Proporcionan consuelo al afligido, confianza al débil...

¿Castigo al malhechor?

En otro tiempo sí, cumplían esa función. Pero ya no. Las conexiones en sueños aún nos permiten reunirnos con nuestros seres queridos cuando estamos separados de ellos. Son la alternativa de los tejedores al anillo sacerdotal.

Yo te habría dado un anillo, pero creía que no lo aceptarías.

¿Aceptas tú esto? Estamos quebrantando una ley.

Ella hizo una pausa.

Sí. Es importante que hablemos. Lo que hicimos, aunque maravilloso, tendrá consecuencias.

Lo sé.

No debería haberte invitado.

No debería haber aceptado tu invitación.

No es que me arrepienta.

Yo tampoco.

Pero si la gente se enterase... No quisiera que esto te perjudicara..., ni que ocasionara daños a tu pueblo.

Yo tampoco.

Tras titubear unos instantes, ella se obligó a decir lo que tenía que decir.

No volveremos a hacerlo.

No.

Ambos guardaron silencio.

Tienes toda la razón —dijo ella—. En este sitio no se puede mentir.

Él alargó el brazo para acariciarle la cara.

Pero podemos ser nosotros mismos.

Ella se estremeció al sentir su contacto, que despertó más recuerdos.

Desearía que estuvieras aquí.

Yo también. Y estoy allí, al menos de esta forma. Como te he dicho antes, los recuerdos son más vívidos en sueños. ¿Te gustaría revivir alguno?

Ella sonrió.

Solo unos cuantos.

22

El sol era un disco resplandeciente atenuado por la niebla que envolvía la ciudad. Había pocas personas en la calle, y las que se acercaban vacilaban antes de cruzarse con Leiard, sin duda preguntándose qué hacía un tejedor de sueños vagando por el puerto en una mañana así.

Lo que hacía era pensar, evocar los sueños sobre sus recuerdos... y sentirse culpable por ello.

Había decidido días atrás no contactar con ella en sueños, pero la noche anterior su subconsciente había tomado la decisión contraria. Para cuando se dio cuenta de lo que hacía, era demasiado tarde. Ella le había contestado.

Incluso entonces, él habría debido tener la suficiente fuerza de voluntad para poner fin a aquello, pero Auraya había abierto su mente a la conexión en sueños sin reservas y con toda naturalidad. Era imposible oponerse a sus deseos, y los placeres de la noche habían sido demasiado buenos para resistirse a ellos.

«Tiene una imaginación portentosa, esa mujer —murmuró una voz en su mente—. Lástima que sea un instrumento de los dioses».

Leiard frunció el ceño.

«Es más que un instrumento».

«¿Ah, sí? ¿Crees que si los dioses le ordenaran que te matara, se negaría?»

«Sí».

«Necio».

Leiard se detuvo y tendió la vista hacia el mar. La bruma confería un aspecto fantasmagórico a las embarcaciones que cabeceaban en el agua.

«Soy un necio», admitió.

«Pues vaya novedad».

Leiard decidió ignorar el comentario. «No debería haberlo hecho —pensó—. Infringimos la ley».

«Una ley estúpida».

«Pero una ley al fin y al cabo. Una ley que castiga nuestro delito con la muerte».

«Dudo que ella sea castigada. En cuanto a ti... Fuiste otra vez lo bastante astuto como para asegurarte de que fuera ella quien tomara la decisión. Se culpará a sí misma por haberte animado a transgredir esa ley, si tiene un mínimo de conciencia».

«No fue culpa suya».

«¿Ah, no? ¿Así que te crees tan encantador que ella perdió su fuerza de voluntad y no pudo resistirse a ti?»

«¡Oh, cállate!» Leiard frunció el entrecejo y cruzó los brazos. Aquello era ridículo. Estaba discutiendo con un recuerdo de Mirar. Cada vez sucedía más a menudo. No había realizado más conexiones con Jayim por temor a que el chico se enterara de que había pasado una noche con Auraya, pese a que Arlij había dicho que debía hacerlo para recuperar su sentido de la identidad. ¿Era por eso por lo que la personalidad de Mirar se había vuelto tan... tan...?

«¿Protectora? Porque sé que Auraya y tú planeáis escabulliros a rincones secretos de la ciudad para achucharos hasta perder el sentido cuando ella regrese. Porque eres un tejedor de sueños, y cuando vuestro amorío salga a la luz, mi pueblo sufrirá las consecuencias».

«No saldrá a la luz —replicó Leiard—. No si no doy a los otros Blancos la oportunidad de leerme la mente. Tendré que renunciar al cargo de asesor».

«Eso despertaría sus sospechas. Querrán interrogarte; preguntarte por qué».

«Enviaré un mensaje. Les diré que necesito más tiempo para instruir a Jayim».

«Una historia muy verosímil».

«Se olvidarán de mí enseguida. No soy más que un tejedor de sueños común y corriente. Seguramente se sentirán aliviados por haberse librado de mí. Se...»

—¿Leiard?

La voz sonó cercana. Leiard pestañeó al percatarse de que se encontraba en la punta de un embarcadero. Al volverse, vio a Jayim de pie, detrás de él.

—Jayim —dijo—. ¿Qué haces aquí?

Unas arrugas aparecieron en la frente del muchacho.

—Estaba buscándote. —Miró a uno y otro lado—. ¿Con quién hablabas?

Leiard fijó la vista en su discípulo. ¿Que con quién hablaba? Tragó saliva y se percató de que tenía la misma sensación en la garganta que cuando llevaba un rato hablando.

—Con nadie —dijo esperando que no se notara lo alterado que se sentía—. Solo estaba repasando fórmulas en voz alta.

Jayim asintió, aceptando la explicación de Leiard.

—¿Tendremos clase hoy?

Leyard dirigió la mirada hacia los barcos. La niebla había empezado a levantarse, empujada por la suave brisa. Era imposible saber cuánto rato llevaba allí de pie. Unas horas, a juzgar por la posición del sol.

—Sí. Te enseñaré más remedios, creo. Sí, cuantos más memorices, mejor.

Jayim hizo una mueca.

—¿No habrá conexiones?

Leiard sacudió la cabeza.

—Por el momento, no.

Un martilleo insistente arrancó a Emerahl de un sueño profundo. Protestando y en un estado de aturdimiento consciente, reconoció el sonido como el de un puño al entrar en contacto con una puerta. Abrió los ojos y farfulló una palabrota. La única ventaja de trasnochar y dormir toda la mañana era que no soñaba con la torre, pero de vez en cuando el casero acudía temprano para pedirle el alquiler.

—Te he oído —gritó—. Ya voy.

Se incorporó con un gran esfuerzo y notó de inmediato que las empalagosas ataduras de la somnolencia se aflojaban. Parpadeó, se frotó los ojos hasta que consiguió mantenerlos abiertos, bostezó varias veces y, tras ponerse descuidadamente su tago viejo y sucio, se encaminó hacia la puerta.

En cuanto el pestillo se descorrió con un chasquido, la puerta se abrió hacia dentro con brusquedad. Emerahl se tambaleó hacia atrás e invocó magia rápidamente para generar un escudo invisible. La intrusa era una mujer corpulenta de mediana edad vestida con ropas finas. Tras ella había dos hombres de espaldas anchas, claramente unos guardias a sueldo.

Ni la desconocida rica ni sus escoltas parecían albergar intenciones violentas; solo mostraban la curiosidad y la arrogancia de quien goza de fortuna o poder. Emerahl miró a la mujer con fijeza.

—¿Quién eres? —inquirió.

La mujer hizo caso omiso de la pregunta. Echó una ojeada a la habitación con las cejas arqueadas en un gesto desdeñoso y luego lanzó a Emerahl una mirada escrutadora.

—Así que tú eres la ramera que ha descubierto Panilo. —Frunció los labios—. Quítate el tago.

Emerahl no hizo el menor ademán de obedecerla. Clavó los ojos en los de la mujer, impasible.

—¿Quién eres? —repitió.

La desconocida cruzó los brazos y echó hacia delante su generoso busto.

—Me llamo Rozea Peporan.

Obviamente confiaba en que Emerahl conocía su nombre. Después de un silencio breve, la mujer arrugó el ceño, descruzó los brazos y se apoyó las manos en la cintura.

—Soy la dueña y encargada del burdel más lujoso de Porin.

«¿Un burdel? Veo que en Toren las oportunidades no tardan en llamar a tu puerta. O más bien la aporrean».

—¿De veras? —dijo.

—Sí.

Emerahl se llevó los nudillos de una mano a los labios.

—Panilo es el comerciante que ha solicitado mis servicios las últimas noches.

—Exacto. Es un cliente habitual. Al menos, lo era hasta hace poco. Tiene buen ojo para la calidad, así que si mis espías me dicen que ha estado visitando la calle Mayor, me da por pensar mal.

—De modo que has venido para invitarme a marcharme, ¿no?

Rozea sonrió, pero la frialdad no abandonó sus ojos.

—Depende. Quítate el tago. Y también la nagua.

Emerahl se despojó de las prendas y las tiró sobre la cama, antes de echar los hombros hacia atrás y volverse para exhibir su cuerpo desnudo. No tuvo que aguzar sus sentidos para detectar el interés de los guardias. La mujer examinó su anatomía de un modo impersonal y calculador. Emerahl dio una vuelta completa y sacudió la cabellera hacia atrás.

—Flaca —comentó Rozea—. Buena osamenta. Puedo trabajar bien con una buena osamenta. Ninguna cicatriz... ¿Cuál es tu color de pelo natural?

—Soy pelirroja.

—Entonces ¿por qué te lo tiñes?

—Para que sea de un rojo más vivo. Así llamo más la atención.

—Te da un aspecto vulgar. Mi establecimiento no es vulgar. Mis chicas pueden quitarte el tinte y volver a teñírtelo de un tono más natural. ¿Alguno de tus clientes tenía alguna enfermedad?

—No.

—¿Y tú?

—Tampoco.

—Bien. Vístete.

Emerahl se acercó a la silla en cuyo respaldo había colgado su sayo verde después de lavarlo y secarlo la noche anterior.

—¿Qué te hace pensar que quiero trabajar en tu establecimiento? —preguntó mientras se lo ponía.

—Te proporcionaría seguridad. Una habitación limpia. Mejores clientes. Más dinero.

—Poseo dones. Puedo protegerme sola —aseveró. Miró a Rozea de soslayo—. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

La mujer soltó una risita.

—Empezarás ganando no más de cincuenta renes.

Emerahl se encogió de hombros.

—Es lo que me pagaba Panilo. Quiero cien.

—Sesenta, además de ropa nueva y joyas.

—Ochenta.

—Sesenta —dijo Rozea con firmeza—. Ni un ren más.

Emerahl se sentó en el borde de la cama y fingió que consideraba la oferta.

—Nada de clientes brutales. He oído que las personas como tú dejan que los ricos les hagan barbaridades a sus chicas si ofrecen suficiente dinero. Yo no pienso dejarme. Si intentan algo raro conmigo, los mataré.

La mujer entornó los párpados antes de hacer un gesto de condescendencia.

—Nada de tipos brutales, pues. ¿Trato hecho?

—Enfermos tampoco. No hay suma de dinero que compense una enfermedad.

Rozea sonrió.

—Hago lo posible para mantener a mis chicas a salvo —afirmó, orgullosa—. Animamos a los clientes a darse un baño antes, lo que nos da la oportunidad de examinarlos. A todo cliente del que se sepa que padece una enfermedad se le prohíbe la entrada en la casa. Distribuimos hierbas purificantes entre todas las chicas. —Contempló a Emerahl con altivez—. Tenemos que mantener nuestra reputación de regentar el burdel más limpio de Porin.

Emerahl asintió, impresionada.

—Me parece razonable. Haremos la prueba.

—Entonces recoge tus cosas. Tengo un platén esperando fuera.

Tras echar un vistazo alrededor, Emerahl recordó que llevaba el monedero en un bolsillo del sayo y que había cosido la campanilla marina al interior de la manga. Se levantó y se dirigió hacia la puerta. Rozea se fijó en el tago y la nagua desechados, sonrió y la guió hacia el rellano.

—Les decimos a los clientes que nuestras chicas son hijas de buena

familia venidas a menos —le explicó Rozea mientras bajaban las escaleras—. Tienes una forma de hablar anticuada que reforzará esa ilusión. Te enseñaremos todas las normas de cortesía de la alta sociedad. Si demuestras ser una alumna aventajada, te enseñaremos un par de idiomas.

Emerahl sonrió, divertida.

—Descubrirás que aprendo muy deprisa.

—Bien. ¿Sabes leer?

—Un poco. —Esperaba estar en lo cierto. Si el idioma había evolucionado a lo largo de un siglo, ¿cuánto había cambiado la escritura?

—¿Y escribir?

—Un poco.

—¿Cantar?

—Lo bastante bien para espantar a los pájaros de los cultivos.

Rozea rió por lo bajo.

—Entonces nada de cantar. ¿Y qué me dices de bailar?

—No. —Seguramente era verdad. Hacía mucho tiempo que no bailaba.

—¿Cómo te llamas?

—Emmea.

—Ya no. Tu nuevo nombre será Jade.

—Jade —repitió Emerahl con ademán indiferente—. Por los ojos, ¿no?

—Desde luego. Por el momento, son tu rasgo más atractivo. Mis chicas te enseñarán a realzar tus mejores atributos y a disimular tus defectos eligiendo la ropa adecuada, modificando tu postura y, como último recurso, pintándote.

Cuando llegaron al pie de la escalera, Rozea salió al callejón, donde la esperaba un platén. Los dos guardias se encaramaron al pescante, junto al cochero. Rozea indicó por señas a Emerahl que subiera al vehículo con ella. Emerahl miró a derecha e izquierda antes de entrar. La calle Mayor estaba desierta salvo por algunos mendigos dormidos. No habría testigos de su «desaparición». Ni siquiera el casero, lo cual no era del todo malo.

A una voz del cochero, el arem que tiraba del coche se puso en marcha, llevándose a Emerahl de allí. «Un burdel —pensó—. ¿Allí será más o menos probable que me encuentren los sacerdotes? Seguramente ni lo uno ni lo otro. Al menos será más comfortable. Quizá incluso resulte rentable».

23

El cielo era del color azul negruzco propio del atardecer. Las estrellas titilaban y oscilaban en derredor, pero la causa de su agitación solo era visible hacia el oeste, donde cientos de figuras aladas se recortaban contra el resplandor del ocaso.

Las figuras planeaban sobre el Claro, hacia la zona plana situada en medio de la ladera rocosa conocida como el Llano. Unas hogueras encendidas formaban un círculo grande, cuya luz se reflejaba en el rostro de los siyís.

Auraya ya estaba familiarizada con muchos de esos rostros. Había conversado con siyís de toda edad, tribu y condición. No muy lejos de ella se encontraba el trampero de la tribu del río Serpiente que había descrito cómo los colonos torenios habían expulsado a su pueblo de sus fértiles valles. Más allá estaba la vieja matriarca de la tribu de la montaña de Fuego que había mostrado a Auraya las fraguas que su gente utilizaba para hacer puntas de flecha y cuchillos con los materiales que extraían de los ricos yacimientos minerales de su tierra. En aquel momento aterrizaban los tres hombres jóvenes de la tribu de la montaña del Templo que la habían abordado para preguntarle qué tenían que aprender para ordenarse sacerdotes.

—Nunca en mi vida había visto una Congregación tan multitudinaria —le susurró el portavoz Dryss—. Y he asistido a todas.

Ella se volvió hacia el anciano.

—La portavoz Sirri me ha explicado que solo los portavoces o las personas que ellos han nombrado sus representantes tienen la obligación de asistir a la Congregación. Pero no me sorprende que haya venido más gente. Lo que decidáis esta noche puede cambiar vuestro estilo de vida. Si yo fuera siyí, me gustaría estar presente para oír su decisión.

—Sin duda, pero estoy seguro de que algunos solo han venido para echar un vistazo a la Elegida de los dioses —repuso él con una risita.

Ella sonrió.

—Tu pueblo ha sido muy hospitalario, portavoz Dryss. Confieso que estoy enamorada de este lugar y que desearía no tener que marcharme.

Él arqueó las cejas.

—¿No echas de menos las comodidades de tu hogar?

—Un poco —reconoció ella—. Echo de menos sobre todo los baños calientes. Y a mis amigos.

Cuando él se disponía a responderle, la portavoz Sirri se dirigió a la hilera de portavoces.

—Creo que ha llegado la hora. Si esperamos a los rezagados, la noche terminará antes que nosotros.

Los demás asintieron en señal de conformidad. Cuando Sirri subió a la Roca de los Portavoces, la multitud de siyís a sus pies dejó de hablar y alzó la mirada, expectante.

Sirri levantó los brazos.

—Pueblos de las montañas. Tribus de los siyís. Nosotros, los portavoces, os hemos convocado aquí esta noche para escuchar las palabras de Auraya la Blanca, una Elegida de los dioses. Como sabéis, ha venido a nuestra tierra a proponer una alianza entre los siyís y los circulianos. Esta noche oiremos sus argumentos y expresaremos nuestras opiniones. Dentro de siete días nos reuniremos de nuevo para tomar nuestra decisión.

Sirri posó los ojos en Auraya con interés visible. Ella dio unos pasos al frente hasta detenerse junto a la mujer y bajó la vista hacia la muchedumbre de siyís. Desde su llegada, no le había hecho falta leerles la mente para descubrir sus dudas y esperanzas. Hablaban de ellas abiertamente. Ahora, dejó que su mente examinara superficialmente las de ellos.

Estaban dudosos, convencidos de que tanto si aceptaban la alianza como si no, tendrían que pagar un precio. Eran un pueblo tímido que rara vez recurría a la violencia. Pero también eran un pueblo orgulloso. Aunque no deseaban luchar en una guerra, pues era probable que algunos de ellos muriesen, querían que, si tenían que combatir, los consideraran valiosos y capaces. Era a este orgullo a lo que ella debía apelar ahora.

—Habitantes de Si, creación de Huan, he venido, aceptando vuestra invitación, para conocer vuestra cultura, hablaros de mi pueblo y explorar la posibilidad de formar una alianza.

»He aprendido mucho sobre vosotros y he llegado a admiraros por vuestra tenacidad y vuestro talante pacífico. He descubierto que ya no puedo ser imparcial: desearía más que nada que hubiera un vínculo entre nuestros pueblos. La muerte de siyís a manos de los pisatierra me produce una honda consternación. Además, se me ocurren muchas maneras en que podemos enriquecer mutuamente nuestras vidas a través del comercio y el intercambio de conocimientos. No puedo por menos de pensar, de forma egoísta, que una alianza sería una excusa maravillosa para desatender mis obligaciones como Blanca y visitar Si más a menudo de lo necesario.

Esto provocó muchas sonrisas. Tras una pausa, ella adoptó una expresión seria.

—Una alianza requiere llegar a un acuerdo respecto a varias cuestiones, y la primera que quiero tratar es la guerra. Si nosotros, los Blancos, asumimos el compromiso de proteger vuestras tierras, podemos poner fin a las incursiones de los colonos sin derramamiento de sangre pidiendo al rey de Toren que tome cartas en el asunto. A cambio de esta ayuda, os pediríamos la promesa de apoyarnos si nosotros o nuestros aliados nos viéramos bajo la amenaza de una invasión. —Al ver expresiones sombrías en todos los rostros, movió la cabeza afirmativamente—. Sé que creéis que no seríais de gran ayuda en caso de guerra. Sería tan absurdo que los siyís entablarais un combate cuerpo a cuerpo con los pisatierra como que lo hiciera yo. Mi fuerza está en la hechicería, y la vuestra en el vuelo.

»Vuestra capacidad de volar os hace aptos para llevar a cabo misiones de reconocimiento. Podéis informar de la posición y los movimientos de las

tropas enemigas, y avisar sobre trampas y emboscadas. Podéis transportar y entregar objetos pequeños y de gran valor; remedios o vendas para los heridos, mensajes para los combatientes que no tengan un sacerdote que les transmita las órdenes.

Ahora prácticamente todos los siyís compartían el mismo estado de ánimo. Habían acogido favorablemente sus palabras, algunos con entusiasmo, otros reconociendo con reservas que tenía razón. Ella asintió para sí.

—Resulta difícil pedir os algo que quizá algún día traiga la muerte y el dolor a vuestras familias, tan difícil como me resultará pedir a los padres e hijos de mi pueblo que luchen en nuestra defensa, si surge la necesidad. Espero que jamás llegue el día en que una amenaza nos obligue a tomar decisiones tan terribles.

»Os preguntaráis qué beneficios os reportará esta alianza en tiempos de paz. Podemos ofrecer os comercio, saber y acceso al sacerdocio circuliano. Muchos de vosotros habéis expresado dudas respecto a que tengáis algo valioso que vender. Son dudas injustificadas. Elaboráis artículos únicos que serán valorados en el exterior tanto por razones prácticas como artísticas. Contáis con yacimientos minerales que pueden explotarse. Tenéis plantas poco comunes con propiedades curativas. Incluso las mantas suaves que dejasteis en la enramada que construisteis para mí se venderían a un precio elevado en Jarime. Y estos son solo los recursos y productos que he visto durante las pocas semanas que llevo aquí. Un comerciante experimentado descubriría muchos más.

»Por otro lado, están los beneficios que traerían consigo los intercambios culturales y de conocimientos. Tenemos mucho que aprender unos de otros. Vuestros métodos para gobernar y resolver disputas son excepcionales. El sacerdocio circuliano ofrece educación y entrenamiento en sanación y hechicería. A cambio, solo os pedimos que compartáis con nosotros lo que sabéis sobre sanación para que podamos ayudar mejor a nuestros compatriotas. —Auraya guardó silencio por un momento y desplazó la mirada por los cientos de caras—. Espero que nuestras tierras se unan en una promesa de amistad, respeto mutuo y prosperidad. Gracias por escucharme, pueblo de Si.

Retrocedió desde el borde de la Roca y posó la vista en Sirri. La portavoz sonrió y asintió antes de alzar los brazos de nuevo.

—Ahora, cada portavoz hablará con su tribu.

Ante la mirada de Auraya, la hilera de portavoces se deshizo. Uno por uno saltaron desde lo alto de la peña y descendieron planeando hacia su gente, dejándola sola. Se sentó a observar mientras la multitud se disolvía, separándose en tribus.

Dejó que su mente tocara una vez más las de los siyís y escuchó sus conversaciones y debates. Aunque sus palabras los habían emocionado, seguían mostrando una cautela comprensible. Los cambios que ella había mencionado los entusiasmaban y atemorizaban por igual.

«Deberían deliberar sobre el asunto en profundidad. Es poco probable que su mundo siga siendo el mismo, incluso aunque nunca estalle una guerra». Los pisatierra llegarían y dejarían atrás sus ideas, tanto las buenas como las malas. Querrían construir un camino a Si para facilitar el viaje. Los siyís tendrían que proceder con precaución; en vez de con colonos invasores, tal vez tendrían que lidiar con mercaderes avariciosos y sin escrúpulos, sobre todo si decidían abrir más minas.

«Tendré que asegurarme de que eso nunca ocurra».

La sorprendió la intensidad del impulso protector que sentía. Solo habían transcurrido unas semanas desde su llegada. ¿Tanto la habían cautivado aquellas personas?

«Sí —pensó—. Tengo la sensación de que mi lugar está aquí. Olvido continuamente lo diferente que soy, y en esos momentos casi desearía poder encoger a la mitad de mi tamaño y que me salieran alas».

Levantó la vista hacia los gigantescos árboles, pero apartó la mirada de inmediato al percibir un atisbo de pensamiento. Allí arriba había alguien; un muchacho que aguardaba ansioso el momento de aparecer. Auraya ya había entrevisto lo suficiente de la mente de Sirri para saber que la líder de los siyís tenía una sorpresa planeada para la Congregación.

«Algún tipo de demostración —pensó Auraya—. Algo que cree que convencerá a los siyís de que aprueben la alianza».

Resistió la tentación de leerle la mente y, en vez de ello, se concentró en

los otros siyís. Transcurrió un rato, y poco a poco los portavoces se separaron de sus tribus y volaron de vuelta al puesto que ocupaban antes. Cuando el último de ellos hubo regresado, Sirri reapareció en la roca y la multitud calló.

Uno a uno, los portavoces tomaron la palabra para expresar las opiniones de su tribu. La mayor parte de ellas estaba a favor de la alianza, pero no todas.

—Debe haber unanimidad entre las tribus respecto a esta cuestión — declaró la portavoz Sirri—. No la hemos alcanzado. Antes de dar por finalizada esta Congregación, os pido que me escuchéis. Creo que nuestra reticencia a abrir nuestras tierras a los pisatierra deriva de nuestra incapacidad para combatirlos. ¿Por qué habríamos de arriesgar la vida en la guerra si no podemos hacer daño a nuestros enemigos? ¿Por qué habríamos de dejar entrar a los pisatierra en nuestro territorio si no podemos expulsarlos en caso de que demuestren tener intenciones perversas?

Auraya contempló a la portavoz, pensativa. Sabía que Sirri era partidaria de la alianza, pero aquellos dos argumentos no harían más que incrementar las dudas de los siyís sobre su conveniencia.

Sirri abrió los brazos a los lados.

—Pero lo cierto es que podemos luchar. Podemos defendernos. ¿Cómo? Os lo mostraré.

Levantó la mirada hacia el árbol en el que esperaba el chico, luego la dirigió hacia la orilla del bosque y asintió.

Desde una rama alta del árbol, Tryss oía las voces de la gente de abajo, pero no alcanzaba a distinguir sus palabras. Había renunciado a ello, y en cambio había buscado a Drili entre la multitud. La divisó, de pie junto a sus padres.

Hacía más de una semana que no hablaba con ella. Su padre había ido a ver a Tryss y le había ordenado que se mantuviera alejado de su hija. Le había asegurado que ella no se casaría con un chico de otra tribu, y menos aún con uno que acariciaba ideas extrañas y se pasaba el día inmerso en fantasías ociosas. Drili podía aspirar a algo mejor.

Sus primos le habían dejado claro quiénes habían revelado que los dos se

gustaban, pero tal vez mentían para molestarlo. Cualquiera que hubiera observado a Tryss y a Drili durante el trei-trei habría sospechado que se estaban enamorando. Habían volado juntos durante casi toda la noche.

Tryss bajó la vista hacia su creación. ¿Cambiarían su opinión sobre él los padres de Drili si se olvidaba de los inventos y empezaba a comportarse más como otros muchachos siyís? ¿Renunciaría a ello si era la única manera de ver a Drili?

La pregunta lo irritaba. La ahuyentaba de su mente, pero en cuanto se descuidaba volvía a darle vueltas. Miró a Drili. Era bonita e inteligente. Por supuesto que él haría cualquier cosa...

Al oír de nuevo la voz de la portavoz Sirri, hizo un esfuerzo por apartar su atención de Drili. La portavoz alzó los ojos hacia él, a continuación miró al siyí que sujetaba las jaulas de los brimes y asintió.

«La señal. —El corazón de Tryss dio un brinco y comenzó a latir con fuerza. Escudriñó el suelo en busca de movimiento—. ¡Allí!»

Saltó. Intentando no pensar en el genitío que lo observaba, se concentró en el ser diminuto que había avistado. Tenía que poner sus cinco sentidos en lo que hacía. Su arnés nuevo estaba algo rígido, no contaba con más luz que la de las lámparas para ver a los animales y los brimes eran muy veloces.

Las hojas pasaban rozándole las orejas. Extendió los brazos y emergió por debajo del follaje del árbol a toda velocidad. Aspiró un dardo al interior de la cerbatana, apuntó y sopló.

El brim soltó un chillido cuando el proyectil le alcanzó la pata. Siguió adelante, cojeando, pero el veneno no tardaría en rematarlo. Tryss había divisado a un segundo brim y había virado para seguirlo. Esta vez, el dardo se clavó en el centro del lomo de la criatura. Con una sensación de triunfo, Tryss batió las alas para ganar un poco de altura, buscando más brimes.

Dos de ellos salieron corriendo de entre la muchedumbre, en el otro extremo del Llano. Erró el primer tiro, pero el segundo dio en el blanco. Describió una curva en el aire y volvió a lanzar un dardo al primer brim, pero este cambió de dirección en el último momento y el proyectil rebotó en el suelo sin herirlo. El animal desapareció entre las piernas de los espectadores.

Frustrado, Tryss se elevó de nuevo. Vio que los últimos dos brimes salían

correteando al Claro y torcían el rumbo rápidamente. Descendiendo casi en vertical hacia ellos, él apretó con los pulgares las correas del nuevo aditamento que había incorporado al arnés. Solo había tenido unas horas para ejercitarse en su uso, y era mucho más difícil afinar la puntería con él.

Los dos brimes se detuvieron en medio del Claro, conscientes únicamente de los siyís que los rodeaban. Tryss apuntó, dobló los pulgares, y los muelles se abrieron con un chasquido. Se percató demasiado tarde de que había soltado los dos sin querer. Unas flechas pequeñas salieron disparadas hacia delante. Una de ellas atravesó a un brim, y la otra se deslizó velozmente a ras de suelo hasta incrustarse en la pared de la roca...

Contra la que él estaba a punto de estrellarse. Arqueó la espalda y notó que la peña le rozaba la cadera cuando consiguió evitar la colisión por muy poco. No obstante, la maniobra le hizo perder altura y lo obligó a aterrizar de una manera brusca, aunque él esperaba que pareciera deliberada.

Todos los presentes se sumieron en un silencio absoluto. De pronto, alguien en la multitud rompió a silbar entusiasmado, tal como solían hacer los siyís durante las competiciones acrobáticas en los trei-trei. Otros se unieron a él y Tryss no pudo contener una sonrisa de oreja a oreja cuando los silbidos resonaron por todo el Claro. Alzó la vista hacia la portavoz Sirri, que sonrió e inclinó la cabeza en señal de aprobación.

Acto seguido, la mujer levantó los brazos, y los silbidos se apagaron.

—Pueblos de las montañas. Tribus de los siyís. Imagino que, al igual que yo, podéis ver el potencial de lo que Tryss os ha mostrado esta noche. Lo que ha inventado es un arma: no el tipo de arma fabricada a la medida de los pisatierra, como aquellas de las que nos deshicimos hace mucho tiempo, sino un arma concebida especialmente para nosotros. No solo es un instrumento de caza excelente, sino también un artefacto que nos permitirá luchar con orgullo y eficacia en defensa propia o en auxilio de nuestros aliados.

»Es tarde para discutir ahora las posibilidades que ofrece esta arma y la manera en que puede modificar nuestra visión sobre la alianza propuesta por los Blancos. Propongo que hablemos de ello dentro de siete días, cuando nos reunamos para tomar nuestra decisión. ¿Estáis de acuerdo?

Un grito de conformidad surgió de los siyís. Sirri miró a sus colegas

portavoces, que asintieron al unísono.

—Entonces, así se hará. Declaro finalizada la presente Congregación. Volved tranquilos a vuestros hogares.

Los siyís se enfrascaron en una conversación animada. Tryss levantó la mirada hacia la sacerdotisa con una repentina curiosidad por ver su reacción. Sin embargo, ella estaba mirando a Sirri con una expresión ceñuda y meditabunda que se desvaneció en cuanto un portavoz se acercó para hablar con ella.

Notó que alguien le tiraba del brazo y, cuando se volvió, se encontró con Sreil, que lo miraba con una gran sonrisa.

—¡Ha sido fantástico! ¿Por qué no te unes al equipo acrobático en todos los trei-trei?

—Pues, esto...

Alguien le sacudió el brazo, evitándole el tener que responder.

—¿Pesa mucho? ¿De qué está hecho?

Se percató de que se hallaba en el centro de una aglomeración de siyís que querían examinar el arnés. Sus preguntas eran incesantes, y a menudo repetidas, pero él hizo el esfuerzo de quedarse a responderlas.

«No se trata solo de demostrarles que funciona —se dijo—. Tengo que convencerlos de que lo prueben ellos mismos».

Por otro lado, estaba ansioso por apartarse de ellos y encontrar a Drili. Cada vez que se abría un hueco en la multitud que lo rodeaba, la buscaba con la mirada, pero en vano. Ella y su familia se habían marchado.

24

No mucho después de que Danyin entrara en la habitación de Auraya, se oyeron unos golpes en la puerta. Travesuras dormía sobre sus rodillas, con su energía habitual mermada por una enfermedad común entre los vices. Tras dejar al animalillo a un lado, fue a abrir la puerta. Para su sorpresa, Rian se encontraba al otro lado.

—Consejero Danyin Lanza —dijo el Blanco—. Deseo hablar contigo.

Danyin realizó el gesto del círculo.

—¿Preferís que hablemos aquí o en algún otro lugar, Rian el Blanco?

Rian asintió.

—Aquí mismo está bien.

Visto de cerca, Rian no aparentaba más de veinte años, por lo que Danyin tuvo que recordarse a sí mismo que la edad real de ese hombre frisaba en los cuarenta. Por otro lado, no era fácil olvidar quién era Rian. Se comportaba como si fuera consciente de su posición y se enorgulleciera de ella y, a diferencia de Auraya, siempre mantenía una actitud seria y formal. Su forma de mirar a los demás sin parpadear causaba extrañeza.

—Las observaciones de tu familia respecto a la venta de armas a los pentadrianos han resultado acertadas —dijo Rian—. ¿Crees que podrían tener más información útil?

Danyin frunció los labios.

—Tal vez. —«Pero no estoy seguro de que quieran facilitármela».

Rian enarcó las cejas.

—¿Crees que estarían dispuestos a trabajar como espías para los Blancos?

«¿Espías? —Al percatarse de que había fijado la vista en Rian, bajó los ojos—. ¿Se prestarían a ello? —Se imaginó cómo reaccionarían su padre y sus hermanos a esta propuesta y se le cayó el alma a los pies—. Claro que se prestarían». Estarían encantados ante esta confirmación de su importancia. Comerciarían con información y no solo con mercaderías.

—Yo diría que sí. —«Pero tendréis que usar vuestras habilidades de lectura mental para asegurarnos de que os dicen todo lo que saben —pensó, sin poder evitarlo—. Son capaces de ocultar información si consideran que no pueden obtener beneficios de ella o que puede perjudicar sus otros intereses».

Rian asintió.

—Concertaré una entrevista con ellos, entonces. ¿Deseas implicarte?

Tras meditar un momento, Danyin negó con la cabeza.

—Mi implicación seguro que complicaría innecesariamente los planes.

—Muy bien. —Se volvió hacia la puerta, pero se detuvo—. ¿Qué sabes de Sennon, consejero?

—¿De Sennon? —Danyin se encogió de hombros—. He visitado el país varias veces, casi siempre por mar, aunque he atravesado el desierto dos veces. Hablo el sennense. Tengo algunos contactos allí.

—El emperador de Sennon firmó un tratado de alianza con los pentadrianos ayer.

Danyin se quedó mirando a Rian de nuevo, esta vez lleno de consternación. Recordó la primera reunión de Auraya con el embajador de Sennon. El hombre la había invitado a conocer su país. Había sido absurdo confiar en que una Blanca recién nombrada, que no había completado su formación ni se había familiarizado con sus nuevas funciones, emprendiera el largo viaje a Sennon. Tal vez algún otro de los Blancos debería haber acudido. Si alguien le hubiera recordado al emperador que una alianza poderosa y respaldada por los dioses existía al otro lado de las montañas del oeste, tal vez este no habría sellado un pacto con los pentadrianos.

—Crees que deberíamos habernos esforzado más por estrechar lazos con el emperador de Sennon y su pueblo —declaró Rian con el entrecejo

arrugado.

Danyin sonrió con ironía.

—Sí, pero ¿qué podéis hacer? Solo sois cinco; cuatro, hasta hace poco. Acabáis de aliaros con Somrey, y ahora Auraya está trabajando en Si. No teníais tiempo ni recursos para cortejar también a Sennon.

La comisura de los labios de Rian se torció.

—No, no lo teníamos. El control del tiempo no figura entre los dones que las deidades nos han concedido.

—Tal vez al emperador no le gusten sus nuevos amigos y cambie de idea. Me imagino que estará tan ilusionado por encontrarse con esos voranes negros como lo estaban los torenios.

La expresión de Rian se ensombreció.

—A menos que pretenda entrenar a su propia manada. Ha invitado a todos los sacerdotes circulianos a marcharse, asegurando que se lo aconseja por su seguridad.

Danyin hizo una mueca.

—Ah. —Meneó la cabeza—. El emperador siempre ha sostenido que no quiere dar preferencia a una religión sobre las demás. —De golpe, Danyin pensó en los tejedores de sueños. Sintió una punzada de culpabilidad. Auraya le había pedido que visitara a Leiard, pero había estado demasiado ocupado investigando rumores sobre pentadrianos para ello—. ¿Creéis que debería prevenir al tejedor asesor Leiard?

Rian se encogió de hombros.

—Si quieres. Todos los informes que he recibido parecen indicar que los pentadrianos toleran a los seguidores de sectas paganas pequeñas. Solo desprecian a los circulianos, sin duda porque saben que nuestros dioses son reales.

«¿Así que están celosos?» Danyin sonrió con tristeza. Si todo aquello desembocaba en un conflicto, al menos los circulianos tendrían una ventaja: sus dioses existían y los protegerían. Solo temía el daño que pudieran hacer los pentadrianos mientras durase el conflicto. Las guerras siempre ocasionaban víctimas.

Un brillo asomó a los ojos de Rian, que dirigió a Danyin una mirada de

aprobación.

—Gracias por tu ayuda, consejero.

Danyin inclinó la cabeza y efectuó el signo del círculo.

—Me complace haberos sido de utilidad.

Siguió a Rian hasta la puerta y la abrió. El Blanco salió, se detuvo y se volvió hacia atrás.

—Cuando hable con tu familia, no mencionaré que te he consultado.

Danyin asintió en señal de gratitud. Siguió a Rian con la vista mientras se alejaba y cerró la puerta. Travesuras alzó la mirada hacia él, parpadeando soñoliento.

—Eso ha sido de lo más interesante —le comentó Danyin al viz.

Auraya abrió los ojos. La habitación estaba tan oscura que ella apenas alcanzaba a distinguir las paredes que la rodeaban. ¿La había despertado algo?

«Pues no lo ha hecho muy bien. Sigo sintiéndome casi dormida...»

Abrió los párpados de nuevo. Esta vez, la negrura era absoluta, salvo por... una figura conocida con túnica de tejedor que apareció ante ella.

¿Leiard?

Hola, amante de soñadores; soñadora del amor.

Los labios de él se movían mientras sus palabras llegaban a ella.

¿Es... es un recuerdo? Tengo la sensación de que eres tú quien me habla, y a la vez de que esto no es real.

Sí y no. Soy yo quien te habla, encarnado en tu recuerdo de mí. Es la forma que tu mente le ha dado a la mía. Aprendes deprisa. Al parecer tienes un talento natural para esto.

Tal vez debería haber sido tejedora de sueños.

Pero tu corazón pertenece a los dioses.

Mi alma pertenece a los dioses; mi corazón te pertenece a ti.

Una sonrisa socarrona de complicidad se dibujó en los labios de Leiard. Era una expresión que Auraya nunca había visto en su rostro. ¿O era su propia mente la que visualizaba así el estado de ánimo que percibía en él?

Siempre he sospechado que las almas son un concepto inventado por los dioses para empujar a la gente a servirlos. De hecho, una vez mantuve una conversación con un dios en la que reconocí que...

Despertó con un sobresalto y se quedó mirando el techo de la enramada. El sol se colaba por las paredes.

—Auraya.

La voz procedía de la entrada. Ella se levantó, se cubrió los hombros con una manta y se dirigió a la habitación principal. Al apartar la colgadura que cubría la puerta, se encontró frente a la portavoz Sirri.

—¿Sí, portavoz?

La mujer sonrió.

—Siento despertarte tan temprano. Acabamos de recibir un mensaje que creemos que debemos discutir urgentemente contigo.

Auraya asintió.

—Adelante. Vuelvo enseguida.

Se dirigió a su dormitorio a paso veloz y cerró la cortina que separaba ambos espacios. Después de desnudarse, se mojó un poco con el agua de una gran jofaina de madera y se secó rápidamente con magia. Una vez que se hubo vestido, se pasó un peine por el cabello y comenzó a hacerse una trenza mientras regresaba a la habitación principal.

La portavoz Sirri estaba de pie junto a la entrada, tamborileando con el índice en el armazón de la enramada. Aunque Auraya no habría adivinado el estado de ánimo de la mujer por su semblante, aquel pequeño indicio de impaciencia la indujo a concentrarse en ella. De inmediato percibió que la portavoz luchaba por contener una preocupación creciente por la noticia de una pisatierra que había sido avistada en Si. La mujer había pedido disculpas por el ataque de unos pájaros negros contra una tribu, episodio que Sirri le había referido a Auraya.

—Habrà comida en la junta —dijo Sirri mientras Auraya salía al aire libre.

La portavoz remontó el vuelo, y Auraya la siguió. Sirri aprovechó una corriente ascendente para planear hasta la cima del Claro, donde aterrizó con agilidad. En aquella parte del bosque crecía una maleza muy densa que no

dejaba ver la Enramada.

Auraya había visitado varias veces la Enramada de los Portavoces, pero estaba segura de que en cada ocasión la habían guiado por un camino distinto. Resistió la tentación de leerle la mente a Sirri, pues intuía que quería reunirse con los otros portavoces antes de revelar el contenido del mensaje que tanto la había alterado.

«Confío en ella —pensó Auraya—. O quizá simplemente sé que no me oculta nada y tiene sus motivos para esperar».

Llegaron a la Enramada. Sirri guardó silencio mientras se acercaba a la entrada y hacía a un lado la colgadura. Dentro, los portavoces de las otras catorce tribus la aguardaban. Se pusieron en pie para recibirla, y Auraya percibió un nuevo recelo en el modo en que la miraban. Sirri la acompañó hasta uno de los taburetes bajos y ocupó su puesto. Dirigió la vista hacia los demás líderes de tribus antes de devolver su atención a Auraya.

—Auraya la Blanca —comenzó—, ¿recuerdas que te hablé de unas aves negras que atacaron la tribu de la cresta del Sol hace un mes?

—Sí. Uno de los cazadores aseguraba haber vislumbrado a una pisatierra cerca de allí.

Sirri asintió.

—Las aves no han vuelto a aparecer desde entonces, pese a que algunos las hemos buscado con cautela, pero la mujer ha sido vista hace poco. —Posó los ojos en el líder de la tribu de las Montañas Gemelas—. Por una niña. No tenemos por qué dudar del testimonio de la muchacha; no acostumbra a inventar historias fantasiosas.

»Según ella, se encontró con la mujer cerca de su aldea. Esta le pidió que transmitiera un mensaje, que incluía una disculpa por la agresión sufrida por los cazadores. Aseguró que había sido un accidente y que no se había percatado de lo que hacían sus pájaros hasta que era demasiado tarde. Su verdadera intención era ganarse nuestra amistad.

»Entonces te vio pasar volando. —Miró a Auraya con circunspección—. Y cambió de opinión. Decidió marcharse de Si, después de pedirle a la niña que diera un recado diferente al líder de su tribu. Advirtió que si los siyís se alían con los circulianos, tendrán un enemigo aún más poderoso.

Auraya sintió un escalofrío.

—¿Qué aspecto tenía esa pisatierra?

—Era de tez oscura. Parecía joven y fuerte.

—¿Cómo iba vestida?

—Llevaba ropa negra y un colgante de plata.

El escalofrío se transformó en una sensación gélida que le bajó a Auraya por la espalda.

—Ah.

—¿Habías oído hablar de esta mujer?

Auraya sacudió la cabeza.

—No, pero he tenido encuentros con personas como ella. Es posible que pertenezca a una secta de Ithania del Sur. Tengo que avisar a Juran de esto.

Entonces cerró los ojos y pronunció el nombre del líder de los Blancos.

¿Sí?, respondió él.

Creo que una pentadriana ha estado husmeando por Si.

Le contó lo que había averiguado.

Una mujer con pájaros; un hombre con voranes. Entre los cinco líderes que han señalado nuestros espías hay dos mujeres.

Así es. ¿Qué les explico a los siyís?

Todo. Pronto Ithania del Norte entera sabrá de la existencia de esos hechiceros. Esto tal vez los impulse a firmar la alianza.

Auraya reprimió un suspiro y abrió los ojos. «¿En qué estoy metiendo a esta gente? —se preguntó una vez más—. ¿A qué los condenaría si no intentara persuadirlos de que busquen nuestra protección?» Observó los rostros ansiosos de los portavoces que la rodeaban.

—Juran y yo creemos que sabemos qué es, del mismo modo que ella reconoció qué era yo. Es una hechicera pentadriana —informó a los portavoces—. Hemos topado con otros dos. El primero se adentró en Toren con una manada de voranes. Los animales eran más grandes y oscuros que sus congéneres salvajes y al parecer obedecían órdenes mentales. Aparentemente, la única intención de su amo al entrar en Toren era sembrar el terror y la muerte. Rian localizó y se enfrentó al hombre, que huyó cuando quedó claro que no podía vencerlo en combate.

»El segundo hechicero no iba acompañado por voranes —continuó. El recuerdo de verse inmovilizada contra una pared por la magia del hechicero despertó en ella reminiscencias del miedo que había sentido. Auraya respiró hondo, ahuyentando de su mente tanto el recuerdo como el temor que traía consigo—. El único animal que llevaba era un raina normal y corriente. Hasta donde sabemos, no hizo daño a nadie. Me enviaron a ayudar a Dyara a encontrarlo, pero él también se nos escapó.

—¿Qué es lo que quieren esos hechiceros? —inquirió una portavoz.

Auraya torció el gesto.

—No lo sé. De una cosa no cabe duda: aborrecen a los circulianos. Nos tachan de paganos.

—¿A quién adoran ellos?

—A cinco dioses, como nosotros, pero los suyos no son reales.

—Tal vez por eso defienden sus creencias con tanta ferocidad —murmuró Dryss.

—¿Por qué vino a Si esa hechicera? —quiso saber otro portavoz.

—Por el mismo motivo que Auraya: para conseguir una alianza —contestó alguien.

—¿Y pensaba conseguirla atacándonos?

—Dijo que había sido un error, que quería fraternizar con nosotros.

—Hasta que vio a Auraya.

Varios de los portavoces fijaron la vista en ella, que los miró a los ojos esperando parecer más segura de sí misma de lo que se sentía.

—Nos amenazó —les recordó Dryss con una mueca—. Me temo que nos están obligando a elegir entre dos potencias. Hagamos lo que hagamos, tendremos que afrontar cambios inevitables.

—No tenéis que tomar partido —señaló Auraya—. Podéis decidir permanecer como hasta ahora.

—¿Y resignarnos a que los colonos pisatierra nos den caza y nos maten de hambre hasta que nos extingamos? —repuso otro—. Eso no es una alternativa.

—Ahora podemos combatir a los invasores —declaró una portavoz más joven—, gracias al nuevo lanzardos. ¡No necesitamos aliarnos con nadie!

Varias voces más se unieron a la discusión. Auraya alzó las manos, y los portavoces callaron de nuevo.

—Si así lo deseáis, me marcharé de Si. Cuando me haya ido, podréis invitar a la hechicera a volver. Averiguad qué quiere de vosotros y qué ofrece a cambio. Pero, por favor, sed prudentes. Tal vez no pretendía hacer daño a vuestros cazadores, pero sé que uno de sus compañeros pentadrianos es un hombre cruel que provoca dolor y muerte por puro placer. Detestaría ver a los siyís sufrir a sus manos.

—Tal vez era un forajido. Quizá vino a Ithania del Norte porque lo habían echado del territorio pentadriano —alegó la portavoz joven.

—Al menos esos pentadrianos no nos han arrebatado nuestras tierras —farfulló otro.

—Es posible que eso se deba a que su país no limita con el nuestro —le recordó Sirri.

Auraya crispó las facciones.

—Ahora sí.

Los portavoces se volvieron hacia ella con el ceño fruncido.

—¿A qué te refieres? —preguntó Dryss.

—Ayer el emperador sennense firmó un tratado de alianza con los pentadrianos. Sennon comparte frontera con vosotros, aunque es pequeña.

—En su lado de la frontera no hay más que desierto.

—Excepto en la zona donde el desierto termina y empiezan las montañas —aseveró un portavoz que no había participado en el debate hasta ese momento—. Hay varios asentamientos de los pisatierra a lo largo de la costa.

El silencio se impuso entre los portavoces, que bajaron la vista al suelo. Auraya sintió una punzada de conmiseración al percibir sus luchas interiores contra sus miedos.

—Buena gente de Si —dijo en voz baja—, desearía que no os hallarais ante tiempos tan complicados ni decisiones tan difíciles. No puedo tomar esas decisiones por vosotros. No puedo deciros en quién debéis confiar. Jamás en la vida os obligaría a optar por un camino u otro. Creo que cuando los dioses nos pidieron a mis compañeros Blancos y a mí que buscáramos aliados por toda Ithania, sencillamente deseaban vernos a todos unidos en paz. Tal vez

preveían un conflicto futuro. De lo que estoy segura es de que sería un honor para nosotros tener de nuestro lado al pueblo de Si, tanto en épocas turbulentas como en tiempos de paz.

Se levantó, se despidió con una inclinación de la cabeza y salió. Mientras se alejaba de la Enramada oyó voces apagadas. Aunque no alcanzaba a entender las palabras, sus dones le revelaron lo que decían.

«Estamos atrapados en esto, sea lo que sea, nos guste o no. Yo opino que elijamos un bando, porque sin ayuda seguramente estamos condenados a desaparecer».

Tras una pausa, alguien dijo: «A la hora de decidir en quién confiar, ¿nos decantaremos por la persona que vino en secreto, trayendo consigo unas aves peligrosas, o por la que esperó a que la invitáramos?».

Y, por último: «Huan nos creó. ¿Los pentadrianos rinden culto a Huan? No. Yo elijo a los Blancos».

25

Solo las formas imprecisas de árboles y plantas se alcanzaban a distinguir entre las sombras que rodeaban a Leiard y Jayim. Bien habrían podido estar en medio de un bosque. Lo que estropeaba la ilusión era la ausencia de sonidos conocidos, señal clara para Leiard de que se encontraban en la azotea de la casa de los Tahonero.

«Echo de menos el bosque —advirtió de pronto—. Añoro la paz y la tranquilidad de mente y espíritu. La seguridad».

«Pues regresa allí, mentecato».

Leiard hizo caso omiso de las ásperas palabras que sonaban en su mente. «Esa voz en mi cabeza no es más que el eco de un hechicero muerto hace mucho tiempo —se recordó—. Si lo ignoro, se irá». Miró a Jayim. El muchacho aguardaba pacientemente, acostumbrado a los largos silencios de Leiard.

—Hay muchas maneras en que la magia puede utilizarse para sanar —dijo Leiard—. Las habilidades que te enseñaré se dividen en tres grupos, según su grado de dificultad. El primero consta de técnicas sencillas: la constricción de un vaso sanguíneo para detener una hemorragia; la cauterización; la recolocación de huesos rotos. El segundo se compone de intervenciones más difíciles: el aumento o la reducción del flujo de sangre, la estimulación y encauzamiento de los procesos de sanación del organismo; el bloqueo del dolor.

»El tercer grupo se basa en el uso de habilidades tan complejas que se tarda años en aprenderlas, y eso en el mejor de los casos, pues solo uno o dos tejedores de sueños en cada generación posee la capacidad de alcanzar este nivel. Dichas habilidades requieren un trance de concentración y el conocimiento a fondo de todos los procesos del cuerpo. Si aprendes todo ello, podrás regenerar cualquier tejido de un organismo, hacer desaparecer una herida sin dejar cicatrices, devolver la vista a un ciego y hacer fértil a una mujer estéril.

—¿Podré resucitar a los muertos?

—No, al menos no a los que estén muertos de verdad.

Jayim frunció el ceño.

—¿Puede alguien estar muerto sin estarlo de verdad?

—Existen maneras de...

Leiard se interrumpió y se volvió hacia la escalera. Oía unos pasos casi imperceptibles que se acercaban. Dos personas. Un farol apareció y la luz se derramó por el hueco de la escalera. Tanara salió, seguida por un hombre bien vestido y de rostro familiar.

—¿Leiard? —llamó Tanara con timidez—. Alguien ha venido a verte.

—Danyin Lanza. —Leiard se puso de pie—. ¿Qué te trae por...?

—Antes de que os pongáis a hablar, entrad —lo cortó Tanara—. Hace demasiado frío para recibir a las visitas aquí fuera.

Leiard asintió.

—Tienes toda la razón.

Tanara los precedió por la escalera hasta la sala común, caldeada por unos braseros, y se llevó a Jayim a rastras para que la ayudara a preparar bebidas calientes. Danyin se dejó caer en una silla con un suspiro.

—Pareces cansado, consejero —observó Leiard.

—Lo estoy —reconoció Danyin—. Mi esposa y yo esperábamos que el viaje de Auraya a Si me dejara más tiempo libre, pero me temo que está ocurriendo justo lo contrario. ¿Y a ti cómo te va?

—Dedico todo mi tiempo a instruir a Jayim.

«Salvo las noches, en las que te entregas a conexiones oníricas eróticas e ilegales con una Blanca —susurró Mirar—. ¿Qué crees que opinaría él de

eso? La patrona, a la que quiere como a una hija, yaciendo con un tejedor de sueños...»

Tanara regresó a la habitación con dos tazas humeantes de tintra caliente y con especias. Danyin tomó un sorbo y sonrió.

—Ah, muchas gracias, Ma-Tahonero. Esto me viene de perlas. Hace frío fuera.

—Sí, ¿verdad? —respondió ella dirigiéndole una mirada significativa—. Sobre todo en un día demasiado gélido para estar sentado en una azotea.

—¡Madre! —La protesta de Jayim resonó a través de la entrada—. Ya te lo he dicho cien veces: me ha enseñado a protegerme del frío con magia.

Ella soltó un resoplido y sonrió a Danyin.

—Si necesitáis algo, llamadme.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Leiard se volvió hacia Danyin. El comentario de Mirar le había recordado que sabía muy poco sobre los progresos de Auraya en su misión. En pocas de sus conexiones en sueños habían tocado el tema de su trabajo en Si. Habían centrado su atención en... otras cuestiones.

—Bueno, ¿y cómo está Auraya? —preguntó.

Danyin sonrió.

—Está disfrutando enormemente su estancia allí. En cuanto a si tendrá éxito en su cometido —dijo moviendo la cabeza—, no hay ninguna garantía. Sus líderes, los portavoces, quieren que todas las tribus aprueben la alianza antes de firmar nada, y durante la primera Congregación algunas tribus se manifestaron en contra. Auraya espera que las nuevas revelaciones les hagan cambiar de idea. La amenaza de guerra es una de ellas. La otra es una feliz coincidencia. Uno de los siyís ha creado un arma que les permitirá atacar al enemigo desde el aire, lo que los convertirá en una fuerza efectiva en batalla. Celebrarán otra Congregación dentro de una semana para tomar su decisión.

«¿Cómo será esa arma?», se preguntó Leiard. La idea de que los siyís pudieran convertirse en un pueblo guerrero lo descorazonaba. Siempre lo animaba recordar que existía por lo menos una raza no violenta en el mundo.

«Un pueblo pacífico creado por Huan. Menuda ironía», farfulló Mirar.

—Me ha pedido que te visite —añadió Danyin, y apuró la taza de tintra.

Leiard sonrió.

—O sea que aún no se ha olvidado de nosotros.

—No —dijo Danyin con una risita—. Sospecho que, de no ser por su compromiso con sus responsabilidades, se instalaría en Si.

—Está embelesada —afirmó Leiard—. Les ocurre a algunos viajeros. Descubren un lugar y se enamoran de él. Les parece que allí todo se hace como es debido. Al final, acaban por ver el sitio tal como es, con sus cosas buenas y malas.

Danyin contempló a Leiard con una expresión extraña. Leiard percibió en él sorpresa y un respeto que sentía a su pesar.

—En mis primeros años como mercader, y luego como mensajero y negociador, observé el mismo fenómeno. —Danyin miró la taza vacía que sostenía entre sus manos antes de dejarla a un lado—. Debo irme a casa. Es tarde, y mi esposa me espera. —Se puso de pie—. Por favor, transmite mi gratitud por la bebida caliente.

—Así lo haré —le aseguró Leiard.

El tejedor de sueños acompañó a Danyin a la puerta principal. Cuando llegaron frente a ella, el consejero titubeó con el ceño fruncido y miró a Leiard casi de forma furtiva. Este notó un cambio repentino en el estado de ánimo del hombre. Danyin quería decir algo. Hacerle una advertencia, tal vez.

El consejero se volvió de nuevo hacia la puerta.

«Pregúntale si hay algo más», apremió Mirar.

«No —replicó Leiard—. Si pudiera decírmelo, me lo habría dicho».

«No puedes estar seguro de eso. Los dos sabemos que su familia siempre ha odiado a los tejedores de sueños. Si no se lo preguntas tú, lo haré yo».

Leiard tuvo la sensación de que se le escapaba algo, como si no hubiera atrapado a tiempo un objeto que caía y se le hubiera escurrido entre los dedos. Su boca se abrió, aunque de forma involuntaria.

—Hay algo más, ¿verdad?

Danyin se volvió hacia Leiard, sorprendido.

«¡No tan sorprendido como yo!», pensó el tejedor de sueños. Pugnó por recuperar el control sobre su cuerpo, pero como nunca antes lo había perdido,

no tenía idea de cómo hacerlo.

—Algo te inquieta —repitió Mirar sosteniendo la mirada de Danyin a través de los ojos de Leiard—. Algo importante. Una posible amenaza contra los míos.

Danyin se quedó callado y pensativo, claramente meditando lo que iba a decir y ajeno al cambio sufrido por Leiard. Lanzó un breve suspiro y levantó la vista.

—Si tu gente tiene algún motivo para temer a los pentadrianos, yo les recomendaría que se marchasen de Sennon —murmuró Danyin—. Es todo cuanto puedo decir.

Mirar asintió.

—Gracias. Por la advertencia y por la visita.

Danyin alzó los hombros.

—Habría venido antes si hubiera podido. —Inclinó la cabeza—. Buenas noches, tejedor asesor Leiard.

Cuando Leiard oyó su nombre, notó que el dominio de Mirar sobre él se debilitaba. Una vez al mando de su cuerpo, se tambaleó ligeramente a causa de la impresión. Danyin lo observaba con aire expectante.

—Buenas noches —dijo.

Leiard siguió con la vista al consejero de Auraya mientras caminaba hacia un platén cubierto y subía a él. Cuando, a una voz del cochero, el arem que tiraba del vehículo comenzó a trotar, el tejedor cerró la puerta. Apoyó la espalda contra la pared y soltó una exhalación prolongada. Tenía el corazón desbocado.

«¿Qué ha sucedido?»

Mirar no contestó.

«El eco de un recuerdo acaba de arrebatarme el control de mi cuerpo —se respondió Leiard a sí mismo—. ¿Puede volver a ocurrir? ¿Puede Mirar hacerse con el control de forma permanente? —Cayó en la cuenta de que no lo sabía—. Debo encontrar a alguien que lo sepa. Pero ¿quién? —Esbozó una sonrisa sombría—. La tejedora de sueños Arlij. Si hay alguien que pueda proporcionarme una respuesta, esa es la líder de los tejedores».

Un movimiento en la puerta lo sobresaltó, pero no era más que Tanara,

que lo miraba con preocupación.

—¿Te encuentras bien, Leiard?

Él respiró hondo.

—Sí. Estoy cansado. Me... me voy a la cama.

Ella asintió, sonriente.

—Se lo diré a Jayim. Que tengas dulces sueños.

Aunque Leiard esperaba una réplica descarada por parte de Mirar, la presencia en su mente permanecía en silencio. Al pasar junto a Tanara, se detuvo por un momento.

—Danyin me ha pedido que te dé las gracias por la bebida —le dijo.

Ella sonrió.

—Parece un hombre agradable. No encaja para nada con lo que he oído sobre la familia Lanza.

—No —convino Leiard.

—Buenas noches.

Leiard entró en su habitación, se quitó el chaleco y se acostó en su cama.

Todos los tejedores de sueños aprendían ejercicios mentales concebidos para acelerar la transición al estado onírico. Aun así, la representante de los tejedores tardó más de una hora en responder a su llamada. Él supuso que la mujer acababa de dormirse.

¿Leiard?

Sí. ¿Te acuerdas de mí?

Por supuesto. Un tejedor que guarda tantos recuerdos de Mirar no es fácil de olvidar.

No, no lo es. Empiezo a desear que no fuera así.

¿Ah, sí? ¿Por qué?

Le explicó lo que había pasado y percibió la preocupación creciente de Arlij.

¿Cuántas conexiones has realizado con tu discípulo?

Una o dos —contestó él de manera evasiva—. Es un poco pronto para realizarlas con frecuencia.

Estás evitándolo, aseveró ella, en absoluto convencida por su excusa.

Sí —reconoció él—. Las... las circunstancias me han hecho poseedor de

un secreto que no me atrevo a revelarle.

Entiendo. Entonces debes encontrar a otra persona a quien revelárselo. Alguien en quien confíes. De lo contrario, me temo que perderás tu identidad. No serás ni tú mismo, ni una manifestación de Mirar, sino una mezcla demencial de ambos.

No conozco a nadie...

Hay tejedores de sueños en Jarime. ¿Te servirá alguno de ellos?

Quizá. —Hizo una pausa—. Hay otro asunto que debería comentarte. He hablado con Danyin Lanza esta tarde. Me ha advertido que es posible que los tejedores que viven en Sennon no estén a salvo.

Se refiere a la alianza entre Sennon y los pentadrianos.

¡Ah!

Sí. No tenemos nada que temer de los pentadrianos. Siempre han tratado bien a los tejedores de sueños. Cuando hables de nuevo con ese consejero, pídele que les recuerde a los Blancos que los tejedores no tomamos partido durante las guerras. Si estalla un conflicto, atenderemos a los heridos de todas las naciones, como hemos hecho siempre.

Así lo haré. ¿Habrá una guerra?

Cuanto más averiguo sobre los pentadrianos, más crece mi temor de que la contienda sea inevitable. —Tras un breve silencio, añadió—: ¿Qué sabes de ellos?

No tengo recuerdos de conexión sobre el tema —respondió Leiard—. Lo que sé se basa en comentarios de Auraya y en los rumores que circulan por Jarime. ¿Son reales sus dioses?

Nadie lo sabe. Los circulianos dan por sentado que no, desde luego. Aunque tengan razón, esto solo hace a los pentadrianos un poco menos peligrosos.

Un poco es mejor que nada.

Sí. Debo dejarte ahora. Tengo que ponerme en contacto con otros tejedores. Cuídate, Leiard. Piensa en lo que te he dicho.

La conexión finalizó cuando ella desvió su mente. Leiard quedó flotando en la nada, consciente de que el consejo de Arlij era sensato, pero temeroso de las consecuencias. Si permitía que otro tejedor de sueños se enterase de su

secreto, el siguiente con el que este se conectara descubriría la verdad. Al poco tiempo, todos los tejedores estarían al corriente...

¿Leiard?

El corazón le dio un vuelco cuando reconoció la voz mental de Auraya, y él proyectó sus sentidos ansiosamente para reunirse con ella.

«Lo que hemos hecho no tiene vuelta atrás —se dijo—, así que más vale que lo disfrutemos mientras podamos».

Cuando Emerahl regresó a su habitación, a gusto y relajada tras un baño de una hora en agua caliente, reflexionó sobre cómo había mejorado su situación. Aunque seguía siendo una ramera, al menos estaba bien alimentada y tenía clientes de mejor calidad que antes. Ganaba más dinero, pero Rozea se empeñaba en retener la mayor parte a crédito.

Si bien ya había ejercido de prostituta durante dos épocas en su larga vida, no era algo que le resultara especialmente placentero. Al recordar la primera ocasión, más de quinientos años atrás, hizo una mueca. Tres hechiceros poderosos la habían perseguido por toda Ithania, decididos a arrancarle el secreto de la inmortalidad, pese a que eran demasiado débiles para alcanzarla. Aunque por separado no eran rivales para ella, juntos constituían un enemigo temible. Desesperada, ella había transformado su aspecto y asumido un papel que ellos la consideraban demasiado orgullosa para soportar.

Tenían razón. Le dolía el orgullo cada vez que la tocaba un cliente. ¿Cómo podía ella, una inmortal, rebajarse a vender su cuerpo a hombres que solo la veían como una distracción momentánea?

Los tres hechiceros acabaron peleándose entre sí, y uno de ellos mató a los otros dos. Ella tardó dos años en enterarse; dos años de una humillación que se había impuesto a sí misma, sin necesidad. «¿Qué otra cosa podía hacer? A la gente de la calle no le interesan los hechiceros extranjeros. Las noticias de ese tipo se propagan despacio».

Suspiró. Muchos suponían que, por el mero hecho de ser inmortal, sabía muchas cosas. Esperaban que fuera capaz de describir acontecimientos

históricos trascendentales como si los hubiera presenciado. Casi siempre había llevado una existencia reservada, lejos de los juegos de poder y de quienes los practicaban.

Era la manera en que prefería vivir. La fama y el poder habían perdido su atractivo para ella después de sus primeros cien años de vida. La segunda vez que había recurrido a la prostitución, lo había hecho para huir de ambas cosas. Se había establecido en una aldea apartada para dedicarse a sanar a sus habitantes, como era su costumbre. Lo que había empezado como un goteo de visitantes que acudían a ver a la hechicera sanadora se había convertido en un torrente humano, y la aldea pronto se había enriquecido. Al principio, Emerahl se sentía halagada y consideraba que de aquel modo hacía el bien a un mayor número de personas. Ella alegaba siempre que no era más que una vieja arpía, lo que le había valido un apodo afectuoso: la Arpía.

Un puñado de personas se había ofrecido a organizar el alojamiento de los visitantes. Poco tiempo después, sacaban todo el dinero que podían a los enfermos. Harta de su codicia y fanatismo, Emerahl se había escabullido de allí. Había infravalorado su celebridad. Incluso en los lugares más retirados, la gente había oído hablar de la Arpía. Sus seguidores permanecían siempre ojo avizor y, cuando alguien la reconocía, la noticia se difundía rápidamente.

Lo que la había atraído de la prostitución la segunda vez había sido el anonimato del oficio, pero no lo había desempeñado durante mucho tiempo. Mirar la había encontrado. Emerahl sonrió al recordar la popularidad de la que él gozaba entre las chicas y lo sorprendido que se había mostrado al toparse con ella. Aunque entendía por qué se había aislado de la humanidad de aquella manera, le había insistido en que no era bueno para ella. Se la había llevado al Soto mucho antes de que lo colonizaran los siyís. Habían sido amantes y amigos, pero ella nunca había perdido la cabeza por él...

—Jade —dijo una voz ronca.

Alzó la vista. Había dos mujeres de pie al final del pasillo. Una de ellas era Hoja, una simpática señora de mediana edad que dirigía el burdel en nombre de Rozea y que le había mostrado el local a Emerahl cuando había llegado. La otra era Luz de Luna, la favorita del prostíbulo, una belleza curvilínea de cabello negro, tez pálida y ojos de color violeta claro. Esos ojos

estaban recorriendo de arriba abajo el cuerpo de Emerahl, y su fina nariz estaba arrugada en señal de desagrado.

—Panilo acaba de llegar —dijo Hoja cuando Emerahl llegó junto a ellas —. Pregunta por ti.

Luz de Luna arqueó las cejas.

—Así que esta es la buscona callejera de la que se encaprichó Panilo. —Clavó la mirada en Emerahl—. No te encariñes demasiado con él. Nunca dedica su atención a la misma chica durante demasiado tiempo. —La mujer destilaba amargura.

—¿Lo dices por experiencia? —preguntó Emerahl con delicadeza.

Los ojos de Luz de Luna relampaguearon de ira.

—La amabilidad de Panilo es la única parte de mis primeros años que tengo en común contigo.

Emerahl sonrió, divertida ante la facilidad con que se había ofendido la joven.

—Dudo que tus primeros años se parecieran en nada a los míos —repuso —. Disculpadme, pero... —Hizo una pausa. Sus sentidos le indicaban algo más acerca de aquella mujer. Los centró en su vientre. Algo se movía en su interior—. Tengo que atender a un cliente —completó la frase.

Dio media vuelta y se encaminó a su habitación con grandes zancadas. Antes de cruzar la puerta, se detuvo un instante para mirar atrás. Luz de Luna se había inclinado hacia Hoja para susurrarle algo al oído. Tenía una mano colocada con suavidad sobre el abdomen y el rostro tenso de preocupación.

«Así que está embarazada —pensó Emerahl—. Podría aprovecharme de eso para ganarme su confianza o para minar su posición si me causa problemas. —Movié la cabeza—. Será mejor que la ignore. No me interesa llamar mucho la atención».

Cuando entró en su dormitorio, se encontró con que sus dos compañeras de habitación estaban despiertas.

—Fíjate, Jade. Ha subido la Marea —dijo Marca señalando a la otra mujer.

Marea puso cara de exasperación ante la broma.

—¿Cuándo dejarás de decir eso? Ya no hace gracia.

Con una risita, Emerahl pasó de lado junto a las camas hacia una hilera de sayos largos y femeninos colgados de unas perchas al fondo de la habitación. Descolgó un sayo verde nuevo, hecho de una tela inventada en el último siglo y que brillaba como el metal bruñido aunque tenía un tacto deliciosamente suave.

—¿Ha vuelto Panilo? —preguntó Marea.

—Sí.

Marca puso mala cara y se dejó caer sobre la cama, desparramando su cabello rubio y lustroso sobre la almohada.

—He oído que es agradable, pero siempre viene demasiado temprano para mi gusto.

Emerahl se quitó su bata de baño y se enfundó el sayo.

—Como yo no acostumbro a dormir todo el día ni me paso la noche despierta, no tengo inconveniente.

Marea se acercó para quitarle un hilo suelto del sayo.

—Cuídalo lo mejor que puedas —le aconsejó—. No solo es agradable, sino también rico.

—Haré lo posible. —Se dirigió hacia la puerta y se paró para volverse hacia ellas—. ¿Qué tal me queda el pelo?

—Divino —respondió Marca—. Date prisa, Jade, antes de que él se fije en alguna otra chica.

Emerahl esbozó una sonrisa y se alejó a paso veloz por el pasillo. Tras recorrer una ruta con varios giros, escaleras y puertas, entró en una sala común espaciosa y lujosamente decorada. El techo alto y los exquisitos adornos de las paredes y columnas conferían a la estancia un aire de respetabilidad formal. A través de una claraboya se vislumbraba el cielo azul, que se reflejaba en el estanque de abajo. Varios cuadros mostraban a hombres y mujeres entregados al acto sexual. Aunque ella apenas había tenido tiempo para examinarlos, en cada visita veía de pasada las escenas intrigantes, entre ellas algunas que parecían poco verosímiles.

Panilo alzó la vista hacia ella en cuanto entró, y se puso de pie al instante, sonriendo.

—Emmea.

—Jade —lo corrigió ella poniéndole un dedo sobre los labios.

—De acuerdo, Jade —dijo él—. Me gustaba más Emmea.

Ella echó un vistazo a los otros dos hombres que había en la habitación. Uno de ellos estaba repantigado en un banco, con la actitud de quien está a la expectativa. Un grupo de chicas revoloteaba en torno al otro, coqueteando como todas unas expertas. Los dos hombres se habían quedado inmóviles, contemplándola.

Su admiración indisimulada provocó que un escalofrío tanto de placer como de nerviosismo le bajara por la espalda. «Tal vez debería ir un poco más desaliñada —pensó—. Me convendría pasar más inadvertida».

—No dejes que te intimiden —murmuró Panilo—. Ese de ahí, Galero, no podría permitirse tus servicios, y Yarro solo quiere a las mejores de la casa, categoría que, por fortuna para mí, aún no has alcanzado.

Ella le sonrió, agradecida por el cumplido y preguntándose cuánto le cobraba Rozea.

—Vámonos de aquí. Quiero tenerte para mí sola.

Lo guió de la mano por una puerta hacia un conjunto de habitaciones. Hoja le había indicado que utilizara una de las alcobas lujosas cuando estuviera con Panilo, y un cuarto más pequeño y modesto cuando recibiera a otros clientes. Esto llevaba a Emerahl a preguntarse cuán elevada era la posición que ocupaba Panilo en la sociedad torenia.

—¿Un baño? —inquirió. Cada una de las habitaciones de lujo disponía de bañera.

Él negó con la cabeza.

—Luego. —Alargó las manos hacia ella y deslizó sus dedos por su cabello. Sus ojos escudriñaron su rostro—. Eres muy hermosa, Emmea. Me alegra que Rozea te trajera aquí, aunque ahora me cuestes el doble que antes.

Con una sonrisa, ella lo atrajo hacia la cama.

—Yo también me alegro. Es mucho más cómodo que el asiento de madera de un platén. Aquí puedo tomarme mi tiempo... —Comenzó a desatarse los lazos de su sayo con lentitud exagerada.

Él rió entre dientes.

—No te tomes demasiado —dijo extendiendo los brazos para ayudarla—.

Tengo que asistir a otra reunión.

«¿Otra reunión?» Emerahl refrenó su curiosidad, intentando concentrarse en su trabajo. El comentario de Panilo resonaba en su mente. La había visitado casi todas las noches desde que ella había llegado al burdel, y en todas las ocasiones había mencionado una reunión. Cada vez estaba más segura de que se cocía algo importante en la ciudad..., algo de lo que solo los nobles de alto rango y las prostitutas que los atendían estaban al corriente. Al ejercitar a todas horas sus facultades de lectura mental tanto con los clientes como con sus compañeras, había recuperado su habilidad para captar emociones. Los sentimientos predominantes que había percibido por el prostíbulo eran la ansiedad y la expectación.

No le cabía duda de que Panilo sabía lo que ocurría, y había llegado el momento de que se lo explicara.

Más tarde, mientras él se relajaba en la bañera, Emerahl cavilaba sobre cuál sería la mejor manera de sonsacarle esa información. Él no era muy aficionado a los rodeos. Prefería la franqueza a las artimañas. Quizá bastaría con formularle una pregunta directa.

—Oye, ¿por qué está la ciudad tan revolucionada? —preguntó fingiendo despreocupación.

Panilo la miró consternado, y ella se disponía a disculparse, cuando él la acalló con un gesto.

—No me ofende tu pregunta, pero... —Suspiró—. No es un tema agradable. Esta semana... —De pronto, se le veía cansado.

—Lo siento —murmuró Emerahl—. Te he estropeado la noche recordándote cosas que te preocupan. Espera. —Se colocó detrás de él y se puso a masajearle los hombros.

—No me has estropeado la noche —replicó él—. Eso sucederá cuando me despida de ti. —Tras una pausa, hizo un gesto de resignación—. Supongo que te enterarías tarde o temprano. ¿Prometes no hablar de esto con nadie?

—Por supuesto..., pero no me lo cuentes si no quieres —le dijo ella.

—Sí que quiero. Tengo que contárselo a alguien, y mi esposa no es de esas mujeres a las que se les da bien escuchar.

«Conque esposa, ¿eh?»

—Entonces tengo que advertirte de una cosa.

—¿De qué? —preguntó él con brusquedad.

—Creo que la mitad de las chicas de este lugar han jurado guardar el mismo secreto.

Él soltó una carcajada.

—No lo dudo. —Emitió un murmullo de placer—. Sienta de maravilla, eso que haces. —Calló durante largo rato, hasta que ella notó que tensaba los músculos de los hombros—. Los Blancos nos han pedido que preparemos nuestro ejército para una guerra —declaró.

—¿Una guerra? —La invadió una mezcla de desasosiego y esperanza. Las guerras traían consigo riesgos, pero también oportunidades. Quizá esta le brindaría la ocasión de huir de la ciudad—. ¿Contra quién?

—Los pentadrianos.

Emerahl guardó silencio. A Panilo le había asombrado que ella no supiera quiénes eran los Blancos. ¿Debía reconocer que también lo ignoraba todo sobre esos pentadrianos?

—Estás preguntándote quiénes son, ¿verdad? —dijo él—. Pues no puedo decírtelo con exactitud. Lo único que sé es que son una secta con sede en el continente del sur. Han conseguido persuadir a Sennon de que se alíe con ellos.

—¿Planean invadir Toren? —inquirió ella.

—Planean invadir toda Ithania del Norte, para deshacerse de todos los circulianos. Detestan a los circulianos.

—¿Por qué?

—No lo sé. No creo que nadie lo sepa.

«Se me ocurren un par de razones —pensó Emerahl—. Han dado a muchos de los supuestos “paganos” motivos para odiarlos. Quién sabe qué les han hecho a esos pentadrianos».

—Así que, por lo que parece, partiré hacia el frente dentro de unas semanas —prosiguió Panilo—. Me pondrán al mando de una unidad. ¿Qué sabré yo sobre la guerra? Nada.

«Todo lo que cualquiera debería saber —se dijo ella con tristeza—. Pobre Panilo. Por lo visto, mi mejor cliente pasará una temporada lejos de aquí..., y

tal vez nunca regrese».

—Seguramente no tendrás que hacer nada más que comunicar órdenes a tus hombres —comentó Emerahl en tono tranquilizador—. El rey tomará todas las decisiones por Toren.

Panilo asintió.

—Y él obedecerá las indicaciones de los Blancos.

«Los Blancos, por supuesto. Todos los sacerdotes serán llamados a filas. Suspenderán la vigilancia sobre las puertas. Tendré vía libre para abandonar la ciudad. Dentro de solo unas semanas».

Panilo se puso derecho.

—¿Cómo podemos fracasar si tenemos a los dioses de nuestra parte? Al fin y al cabo, esos pentadrianos no son más que paganos.

—Es cierto. —Ella sonrió, se reclinó contra la espalda de él y lo abrazó por el pecho—. Cuando vuelvas, podrás contármelo todo.

26

Desde que había llevado a cabo la demostración de su arnés, Tryss se despertaba temprano. Unas veces se levantaba sin hacer ruido y se escabullía de casa para cazar; otras, se quedaba en la cama, atento a los sonidos que hacía su familia al iniciar su rutina diaria. Hoy había decidido quedarse acostado. Había trasnochado, y no tenía ganas más que de dormir.

Dejó vagar sus pensamientos hacia las conversaciones de la noche anterior. Sreil, el hijo de la portavoz Sirri, le había dicho que los jóvenes de otras tribus estaban ansiosos por probar su invento, pero sus portavoces les habían ordenado que dejaran en paz a Tryss. Querían asegurarse de que nadie se llevara la impresión de que había favoritismos hacia algunas tribus. La portavoz Sirri había propuesto que cada una de ellas eligiera a un hombre para formar el primer grupo que sería adiestrado por Tryss. Ellos, a su vez, enseñarían lo que hubiesen aprendido a sus tribus respectivas.

Tryss no estaba muy seguro de que fuera una buena idea. Desde luego no era la manera más rápida de enseñar el uso del arnés, y tal vez tampoco la más fiable. Si uno de los hombres entendía mal una de sus lecciones, los errores podían transmitirse de boca en boca.

De todos modos, nada sucedería hasta que se firmara el tratado con los Blancos. La noche anterior, los siyís habían celebrado una segunda Congregación. Esta vez, todas las tribus se habían mostrado favorables a una alianza con los Blancos. El ambiente general había sido más lúgubre que

festivo. Si bien la mayoría de los siyís estaban satisfechos con la decisión, era evidente que algunos se habían sentido obligados a elegir entre los Blancos y el enemigo de los Blancos para salvarse de los colonos, como si la sacerdotisa fuera la responsable de la situación de los siyís.

«No lo es —había concluido Tryss—. Los Blancos son tan culpables de tener un enemigo como los siyís de que unos invasores nos arrebaten las tierras». Le parecía apropiado que los Blancos y los siyís pudieran ayudarse mutuamente.

Un sonido leve atrajo su atención. Aguzó el oído y decidió que seguramente se trataba de su madre, que debía de estar en la sala principal, preparando el desayuno.

«Podría ir a echarle una mano —pensó—. Dudo que vuelva a dormirme».

Balanceó las piernas para levantarse de la cama y se lavó antes de vestirse. Cuando salió a la sala principal, sonrió de oreja a oreja a su madre, que había alzado la vista hacia él. Ella le devolvió la sonrisa y se concentró de nuevo en un cuenco de piedra.

—Te has levantado tarde.

Él se encogió de hombros.

—Ha sido una noche larga.

—Te vi hablando con Sreil —comentó ella con aprobación—. Es un chico listo.

—Sí.

El agua del cuenco comenzó a despedir vapor y luego a burbujear. Ella añadió harina de nueces y frutos secos, y el líquido dejó de borbollar. Tryss observó a su madre, que mantuvo los ojos fijos en las gachas hasta que rompieron a hervir otra vez. «Si los siyís estuviéramos más dotados, quizá no necesitaríamos el arnés», pensó. La mayoría de los siyís era capaz de calentar cosas, como estaba haciendo su madre, pero de poco más. Por lo que había oído, casi todos los pisatierra poseían también pequeños dones mágicos.

—Últimamente no he visto mucho a Ziss ni a Trinn.

—Yo tampoco —convino él—. Gracias a Huan.

Ella lo miró de reojo.

—No deberías dejar que esa broma sin importancia que te gastaron

estropee vuestra amistad.

—No fue una broma sin importancia —replicó él—. Y nunca han sido amigos míos.

Ella arqueó una ceja.

—Ten cuidado con tu actitud hacia ellos. Vas a convertirte en el centro de atención, y te tendrán envidia por ello. Siempre es mejor no hacer enemigos entre tus...

—¿Hola? ¿Hay alguien despierto?

Estas palabras, pronunciadas por lo bajo, procedían del otro lado de la colgadura de la entrada. Tryss reconoció la voz de la portavoz Sirri e intercambió una mirada con su madre.

—Sí. Adelante, portavoz Sirri —respondió su madre.

La mujer mayor apartó la colgadura y entró. Dirigió una inclinación respetuosa de la cabeza a la madre de Tryss y le sonrió a él.

—Los portavoces nos reuniremos esta mañana para ser testigos de la firma de la alianza. Me gustaría que Tryss se encontrara presente.

Su madre enarcó las cejas.

—¿De veras? Bueno, no veo inconveniente en que vaya. ¿Le queda tiempo para desayunar?

Sirri se encogió de hombros.

—Sí, si no tarda mucho.

—¿Y tú?

La mujer mayor parpadeó, sorprendida.

—¿Yo?

—¿Te apetece un poco de papilla de nueces?

Sirri posó los ojos en el cuenco.

—Bueno, si no es molestia...

La madre de Tryss sonrió y sirvió gachas humeantes en cuatro tazones con una cuchara. Sirri se sentó a comer. A juzgar por la expresión de alivio de la portavoz, Tryss supuso que esa mañana no había tenido un momento para desayunar. La cortina que separaba la sala de la habitación de sus padres se abrió, y su padre apareció, con el pelo apuntando en todas direcciones. Miró a Sirri con extrañeza.

—Portavoz —dijo.

—Tiss —contestó ella.

—¿Ese olor es del desayuno? —preguntó dirigiéndose a la madre de Tryss.

—Así es —respondió ella alargándole un tazón.

—Debéis de estar muy orgullosos de Tryss —dijo Sirri.

Tryss sintió que el corazón se le henchía de satisfacción al ver que sus padres asentían.

—Siempre ha sido un muchacho inteligente —aseveró su madre—. Creía que se desenvolvería bien, tal vez como constructor de enramadas o forjador de flechas, pero nunca imaginé que contribuiría a introducir tantos cambios en el estilo de vida de nuestro pueblo.

—No podíamos seguir como estábamos —agregó su padre—. Mi abuelo decía que la capacidad de aceptar el cambio y adaptarse a él era la mayor virtud de los siyís.

—Tu abuelo era un hombre sabio —observó Sirri.

La madre de Tryss asintió en señal de conformidad y volvió la vista hacia su hijo.

—Solo temo lo que toda madre teme: que tengamos que pagar un precio terrible por esos cambios.

Sirri torció el gesto.

—Conozco bien ese miedo. Si entramos en guerra en apoyo de los Blancos, como sospecho, dudo que pueda retener aquí a Sreil. Tampoco debo hacerlo. Será una época difícil.

Los padres de Tryss asintieron de nuevo. Comieron todos en silencio, hasta que Sirri deslizó su tazón vacío a un lado y miró a Tryss.

—Los cambios llegan solos, pero las alianzas no se firman sin la presencia de la portavoz jefe. Debemos irnos. Gracias por el desayuno, Trili. Ha sido todo un detalle.

La madre de Tryss recogió los tazones vacíos y acompañó a Tryss y a Sirri hasta la puerta. Cuando estos salieron a la luz del sol, él vislumbró un movimiento en la enramada de al lado. El corazón le dio un vuelco cuando Drili apareció. Ella sonrió al verlo, pero su sonrisa se desvaneció en cuanto su

padre cruzó la puerta. Tras lanzar una mirada de advertencia a Tryss, se alejó dando grandes zancadas, seguido por Drili.

Tryss suspiró y se volvió para descubrir que Sirri lo observaba.

—Tus vecinos pasan últimamente mucho tiempo con los representantes de la tribu del río Bifurcado. No le había dado mayor importancia hasta que me he acordado de que una familia de su propia tribu se había instalado con los del río Bifurcado. Sospecho que Zyll pretende convencer a su hija de que se case con un miembro de esa familia del río Serpiente. Tiene mucho interés en evitar que la tribu del río Serpiente sea absorbida por otras tribus.

Tryss sintió que se le marchitaba el corazón. Cuando Sirri lo miró, él se encogió de hombros, temeroso de que si hablaba su voz delatará sus sentimientos.

—Naturalmente, no puede forzarla a casarse con él si ella ya se ha prometido con otro. —Movié la cabeza—. Esa ley siempre me ha parecido absurda. Obliga a los jóvenes a elegir a su futuro cónyuge demasiado pronto. Tampoco me gusta la idea de que los padres entreguen a sus hijas en matrimonio a jóvenes a los que apenas conocen.

Posó la vista en Tryss.

—Vamos. —Arrancaron a correr juntos, saltaron y extendieron los brazos hacia los lados. Cuando el viento hinchó las alas de Sirri y ella salió despedida hacia arriba, Tryss la siguió. Mientras volaban hacia lo alto del Claro, él no dejaba de dar vueltas en su cabeza a las palabras de la portavoz.

«... no puede forzarla a casarse con él si ella ya se ha prometido con otro».

¿Era consciente de que Drili se juntaba mucho con él hasta que el padre de ella había intervenido? Era evidente que no aprobaba lo que estaba haciendo Zyll. ¿Le estaba sugiriendo que Drili y él se prometieran en matrimonio?

Quizá fuera la única manera de volver a verla.

Pero casarse... Era algo más propio de adultos. Él tendría que abandonar la enramada de sus padres. La tribu construiría una para los dos. Intentó imaginar cómo sería la vida en común con Drili.

Sonrió. Sería agradable. Tendrían su propia enramada. Tiempo para pasar

juntos. Intimidad.

¿Era ella la chica adecuada para él? Pensó en las otras muchachas que conocía. A las de su tribu, con las que había crecido, casi las consideraba miembros de la familia. Algunas eran simpáticas, pero no se parecían en nada a Drili. Ella era... especial.

Sirri, que volaba por delante de él, aterrizó y se detuvo a esperarlo. Él se dejó caer a su lado y la siguió por uno de los senderos que conducían a la Enramada de los Portavoces. Los pensamientos sobre Drili se esfumaron de su mente cuando cobró conciencia de que estaba a punto de participar en un acto que probablemente pasaría a la historia de los siyís.

—¿Qué... qué tengo que hacer? —preguntó.

—Nada. Tú siéntate al fondo y quédate callado a menos que alguien te dirija la palabra —le indicó Sirri.

De pronto, él notó que tenía la boca seca y un hormigueo desconcertante en el estómago. Sirri se dirigió hacia la entrada con paso resuelto y empujó la colgadura a un lado. Cuando pasó al interior, Tryss tragó saliva y la siguió.

La estancia estaba atestada de siyís. Todos habían alzado la vista hacia Sirri cuando había entrado, y ahora lo observaban a él con interés. La sacerdotisa se encontraba presente, y sus dimensiones parecían aún más grandes en aquel espacio reducido. Tras mirarlo a los ojos, ella sonrió, y Tryss sintió que la sangre le afluía a las mejillas.

Sirri se acercó a un taburete desocupado y tomó asiento, mientras Tryss echaba un vistazo alrededor. No había más taburetes. Se sentó en el suelo, desde donde alcanzaba a ver a Sirri entre otros dos portavoces.

—Anoche, cada una de las tribus deliberó de nuevo sobre la propuesta de los Blancos de sellar una alianza —anunció Sirri—. Anoche, todas las tribus tomaron una decisión, que fue unánime. Nosotros, los siyís, firmaremos ese pacto con los Blancos. Seremos aliados de los circulianos.

»Discutimos hasta bien entrada la noche cuáles debían ser las palabras exactas de nuestro compromiso. —Se volvió hacia Auraya—. Esta mañana, Auraya la Blanca ha transcrito estas palabras en pergamino, tanto en la lengua de los Si como en la de Hania. Todos hemos examinado ambos documentos.

La sacerdotisa Blanca sostuvo en alto dos rollos de pergamino. Tryss advirtió que los cilindros de madera a los que estaba adherido el pergamino llevaban grabados motivos siyís.

—Solo falta que cada uno de nosotros lo firme en nombre de nuestras tribus respectivas.

Llevó las manos detrás de su taburete y levantó una tabla plana. En un hueco de esta había un recipiente con pintura negra, y en otro, un pincel. Sirri depositó la tabla sobre sus rodillas.

La sacerdotisa Blanca sujetó los rollos ante sí y cerró los ojos.

—Chaia, Huan, Lore, Yranna, Saru. Hoy vuestro sueño de ver a Ithania del Norte unida en paz está más cerca de hacerse realidad. Sabed que los siyís, el pueblo creado por Huan, ha decidido aliarse con los Blancos, las personas que elegisteis para que os representaran en este mundo. Damos este paso con alegría y grandes esperanzas de cara al futuro.

A Tryss se le erizó el vello. No tuvo tiempo de extrañarse por esto, pues Auraya abrió los ojos y entregó a Sirri uno de los pergaminos. La portavoz lo desenrolló, cogió el pincel y lo mojó en la pintura.

Mientras la punta del pincel se deslizaba sobre el pergamino, el silencio se impuso en la Enramada. Un escalofrío le bajó a Tryss por la espalda. Vio que Sirri trazaba su nombre y el símbolo de su tribu en el segundo pergamino antes de tenderle la tabla al portavoz siguiente.

Tryss cayó en la cuenta de que no estaba presenciando un rito pulido por siglos de repetición. Los siyís no tenían una ceremonia para un acontecimiento como aquel; nunca antes habían firmado una alianza. Era un rito nuevo, realizado por primera vez ese día.

El silencio se prolongó mientras el rollo pasaba de manos de un portavoz a otro. La sacerdotisa Blanca lo observaba todo pacientemente. Tryss reparó en que de vez en cuando ella adoptaba una mirada distante, como si escuchara algo que él no alcanzaba a oír. En cierto momento, esbozó una sonrisa, pero él no vio en la habitación cosa alguna que pudiera hacerle gracia.

Finalmente, devolvieron los pergaminos a la sacerdotisa. Ella los firmó despacio, pues saltaba a la vista que no estaba acostumbrada a escribir con

pincel. Cuando terminó, entregó a Sirri la tabla y uno de los rollos. La portavoz dejó la tabla a un lado, pero no soltó el pergamino.

—El día de hoy, nuestros pueblos han unido las manos y los corazones en un gesto de amistad y apoyo —dijo Sirri—. Que todos los siyís, y nuestros descendientes, cumplan con esta alianza. —Miró a Auraya.

—El día de hoy, los Blancos hemos ganado un aliado que valoraremos por toda la eternidad —respondió Auraya—. En conformidad con el acuerdo que hemos establecido, nuestra primera medida será hacer efectivo el regreso de los colonos torenios a su país. Nos llevará tiempo si queremos conseguirlo sin derramamiento de sangre, pero tenemos la determinación de llevarlo a cabo en un plazo de dos años.

Sonrisas de triunfo aparecieron en los rostros de los portavoces al oír esto. El ambiente de formalidad se rompió cuando uno de ellos le preguntó cómo lo lograrían sin dar al traste con sus perspectivas de comerciar con Toren. Los portavoces comenzaron a hablar entre sí, y algunos se levantaron y se situaron junto a Sirri para inspeccionar el pergamino.

Tryss lo observaba todo en silencio, pero al poco rato un portavoz dirigió su atención hacia él. Cuando el anciano empezó a interrogarlo sobre su arnés, otros se unieron a él, y pronto Tryss se vio incapaz de responder a aquel alud de preguntas. Se sentía abrumado.

—Compañeros portavoces, tened piedad del pobre muchacho. —La voz de Sirri se elevó por encima del barullo. Ella se abrió paso hacia el interior del círculo de hombres y mujeres que rodeaban a Tryss—. Lo que todos queréis saber es cuándo recibirá su propio arnés cada una de vuestras tribus, y cuándo se les proporcionará entrenamiento para usarlo. —Posó los ojos en el chico—. ¿Tú qué crees, Tryss?

Tras echar una ojeada a los portavoces, él respiró hondo y reflexionó.

—Primero hay que fabricar los arneses. Puedo explicar a dos miembros de cada tribu cómo se hacen, para que uno corrija al otro si comete algún error. Empezaré a enseñárselo en cuanto lleguen.

—¿Qué os parece? —Sirri se volvió hacia los portavoces.

Los hombres y mujeres asintieron.

—Bien. —Sirri dio unas palmaditas a Tryss en el hombro—. Ahora,

dinos qué deben traer.

Conforme Tryss enumeraba los utensilios y materiales que había empleado para elaborar su arnés, una sensación de asombro crecía en su interior. Lo había conseguido. Los había convencido, gracias a Sirri. Ella lo había escuchado cuando él quería realizar una demostración del arnés. Había visto las posibilidades de su invento. Le había brindado una oportunidad. Al mirar a la portavoz, una oleada de gratitud lo recorrió. Ella incluso le había mostrado su comprensión respecto a lo que sentía por Drili... y le había sugerido una solución para que ambos volviesen a estar juntos.

Le debía mucho. Esperaba que algún día se le presentara la ocasión de corresponder a su bondad. Por el momento, lo mejor que podía hacer era entrenar a los otros siyís para la caza y el combate.

Sin embargo, ahora que pensaba en ello, nunca había utilizado el arnés en batalla. Solo su imaginación le decía que sería un arma eficaz.

«Aún no he alcanzado mi objetivo —se dijo—. Incluso a mí me queda mucho por aprender».

Desde que se había enterado de que había volado justo por encima de la hechicera pentadriana semanas atrás, Auraya se fijaba más en el bosque cuando surcaba el cielo. Por fortuna, no había visto a ningún pisatierra vestido de negro; solo una fauna abundante e innumerables árboles.

La hechicera se había marchado hacía tiempo, o al menos eso creían los siyís. Ella alzó la mirada hacia las montañas. Grandes torres de roca y nieve se elevaban alrededor. El bosque se aferraba a sus empinadas laderas. En los valles y barrancos de abajo, relucientes hilos de agua serpenteaban hacia el mar.

«Majestuoso», pensó ella.

Se sentía exultante. Más liviana que el aire. No solo por su don especial; era un estado de ánimo que se había apoderado de ella desde que había llegado allí y había alcanzado su punto culminante esa mañana, cuando su propósito de unir a los siyís y a los Blancos había cristalizado por fin.

Y eso no era todo. Por la noche había tenido sueños en que aparecía

Leiard, tan llenos de amor y pasión que ella no quería despertar. Aunque anhelaba regresar a Jarime, a veces se preguntaba si la realidad le resultaría decepcionante en comparación con aquellos sueños compartidos.

«No, será mejor», se dijo.

Sirri cambió ligeramente de dirección, por lo que Auraya modificó su curso para seguirla. La portavoz había ganado altura de manera gradual durante la última hora, y el aire se había tornado gélido. Auraya tenía que invocar magia una y otra vez para protegerse del frío. A la siyí no parecían afectarle las bajas temperaturas.

Llevaban casi todo el día volando, y el sol descendía hacia el horizonte. Al mirar al frente, Auraya vio que se acercaban hacia una cumbre un poco más baja que las demás. Había leído indicios sobre su destino en la mente de la mujer, por lo que sabía que se dirigían hacia aquella cima y que encontrarían un templo allí.

Enterarse de que los siyís tenían un templo propio había despertado la curiosidad de Auraya. Aunque adoraban a Huan, no eran auténticos circulianos. No seguían, ni conocían siquiera, los rituales y tradiciones que los pisatierra habían inventado para rendir culto a las cinco deidades.

Ella había manifestado su deseo de visitar el templo, pero la ley de Si prohibía que nadie se aproximara al sitio a menos que la diosa lo hubiera invitado o que fuera en compañía de un velador, lo más parecido a un sacerdote que había entre los siyís. Aquella mañana, Sirri le había comunicado que había sido invitada. Desde entonces, Auraya sentía un cosquilleo de emoción en el estómago. ¿Significaba eso que por fin hablarían con ella?

«En ese caso, ¿por qué no se han puesto en contacto conmigo directamente? ¿Por qué me han hecho llegar esta invitación por medio de terceros? —se preguntó Auraya, no por primera vez—. Tal vez porque quieren que los siyís sean conscientes de ello. Si los dioses simplemente me hubieran hablado en mi mente, los siyís no lo sabrían y tendrían que fiarse de mi palabra. Por otro lado, si los dioses se aparecieran en presencia de los siyís, este lugar perdería parte de su carácter sagrado, pues es adonde ellos acuden para estar en comunión con Huan».

Conforme se aproximaban a la cúspide, Auraya comenzó a distinguir más detalles. La parte más alta tenía una forma extraña: cilíndrica, con la punta redondeada. Al ver una rendija de cielo dentro de ella, cayó en la cuenta de que estaba hueca. De pronto, lo que había vislumbrado en la mente de Sirri cobró sentido. Un pequeño templo había sido excavado en la cumbre de roca.

Se preguntó cómo lo habían construido. La base circular estaba rodeada de pendientes casi verticales. Tal vez habían abierto el hueco primero y luego habían tallado la estructura poco a poco desde dentro. Sin embargo, solo los siyís habrían podido alcanzar un lugar tan elevado e inaccesible. Ella no tenía noticia de que los canteros siyís fueran tan hábiles. Cuando se hallaban más cerca, descubrió que se trataba de una estructura sencilla y sin adornos. Las proporciones eran impecables, y la superficie estaba tan pulida que brillaba.

Sirri batió las alas para ascender un poco más y luego las inclinó de tal modo que aterrizó con elegancia entre dos columnas. Auraya abandonó todo intento de fingir que estaba sujeta a las fuerzas del viento y la atracción de la tierra. Se enderezó y se detuvo, flotando en el aire, antes de desplazarse hacia delante hasta que sus pies se posaron en el centro del suelo del templo.

Solo entonces cayó en la cuenta de que el templo se ajustaba a las dimensiones de los pisatierra. No tenía que agachar la cabeza para evitar golpearse contra el techo.

—Este es el templo —dijo Sirri en voz baja—. Siempre ha estado aquí. Según nuestras crónicas, ya existía mucho antes de que los siyís fuéramos creados.

—¿No lo edificaron los siyís?

Sirri meneó la cabeza.

—No.

—Entonces ¿quién?

—Nadie lo sabe. Huan, quizá.

Auraya asintió, aunque seguía perpleja. Los dioses solo podían influir en este mundo a través de los humanos, y únicamente si contaban con su consentimiento, por lo que al menos una persona había tenido que participar en la construcción. Tal vez Huan había otorgado a un cantero la facultad de volar para crear aquel templo.

—Es un lugar sagrado. Ni siquiera los miembros de la tribu de la montaña del Templo, encargados de custodiarlo, vienen a menudo. —Sirri dedicó a Auraya una sonrisa fugaz—. No queremos distraer a Huan de su trabajo sin necesidad.

Auraya deslizó la mano por una columna. No había señales de desgaste o deterioro por el tiempo.

—Es increíble.

—Antes de irme, tengo que hacerte una pregunta —dijo Sirri—. Los portavoces desean saber cuándo quieres partir hacia Borra.

—¿Que cuándo quiero partir? Nunca. —Auraya suspiró—. Pero debo hacerlo..., y pronto. He de intentar persuadir a los elay de que se unan a nosotros.

Sirri sonrió.

—Te deseo suerte, entonces. Los elay no se fían de los desconocidos.

Auraya asintió.

—Eso me habéis dicho. Y sin embargo, comercian con vosotros.

—Las creaciones de Huan conservamos el contacto entre nosotros. La tribu de la Arena mantiene relaciones comerciales con los elay. Deberías reunirte con su portavoz antes de marcharte. Estoy segura de que podrá proporcionarte más información sobre la gente del mar que yo.

—Así lo haré.

La expresión de la portavoz se tornó seria.

—Por ahora, Auraya la Blanca, debo dejarte. —Se acercó a la orilla del templo y señaló hacia abajo—. ¿Ves ese río?

Auraya se colocó al lado de Sirri y bajó la vista. Una franja sinuosa de cielo reflejado discurría por un desfiladero estrecho.

—Sí.

—Cuando hayas terminado, vuela hasta allí. La tribu de la montaña del Templo vive en las cuevas que hay a lo largo del barranco. —Se volvió para sonreír a Auraya antes de inclinarse sobre el borde y alejarse planeando.

Auraya.

Le pareció que su corazón dejaba de latir por unos instantes. La voz había hablado en su mente. Era inconfundiblemente femenina.

¿Huan?

Sí.

El aire se iluminó ante sus ojos. Auraya retrocedió un paso, con el pulso acelerado, mientras una figura de luz cobraba forma frente a ella. Se hincó de rodillas y se postró ante la diosa.

En pie, Auraya.

Mientras la Blanca obedecía, notó que temblaba con una mezcla de alegría y terror. Se encontraba sola frente a una deidad. «Aunque figuro entre sus Elegidos, en su presencia no soy más que una humana corriente».

Huan sonrió.

No eres una humana corriente, Auraya. No elegimos a humanos corrientes. Solo elegimos a quienes poseen talentos extraordinarios, y tú has demostrado tener más de los que habíamos detectado en un principio. — Aunque el tono de la diosa denotaba aprobación, Auraya percibió un matiz de ironía. No tuvo tiempo para preguntarse por el significado tras las palabras de Huan, pues esta continuó hablando—: Estamos satisfechos con los progresos que has realizado en la unificación de Ithania del Norte. A mí me complace especialmente la unión entre los siyís y los Blancos. No obstante, descubrirás que, de todas mis razas, son las dos más fáciles de hermanar. Tu capacidad de volar no impresionará a los elay. Representarán un desafío mayor para ti.

¿Cómo puedo impresionarlos?

Eso debes averiguarlo tú, Auraya. Ellos deben decidir libremente, así que no interferiremos ni dándote instrucciones, ni condicionando a los elay.

Entiendo.

Los labios de Huan se curvaron en una sonrisa torcida.

Lo dudo. Eres joven y te queda mucho que aprender, sobre todo en asuntos del corazón. No desapruébo que goces con el tejedor de sueños, Auraya. Corresponde a tus compañeros Blancos determinar lo que es aceptable o inaceptable para la gente. Pero ten cuidado: esa clase de amor solo acarrea dolor. Prepárate para ello. Tu pueblo necesita que seas fuerte. Si flaqueas, es posible que sufran.

Auraya notó que su rostro se acaloraba cuando la sorpresa cedió el paso a la vergüenza.

Así lo haré, fue la única respuesta que se le ocurrió.

Huan hizo un gesto afirmativo. La figura se fundió en una columna de luz que se encogió, se atenuó y desapareció.

Kimyala, sacerdote superior de los adoradores de Gareilem, se puso las varias capas de su octaveste despacio, siguiendo con todo cuidado el antiguo ritual de sus antepasados. Mientras ajustaba y ataba cada prenda, murmuraba oraciones a sus dioses. Era tan esencial recordar todos los pasos de aquel rito como de todos los ritos del día.

Había preguntado a su maestro, el sacerdote superior anterior, por qué. El gran Shamila simplemente había contestado que era importante recordar.

Kimyala no había entendido la respuesta en aquel entonces. Suponía que no había querido entenderla, por la impaciencia juvenil que despertaban en él los ritos interminables y complicados. Ahora lo comprendía mejor. Era importante recordar, porque muy pocos recordaban.

Los creyentes eran escasos. Los circulianos estaban convencidos de que Gareilem había muerto y despreciaban a sus devotos. Los pentadrianos compartían esta certeza y se compadecían de Kimyala. Los tejedores de sueños, aunque estaban de acuerdo con unos y otros, al menos lo trataban con respeto.

Kimyala se sentía seguro de una cosa: las deidades no mueren. Era uno de los antiguos secretos de los veneradores de Gareilem. Por más que dudaran los demás, él y los suyos sabían la verdad. Los dioses eran seres de magia y sabiduría. Existían mientras hubiera magia, por lo que Gareilem debía de seguir vivo en alguna parte, bajo alguna forma. Tal vez algún día volvería. Su silencio incluso podía ser una manera de poner a prueba la fe de sus devotos. Estaba dejando que su número se redujera hasta que solo quedaran los más leales.

Una vez finalizado el ritual del vestir, Kimyala salió de su habitación y subió al tejado del viejo templo. Gareilem era el dios de la piedra, la arena y la tierra. Sus templos siempre se habían edificado en lo alto de las laderas. Allí, cerca de la costa meridional de Sennon, no había más que unas cuantas

colinas. El templo se alzaba sobre una peña baja en medio de un mar de dunas, pero debido a la ausencia de plantas más altas que un armuelle, ofrecía en todo momento una vista despejada de los alrededores.

Cuando llegó al tejado, Kimyala recorrió el paisaje con la mirada. El sol, que se cernía encima del horizonte, reclamaba su atención. El cántico ritual del anochecer poblaba sus pensamientos, pero aún no había llegado la hora. Al oeste no había mucho que ver, salvo el perfil ondulado de otras colinas que bordeaban la costa. La superficie azul grisácea del golfo de la Congoja se extendía ante él. Ligeramente a la izquierda se divisaba el istmo de Grya, que se prolongaba hacia el continente del sur. En su base estaba la mancha negra de la ciudad de Diamyane.

La localidad se encontraba lo bastante cerca para que le resultaran visibles la maraña de calles y el cúmulo de casas bajas que había entre ellas. En días claros, alcanzaba a vislumbrar a los habitantes de la ciudad sin necesidad de usar un anteojo. Hoy una brisa ligera pero continua había levantado polvo suficiente para desdibujar los detalles de la ciudad. No había nada interesante que ver. Sin embargo..., cuando dirigió la vista más lejos, avistó algo fuera de lo normal.

—¡Jedire! —bramó—. ¡Tráeme mi anteojo, deprisa!

Oyó los pasos apresurados de su acólito, que estaba estudiando en la habitación de abajo y acudía a su llamada. Al echar un vistazo al sol, Kimyala calculó que aún faltaban unos minutos para que tocara el horizonte. Pronto desaparecería la luz, y el paisaje quedaría sumido en la oscuridad.

Los chasquidos de unas sandalias contra los escalones de piedra anunciaron la llegada de Jedire. Cuando el muchacho llegó arriba, tendió el anteojo a Kimyala. El sacerdote superior se acercó el tubo al ojo.

Primero buscó la ciudad y, a partir de ahí, localizó el istmo. Lo que antes había visto como un bulto oscuro cobró una forma más definida. Columnas de personas marchaban hacia Sennon, algunas empuñando estandartes. En el centro de cada tela negra había una estrella blanca de cinco puntas.

—Pentadrianos —dijo con repugnancia devolviendo el anteojo a su acólito.

El chico miró a través del cilindro.

—¿Qué están haciendo?

—No lo sé. Una peregrinación, tal vez.

—Llevan armas —musitó el joven—. Van a la guerra.

Kimyala arrebató el antejo al chico y se volvió hacia la ciudad. Tras colocarse el tubo frente al ojo, buscó de nuevo a los pentadrianos y examinó con atención la fila de caminantes. En efecto: algunos llevaban armadura. Unos carros muy cargados avanzaban pesadamente entre ellos. Ante la mirada de Kimyala, la cabeza de la columna negra llegó a la ciudad.

Él farfulló una maldición. Ya lo habían abandonado dos muchachos. No era fácil conservarlos con los pentadrianos rondando por ahí, ostentando su riqueza y su poder. Como si eso no fuera suficiente para captar a los jóvenes, estaban los rumores sobre sus ritos de fertilidad. Se decía que celebraban orgías cuyos asistentes iban todos enmascarados y en las que en ocasiones participaban los dioses.

—Es un ejército, ¿verdad? —preguntó Jedire—. ¿Han venido a conquistar Sennon?

Kimyala sacudió la cabeza.

—No lo sé. Nadie intenta detenerlos.

—Si no están aquí para invadirnos, ¿a quién piensan invadir?

El sacerdote clavó la vista en Jedire. Al chico le brillaban los ojos de emoción.

—Ni se te ocurra salir corriendo a unirte a Ewarli y Gilare —le advirtió Kimyala—. Los muchachos perecen en las batallas. Sufren muertes horribles y dolorosas. Ahora, llévate el antejo abajo, deprisa. Tengo que llevar a cabo un rito.

Mientras el chico se alejaba con paso veloz, Kimyala se fijó de nuevo en el sol. El disco ardiente estaba a punto de tocar el horizonte. Había llegado el momento de apartar su atención de la amenazadora presencia del ejército allí abajo e iniciar el rito.

La ventana estaba abierta. Danyin maldijo a los sirvientes. ¿Cómo habían permitido que ocurriera? Travesuras podía salirse por allí; tal vez estaba aferrado a la pared en ese preciso instante, ajeno al riesgo de caerse.

Más valía que llamara a los criados y permitiera que otro se ocupara del asunto, pero descubrió que no podía dejar de avanzar hacia la abertura. El aire frío lo envolvió. Se acercaba a la orilla. Notó que los dedos de sus pies se crispaban sobre el alféizar, ateridos por el viento.

«Estoy al borde —pensó, y frunció el ceño—. ¿Por qué voy descalzo?»

Dirigió la vista más allá de sus pies, al suelo que estaba muy, muy abajo, y todo empezó a darle vueltas.

De pronto, se encontraba al pie de la Torre Blanca, mirando hacia arriba. Aunque habría debido sentirse aliviado ahora que estaba en el exterior, sobre suelo firme, aquello lo aterrorizaba aún más. La torre se erguía imponente, inclinada sobre él. Cuando reparó en las grietas que se estaban formando, era demasiado tarde.

Vio que se desmoronaba, vio los fragmentos que caían hacia él. No podía moverse. Los cascotes llovieron sobre él, lo derribaron, lo sepultaron, lo asfixiaban. Luchó contra el terror. Se obligó a yacer inmóvil...

—Danyin.

Esto le infundió esperanzas. Si alcanzaba a oír a alguien, tal vez era porque estaba lo bastante cerca de la superficie para que lo rescataran.

Tenía la garganta seca y llena de polvo y no podía emitir el menor sonido.

«Paciencia. Es imposible que haya una forma rápida de salir de aquí».

Por otro lado, tenía que darse prisa. Debía decidir con cuidado cómo utilizar las fuerzas que le quedaban...

—Danyin, despierta.

Una mano lo agarró del brazo. ¡La salvación!

—¡Danyin!

Despertó sobresaltado y contempló su habitación, las mantas apretadas en torno a todo su cuerpo salvo los pies, y su esposa, que lo miraba con fijeza.

—¿Qué?

Silava se incorporó y puso los brazos en jarras.

—Hay un ejército fuera.

¿Un ejército? Cuando consiguió liberarse de las mantas, la siguió hasta una de las ventanas. Aquel lado de la casa daba a una de las calles principales de la ciudad. Él bajó la vista y quedó sorprendido al ver las tropas que marchaban en filas.

El espectáculo resultaba extrañamente emocionante. Era habitual ver a soldados hanianos por toda la ciudad, desde las limpias avenidas de las familias nobles hasta las callejuelas de los barrios conflictivos, pero nunca a tantos juntos. Los pasos rítmicos de sus sandalias evidenciaban seguridad y organización.

—No pierden el tiempo —murmuró para sí.

—¿A qué te refieres?

—En la reunión de anoche, Juran anunció que el ejército pentadriano había entrado en Sennon y declarado su intención de librar al mundo de los circulianos —explicó él—. Hacía mucho tiempo que Hania no se enfrentaba a una amenaza militar. Algunos nobles expresaron dudas respecto a que nuestras fuerzas armadas estuvieran a la altura. Esto los convencerá de lo contrario.

Ella observó las tropas.

—¿Adónde se dirigen?

Danyin reflexionó.

—Seguramente al templo, para pedir a los dioses su bendición.

—¿Todos a la vez?

—Entre los sacerdotes y ellos montarán tal espectáculo que nuestros jóvenes se alistarán en masa para participar en la gran aventura. También se movilizarán las fuerzas de otros países, aunque en realidad no tienen alternativa. Los términos de su alianza con los Blancos los obligan a ello.

Ella lo contempló con curiosidad.

—¿Así que ahora estás autorizado para contarme todo esto?

—Sí, es del dominio público desde anoche.

—No me lo contaste cuando llegaste a casa.

—Estabas dormida.

—Habría estado más que justificado que me despertaras para darme una noticia tan importante.

—Da reparo interrumpir el sueño de otra persona cuando uno mismo está tan falto de él.

Silava lo fulminó con la mirada.

Danyin extendió las manos a los costados.

—¿Habría cambiado algo que te hubieras enterado cinco horas antes?

Ella arrugó la nariz.

—Sí. Seguramente no habría podido pegar ojo. —Suspiró—. En fin, supongo que acompañarás a Auraya en esta gran aventura, ¿no?

Él bajó la vista hacia los soldados que pasaban marchando por delante de la casa.

—Seguramente, aunque no soy soldado ni experto militar. Lo más probable es que acabe desempeñando las mismas tareas que ahora, cosa que mi padre mencionó varias veces anoche.

Ella soltó una risita.

—No me sorprende. ¿Le dijiste que sabes que todos son espías al servicio de los Blancos?

—No. Cambié de idea. Su petulancia era insufrible. A Auraya y a mí nos parece mucho más divertido dejar que piense que no lo sé.

Silava arqueó las cejas.

—¿Ella ha regresado?

Él negó con la cabeza y se dio unos golpecitos en la sien con el dedo.

—Quería ver cómo reaccionaban los otros nobles y embajadores. Son mucho más locuaces cuando creen que no están en presencia de una Blanca.

Su esposa se quedó callada unos instantes.

—¿Ella está en tu cabeza ahora mismo?

—No. —La tomó de la mano, recordando otras ocasiones en que la mención de que Auraya veía a través de sus ojos la había inquietado—. La cosa no funciona así. Ella no se apodera de mi mente. Sigo siendo yo. Lo único que puede hacer es oír y ver lo mismo que yo.

Silava retiró la mano.

—Entiendo cómo funciona. Al menos, eso creo. Pero no puedo evitar que me incomode. ¿Cómo sé si está observándome o no?

Él rió entre dientes.

—Es discreta.

—Ahora parece que estés hablando de tu amante.

—¿Estás celosa?

Ella se apartó, rehuyendo su mirada.

—No te hagas ilusiones.

Con una sonrisa, Danyin la siguió.

—Yo creo que lo estás. Mi esposa está celosa nada menos que de Auraya la Blanca.

—Me... ella pasa más tiempo contigo que yo.

Danyin asintió.

—Es verdad. Obtiene de mí toda esa información árida sobre costumbres, política y leyes que sé que tanto te gusta. ¿Es eso lo que echas en falta? ¿Quieres que te hable de las leyes dictadas por el rey de Genria hace cincuenta años, o sobre las numerosas tradiciones y ritos para servir el teho en la alta sociedad de Sennon?

—Aparte de eso, no tienes prácticamente nada que ofrecer —replicó ella.

Él la cogió de la mano y la obligó a volverse de cara a él.

—Tal vez sea así, pero lo poco que tengo te lo ofrezco a ti. Mi amistad, mi respeto, mis hijos, incluso mi cuerpo, aunque seguramente no encuentres nada de valor en esta figura triste y descuidada.

Ella apretó los labios, pero por las arrugas que se le habían formado en las

comisuras de los ojos, Danyin supo que sus palabras la habían complacido y divertido.

—Si no sospechara que lo que quieres es que te asegure lo contrario, sería aún más tonta que tú.

Él esbozó una sonrisa.

—¿Podrías al menos fingir que eres tonta, por mí?

Ella se soltó y se encaminó hacia la puerta con paso decidido.

—No tengo tiempo, y sin duda mi esposo tiene que correr a recabar más información árida para comunicársela a su amante.

Él exhaló un sonoro suspiro.

—¿Cómo voy a desenvolverme en el mundo si tengo esa imagen de mí mismo?

Cuando ella llegó a la puerta, miró hacia atrás y sonrió.

—Estoy segura de que te las apañarás.

Si Auraya no hubiera sabido que había muchos más siyís de los que ahora aguardaban en el Claro, tal vez habría creído que la raza entera había acudido a despedirse de ella. La mayoría de los presentes se había aglomerado formando una gran multitud al pie de la roca desde la que los portavoces se habían dirigido a ellos durante las dos Congregaciones. Otros muchos se habían encaramado a las ramas de los árboles gigantescos que se alzaban a cada lado. Y otros planeaban por encima, proyectando sombras en el suelo que distraían a los demás con su movimiento continuo.

Cuando Auraya emergió de entre los árboles, los rostros se volvieron hacia ella y comenzó a sonar un coro de silbidos estridentes. Era su manera de ovacionarla. Ella les dedicó a todos una sonrisa que habría sido incapaz de reprimir aunque hubiera querido.

—Tu pueblo es muy acogedor —le dijo a Sirri—. Ojalá pudiera quedarme un poco más.

La portavoz soltó una risita.

—Ten cuidado, Auraya. Aunque nos gustaría retenerte aquí con nosotros, sabemos lo importante que eres para Ithania del Norte y para nuestro propio

futuro. Si te encariñas demasiado con nuestro país, tal vez nos veamos obligados a dejar de tratarte tan bien.

—Tendríais que esforzaros mucho para cambiar mi opinión sobre ti y sobre tu gente —repuso Auraya.

Sirri hizo una pausa para contemplar a la Blanca con aire pensativo.

—Te hemos conquistado, ¿verdad?

—En ningún otro lugar he estado tan contenta como aquí.

—Eres la única pisatierra que conozco que me hace olvidar constantemente que es una pisatierra. —Sirri arrugó el entrecejo—. ¿Tiene sentido lo que he dicho?

Auraya se rió.

—Sí, lo tiene. Yo también me olvido constantemente de que soy una pisatierra.

Llegaron ante los primeros portavoces, colocados en una hilera a lo largo del borde de la peña. Auraya habló con ellos, uno a uno, para agradecerles su hospitalidad, si había convivido con su tribu, o prometerles que en el futuro visitaría su hogar, si no lo había hecho. El último portavoz de la fila era Tyrli, el líder de la tribu de la Arena. El adusto anciano y los pocos miembros de su tribu que se habían desplazado al Claro para asistir a la Congregación la guiarían hasta la costa.

—Estoy deseando viajar en tu compañía y conocer tu hogar, portavoz Tyrli —dijo ella.

Él asintió.

—Es un honor para mí ser de utilidad a los dioses.

Auraya percibió que el hombre se sentía algo abrumado. Pasó por delante de él y se detuvo junto a la portavoz Sirri, que se volvió hacia la multitud.

—Pueblos de las montañas. Tribus de los siyís. Nosotros, los portavoces, os hemos convocado aquí para despedir a una visitante de nuestras tierras. Como ya todos sabéis, no se trata de una visita común. Es Auraya, una Elegida de los dioses, y aliada nuestra. —Posó la mirada en ella—. Vuela alto, vuela deprisa, vuela bien, Auraya la Blanca.

La muchedumbre repitió estas palabras en un murmullo. Auraya sonrió y dio un paso al frente.

—Pueblo de Si, os doy las gracias por vuestra cordial hospitalidad. He disfrutado cada instante de mi estancia entre vosotros. Me entristece dejaros y sé que en cuanto parta estaré impaciente por regresar. Os deseo lo mejor. Que los dioses velen por vosotros.

Formó un círculo con las manos. Algunos de los niños del público imitaron su gesto. El aire vibró de nuevo con los silbidos de entusiasmo. Tyrli se acercó a ella.

—Debemos irnos —murmuró.

El hombre se inclinó hacia delante y, abriendo los brazos, saltó desde la roca. El viento lo impulsó hacia arriba. Auraya se elevó en el aire para seguirlo. En ese instante, varios siyís remontaron el vuelo desde los árboles y se unieron a ella, algunos de ellos sin dejar de silbar. Auraya sonreía y soltaba alguna que otra carcajada mientras sus jóvenes escoltas revoloteaban a toda velocidad alrededor de ella con actitud juguetona.

A medida que se alejaban del Claro, algunos empezaron a volver la mirada hacia allí. Poco a poco, el número de seguidores se redujo conforme los siyís quedaban atrás, algunos tras emitir un silbido de despedida. Al final, solo quedaron Tyrli y su gente.

El tiempo parecía transcurrir más despacio. Los siyís avanzaban en un silencio casi absoluto. Cuando se comunicaban, se valían de silbidos que habían sustituido hacía mucho tiempo las órdenes o indicaciones de uso más habitual durante el vuelo. Hablar entre sí los obligaba a acercarse unos a otros para distinguir las palabras. A los siyís les incomodaba volar muy juntos; los hacía sentirse amontonados.

Por tanto, Auraya se sorprendió cuando Tyrli disminuyó la velocidad y se aproximó a ella para conversar.

—Deseabas saber más cosas sobre los elay —afirmó.

Ella asintió.

—Los gobierna un rey —le dijo—. Tienen un solo líder en vez de varios.

—¿Están organizados en tribus?

—No, aunque en otro tiempo había una en cada isla. Ahora la mayoría vive en la isla principal. En su ciudad.

—¿Por qué?

—Durante muchos años han sufrido ataques por parte de los pisatierra. En las islas exteriores no están a salvo. —La miró con expresión grave—. A los elay no les gustan los pisatierra por esa razón.

Auraya frunció el ceño.

—¿Por qué los atacan esos pisatierra?

—Para robarles.

Auraya torció el gesto.

—Saqueadores.

—Sí. Los elay se encuentran en una situación mucho peor que los siyís. Los pisatierra han matado a muchos de ellos. Los siyís somos numerosos, pero solo quedan unos pocos miles de elay.

—Y todos viven en esa ciudad. ¿Tú la has visto?

Él adoptó una expresión casi anhelante.

—Solo los elay la han visto. Solo ellos pueden llegar allí. Es una cueva grande a la que se accede nadando por túneles sumergidos. Dicen que es muy hermosa.

—Una ciudad submarina. Sin duda allí están a salvo de los saqueadores. —¿Cómo iba a hablar con los elay si vivían bajo la superficie? ¿Le concederían los dioses el don de respirar agua?

—No es submarina —replicó Tyrli con un amago de sonrisa—. Aunque vivan en el agua, respiran aire. Pueden aguantar la respiración durante mucho rato, eso sí.

Ella lo miró, atónita.

—O sea que las leyendas se equivocan. ¿Están cubiertos de escamas? ¿Tienen cola de pez en lugar de piernas?

Él se rió.

—No, no. —Ella captó en su mente la imagen fugaz de un hombre casi desnudo y sin pelo, con la tez oscura y brillante, y el pecho amplio—. Huan los dotó de una piel gruesa para que pudieran permanecer muchas horas en el agua, y pulmones grandes para que pudieran pasar mucho tiempo sin respirar. También les dio aletas, pero no como las de los peces. Sus aletas se parecen tanto a las de los peces como nuestras alas a las de los pájaros. Lo entenderás cuando los veas.

Ella asintió.

—¿Han tenido algún amigo pisatierra?

Él meditó por unos instantes.

—Uno, hace mucho tiempo. También nos visitaba a nosotros. Tengo entendido que conocía una ruta secreta a Si, aunque ni siquiera los siyís saben dónde está. Mucha gente lo apreciaba. Era un sanador muy dotado. Podía sanar alas que hubieran sufrido daños irreversibles.

—Debía de ser un hechicero muy poderoso. ¿Cómo se llamaba?

Él arrugó el entrecejo antes de mover la cabeza afirmativamente.

—Se llamaba Mirar.

Ella se volvió para clavar los ojos en él.

—¿Mirar? ¿El fundador de los tejedores de sueños?

Él asintió.

—Un tejedor de sueños. Sí, eso es.

Auraya apartó la mirada, pero apenas se fijó en el paisaje que sobrevolaban mientras cavilaba sobre esta revelación. ¿Tan sorprendente era que Mirar hubiera errado por aquellas montañas muchos años atrás? Entonces se acordó de que Leiard le había dicho que conservaba recuerdos de los siyís. ¿Eran los recuerdos de Mirar? Y, si lo eran, ¿Leiard guardaba también recuerdos de los elay?

Frunció los labios. Quizá si establecían una conexión en sueños esa noche, ella le preguntaría a Leiard por el pueblo del mar. Aunque daba la impresión de que los elay necesitaban la ayuda de los Blancos más que los siyís, ella sospechaba que su rencor hacia todos los pisatierra dificultaría toda negociación con ellos. Tal vez Leiard sabría cuál era la mejor manera de ganarse su confianza. Necesitaba toda la información posible.

Se volvió de nuevo hacia Tyrli y sonrió.

—¿Y desde cuándo comercia tu tribu con los elay?

Con un suspiro, Drili salió de la enramada detrás de sus padres. Se dirigían hacia otra reunión de la fragmentada tribu del río Serpiente. Las familias que vivían entre otras tribus aprovechaban las Congregaciones para juntarse y

hacer planes de cara al futuro. Ella echó un vistazo a la enramada de la familia de Tryss, pese a que sabía que él estaba fuera, adiestrando a otros siyís en el uso del arnés. Ni siquiera sus primos rondaban por ahí.

Cuando devolvió la vista al frente, advirtió que su padre la observaba con mala cara. Ella desvió los ojos, resistiendo la tentación de lanzarle una mirada desafiante, y lo siguió obedientemente cuando enfiló un sendero del bosque.

«¿Cómo puede hacerme esto?»

Llevaban meses enzarzados en un tira y afloja. Al principio era una especie de juego amistoso. Él le preguntaba qué opinaba de algún joven, y ella le daba una respuesta cortés pero displicente. Él asentía, dándose por enterado, y lo dejaba correr.

Entonces ella había conocido a Tryss. No era más fuerte ni educado que los candidatos que su padre le había propuesto, pero resultaba interesante. Casi todos los muchachos de su tribu la mataban de aburrimiento, al igual que la mayoría de los hombres mayores. Excepto su abuelo..., pero él había muerto durante la invasión de su tierra.

Al igual que su abuelo, Tryss era inteligente. Pensaba sobre las cosas. Pensaba de verdad. No se hacía el interesante ni se jactaba para llamar su atención. Simplemente posaba en ella su mirada intensa y seria...

Su padre había perdido por completo la paciencia cuando se había enterado de que ella había estado pasando mucho tiempo en compañía de Tryss. No se le ocurría una buena justificación para su hostilidad hacia el hijo de sus vecinos, salvo que no pertenecía a la tribu del río Serpiente.

Para Zyll, impedir que otras tribus absorbieran la suya era más importante que cualquier otra cosa, incluida la felicidad de su hija, como ella empezaba a comprobar. Le había prohibido que hablara con Tryss. Estaba aprovechando aquellas reuniones para buscarle un esposo.

Ella no podía hacer nada al respecto. Las leyes siyís establecían que los padres podían concertar el primer matrimonio de sus vástagos. En el pasado, que las parejas se casaran jóvenes era esencial para incrementar las probabilidades de que sus hijos nacieran sanos.

«Siempre puedo insistir en el divorcio —pensó ella—. Solo tenemos que permanecer dos años juntos. —Le parecía una eternidad—. Para entonces, tal

vez Tryss haya encontrado a otra. Y tal vez yo tenga hijos».

Hizo una mueca. «Ni siquiera sé si Tryss quiere que nos casemos. El problema de que me gusten los tipos callados es que no se les da bien expresar lo que quieren». No le cabía duda de que le caía muy bien a Tryss, ni de que él se sentía atraído por ella. ¡Estaba convencida de ello!

El parpadeo de una luz captó su atención. Al dirigir la vista más allá de su padre vio que había varios faroles colocados en torno a un claro. Aunque solo era media tarde, los árboles del lugar crecían tan próximos entre sí que muy poca luz del sol penetraba hasta el suelo del bosque.

Una lámpara ardía en el centro. Varios hombres y mujeres sentados formaban un círculo a su alrededor. Drili reconoció a Styll, el portavoz de su tribu. Junto a él se encontraba Sveel, el último de los pretendientes que su padre había elegido para ella. El chico le sonrió, y ella sintió una punzada de culpabilidad. Era evidente que estaba ilusionado ante la perspectiva de ser su prometido.

Drili miró a la mujer situada al lado de Styll y se llevó una ligera sorpresa. La portavoz Sirri y su hijo Sreil estaban sentados entre los miembros de su tribu. Una idea absurda le vino a la mente. Quizá Sirri también había acudido en busca de una esposa para su hijo. Tal vez Sreil y Sveel tendrían que luchar por ella. Drili contuvo una carcajada. «Mala suerte, Sreil. Mi padre nunca aceptará a alguien que no haya nacido en el seno de la tribu del río Serpiente, aunque su madre sea la líder de todos los siyís».

Su familia se incorporó al círculo, y, por indicaciones de su padre, Drili ocupó el sitio vacío junto a Sveel. Se obligó a hablar con el muchacho. De nada le habría servido mostrarse descortés. Si iban a obligarlos a casarse, más valía que intentara llevarse bien con él. No era una persona desagradable, pero tampoco interesante o especialmente lista.

—Bueno, ¿a qué debemos el honor de tu presencia, portavoz Sirri? —preguntó el padre de Drili—. Tengo entendido que no apruebas nuestras tradiciones respecto al matrimonio.

Sirri sonrió.

—No es que no las apruebe, Zyll, sino que me parece una insensatez que los siyís se casen tan jóvenes. A los catorce años aún no se han desarrollado

por completo como individuos.

—Por eso opino que lo mejor es que sus padres escojan la pareja que más les conviene.

Ella sacudió la cabeza.

—Ojalá fuera así. He observado que con frecuencia los matrimonios concertados por los padres no funcionan. Por más que mediten su decisión, pasan por alto un inconveniente: sus hijos aún no se han convertido en las personas que serán. ¿Cómo pueden determinar quién será un cónyuge apropiado para ellos si ni siquiera conocen bien su personalidad?

Zyll torció el gesto.

—No es solo una cuestión de personalidad, sino de linajes y lazos tribales.

Sirri frunció el ceño.

—Huan nos liberó de las leyes sobre matrimonios mixtos hace más de un siglo.

—Y sin embargo no queremos retroceder a una época en que la mitad de los niños nacen...

—El riesgo de que eso suceda es muy bajo —lo interrumpió Sirri, con una frialdad repentina en los ojos. Drili recordó haber oído que el primer hijo de la portavoz había nacido sin alas y débil, y que había muerto cuando aún era un bebé—. Ahora somos más numerosos, y la frecuencia de esos casos se ha reducido mucho.

—No me refería a las relaciones intertribales —dijo Zyll—, sino a los vínculos dentro de una misma tribu. La mía está dispersa. Si no hacemos algo para remediarlo, desaparecerá dentro de pocos años.

La expresión de Sirri se alteró de un modo sutil, tornándose reflexiva y amenazadora a la vez.

—Ya no tienes por qué preocuparte por eso. Los Blancos os devolverán vuestras tierras, y ahora contáis con un medio eficaz para defenderlas, gracias al joven Tryss.

Zyll apretó los dientes al oír nombrar a Tryss.

—Aun así, necesitamos fortalecer los lazos entre nuestras familias, o cuando regresemos allí descubriremos que somos unos desconocidos entre

nosotros.

Ella arqueó las cejas y asintió respetuosamente.

—Si tenéis que tomar esas medidas para estar tranquilos, tomadlas. Echaré de menos la presencia de tu familia aquí en el Claro. —Miró a Sveel—. Has estado entrenándote con los guerreros, ¿verdad? ¿Qué te parece?

Sveel se puso derecho.

—Es duro, pero practico a diario.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Bien. Te harán falta esas habilidades para defender vuestras tierras cuando volváis allí. De eso quería hablaros a todos. —Hizo una pausa antes de volverse hacia su hijo—. Sreil, ¿has traído la cesta?

El chico se quedó parpadeando un momento, y luego abrió mucho los ojos.

—No, se me ha olvidado. Lo siento.

Ella sacudió la cabeza y suspiró.

—Pues ve a buscarla. Y trae agua también.

—¿Cómo se supone que debo cargar con todo eso?

—Que te acompañe Drili.

Esta pestañeó, sorprendida, y miró a su padre, que asintió en señal de conformidad, aunque no parecía muy contento. Ella se puso de pie y se apresuró a seguir a Sreil.

El hijo de Sirri avanzaba a un paso rápido, y pronto las voces de la tribu se apagaron del todo a sus espaldas. Él miró hacia atrás y aflojó la marcha para que ella pudiera alcanzarlo.

—Así que vas a casarte —comentó.

Ella se encogió de hombros.

—Eso parece.

—No te veo muy entusiasmada.

—¿Ah, no? —preguntó ella con sequedad.

—No. No te gusta Sveel, ¿verdad?

—No está mal.

—Pero no es con quien te gustaría casarte, ¿a que no?

Drili fijó la vista en él, ceñuda.

—¿Por qué lo preguntas?

Sreil sonrió.

—En el trei-trei quedó bastante claro quién te gustaba, Drili. Así que ¿por qué no te casas con Tryss? Es más famoso que los fundadores.

A Drili se le hizo un nudo en el estómago.

—Porque no puedo elegir.

—Claro que puedes.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Tú crees? Hace semanas que no hablo con Tryss. Ni siquiera ha intentado dirigirme la palabra. Además, no tengo idea de si quiere casarse.

—Yo podría averiguarlo, si quieres.

A ella le dio un vuelco el corazón.

—¿De verdad lo harías?

—Claro. —Sonrió y soltó una risita de suficiencia.

Esto despertó las sospechas de Drili. Se detuvo y cruzó los brazos.

—¿Qué sacas tú de esto, Sreil? ¿Por qué quieres ayudarnos?

Él volvió el rostro hacia ella, sin dejar de sonreír.

—Porque... —Se interrumpió y se mordisqueó el labio—. No debería decírtelo.

Ella lo miró con los ojos entornados.

—Verás... —Hizo una mueca—. De acuerdo. Tu padre es un fanático tribal. No lo digo solo porque se niega a plantearse siquiera la posibilidad de dejar que te cases con alguien cuyo invento podría salvar a nuestro pueblo y devolverle sus tierras, aunque no hay nada que supere eso, sino por las cosas que ha dicho y hecho desde que llegó aquí. —Su expresión pasó de la rabia al arrepentimiento—. Perdona.

Ella asintió. Aunque lo que había dicho Sreil era justo, la había ofendido un poco que la gente tuviera ese concepto de su familia. Después de todo aquello por lo que habían pasado...

—Mi madre también cree que seguramente contribuiste al éxito de Tryss —agregó él—. Tal vez te necesite por alguna razón, así que es absurdo mantenerte apartada de él.

Drili parpadeó, perpleja, y se disponía a negarlo cuando recordó que ella

era la única que le había enseñado a usar la cerbatana. La idea de utilizarlas como parte del arnés se le había ocurrido a él, pero si ella no hubiera estado allí...

—Pregúntaselo —dijo—, pero no le expliques por qué. No quiero que se case conmigo solo para ahorrarme el mal trago de casarme con otra persona. Si va a casarse conmigo, tiene que ser porque quiera.

Sreil esbozó una sonrisa.

—Te comunicaré su respuesta.

28

Milo Tahonero era un hombre callado. Leiard había comprendido que el padre de Jayim valoraba más estar satisfecho que feliz. Si bien su vida no lo colmaba de dicha, tampoco estaba descontento con ella.

Rara vez desayunaba con su esposa, su hijo y su invitado. Hoy, sin embargo, una infección de cabeza, indisposición habitual en invierno, lo había obligado a descansar. A Leiard le había sorprendido la locuacidad inusitada con que le había hablado de las noticias, ya fueran oficiales o meras especulaciones. Por otro lado, el remedio que le había administrado a veces producía este efecto.

—¿Has ido al templo? —le preguntó Milo.

—No desde que Auraya se marchó.

El hombre sacudió la cabeza.

—Nunca había visto a tantos soldados. Lo que hay allí debe de ser el ejército entero. No sabía que fuera tan grande. Las filas de hombres (y mujeres) que quieren alistarse pasan por debajo del arco y se extienden a lo largo de dos manzanas de la calle principal.

Tanara miró a Jayim con el ceño fruncido.

—Menos mal que no admiten tejedores de sueños.

Jayim tenía una expresión reservada. Leiard percibió que los sentimientos del muchacho eran una mezcla de alivio, culpa e irritación.

—¿Qué sabes de esos pentadrianos, Leiard? —preguntó Milo.

Leiard se encogió de hombros.

—No mucho. Solo lo que otros tejedores me han contado. Se trata de una secta joven, fundada hace unos cien años. Rinden culto a cinco dioses, al igual que los circulianos.

—¿Dioses reales o muertos? —inquirió Milo.

—No lo sé. Sus nombres no me resultan familiares.

—¿Cómo se llaman?

—Sheyr, Ranah, Alor, Sraal y Hrun.

—Tal vez sean dioses viejos y muertos que tenían nombres distintos en el continente del sur —aventuró Jayim.

—Tal vez —convino Leiard, complacido porque al chico se le hubiera ocurrido esta posibilidad.

—O los mismos dioses que veneran los circulianos, pero con nombres diferentes —añadió Jayim, con un centelleo en los ojos.

—Eso no tendría mucho sentido —señaló Tanara—. Estarían enviando a sus adoradores a combatir unos contra otros.

Leiard la contempló con aire pensativo y negó con la cabeza.

—No, dudo que obtuvieran algún beneficio con ello.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Crees que lo harían si fuera beneficioso para ellos?

—Posiblemente.

—Pero eso sería de una crueldad indescriptible.

—Los dioses no son tan nobles o justos como los circulianos quieren que creamos —dijo Leiard sin poder evitarlo—. Los tejedores de sueños recordamos lo que hicieron en el pasado, antes de que empezaran con esta farsa de fingir que se preocupan por los mortales. Sabemos de qué son capaces.

Tanara lo miraba fijamente, horrorizada.

«Mirar —pensó Leiard con severidad—. Ya te he dicho que no hagas eso».

«Sí, es verdad. Pero ¿cómo vas a impedírmelo?», replicó la otra voz.

Leiard hizo caso omiso de la pregunta. «¿Qué esperas conseguir asustándola así?»

«Ahora hay alguien más que sabe la verdad».

«¿Y eso de qué le servirá a Tanara?»

Mirar no respondió. Tanara apartó la vista.

—En ese caso, esperemos que quieran continuar con la farsa —murmuró.

Jayim observaba a Leiard con los párpados entornados.

—¿Qué te dicen esos recuerdos tuyos sobre los pentadrianos?

—Mis recuerdos no me dicen nada. Lo que sé me lo transmitieron los tejedores de sueños de Sennon.

—¿A través de conexiones en sueños?

—Sí.

Jayim juntó las cejas. Abrió la boca para hablar, pero suspiró y meneó la cabeza.

—¿Qué opinan de ellos?

—Que los tejedores de sueños no tenemos nada que temer de los pentadrianos. A la secta del sur le inspiramos compasión, no miedo o antipatía. Lo que demuestra que sus dioses no son los mismos que los de los circulianos —añadió.

El chico asintió pausadamente, pensativo.

—¿Iremos a la guerra?

—Los tejedores de sueños no luchamos —replicó Leiard.

—Lo sé, pero ¿iremos como sanadores?

—Probablemente.

Tanara abrió mucho los ojos. Miró a su hijo y se mordió el labio. Milo frunció el ceño.

—Estaremos bastante seguros —garantizó Leiard—. Los pentadrianos entienden que curamos a todo el mundo, sin importarnos la raza o la religión. Nuestros dones nos protegerán de contratiempos o malentendidos. —Posó los ojos en Jayim—. Será una buena oportunidad para que Jayim afine sus habilidades de sana...

Unos golpes en la puerta lo interrumpieron. Todos intercambiaron miradas, hasta que Milo se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.

Leiard apuró su bebida y se levantó de la mesa. Jayim había terminado de desayunar hacía un buen rato. Como la mayoría de los chicos de su edad,

tenía un hambre insaciable. Se irguió y siguió a Leiard hacia las escaleras que subían al jardín de la azotea.

—Esperad —gritó Milo.

Se apartó de la puerta, y una mujer entró. Leiard quedó asombrado al fijarse en la túnica de tejedora y el rostro conocido.

—Representante Arlij —saludó llevándose la mano al corazón, la boca y la frente.

Ella sonrió y realizó el mismo gesto.

—Tejedor asesor Leiard.

—Me alegra volver a verte. ¿Te encuentras bien?

Ella se encogió de hombros.

—Un poco cansada. Acabo de llegar.

—Entonces estarás deseando comer y beber algo caliente —dijo Tanara—. Siéntate.

Le indicó un asiento a Arlij antes de salir apresuradamente. Leiard se sentó junto a la líder de los tejedores y le hizo una seña a Jayim, que se había quedado al pie de la escalera con aire vacilante, para que se uniera a ellos. Milo se marchó a su habitación sin apenas levantar los pies.

—¿Qué te trae por Jarime? —preguntó Leiard.

Arlij esbozó una sonrisa torcida.

—¿No te has enterado? Va a estallar una guerra. Auraya y tú nos convencisteis de que selláramos una alianza justo a tiempo, por lo que parece.

Leiard sonrió. En la voz de Arlij no había rencor, solo ironía.

—No me extraña que estés cansada. ¿Has viajado en un barco con cientos de soldados, o los tejedores somreyanos han conseguido uno para ellos solos?

Ella negó con la cabeza.

—Viajamos en grupos pequeños, en buques mercantes que nunca arriban al mismo tiempo que los del ejército somreyno. Los recuerdos de las masacres de tejedores en el continente aún están demasiado recientes. De ese modo pasamos más inadvertidos.

—No creo que hubierais corrido peligro si hubierais llegado con las tropas de Somrey.

—Seguramente tienes razón. Si los hanianos vieran que los soldados de

otro país valoran a los tejedores de sueños, quizá se sentirían más inclinados a hacer lo mismo. Sin embargo, los viejos hábitos y temores son difíciles de vencer, sobre todo para nosotros. —Arlíj clavó en él una mirada directa e inquietante—. ¿Cómo estás, Leiard? ¿Conectarte con Jayim te ha ayudado a controlar tus recuerdos de conexión?

Leiard percibió la sorpresa y la preocupación de Jayim.

—Estoy haciendo progresos en mi...

—No se conecta conmigo —lo cortó Jayim—. Me lo enseña todo excepto las conexiones mentales o en sueños.

Arlíj desplazó la vista de Jayim a Leiard, con sus cejas inclinadas en una expresión ceñuda.

—Y farfulla para sí todo el rato —prosiguió Jayim en tono tenso—. A veces es como si se olvidara de que estoy allí. Luego dice cosas raras con una voz diferente.

—Leiard —dijo Arlíj por lo bajo, conteniendo su alarma—. ¿Sabes que...? ¿Estás...? —Sacudió la cabeza—. Sé que eres consciente del riesgo que corres. ¿Tan importante es tu secreto como para que sacrifiques tu identidad..., tu cordura?

Él se estremeció. «Mi cordura. Tal vez ya la he perdido. Oigo voces..., o al menos una».

«¿Crees que tú te estás volviendo loco? —intervino Mirar—. Vivir en tu mente haría perder la chaveta a cualquiera».

«Si no te gusta, márchate».

—¿Leiard?

Levantó la mirada. Arlíj lo observaba con dureza. Él suspiró y meneó la cabeza.

—No puedo conectarme con Jayim. —Se volvió hacia su discípulo—. Lo siento. Deberías buscarte otro maestro. Seguro que alguno de los somreanos te...

—¡No! —exclamó Jayim—. Si lo que dice Ar... la representante Arlíj es cierto, perderás la razón sin mi ayuda. —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. Sea cual sea tu secreto, lo guardaré. No lo contaré a nadie.

—No lo entiendes —repuso Leiard con delicadeza—. Si te revelo este

secreto, jamás podrás conectarte con otro tejedor de sueños. No quiero limitar tu futuro de esa manera.

—Si es necesario para salvarte, lo haré.

Leiard contempló a Jayim, admirado. ¿En qué momento de los últimos meses se había vuelto tan leal el chico?

Arlj emitió un sonido leve, como si se ahogara. Soltó el aire de golpe.

—No lo sé, Jayim. Es un precio demasiado grande para ti. —Se volvió hacia Leiard con semblante atribulado—. ¿Durante cuánto tiempo tendría que guardar Jayim ese secreto?

«Para siempre». Leiard desvió la vista y movió la cabeza. Era injusto, pero no podía deshacer el pasado.

«Sabes que tu aventura no durará —susurró Mirar—. La descubrirán tarde o temprano, así que no pierdes nada revelándosela a Jayim».

«¿Por qué quieres que la deje? Me daba la impresión de que disfrutabas con las conexiones en sueños con ella».

«Es uno de los peones de los dioses. Disfruto con lo irónico de la situación. De hecho, tal vez la próxima vez juegue un poco con ella yo mismo».

A Leiard se le hizo un nudo en el estómago. ¿Podía interferir Mirar en la conexión en sueños?

«Quizá te enseñe un par de cosas que creías no saber».

«No te atreverías. Si Auraya supiera que me controlas hasta ese punto...»

«¿Qué haría? ¿Matarme? Eso implicaría matarte a ti. Supongo que no le resultaría tan difícil si supiera que su amante puede convertirse en el odiado Mirar en momentos inoportunos».

Leiard exhaló un suspiro.

«¿Qué quieres que haga?»

«Márchate de Jarime. Busca un sitio remoto donde Auraya no pueda encontrarte. Adiestra a Jayim en la conexión mental».

«Si Arlij está en lo cierto, eso sería el final de tu existencia».

«No quiero existir. Esta es la Era de los Cinco Dioses. Yo pertenezco al pasado, a una época en la que había una multitud de deidades y los inmortales se paseaban en libertad, lo que ahora llaman la Era de los Múltiples Dioses.

Tal vez pertenezco también a un futuro lejano, pero no a estos tiempos».

A Leiard le asombró esta confesión. Si aquella sombra de Mirar no deseaba existir, ¿por qué le preocupaba tanto la seguridad de Leiard?

La otra voz no respondió.

«Está bien —pensó—, pero antes me uniré a los tejedores que van a la guerra».

Aguardó, suponiendo que Mirar protestaría, porque seguir al ejército significaría estar cerca de los Blancos, y de Auraya, pero la voz permaneció en silencio. Aliviado, alzó la mirada hacia Arlij.

—Solo puedo hacerlo si Jayim y yo abandonamos Jarime —le dijo—. Atenderé a los heridos después de la guerra, y luego desapareceremos durante una temporada. Nos reuniremos con otros tejedores de sueños en el futuro, cuando no sea tan peligroso. —Se volvió hacia Jayim—. Debes evitar a toda costa encontrarte en presencia de los Blancos. Saben leer las mentes mucho más a fondo que cualquier hechicero.

Jayim frunció el ceño.

—Si pueden leerme la mente, ¿no podrían también leer el secreto en la tuya?

—Sí.

—Pero tú eres el tejedor asesor.

—No por mucho tiempo. Renunciaré al puesto en cuanto esté listo para partir.

—¿Por qué no ahora?

—Quizá intentarían reunirse conmigo para que les explique la razón. Quiero estar lejos cuando reciban el mensaje.

Jayim tenía los ojos desorbitados.

—Menudo secreto debe de ser.

Arlij sonrió con tristeza.

—Sí. Espero que valga la pena tomarse tantas molestias para protegerlo.

—¿Qué molestias?

Todos levantaron la mirada hacia Tanara, que estaba en la puerta sujetando una fuente de comida. Mientras Arlij se lo explicaba, el sentimiento de culpa se apoderó de Leiard. Iba a apartar a Jayim de su familia,

seguramente para siempre. Entonces le vino otra cosa a la mente y soltó un quejido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Arlij.

Él la miró como disculpándose.

—Los Blancos podrían enterarse a través de los Tahonero y de ti de que me he marchado porque tengo un secreto que quiero ocultarles.

La tejedora torció el gesto.

—Lo que bastaría para que enviaran a alguien a buscarte y traerte de vuelta. —Se encogió de hombros—. No tengo la menor intención de acercarme a ellos, de todos modos. —Se dirigió a Tanara—. Dudo que los Blancos os busquen a tu esposo y a ti. Están demasiado ocupados organizando una guerra. Por si acaso, ¿podrías pasar unas semanas en algún otro lugar? Si necesitáis dinero para alojaros, podemos proporcionároslo.

—Milo tiene un hermano que vive en el norte —comentó Tanara—. Hace tiempo que no lo vemos.

—Entonces visitadlo —dijo Arlij—. Creo que podré mantenerme alejada de los Blancos mientras sigan teniendo un tejedor asesor al que consultar. —Se volvió hacia Leiard—. ¿Tienes a alguien en mente para que te sustituya en el cargo?

Él negó con la cabeza.

—La decisión te corresponde a ti, o a Auraya.

Ella frunció los labios y achicó los ojos.

—Puesto que Auraya está ausente y los otros Blancos están concentrados en los preparativos de guerra, el asunto seguramente se aplazará hasta que ella regrese, a menos que yo proponga a varios candidatos. Mmm, tendré que estudiar la cuestión con detenimiento. —Dio un golpecito en la mesa con el dedo y se quedó callada, pensando—. Mi gente avanzará bastante por delante del ejército. Siempre estaremos a más de una jornada de distancia de los circulianos. Los Blancos no sabrán que vais con nosotros, y aunque se enteren, estarán demasiado atareados preparándolo todo para ir en vuestra busca. Me gustaría permanecer cerca de vosotros hasta que soluciones esto. Quizá necesites mi ayuda.

Leiard inclinó la cabeza.

—Gracias. Yo espero no necesitarla.

Al este, el horizonte se iluminaba gradualmente, proyectando una luz tenue y fría sobre el mar.

Mientras caminaba por la playa con Tyrli, Auraya meditó sobre sus primeras impresiones del lugar donde residía la tribu de la Arena. Había acabado por asociar a los siyís con montañas altas y bosques, pero al ver sus enramadas entre las dunas desprovistas de árboles de la costa el día anterior, había tenido que replantearse su visión de ellos. Vivían bien allí, en las playas de Si, lo que no hacía más que poner de relieve lo que habían perdido cuando los colonos torenios les habían arrebatado los fértiles valles de su tierra natal.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —preguntó Tyrli.

—Todo salvo tiempo suficiente —respondió ella. «O las recomendaciones de Leiard», añadió para sus adentros.

Hacía días que él no conectaba en sueños con ella, por lo que aquella mañana le había resultado más fácil levantarse antes del amanecer. Los dos días anteriores se había despertado temprano, preocupada por el silencio de Leiard.

—Si dispusieras de más tiempo, te presentaría a los elay que comercian con nosotros, pero no los veremos hasta dentro de casi un mes.

—Eso me gustaría, aunque solo fuera para convivir más días con tu tribu —le dijo ella a Tyrli con sinceridad. Apenas se había formado una idea de cómo vivía su gente, y le habría gustado saber más cosas sobre ellos—. Juran me está presionando para que me reúna con los elay lo antes posible.

—Ya surgirá otra oportunidad —dijo él.

—Me aseguraré de ello. —Se volvió hacia Tyrli—. Regresaré al Claro dentro de unos diez días.

Él asintió.

—Estaremos preparados.

Auraya sonrió ante la adusta seguridad del hombre. Tyrli había enviado a unos mensajeros de vuelta con la noticia de la invasión pentadriana y la petición de ayuda de Juran para la batalla inminente. Ella suspiró y tendió la

vista sobre el agua.

—Seguramente llegarás allí antes del mediodía —aseveró él.

—¿Cómo me orientaré? —preguntó ella.

El hombre dirigió la mirada hacia las montañas y señaló.

—¿Ves la montaña con dos picos?

—Sí.

—Vuela alejándote de ella, manteniéndola alineada con esta playa. Avistarás la costa a tu derecha. Si al cabo de unas horas no la ves, tuerce a la derecha hasta que aparezca. Síguela hasta el extremo de la península. Luego, encamínate directamente hacia el sur. Hay muchos islotes pequeños en torno a Elay. Si vuelas durante más de una hora sin ver uno solo, es que has pasado Elay de largo y debes dirigirte de nuevo hacia el norte.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Gracias, Tyrli.

Él inclinó la cabeza.

—Buena suerte, Auraya la Blanca. Vuela alto, vuela deprisa, vuela bien.

—Que los dioses te guíen y te protejan —respondió ella.

Tras colocarse de nuevo de cara al mar, Auraya invocó magia y se proyectó hacia arriba. La playa se alejó con rapidez de sus pies hasta que Tyrli quedó reducido a un punto diminuto en un gran arco de arena teñida de dorado por el sol naciente. Volvió la mirada hacia las montañas y tomó nota mental de la posición de los dos picos. Se situó de espaldas a ellos y se propulsó en la dirección contraria.

Durante los últimos meses, se había acostumbrado a imitar a los siyís al volar. Ahora que estaba sola, no sentía la necesidad de fingir que sus movimientos estaban constreñidos por la fuerza física o la atracción terrestre. Comenzó a experimentar. Los siyís solo podían volar tan deprisa como se lo permitían el viento y su resistencia física. Como ella no tenía idea de qué velocidad podía alcanzar, empezó a acelerar.

El viento ya representaba un problema, y ella supuso que este sería el factor que la limitaría. Le golpeaba el rostro, le secaba los ojos y le enfriaba el cuerpo. Aunque podía usar la magia para generar calor, descubrió que, conforme avanzaba más deprisa, el viento la despojaba de él. Curiosamente,

también le resultaba cada vez más difícil respirar.

Creó un escudo mágico frente a sí. Esto la frenó de golpe, del mismo modo que un remo se frena al entrar en el agua. Supuso que el escudo producía este efecto debido a su forma. Ella no necesitaba un remo, sino... una punta de flecha. Modificó su escudo, dándole forma de cono puntiagudo. Ahora hendía el aire con facilidad. Desviaba el viento en torno a ella, lo que le permitía volver a respirar.

Nunca se había desplazado con mayor celeridad que en aquel momento, ni por tierra ni en el cielo, pero lo único que se lo indicaba era el rugido del viento alrededor de ella. Se encontraba a demasiada altura sobre el mar para que este le diera una auténtica sensación de velocidad, y no había cerca siyís o rainas con los que compararse.

Al dirigir la vista al frente, divisó una sombra en el horizonte: la costa que Tyrli le había descrito. Si volaba a ras de suelo, tal vez se formaría una idea más exacta de la velocidad que llevaba. Observó con impaciencia la costa que se aproximaba. Una pared de roca apareció. Acantilados. Cuando por fin los alcanzó, giró a la izquierda para seguir aquel camino peñascoso y vertical.

Al hacerlo, sintió un escalofrío de emoción. La pared de roca desfilaba veloz junto a ella. El aire siseaba. Estaba volando más deprisa de lo que imaginaba, pero no podía determinar con precisión a qué velocidad. ¿La misma que si estuviera cayendo, tal vez?

Aunque habría ido más rápida en línea recta, advirtió que estaba siguiendo las curvas del acantilado. Le producía una sensación de euforia. Entraba en las bahías describiendo una curva vertiginosa y esquivaba las puntas que se adentraban en el mar. Avistó un arco de piedra frente a sí. Pasó por debajo y comenzó a zigzaguear entre varios peñascos elevados que habían sobrevivido a la lenta erosión de la pared. Más adelante, vio uno que se erguía como un centinela, al otro lado de la punta siguiente. Se acercó y lo rodeó volando.

Cuando se volvió de nuevo hacia la costa, se llevó una desilusión. A partir de allí, los acantilados torcían bruscamente hacia el nordeste. El centinela marcaba el final de la península. Su coqueteo con la costa tenía que terminar.

Girando de nuevo en torno al centinela, se elevó despacio hasta llegar a la cima y se posó en una superficie llana de roca. El silbido agudo del viento a través de las grietas y hendiduras del peñasco le parecía silencioso después del bramido del viento durante su vuelo. Contempló la línea de la costa antes de tender la mirada hacia el mar.

Borra aún estaba demasiado lejos para divisarlo desde allí. Por el momento, Auraya llevaba un buen ritmo. Tal vez si seguía volando a la misma velocidad, tardaría menos de media hora en llegar a su destino. Tras invocar más magia, emprendió el último trecho de su viaje.

El primer islote apareció al cabo de unos minutos. Pronto lo siguieron otros, y luego vislumbró unas islas más grandes. Más tarde, cuando se encontraba sobre ellas, unas aún más enormes asomaban en el horizonte.

A diferencia de los islotes, que parecían cimas de dunas recubiertas de vegetación a causa de las mareas, las islas grandes semejaban montes pequeños medio sumergidos. Lo primero que sobrevoló fue un par de montañas unidas entre sí por una cresta rocosa. A su izquierda, se alzaba una cumbre solitaria más baja, y a su derecha, una isla elevada en forma de medialuna sobresalía del mar. Estas masas de tierra, junto con los islotes dispersos entre ellas, formaban un círculo del tamaño de una de las montañas de Si.

Tryli le había indicado que buscara a los elay en las playas de la isla más extensa. Ella concluyó que debía de ser la que tenía forma de medialuna. Puso rumbo hacia allí, descendiendo despacio. Cuando volaba lo bastante bajo para distinguir los arbustos cercanos a la orilla, empezó a buscar rastros de la gente del mar.

Los encontró unos instantes después. Hombres y mujeres de piel morena iban y venían por todas las playas. Estaban extendiendo tiras de algas brillantes sobre la arena, y se apreciaban formas humanas que buceaban en torno a las sombras oscuras de la vegetación, cortando más.

Aunque la mayoría trabajaba a un ritmo constante, en cada grupo parecía haber un elay que dirigía a los demás. Algunos individuos encaramados a sitios altos oteaban el mar. Uno de ellos miraba directamente a Auraya, que percibió su asombro. El vigía no agitó los brazos ni alertó a los demás de su

presencia. Ella leyó en su mente que no daba crédito a sus ojos.

Entonces se oyó un grito airado, y el vigía, sobresaltado, se volvió y bajó la vista hacia la playa cercana. El capataz de los elay agitó el puño con un gesto amenazador. El vigía señaló a Auraya. El líder alzó la mirada y retrocedió un paso, sorprendido.

«Ha llegado el momento de presentarme», pensó Auraya con ironía.

Mientras el capataz mantenía los ojos clavados en ella, otros elay interrumpieron su trabajo para averiguar qué estaba mirando. Ella frenó su descenso, pues ahora percibía en ellos tanto miedo como admiración. Aunque se dirigía hacia un punto situado a varios pasos de distancia, ellos recularon aún más.

Entonces, tan pronto como sus pies tocaron el suelo, se postraron en la arena.

Ella pestañeó, atónita, y exploró sus pensamientos. Vio de inmediato el motivo de su reacción: la habían tomado por Huan.

—Habitantes de Borra —dijo despacio seleccionando en sus mentes las palabras correspondientes en su idioma—. No os humilléis ante mí. No soy la diosa Huan, sino una de sus servidoras.

Los elay irguieron la cabeza. Tras intercambiar miradas, se pusieron en pie poco a poco. Ella pudo verlos con claridad. Eran solo ligeramente más bajos que los pisatierra, y carecían por completo de pelo. Su tez era de un azul negruzco liso y reluciente, semejante a la piel de los neres de mar con los que había nadado junto a los buques, en el viaje de regreso desde Somrey. Tenían el pecho amplio, y las manos y los pies planos, con membranas entre los dedos. Mientras ellos la contemplaban, se fijó en el borde rosado de sus ojos. Cuando parpadearon, descubrió que el color rosa era de otra membrana, que se cerraba sobre sus ojos como un segundo par de párpados.

Todas las miradas estaban puestas en ella. Leyó sus pensamientos por encima. Varios habían llegado enseguida a la conclusión de que, si no era una diosa ni una siyí, como saltaba a la vista, debía de ser una pisatierra y no era de fiar. Estos elay la observaban con una suspicacia indisimulada y un atisbo de odio que crecía en su interior. Los demás seguían perplejos y les costaba pensar con claridad. Ella supuso que integraban el estrato inferior de la

sociedad elay; el de los menos despiertos o los más desfavorecidos. Realizaban aquellos trabajos de poca monta porque no podían hacer muchas cosas más. Auraya se concentró en el capataz. No era más inteligente, pero gracias a su bravuconería había conseguido aquel puesto de mayor categoría.

Cuando sus miradas se encontraron, el hombre enderezó la espalda.

—¿Quién eres? —preguntó en tono imperativo.

—Soy Auraya la Blanca —respondió ella—. Me cuento entre los Elegidos de los dioses. Vengo en nombre de las deidades para entrevistarme con el líder de todos los Elay: el rey Ais.

El capataz entornó los párpados.

—¿Por qué?

—Para...

Le resultaba difícil encontrar las palabras adecuadas, pues las mentes de los jornaleros elay estaban repletas de términos que ellos asociaban con los pisatierra: asesinato, violación, robo. Los conceptos de paz, negociación o alianza no les pasaban por la cabeza en aquel momento, así que Auraya cambió de enfoque. El capataz no esperaba que ella diera explicaciones.

—Solo puedo exponerle mis motivos al rey —dijo.

El capataz asintió.

—¿Quieres enviar a uno de tus hombres a avisar al rey de mi llegada? —preguntó ella.

—¿Por qué? —inquirió él con el ceño fruncido.

—No deseo entrar en vuestra ciudad sin permiso —contestó Auraya.

El hombre caviló un momento y miró a los jornaleros que lo rodeaban. Señaló al hombre que la había avistado primero, el vigía. Permanecía encorvado y su piel no tenía brillo. Ella notó una sensación de incomodidad en él y advirtió que estaba deshidratado por haber pasado demasiado tiempo fuera del agua.

—Ve a decírselo a Ri —dijo el capataz—. Enviaré a alguien a palacio. —En cuanto oyó la orden, el vigía se alegró ante la perspectiva de un chapuzón decente. Cuando este se lanzó al agua, el capataz se volvió hacia Auraya—. Tardará bastante. El palacio no hace mucho caso a los recolectores. Y ahora, tenemos trabajo. Puedes esperar aquí, si quieres.

Ella asintió. Sin dirigirle una palabra más, el hombre levantó la voz y aguijoneó a los trabajadores para que volvieran a sus tareas. Auraya los contempló durante un rato, pero cuando captó varios pensamientos hostiles respecto a sus miradas, se apartó y fingió que tenía la atención en otra parte.

El sol alcanzó su cénit y comenzó a descender. Aunque los elay no hacían pausas para descansar, se detenían de vez en cuando para humedecerse la piel. Sondeando sus mentes, Auraya aprendió algunas cosas sobre sus costumbres.

Su ciudad estaba superpoblada, por lo que la mayoría de los elay vivía en habitaciones diminutas. La convivencia en cuartos reducidos los había vuelto respetuosos hacia el espacio de los demás. Había tabús profundos sobre el contacto físico o visual, basados en una jerarquía social estricta.

No podían ser más distintos de los siyís.

Pese a las desigualdades de clase y de poder, poseían un fuerte sentido del deber respecto a sus conciudadanos. Aquellos hombres y mujeres emergían por su propia voluntad de la ciudad para cosechar algas, sometiéndose a los abusos de personas como el capataz y exponiéndose a los ataques de los saqueadores, pues de ese modo ayudaban a alimentar a su pueblo. Auraya percibió la preocupación de muchos de ellos por un jornalero que estaba enfermo y al que habían llevado comida.

Incluso los ricos y poderosos contribuían a la seguridad de la ciudad. Si el rey sabía que sus súbditos pasaban hambre, mandaba repartir alimentos entre ellos. Ofrecía cuatro veces al año un festín al que invitaba a todos los elay. Incluso figuraba en la lista de turnos de guardia y subía la larga escalera para otear el horizonte por si se aproximaban saqueadores.

«¿Una escalera? ¿Por encima de la ciudad? —Auraya sonrió—. O sea que hay otro acceso a la urbe aparte de la vía submarina».

Era un dato interesante, aunque no pensaba aprovecharlo. Si lo hiciera, jamás se ganaría la confianza de los elay. La lectura de las mentes de los jornaleros le había dejado claro el terrible impacto que los saqueadores habían tenido sobre la vida de la gente del mar. No le extrañaba que aborrecieran a los pisatierra con tanta intensidad. Aunque su condición de representante de los dioses tal vez le valdría una audiencia con el rey, no le

garantizaría nada más. Tendría que demostrar que era digna de confianza.

Suspiró. «Y no tengo tiempo para eso».

—Mujer pisatierra.

Cuando oyó aquella voz ronca dio un brinco y, al volverse, vio que el capataz se acercaba. Se levantó y caminó a su encuentro.

—El rey ha enviado una respuesta a tu mensaje —le informó el hombre con voz titubeante. Auraya comprobó, desalentada, que el capataz estaba armándose de valor. Temía que ella se enfadara y descargara su ira contra él —. Ha dicho: «El rey de Elay no desea recibir a la pisatierra que asegura hablar en nombre de los dioses. Los pisatierra no son bienvenidos aquí, ni siquiera en el islote más pequeño. Vete por donde has venido».

Ella asintió despacio. No había asomo de engaño en la mente del hombre. Quizá las palabras no eran textuales, pero el sentido general era el mismo. El capataz la miró con recelo antes de alejarse a toda prisa.

¿Juran?

¿Auraya?, respondió Juran de inmediato.

El rey de los elay ha denegado mi solicitud de entrevistarme con él. Me parece que no cree que yo sea quien afirmo ser. —Repitió el mensaje—. Y eso no es todo. El odio de esta gente hacia los pisatierra es muy fuerte. Creo que tendremos que demostrar que somos de fiar. Ojalá pudiéramos hacer algo respecto a esos saqueadores...

Eso nos dejaría sin un incentivo poderoso para persuadirlos de que se alíen con nosotros.

Dudo que la promesa de encargarnos de los saqueadores algún día los convenza. A diferencia de con los siyís, la ayuda tendrá que llegar antes que la alianza, no después.

No podrás saberlo con certeza hasta que te reúnas con el rey. Persevera. Regresa mañana y todos los días sucesivos. Como mínimo, lo impresionarás con tu determinación.

Ella sonrió.

Así lo haré.

Al bajar la vista hacia los trabajadores, vio que ahora se estaban atando grandes pacas de algas a la espalda. Algunos entraban caminando en el agua

y se alejaban a nado. Ella captó fragmentos de pensamientos que le revelaron que se marchaban antes de lo habitual y que, según sospechaban algunos, esto se debía a que Auraya daba miedo a los capataces.

Ella suspiró, frustrada. ¿Cómo iba a ganarse la simpatía de los elay, si su mera presencia en la playa producía un efecto negativo en ellos?

«Ya me avisó Huan que esto sería todo un desafío», recordó.

Con una sonrisa irónica, invocó magia y salió despedida hacia el cielo.

29

Mientras los oscuros pliegues del sueño la liberaban poco a poco, Emerahl oyó unas voces.

—Jade, despierta.

—Seguramente no es su nombre real.

—No sé cuál es su nombre real, ¿tú sí?

—No, no quiso decírmelo.

—¿Se lo preguntaste?

—¿Tú no?

—No. No es de buena educación.

—Yo conocía a una chica que se llamaba Jade.

—Es un nombre bonito. No como Marca. ¿A quién se le ocurre ponerle «Marca» a su hija? Odio mi nombre.

«¿Quiénes son estas mujeres? —Emerahl notó que recuperaba la conciencia por completo y que los recuerdos le volvían a la cabeza—. No son más que mis compañeras de habitación. —Arrugó el entrecejo—. ¿Se han levantado antes que yo? Eso no es normal...»

—¿Y a quién se le ocurre ponerle «Marea» a la suya? ¿O «Luz de Luna»? —preguntó Marea.

Marca soltó una risita.

—Mi hermano pequeño tenía un mujuk llamado Luz de Luna.

—Luz de Luna. Diamante. Inocencia. Son nombres propios de busconas o

mascotas. Solo un idiota condenaría a su hija llamándola así. Jade no está tan mal, supongo. Mira, por fin ha despertado.

Al abrir los ojos, Emerahl se quedó contemplando a las dos atractivas jóvenes. Se incorporó, bostezando.

—¿Qué hacéis levantadas tan temprano?

Marca sonrió avergonzada.

—Rozea ha convocado una reunión. Será mejor que te vistas. Ya mismo.

Emerahl sacó las piernas de debajo de las mantas y se desperezó. Las otras dos chicas llevaban sayos viejos en lugar de los buenos. Emerahl eligió el sayo raído y sin adornos que Hoja le había dado para que lo llevara en sus horas libres o durante las clases, y se lo puso a toda prisa.

Mientras se vestía, vio y oyó a otras chicas que pasaban por el corredor. Aunque Marca y Marea aguardaban en silencio, ella percibió emoción y expectación en sus mentes.

—Bueno, ¿de qué va la reunión? —preguntó mientras se peinaba rápidamente.

—No lo sé —contestó Marca.

—Seguro que tendrá que ver con la guerra.

—Cuanto antes termines, antes lo sabremos —la apremió Marca.

Emerahl sonrió y se dirigió hacia ellas, que la esperaban en la puerta. Salieron al pasillo, con Marca a la cabeza. Emerahl tomó nota mentalmente del recorrido y, después de subir una tercera escalera, dedujo que la reunión tendría lugar en la planta superior del burdel.

Unos pasos más adelante, atravesó una gran puerta doble en pos de sus compañeras y entró en una sala enorme. Había dos hileras de ventanas en paredes opuestas. Un biombo ancho con escenas sexuales pintadas se alzaba en una tarima al fondo de la sala. La mayor parte de la estancia estaba repleta de chicas.

Emerahl miró alrededor, sorprendida ante la presencia de tantas. Mientras que a algunas apenas las había tratado desde que había llegado al prostíbulo, otras se habían presentado y le habían dispensado una bienvenida cordial. Allí había chicas a las que nunca había visto. Al recorrer los rostros con la mirada, topó con uno inconfundiblemente masculino, y cayó en la cuenta de

que también había hombres jóvenes en la estancia. Tampoco había visto nunca a prostitutas allí.

—Es la sala de baile —murmuró Marea—. Rozea da dos o tres grandes fiestas al año aquí. A veces asiste el rey. El año pasado...

Sus palabras quedaron ahogadas por los tañidos de una campana. Las caras se volvieron hacia la tarima. Rozea había aparecido. La madama aguardó a que se impusiera el silencio, y entonces entregó una gran campana dorada a Hoja.

—Es un placer volver a veros a todos juntos —dijo, sonriente—. Tantos rostros hermosos en una misma habitación. —Echó una ojeada rápida a la sala, y su expresión se tornó más severa—. Ya os habréis enterado todos de que el ejército de Toren partirá dentro de una semana para unirse a la lucha contra los invasores pentadrianos. Muchos de nuestros clientes irán a la guerra para jugarse la vida por nosotros. —Hizo una pausa y sonrió—. Y nosotras partiremos con ellos.

A Emerahl le cayó el alma a los pies. Lo último que necesitaba era ir detrás de los sacerdotes que querían encontrarla. Tendría que marcharse del burdel.

—Bueno, no todos —precisó Rozea—. Algunos os quedaréis aquí. Dejaré que cada uno decida qué hará. Viajaremos de la manera más confortable posible. Ya he mandado fabricar tarnes y tiendas de campaña. Nuestros clientes seguirán siendo de categoría, y esperan ciertos lujos a cambio de su dinero. —Sonrió de nuevo—. Para algunos de vosotros, será una ocasión única para viajar fuera de Porin. Además, seréis testigos de un acontecimiento histórico. No todos los días se tiene la oportunidad de ver a los Blancos en batalla. Con un poco de suerte, incluso llegaréis a conocer a alguno de ellos.

Emerahl reprimió una sonrisa. Rozea estaba consiguiendo que acompañar a un ejército pareciera una aventura maravillosa. Habría mucho trabajo en condiciones duras y peligrosas. Ella dudaba que ninguna de aquellas chicas (o chicos) se hubiera tragado el bonito discurso.

Sus sentidos le revelaron que la estancia bullía de entusiasmo. Emerahl exhaló un suspiro. «Estos jóvenes no saben nada sobre la guerra —se recordó

a sí misma—. Por lo que he oído, no ha habido ninguna desde hace más de cien años».

Sin embargo, había un par de ojos que no brillaban de emoción. Luz de Luna se encontraba a un lado, con expresión distante. Emerahl percibió una ligera envidia en ella. Rozea adoptó de nuevo un tono formal.

—Los que queráis ir, acercaos al frente de la sala. Los que queráis quedaros, pasad al fondo. Vamos, no tenéis que avergonzaros, elijáis lo que elijáis. Necesito personas que vengan conmigo y personas que se queden.

Marca se dirigió al frente con determinación. Tras vacilar unos instantes, Marea la siguió. Emerahl permaneció en su sitio, cerca del fondo. Cuando el movimiento en la sala cesó, Rozea escrutó los rostros de quienes tenía más cerca. Frunció el ceño y volvió la mirada hacia el otro extremo de la estancia. Cuando divisó a Emerahl, apretó los labios, decepcionada. Emerahl sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Intentó pensar un motivo por el que Rozea quisiera que ella se embarcara en el viaje, pero no se le ocurrió ninguno.

La mujer devolvió su atención al reducido grupo que tenía delante.

—Gracias. Quedaos aquí, y Hoja apuntará vuestros nombres. Os concedo el día libre para que visitéis a vuestras familias antes de partir, si queréis. Os doy las gracias una vez más.

Descendió de la tarima y caminó con grandes zancadas hacia la puerta doble. Cuando llegó, se detuvo un momento y miró a Emerahl.

—Jade, ven conmigo. Quiero que hablemos.

Reprimiendo un suspiro, Emerahl siguió a Rozea hasta una habitación espaciosa equipada con una cama descomunal que parecía propia de un rey. «De hecho —pensó—, probablemente está reservada para el rey». La mujer cerró las puertas en silencio y se volvió hacia ella.

—¿Por qué no quieres acompañarnos, Jade?

Emerahl exhaló y apartó la vista.

—Acabo de llegar. Me siento cómoda y segura por primera vez en..., bueno, en mucho tiempo.

Rozea sonrió.

—Entiendo. ¿Y si te dijera que tengo planes para ti? ¿Y si te dijera que,

para cuando regresaras a Porin, serías la dama de placer más rica y solicitada de todo Toren?

—¿A qué te refieres?

La sonrisa de Rozea se ensanchó. Tomó a Emerahl del brazo y la atrajo lentamente hacia la cama. Se sentaron.

—Luz de Luna está embarazada. No puedo llevármela conmigo, y pronto necesitaré a una nueva favorita, de todos modos. Los comentarios que los clientes hacen sobre ti me dan la razón. Eres buena en tu trabajo. Posees cierta cualidad que intriga a los hombres. Quiero que seas la nueva favorita. Para dar la impresión de que te has hecho merecedora del puesto, partirás con las chicas y asumirás tu nuevo papel cuando...

—No quiero ser la nueva favorita —la interrumpió Emerahl.

Rozea arqueó las cejas.

—¿Por qué no? Tendrás menos clientes, y solo los mejores. Ganarás diez veces más de lo que ganas ahora.

—Pero Panilo...

—Si ocupa un lugar especial en tu corazón, podrás seguir viéndolo.

—No quiero marcharme de Porin.

Rozea se puso derecha y cruzó los brazos.

—Te doy unos días para que lo pienses. Tengo que advertirte una cosa, Jade. Debes ganarte la comodidad y la seguridad de las que gozas aquí. Seas o no la favorita, vendrás conmigo. —Señaló la puerta con la barbilla—. Vete.

Emerahl inclinó la cabeza y salió de la habitación. El nudo en su estómago se había convertido en un bulto endurecido por la ansiedad. Miró a las prostitutas que charlaban animadamente en torno a ella y suspiró. «Creía que había encontrado un lugar donde ocultarme y pasar inadvertida. En vez de eso, me convertiré en la meretriz favorita de la ciudad. ¡Para que luego hablen del anonimato de la prostitución! —Consideró las opciones que tenía. Podía abandonar el burdel ahora y quedarse en Porin sola, desprotegida y con poco dinero en una ciudad medio desierta—. Y eso si Rozea me paga. —Emerahl se mordisqueó el labio—. O podría irme de la ciudad con Rozea y las chicas».

Rozea seguramente avanzaría detrás de los carros de provisiones del

ejército. Los sacerdotes marcharían en cabeza de la columna, al frente de las tropas. No prestarían mucha atención a la retaguardia. Sin embargo, el sacerdote que la buscaba tal vez se imaginaría que ella aprovecharía la oportunidad para huir de la ciudad y se quedaría rezagado para buscarla. «Esto es de lo más frustrante. Ni siquiera sé si el sacerdote sigue vigilando las puertas». No le gustaba correr riesgos, por reducidos que fueran. Un error pequeño podía acarrearle la muerte. Ella había vivido mucho, y cuanto más vivía, más apego sentía por la vida.

«O eso, o simplemente me he vuelto más cobarde.

»En ese caso, debo superarlo. A veces hay que arriesgarse para no acabar atrapada y amargada. ¿Qué riesgo es peor?»

Tal vez salir de la ciudad con las prostitutas era menos peligroso que marcharse sola. Si estaba rodeada de chicas, quizá los sacerdotes se fijarían menos en ella. Por otro lado, tal vez destacaría por ser la única con una mente imposible de leer.

«A menos, claro está, que crean que hay una buena explicación para mi falta de pensamientos. Una buena explicación como estar muerta... o inconsciente».

Una sensación fría le erizó la piel. Fingir su muerte era algo que no quería volver a hacer si podía evitarlo. Por otro lado, sumirse en un estado de inconsciencia... Había muchas maneras de conseguirlo, no todas ellas desagradables.

—¿Qué ocurre, Jade?

Al volverse, Emerahl vio que Marca se acercaba.

—Rozea me ha ordenado que vaya.

Marca soltó un resoplido.

—Y decía que nos dejaría elegir. ¿Visitarás a tu familia antes de partir?

—No, ¿y tú?

La chica se encogió de hombros.

—Seguramente. No me caen muy bien, pero aprovecharé la oportunidad para pasar el día fuera del burdel.

Emerahl arrugó el entrecejo. Dudaba que Rozea la dejara salir. ¿Cómo conseguiría las sustancias que necesitaba para perder el conocimiento?

Entonces se le ocurrió la solución más obvia.

—¿Podrías hacerme un favor, Marca? —preguntó en voz baja.

La chica sonrió.

—Depende. ¿De qué se trata?

—Seguramente necesitaré algo que me ayude a relajarme durante el viaje.

¿Podrías comprarme algunas cosas cuando estés fuera?

Marca enarcó las cejas antes de esbozar una gran sonrisa.

—Claro.

La cálida corriente ascendente del barranco elevó al joven miembro de la tribu del lago Verde. Ladeó las alas y se posó con ligereza en la cima del precipicio. Tenía el rostro encendido a causa de la vergüenza y la rabia.

—No es fácil, ¿verdad? —le preguntó Tryss con una sonrisa torcida—. Recuerda lo duro que fue aprender a tirar con arco. Esto es aún más difícil. Tanto tu presa como tú estáis en movimiento. Si tuviste la dedicación necesaria para aprender a usar el arco, tienes lo que hay que tener para dominar esto.

La expresión del hombre se suavizó un poco. Tryss se volvió hacia el guerrero que estaba al lado, un joven de aspecto huraño, y frunció el ceño.

—Llevas el arnés demasiado suelto.

El hombre lo miró con mala cara.

—Es incómodo.

Tryss clavó los ojos en él.

—No me extraña. Si lo llevaras bien ajustado, se movería contigo. Colgando de ese modo, lo único que hace es estorbarte. Cuando volaste por primera vez con un arco a la espalda, seguro que notabas su peso. Supongo que te enseñaron que debías atarlo con firmeza a tu cuerpo o podía ser peligroso durante el vuelo. Lo mismo sucede con este arnés. Como con el arco, pronto te acostumbrarás a la sensación y al peso. Cíñetelo bien y...

Un grito de diversión y unas risas ahogaron sus palabras. Tryss se volvió para ver a un grupo de muchachos dirigidos por Sreil aterrizar cerca de allí. Llevaban unas mochilas pequeñas a la espalda. Al fijarse en ellos, Tryss

suspiró aliviado. Las mochilas estaban llenas de dardos y flechas de repuesto para los arneses. Los siyís demasiado jóvenes o demasiado viejos para luchar los fabricaban en grandes cantidades. Tryss sabía que la idea de aprender a utilizar el arnés entusiasmaría más a los miembros de la tribu del lago Verde si había perspectivas de matar algo de verdad.

Los chicos repartieron los dardos y las flechas mientras Tryss les daba instrucciones sobre cómo colocarlos en sus arneses. Advirtió que el hombre huraño se había apretado al fin las correas de su arnés. Sreil envió a los muchachos a casa y se volvió hacia Tryss.

—¿Puedo hablar un momento contigo?

Tryss asintió.

—Buscad alguna presa que valga la pena —les indicó a los guerreros—. Yo os alcanzo luego.

Varios de los hombres sonrieron. Dieron media vuelta y saltaron desde el precipicio. Tryss los observó para asegurarse de que todos los arneses funcionaran bien. Tres días antes, un arnés mal hecho se había atascado. Aunque su dueño no estaba muy lejos del suelo, se había roto las piernas a causa de la caída. Desde entonces, Tryss recomendaba que un miembro de cada tribu con conocimientos sobre el uso y la factura de los arneses los inspeccionara cuidadosamente a diario.

—He vuelto a hablar con Drili —dijo Sreil.

A Tryss le dio un vuelco el corazón. Miró a Sreil con expectación.

—¿Y?

—No ha sido fácil —añadió Sreil—. Su padre prácticamente la tiene encerrada en su enramada a todas horas. Creo que sospecha algo. Mi madre no fue muy sutil respecto a nuestras intenciones el día que nos reunimos con la tribu del río Serpiente. No me sorprendería que...

—¡Sreil! ¿Qué ha dicho?

El chico sonrió de oreja a oreja.

—Pero qué tenso estás hoy. Cualquiera pensaría que estás a punto de casarte.

Tryss cruzó los brazos y fulminó a Sreil con la mirada. Desde que Tryss había empezado a entrenar al hijo de la portavoz, le había complacido

descubrir que se llevaba bien con él. Nada parecía molestar a Sreil. Les encontraba un lado gracioso a todas las situaciones. En ocasiones, su sentido del humor era deliciosamente oscuro; otras veces, resultaba exasperante. Como ahora.

Sreil levantó la mano como para parar un golpe.

—No me mires así. Me das miedo.

Tryss no despegó los ojos de él.

—De acuerdo. Ha dicho que sí.

Dos emociones se apoderaron de Tryss: el alivio y un terror vertiginoso. Drili quería casarse con él. Estaba dispuesta a desobedecer a su padre y abandonar su tribu para convertirse en su esposa.

Él iba a casarse.

«No es que no podamos cambiar de idea dentro de unos años —se dijo—, si ella decide que en realidad no le gusto».

Aun así, aquello marcaría el final de su infancia. Serían adultos con muchas responsabilidades hacia su tribu. No solo tendrían que realizar las tareas sencillas que les encargaban sus padres, sino recolectar alimentos, construir enramadas y luchar.

«Es justo lo que hago ahora, de todos modos. Solo que, en vez de volver a casa con mis padres, volveré a casa con Drili..., y tal vez con una criatura, dentro de un año más o menos».

Sonrió al imaginarse jugando con su hijito o hijita. Esta idea lo atraía. La de cosas que podría enseñarles...

«Solo tengo que sobrevivir a esta guerra primero..., y ella tiene que sobrevivir al parto».

Ahuyentó este pensamiento de su mente. No podía ir por la vida temiendo siempre lo peor. La gente superaba los obstáculos que surgían en su camino. Por ahora, su única preocupación, aparte de entrenar a los guerreros, era alejar a Drili de su padre a fin de que la boda pudiera celebrarse. Para ello necesitaría la ayuda de Sreil.

—Bueno, ¿quién oficiará el ritual? —preguntó—. ¿Tu madre?

—No —respondió Sreil con una sonrisa—. No le importa que la gente abrigue sospechas sobre su intervención en este asunto, pero no quiere

confirmarlas. Si oficiara el ritual, quedaría claro que ella lo planeó todo. En cuanto liberemos a Drili, acudiré a otro portavoz. El jefe de la tribu de la montaña del Templo sigue aquí. Apuesto a que no tiene idea de lo que pasa.

—¿Y si se niega?

—No puede. La ley lo obliga a hacerlo.

Tryss respiró hondo.

—¿Cuándo será, entonces?

Sreil hizo una mueca.

—Dependerá del padre de Drili. Tendremos que esperar a que él y su esposa la dejen sola en la enramada.

—¿No podemos amañar algo, darles algún motivo para salir?

Sreil sonrió de nuevo.

—Claro. Sí, eso es lo que haremos. —Se frotó las manos regodeándose—. Esto será de lo más divertido.

—Tal vez para ti —replicó Tryss—. Yo estaré muriéndome de nervios. —Una sonrisa asomó a sus labios—. Me alegra que lo pases tan bien ayudándonos, Sreil.

El otro chico se encogió de hombros.

—Será mejor que me vaya y empiece a tramarlo todo. Me parece que tus alumnos han encontrado una presa que vale la pena.

Tryss escrutó el cielo hasta que avistó a los guerreros del lago Verde. Estaban volando en círculo, y uno de ellos bajó en picado hacia los árboles.

—Más vale que me cerciore de que tengan cuidado.

Tras despedirse de Sreil con una inclinación de cabeza, saltó del barranco y remontó el vuelo hacia su último grupo de aprendices de guerreros.

30

La ropa nueva de Danyin, su uniforme de consejero, era tiesa y apretada. Hasta ahora se le antojaba imposible que algo fuera más incómodo que el atuendo elaborado que los nobles debían llevar en público. El chaleco de cuero grueso del uniforme, diseñado para que semejara una armadura, le venía demasiado ajustado sobre un sayo blanco que parecía un intento austero de imitar un cirque de sacerdote. Saltaba a la vista que quien había confeccionado los uniformes era incapaz de decidir si los consejeros pertenecían a la clase militar o sacerdotal, así que había mezclado elementos de ambos tipos de indumentaria.

La puerta de su habitación se abrió. Al volverse, vio que Silava lo contemplaba con fijeza.

—Horrendo, ¿verdad?

Ella asintió.

—Si se te presenta la ocasión, deshazte del chaleco, no del sayo. Creo que tendrías un aspecto aceptable solo con el sayo, pero no tienes cuerpo para llevar únicamente el chaleco.

Él se dio unas palmaditas en el pecho y el vientre.

—¿A qué te refieres? ¿Acaso no soy lo bastante viril?

Ella esbozó una sonrisita.

—No pienso responder a eso. Si te desembarazas tanto del chaleco como del sayo, procura hacerlo en el orden correcto. Tu adversario probablemente

quedará deslumbrado por el blanco de tu piel. O se reirá con tantas ganas que se le caerá la espada. De cualquier modo, te brindará la oportunidad de huir.

Danyin resopló, indignado.

—¿Huir, yo?

Aunque él esperaba una pulla sobre su estado físico, la expresión de Silava se tornó seria.

—Sí —dijo. Se le acercó y lo miró a los ojos—. Huir. Soy demasiado joven para quedarme viuda.

—No pienso... Un momento. ¿Demasiado qué?

Ella le propinó un pellizco en el brazo que le dolió a pesar del grosor de la tela.

—¡Ay!

—Tú te lo has buscado. Intento que entiendas lo mucho que me preocuparé por ti.

Aunque le vinieron a la mente varias respuestas descaradas, Danyin las hizo a un lado. Le rodeó delicadamente los hombros con los brazos. El material del chaleco se resistió al movimiento, y él sintió una punzada de rabia al pensar que incluso abrazar a su esposa le resultaba difícil por culpa de aquel atavío ridículo.

Silava se sorbió la nariz. Él se apartó, sorprendido. Ella se enjugó las lágrimas y le dio la espalda, avergonzada.

—¿Tendrás... tendrás cuidado? —preguntó en voz baja.

—Por supuesto.

—Prométemelo.

—Te lo prometo. Tendré cuidado.

Ella asintió y retrocedió.

—Te tomo la palabra.

El sonido de unos pasos que se aproximaban atrajo su atención hacia la puerta. El criado apareció, jadeando.

—Pa-Lanza ha llegado.

Danyin asintió.

—Enseguida bajo a recibirlo. —Se volvió hacia su esposa y la besó—. Adiós, por ahora.

Aunque a Silava le brillaban los ojos, su voz sonó normal.

—Adiós, por ahora.

Él vaciló, reacio a dejarla en aquel estado, pero ella agitó la mano con impaciencia.

—Anda, no hagas esperar a tu padre.

—No, eso no estaría bien.

Ella consiguió sonreír. Él le guiñó un ojo y salió de la habitación. Mientras bajaba la escalera hacia la planta baja, aspiró profundamente y se armó de valor para soportar el desprecio de su padre.

Hacía frío fuera, pese a que el sol de la mañana resplandecía con fuerza. Pa-Lanza lo aguardaba en un platén cubierto. Danyin salió de su casa y subió al vehículo.

—Padre —saludó.

—Danyin —respondió su padre—. Hace un hermoso día para partir a la guerra, ¿no te parece? Me pregunto si es obra de los dioses.

—Sea o no obra suya, todos los días sin lluvia son de agradecer —contestó Danyin.

Su padre se reclinó en el asiento y gritó al cochero que se pusiera en marcha. Cuando el platén comenzó a moverse, el hombre posó en Danyin una de sus típicas miradas calculadoras.

—Debes de estar orgulloso hoy.

—¿Orgulloso?

—Vas a arriesgar la vida por tu país. Eso es un motivo de orgullo.

Danyin se encogió de hombros.

—No correré un gran peligro, padre. Desde luego no será comparable a aquello por lo que han pasado mis hermanos recientemente. Hace falta ser bastante más valiente que yo para atreverse a viajar al sur en estos tiempos.

A su padre le brillaron los ojos.

—En efecto, su trabajo trae aparejado muchos riesgos.

Danyin rió entre dientes.

—Sí, aunque no me sorprendí cuando Rian comentó que Theran tiene la costumbre de ponerse en peligro de forma innecesaria.

—¿Rian dijo eso?

—Sí. También dijo que a Theran tampoco se le da bien obedecer órdenes, pero supongo que no es fácil para un hombre acostumbrado a ir a la suya.

Pa-Lanza observó a Danyin, entornando los párpados lentamente.

—¿Qué sabes sobre los viajes de Theran?

Danyin se encogió de hombros.

—Todo lo que él se ha molestado en explicar. Nirem y Gohren eran mucho más fiables. Y cuidadosos.

—Tú... lo sabías todo desde un principio.

Danyin le sostuvo la mirada a su padre.

—Ya lo creo que lo sabía.

Pa-Lanza lo contempló con una expresión que no denotaba aprobación ni censura.

—¿Fue idea tuya?

—No —respondió Danyin con sinceridad—. Aunque se me hubiera ocurrido a mí, no lo habría propuesto. Jamás habría expuesto a miembros de la familia a una situación peligrosa. Rian trató el tema conmigo con antelación y me mantuvo informado de sus actividades.

—Entiendo. ¿Por qué no nos dijiste que lo sabías?

Danyin sonrió.

—No era necesario. Estas cuestiones más vale no removerlas. Por el bien de todos.

—Entonces ¿por qué me lo dices ahora?

—Porque Rian y su gente están demasiado ocupados con los preparativos de guerra para comunicarte las últimas noticias, así que me he ofrecido a transmitírtelas yo mismo. —Después de una pausa, Danyin agregó—: Tal como sospechábamos, Theran fue capturado, pero nuestra gente logró rescatarlo. Nirem, Gohren y él ya están en camino hacia aquí.

Su padre asintió con el alivio claramente reflejado en el semblante, el mismo alivio que Danyin había experimentado al enterarse. Tal vez no se avenía muy bien con sus hermanos, pero no quería que los esclavizaran o los mataran.

A continuación, respiró hondo y se obligó a continuar.

—Hay algo más que debes saber, padre. Cuando Theran estaba cautivo,

sufrió torturas. Reveló muchos nombres, entre ellos los de Nirem y Gohren. Debido a esto, ni Theran, ni Nirem ni Gohren estarán a salvo si navegan por aguas meridionales. Los Blancos los han eximido de sus responsabilidades. Te aconsejo que no los envíes...

—¡No! —A Pa-Lanza le centellearon los ojos—. ¡Theran nunca haría...!

—Lo hizo —dijo Danyin con firmeza—. Nadie conoce de antemano la capacidad de uno mismo o de otra persona para resistir el tormento. Los Blancos son conscientes de ello y no lo juzgan. Le están agradecidos por lo que tuvo que soportar para traernos información sobre los pentadrianos.

Su padre apartó la vista, con la frente surcada de arrugas. «¿Podrás mostrarte indulgente, padre? —pensó Danyin—. Nunca has tolerado la debilidad, y menos aún en tus hijos».

Pa-Lanza guardó silencio durante el resto del trayecto. Los terrenos del templo, antes cubiertos de un césped pulcramente segado, se habían convertido en un caos de barro, tiendas de campaña, carretas, soldados y animales. Se había formado una larga fila de platenes en el camino que conducía a la torre. Los ocupantes se apearon, y los cocheros llevaron los vehículos a una zona de espera situada detrás de los edificios principales del templo.

Cuando su platén se detuvo al fin frente a la torre, Danyin esperó a que su padre, el cabeza de familia, bajara el primero, pero el anciano se quedó inmóvil, mirando a Danyin con expresión seria.

—Cuídate, Danyin —murmuró—. Puede que no seas mi hijo predilecto, pero eres mi hijo y no quiero perderte.

Danyin fijó la vista en su padre, sorprendido, mientras este se ponía de pie y descendía del platén. Moviendo la cabeza, su hijo lo siguió.

«De modo que esto es lo que hacía falta. Pues no pienso ir a la guerra cada vez que quiera una pequeña muestra de aprecio por su parte».

—Debo acudir a mi puesto —dijo Danyin mientras el platén se alejaba—. Cuídate, padre. Y cuida de mis hermanos.

—Seguramente tendré que dedicar el año que viene a resarcirme de las pérdidas por los acuerdos comerciales con Sennon que se han ido al garete —refunfuñó Pa-Lanza—. Adelante, pues. Ve a ocupar tu puesto en esta guerra

improductiva pero necesaria.

Danyin sonrió. «Vuelve a ser el gruñón de siempre». Tras dirigirle una cortés inclinación de cabeza, dio media vuelta para buscar a sus compañeros.

Los consejeros de los Blancos viajarían juntos en un tarne, una vez que la formación saliera de la ciudad. Aunque no le habían indicado a Danyin dónde debía reunirse con ellos, tenía cierta idea de cómo localizarlos. Tras buscar durante unos minutos, avistó un grupo reducido integrado por hombres y unas pocas mujeres que llevaban el mismo uniforme que él. Por su manera de moverse, reparó en que parecían tan cómodos como él se sentía.

Se encontraban de pie, en círculo, junto al estrado construido para que los Blancos arengaran al ejército desde él. Tenían la atención puesta en algo o alguien que estaba en medio del corrillo. Cuando Danyin llegó junto a ellos, vio que Rian les hablaba. Ocupó un hueco entre los demás.

—Consejero Danyin Lanza. —Rian posó la mirada en él y luego la paseó por el círculo—. Ahora que estáis todos aquí, hay alguien a quien debo presentaros.

Rian echó un vistazo hacia atrás y retrocedió un paso. Para sorpresa de Danyin, una tejedora de sueños aguardaba a poca distancia del grupo. A una seña de Rian, se acercó, con expresión recelosa.

—Es la tejedora asesora Raeli. Sustituye al tejedor Leiard, que ha renunciado para concentrarse en la formación de su discípulo.

Los consejeros asintieron educadamente, pero la mujer no sonrió ni les devolvió el gesto. Miró a Danyin, que cayó en la cuenta de que no había despegado los ojos de ella, a causa de la sorpresa.

—Pues le deseo lo mejor —le dijo a Raeli—. En mi opinión, era un asesor útil y fiable.

La mujer respondió inclinando ligeramente la cabeza antes de desviar la vista. Danyin se volvió hacia Rian. ¿Estaba enterada Auraya de este giro de los acontecimientos? No lo había mencionado la noche anterior, cuando había hablado con él a través del anillo. Se planteó la posibilidad de preguntárselo a Rian, pero el Blanco había dirigido la mirada hacia el estrado. Una multitud de sacerdotes se había congregado delante. Detrás estaba el resto del clero. Y, más allá, estaban las tropas. Danyin solo alcanzaba a ver los penachos de sus

cascos: los hanianos llevaban plumas azules, y los somreyanos, rojas y anaranjadas.

—Tengo que dejaros —aseveró Rian—. Estamos a punto de comenzar.

Realizó la señal del círculo con una mano, a la que correspondieron todos los consejeros menos la tejedora, y se alejó a toda prisa para unirse a Juran, Dyara y Mairae en el estrado. Tras un breve intercambio de palabras, los cuatro Blancos subieron los escalones.

De inmediato, el rumor de la muchedumbre se atenuó. Los Blancos formaron una hilera. Auraya, por ser la tercera más poderosa, normalmente se habría situado en medio de la hilera. Danyin se preguntó si estaría presenciando el acto.

«Claro que lo está presenciando —pensó—. Pero se habrá conectado con los otros Blancos. Tienen mejor vista desde allí arriba. Debe de ser todo un espectáculo».

Juran pasó al frente y levantó los brazos. Una vez que las últimas voces se redujeron a susurros y murmullos, dejó caer los brazos a los costados.

—Correligionarios circulianos. Pueblos de Hania y Somrey. Amigos y aliados leales. Os doy las gracias por acudir a mi llamamiento a las armas.

»Hoy partiremos hacia las llanuras Doradas. Allí, nos reuniremos con las fuerzas de Genria, Toren y Si. Formaremos un enorme ejército que inspirará admiración y asombro. Nunca antes se habían unido tantas naciones de Ithania del Norte con un mismo propósito.

»También inspirará espanto, pues lo que nos une es la guerra, una guerra que no hemos provocado nosotros. Una guerra en la que nos ha metido un pueblo de necios bárbaros, los pentadrianos. —Hizo una pausa. Su voz había destilado un desprecio profundo al pronunciar el nombre de la secta pagana—. Os diré lo que sé sobre los tales pentadrianos. Afirman adorar a cinco dioses, como nosotros. Pero sus dioses son falsos. Los pentadrianos esclavizan y seducen a hombres y mujeres para que les rindan culto, y se dirigen hacia Ithania del Norte con la intención de obligarnos también. ¡Pero no cederemos! —Su grito resonó con fuerza, lleno de furia.

Varias voces se alzaron en el público, sumándose a su negativa.

—¡No abandonaremos a nuestros dioses por esos sacerdotes hechiceros

corruptos! —continuó Juran.

—¡No! —respondió la multitud.

—Los expulsaremos, y tendrán que volver a sus templos paganos.

—¡Sí!

—Les enseñaremos lo que es venerar a dioses reales, con un poder real.

La muchedumbre prorrumpió en exclamaciones de entusiasmo. Juran sonrió, dejando que dieran rienda suelta a su exaltación durante un rato antes de hablar de nuevo.

—Los dioses nos han dotado a los Blancos de un gran poder para que podamos protegerlos. Hemos reunido un ejército propio. Los circulianos no somos violentos. No disfrutamos con el derramamiento de sangre. Pero nos defenderemos. Nos defenderemos unos a otros. Defenderemos nuestro derecho a rendir culto al Círculo de los Dioses. ¡Y venceremos!

Levantó el puño y lo agitó. La respuesta del gentío fue ensordecedora. Danyin contuvo una sonrisa. Con aquel sol esplendoroso y el optimismo contagioso de Juran, costaba imaginar que pudieran perder la batalla. «De hecho, es inconcebible que la perdamos —reflexionó—. ¿Cómo podemos fracasar, teniendo a los dioses de nuestro lado?»

—¡Y ahora, seguidnos! —atronó Juran por encima del bullicio—. ¡Seguidnos a la guerra!

Bajó del estrado y montó sobre su cargador. Los otros Blancos lo imitaron. Espolearon a sus magníficos rainas blancos hacia la multitud. Los sacerdotes superiores se apartaron para dejar pasar a sus líderes.

Poco a poco, todos echaron a andar tras ellos. Danyin se acercó al estrado y subió unos escalones para contemplar aquella gran masa humana que se concentraba muy despacio para incorporarse a una columna que salía del templo. Al oír un rugido distante, Danyin miró por encima de sus cabezas. Los Blancos acababan de atravesar la puerta arqueada de la ciudad. Ascendió otro peldaño y vio a cientos de personas alineadas a los lados de las calles por las que desfilaban.

Unos pasos hicieron vibrar la escalera. Cuando bajó la vista, Danyin advirtió que Lanren Rapsoda, uno de los consejeros militares, subía hacia él.

—Deberíamos acercarnos más —murmuró el hombre—. Dudo que el

ejército nos espere si no estamos listos para marchar detrás de los sacerdotes.

—Tienes razón —convino Danyin.

Bajó al suelo y se unió a los otros consejeros. Cuando los últimos sacerdotes se agregaron a la columna, Lanren dirigió a sus compañeros hacia sus puestos.

Auraya contempló las sobras de la cena del día anterior y torció el gesto. Le gustaba el pescado, pero solo había conseguido pescar ejemplares de pezpalo. Su carne tenía fama de insulsa, y ella no había encontrado especias o hierbas con las que darle un poco de sabor. Cuando se había resignado a comerse tan desabrido alimento, se había visto atormentada por impresiones del succulento banquete que Danyin estaba disfrutando mientras mantenía una conversación mental con ella.

«De haber sabido que acamparía en lo alto de un acantilado deshabitado durante días, habría traído un poco de comida. Y jabón».

Acababa de lavarse en una pequeña charca de agua de lluvia que había encontrado el día anterior. El color de su cirque distaba mucho del blanco radiante que era antes, aunque ella utilizaba sus dones mágicos todos los días para eliminar la suciedad y las manchas. A veces parecía que la magia solo le servía para los quehaceres cotidianos.

«Bueno, además de para volar y leerle la mente a la gente», rectificó.

Se acercó al borde del precipicio y tendió la vista hacia las islas de Borra. Llevaba cuatro días acudiendo allí a diario. En cada ocasión, su petición de ver al rey había sido denegada. Ayer, sin embargo, el recado que había memorizado el mensajero había sido diferente.

«Dile que solo me entrevistaré con ella si viene a palacio».

¿Temía que ella intentara engañarlo para que abandonara la seguridad de su ciudad submarina? Sin duda los elay que la habían visto habían informado al monarca de que siempre había acudido sola. ¿O le había impuesto él esta condición por mala fe, pensando que ella no sería capaz de llegar a la ciudad o se ahogaría en el intento?

Con una sonrisa, ella saltó del acantilado. Aunque habría podido entrar

fácilmente por el camino secreto a la atalaya, no habría sido una buena manera de ganarse su confianza. Si aceptaba el desafío del rey, debía acceder por debajo del agua. Su llegada suscitaría tanta curiosidad como miedo. No solo estarían interesados en saber cómo había conseguido llegar a su ciudad sin ahogarse, sino también asustados por la presencia de una forastera entre ellos.

Mientras aguardaba a que los mensajeros elay transmitieran su solicitud de una audiencia con el rey, había tenido tiempo de sobra para pensar cómo entraría en el palacio. Al observar a aquellos extraños seres del mar, se había fijado en la velocidad a la que nadaban y en cuánto aguantaban sin respirar. Era menos de lo que había imaginado. Solo podían permanecer sumergidos durante dos o tres veces más tiempo que los pisatierra. Por otro lado, nadaban con una rapidez extraordinaria. La experiencia más cercana que Auraya había tenido a la natación había sido mojarse los pies en un remanso del río próximo a su aldea. Sin embargo, eso no debía representar un problema. No tenía intención de nadar.

Hoy había mucha humedad en el ambiente. El viento azotaba el mar y lanzaba la espuma de las olas hacia arriba. La golpeaba a ella de cara, frenándola, por lo que tardó una hora más en llegar que los días anteriores. En cuanto divisó las islas, puso rumbo a la de los dos picos. Mientras descendía despacio, advirtió que las playas de aquella isla estaban desiertas. Al buscar con la mente, encontró a varias parejas de elay que montaban guardia desde la cumbre más alta y a otros que estaban en el agua. Cuando se posó sobre la arena, captó pensamientos sueltos de los vigías. La habían visto. Ella sonrió y caminó hacia el agua.

Se detuvo justo antes de llegar a las olas que lamían la playa. Creó un escudo de magia en torno a sí, se elevó ligeramente sobre el suelo, en posición vertical, y se desplazó hacia delante. Cuando se encontraba encima de aguas más profundas, comenzó a descender. El escudo se zambulló. El agua oponía resistencia a la intrusión, pero ella había practicado ya muchas veces aquella maniobra. Aunque la burbuja de aire que la rodeaba pugnaba por subir a la superficie, ella se lo impedía. Tras reforzar el escudo, se impulsó hacia abajo y se adentró en un mundo fantasmagórico.

Las ondas de luz solar creaban una ilusión de movimiento en torno a ella. Las olas, producidas por el viento, agitaban a su vez el lecho marino, levantando nubes de arena. En la penumbra, ella entreveía formas insólitas. Estructuras semejantes a árboles, hongos o huevos gigantes con dibujos en el exterior flotaban alrededor de ella, ribeteadas de hierba marina y algas que se movían adelante y atrás con la corriente. Había peces ocultos en aquel extraño jardín subacuático. Ella sospechaba que eran las mismas especies que la habían deslumbrado durante sus inmersiones experimentales, pero con los colores apagados debido a la falta de luz.

El fantástico bosque submarino se acababa de repente. Auraya se acercó al borde de un abismo y bajó la mirada hacia una negrura insondable. El fondo del mar podía estar a unos pocos cientos de pasos, o a varios miles. Con un estremecimiento, ella empezó a descender. Por lo que había leído en las mentes de los elay, sabía que su destino no se hallaba muy lejos.

Mientras caía, una silueta oscura la rodeó y se detuvo. La elay clavó la vista en ella. Auraya sonrió, pero con ello solo consiguió sacar de su estupor a la mujer, que se marchó a toda velocidad.

Aparecieron otros elay. Ellos también la miraron con fijeza antes de alejarse precipitadamente. Unas luces tenues atrajeron a Auraya a una gran abertura en la pared del abismo. Había numerosos elay entrando y saliendo, pero en cuanto repararon en ella, el flujo se interrumpió. Algunos se arremolinaron en torno a ella antes de apartarse, y otros dieron media vuelta en el acto para desaparecer en el agujero.

Auraya descubrió que el resplandor procedía de unos peces, los más feos que había visto en su vida, encerrados en jaulas pequeñas. Estas estaban dispuestas por pares, y sus ocupantes se contemplaban el uno al otro, como en trance. Cuando Auraya entró en la boca del túnel, pasó junto a un par de ellos. Uno se abalanzó hacia su compañero, pero la jaula impidió que sus dientes afilados se hundieran en la piel del otro pez.

El aire en el interior del escudo empezaba a enrarecerse. Ella resistió la tentación de moverse más deprisa, pues no quería asustar aún más a los elay. Tras avanzar durante lo que se le antojó una eternidad por el túnel que ascendía gradualmente, llegó a la primera cámara de aire.

Era poco profunda, pero lo bastante ancha para que varios elay pudieran introducirse en ella a la vez con el fin de aspirar una bocanada de aire cuando lo necesitaran. Gracias a las lecturas mentales, ella sabía que los respiraderos y grietas renovaban constantemente el aire de la cámara.

Abrió la parte superior de su escudo para dejar entrar el aire fresco. Estaba frío. Cuando notó que se le enfriaban los tobillos, cerró el escudo y descendió de nuevo.

Aunque no veía a los otros elay, percibía sus mentes tanto delante como detrás de sí. Si hubieran querido, habrían podido huir. En vez de ello, permanecían lo bastante cerca de ella para observarla. «Eso es bueno —decidió—. No son tan asustadizos como parecen a primera vista. Además, deben de tener una vista más aguda que yo».

Paró ocho veces más a repostar aire, hasta que el túnel se ensanchó de pronto y ella vislumbró varias luces sobre la superficie. Se desplazó hacia arriba. Cuando su escudo emergió, Auraya se percató de que estaba a la orilla de un lago en una caverna enorme.

Miles de agujeros habían sido practicados en las paredes, y la luz entraba a raudales por más de la mitad de ellos. Al otro extremo del lago se abría un arco amplio. Una pendiente ascendía desde el agua, como una rampa descomunal, y una multitud de elay se había apiñado al borde del lago, sin despegar los ojos de ella. Varios más salieron velozmente del agua para unirse a ellos.

El sonido de una trompa retumbó en la caverna. Los elay se dividieron a ambos lados de la rampa. Detrás de ellos apareció un grupo de hombres elay armados con lanzas y expresiones altivas. Se detuvieron a la orilla del agua para formar una línea defensiva.

Auraya avanzó despacio hasta que quedó flotando justo delante de ellos.

—Soy Auraya la Blanca. Tal como el rey me ha indicado, he venido a la ciudad de los elay para reunirme con él.

Los guerreros permanecieron inmóviles, pero varios de ellos fruncieron el ceño. Una voz se oyó a un lado.

—Yo también. Acércate. Estos hombres te escoltarán al palacio.

Auraya buscó al dueño de la voz, pero no lo vio ni percibió su presencia

cerca de allí. Intrigada, se desplazó hacia delante y posó los pies en la tierra. Los guerreros se distribuyeron en una doble fila a cada lado de ella. Auraya encogió su escudo, ajustándolo a su cuerpo, y siguió a su escolta hasta la ciudad subterránea de la gente del mar.

31

Leiard bajó la vista hacia la nieve que se acumulaba sobre las orejas peludas y los cuernos gruesos y cortos de los aremes que avanzaban delante de él. El andar lento y pesado de las bestias grandes y cubiertas de manchas que arrastraban el tarne de cuatro ruedas resultaba relajante. Los aremes eran seres fuertes y apacibles, muy aptos para tirar de vehículos o arados. Leiard recordaba haber visto estatuas en ruinas de aremes uncidos a carros que databan de épocas remotas, por lo que sabía que habían sido domesticados miles de años atrás. Se podía cabalgar sobre ellos, pero caminaban despacio, respondían a las órdenes con demasiada lentitud y tenían el lomo demasiado ancho para ser monturas cómodas. Ningún hombre o mujer noble se rebajaría jamás a montar en un arem. Por otro lado, los rainas de huesos finos y carácter inconstante que los nobles utilizaban como caballerías no eran buenas bestias de tiro, aunque se les podía adiestrar para tirar de platenes de carreras.

A diferencia de otros animales, los aremes carecían al parecer de dones mágicos. La mayor parte de los seres vivos se valía de magia en pequeñas cantidades para buscar alimento, defenderse o encontrar pareja. Leiard sospechaba que, si los aremes tenían algún poder, era la capacidad de leer el lugar al que se dirigían en la mente del carretero. Poseían una memoria extraordinaria para los caminos y sitios por donde habían pasado y se contaban muchas anécdotas sobre carreteros que se habían dormido durante

el trayecto a causa de una borrachera o una enfermedad y habían despertado en su casa. O en casa de su amante.

Los tejedores de sueños se turnaban para conducir los tres tarres de cuatro ruedas que habían comprado en Jarime con el fin de transportar sus tiendas de campaña, víveres y pertrechos. Algunos caminaban delante para derretir o apartar la nieve que obstruía ciertos tramos de la carretera. Lo único que Leiard alcanzaba a ver del carro que tenía delante era el toldo impermeable que protegía los grandes sacos de provisiones que iban atados a él. De nada servía que mirase hacia atrás; su propio tarre, no menos cargado que los otros, le tapaba la vista. Oía las voces de los tejedores que integraban el grupo de Arlij.

—¿Crees que el ejército nos alcanzará? —preguntó Jayim.

Leiard se volvió hacia el joven que iba sentado a su lado antes de fijar de nuevo los ojos en los aremes.

—No. La mayoría de los soldados viaja a pie.

—¿Por qué? —preguntó Jayim.

Leiard soltó una risita.

—No hay suficientes rainas adiestrados en Hania ni para la mitad del ejército, y menos aún para proporcionar uno a cada somreyano también.

Jayim se mordió el labio.

—Pero si avanzamos casi tan lentos como si fuéramos andando, y nos detenemos continuamente por la nieve, así que no podemos llevarles mucha ventaja.

—Tal vez sí. No olvides que nosotros no tenemos que mantener el orden en un ejército entero. Imagínate el tiempo y el esfuerzo que se necesita para acampar cada noche, distribuir los alimentos y la leña para las hogueras, resolver disputas, despertarlos a todos por la mañana y conseguir que recojan sus cosas y se pongan en marcha. Aunque las últimas nevadas lleguen a su fin y el tiempo mejore, tendrán mucho que hacer.

Jayim se quedó pensativo.

—Debe de ser interesante de ver. Casi desearía que viajáramos con ellos, aunque entiendo los motivos por los que vamos por nuestra cuenta.

Leiard asintió. Unos días antes, tras conectar mentalmente con Jayim, le

había mostrado recuerdos de conexión de guerras anteriores. Los tejedores de sueños no podían tomar partido y atendían a los enfermos y heridos al margen de su credo o nacionalidad, lo que solía concitar animosidad contra ellos. En el pasado, más de un tejedor había sido asesinado por «ayudar al enemigo».

Los tejedores de sueños no viajaban con las tropas. Iban delante y detrás, en grupos pequeños. Aguardaban a cierta distancia mientras duraba la locura del combate y, más tarde, acudían al campo de batalla y a los campamentos de ambos ejércitos simultáneamente para ofrecer su asistencia.

Jayim posó la mirada en Leiard y la desvió enseguida.

—¿Qué ocurre? —preguntó el tejedor.

—Nada.

Leiard sonrió y esperó. No era habitual últimamente que Jayim se mostrara reacio a hablar. Al cabo de unos minutos, el chico se volvió hacia Leiard.

—¿Crees... crees que te encontrarás con Auraya en algún momento?

Al oír su nombre, Leiard se estremeció de esperanza y expectación. Respiró hondo y se recordó a sí mismo por qué estaba allí con Arlij.

—Tendréis que veros en secreto, ¿verdad? —insistió Jayim.

—No necesariamente.

—Supongo que estarás a salvo mientras no haya cerca otros Blancos que te lean la mente.

—Sí.

—¿Crees que volveréis a... estar juntos? ¿Una última vez? —preguntó Jayim.

Leiard miró de reojo a Jayim, que esbozó una sonrisa.

—No es cosa de risa, Jayim. Nos he puesto en un grave peligro. ¿Es que no lo entiendes?

«No seas tan aguafiestas. El pobre muchacho es virgen. Lo que vio en tu mente fue más interesante que todo lo que haya imaginado antes».

Leiard arrugó el entrecejo al oír aquella voz tan familiar en su cabeza.

«No te decides a irte, ¿verdad, Mirar?»

«Librarte de mí te costará unas cuantas conexiones mentales más. Tal vez

muchas».

—Claro que lo entiendo —respondió Jayim, con expresión seria. Luego sonrió otra vez—. Pero tienes que verle el lado gracioso también. Habiendo tantas personas entre las que elegir... Es como una de esas obras de teatro que les gustan a los nobles y que retratan relaciones escandalosas y amores trágicos.

—Y sus consecuencias —añadió Leiard.

«Me gusta su actitud —dijo Mirar—. Tiene sentido del humor, el muchacho. A diferencia del hombre dentro del que estoy atrapado...»

—A veces los amantes salen bien librados —señaló Jayim.

—Los finales felices son un lujo que se permite la ficción —observó Leiard.

Jayim se encogió de hombros.

—Es verdad. Sabía que guardabas un secreto, pero no me esperaba algo tan... tan...

—¿Subido de tono? —aventuró Leiard.

Jayim rió entre dientes.

—Sí. Fue una sorpresa. No sé por qué, pero pensaba que los Blancos no... esto..., que practicaban la abstinencia. Me imagino que es pedirle demasiado a una persona que es inmortal. Tal vez por eso Mirar era como era.

Leiard contuvo una risotada. «¿Y bien? ¿Esa es la razón por la que te portabas tan mal?»

«No lo sé. Puede. ¿Alguien sabe por qué hace las cosas que hace?»

«Has tenido tiempo de sobra para llegar a una conclusión».

«A veces uno no da con las respuestas, aunque disponga de todo el tiempo del mundo. La inmortalidad no hace omnisciente a nadie».

—Me pregunto si todos los Blancos son así —comentó Jayim—, si la inmortalidad los vuelve... Ya sabes. Me imagino que, si los otros Blancos se acostaran con todo bicho viviente, la gente lo sabría.

Leiard frunció el ceño, indignado.

—Auraya no se acuesta con todo bicho viviente.

—A lo mejor sí. ¿Cómo podrías saberlo?

—Basta de cotilleos —dijo Leiard con firmeza—. Si tienes tiempo para chismorrear, también lo tienes para dar clase.

Jayim emitió un quejido de fastidio.

—¿Mientras viajamos?

—Sí. Viajaremos mucho durante los próximos años. Tendrás que acostumbrarte a recibir tu instrucción por el camino.

El muchacho suspiró. Se volvió a medias para dirigir la vista atrás, pero cambió de idea.

—No puedo creer que no vaya a regresar a casa cuando esto termine —murmuró en una voz apenas audible. Acto seguido, enderezó la espalda y miró a Leiard—. Bueno, ¿qué voy a aprender hoy?

«Ha ocurrido algo», decidió Imi mientras seguía a Teiti, su tía y mentora, por el pasillo. Primero, un mensajero se había acercado a Teiti, jadeando a causa del esfuerzo, y había susurrado algo al oído de la anciana antes de marcharse cojeando. Luego, Teiti le había dicho a Imi que debía dejar la piscina y a los otros niños, y se la había llevado a casa a rastras sin escuchar sus protestas.

Habían seguido una de las rutas secretas, lo que había despertado de inmediato las sospechas de Imi. Cuando habían llegado al palacio, los guardias no le habían sonreído como era su costumbre. La habían ignorado por completo, rígidos y serios. Los que custodiaban las puertas de su habitación sí le habían sonreído, pero algo en las miradas que lanzaban a uno y otro lado del pasillo le decía que también estaban nerviosos por alguna razón.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Teiti cuando las puertas se cerraron tras ellas.

Teiti bajó la vista hacia Imi y arrugó el entrecejo.

—Ya te lo he dicho, princesa. No lo sé.

—Pues averígualo —le ordenó Imi.

Teiti cruzó los brazos con cara de desaprobación. A diferencia de los otros servidores del palacio, Teiti no se dejaba intimidar fácilmente. Era miembro de la familia, no una criada, y ocupaba una categoría solo

ligeramente inferior a la de Imi.

Sin embargo, no reprendió a Imi. La desaprobación en su semblante cedió el paso a la preocupación.

—Santa Huan —musitó—. Espera aquí. Voy a ver qué sucede.

Imi sonrió y juntó las manos.

—¡Gracias! ¡Date prisa, por favor!

La anciana se dirigió hacia las puertas con paso resuelto. Llevó la mano al pomo y se volvió para contemplar a Imi con recelo.

—Pórtate bien, Imi. No vayas a ninguna parte. Quédate aquí, por tu propia seguridad.

—Eso haré.

—Si no estás aquí cuando vuelva, no te explicaré nada —le advirtió.

—Ya te he dicho que me quedaré aquí.

Teiti entornó los ojos antes de apartar la mirada y salir de la habitación. Cuando las puertas se cerraron tras la mujer, Imi corrió a su dormitorio. Se acercó a una talla que había en una pared y deslizó la mano detrás. Después de buscar a tientas, encontró el cerrojo. Tiró de él, y la talla se abrió hacia fuera, como una puerta, sin hacer ruido.

Detrás había un agujero. El padre de Imi se lo había enseñado muchos años atrás. Le había indicado que si unas personas malas invadían el palacio, ella debía meterse en el agujero y esperar a que se marcharan.

No le había dicho que la abertura era la entrada de un túnel. Ella lo había descubierto una noche en que el aburrimiento había vencido a su miedo a internarse en un lugar oscuro y desconocido. Sosteniendo una vela ante sí, solo había conseguido avanzar un poco a gatas antes de topar con una pared de piedra y argamasa.

Sin embargo, no era una barrera totalmente sólida. El adulto que la había construido debía de tener poco espacio para moverse, pues no había hecho un buen trabajo. Ella había alcanzado a oír voces procedentes del otro lado, que se colaban por las grietas y resquicios de la pared. No había entendido muy bien lo que decían.

Así pues, desde hacía un mes, entraba sigilosamente en el agujero todas las noches, mucho después de su hora de dormir, y arrancaba trocitos de la

pared. Tiraba el polvo y las migas de argamasa en el retrete. Las piedras más grandes las sacaba de su habitación ocultas en la ropa.

Ahora, mientras trepaba al agujero, se felicitó de nuevo por su descubrimiento. Una vez que hubo eliminado la barrera, había continuado gateando hasta que encontró una portezuela de madera, cerrada con un pestillo por el lado del túnel. Al abrirla, había llegado a un armario pequeño. Al otro lado, había una habitación con las paredes recubiertas de tubos.

Había deducido de inmediato lo que era. Su padre le había confiado que poseía un dispositivo que le permitía escuchar lo que decían personas en otras partes de la ciudad, o hablar con ellas. Le había descrito los tubos que transmitían el sonido.

Él no sabía que ella lo había encontrado, ni que lo utilizaba.

Ir allí era una diversión deliciosa para ella. Siempre se cercioraba de que su padre fuera a estar ocupado en algún sitio hasta tarde antes de arrastrarse por el túnel que conducía a aquella habitación. Una vez allí, aplicaba el oído a las aberturas en forma de oreja de los tubos y escuchaba conversaciones entre personas importantes, discusiones entre criados y diálogos románticos entre amantes secretos. Estaba al tanto de los rumores que circulaban por la ciudad..., y también de la verdad.

Al llegar a la portezuela de madera, Imi comprobó si se oían voces y pasó al otro lado. Se acercó a toda prisa al tubo que sabía que comunicaba con la sala de audiencias del rey y apretó la oreja contra la abertura.

—... sobre las ventajas del comercio. Las obras de arte que veo en esta estancia, las joyas que lleváis, me dicen que tenéis artesanos de talento aquí. Ellos podrían elaborar objetos destinados a venderse fuera de Borra. A cambio, podríais gozar de algunos de los artículos de lujo de nuestras tierras, como las hermosas telas que se confeccionan en Genria y centellean como estrellas, o las piedras de fuego de color rojo encendido de Toren.

Era una voz femenina de acento extraño. La mujer hablaba despacio y de forma entrecortada, como si eligiera y meditara cada palabra con cuidado. Imi contuvo el aliento al oír la descripción de la tela centelleante y las piedras de fuego. Parecían cosas maravillosas, y esperaba que su padre le comprara algunas.

—También hay una gran variedad de especias, hierbas y alimentos exóticos que quizá queráis degustar, y sé que hay personas en el norte que pagarían una fortuna por la oportunidad de probar sabores y productos nuevos de Borra. No creáis que solo tenemos mercancías lujosas que ofrecer. Mi pueblo posee muchos remedios eficaces para tratar toda clase de enfermedades, y no me sorprendería que vosotros conocierais curas que nosotros no hemos descubierto aún. Hay muchas cosas que podemos intercambiar, majestad.

—En efecto. —A Imi se le aceleró el pulso cuando oyó la voz de su padre—. Es un bonito discurso, pero ya lo hemos oído antes. Los pisatierra vinieron una vez asegurando que solo deseaban comerciar con nosotros. En vez de ello, nos robaron y se llevaron objetos sagrados de esta misma sala. Cuando les dimos caza y recuperamos nuestras pertenencias, juramos no volver a fiarnos de los pisatierra. ¿Por qué habríamos de romper ese juramento y confiar en ti?

«¿Una pisatierra? —pensó Imi—. ¡Esa mujer es una pisatierra! ¿Cómo habrá llegado a la ciudad?»

—Comprendo vuestra ira y vuestra cautela —dijo la mujer—. Yo haría lo mismo si hubiera sufrido una traición semejante. Os recomendaría encarecidamente que conservarais esa prudencia si abrís vuestras puertas a los mercaderes. No son siempre personas de honradez intachable. Pero yo no soy mercader. Soy una sacerdotisa superior de los dioses, uno de los cinco Elegidos para representarlos en este mundo. No está en mis manos erradicar el engaño, pero puedo contribuir a evitarlo, o a garantizar que sea castigado. Una alianza con nosotros incluiría un acuerdo de defensa mutua. Os ayudaríamos a proteger vuestro territorio de invasores, si accedierais a prestarnos ayuda.

«Eso parece un poco ridículo —pensó Imi—. Somos muy pocos, y en cambio los pisatierra son un montón».

—¿Qué ayuda podemos ofrecerte a ti, una hechicera poderosa que está al mando de grandes ejércitos de pisatierra?

—Toda la ayuda que podáis prestar, majestad —respondió la mujer con serenidad—. Los siyís acaban de firmar un acuerdo parecido con nosotros.

Aunque no sean corpulentos ni de brazos fuertes, hay muchas maneras en que pueden ayudarnos.

Se impuso el silencio. Imi oyó que su padre hacía chasquear la lengua contra el paladar, como solía hacer cuando se abismaba en sus pensamientos.

—Si eres quien afirmas ser —dijo de pronto—, deberías poder invocar a Huan ahora mismo. Hazlo, para que le pregunte si dices la verdad.

La mujer emitió un sonido leve, como una risa ahogada.

—Que yo sea uno de sus representantes no me autoriza para dar órdenes a una diosa. —Tras una pausa, bajó tanto la voz que Imi apenas la oía—. No obstante, le he hablado de vuestro pueblo recientemente. Dice que sois vosotros quienes debéis tomar la decisión, y que no interferirá. —Se produjo otro silencio—. Ya lo sabíais, ¿verdad? —agregó en un tono de ligera sorpresa.

—La diosa ha expresado lo mismo a nuestros sacerdotes —admitió el rey—. Debemos decidir por nosotros mismos. Lo interpreto como una señal de que confía en mi criterio.

—Eso parece —convino la mujer.

—Mi criterio me dice lo siguiente: no sé lo suficiente sobre ti, pisatierra. No veo motivo para poner en peligro nuestras vidas por unas cuantas baratijas. Tu oferta de protección es tentadora, como sin duda sabes, pero ¿cómo podéis defendernos si vivís en el otro extremo del continente?

—Encontraremos a los saqueadores y nos encargaremos de ellos —respondió la mujer—. Para hacer frente a cualquier otra amenaza que surja, se enviarán buques desde Porin.

—No llegarían aquí a tiempo. Ahora propondrás que os deje mantener un buque amarrado aquí. Luego querréis establecer una colonia para la tripulación. Eso sería inaceptable.

—Lo entiendo. Encontraremos una alternativa. Si discutimos el asunto...

—No. —Imi reconoció el dejo de severidad y obstinación que adoptaba su padre cuando había tomado una determinación. Juntó las cejas, desilusionada. Todo lo que la mujer había dicho sobre acuerdos comerciales parecía tan emocionante... Sin duda la forma más fácil de librarse de los saqueadores era pagar a alguien para que lo hiciera.

—¡Imi!

Ella pegó un brinco al oír la voz. Era la de Teiti, y no procedía del tubo, sino del agujero en el armario. Su mentora había vuelto. El corazón de Imi latía a toda prisa. La única razón por la que podía oír a la mujer era que había dejado abierta la losa tallada que hacía las veces de puerta. Si Teiti descubría el túnel, las visitas de Imi a la habitación de los tubos seguramente se acabarían.

Imi se abalanzó hacia el armario. Cerró la puerta tras de sí y se encajonó en el túnel. Le costó más cerrar la portezuela de madera; ella había crecido un poco últimamente y no tenía mucho espacio para torcerse hacia atrás y correr el cerrojo.

Avanzó a gatas tan deprisa como pudo, se detuvo frente a la salida del túnel y se asomó al exterior. Teiti se paseaba por la habitación contigua. Cuando echó un vistazo debajo de una silla, Imi reprimió una carcajada. Teiti creía que ella se había escondido.

—Imi, estás siendo una niña mala. ¡Sal ahora mismo!

La mujer se dirigió hacia el dormitorio. Imi se quedó paralizada y, cuando Teiti se paró a examinar el interior de un armario, sacó el brazo rápidamente y tapó la abertura con la talla.

Se quedó escuchando mientras Teiti registraba la alcoba, llamándola con voz temblorosa. Imi frunció el ceño. ¿Estaba enfadada su mentora? ¿O solo molesta? La voz sonó más débil cuando la mujer regresó a la habitación principal. Entonces Imi oyó un gimoteo apagado. Se sonrojó a causa del sentimiento de culpa. ¡Teiti estaba llorando!

Empujó la talla a un lado, salió del agujero de la forma más silenciosa posible y, tras colocar la losa en su sitio con todo cuidado, corrió a la otra habitación.

—Lo siento, Teiti —gritó.

La mujer alzó la vista y soltó un jadeo de alivio.

—¡Imi! ¡No ha tenido gracia!

A la muchacha no le costó mucho mostrarse compungida. Aunque Teiti era una mentora estricta, en ocasiones podía ser divertida y generosa. A Imi le gustaba gastar bromas a sus amistades, pero solo para hacerlas reír. No

quería herir los sentimientos de nadie.

—¿Qué pasa? Debe de ser algo serio —dijo.

Teiti se secó los ojos y sonrió.

—Sí. Hay una pisatierra en el palacio. No sé cómo ha entrado, ni por qué, pero más vale que nos quedemos aquí por si surgen problemas. —Teiti hizo una pausa con una arruga en el entrecejo—. No es que crea que estás en peligro, princesa. Ella ni siquiera sabe de tu existencia, así que me parece que estás a salvo.

Imi pensó en la mujer a la que había oído hablar con su padre. Era una hechicera y una sacerdotisa de los dioses, que quería que los elay y su gente fueran aliados, una palabra que quería decir «amigos». No daba la impresión de ser una persona temible.

Imi asintió.

—A mí también me lo parece, Teiti.

La luna estaba radiante y blanca como una sonrisa. Cuando Tryss había reparado en ella por primera vez, no había podido evitar pensar que era un buen augurio. Ahora, varias horas después, la pálida media luna semejaba más bien una mueca burlona.

«O un arma mortífera —pensó. Exhaló un largo suspiro que se condensó en volutas en torno a él y sacudió la cabeza—. Supersticiones absurdas. Solo es una roca enorme atrapada en el agua congelada del cielo superior. Ni más ni menos».

—No me lo puedo creer. Está caminando de un lado a otro. El tranquilo y serio Tryss, caminando impaciente de un lado a otro.

Tryss dio un respingo al oír la voz.

—¡Sreil! —susurró—. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada —dijo el muchacho—. Solo que he tardado un poco más de lo que imaginaba en atravesar la pared.

Dos figuras emergieron de las sombras, con el sonido de las pisadas amortiguado por la nieve. Aunque la luz de la luna iluminó ambos rostros, Tryss solo vio uno: el de Drili, que iba abrigada con una piel de yervo. El

corazón le dio un vuelco cuando se fijó en su semblante. Tenía los ojos desorbitados, y una mirada... dubitativa. Nerviosa.

—¿Estás segura...?

—¿... de que quieres hacer esto?

Habían pronunciado las mismas palabras al unísono. A Drili se le escapó una sonrisa y descubrió que él también sonreía. Tryss se le acercó, la cogió de la mano y le acarició la mejilla. Ella cerró los párpados unos instantes con una expresión de felicidad. Apretó los labios contra los suyos. Drili le devolvió el beso con ardor y firmeza. Él sintió que su cuerpo entero se encendía. El frío del invierno pareció retroceder en torno a ellos. Cuando se separaron, él tenía el pulso acelerado y todas sus dudas se habían evaporado.

«O he perdido el juicio por completo —añadió para sí—. Al fin y al cabo, es lo que dicen que les pasa a los jóvenes».

Se volvió hacia Sreil.

—Y ahora, ¿adónde vamos?

Sreil soltó una risita.

—Tenemos prisa, ¿eh? Sigo pensando que Ryliss es la mejor opción. Está acampado un poco más lejos del Claro que los demás. Ya sabes cómo son los de la montaña del Templo, tan reservados y retraídos. Venid conmigo.

Tryss tomó a Drili de la mano y siguieron a Sreil a través del bosque. Fue una caminata larga; tenían que bordear la cima del Claro. Las siluetas oscuras de los árboles tapaban la luz de la luna, y un manto de nieve lo cubría todo. Tryss y Drili tropezaban con los obstáculos.

La joven emitió un quejido suave.

—¿Qué ocurre? —susurró él.

—Me duelen los pies.

—A mí también.

—¿No habríamos podido ir volando?

—No me cabe duda de que, si fuera posible, Sreil se habría inclinado por esa opción.

—Supongo que es tan doloroso para él como para nosotros.

Ella guardó silencio y, unos minutos después, le dio un apretón en la mano.

—Perdona. Qué romántico por mi parte, quejarme de dolor de pies en nuestra noche de bodas.

Él rió por lo bajo.

—Ya te daré un romántico masaje de pies más tarde, si quieres.

—Mmm. Sí, eso me gustaría.

Cuando una enramada apareció entre los árboles más adelante, una oleada de alivio recorrió a Tryss. Sreil les indicó que esperasen mientras él se cercioraba de que el portavoz Ryliss estuviera solo. Tryss notó un hormigueo en el estómago. Sreil se aproximó a la entrada de la enramada. Una sombra en el interior se dirigió a la puerta. Alguien recorrió la colgadura, y Sreil se volvió hacia ellos y les hizo señas para que se acercaran.

La mano de Drili sujetaba con fuerza la de Tryss mientras caminaban a toda prisa hacia la enramada. Se detuvieron a pocos pasos de la entrada. El portavoz Ryliss los contempló con aire reflexivo, con los ojos ensombrecidos por sus tupidas cejas canas. Agitó la mano.

—Pasad.

Entraron. Había un fuego encendido a un lado, y el humo escapaba por un agujero en el tejado. El calor resultaba reconfortante. Ryliss les señaló unos bancos hechos con troncos, y cuando se sentaron se acomodó en una silla hamaca.

—Así que queréis casaros esta noche —comentó—. Ahí es nada. ¿Estáis seguros los dos?

Tras lanzar una mirada fugaz a Drili, Tryss asintió. Ella sonrió y murmuró un «sí».

—Tengo entendido que esto va contra la voluntad de vuestros padres.

—De los padres de Drili —precisó Tryss—. Los míos no protestarían.

El anciano los observó con seriedad.

—Ambos deberíais saber que, aunque podéis casaros sin permiso de vuestros padres, si lo hacéis, vuestras tribus no están obligadas a organizar un banquete o a daros regalos. Asimismo, vuestros padres no tendrán la obligación de acogeros en su enramada.

—Lo entendemos —respondió Drili.

El portavoz hizo un gesto afirmativo.

—No puedo negarme a officiar el rito, si lo pedís formalmente.

Tryss se levantó y Drili se puso de pie a su lado.

—Soy Tryss, de la tribu de la montaña Pelada. Deseo casarme con Drili, de la tribu del río Serpiente. ¿Aceptas celebrar el rito?

—Soy Drili, de la tribu del río Serpiente. Deseo casarme con Tryss, de la tribu de la montaña Pelada. ¿Aceptas celebrar el rito?

Ryliss asintió.

—Estoy obligado por ley a acceder a vuestra petición. Ahora, Tryss debe colocarse detrás de Drili. Por favor, tomaos de las manos.

Drili así lo hizo, esbozando una gran sonrisa. Con los ojos brillantes, volvió la vista hacia Tryss. Parecía emocionada y a la vez un poco asustada.

—Es tu última oportunidad de echarte atrás —susurró.

Él sonrió y le aferró las manos con fuerza.

—Solo si consigues soltarte.

—Silencio, por favor —ordenó Ryliss mirándolos con expresión ceñuda—. Estáis asumiendo un compromiso muy serio. Debéis permanecer juntos durante los dos próximos años, aunque os arrepintáis de vuestra decisión. Levantad los brazos.

Abrió un saquito que tenía atado al cinto (la bolsa que llevaban todos los portavoces) y extrajo de él dos cordones finos de colores vivos. Comenzó a atarles dos de las manos entre sí.

—Soy Ryliss, de la tribu de la montaña del Templo. Estoy uniendo a Tryss, de la tribu de la montaña Pelada, y a Drili, de la tribu del río Serpiente, como marido y mujer. A partir de hoy, volaréis juntos. —Centró su atención en el otro par de manos agarradas—. Soy Ryliss, de la tribu de la montaña del Templo. Estoy uniendo a Drili, de la tribu del río Serpiente, y a Tryss, de la tribu de la montaña Pelada, como mujer y marido. A partir de hoy, volaréis juntos.

Tryss se fijó en sus manos. Si volaran tan cerca entre sí, tendrían que estar muy atentos a todos los movimientos del otro.

«Supongo que de eso se trata».

Ryliss dio un paso hacia atrás y cruzó los brazos.

—Al tomar la determinación de uniros el uno al otro, os comprometéis a

ser compañeros. Seréis responsables de la salud y la felicidad del otro, así como de la educación de los hijos fruto de vuestra unión. Puesto que es vuestro primer matrimonio, también contraéis las responsabilidades de la edad adulta. Se espera de ambos que colaboréis en las tareas de la tribu con la que decidáis convivir. —Después de una pausa, asintió—. Os declaro casados.

«Ya está», pensó Tryss. Miró a Drili, que sonrió. Él la estrechó contra sí, haciendo que ella encogiera sus brazos contra su cuerpo.

Sreil se aclaró la garganta.

—Solo falta un paso.

Tryss alzó la vista hacia Sreil, desalentado. ¿Qué podía faltar?

—Es verdad. —La comisura de los labios de Ryliss se torció hacia arriba. Era lo más parecido a una sonrisa que había esbozado en toda la noche—. Volveré por la mañana. Por favor, no lo dejéis todo patas arriba. —Dicho esto, salió de la enramada con decisión y desapareció.

Tryss posó los ojos en Sreil, desconcertado.

—¿Qué paso?

La sonrisa de Sreil se ensanchó.

—No puedo creer que me preguntes eso.

—¡Ah! —Tryss notó que se le acaloraba el rostro cuando comprendió a qué se refería Sreil. Drili soltó una risita.

—A veces me maravilla que alguien tan listo pueda ser tan bobo —comentó.

—A mí también —convino Sreil—. Bien. Estoy seguro de que no tendréis dificultades para completar el ritual. No necesitáis mi ayuda, así que me voy a casa.

—Gracias, Sreil —dijo Drili.

—Sí. Te debo una —añadió Tryss.

—No tengo nada que ver con esto —aseguró Sreil, con ingenuidad fingida.

—Nada en absoluto —respondió Tryss—. Está bien, vete. No diremos una palabra.

Riendo entre dientes, Sreil retrocedió hasta salir de la enramada y corrió

la colgadura. Tryss oyó el crujir de sus pisadas sobre la nieve, hasta que se apagaron a lo lejos. Drili levantó una mano, contemplando los cordones, y arqueó una ceja.

—Espero que Ryliss no haya apretado demasiado los nudos.

La caravana del burdel ofrecía un espectáculo impresionante. Había doce tames detenidos frente al edificio, cada uno con un tiro de dos aremes. Los primeros seis vehículos estaban pintados con colores vistosos y llevaban el nombre de Rozea en los costados. Los últimos seis eran más sencillos. Los criados pululaban en torno a los carros, y las mujeres aguardaban junto a uno de ellos, mientras los hombres cargaban otro con sacos y cajas.

Marca y Marea emitieron expresiones de agradecimiento, con el aliento condensándose en el aire. Se encaminaron hacia el cuarto tarne con Emerahl y otras tres chicas. Una hora antes, mientras esperaban en la sala de baile, les habían pedido que se dividieran en grupos de seis, y Rozea les había asignado vehículo a cada una sacando al azar fichas marcadas de una bolsa.

«Sí que le gusta a nuestra patrona aparentar ecuanimidad —reflexionó Emerahl—. Me pregunto si Luz de Luna está de acuerdo. ¿Sabe que Rozea pretende que cuando regresemos yo sea la favorita del prostíbulo? ¿Me odia por ello, o se alegra de que la libere de esta responsabilidad?»

Tanto daba. Emerahl no pensaba regresar. Planeaba escabullirse de la caravana en cuanto se hubiera alejado de la ciudad.

«Eso si consigo salir de la ciudad sin que me descubran», rectificó.

Resistió la tentación de deslizar los dedos por el dobladillo de la manga. Llevaba ocultas en él varias perlas pequeñas de formatano comprimido. Administrada en esta forma, la droga surtía efecto lentamente a lo largo de

una hora.

No era una sustancia desconocida en Porin. Solía consumirse en una infusión roja o fumada en pipa. Producía una tranquilidad placentera, aliviaba las náuseas y, en grandes cantidades, provocaba sueño.

A Emerahl no le bastaba el sueño: necesitaba que la droga la dejara inconsciente.

El nudo en su estómago se tensó cuando pensó en el riesgo que iba a correr. Si aquello no daba resultado (si el sacerdote que sabía leer las mentes estaba de guardia en la puerta de la ciudad, se percataba de que no podía leer la de una de las prostitutas, decidía investigar, se extrañaba de que ella se hubiera drogado hasta perder el sentido y los retenía hasta que despertara), su vida naturalmente longeva llegaría a su fin.

Para que su ingestión de la sustancia resultara menos sospechosa, había preparado varias perlas de formatano. Se las administraría a las otras chicas. Estas dosis eran más pequeñas, por lo que ellas solo notarían un delicioso efecto tranquilizante. Un tarne lleno de mujeres inconscientes seguramente despertaría sospechas en vez de evitarlas.

Emerahl fue la última en subir al vehículo. Todas iban vestidas con tagos gruesos y llevaban mantas. El toldo del tarne las protegería de la lluvia, pero no del frío. Faltaba mucho para que se acabara el invierno, que sería más crudo cuanto más al norte se desplazaran.

Las seis mujeres iban muy incómodas, apretujadas en los duros bancos.

—Parecían más espaciosos vistos desde fuera —masculló Marca—. Mira dónde pones los zapatos, Estrella.

—Huele como a ner ahumado —se quejó Caridad.

—Dudo que Rozea se los haya comprado nuevos. —Ave echó los talones hacia atrás con fuerza y se oyó un golpe sordo—. Hay algo debajo del asiento.

Emerahl echó una ojeada debajo del banco que tenía enfrente.

—Cajas. Creo que contienen algunas de nuestras provisiones. Nuestros asientos están más juntos de lo necesario. No me sorprendería que hubiera compartimentos detrás.

—¿Por qué tendría que haberlos? —preguntó Marea—. ¿Rozea es

demasiado tacaña para comprar carnes suficientes?

—No —dijo Marca—. Seguro que son compartimentos secretos donde guarda cosas, por si nos asaltan.

Las demás se quedaron inmóviles, mirándola.

—Cualquiera que nos asalte creerá que todo lo que tenemos va en las carretas de provisiones —explicó Marca—. Si echan un vistazo aquí, solo nos verán a nosotras.

—Nadie va a asaltarnos —declaró Estrella—. Viajaremos con el ejército.

—Pero puede que nos quedemos rezagadas —dijo Ave con un hilillo de voz—, o incluso que nos separemos.

—Eso no ocurrirá —le aseguró Estrella—. Rozea no lo permitirá.

Un silbido agudo sonó fuera. Las chicas intercambiaron miradas de nerviosismo y guardaron silencio hasta que el tarne se puso en movimiento con una sacudida.

—Demasiado tarde para echarse atrás —murmuró Marea.

—Podríamos saltar del vehículo y volver corriendo al burdel —sugirió Caridad con poca convicción.

Emerahl soltó un resoplido.

—Rozea enviaría a alguien a buscarte y traerte a rastras. Creía que todo el mundo menos yo estaba ansioso por embarcarse en esta gloriosa aventura.

Las otras chicas se encogieron de hombros.

—¿Tú no quieres ir, Jade? —preguntó Estrella con interés—. ¿Por qué? Emerahl desvió la vista.

—Creo que los salteadores serán el menor de nuestros problemas. De quienes tendremos que cuidarnos es de los soldados. Creerán que el hecho de combatir les da derecho a exigirnos servicios gratuitos cuando les plazca, y no tenemos guardias suficientes para pararles los pies. Va a ser un trabajo duro y sucio.

Caridad torció el gesto.

—No hablemos más del tema. Prefiero hacerme la ilusión de que partimos en una emocionante aventura, que seremos testigos de grandes acontecimientos que podré contar a mis nietos.

—Menos mal que a las abuelas se les permite eliminar las partes feas —

dijo Marca con una risita— y exagerar las bonitas. Los soldados serán valientes, los generales, apuestos, y los sacerdotes, virtuosos e incluso más apuestos...

Al oír la mención a los sacerdotes, Emerahl sintió que el nudo de su estómago se apretaba aún más. Se inclinó por delante de Marea y levantó la cortina. Estaban a mitad de camino de la puerta de la ciudad. Se le secó la boca. Resistió el impulso de sacar el formatano. «Pronto».

—¿Te has acostado con algún sacerdote? —le preguntó Marea a Marca.

—Con unos cuantos.

—Yo no. ¿Y vosotras, Estrella, Caridad?

—Con uno —respondió Estrella con un gesto de indiferencia—. Y no era apuesto. Era gordo. Y rápido, gracias a Yranna.

—Con unos cuantos —admitió Caridad haciendo una mueca—. Creo que les atrae mi nombre. Así, cuando vuelven a casa con sus esposas y les dicen que se han pasado la tarde entregados a la Caridad, no mienten.

Marca rompió a reír.

—Hay que reconocer que a Rozea se le da bien elegir nombres. ¿Y tú, Jade?

—¿Yo qué?

—¿Te has acostado alguna vez con un sacerdote?

Emerahl movió la cabeza.

—Nunca.

—A lo mejor en este viaje lo haces por primera vez.

—Quizá.

Marca subió y bajó las cejas con expresión sugerente.

—Se supone que son bastante buenos en la cama.

—Tanto como cualquier nacionalidad o credo con fama de ser buenos en la cama, me imagino.

—Estás demasiado seria, Jade. ¿Por qué miras hacia fuera todo el rato?

Emerahl soltó la cortina. Suspiró y sacudió la cabeza.

—Me mareo en los viajes.

Estrella soltó un gruñido de reproche.

—No irás a vomitar, ¿verdad?

Emerahl puso mala cara.

—Si lo hago, procuraré inclinarme hacia ti.

—Qué malhumorada estás. Espera. —Marea se puso de pie apoyándose en el toldo flexible—. Siéntate junto a la ventana. Si te dan arcadas, abre la cortina para respirar aire fresco.

—Gracias. —Emerahl forzó una sonrisa y se deslizó en el asiento.

Marea se sentó en medio y le dio unas palmaditas en la rodilla a Emerahl en señal de solidaridad.

Al dirigir la vista al exterior de nuevo, Emerahl calculó que no estaban lejos de la puerta de la ciudad. Soltó la cortina y se volvió hacia las otras chicas.

—He traído algo —les dijo—. Es para las náuseas. No sería justo que no lo compartiera con vosotras.

Marca le sonrió con complicidad.

—¿El formatano?

—¡Formatano! —exclamó Estrella—. ¿Dónde lo has conseguido?

—He tenido que dar un pequeño rodeo de camino a casa de mi familia para pasar por el mercado —les dijo Marca.

Emerahl extendió el brazo izquierdo y extrajo la primera perla del dobladillo de la manga. Tras llevársela a la boca y tragar, comenzó a empujar otra a través de la tela.

—Bueno, ¿quién más quiere?

Las demás se inclinaron hacia ella con avidez.

—Nunca lo he probado —reconoció Marea.

—Es fantástico —susurró Caridad—. El tiempo parece ralentizarse, y una se siente ligera y como si flotara. —Aceptó una perla de formatano—. Gracias, Jade.

Emerahl notó que se le iba la cabeza. Se sacó otra perla del puño con dificultad y se la dio a Marca. Le llevó toda su capacidad de concentración sustraer tres más para Marea, Ave y Estrella. A continuación, se recostó contra el respaldo del asiento y se relajó. La recorrieron unas oleadas de aturdimiento muy agradables.

—¿Tienes más? —preguntó Estrella en tono soñador.

Emerahl negó con la cabeza, sin atreverse a hablar. Pensó en comprobar a qué distancia se hallaban de la puerta de la ciudad, pero no logró despabilarse lo suficiente para hacerlo.

Las otras chicas lucían sonrisas beatíficas. Su expresión era tan ridícula, que Emerahl sintió que una risotada burbujeaba en su interior y brotaba de sus labios. Las otras la miraron, sonrientes y sorprendidas.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Parecís todas tan contentas... —balbució ella.

Marea soltó una risita, y todas estallaron en una risa perezosa y entrecortada.

—¿Te encuentras mejor, Jade? —inquirió Marca—. ¿Ya no estás tan *jadida*?

Emerahl se rió y se inclinó hacia delante. Todo le daba vueltas. Se le nubló la vista.

—Tal *ve'* la mía era un *po'* más fuerte —consiguió barbotar.

Acto seguido, se sumió en una negrura confortable y delirante.

El tiempo se detuvo, pero ella estaba demasiado soñolienta para que le importara. Dejó que su mente se abandonara a la segura y cálida oscuridad. Una torre surgió de ella. Esta visión la inquietó. La asaltó una irritación repentina.

«Oh, no. Otra vez no».

La torre se alzaba hasta una altura imposible. Rasgaba las nubes que pasaban impulsadas por el viento. No podía apartar la vista de ella. La tenía cautivada.

«¿Qué sitio es este?»

La torre desapareció con un destello. Emerahl bajó los ojos. En su lugar había un edificio diferente. La antigua Casa de los Tejedores de Jarime. Aquella bajo la que habían enterrado a Mirar después de que Juran, sacerdote superior del Círculo de los Dioses, lo matara.

«Estoy soñando. No debería. Debería estar inconsciente. Esto no va bien...»

Intentó liberarse, pero el sueño la retuvo con más fuerza. De pronto, la alta torre blanca volvía a elevarse sobre ella, más amenazadora si cabe que

antes. Emerahl quería huir, pero no podía moverse. De nuevo, supo que si se quedaba allí la descubrirían. No podía dejar de mirar. Bastaba con que la vieran y...

—¿Qué le ocurre?

... la reconocieran...

—Ha tomado formatano. Se marea cuando viaja. Creo que se le ha ido un poco la mano.

..., y cuando se dieran cuenta...

—Ya lo creo que se le ha ido. Debería estar inconsciente, y en vez de ello está atrapada en un sueño.

..., la matarían.

—¿Atrapada? ¿Puedes ver eso?

—Sí, soy sacerdote.

—¿Con uniforme de guardia?

—Sí.

—¿Se despertará?

... La torre se erguía frente a ella. Pareció doblarse. El terror se apoderó de ella cuando vio las grietas que se extendían por la superficie...

—Sí. Se liberará del sueño cuando se le pasen los efectos de la droga.

... y la torre empezaba a desmoronarse...

—Gracias, sacerdote...

—Ikaro.

La mente de Emerahl apenas captaba las voces. El sueño le parecía demasiado real. Tal vez las voces eran un sueño, y el sueño era la realidad. Oyó el rugido de la torre que se venía abajo, notó el dolor de sus piernas aplastadas, el ardor en sus pulmones mientras se asfixiaba. No se acababa nunca, una eternidad de dolor.

—¿Jade?

«No me gusta esta realidad —pensó Emerahl—. Prefiero el sueño. Tal vez si me convenzo a mí misma de que es real, escaparé de este dolor». Se esforzó por oír mejor la voz, concentrándose en las palabras. El dolor remitió.

—Jade, despierta.

Alguien le abrió los párpados por la fuerza. Ella identificó algunas caras.

Percibió la preocupación irradiada por mentes conocidas. Aferrándose a eso, se arrancó por completo del sueño.

Se llenó los pulmones de aire puro y fijó la mirada en las cinco chicas que estaban agachadas sobre ella. Repasó mentalmente sus nombres. Notó el vaivén del tarne. Estaba tumbada. «El sueño de la torre —pensó—. He vuelto a tenerlo. Esta vez se oían voces. Un sueño dentro del sueño».

—¿Qué ha pasado?

El alivio en el semblante de sus compañeras la conmovió. Concluyó que tenían buen corazón. Las echaría de menos cuando se marchara.

—Te has tomado demasiado formatano —le informó Marca—. Has perdido el conocimiento.

—Frente a la puerta de la ciudad, un sacerdote ha venido a ver qué ocurría —agregó Caridad—. No sé cómo se ha enterado.

Emerahl se incorporó, alarmada. ¡Un sacerdote! ¿De modo que el sueño dentro del sueño había sido real?

—¿Qué ha dicho?

Marea sonrió.

—Te ha echado un vistazo y ha dicho que estabas bien, que solo soñabas.

—Creo que podía leer mentes —añadió Estrella.

«¿Ha visto que yo soñaba? —Arrugó el entrecejo—. Debo de haber bajado la guardia».

—Nos preocupaba que te hubieras equivocado con la dosis —le dijo Marca— o que hubieras intentado suicidarte.

—No intentabas suicidarte, ¿verdad? —preguntó Marea con nerviosismo.

—No. —Emerahl se encogió de hombros—. Solo creía que los efectos durarían más si tomaba más.

—Chiquilla boba —la reprendió Marca—. No volverás a cometer ese error.

Emerahl sacudió la cabeza, avergonzada. Bajó los pies del asiento. Marca se sentó a su lado.

—Aún pareces un poco amodorrada —comentó esta—. Recuéstate en mí y echa una cabezada..., si puedes dormir con este traqueteo.

Emerahl sonrió con gratitud. Apoyó la cabeza en el hombro de la chica,

que era más alta que ella, y cerró los ojos.

«De modo que el sacerdote me ha leído la mente —se dijo— y ha creído que lo que veía no era más que un sueño». Pensó en el temor a ser vista que siempre la acechaba en el sueño de la torre. Era similar a su miedo de que la descubrieran en la vida real. Dio las gracias en su fuero interno al tejedor que estaba proyectando aquellos sueños. Fuera quien fuese, probablemente le había salvado el pellejo.

Al despertar, Auraya cayó en la cuenta de que no había soñado con Leiard y lanzó un suspiro de desilusión.

Él no la había visitado en sueños desde que ella se había marchado de Si. Auraya quería creer que la causa era que a Leiard le costaba localizarla mientras viajaba, y abrigaba la ligera esperanza de que conectara de nuevo con ella cuando regresara al Claro, pero nada había interrumpido su descanso durante aquella noche.

«Solo he pasado una noche aquí —pensó—. Aún no debe de haberse enterado de que he vuelto, y ahora partiré de nuevo».

Se levantó y comenzó a lavarse. «Seguro que cada noche comprueba si he regresado. Tal vez está demasiado ocupado, o tal vez conectar en sueños resulta demasiado agotador para dedicarse todas las noches a ello.

»No debería estar pensando en esto, sino en llevar a los siyís a la guerra».

Había habido muchos preparativos de los que ocuparse. Había hablado con los portavoces hasta altas horas de la noche sobre lo que debían llevar consigo y lo que tendrían que suministrarles las tropas pisatierra. Los siyís no podían cargar con mucho peso. Llevarían sus armas, pequeñas enramadas transportables y víveres suficientes para llegar a las llanuras Doradas, pero nada más. Auraya había consultado a Juran, que le había garantizado que proveerían de alimentos a los siyís en cuanto se incorporaran al ejército.

Auraya examinó su ropa con detenimiento y eliminó todas las manchas posibles con magia. Se pasó el peine para deshacer los nudos que se le habían formado en el cabello durante el vuelo del día anterior. «Los siyís hacen bien en llevar el pelo corto —reflexionó—. Me pregunto qué aspecto tendría yo si

me lo cortara...»

Se recogió el cabello en una larga trenza y pasó a la sala principal de su enramada. Una siyí le había llevado una pequeña cesta de comida la noche de la víspera. Auraya bebió un poco de agua y se puso a comer.

«Puede que sea la última noche que pase aquí durante muchos meses. Después de la guerra, Juran querrá que regrese a Jarime. —Este pensamiento le provocó una punzada de tristeza. No quería marcharse, aunque le picaba la curiosidad—. Me pregunto cuál será el próximo desafío que tendré que afrontar. ¿Negociar otra alianza? ¿Volver a Borra para apelar de nuevo al rey de los elay?»

Haría falta algo más que palabras para persuadir al rey Ais de que contemplara la posibilidad de establecer un pacto. Ella había visto mucho recelo y odio hacia los pisatierra en la mente de los elay. Una futura derrota de los saqueadores tal vez la ayudaría a ganarse la confianza del pueblo del mar. Si no, por lo menos eliminaría la principal razón por la que los elay detestaban a los pisatierra. En el transcurso de unas generaciones, su aversión tal vez disminuiría hasta un punto que ya no considerasen tan peligroso el contacto con el mundo exterior. Auraya se lo había planteado así a Juran, que se había mostrado de acuerdo.

Si su siguiente misión no tenía que ver con los elay, ¿en qué consistiría? Meditó las posibles consecuencias de la guerra. Sennon apoyaba a los pentadrianos. Si los dioses aún querían que Sennon se aliara pacíficamente con el resto de Ithania del Norte, habría mucho trabajo que hacer una vez que finalizara el conflicto, entre otras cosas alentar a los aliados de los Blancos a perdonar a los sennenses, lo que no sería tarea fácil. Al colaborar con el enemigo, Sennon ocasionaría numerosas muertes entre los ithanianos del norte. Muchos exigirían un castigo, lo que solo alimentaría el rencor y el odio.

Auraya frunció el ceño. Juran era el más indicado para convencer a los sennienses de que firmaran una alianza. Ella y los otros Blancos seguramente trabajarían para conseguir la aprobación de los circulianos, pero eso no ocuparía todo su tiempo.

«Siempre estarán los tejedores de sueños».

Se le cayó el alma a los pies al pensarlo. Durante meses apenas se había acordado de sus ideas para mejorar los conocimientos de sanación de los circulianos con el fin de evitar que muchas personas se sintieran tentadas de convertirse en tejedores.

«No es que tenga la intención de hacer daño a los tejedores —se dijo—. Solo quiero salvar las almas de quienes aún no se han unido a ellos».

—Auraya la Blanca, ¿puedo pasar?

Ella alzó rápidamente la vista hacia la puerta, agradecida por la distracción.

—Sí, portavoz Sirri. Adelante.

La siyí apartó la colgadura de la puerta y entró. Llevaba un atuendo que Auraya nunca había visto. Un chaleco de cuero duro y un delantal de correas entrecruzadas le cubrían el torso y los muslos. Se había atado al pecho uno de los nuevos artilugios lanzadardos, y un arco y un carcaj le colgaban de la espalda. Al cinto llevaba una bolsa pequeña y dos cuchillos.

—Pero ¡si pareces lista para la batalla! —exclamó Auraya.

Sirri sonrió.

—Eso es bueno. Mi pueblo necesita la certeza de que su líder está preparada para luchar a su lado.

—Ya lo creo que lo estás —dijo Auraya—. Si yo fuera un pentadriano, echaría a correr.

La sonrisa de Sirri se ensombreció.

—O más bien te reirías. A decir verdad, creo que aprenderemos mucho de esta guerra.

Auraya notó que su expresión risueña se evaporaba.

—No puedo negar que habrá un precio que pagar —dijo—, pero espero que no sea demasiado elevado. Te prometo que haré cuanto esté en mi mano por evitar que lo sea.

La portavoz asintió, en señal de gratitud por la promesa de Auraya.

—Sabemos a qué nos enfrentamos. ¿Tú estás preparada?

Auraya movió la cabeza afirmativamente.

—¿Tu gente ya se ha congregado?

—Equipada y lista para volar. Solo necesitan un par de arengas.

Auraya dejó a un lado su taza de cerámica, se puso de pie y, después de echar una última mirada a la habitación, recogió la mochila pequeña que había traído consigo a Si y salió detrás de Sirri. El murmullo de tantas voces juntas era como el rumor del agua al caer en cascada sobre las rocas. Cuando Sirri y ella se acercaron a la peña que se alzaba sobre la multitud, los silbidos inundaron el aire. Auraya sonrió al contemplar la muchedumbre de siyís más grande que jamás había visto.

El tamaño de las tribus variaba entre unas docenas de familias y un millar de miembros. De una población de miles de siyís, más de la mitad formaba parte de aquel ejército. Sin embargo, no todos eran guerreros. Por cada dos siyís vestidos como soldados, Auraya contaba a uno que no lo estaba. Cada tribu llevaría a sus propios sanadores y asistentes domésticos, que también transportarían las enramadas portátiles y las mayores reservas de comida posible.

La aparición de Sirri fue la señal para que los otros portavoces salieran al frente y formaran una hilera. Auraya ocupó su puesto, a unos pasos del extremo de la hilera, y observó a Sirri encaramarse a la Roca de los Portavoces y abrir los brazos.

—Pueblos de las montañas. Tribus de los siyís. ¡Miraos! —Sirri esbozó una sonrisa—. ¡Qué aspecto tan fiero ofrecemos!

Los siyís respondieron con gritos y silbidos. Sirri asintió y levantó aún más los brazos.

—Hoy dejaremos nuestros hogares y volaremos hacia la guerra. Lo haremos en cumplimiento de una promesa. ¿Qué promesa? La de tender la mano a un amigo. Nuestros aliados pisatierra necesitan nuestro apoyo. Necesitan que nosotros, los siyís, los ayudemos a defenderse de los invasores.

»Conocemos bien esa situación. —El semblante de Sirri se había tornado más severo—. Hemos sufrido el dolor de perder tierras y vidas a manos de los invasores. Ese dolor desaparecerá para nosotros, pues nuestros nuevos aliados también cumplen sus promesas. Anoche, Auraya la Blanca me dio la grata noticia de que el rey de Toren ha ordenado a su gente que desaloje nuestras tierras.

Los silbidos que siguieron a este anuncio fueron ensordecedores. El ruido

se prolongó. Sirri se volvió e hizo una seña a Auraya. Cuando esta se situó al lado de la portavoz, las voces del gentío se acallaron poco a poco.

—Pueblo de Si, os doy las gracias —dijo—. Con vuestro auxilio y vuestra fuerza, ayudáis a mi gente a rechazar a un enemigo terrible. Durante muchos años, nos han llegado rumores de esos pueblos bárbaros del continente del sur, pero los teníamos demasiado lejos para preocuparnos. Hemos oído que esclavizan a hombres y mujeres, que los seguidores de la secta pentadriana someten a sus vasallos a ritos extraños y perversos. Sabemos que rinden culto a la guerra por la violencia misma.

»Ahora, los pentadrianos desean propagar sus repugnantes costumbres. Pretenden destruir a mi pueblo y esclavizar a toda Ithania. —Hizo una pausa. La multitud guardaba silencio, y ella percibió asomos de miedo—. ¡No lo conseguirán! —declaró—. Pues los hombres y mujeres que veneran la guerra por su amor a la violencia no son guerreros de verdad, a diferencia de nosotros. Los hombres y mujeres que invaden un territorio no están motivados por el afán ardiente de defender sus hogares, a diferencia de nosotros. Y, lo que es más importante, los hombres y mujeres que siguen sectas paganas no gozan de la protección de los dioses reales... —Al cabo de unos momentos continuó, pronunciando cada palabra en voz baja pero firme—. A diferencia de nosotros. —Juntó las manos para formar el símbolo del círculo—. Como miembro de los Blancos, soy vuestro enlace con los dioses. Haré las veces de traductora e intérprete. Me enorgullece ejercer de vínculo entre un pueblo como vosotros y los dioses. Me enorgullece acompañar un ejército como este.

Y a mí me enorgullece haber creado dicho pueblo.

Todos los rostros que miraban a Auraya desde abajo se transformaron a la vez. Los ojos se desorbitaron, las bocas se abrieron. Ella notó el asombro de los siyís, como una ráfaga de viento, en el mismo momento en que percibió aquella presencia a su lado. El público se hincó de rodillas mientras ella se volvía hacia la encarnación luminosa de la diosa. Huan alzó una mano para indicarle que no se postrara.

En pie, buena gente de Si, dijo Huan.

Los siyís se enderezaron despacio. Contemplan a la deidad

estupefactos.

Me complace veros aquí reunidos hoy. Ahora sois fuertes y numerosos. Estáis preparados para ocupar vuestro lugar entre los pueblos de Ithania del Norte. Habéis elegido bien a vuestros aliados. En Auraya no solo tenéis a una aliada, sino a una amiga leal. Su amor por vosotros va más allá del deber. Todos los Blancos os protegerán en la medida de sus posibilidades. Pero la garantía de que sobreviviréis en el futuro no reside en Auraya o en mí, sino en vuestra capacidad para superar la adversidad como pueblo. Sed fuertes, pero también prudentes, pobladores de Si. Conoced vuestras ventajas y vuestras limitaciones, y resistid.

La diosa sonrió, y su forma resplandeciente se desvaneció poco a poco. Sirri posó la vista en Auraya, que aún tenía los ojos muy abiertos, y luego la bajó hacia los siyís congregados.

—Hemos oído las palabras de la diosa Huan. No aguardemos más. ¡Volemos hacia la guerra!

Inclinó la cabeza en dirección a los portavoces, que se dirigieron de inmediato hacia el borde de la peña y descendieron volando para reunirse con sus tribus. Sirri devolvió su atención a Auraya.

—Había preparado un discurso final enardecedor, pero se me ha olvidado por completo lo que iba a decir —confesó por lo bajo.

Auraya sonrió y se encogió de hombros.

—Una visita de los dioses puede producir ese efecto.

—Tanto da. Lo que importa es que emprenderemos el viaje con espíritu animoso, en gran parte gracias a la acertada intervención de Huan. Bien, me da la impresión de que mi tribu está ansiosa por remontar el vuelo. ¿Te gustaría volar con nosotros?

Auraya asintió.

—Sí, gracias.

Con una gran sonrisa, Sirri le hizo un gesto para que la acompañara, y ambas saltaron desde lo alto de la roca. El clan de la portavoz se elevó de inmediato para unirse a ellas, seguido de una tribu de siyís tras otra. Auraya volvió la vista hacia la nube de figuras voladoras y se estremeció de admiración.

Pero a continuación sintió una punzada de inquietud. «Será su primera guerra —pensó—. Es imposible que estén del todo preparados para aquello a lo que tendrán que enfrentarse. —Suspiró—. Y también es imposible que yo lo esté».

TERCERA PARTE

«Se supone que las llanuras son extensiones de terreno plano, ¿no?», pensó Danyin mientras ascendía por la colina. Las llanuras Doradas podían describirse más bien como «onduladas». Lo eran un poco menos en su zona occidental, pero allí, en el este, podían considerarse planas solo en comparación con las montañas escarpadas que las delimitaban por un lado.

Tampoco hacían honor a la otra parte de su nombre. Las llanuras solo eran doradas en verano, cuando la hierba amarilleaba. Ahora que el invierno acababa de llegar a su fin, estaban teñidas del verde saludable de los nuevos brotes que crecían entre plantas más oscuras.

Al llegar a la cima de la colina, Danyin se detuvo a descansar. Su respiración agitada resonaba con fuerza en el silencio reinante. En cuanto se volvió, su irritación y su incomodidad se esfumaron. A sus pies se encontraba el campamento militar más grande que había visto en su vida.

«El único campamento militar que he visto —se corrigió—. Aunque desde luego es más grande que cualquiera sobre el que haya leído».

Hombres, mujeres, animales, ternes, platenes y tiendas de todos los tamaños cubrían un valle extenso rodeado de lomas bajas. La hierba que le había valido su bonito nombre a las llanuras estaba pisoteada y sucia de barro. El sol del atardecer iluminaba una vía marrón que se prolongaba a través del valle, por un lado, y se perdía entre las montañas, por el otro. Una franja más ancha de hierba aplastada que bordeaba la parte occidental de la

carretera indicaba la dirección por la que había llegado el ejército. En el centro del valle se alzaba una enorme tienda que de alguna manera había conseguido mantenerse blanca a pesar de que la montaban cada noche junto al lodoso camino principal del campamento. Era allí donde los Blancos celebraban sus juntas de guerra.

Costaba imaginar que otras fuerzas pudieran igualar la magnitud de ese ejército. Danyin miró las montañas que se erguían al este. Incluso desde aquella distancia, tenían un aspecto imponente e infranqueable. Él estaba demasiado lejos para ver el camino que subía serpenteando hasta el paso. En algún lugar, al otro lado de aquellos montes, había otras huestes que, según todos los testimonios, eran incluso más numerosas que las que tenía ante sí.

Lo tranquilizaba pensar que el ejército circuliano aún no estaba completo. Por el momento, se encontraba integrado por las tropas de solo tres naciones: Hania, Somrey y Genria (que se había unido a ellos unos días después de su partida de Jarime). Estaba previsto que las fuerzas torenias se incorporaran a la formación al cabo de unos días, los dunwayanos no se hallaban mucho más lejos, y los siyís..., los siyís aparecerían en cualquier momento.

Volviendo la espalda hacia el ejército, Danyin dirigió la vista hacia el cielo del sur. Lucía despejado, salvo por un borrón oscuro cercano al horizonte. «Según ella, ya habían llegado a las llanuras —pensó—. Pero entonces ¿dónde están?»

Contempló el cielo hasta que empezaron a llorarle los ojos a causa del exceso de luz. Apartó la vista y se enjugó las lágrimas con la manga. Al oír unos pasos, devolvió bruscamente su atención a su entorno más inmediato y, cuando se volvió, advirtió que un soldado se acercaba. Era uno de los muchos guardias que patrullaban las colinas próximas al campamento.

—¿Estáis bien, señor? —inquirió el hombre.

—Sí, gracias —respondió Danyin—. Solo me he deslumbrado al mirar el cielo.

El soldado echó un vistazo hacia el sur y se quedó inmóvil, con la mano a modo de visera.

—¿Se ha fijado en esa nube?

Danyin siguió la dirección de su mirada. El borrón oscuro se había

agrandado y... fragmentado en una gran cantidad de puntos diminutos. Al consejero le dio un vuelco el corazón.

—Son ellos —murmuró.

Se alejó del soldado que lo observaba desconcertado y bajó por la ladera de la colina a toda velocidad. El trayecto de regreso al campamento se le antojó más largo, pese a que era cuesta abajo, aunque tampoco le ayudaba mucho mirar continuamente hacia atrás porque le preocupaba no llegar a tiempo. Aflojó el paso cuando alcanzó las primeras tiendas de campaña. Los soldados lo siguieron con los ojos, siempre alerta a los signos de nerviosismo entre los líderes y asesores del ejército.

Al llegar al camino principal, Danyin vio que Juran, Dyara, Rian y Mairae ya estaban fuera de la tienda blanca, atentos al cielo. Guire, el anciano rey genriano, se hallaba cerca, con sus consejeros y ayudantes. Meeran, presidente del Consejo de Somrey, aguardaba junto a Halid, representante de los circulianos. Jen de Rommel, un embajador de Dunway, se encontraba al lado del sacerdote dunwayano que siempre lo acompañaba y cuya función principal parecía ser la de facilitar a los Blancos una manera de comunicarse con los líderes dunwayanos ausentes.

Danyin se unió en silencio al pequeño grupo de consejeros. Reparó en la presencia de la nueva tejedora asesora. Raeli asistía en muy raras ocasiones a las juntas de guerra, y cuando lo hacía se mostraba distante y poco interesada. Al sentirse observada, ella se volvió para mirarlo a los ojos. Él inclinó la cabeza cortésmente. Raeli apartó la vista. Danyin reprimió un suspiro.

«Me temo que incluso voy a echar de menos a Leiard. No era mucho más comunicativo que esta mujer, pero era... ¿cómo calificarlo? Accesible, supongo».

Raeli dirigió su atención hacia el cielo. Danyin se volvió justo a tiempo para ver al primer siyí aparecer sobre la cima de la colina a la que él acababa de subir. Un par de ellos dio una vuelta volando en torno al valle, lo que levantó un murmullo entre los espectadores. De súbito, un torrente de siyís brotó tras la loma. Danyin oyó gritos ahogados y exclamaciones mientras miles de ellos se lanzaban en picado hasta llenar el valle. Cayó en la cuenta de que él también tenía el pulso acelerado de la emoción. Los siyís giraron e

hicieron piruetas en el aire antes de descender. El batir de sus alas sonaba como el rugir del viento, y el impacto de sus pies contra el suelo, como el repiqueteo de la lluvia.

Una vez en tierra, su baja estatura se hizo patente de pronto. Sin embargo, su ropa y sus armas contrastaban con su aspecto infantil. A diferencia de los dos mensajeros que habían viajado a Jarime, estos siyís llevaban arcos, carcajes, cuchillos y lo que parecían cerbatanas y dardos sujetos con correas a sus chalecos y pantalones de cuero. Tanto hombres como mujeres tenían el pelo corto, el cuerpo musculoso y un porte orgulloso. Saltaba a la vista que eran guerreros, pequeños pero feroces.

—Interesante. Muy interesante.

Danyin se volvió hacia quien había hecho este comentario. Se trataba de Lanren Rapsoda, que se había convertido en el asesor militar favorito de los Blancos. El hombre miró a Danyin y esbozó una sonrisa lúgubre.

—Está claro que esta gente puede sernos útil.

—Es lo que opina Auraya, sin duda alguna —respondió Danyin.

—Aquí llega ella.

Danyin se dio la vuelta en el momento en que Auraya se posaba en el suelo ante los Blancos. Una mujer siyí bajó velozmente y aterrizó junto a ella.

Auraya sonrió.

—Os presento a Sirri, portavoz de la tribu de la montaña Pelada y líder de los siyís.

Juran dio unos pasos al frente y efectuó el signo del círculo con las dos manos.

—Bienvenidos, portavoz Sirri y siyís todos. Estamos contentos y agradecidos porque hayáis viajado desde tan lejos para ayudarnos a defender nuestras tierras.

Auraya se volvió hacia la otra mujer y emitió una serie de sonidos y silbidos. «Está traduciendo», comprendió Danyin.

Sirri respondió y Auraya interpretó sus palabras para que los presentes las entendieran. Danyin examinó los rostros de quienes lo rodeaban. Algunos parecían fascinados, otros, divertidos. La tejedora asesora se mostraba más indiferente que nunca, mientras que Lanren Rapsoda apenas podía contener el

entusiasmo.

Los siyís reaccionaban de maneras distintas al examen del que estaban siendo objeto. Unos observaban a los humanos con recelo, otros mantenían la vista clavada en su líder y en los Blancos. Al fijarse en las semejanzas y diferencias en su indumentaria, Danyin se percató de que estaban apiñados en grupos, cada uno de los cuales constituía sin duda una tribu distinta.

Las presentaciones terminaron cuando Juran alzó la voz para dirigirse a los siyís en la lengua de estos. Danyin esbozó una sonrisa torcida. Casi lo indignaba que un simple don otorgado por los dioses hiciera que resultaran inútiles los conocimientos de idiomas que a él le costaba años adquirir.

Cuando los siyís comenzaron a alejarse por el camino tras su líder para acampar, Auraya se acercó a los otros Blancos. Posó los ojos en Raeli, que le sostuvo la mirada con cara inexpresiva, y luego dedicó una sonrisa a Danyin.

Hola, Danyin Lanza.

Bienvenida a casa, contestó él con el pensamiento.

Gracias. Tenemos muchas cosas que contarnos para ponernos al día.

En efecto. Debo advertiros que Juran tiende a olvidar que los mortales necesitan alimento y descanso. Es posible que no nos sea fácil encontrar un momento para ponernos al día.

En ese caso, tendré que asegurarme de recordárselo.

Una vez que los siyís se retiraron para instalar su campamento, Juran invitó a los demás al interior de la tienda. Lanren Rapsoda los observó entrar en un orden que denotaba el grado jerárquico de cada uno. El líder de los Blancos miró primero al rey de Genria, ya que era el único miembro de la realeza allí presente. Después pasaron los somreyanos, pues el presidente era lo más parecido a un gobernante que tenía su país. Los siguieron los dos dunwayanos, en su calidad de representantes de su pueblo. Lanren estaba ansioso por ver qué lugar se asignaría al rey de Toren, pues la dignidad de ambos soberanos era equivalente. Si bien Guire era un monarca sensato, Berro tenía fama de maleducado y problemático.

A continuación, los asesores entraron en la tienda en un orden

indeterminado. Los Blancos no los animaban a comportarse como si uno fuera más importante que el otro, pero aun así a Lanren le pareció prudente ceder el paso a los consejeros personales de los Blancos. Estaban más unidos a ellos y llevaban más tiempo a su servicio.

Siguió a Danyin Lanza hasta la entrada de la tienda. Lanren había descubierto que el más joven de los Lanza era un hombre culto, inteligente y cauto, rasgo este que sus hermanos no compartían en absoluto. Danyin parecía un poco perdido, y Lanren supuso que era porque Auraya había estado ausente y porque el consejero no poseía más conocimientos sobre la guerra que los que encontraba en los libros de historia.

En cuestiones militares y estratégicas, Lanren era el «experto». Él no se sentía precisamente como tal, pero había pocas alternativas. Nadie podía ser experto en la guerra cuando en el transcurso de un siglo no se habían librado más que unas pocas contiendas en Ithania del Norte. Lanren había estudiado estrategia y el arte de la guerra desde niño, había sido testigo de casi todos los levantamientos o refriegas de los últimos cincuenta años, había vivido unos años en Dunway para estudiar su cultura guerrera y había pasado unos meses en Avven hacía más de una década, con el fin de observar la secta militar de los pentadrianos..., desde cierta distancia.

Cuando entró en la tienda, advirtió que todo estaba dispuesto como en las noches anteriores. Varias sillas del mismo tamaño y la misma sencillez estaban colocadas en círculo. En el centro de la tienda había una mesa grande de cinco lados. Sobre ella estaba extendido un hermoso mapa. Era un plano magnífico, el mejor que él había visto, pintado sobre vitela con colores cálidos e intensos.

Juran miró a Auraya.

—Las fuerzas dunwayanas han llegado a su frontera sur y esperan nuestra decisión. Antes de que llegais, discutíamos qué deben hacer: si unirse a nosotros o permanecer en Dunway.

Ella bajó la vista hacia el mapa.

—He reflexionado sobre la cuestión durante el viaje. Ambas opciones entrañan un riesgo. —Dirigió la mirada hacia el embajador dunwayano—. Según tengo entendido, Jen de Rommel, si los dunwayanos se reúnen con

nosotros a este lado de las montañas, Dunway quedará expuesto a un ataque si el ejército pentadriano se desvía hacia el norte. Parece injusto pedir a tu pueblo que deje desprotegidas sus fronteras para ayudarnos.

»De acuerdo con todos los informes —continuó Auraya—, el ejército pentadriano es enorme. Los militares dunwayanos son célebres por su destreza en batalla, pero nuestros espías nos informan de que las sectas de guerreros pentadrianos también cuentan con soldados excepcionales. Por nuestros encuentros con esos hechiceros negros, sabemos que son más poderosos que cualquier dunwayano. Incluso si todos los guerreros de Dunway se quedaran para proteger su patria, me temo que el país caería en manos enemigas.

El embajador dunwayano arrugó el entrecejo, asintiendo en señal de conformidad.

—Si se quedaran en casa —añadió Auraya— y los pentadrianos prosiguieran su camino por las montañas en vez de atacarlos, cabe la posibilidad de que nuestro ejército no sea rival para los guerreros entrenados de los pentadrianos. Debo plantear una pregunta: si este ejército fuera derrotado, ¿durante cuánto tiempo resistiría Dunway?

—¿O sea que queréis que crucemos las montañas?

Auraya movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, pero... —Hizo una pausa y fijó los ojos en Juran—. Tal vez no todos. Quizá sería conveniente que algunos dunwayanos permanecieran en su país. Si los pentadrianos invadieran Dunway, vuestros guerreros podrían frenar su avance, lo que nos daría tiempo para atravesar las montañas y entablar combate con el enemigo.

«Los esfuerzos de esas personas no influirían para nada en el resultado —pensó Lanren—, pero... creo que ella lo sabe. Simplemente pretende que los dunwayanos se sientan un poco más seguros. Sin embargo, no dará resultado. Están demasiado versados en estas lides para hacerse falsas ilusiones».

Juran se volvió hacia Lanren y meneó la cabeza.

—Unos pocos guerreros no frenarán un ejército tan grande como el del enemigo.

—Tiene razón —convino el embajador de Dunway.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —terció Lanren.

Juran lo miró y asintió.

—Sabemos que los pentadrianos no están lejos de las montañas —dijo Lanren—. Cuanto más tiempo tengamos para alcanzar y fortificar nuestra posición en el paso, mejor. Si el ejército dunwayano viniera a través de las montañas, podría tender trampas por el camino, lo que entorpecería el avance de los pentadrianos. —«Además, les divertiría hacerlo», agregó para sus adentros.

Juran sonrió.

—En efecto, podrían. —Desplazó la vista por sus compañeros Blancos. Uno tras otro, hicieron un gesto afirmativo. Juran se dirigió de nuevo al embajador de Dunway—. Por favor, transmite nuestra valoración y nuestra propuesta a I-Portak. Dile que preferimos que se reúna con nosotros aquí, pero somos conscientes del riesgo que eso implicaría. Dejamos la decisión respetuosamente en sus manos.

El embajador asintió.

—Así lo haré.

Juran contempló el mapa, frunció los labios y enderezó la espalda.

—Aún no hemos recibido los informes de esta tarde sobre la posición de los pentadrianos. Propongo que cenemos temprano y regresemos aquí para planear nuestro viaje hacia el paso. Quisiera incluir a los siyís en esa conversación.

Muchos de los presentes se mostraron aliviados. Lanren contuvo una sonrisa irónica. Aunque ninguno de ellos había recorrido grandes trechos a pie para llegar hasta allí, todos estaban cansados. Habían dormido poco cada noche, pues las discusiones solían prolongarse hasta mucho después de medianoche. Lanren no era el único que se había acostumbrado a dormir sentado en un tarne, pese a las sacudidas y los tumbos.

Como siempre, se quedó atrás para tomar nota de quién salía de la tienda y con quién. Advirtió que Auraya intercambiaba una mirada con Danyin Lanza. El hombre parecía un poco menos perdido que antes. Entonces algo pequeño entró a toda velocidad en la tienda y se abalanzó hacia Auraya.

—¡Ohuaya, Ohuaya!

Todos se volvieron para ver un minúsculo ser gris que trepaba corriendo por el cirque de Auraya y por su espalda. Comenzó a corretear de un hombro a otro, jadeando de emoción.

—Hola, Travesuras —dijo Auraya, con un brillo de diversión en los ojos—. Yo también me alegro de verte. Espera, deja que... Solo voy a... ¿Quieres estarte quieto un momento?

Él esquivó su mano y se detuvo para lamerle las orejas.

—¡Uf! ¡Basta, Travesuras! —exclamó ella.

Torciendo el gesto, levantó al animalillo y se lo sujetó contra el pecho con una mano, mientras le rascaba la cabeza con la otra. La bestezuela alzó la vista hacia ella con adoración.

—*Ohuaya* en casa.

—Sí, y hambrienta —le dijo ella. Levantó la mirada hacia Danyin—. ¿Y tú?

—También —respondió el consejero.

La sonrisa de Auraya se ensanchó.

—Pues a ver qué encontramos. Cuéntame qué ha estado haciendo Travesuras durante mi ausencia.

—Muchas cosas —le dijo Danyin con socarronería.

Cuando salieron de la tienda, una sensación inquietante asaltó a Lanren. Era la sensación que tenía siempre que acababa de ver algo que podía resultar importante. Algo relacionado con el diálogo que acababa de oír.

¿O eran solo las posibilidades inherentes al viz en sí las que turbaban su pensamiento? Aquellos animales podían ser útiles como exploradores o mensajeros.

Su estómago soltó un gruñido. Sacudiendo la cabeza, Lanren dejó a un lado su inquietud y salió en busca de algo para cenar.

Bien entrada la noche, Auraya caminaba de un lado a otro en su tienda. Las conversaciones sobre la guerra habían durado horas. Al principio, el tiempo pasaba volando, pero conforme la noche se alargaba, la presencia de la nueva tejedora asesora hizo que Auraya se acordara de lo que quería preguntarle a

Leiard.

Como le había leído la mente a Raeli, sabía que ella no tenía la menor idea de por qué Leiard había renunciado a su cargo. A Auraya no le costaba imaginar la razón. Cualquiera de sus compañeros Blancos podía enterarse de su aventura con solo leerle la mente. Sin duda había dimitido para evitarlo.

Auraya sintió una punzada de culpabilidad. Si hubiera previsto las consecuencias que tendría acostarse con él aquella noche... Pero en momentos de pasión uno no se pensaba las cosas dos veces. Así funcionaban las cosas en las historias populares de amor y heroísmo. Incluso en aquellos relatos el amor prohibido tenía un precio. Era evidente que Leiard tampoco había pensado en los problemas que podían causar. Aunque hubieran refrenado sus impulsos aquella noche, habrían tenido que guardar el secreto de su amor mutuo. Los Blancos lo habrían descubierto en la mente de él de todos modos.

«¿Existirá una posibilidad de que acepten al amante que he elegido? Dudo que les hiciera mucha gracia, pero quizá llegarían a apoyarnos con el tiempo. Podríamos convertirnos en un símbolo de la unidad entre circulianos y tejedores de sueños».

Fantasear con convertirse en un símbolo de la unidad era un poco absurdo cuando no sabía dónde estaba él o (se le retorció el estómago) si seguía sintiendo lo mismo por ella. Durante la cena le había preguntado a Danyin si había visto a Leiard. Él desconocía por completo su paradero o el de los demás tejedores de sueños. Auraya sabía que preferían no viajar con ejércitos o mostrar simpatía por una de las partes en lucha, pero no podían hallarse muy lejos. Su destino era el mismo que el de ambos ejércitos: el campo de batalla.

Le convenía dormir, pero estaba segura de que no le sería posible. Juran contaba con que, al día siguiente, ella se uniera a los otros Blancos para conducir las tropas hacia la guerra. Los únicos ratos libres que tenía para buscar a Leiard eran aquellas escasas horas nocturnas.

Cuando llegó a la puerta de la tienda, oyó una vocecilla apagada.

—¿*Ohuaya* se va?

Ella dirigió la mirada hacia la cesta que Travesuras se había

acostumbrado a usar como cama. Una cabeza pequeña y dos ojos brillantes asomaron entre las mantas.

—Sí —respondió ella—. Travesuras se queda.

—¿*Tié* que irse *Ohuaya*?

Auraya vaciló, sin comprender muy bien qué quería decir el viz. Este salió de la cesta de un brinco y pasó corriendo junto a su dueña. Se detuvo a unos pasos de distancia y volvió la vista hacia ella.

—¿*Tié* que irse *Ohuaya*? —repitió.

Deseaba acompañarla. Ella sonrió y negó con la cabeza.

—Auraya va a volar —le explicó.

Él alzó los ojos hacia ella.

—¿*Tié* que volar *Ohuaya*?

¿De verdad entendía lo que ella le decía? Se concentró en la mente del animal y vio una mezcla de veneración e impaciencia. Intentó transmitirle la sensación de separarse del suelo. Él se estremeció de emoción antes de emitir un chillido y trepar rápidamente por su cuerpo hasta su hombro.

Auraya ignoraba si Travesuras la entendía de verdad. Tal vez si flotaba un poco en el aire él se asustaría y bajaría de un salto. Entonces aprendería el sentido de la palabra «volar» y sabría que no podía ir con ella.

Salió de la tienda y se elevó despacio. El viz le clavó las garras en el hombro con más fuerza, pero ella no percibió el menor asomo de miedo en él. «Claro que no —pensó—. Siempre está subiendo por las paredes y correteando por el techo».

Ascendió más para poner a prueba la confianza del viz. El único cambio en su estado de ánimo fue una expectación creciente. Ella bajó la vista hacia la parte superior de las tiendas de campaña y empezó a desplazarse hacia delante.

Travesuras se acomodó sobre su espalda, disfrutando la brisa que le alborotaba el pelaje.

«Le gusta —se maravilló Auraya—. ¿Quién lo hubiera imaginado? Espero que su noción de la altura incluya el conocimiento de cuando está demasiado alto para saltar sin hacerse daño...»

Había llegado al límite del campamento. Continuó avanzando y siguió

hacia arriba la curva de una colina. Una vez en lo alto, se detuvo para mirar alrededor.

Entonces comenzó a buscar a Leiard.

34

Tryss contempló los cientos de hogueras que ardían abajo y sonrió. Desde lejos era fácil sentirse superior a aquellos pisatierra. Drili y él habían hablado de ello la noche anterior. Para empezar, esa gente casi nunca miraba hacia arriba. Suponía que hasta la fecha no les había hecho mucha falta. Si los pentadrianos tenían el mismo punto débil, sería fácil aprovecharse de él en la batalla que se avecinaba.

Otro punto flaco de los pisatierra era su lentitud. Los siyís podían recorrer en un par de horas la distancia que el resto del ejército cubría a pie en un día. Pronto había quedado claro que los siyís no seguirían a las fuerzas circulianas hasta el campo de batalla. No tenía sentido que se quedaran volando en círculos mientras los pisatierra atravesaban las llanuras con paso lento pero seguro, así que Sirri se había ofrecido a adelantarse con los siyís para encontrar un buen lugar para que el ejército acampara la noche siguiente. Juran había accedido.

Como no había prisa, habían tenido tiempo de sobra para reconocer el territorio. Las llanuras eran un tipo de terreno distinto de aquel con el que estaban familiarizados. Cuando volaban bajo, espantaban bandadas de pájaros o manadas de unos animales pequeños de huesos finos que los pisatierra llamaban lyrimes. Estos les proporcionaban una oportunidad ideal para ejercitarse con el arnés y la cerbatana. Tryss y Drili habían encabezado uno de los numerosos equipos de caza. Al final del día habían abatido a

tantos de aquellos animales que tenían carne más que suficiente para alimentarse. La que sobraba la asaron y se la ofrecieron a los pisatierra cuando llegaron por la noche.

Esto les valió una popularidad considerable en el ejército. Los pisatierra habían alzado sus copas para brindar por los siyís después de la cena. Era otra de sus costumbres divertidas.

Sin embargo, la caza los hizo impopulares entre un grupo reducido de pisatierra que aparecieron a primera hora de la mañana al día siguiente. Por lo visto, las manadas de lyrimes les pertenecían. Juran les entregó unas bolsas llenas de las monedas de metal que los pisatierra utilizaban a modo de dinero, y los pastores de lyrimes se marcharon muy serios, aunque ya no parecían enfadados.

Todo rastro del sentimiento de superioridad del que gozaba Tryss se esfumaba cuando se encontraba entre los pisatierra. Su tamaño por sí solo habría bastado para intimidar a cualquier siyí, pero nada le bajaba tanto los humos como observarlos cuando entrenaban con sus armas. Muchos de aquellos guerreros eran bastante arrogantes. En una ocasión, uno de ellos lanzó una mirada descaradamente desdeñosa a Tryss y un grupo de siyís. Más tarde, cuando Auraya se enteró del incidente, se disgustó mucho. Explicó que, para algunos pisatierra, matar a un hombre desde cierta distancia, en vez de en una lucha cuerpo a cuerpo, era un acto deshonesto y cobarde. Despreciaban a los arqueros pisatierra por el mismo motivo. Según Auraya, ellos lo tenían muy fácil. Eran altos y fuertes por naturaleza. Si solo las personas altas y fuertes combatieran en las guerras, los ejércitos serían de lo más pequeños.

—¡Tryss!

Arrancado de sus pensamientos, Tryss miró en torno a sí. La portavoz Sirri subía hacia él impulsada por una corriente ascendente. Se posó en la loma, junto a él.

—La junta de guerra está a punto de empezar —le avisó—. Quiero que vengas conmigo.

—¿Yo? —exclamó él.

—Sí. Seguramente puedo llevar a unos cuantos acompañantes, pero dudo

que me dejen presentarme con los catorce portavoces. Como prefiero no tener que elegir entre ellos, llevaré a otra persona.

A Tryss se le aceleró el pulso.

—¡No sé nada sobre cómo se planea una guerra!

Ella se rió.

—¡Yo tampoco! Pero sí sé una cosa. Eres inteligente. Tu forma de pensar es diferente de la mía. No tiene sentido que me acompañe alguien que piense como yo, pues lo más probable es que vea únicamente los mismos problemas que yo y se le ocurran las mismas ideas que a mí. Necesito un acompañante que entienda lo que yo no entiendo.

—Tal vez no entienda nada.

—Lo dudo. Bueno, ¿vienes?

Él sonrió de oreja a oreja.

—¡Sí!

—¡Bien!

La portavoz se lanzó en picado y Tryss la siguió. Planearon hacia la tienda blanca, donde se habían congregado varios pisatierra. Solo uno de ellos alzó la mirada y avistó a Tryss y Sirri, que se acercaban. Cuando aterrizaron, los demás profirieron exclamaciones de sorpresa y fijaron los ojos en ellos. El que los había visto acercarse avanzó unos pasos y se llevó el puño al pecho.

—Lanren Rapsoda —dijo. Abrió la mano y gesticuló en dirección a Sirri—. *¿Portavz jef Siirri?*

Sirri asintió. Miró a Tryss y pronunció su nombre. El pisatierra arqueó las cejas. Se trazó una cruz en el pecho con el dedo y luego hizo ademán de disparar una flecha. Sirri asintió de nuevo. El pisatierra se señaló la cabeza y realizó un gesto vagamente ridículo con el pulgar que parecía denotar aprobación.

Tryss sonrió e inclinó la cabeza para indicar que entendía. Que lo elogiaran de aquel modo en público habría debido resultarle un poco embarazoso, pero en vez de ello sintió un desaliento creciente. Aquellos pisatierra no conocían la lengua siyí, ni él conocía la de ellos. ¿Cómo iba a ayudar a Sirri si no se enteraba de nada de lo que se dijera en la reunión?

El hombre llamado Rapsoda se volvió y presentó a los demás. Consiguió hacerse entender, pese a los problemas de idioma. Al balbucir «*portavz jef*» y apuntar con el dedo a otro pisatierra, quería decir que aquella persona era un líder. Cuando se señalaba la cabeza y la boca antes de señalar a otra persona, indicaba que esta se hallaba presente para aportar ideas y palabras a los líderes.

«Asesores —pensó Tryss—. Como yo».

Una mujer callada con chaleco de piel sonrió levemente cuando la presentaron. Sirri le murmuró a Tryss que era una tejedora de sueños legendaria. Rapsoda realizó el gesto de la cabeza y la boca. «Otro asesor», concluyó Tryss.

A continuación, Rapsoda se señaló a sí mismo, palmeó la vaina que llevaba al cinto y luego se dio unos golpecitos en la cabeza.

«De modo que es un guerrero y un asesor. Alguien a quien conviene tener como amigo durante una guerra... Ojalá no existiera esta barrera idiomática entre nosotros. Me pregunto cuánto tardaría en aprender su lengua». El idioma siyí había evolucionado a partir de uno hablado por los pisatierra, así que no debía de ser tan difícil. Algunas palabras podían ser las mismas, o al menos parecidas.

Los pisatierra habían desviado su atención. Tryss no alcanzaba a ver la causa de su distracción, que estaba detrás de ellos. Tanto los líderes como los asesores retrocedieron un paso, y los Blancos aparecieron.

Eran figuras imponentes: cinco hombres y mujeres de hermosa presencia, todos ellos vestidos de blanco. Un hombre, Juran, saludó a los reunidos en un tono serio pero cordial. Auraya miró a Tryss a los ojos y sonrió.

Juran se volvió hacia Sirri.

—Bienvenida, portavoz jefe Sirri..., y este debe de ser Tryss, el inventor, ¿verdad? —preguntó en la lengua siyí.

Tryss notó que se ruborizaba. No sabía qué decirle a aquel hombre tan poderoso y que imponía tanto. Auraya soltó una risita.

—Sí, este es el cazador Tryss. —Añadió algo en el idioma de los pisatierra, y Tryss se percató de que estaba ejerciendo de intérprete. Suspiró aliviado al comprender que sus temores eran infundados. Si Juran o Auraya

lo traducían todo, la junta de guerra no le resultaría incomprensible.

Observó a los Blancos mientras guiaban a los líderes y a sus asesores al interior de la tienda. El hombre a quien llamaban presidente Meeran vaciló un momento frente a la entrada. Auraya le hizo una seña a Sirri para que se acercara. Tryss siguió a su portavoz cuando esta entró junto con el pisatierra. Al joven siyí le dio la impresión de que esto revestía algún tipo de importancia. Ya se lo preguntaría a Auraya más tarde, si tenía ocasión.

Dentro de la tienda había una mesa ancha y demasiado alta para que Tryss alcanzara a ver qué había encima. Todos menos los Blancos se dirigieron hacia unas sillas dispuestas en círculo a lo largo de las paredes de la tienda. Dos de ellas quedaron desocupadas. Tryss frunció el ceño cuando Auraya las señaló. Estaban hechas a la medida de los pisatierra. Le llegaban a la altura del pecho.

«Habrían podido traer sillas más pequeñas para nosotros —refunfuñó para sí—. Me parece un poco desconsiderado...»

Sin embargo, Sirri no se quejó. Se acercó a una y se encaramó a ella con facilidad. Consciente de todos los ojos puestos en él, Tryss subió a la segunda silla de un salto. Volvió la vista al frente y advirtió que ahora veía la parte superior de la mesa.

«Ah, por eso no han traído sillas pequeñas».

Sobre la mesa descansaba una hoja grande de un material fino. En ella había pintada una forma de colores vistosos rodeada de azul. Cuando Tryss se fijó mejor, un escalofrío de asombro lo recorrió. Se trataba de un mapa, a una escala y con un nivel de detalle que él nunca había visto. Abarcaba todo el continente de Ithania del Norte.

Tryss lo examinó, intentando localizar Si. Al final, se percató de que las líneas de garabatos pequeños en forma de «v» invertida representaban cordilleras. El cúmulo de garabatos próximo a la parte de abajo debía de ser Si, la zona más montañosa de Ithania del Norte. Sin embargo, la situación de las montañas concretas no tenía ningún sentido. Que él supiera, ningún pisatierra había trazado un mapa de Si, por lo que el cartógrafo seguramente las había colocado de manera arbitraria.

Juran, el líder de los Blancos, comenzó a hablar. Mientras, Auraya se

apartó de la mesa y se deslizó entre las sillas de Sirri y Tryss.

—Dice que empezaremos por discutir cómo los siyís podéis ayudarnos con los preparativos y durante la batalla —murmuró—. Puesto que se dirigirá principalmente a vosotros, hablará en vuestro idioma lo mejor que pueda, y Dyara traducirá sus palabras a los demás.

Sirri asintió. Juran se volvió hacia ella.

—Bienvenida a la Congregación de guerra, portavoz jefe Sirri —dijo, con una pronunciación lenta y esmerada.

Dyara, la mujer, tradujo en voz baja.

—Gracias, Juran, líder de los Blancos —respondió Sirri—. Estoy deseando ayudar en la medida de mis posibilidades.

Él sonrió.

—Esta noche hablaremos sobre cómo podéis ayudarnos. ¿Qué función deseas que desempeñe tu gente?

Sirri guardó silencio unos instantes.

—La de arqueros desde el aire —contestó—. Ojos en el cielo.

—En efecto, creo que sería la mejor manera de sacar partido de vuestras habilidades —convino Juran—. No me parecería prudente enviaros a atacar al enemigo sin orden ni concierto durante la batalla. Sería arriesgado y un desperdicio de vuestro potencial. Deberíamos aprovechar todas las oportunidades posibles para sorprender al enemigo y trabajar de forma coordinada por tierra y aire con el fin de alcanzar la máxima ventaja.

—¿Cómo puede conseguirse eso? —preguntó Sirri.

—Lanren Rapsoda, nuestro asesor militar, tiene muchas propuestas sobre este asunto.

Sirri miró al hombre que los había recibido.

—Estoy ansiosa por oírlas.

—En ese caso, las expondrá ahora mismo. Adelante, Lanren.

El pisatierra amable se levantó de su asiento. A una señal de Juran, comenzó a hablar. Auraya hizo las veces de intérprete. Tryss escuchaba fascinado mientras el asesor describía los posibles encuentros con el enemigo y explicaba cómo podían salir airosos de ellos con el apoyo de los siyís. Había imaginado que los dos ejércitos chocarían en un gran enfrentamiento,

no en fases complejas y meticulosamente planeadas con diferentes estrategias de ataque.

El hombre poseía conocimientos sorprendentemente precisos sobre las limitaciones de los siyís durante el vuelo. Por lo visto, Tryss no era el único que había observado y analizado los puntos fuertes y débiles de sus aliados. Pero entonces el hombre metió la pata, dando por sentado que las condiciones de viento en las montañas serían las mismas que en las llanuras. Tryss lo interrumpió sin pensarlo. Cuando ya era demasiado tarde, se dio cuenta de lo que había hecho y se quedó callado, con el rostro encendido.

—No te cohíbas, Tryss —murmuró Auraya—. Expresa tu opinión. Para eso estamos aquí, para corregirnos mutuamente nuestros errores. Más vale hacerlo ahora y no cuando hayan ocasionado muertes en el campo de batalla.

Él posó los ojos en ella y luego en Sirri. La portavoz asintió para animarlo a continuar. Tryss tragó en seco.

—El aire se mueve de otra manera en las montañas —dijo—. A veces nos favorece, a veces no.

Auraya tradujo.

—¿Podéis predecir cómo se moverán esos vientos? —inquirió el hombre.

—Solo de una manera general. No sabemos si el aire fluirá en un lugar tal como hemos previsto hasta que llegamos allí.

A partir de ese momento, la discusión se centró en detalles técnicos. Sirri intervenía, pero miraba con frecuencia a Tryss cuando las situaciones hipotéticas que planteaba Rapsoda eran demasiado complicadas. El asesor militar estaba lleno de entusiasmo, pero al cabo de un rato se interrumpió y le dijo algo a Juran. Auraya tradujo.

—Podríamos hablar de esto durante horas, incluso días. ¿Puedo proponeros que prosigamos en mi tienda? Todos los que estén interesados en los pormenores serán bienvenidos.

—Sí —convino Juran—. Pero primero me gustaría estudiar las maneras en que los siyís pueden actuar como nuestros «ojos en el cielo» antes de la batalla. —Dirigió la vista hacia Sirri y cambió de nuevo a la lengua siyí—. No tenemos espías en el ejército pentadriano. Los hechiceros que lo dirigen saben leer mentes y descubrieron a nuestros infiltrados en sus fuerzas. La

única información que recibimos sobre su posición es la que nos proporcionan los exploradores que observan desde lejos, y la última noticia que nos han comunicado es que el ejército ha penetrado en los bosques de las estribaciones. ¿Estarías dispuesta a enviar a algunos de los tuyos al otro lado de las montañas para averiguar más?

Sirri movió la cabeza afirmativamente.

—Por supuesto.

—¿Cuánto tardarían en atravesar las montañas y regresar?

Ella se encogió de hombros.

—Un día, tal vez dos, en ir, y lo mismo en volver. El tiempo que tarden en reconocer el terreno una vez allí dependerá de cuántos siyís vayan y de lo espeso que sea el bosque. ¿De qué tamaño es el área que tienen que explorar?

Juran señaló una de las cordilleras del mapa. Sirri asintió cuando él describió un círculo con el dedo para indicar una zona del plano.

—Enviaré a veinte parejas. Debería bastar para reducir el tiempo de búsqueda a un día.

Juran hizo un gesto de conformidad.

—¿Pueden partir esta noche?

—No habrá luna esta noche. Es peligroso volar sobre las montañas en una oscuridad tan profunda. Pero pueden partir antes del amanecer. Cuando lleguen a las montañas, habrá suficiente claridad para que puedan volar.

Juran sonrió.

—Entonces, esperaremos. Gracias, portavoz Sirri.

Esta rió entre dientes.

—Soy yo quien debería darte las gracias a ti, Juran el Blanco. Tengo a demasiados jóvenes ávidos de emociones y aventuras. Esto mantendrá ocupados a algunos de ellos.

Los pisatierra sonrieron cuando Dyara tradujo estas frases.

—Tal vez deberías seleccionar a los más sensatos —sugirió Auraya—, a siyís que sepan pasar inadvertidos siempre que sea posible. Confiamos en que tu gente sea una sorpresa desagradable para el enemigo.

Sirri asintió con aire resignado.

—No te falta razón, por desgracia. Tendré que elegirlos con mucho

cuidado.

—¿Hay algún otro cambio o decisión que quieras proponer? —preguntó Juran—. ¿Está satisfecha tu gente con la forma en que se han hecho las cosas hasta ahora?

—Sí —respondió Sirri—. Quiero pedir disculpas de nuevo por el error que cometimos al cazar los lyrimes. De haber sabido que...

—No tienes por qué disculparte —la tranquilizó Juran—. Si nosotros nos hubiéramos topado con esos animales, yo mismo habría ordenado que los capturaran y los sacrificaran. Los pastores y granjeros saben que esas cosas ocurren en tiempos de guerra. De lo contrario, no habrían tenido el valor de acudir a mí para pedir una indemnización.

—Entiendo —dijo Sirri, pensativa—. Entonces ¿seguimos cazando?

—Si queréis —contestó Juran con una sonrisa—, pero matad solo a la mitad de las reses de la manada, y respetad a los machos y a las hembras preñadas para que los lyrimes puedan reproducirse y restablecer su número rápidamente.

Sirri esbozó una sonrisa.

—Así lo haremos.

—¿Deseas tratar algún otro tema?

Ella negó con la cabeza. Juran paseó la mirada por la sala. Dirigió unas palabras a los otros pisatierra.

—Les pregunta si tienen alguna duda —explicó Auraya.

Ninguno de los pisatierra abrió la boca, pese a que un puñado de ellos parecía tener ganas de hablar. Cuando la conversación se desvió hacia otras cuestiones, Tryss notó que se relajaba por haber dejado de ser objeto de la atención de los demás. Ahora, gracias a las traducciones de Auraya, se enteraría mejor de los planes de los pisatierra para encarar esa guerra.

Un soldado haniano joven contemplaba la hoguera. Veía en las llamas las formas de guerreros feroces y hechiceros poderosos. «¿Cómo será? —se preguntó—. Me alisté hace menos de un año. No es un período de entrenamiento suficiente, ¿no? Pero el capitán dice que un espíritu combativo

y disciplinado es lo único que necesito».

Además de mucha suerte, añadió Jayim.

Déjalo en paz —le ordenó Leiard a su discípulo—. Exploras para aprender, pero si te quedas para divertirte, estás abusando de tu don.

Jayim estaba aprendiendo deprisa. La noche anterior había alcanzado el estado de trance necesario para leer pensamientos superficiales, pero no había podido conversar a la vez con Leiard sin perder su concentración. Ahora lo estaba haciendo mejor.

La mente siguiente estaba más animada. Era la de un siyí con los pensamientos nublados por la tintra. Él y otros dos miembros de su tribu habían invitado a unos soldados somreyanos a su enramada. No estaban preparados para los efectos del alcohol en sus pequeños cuerpos.

Espero que los somreyanos no se aprovechen de ellos, declaró Jayim, preocupado.

Tal vez lo hagan, tal vez no. No puedes ayudarlos sin revelarles que has curioseado en su mente. No entenderán por qué lo hacemos. Pasa al siguiente.

Los pensamientos que captaron a continuación eran menos verbales, más físicos. La atención de aquella siyí estaba centrada en su compañero, en el tacto y las sensaciones. No estaba pensando en la lucha ni en la batalla que se avecinaba. A Jayim aquello le estaba pareciendo de lo más interesante.

Pasa al siguiente.

Una vergüenza repentina invadió a Jayim por haber vacilado. Apartó su mente de los amantes.

Los siyís tienen mujeres guerreras. También los dunwayanos. ¿Por qué los hanianos no?

¿Cuál crees tú que es la razón?

¿Que nuestras mujeres son más débiles?

Podrían ser tan fuertes como las dunwayanas si quisieran. Solo les haría falta entrenar.

¿Porque alguien tiene que cuidar de los hijos y del hogar?

¿Y los hijos y hogares de los siyís? Por las numerosas mentes que hemos explorado sabes que han dejado a su progenie al cuidado de los siyís

mayores.

Pues no lo sé. Tal vez los hanianos no lo necesitamos. Nos basta con los hombres que luchan por nosotros.

O eso esperamos.

No tendría sentido traer a mujeres que no estuvieran entrenadas. Las mujeres que se casan y dan a luz jóvenes no tienen tiempo para entrenar.

Los siyís también se casan jóvenes.

Entonces ¿cuál es el motivo?

No lo sé con certeza. No podemos leer la mente de una raza de la misma manera que estamos leyendo las mentes individuales esta noche. Las costumbres y tradiciones se desarrollan con el tiempo y se resisten al cambio. Solo una necesidad imperiosa de cambiar podría alterar el estilo de vida de la gente o su sentido de la moral.

O sea que si no tuviéramos suficientes hombres para luchar, ¿las mujeres aprenderían?

Seguramente. El problema es que cuando la situación obligue a las mujeres a combatir, ya no quedará tiempo para entrenarlas. Bien, busca otra mente.

Leiard siguió a Jayim. El muchacho pasó rozando las mentes de los tejedores de sueños acampados cerca de su tienda. Una tejedora sufrió un fuerte sobresalto, pero no por el contacto de Leiard y Jayim. Había algo más. Una forma en la oscuridad, más allá del campamento...

Un momento. Retrocede.

Tras unos instantes de duda, Jayim regresó a la mente de la tejedora alarmada. A través de sus ojos, ellos vieron una figura que emergía de las sombras. Una sacerdotisa. Una sacerdotisa superior. Cuando la mujer se acercó, la tejedora la reconoció y se llenó de un alivio teñido de recelo. «Es la sacerdotisa amable. Auraya».

Auraya. —Un estremecimiento de placer y temor recorrió el cuerpo de Leiard—. *Ha venido a buscarme.*

Al parecer, la clase terminará temprano esta noche, dijo Jayim con sorna.

Mañana recuperaremos el tiempo perdido, respondió Leiard.

Al menos procura que mi sacrificio valga la pena.

Leiard exhaló. El chico era tan cruel como Mirar.

Basta, Jayim. Reafirma tu identidad.

Mientras Jayim seguía el ritual, Leiard se concentró en su conciencia de sí mismo. «Soy Leiard, teje...»

«Y un idiota —lo interrumpió una voz en su mente—. Sabías que ella se incorporaría a filas, y aun así decidiste seguir al ejército con tus colegas tejedores de sueños en vez de huir en dirección contraria».

«Mirar —suspiró Leiard—, ¿cuándo me libraré de ti?»

«Cuando entres en razón. El foco de tus problemas no está en tu identidad, sino en tu entrepierna».

«No estoy aquí para ver a Auraya —pensó Leiard con firmeza—. Soy un tejedor de sueños. Mi deber es atender a las víctimas de esta guerra».

«Mientes. Tu deber es proteger a tu gente —replicó Mirar—. Si esos circulianos que te sientes obligado a atender descubrieran que sedujiste a su sacerdotisa superior, empuñarían la espada y masacrarían a todos los tejedores que encontrarán. Sería un buen calentamiento para la batalla contra los pentadrianos».

«No puedo desaparecer sin más —protestó Leiard—. Tengo que explicarle a ella por qué debo marcharme».

«Ya sabe por qué debes marcharte».

«Pero tengo que hablar con...»

«¿Para decirle qué? ¿Que conoces un rinconcito agradable y recóndito ideal para cuando le apetezca echar un polvo? Pues díselo en sueños, y explícale también por qué no puedes...»

—¿Leiard?

Era Jayim. Leiard abrió los ojos. El joven lo miraba fijamente.

—No estás mejor, ¿verdad?

Leiard se levantó.

—Hace semanas que no me arrebatas el control. Es una mejora. Supongo que me llevará tiempo.

—Si hay algo...

—¿Hola? ¿Leiard?

La voz provocó un escalofrío a Leiard. Era la voz de Auraya. Hacía meses que no la oía. Le trajo recuerdos de sueños que habían compartido, evocaciones de la primera noche que habían pasado juntos. El corazón empezó a latirle más deprisa.

Lo único que tenía que hacer era invitarla a entrar. Inspiró para hablar y aguardó a que Mirar protestara, pero la otra presencia permaneció en silencio, tal vez por prudencia. Si Mirar decía algo, Auraya lo oiría y...

—¿Leiard?

—Estoy aquí. Adelante, Auraya.

Ella apartó la colgadura de la puerta y entró. Leiard notó una opresión creciente en el pecho, se percató de que estaba conteniendo la respiración y exhaló despacio. Aunque ella llevaba el cabello recogido hacia atrás en una trenza, unos mechones se habían soltado por el viento (o, lo que era más probable, durante el vuelo) y le colgaban en torno al rostro. Él decidió que estaba incluso más hermosa así. Despeinada, como aquella noche de...

—Te saludo, Auraya la Blanca —dijo Jayim.

Ella miró al muchacho y sonrió.

—Te saludo, Jayim Tahonero. ¿Cómo avanza tu instrucción?

—Bien —respondió el chico.

La sonrisa afectuosa de Auraya se enfrió ligeramente cuando ella se volvió hacia Leiard.

—Me han dicho que has dimitido.

Leiard asintió.

—Ha sido un placer volver a verte, Auraya —terció Jayim—. Será mejor que me vaya.

Ella lo siguió con la vista mientras el joven salía apresuradamente de la tienda y luego devolvió su atención a Leiard.

—Lo sabe.

—Sí. Es un defecto de los métodos que empleamos para enseñar la conexión mental. Me fío de él.

Auraya se encogió de hombros.

—Entonces yo también. —Dio un paso hacia él—. Entiendo el motivo de tu renuncia. Al menos, eso creo. Tenías que hacerlo, porque si nos

descubrían, mi gente podía reaccionar mal.

—No renuncié solo para proteger a los tejedores de sueños —aseveró él, sorprendido por la fuerza de sus palabras—, sino también para que pudiéramos... para que pudiéramos seguir viéndonos.

Ella abrió mucho los ojos antes de sonreír y ruborizarse.

—He de reconocer que estaba un poco preocupada. Las conexiones en sueños habían cesado, y me ha llevado dos noches encontrarte.

Él se le acercó y la tomó de las manos. Su piel era tan suave... Auraya alzó la mirada hacia él, y sus labios se curvaron en una sonrisa leve y sensual. Al percibir su olor, provocativamente tenue, a Leiard le vinieron ganas de inspirar profundamente.

«¿Qué iba a decir? —Parpadeó el tejedor, haciendo memoria—. Ah, sí».

—Tenía que tomar algunas decisiones —declaró—. Decisiones que me convenía tomar solo. —A través de las manos de Auraya, notó que se ponía tensa.

—¿Y qué has decidido?

—He decidido... —Hizo una pausa. Hasta ese momento, Leiard no era consciente de lo cerca que había estado de ceder a las exigencias de Mirar. La vida sería más sencilla si se limitara a huir. Ahora que volvía a estar con Auraya (viéndola, tocándola), sabía que no podía huir de ella. Su recuerdo lo obsesionaría día y noche—. He decidido que lo que importa es que seamos fieles a nosotros mismos —dijo—. Tú eres una Blanca, y yo, un tejedor de sueños. Somos amantes. Pretender ser otra cosa sería negar lo que somos. Permitir que nuestro amor perjudicara a terceros estaría mal. Ambos lo sabemos, así que...

—Así que... ¿qué?

—Solo podemos vernos en secreto.

—¿Dónde?

—Lejos de Jarime. He pensado un lugar. Te enviaré la ubicación en sueños.

La comisura de los labios de Auraya se curvó un poco hacia arriba.

—¿Solo la ubicación? ¿Nada más?

Él soltó una risita.

—Estabas aficionándote más de la cuenta a esos sueños, Auraya. Temía que me dejaras de lado por ellos.

Ella le sujetó los dedos con fuerza.

—No, sigo prefiriendo la experiencia real. Por lo menos, eso creo. — Dirigió la vista hacia la cama, que estaba detrás de él—. Tal vez debería asegurarme.

Él lanzó una mirada fugaz hacia la colgadura de la puerta. Advirtió que Jayim la había cerrado bien. No había quedado ni una rendija abierta.

—Tranquilo —murmuró Auraya—. Nadie oirá nada. Ya me he encargado de ello.

Mientras ella lo guiaba hacia la cama, Leiard no pudo evitar maravillarse por lo irónico de la situación. ¿Qué opinarían los dioses de que una de sus sacerdotisas predilectas utilizara sus dones para encubrir sus amoríos clandestinos con un tejedor de sueños?

Se serenó. Las probabilidades de que aún no lo supieran eran muy bajas. Si estuvieran en contra, ya habrían hecho algo al respecto tiempo atrás.

Entonces Auraya lo besó, y todos sus pensamientos sobre los dioses se esfumaron de su mente.

35

Emerahl se ajustó el cuello de piel de su tago. Se volvió hacia la entrada de la tienda de campaña, lanzó un hondo suspiro y, tras enderezar la espalda, salió con paso decidido.

Notó de inmediato que varias miradas se posaban en ella. Las primeras eran las de los guardias encargados de custodiarla. Aunque en teoría la protegían, su papel era más bien el de carceleros. Ella había soportado su amable atención desde el día que el burdel había abandonado Porin.

Cuando Rozea se había enterado del «accidente» de Emerahl con el formatano, había decidido anunciar el nombre de su nueva favorita para evitar que cayera de nuevo en «hábitos estúpidos y destructivos». Desde entonces, Emerahl había viajado en el tarne de Rozea y se le había proporcionado toda clase de lujos, entre ellos sus propios guardias personales.

Las otras prostitutas se mantenían apartadas. Emerahl apenas había hablado con ellas desde que habían salido de Porin. Por las breves conversaciones que había mantenido con Marea, sabía que creían que ella había planeado su pequeño «accidente» con el formatano para obtener audiencia con Rozea y persuadirla de que la ascendiera de categoría.

No ayudaba mucho que la madama no le permitiera visitar a Marea o a Marca, o que a ellas les prohibiera verla. Había averiguado que Marca había comprado el formatano para Emerahl, y temía que las demás amigas de

Emerahl intentarían llevarle algo a escondidas.

Su nueva situación tenía una ventaja relativa: sus clientes eran siempre los nobles más ricos del ejército. Los pocos sacerdotes que acudían a las tiendas de campaña del prostíbulo no podían permitirse los servicios de la favorita. Por el momento.

Emerahl casi se arrepentía de haberle dicho a Rozea que no quería partir. En cuanto Estrella había referido los negros presagios de Emerahl sobre el viaje, Rozea había concluido que existía el riesgo de que su favorita sucumbiera a sus miedos. Las tiendas se montaban cada noche en una disposición que permitía que Emerahl estuviera vigilada desde todas direcciones. Los instrumentos cortantes estaban prohibidos, y sus clientes estaban obligados a despojarse de todas sus armas antes de visitarla. Rozea, a quien le encantaban los relatos de aventuras fantasiosos, sabía que un cuchillo robado y una rajadura en la pared de una tienda sin vigilancia habían brindado a muchas heroínas de ficción la oportunidad de escapar de sus captores.

Sin embargo, no eran estas medidas lo que impedía que Emerahl huyera.

«No han sido los guardias ni las paredes —pensó mientras los criados retiraban con destreza los palos de la tienda y la estructura se hundía—, sino los vecinos».

Recorrió con la vista el terreno de cultivo recién cosechado en el que habían acampado. Los restos de las plantas habían sido pisoteados, primero por el ejército y ahora por las caravanas de Rozea. Emerahl sintió una punzada de expectación. Hasta entonces habían conseguido seguir el ritmo de las tropas torenias. Aunque estas solían alejarse hasta perderse de vista durante el día, la caravana del burdel siempre las alcanzaba a altas horas de la noche.

La noche anterior no había sido así. Un pequeño grupo de clientes adinerados había cabalgado hasta el campamento para visitarlas y se había marchado temprano por la mañana. El cliente de Emerahl, primo segundo del rey, le había dicho que ahora el ejército avanzaba al paso más rápido que los hombres eran capaces de aguantar para unirse a las fuerzas circulianas a tiempo para la batalla.

Todas las noches anteriores, el prostíbulo había acampado entre las tropas. Los sacerdotes deambulaban entre los soldados para levantarles la moral y reforzar el sentido del deber general. Esto era lo que había impedido que Emerahl se marchara. Cualquier enfrentamiento entre ella y sus guardias habría llamado la atención. Incluso si lograba escabullirse sin que la descubrieran, la noticia de que la mejor prostituta de Rozea había huido haría que muchos soldados fueran en su busca, seducidos por la idea de un revolcón gratis con una belleza codiciada y una recompensa cuando la entregaran. Ella podría defenderse fácilmente, pero eso también llamaría la atención, y le sería muy difícil evitarlo si un ejército entero le seguía la pista.

Ahora que las tropas habían dejado atrás la caravana, ese peligro ya no existía. Pronto el burdel quedaría demasiado rezagado para que los nobles lo visitaran por la noche. Emerahl solo tendría que idear alguna distracción para los guardias y escabullirse. Como no habría un solo cliente en su cama durante toda la noche, seguramente nadie repararía en su ausencia hasta la mañana siguiente.

—Jade.

Emerahl alzó la vista. Rozea caminaba hacia ella, con sus botas altas cubiertas de barro. Saltaba a la vista que a la mujer le encantaba aquel estilo de vida itinerante, y se pasaba las mañanas impartiendo órdenes por todo el campamento con aire autoritario.

—¿Sí? —respondió Emerahl.

—¿Cómo te sientes?

Emerahl se encogió de hombros.

—Bastante bien.

—Entonces acompáñame.

Rozea la guió hasta el tarne dorado y le indicó que subiera. Una sirvienta les tendió unas copas de aguapicante caliente. Emerahl apuró la suya, con la intención de tumbarse a dormir en cuanto terminara. No estaba de humor para charlar con Rozea, y, por si esa noche se le presentaba la ocasión de escapar, quería estar lo más descansada y alerta posible.

—Estás muy callada —observó Rozea—. ¿Es demasiado temprano para ti?

Emerahl asintió.

—Tenemos que ponernos en marcha cuanto antes si queremos alcanzar al ejército esta noche.

—¿Crees que lo conseguiremos?

Rozea frunció los labios.

—Tal vez. Y si no, al menos seguiremos llevándole ventaja a la caravana de Kremo.

Kremo era uno de los competidores de Rozea. Su caravana era más grande y ofrecía servicios a todos los soldados salvo a los más pobres, que solo podían pagar a las busconas solitarias y de aspecto enfermizo que seguían al ejército como insectos carroñeros.

—Entonces más vale que duerma un poco —dijo Emerahl.

Rozea hizo un gesto afirmativo. Emerahl se recostó en el asiento y se quedó dormida enseguida. El tarne se puso en movimiento con una sacudida, perturbando su descanso solo unos instantes. Cuando despertó de nuevo, el vehículo se había detenido. Ella levantó la mirada y descubrió que Rozea no estaba allí.

Cerró los párpados, y el sueño empezó a apoderarse de ella otra vez. Los gritos de unas voces masculinas la sobresaltaron. Abrió los ojos, maldiciendo a los guardias vocingleros.

Sonaron unos chillidos al otro lado de la pared del tarne.

Emerahl se incorporó con rapidez y abrió de un tirón la colgadura de la puerta. El camino estaba bordeado de árboles. Unos desconocidos corrían entre ellos hacia la caravana. Emerahl oyó que Rozea, situada delante del tarne, bramaba órdenes a los guardias, que ya se dirigían al encuentro de los asaltantes.

Emerahl advirtió que llevaban armadura y blandían espadas y lanzas de soldados torenios. Clavó los ojos en uno de ellos. Sus emociones eran una mezcla de codicia, lujuria y júbilo por verse libre de órdenes y restricciones interminables.

«Desertores —supuso Emerahl—. Seguramente convertidos en ladrones y forajidos».

Miró en torno a sí con el corazón desbocado. No parecía haber muchos

agresores, pero podía haber más ocultos en el bosque. Se quedó inmóvil al fijarse en el árbol caído delante del tarne de Rozea. Se apreciaban varios tajos en el tronco; no se trataba de una obstrucción natural.

Un desconocido se le plantó delante. Espantada, ella retrocedió hacia el interior del vehículo. Con una sonrisa amenazadora, él arrancó la colgadura y la tiró a un lado. Cuando comenzó a subir al tarne, Emerahl se recuperó de la impresión. Invocó magia y vaciló un momento. Lo mejor sería que lo hiciera parecer un golpe físico. Arrojó una bola de fuerza contra la cara del hombre.

Este echó la cabeza hacia atrás, con un quejido de sorpresa. Empezó a sangrarle la nariz. Gruñendo de rabia, se aupó al interior del tarne.

«Un tipo duro —pensó ella—. Y estúpido». Atrajo más energía y la dirigió contra su pecho. El impacto hizo que él saliera despedido del coche hacia atrás. Al caer, su cabeza golpeó un tronco con un fuerte chasquido.

Emerahl se acercó sigilosamente a la portezuela. Dio un respingo cuando otra figura apareció ante ella, y se tranquilizó al reconocer la cara de uno de los guardias del burdel. Este se agachó, y ella oyó un golpe seco.

—No volverá a molestaros, señora —le dijo el guardia, sonriente.

—Gracias —respondió ella con sequedad.

—Y ahora, quedaos a cubierto. Kiro y Stilo aún necesitan un poco de ayuda.

Los chillidos de las prostitutas habían cedido el paso a alaridos de pánico. Cuando el guardia se alejó, Emerahl se asomó a la portezuela, desoyendo su orden.

Tres de los desertores estaban acorralados contra uno de los tarnes. Luchaban contra dos guardias, a los que se sumó el que la había salvado. Las chicas del interior del vehículo gritaban como histéricas. Emerahl vio que el atacante flaco y de aspecto debilitado lanzaba una estocada, más deprisa de lo que parecía capaz de moverse, y el guardia con el que combatía se dobló y cayó al suelo.

El hombre flaco hizo una pausa para mirar a los dos camaradas que le quedaban. En vez de unirse a ellos, se colocó detrás, giró y comenzó a asestar golpes al toldo del tarne. El armazón se rompió, y el toldo se hundió hacia dentro. Las chicas rompieron a chillar de nuevo.

Al mismo tiempo, dos de los desertores cayeron en combate. El hombre flaco alargó la mano hacia el interior del carruaje. Emerahl aguantó la respiración, y se le cayó el alma a los pies cuando vio que el asaltante había agarrado un brazo delgado. Cuando este tiró de él con violencia, Estrella salió tambaleándose del tarne y cayó a sus pies.

El hombre le puso la punta de la espada contra el vientre.

—¡Atrás, o morirá!

Los combatientes se quedaron quietos unos instantes antes de apartarse unos de otros. El desertor que quedaba sangraba profusamente por una herida en la pierna.

—Eso es. Ahora, traednos vuestro dinero.

Los dos guardias intercambiaron una mirada.

—¡Que nos traigáis el dinero!

Emerahl sacudió la cabeza con pesar. «Esto solo puede acabar de una manera. Si los guardias no ceden a las exigencias de Flacucho, él matará a Estrella. Si los guardias le dan lo que pide, Flacucho se la llevará como rehén para asegurarse de que ellos no lo sigan para recuperar el dinero del burdel. Lo más probable es que la quite de en medio en cuanto se sienta a salvo.

»A menos que yo intervenga. Pero no puedo intervenir sin revelar que soy una hechicera poderosa».

¿O tal vez sí? Rozea ya sabía que su favorita poseía algunos dones mágicos. Si Emerahl limitaba el uso de la magia a lo esencial (una descarga débil para desarmar al hombre, por ejemplo), nadie se sorprendería más de la cuenta. Tendría que esperar al momento oportuno, cuando Flacucho estuviera distraído. Al menor amago de un ataque con magia, él le clavaría la espada a Estrella.

Emerahl invocó magia y la contuvo, lista para liberarla.

—No recibirás una mísera moneda de nosotros, boñiga de arem. —Rozea surgió de entre dos tarnes.

El desertor herido eligió ese momento para desplomarse. Flacucho, sin dirigir una sola mirada a su compañero caído, apretó la espada con más fuerza contra el vientre de Estrella. La chica gritó.

—Si movéis un solo músculo, la mato.

—Adelante, hazlo, desertor —lo retó Rozea—. Tengo a un montón más como ella. —Asintió mirando a los guardias—. Matadlo.

Las expresiones de los guardias se endurecieron. Mientras alzaban las espadas, Emerahl proyectó un rayo de magia, pero justo cuando este brotaba de sus manos, ella vio que el acero de Flacucho bajaba con brusquedad.

Estrella profirió un alarido de dolor. La magia de Emerahl impulsó la espada hacia un lado en el mismo instante en que el arma de un guardia le rebanaba el cuello al desertor. Estrella soltó otro lamento, sujetándose un costado. Emerahl, consternada, se percató de que su descarga había arrancado la espada de su cuerpo, causándole aún más daños. La sangre manaba a borbotones de la herida.

Con una palabrota, Emerahl bajó del tarne. Los guardias la siguieron con la vista cuando pasó por su lado y se agachó junto a Estrella. Oyó que Rozea la llamaba en un tono severo, pero no le hizo caso.

Arrodillada al lado de la chica, Emerahl colocó la mano con firmeza sobre la herida. Estrella emitió un chillido.

—Lo sé, duele —murmuró Emerahl—, pero tenemos que impedir que salga la sangre. —Sin embargo, la presión por sí sola no detendría la hemorragia. Invocó magia y formó con ella una barrera bajo sus manos.

Alzó los ojos hacia los guardias.

—Buscad algo en lo que podamos transportarla hasta mi tarne.

—Pero si está...

—Haced lo que os digo —espetó ella.

Se alejaron a toda prisa. Emerahl miró alrededor. Rozea permanecía inmóvil, a varios pasos de distancia.

—¿Tienes remedios y hierbas? —preguntó Emerahl.

La madama se encogió de hombros.

—Sí, pero no vale la pena desperdiciarlos. Ella no sobrevivirá.

«Zorra despiadada». Emerahl se mordió la lengua.

—No estés tan segura. He visto a tejedores de sueños curar cosas peores.

—¿Ah, sí? —Rozea arqueó las cejas—. Cada día me pareces más interesante, Jade. ¿Cómo es que una pobre fugitiva como tú ha tenido la oportunidad de ver trabajar a tejedores de sueños? ¿Qué te hace pensar que

puedes hacer lo que a ellos les costó años de entrenamiento aprender?

Emerahl alzó la vista y la clavó en Rozea.

—Tal vez algún día te lo explique..., si me traes los remedios y agua. Y vendas. Muchas vendas.

Rozea llamó a los criados. La puerta del último tarne se abrió, asomaron varios rostros aterrados y un sirviente bajó y se acercó a Rozea apresuradamente. Los guardias aparecieron con una tabla estrecha de madera. Emerahl colocó a Estrella de costado. La joven no hizo el menor ruido. Había perdido el conocimiento. Los guardias deslizaron la tabla bajo su cuerpo. Sin dejar de presionarle la herida con las manos, Emerahl empujó a Estrella de manera que quedó tendida boca arriba sobre la tabla. Los guardias levantaron la camilla improvisada por los extremos y cargaron con la chica en dirección al tarne de Rozea.

Rozea los siguió.

—No la metáis allí. Puedes atenderla igual de bien fuera.

«Cuanto antes me aleje de esta mujer, mejor», pensó Emerahl.

—Una vez que la haya cosido, no hay que moverla, así que antes debemos llevarla a un sitio cálido y confortable. —Se volvió hacia los guardias—. Subidla al carruaje.

La obedecieron. Cuando bajaron del vehículo, Rozea se acercó a la portezuela. Emerahl la agarró del brazo.

—No —dijo la hechicera—. Trabajo sola.

—No dejaré que...

—Sí, sí que me dejarás —gruñó Emerahl—. La última persona que ella querrá ver cuando despierte eres tú.

Rozea hizo una mueca de dolor.

—Habría muerto de todas maneras.

—Lo sé, pero necesita tiempo para asimilarlo. Por lo pronto, tu presencia solo la pondría nerviosa, y necesito que esté tranquila.

Con expresión ceñuda, Rozea se apartó de la portezuela. Emerahl subió al tarne y se acuclilló junto a Estrella. Al cabo de un momento, los criados depositaron un gran cuenco de agua, trozos de tela y una pequeña bolsa de cuero en el suelo, cerca de la entrada.

Emerahl no tocó nada. Posó de nuevo las manos sobre la herida.

—Que nadie me moleste —gritó—. ¿Me habéis oído?

—Yo sí —respondió Rozea.

Emerahl cerró los ojos. Se obligó a respirar más despacio y dirigió su atención hacia su interior.

Se sumió en el estado mental adecuado enseguida. Aquella técnica de sanación era similar al método que empleaba para cambiar su apariencia física, pero no requería tanto tiempo ni tanta magia. Su mente debía modificar su manera de pensar para comprender el mundo de carne y hueso. En aquel estado de conciencia, todo (la carne, la roca, el aire) era como un rompecabezas enorme de innumerables piezas. Las piezas formaban figuras. De hecho, les gustaba formar figuras. Para realizar la sanación, ella solo necesitaba recolocar las piezas aproximadamente en la posición apropiada para que se restablecieran los viejos enlaces.

Al menos, así le gustaba trabajar. Mirar había intentado animarla a perfeccionar sus habilidades más allá de lo que era necesario. Él había convertido aquel método de sanación en un arte, y no dejaba de pulir su trabajo hasta que el paciente volvía a su estado original, o alcanzaba uno mejor, sin cicatrices y sin necesidad de reposo para recuperar las fuerzas. A Emerahl le parecía absurdo dedicar tanto tiempo y esfuerzos a la sanación solo por razones estéticas. Además, si Estrella acababa sin una sola cicatriz, quizá los demás se darían cuenta de que Emerahl había hecho algo excepcional. Los rumores sobre su trabajo sin duda atraerían la atención de los sacerdotes.

Poco a poco, los bordes interiores de la herida se realinearon. La sangre ya no se derramaba, sino que fluía por las vías adecuadas. Cuando no quedaba nada más que un corte superficial, Emerahl abrió los ojos.

La hechicera extendió la mano hacia el cuenco y las vendas, calentó el agua y limpió la herida. Cogió la bolsa y extrajo de ella aguja e hilo. Con un poco de magia, calentó la aguja tal como Mirar le había enseñado para prevenir infecciones. El hilo olía a un aceite de hierbas conocido por su propiedad de evitar que las heridas se enconaran. Pese al reducido tamaño de la bolsa, el material de sanación que contenía era bueno.

Cuando ella volvió la vista al frente, descubrió que Estrella la miraba con fijeza.

—No eres lo que aparentas, ¿verdad, Jade? —preguntó la joven con voz débil.

Emerahl la contempló, recelosa.

—¿Por qué lo dices?

—Acabas de sanarme con magia. Lo he notado.

—Es el remedio que te he dado, que te produce sensaciones extrañas.

Estrella sacudió la cabeza.

—Te he estado observando. Lo único que has hecho es quedarte ahí sentada con los ojos cerrados, mientras yo sentía cosas que se movían dentro de mí. El dolor ha remitido, pese a que debería ser más intenso.

Emerahl escudriñó el rostro de Estrella. Dudaba que la chica la creyera si lo negaba todo.

—Sí, he utilizado un pequeño truco de magia que me enseñó un tejedor de sueños para aliviar el dolor. No creas que has sanado del todo. La herida se te podría abrir si no tienes cuidado. Ahora tengo que suturarte, para que eso no pase. ¿Quieres un remedio para quedarte inconsciente?

Estrella se fijó en la aguja y palideció.

—Creo... creo que será mejor que me des un poco.

Emerahl dejó la aguja a un lado y rebuscó en la bolsa. Encontró un frasquito con una etiqueta que decía: «Para inducir al sueño: tres gotas». Estaba lleno de un líquido que olía a formatano y algunos sedantes más.

—Esto servirá. —Emerahl posó los ojos en Estrella y suspiró—. ¿Me prometes una cosa?

Estrella se quedó callada unos instantes y asintió.

—No quieres que nadie se entere de que has hecho magia.

—Rozea ya sabe que poseo algunos dones. No quiero que sepa hasta qué punto estoy dotada, o me obligará a hacer cosas con los clientes que no tengo ganas de hacer. Así que fingiremos que no estabas tan malherida como parecía y que yo solo he usado la magia para detener el flujo de sangre y para mantener cerrada la herida mientras te cosía.

Estrella hizo un gesto afirmativo.

—Eso les diré.

—¿Me prometes que no les revelarás nada más?

—Te lo prometo.

Emerahl sonrió.

—Gracias. Os echo de menos a todas, ¿sabes? Ir aquí sentada con Rozea es de lo más aburrido. Ella ni siquiera deja que Marca venga a charlar conmigo.

—Ahora me tendrás a mí para charlar —señaló Estrella, sonriente.

«No si me marchó esta noche», pensó Emerahl.

Colocó una mano detrás de la cabeza de Estrella y se la levantó para dejar caer unas gotas del remedio en la boca de la joven. Estrella tragó, hizo una mueca y continuó hablando.

—Tenías razón respecto a que este sería un viaje peligroso. El ejército nos ha dejado muy atrás. ¿Cuántos guardias han muerto?

—No lo sé.

—Sé que algunos han muerto. ¿Y si esto vuelve a ocurrir? —Estrella miró a Emerahl con los ojos vidriosos—. *Malegra* mucho que estés con nosotros. Si *tiens* grandes *poredes*, *pueds progernos*. Te *necetamos*.

Emerahl apartó la mirada y se concentró en enhebrar la aguja. De todos los guardias que había visto luchar, solo dos habían sobrevivido al final de la refriega. Tal vez había otros montando guardia un poco más lejos, pero de no ser así, la caravana había quedado totalmente desprotegida.

«Y dos guardias no bastan para vigilarme de forma eficaz».

Comenzó a suturar los bordes de la herida. Al principio, Estrella emitió un gemido leve, pero luego su respiración se hizo más lenta y profunda.

«Estrella tiene razón. Las prostitutas necesitan protección —se dijo Emerahl—, sobre todo si la caravana tarda días en reunirse de nuevo con el ejército».

Unos días en los que no habría peligro de que los sacerdotes la descubrieran.

Masculló una maldición. Cuando finalizó la sutura, guardó la aguja y el carrete de hilo en la bolsa. Acto seguido, llamó a Rozea.

La madama se asomó al interior del tarne. Cuando se fijó en Estrella,

enarcó las cejas.

—¿Está viva?

—Por ahora.

—Bien hecho. —Rozea subió al vehículo y se sentó frente a la chica dormida—. Los puntos han quedado bien. Eres una caja de sorpresas, Jade.

—Ya —contestó Emerahl—. Pues aquí tienes otra: me marchó. Quiero el dinero que me debes.

Rozea guardó silencio. Emerahl percibió que la indignación de la mujer daba paso lentamente a la ira conforme tomaba conciencia de que no podía impedir que su favorita huyera.

—Si te vas ahora, te irás sin una moneda.

Emerahl se encogió de hombros.

—Como quieras. Pero no esperes volver a verme. Jamás.

La madama titubeó.

—Supongo que puedo darte comida y unas monedas. Lo suficiente para que puedas llegar a Porin. Cuando yo regrese, hablaremos del resto. ¿Qué te parece?

—Razonable —mintió Emerahl.

—Bien. Pero antes de irte, dime por qué crees que debes abandonarnos. ¿Ha sido por la desagradable experiencia de hoy? Hemos tenido un poco de mala suerte, pero no dudes que viajarás más segura con nosotros que sola. Ya has visto la pinta de enfermas y maltratadas que tienen las que trabajan por su cuenta.

—No pretendo vender mi cuerpo. Puedo conseguir trabajo como sanadora.

—¿Tú? ¿Por qué iba a pagarte la gente a ti, cuando puede obtener los servicios de un sacerdote o un tejedor gratis?

—Cuando la gente no tiene elección, acepta toda la ayuda que se le ofrece. No creo que queden muchos sacerdotes o tejedores en las aldeas que hay entre este lugar y Porin. Todos se han unido al ejército.

—Claro que quedan. Hay muchos sanadores demasiado mayores para viajar que no se han marchado de sus casas. —La mujer suavizó el tono—. ¿Estás segura de tu decisión, Jade? Lamentaría mucho que te pasara algo

malo. Crees que un puñado de dones mágicos te protegerán, pero ahí fuera hay hombres crueles y más poderosos que tú.

Emerahl bajó la vista.

—¿Crees que una chica tan espectacular como tú no atraerá atención no deseada? Estarás a salvo aquí, con nosotros. En cuanto alcancemos al ejército, contrataré a nuevos guardias. ¿Qué me dices?

—Tal vez si... —Emerahl desvió la mirada, mordisqueándose el labio.

Rozea se inclinó hacia delante.

—¿Sí? Cuéntame.

—Quiero poder rechazar a los clientes cuando no me guste su aspecto — aseveró Emerahl clavando los ojos en Rozea—. Quiero tener una noche libre de cada tres.

—Mientras no los rechaces a todos continuamente, supongo que eso es aceptable para una favorita, pero una noche libre cada tres no sería justo. ¿Qué te parece una de cada seis?

—Cuatro.

—Cinco, y te aumento la paga.

—¿De qué me sirve eso? No vas a pagarme.

—Te pagaré cuando lo necesites... y yo tenga lo suficiente para pagar a los nuevos guardias. —La mujer hizo una pausa—. Muy bien —dijo despacio—. Acepto tus condiciones. —Se reclinó en el asiento y sonrió—. Siempre y cuando me des tu palabra de que te quedarás conmigo durante un año.

Emerahl abrió la boca para cerrar el trato, pero cambió de idea. No debía dar su brazo a torcer tan fácilmente.

—Seis meses.

—¿Ocho?

Emerahl asintió con un suspiro. Rozea se echó hacia delante y le dio unas palmaditas en la rodilla.

—Estupendo. Y ahora, quédate aquí mientras compruebo si los muchachos han conseguido apartar ya ese árbol.

Cuando Rozea se apeó, Emerahl miró a Estrella y esbozó una sonrisa sombría. No tenía la menor intención de cumplir su palabra. Pondría tierra por medio en cuanto la caravana se encontrara cerca del ejército y las chicas

estuvieran a salvo. Las condiciones que había puesto solo la ayudarían a garantizar su seguridad hasta entonces.

«Y tal vez pueda encargarme de que nos rezaguemos lo suficiente para que los nobles y sacerdotes no puedan visitarnos», pensó.

En cuanto los pies de Auraya se posaron en el suelo, Travesuras saltó de su hombro y entró corriendo en su tienda de campaña. Auraya se acercó despacio. Había divisado la luz del interior mientras volaba hacia el campamento, y al no percibir mente alguna había deducido que uno de los Blancos la esperaba dentro.

—¡Mrae! ¡Mrae!

—Hola, Travesuras.

Auraya se tranquilizó un poco, aunque no sabía muy bien por qué encontrarse con Mairae era diferente de encontrarse con cualquier otro Blanco. Seguramente era porque Mairae había reconocido haber tenido muchos amantes. De todos los Blancos, sería la que menos se disgustaría si se enterara de que Auraya también tenía uno.

La colgadura de la puerta estaba abierta. Al echar una ojeada al interior, Auraya vislumbró a Mairae sentada en una de las sillas. Al resplandor del farol, parecía incluso más joven y hermosa de lo habitual. Levantó la mirada hacia Auraya y sonrió.

—Hola, Auraya.

Esta entró en la tienda.

—¿Ha sucedido algo?

—Nada nuevo. —Mairae se encogió de hombros. Su sonrisa se tornó más forzada—. Como no podía dormir, he pensado venir a verte. Parece que nunca tengo ocasión de hablar con nadie. La guerra y la política lo dominan todo. No puedo mantener una simple conversación de tú a tú con otra persona.

Auraya supuso que había algo más. Algo inquietaba a Mairae. No hacía falta leerle la mente para saberlo. Auraya se acercó al baúl que Danyin había preparado para ella. Lo abrió, sacó dos copas y una botella de tintra.

—¿Una copa?

Mirae esbozó una sonrisa.

—Gracias.

Auraya llenó las dos copas. Mirae cogió una y bebió con avidez.

—Bueno, ¿adónde has ido esta noche? ¿A volar un poco por ahí?

—Sí —respondió Auraya encogiéndose de hombros.

—Juran parece ansioso por enfrentarse a los pentadrianos. ¿Lo has notado?

—Yo no diría que está ansioso. Me parece más bien que... si tiene que hacerlo, quiere hacerlo bien. ¿Cómo te sientes?

—Tengo... tengo miedo —reconoció Mirae torciendo el gesto—. ¿Y tú?

—Desde luego no estoy deseando que llegue el momento —Auraya sonrió con ironía—. Pero no me cabe la menor duda: ganaremos. Los dioses se asegurarán de ello.

Mirae suspiró y tomó otro trago de tintra.

—No es la derrota lo que me preocupa. Me aterra la muerte..., el derramamiento de sangre.

Auraya asintió.

—Tú, en cambio, no pareces angustiada —comentó Mirae.

—Oh, lo estoy. Cuando mi mente empieza a darle vueltas al asunto, intento pensar en otra cosa. Será terrible; de eso podemos estar seguras. Es inútil que me torture ahora imaginando cuán terrible será. Ya sufriré cuando ocurra.

Mirae miró a Auraya con aire pensativo.

—¿Por eso te pasabas las primeras noches volando por ahí? ¿Para distraerte?

—Supongo que sí.

Mirae enarcó una ceja provocativamente.

—¿Esa distracción es por casualidad un hombre?

Auraya parpadeó, perpleja, y luego soltó una carcajada.

—¡Ojalá! —Llenó de nuevo la copa de Mirae y se inclinó hacia delante—. ¿Crees que podría convencer a Juran de que revocara la ley que prohíbe aceptar los servicios de un tejedor de sueños?

Mirae alzó las cejas.

—Me sorprende que no lo hayas intentado aún.

—Lo habría hecho si no hubiera estado en Si. —Auraya le sostuvo la mirada a Mirae—. ¿Crees que la revocaría?

—Tal vez. —Mirae meditó con el ceño fruncido—. Si se muestra reacio, proponle que levante la prohibición durante un tiempo definido después de la batalla.

—Eso haré. Me sentiría un poco más tranquila si supiera que los supervivientes de los combates pueden sobrevivir también a sus heridas.

—No creo que eso me hiciera sentir más tranquila —dijo Mirae con desánimo.

Auraya sonrió.

—Al parecer es a ti a quien te vendría bien una distracción. Seguro que en el mayor ejército jamás visto en Ithania del Norte habrá al menos un par de hombres que te hayan llamado la atención.

A Mirae le brillaron los ojos.

—Sí, unos cuantos, de hecho, pero como muchos de mis ex amantes están aquí también, tengo que portarme lo mejor posible. No estaría bien que diera la impresión de tener preferencia por un aliado sobre otros. —Hizo una pausa y adoptó una expresión reflexiva—. Por otro lado, hay una raza con la que aún no he probado...

El horror se apoderó de Auraya cuando cayó en la cuenta de lo que Mirae se estaba planteando.

—¡No!

Mirae sonrió de oreja a oreja.

—¿Por qué no? Tal vez sean pequeños, pero...

—Está prohibido —le dijo Auraya con firmeza—. Por Huan. Los apareamientos con los pisatierra producen niños deformes.

—Pero no me quedaré embarazada.

—No, pero si seduces a uno de ellos para que infrinja una de sus leyes más severas, minarás o incluso destruirás la amistad incipiente entre los siyís y los pisatierra.

Mirae suspiró.

—La idea tampoco me atraía tanto, de todos modos. —Se llevó su copa a los labios y vaciló unos instantes—. ¿Crees que a alguien le molestaría que yo no eligiera a un miembro de la nobleza? Hay un cochero de platenes muy guapo en el ejército genriano. Un auténtico campeón, diría yo.

Auraya reprimió un suspiro. El resto de la noche no pasaría volando.

36

Poco después de que Danyin conciliara el sueño, despertó sobresaltado a causa de unos golpecitos en las piernas. Abrió los ojos mientras notaba la sensación cálida de un peso que se asentaba sobre él. Al bajar la vista, vio a Travesuras acurrucado en su regazo.

Suspiró y movió la cabeza. Por más empeño que ponía en cerrar bien la jaula del viz, el animalillo siempre se las ingeniaba para escapar. Sabía que debía encerrar de nuevo a Travesuras, pero la jaula estaba debajo del asiento de enfrente, tras las piernas de Lanren Rapsoda. El asesor militar dormía, y Danyin no quería molestarlo.

Además, el viz le proporcionaba un calor adicional que no le venía mal. «A mi padre le encantaría verme ahora mismo. Me ofrecieron el puesto por mi inteligencia y mis conocimientos del mundo, pero hasta ahora solo he sido útil como cuidador de una mascota».

Paseó la mirada por el interior del tarne. Los demás ocupantes estaban dormidos, incluida Raeli, la nueva tejedora asesora. Su expresión, por lo general recelosa y rígida, se había suavizado. Aunque no era una mujer hermosa, sin las arrugas de tensión que siempre le marcaban la frente tampoco estaba del todo mal.

La noche anterior, durante la cena, Auraya le había dicho que la actitud distante de Raeli se debía al temor y la suspicacia. La mujer tenía miedo de que la maltrataran y de cometer errores que perjudicaran a su pueblo. Se

resistía a hacer amigos por miedo a que la traicionaran. Auraya le había asegurado a Danyin que Raeli tomaba buena nota de todos los gestos amistosos que los demás tenían con ella y los agradecía. Le había señalado que a él le resultaría más fácil entablar amistad con la tejedora que a ella, por su condición de Blanca. Él lo había interpretado como una insinuación de que Auraya quería que se hiciera amigo de la tejedora por ella.

No sería una tarea sencilla. Raeli respondía a casi todas las preguntas con monosílabos. Aquella mañana, cuando él había subido al tarne con Travesuras, un atisbo de afecto había asomado a los ojos de Raeli, por lo que Danyin había empezado a preguntarse si el viz le ayudaría a romper el hielo. Ella era de Somrey, y los somreyanos acostumbraban a tener vices como mascotas. Por otra parte, él no tenía idea de cuándo encontraría un momento para darle conversación, si se pasaba el día asistiendo a juntas de guerra, atendiendo a Auraya o respetando la regla no escrita de no charlar en el tarne de los consejeros.

Danyin cerró los ojos y suspiró. «Sería mucho más fácil si Leiard no hubiera dimitido». No había visto al tejedor desde el día que lo había visitado en Jarime. La víspera, Auraya le había comentado que había hablado con Leiard recientemente. Le había explicado a Danyin que, dos noches atrás, mientras volaba, había divisado un campamento de tejedores de sueños en la lejanía. Lo había visitado y había encontrado a Leiard allí.

«Eso tuvo que ser después de la junta de guerra. ¿Es que no necesita dormir?»

Bostezó. «Tal vez ella no, pero yo sí».

Dejó vagar sus pensamientos durante un rato. El cansancio se impuso a la incomodidad de dormir sentado entre los tumbos del vehículo que avanzaba pesadamente por el camino. De pronto, algo le propinó tal patada que él se alegró de que el grueso chaleco de cuero le protegiera también la entrepierna. Despertó profiriendo una palabrota, y lo primero que vio fue al viz escabullirse y desaparecer bajo la colgadura de la portezuela del tarne. A continuación, se percató de que era objeto de varias miradas de reproche. Sacudiéndose los últimos vestigios de somnolencia, se levantó de un salto y salió en persecución del animal.

En el exterior llovía. El ejército era una larga hilera de hombres, mujeres, bestias y vehículos. La columna que encabezaba la marcha semejaba más bien una procesión. Los líderes de cada país contaban con tarnes espaciosos y decorados que habían adquirido o les habían sido facilitados, así como con un regimiento de tropas de élite. Al frente de estas avanzaba un carruaje grande y pintado por completo de blanco.

Aunque Danyin no veía el menor rastro de Travesuras, sabía por experiencia que el mejor lugar donde buscarlo primero era allí donde estuviera Auraya. «Si yo aún tuviera su anillo —pensó—, podría preguntarle dónde está». Ella se lo había quitado para dárselo al líder de los exploradores siyís. Usar el anillo para saber lo que veían los seres del cielo era claramente más importante que permitir que Danyin encontrara a la escurridiza mascota de Auraya un poco más deprisa.

«Ah, pero yo no era consciente de lo útil que era hasta que me quedé sin él».

Arrugó el entrecejo mientras cavilaba qué hacer. Si Auraya ya había regresado tras acompañar a los siyís al campamento siguiente, seguramente estaría con los otros Blancos. El consejero echó a trotar hacia el tarne blanco.

Cuando se encontraba cerca, vio que Juran iba junto al vehículo a lomos de uno de los famosos cargadores. El líder de los Blancos se pasaba casi todo el día en la silla de montar. Recorría continuamente la larga columna, hablando con la gente. Danyin había observado a unos mozos de cuadra cuidar de los otros cuatro cargadores, pero los únicos otros Blancos a quienes había visto cabalgar eran Dyara y Rian. Mairae parecía preferir la comodidad del tarne, o tal vez viajaba en él para que cualquiera que quisiera hablar con los Blancos tuviera la certeza de que encontraría a uno.

A Danyin le constaba que Auraya nunca había aprendido a montar. Él no estaba seguro de por qué llevaban un cargador para ella. Tal vez los Blancos no querían que se corriera la voz sobre su falta de experiencia como jinete, aunque sin duda la compensaba con creces con su capacidad de volar.

Así es como ella prefería viajar ahora. Había volado con los siyís el día anterior, muy por delante del ejército. En parte, los acompañaba para ofrecerles protección y actuar como figura de autoridad en caso de que los

pastores decidieran tomar represalias contra los siyís que cazaban piezas de su ganado; y en parte, para asegurarse de que los Blancos pudieran comunicarse con los seres del cielo, pues estos no contaban con sacerdotes que transmitieran los mensajes de forma telepática. Danyin sospechaba que también lo hacía para asegurarse de que el terreno que los siyís eligieran para montar el campamento fuera apropiado para los pisatierra y accesible para los vehículos.

El consejero sabía que al principio Juran se había mostrado reticente a dejar que Auraya se alejara mucho de los otros Blancos. Cuando ella le había demostrado la rapidez con que podía regresar a la formación, el líder había cambiado de opinión. Su don le permitía desplazarse a velocidades increíbles.

Danyin, en cambio, jadeaba mientras se acercaba al tarne blanco. Se sintió aliviado al ver que Mairae y Auraya iban dentro. Juran reparó en su presencia.

—Consejero Lanza.

—¿Travesuras está...? —resolló Danyin.

—Sí, está aquí.

Cuando Danyin alcanzó el carruaje, aminoró el paso. Auraya se volvió para sonreírle.

—Ah, Danyin. —Soltó una risita—. Habrías podido enviar a un sirviente a buscarlo. Sube. Se calmará dentro de poco, y podrás llevártelo de vuelta.

Danyin se aupó al vehículo. Mairae estaba repantigada en uno de los asientos con las piernas dobladas a un lado. Auraya tenía los pies apoyados con firmeza en el suelo del tarne, con las botas y el bajo del cirque manchados de lodo. Travesuras, encaramado en una de sus rodillas, le había dejado huellas de patitas en la ropa.

—¡Volar! —exclamó el viz con insistencia. Cuando Danyin se sentó junto a Auraya, la bestezuela lo miró con desconfianza—. Jaula no.

—Nada de volar —replicó Auraya—. Volar luego.

El viz se encorvó, chasqueado. Soltó un suspiro y apartó la vista.

—Hola, Danyin. —Mairae le dedicó una sonrisa comprensiva—. Da mucha guerra, pero no te preocupes. No te considerará un adversario mientras le des de comer.

Danyin abrió la boca para responder, pero se detuvo cuando avistó un cargador que se aproximaba veloz, con Dyara sobre su lomo. Mairae echó la mirada atrás, hacia la mujer, antes de posarla de nuevo en Auraya.

—No le veo sentido a esto —murmuró—. ¿Qué puedes aprender en unos pocos días?

Auraya se encogió de hombros.

—Algo útil, tal vez. Como mínimo, me servirá como práctica de combate. Mairae se volvió hacia Juran.

—Tú mismo dijiste que, mientras Auraya siga tus indicaciones, mientras las sigamos todos, no habrá por qué preocuparse. No irá ella sola a buscar pelea con uno de esos hechiceros negros, sobre todo después de aquel incidente.

Juran sacudió la cabeza.

—Si Auraya quedara aislada de nosotros, una posibilidad muy real dada la frecuencia con que acompaña a los siyís, uno de esos hechiceros podría acorralarla. Es posible que sea su habilidad y no su fuerza lo que la salve.

Dirigió la vista hacia el cargador de Dyara, que se había acercado al otro lado del tarne.

—Hola, Dyara. ¿Ha dado Guire su aprobación?

La mujer esbozó una sonrisa leve.

—Sí. Siempre es razonable, pero que siga siéndolo dependerá de Berro. Las cosas se pondrán interesantes en cuanto lleguen los torenios. —Inclinó la cabeza cortésmente en dirección a Danyin antes de fijar su atención en Auraya—. He pensado que podríamos encaminarnos hacia el norte y poner distancia entre nosotras y el ejército.

Auraya sonrió.

—Sería lo más prudente. No queremos que asustes a nadie, ni que rompas nada. —Miró a Juran—. ¿Tendrás en cuenta mi propuesta?

Juran asintió.

—Sí. Como bien dices, los guerreros se molestarán si no les damos la posibilidad de elegir.

Auraya se puso de pie y dejó a Travesuras sobre las rodillas de Danyin. Este desplazó la vista de ella a Juran, preguntándose a qué se referían.

—¿Volar? —dijo Travesuras, esperanzado.

—Nada de volar —contestó Auraya con rotundidad—. Quédate con Danyin. Pórtate bien, y ya volaremos más tarde.

El viz torcía la cabeza en ángulos imposibles para seguir a su dueña con la mirada hasta que esta se apeó del tarne.

Dyara desmontó. Un mozo se acercó a toda prisa para coger el ronزال. Mientras Auraya y ella se apartaban del camino a pie, Danyin advirtió que Travesuras exhalaba un hondo suspiro.

Juran miró hacia atrás de golpe y sonrió.

—Reclaman mi presencia una vez más.

—Vete, pues —dijo Mairae con una risita—. No lo pases demasiado bien. —Mientras Juran se alejaba sobre su cargador, ella se volvió hacia Danyin—. No sería justo pedirte que te quedaras para hacerme compañía. A juzgar por tu aspecto, te vendría bien dormir una noche de un tirón. A Auraya también.

Él sonrió, divertido.

—Empezaba a pensar que los Blancos no necesitabais dormir.

Mairae adoptó una expresión atribulada.

—Lo necesitamos tanto como cualquier mortal, aunque nuestros dones nos permiten paliar los efectos durante un rato. Ahora mismo no es fácil encontrar un momento para dormir. Y, cuando lo encontramos, no logramos conciliar el sueño.

Danyin la contempló sorprendido. Ninguno de los Blancos mostraba signos de ansiedad, pero tal vez era solo porque la disimulaban bien. Había algo tranquilizador y a la vez inquietante en la frialdad con que Juran y Mairae habían analizado las posibilidades de sobrevivir de Auraya en un combate con uno de los hechiceros enemigos.

Mairae se encogió de hombros.

—Cada uno tiene su manera de afrontar sus miedos. Juran se pasa la noche en vela trazando planes y estrategias. Rian reza. Auraya vuela por ahí. —De repente, Mairae sonrió con timidez—. O eso dice. —Sus ojos miraron a Danyin de soslayo—. La verdad es que me pregunto si no habrá encontrado otra clase de distracción. Tal vez se vea con alguien que significa mucho para ella.

Danyin frunció el ceño. Entonces comprendió lo que ella insinuaba y lo invadió una mezcla de vergüenza y conmoción. ¿Que Auraya tenía un amante? Era posible, naturalmente, pero sin duda se lo habría dicho. Confiaba en su consejero lo suficiente para... Por otro lado, si quería ocultárselo a los otros Blancos, no podía contárselo a él. Movi6 la cabeza.

—Y ahora ¿cómo se supone que voy a pegar ojo? Me pasaré el día haciéndome la misma pregunta.

Mirae se rió.

—Perdona, Danyin Lanza. No pretendía contribuir a tu falta de sueño. Vete. Será mejor que regreses a tu tarne antes de que te infunda otras ideas perturbadoras.

Él se levantó, realizó la seña del círculo y bajó del carruaje. Travesuras iba subido en sus hombros mientras él caminaba en dirección contraria a la procesión. El viz parecía haberse olvidado al fin de Auraya. Danyin le frotó debajo del mentón, como había visto hacer a Leiard.

«¡Leiard!»

Danyin se paró en seco. Auraya había encontrado el campamento de los tejedores de sueños dos noches atrás, mientras «volaba por ahí». ¿Era allí donde había pasado la noche anterior? ¿Consistían sus visitas en algo más que en charlar con un viejo conocido para ponerse al día?

Probablemente no. Danyin sabía que ella no solo consideraba a Leiard un asesor, sino también un amigo, pero ¿y si le profesaba un sentimiento más intenso que la amistad?

«Eso explicaría su reserva al respecto», pensó.

«¿Qué reserva? —Danyin meneó la cabeza y reanudó la marcha—. Lo único que sé es que Auraya ha visitado a Leiard una vez y que por la noche sale a volar a algún sitio. Eso no demuestra que tenga un amante, y menos aún que el amante sea Leiard».

Cuando se hallaba cerca de su destino, se detuvo y volvió la vista hacia el tarne blanco.

«Además —se dijo—, Auraya no es tonta. No pondría en peligro todo lo que ha conseguido convirtiéndose en amante de un tejedor».

El sol estaba bajo en el cielo cuando Dyara y Auraya echaron a andar de vuelta hacia el camino.

—Bueno, ¿qué tal lo hago? —preguntó Auraya.

Dyara le dirigió una mirada y le sonrió con melancolía.

—Bastante bien. Posees un talento natural para la magia, pero eso no es de extrañar. Si no lo poseyeras, los dioses no te habrían escogido.

—Creía que era por mi encantadora personalidad.

Para sorpresa de Auraya, Dyara rió entre dientes.

—Estoy segura de que también te escogieron por eso. Tu encanto por sí solo no bastará para que sobrevivas a esta guerra, Auraya. Sé que lo entiendes.

Auraya asintió.

—Hemos repasado casi todo lo que he aprendido desde que fui elegida. ¿Qué haremos mañana?

Dyara arrugó el entrecejo.

—He estado pensando formas en que puedes sacar provecho de tu capacidad de volar. Como sabes, cuando invocas una gran cantidad de magia, reduces la que existe en tu entorno inmediato. La magia tiende a llenar el vacío que deja la que consumes, pero fluye con demasiada lentitud si utilizas mucha energía en poco tiempo. Para compensar, necesitas invocar magia de zonas más alejadas de ti, lo que requiere más esfuerzo, o bien desplazarte físicamente hacia algún lugar en el que no haya disminuido tanto la magia.

—Y evitar los lugares donde haya estado mucho rato mi enemigo.

—Exacto. Tus movimientos no están limitados a la superficie de la tierra, como los nuestros. Puedes moverte por todo el cielo. Siempre dispondrás de una fuente de magia intacta mientras permanezcas en el aire y en movimiento.

Auraya sintió un ligero estremecimiento de emoción.

—Entiendo. No se me había ocurrido.

—El problema es que Juran querrá que permanezcas a nuestro lado, pues será más fácil...

Auraya, ¿lo estás viendo?

Auraya se interrumpió. La llamada mental era débil y titubeante, pero lo bastante clara para que ella reconociera al emisor. Tiril, el embajador siyí que había viajado a Jarime, se había ofrecido voluntario para encabezar el grupo de exploradores que debía atravesar las montañas. Auraya le había dado su anillo de conexión para que pudiera comunicarse con ella cuando llegaran.

Tiril, ¿dónde estáis?

Al otro lado de las montañas. Hemos localizado a los pentadrianos. Están mucho más cerca de lo que habíais previsto.

Ella percibió su agitación y su miedo. Conectó con Dyara, Juran, Mairae y Rian, les explicó lo que ocurría y canalizó la comunicación de Tiril hacia ellos.

¿A qué distancia estáis? Muéstrame lo que ves.

Tras varios intentos, Tiril consiguió transmitir una imagen nítida de su entorno. Se trataba de un valle angosto, visto desde arriba. Dos ríos, uno azul y uno negro, serpenteaban por el fondo. De pronto, Auraya cayó en la cuenta de que el río negro era de personas, no de agua.

El ejército pentadriano.

Aunque no era una visión inesperada, ella se llevó una fuerte impresión. Hasta ese momento, únicamente había oído hablar del enemigo a través de partes militares y solo se había encontrado con él en forma de hechiceros negros solitarios. Ver aquella columna interminable que marchaba con firmeza hacia el paso hacía que la amenaza de invasión resultara más real y escalofriante.

¿Podéis acercaros más?, preguntó Juran.

Volaré en círculo y bajaré cuando tenga el sol a la espalda.

Tiril ordenó a unos siyís que inspeccionaran los valles vecinos y a otros que esperaran donde el ejército no pudiera verlos. Si algún pentadriano alzaba la vista por casualidad, tomaría aquella figura voladora por un ave de presa grande. Sin embargo, las aves de presa eran animales solitarios. La presencia de varias juntas llamaría la atención, y no harían falta muchas elucubraciones para que alguien cayera en la cuenta de que tal vez no eran aves, sino seres humanos.

Cuando Tiril comprobó que los demás estaban siguiendo sus

instrucciones, comenzó a descender en varias fases, imitando la forma de volar de las rapaces. La imagen de las tropas pentadrianas se hizo más definida. Auraya advirtió que la columna estaba dividida en cinco secciones, cada una de ellas encabezada por un jinete y seguida por carretas de provisiones.

¿Son esos líderes los cinco hechiceros de los que nos han hablado?, preguntó Juran.

Intentaré echarle un vistazo a uno de ellos más de cerca, se ofreció Tiril.

Bajó más hasta que Auraya alcanzó a ver que uno de los jinetes que avanzaban al frente era mujer. En su brazo estaba posada un ave negra y enorme. A diferencia de los pájaros adiestrados que empleaba la nobleza genriana para la caza, aquel no llevaba capucha. Volvía la mirada de un lado a otro, escrutando los árboles que flanqueaban la carretera. De pronto, ladeó la cabeza y desplegó las alas. Su chillido resonó por todo el valle.

La mujer irguió el cuello de golpe. Tiril vislumbró su rostro ovalado, aunque no llegó a distinguir su expresión. Ella movió el brazo. El ave negra se elevó, batiendo las alas con ímpetu.

Aléjate, apremió Auraya a Tiril.

Él viró en redondo. Al mirar atrás, vio que varias aves más se elevaban de entre los pentadrianos. El miedo le infundió fuerzas, y Auraya percibió la ansiedad que sentía mientras agitaba las alas.

¿Crees que ella lo ha identificado como un siyí?, preguntó Mairae.

Si es la única pentadriana que lleva pájaros, debe de ser la misma que se adentró en Si —respondió Auraya—. *O sea que ya ha visto siyís antes.*

Más vale que asumamos que nuestras esperanzas de pillarlos por sorpresa se han visto truncadas, pensó Juran por lo bajo, de modo que solo los otros Blancos lo oyeron.

Dudo que los hubiéramos sorprendido, de todos modos —repuso Dyara—. *Esta mujer vio a Auraya con los siyís. Habrá contemplado la posibilidad de que estos se unieran a nosotros.*

Así que esos son los pájaros negros que...

La interrumpió una percepción de espanto y dolor, seguida de una vorágine de pensamientos y sensaciones. Tiril, aturdido, se preguntó qué

había ocurrido. Tenía doloridos los hombros y la cabeza. Sentía como si se hubiera estrellado contra un barranco, pero era evidente que continuaba en el aire. No estaba cayendo. Yacía sobre algo. Al bajar la vista, no vio más que el suelo.

El ejército pentadriano había detenido su avance. Cientos de rostros vueltos hacia arriba lo observaban. La hechicera estaba de pie, con los brazos levantados hacia Tiril. Unas aves negras volaban en círculo entre él y el suelo.

A Auraya le dio un vuelco el estómago.

La hechicera lo ha apresado, pensó, tensa y consternada.

Esto no es bueno, murmuró Juran.

La fuerza que sujetaba a Tiril desapareció y él se precipitó en el vacío. Abrió las alas y frenó su caída, pero no antes de llegar a la altura de las aves.

Estas se abalanzaron sobre él, dispuestas a herirlo con el pico y las garras. Él dobló los brazos hacia sí instintivamente para proteger sus alas, y cayó como una piedra. Al cabo de un instante, descubrió que podía ser una manera de eludirlas. Dejarse caer y alejarse describiendo un arco.

Una oleada de esperanza recorrió a Auraya.

Los pájaros lo siguieron. Tiril veía sus formas estilizadas a su lado. Ciñó las alas a su cuerpo para lanzarse en picado. El suelo subía a toda velocidad hacia él. Extendió los brazos de nuevo.

Al instante, las aves se acercaron como una flecha para picotearlo y arañarlo. Con los dientes apretados a causa del dolor, Tiril resistió el impulso de protegerse. El suelo ya no estaba muy lejos. No podía caer más.

Huye, susurró Auraya, aunque sabía que él no tenía escapatoria.

Al echar un vistazo hacia abajo, Tiril vio al enemigo: cientos de caras que lo miraban. De pronto, unas garras le rasgaron las alas. Con un grito de dolor, el siyí se desplomó. La certeza de que nunca volvería a volar lo arrastraba hacia abajo como un peso añadido. Cerró los ojos y rezó por que la muerte fuera instantánea.

El suelo no le asestó el golpe de gracia. En cambio, se curvó en torno a él y amortiguó su caída. Al notar su textura contra la espalda, no pudo evitar abrigar esperanzas. Estaba vivo. Tenía las alas desgarradas, pero seguía...

Cuando abrió los ojos, vio el círculo de hombres y mujeres con túnicas negras que lo rodeaban.

Esto no es bueno, repitió Juran.

No —convino Dyara—. *Le sacarán mucha información sobre nosotros.*

¿Qué podemos hacer?, preguntó Mairae.

Nada.

Tal vez los otros siyís lo maten.

Si lo intentan, los capturarán también —repuso Auraya—. *No podrán acercarse lo suficiente sin que los atrapen también.* —Le dolía el corazón—. *Es culpa mía. Debería haberlos acompañado. Debería haber ido en lugar de ellos. Habría podido llegar allí y regresar en menos de...*

No, Auraya —dijo Juran con firmeza—. *Si hubieras ido tú, habríamos perdido a una Blanca en vez de a Tiril.*

Tiene razón, Auraya, terció Mairae.

No sabíamos que esos pájaros estarían allí, ni que avistarían a Tiril y alertarían a la hechicera de su presencia, señaló Dyara.

Sé que será duro presenciarlo, pero debemos saber qué revelará Tiril —dijo Rian—. *Auraya, mantén la conexión.*

Ella se concentró en la mente de Tiril. Tenía la vista borrosa. Estaba perdiendo mucha sangre. La hechicera se encontraba a su lado. Le tomó de la mano y la atrajo hacia sí. Este movimiento estiró la membrana del ala, provocándole a Tiril un dolor lacerante. Él notó que algo se deslizaba por su dedo.

¡El anillo! —exclamó Dyara, desolada—. *Ella le está quitando el anillo.*

Es una pérdida inevitable —murmuró Juran—. *Pero tal vez valdrá la pena si podemos atisbar los pensamientos de ella...*

Cuando el anillo dejó de estar en contacto con el dedo de Tiril, la percepción de su mente se esfumó. Ocupó su lugar un sentimiento de pesar atenuado por una determinación implacable. «Los siyís decidieron aliarse con los paganos —pensó la mujer—. Conviene no olvidarlo. En fin, ¿qué será esto? ¿Una baratija, o algo más? Tal vez un artilugio mágico. ¿Y si yo...? ¡No!»

La percepción de sus pensamientos desapareció cuando tiró el anillo.

Auraya abrió los ojos. Contempló unos instantes las colinas cubiertas de hierba que la rodeaban, desorientada. Dyara se hallaba junto a ella.

¿Hemos sacado algo en limpio?, preguntó Mairae, esperanzada.

No —contestó Juran en tono cansino—. *Al menos no de ella. Tiril nos ha mostrado muchas cosas que no sabíamos. El tamaño de su ejército. Lo cerca que están del paso. Tendremos que darnos prisa si queremos cortarles el camino allí. Por otro lado, está la nueva amenaza que representan esos pájaros, sobre todo para los siyís. Tenemos mucho de que hablar esta noche. Enviaré a tu cargador a buscarte, Dyara. ¿Qué me dices de ti, Auraya?*

Yo iré por el aire.

Entonces os veré a las dos pronto.

Mientras los otros Blancos interrumpían su conexión con Auraya, ella tendió la vista hacia las montañas que se alzaban al este y suspiró.

—No imaginaba que la primera víctima de esta guerra sería un siyí —murmuró Dyara.

—No.

—¿Quieres que se lo notifique a la portavoz Sirri?

Auraya posó los ojos en Dyara y negó con la cabeza.

—No, ya se lo diré yo.

Dyara asintió.

—Entonces, vete. Puedo ir caminando sola. A decir verdad, un poco de soledad me vendría bien. Estoy segura de que a Juran tampoco le importará que te tomes tu tiempo.

Sus miradas se encontraron, y Auraya comprendió de repente que la entereza de Dyara no era absoluta. Era una mujer fría, pero no indiferente. La muerte de Tiril le había afectado mucho.

Auraya se apartó de ella, respiró hondo y se propulsó hacia el cielo.

Al despertar, Tryss advirtió que tenía la cara apretada contra la membrana de su enramada portátil. Unas voces apagadas se filtraban a través de las finas paredes. Cuando se apartó, notó la presión de un cuerpo cálido detrás de sí.

—Vaya, te has despertado —observó Drili cuando él se volvió—. Creía que tendría que zarandearte. Llegaste muy tarde anoche.

Él sonrió, se arrimó a ella y posó la mano sobre su cadera desnuda.

—Siempre me despierto temprano cuando estás a mi lado.

Ella le agarró la mano cuando él empezaba a deslizarla hacia su pecho. Tryss hizo un mohín, y Drili se rió.

—No es tan temprano —le dijo—. Me sorprende que Sirri no haya venido a ver por qué aún no nos hemos preparado para marcharnos. —Lo besó antes de separarse de él. Al incorporarse, torció el gesto y se frotó el vientre.

—¿Aún te encuentras mal? —preguntó él.

—Un poco —reconoció ella—. Es por la comida: demasiada carne, demasiado pan, muy pocas frutas y verduras.

Paseó la vista por el interior de la enramada. Era apenas lo bastante grande para que ambos cupieran sentados. Sin embargo, su atención estaba puesta en los sonidos del otro lado de las paredes.

—Todos están alborotados por algo.

Tryss escuchó las voces amortiguadas. A un lado se oyó una exclamación de desánimo. Cerca de la entrada de la tienda, dos siyís mantenían una

conversación agitada. Él no alcanzaba a distinguir las palabras.

—Vistámonos y vayamos a ver qué está pasando.

Ella ya se había inclinado para coger su ropa. Tras ponerse sus chalecos a toda prisa y enfundarse sus pantalones con movimientos rápidos de la cintura, se ciñeron los arneses y las armas. Aunque Drili terminó la primera, aguardó a que Tryss estuviera listo para salir de la enramada a gatas.

Los siyís se habían reunido en grupos. Por su expresión, Tryss supo que había ocurrido algo grave. Unos parecían asustados, otros enfadados.

—Tryss, Drili —los llamó una voz conocida.

Al volverse, él vio a Sirri separarse de un grupo y caminar hacia él. Drili echó a andar a paso veloz hacia ella, seguida de cerca por Tryss.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la joven.

—Los exploradores han localizado al ejército pentadriano. Su líder, Tiril de la tribu del lago Verde, ha sido capturado.

A Tryss se le cayó el alma a los pies.

—¿Cómo?

—Se ha acercado demasiado a ellos. Se ha dado cuenta demasiado tarde de que la hechicera de los pájaros negros, los mismos que atacaron a los hombres de la tribu de la cresta del Sol, encabezaba esa sección del ejército. Los pájaros lo han visto, y la hechicera lo ha abatido.

—¿Está muerto? —preguntó Drili con un hilillo de voz.

Sirri crispó el rostro.

—No lo sabemos. No ha muerto a causa de la caída, pero estaba malherido cuando se ha interrumpido la conexión de Auraya con él.

—Si existe alguna posibilidad de que siga con vida, debemos averiguarlo —dijo Tryss con un rayo de esperanza—. Tenemos que rescatarlo.

La portavoz suspiró y sacudió la cabeza.

—Ojalá pudiéramos, Tryss. Está en medio de las tropas pentadrianas, en manos de hechiceros. Lo único que conseguiríamos es que nos apresaran a nosotros también.

—Claro. —Tryss notó que se ruborizaba. La respuesta era obvia—. Auraya lo rescatará.

—No. —Sirri puso la mano en el hombro de Tryss—. Tendría que luchar

contra cinco poderosos hechiceros pentadrianos. Sin ayuda, tampoco sobreviviría. Tal vez podamos ganar esta guerra con un siyí menos, pero dudo que tengamos la menor posibilidad si perdemos a una Blanca.

Tryss clavó la vista en ella con incredulidad.

—¿O sea que nos damos por vencidos, sin más? —Sintió una punzada de frustración y rabia—. Podría haber sido yo. Quería liderar a los exploradores, pero tú dijiste que sería de más utilidad aquí, trabajando con Rapsoda.

—Tryss... —murmuró Drili.

—Y lo eres —aseguró Sirri con firmeza—. Estoy tan apenada como tú, Tryss, pero también me alegro de que no fueras tú. Te necesito aquí. Puede que Tiril haya salvado a muchos de nosotros. Ahora sabemos lo de los pájaros negros. Estamos a tiempo de inventar maneras de combatirlos.

Él la miró con dureza. Algo en el modo en que ella había dicho «inventar» parecía indicar que había empleado la palabra a propósito para distraerlo. «Claro que lo ha hecho a propósito —pensó él—. Intenta apartar mi atención del destino de Tiril hacia algo más urgente: la seguridad de todos».

Consiguió esbozar algo parecido a una sonrisa.

—Entonces será mejor que empecemos a hacer planes.

Ella le dio un apretón en el hombro.

—Por eso he convocado una Congregación. Los pisatierra pueden partir hoy sin nosotros. Los alcanzaremos más tarde, cuando hayamos discutido este asunto entre nosotros. Esta noche, tú y yo expondremos nuestros planes en la junta de guerra.

Desvió la mirada de Tryss, hacia algún punto situado detrás de él, y entornó los párpados.

—Ahí está el portavoz Vríz. Debo dejarte ahora. Cuando me reúna con mi tribu para compartir ideas, Tryss, espero que tengas ya unas cuantas.

—Las tendré —prometió él.

Ella asintió y dedicó una media sonrisa a Drili. Pasó junto a él y se alejó con andar decidido hacia un trío de hombres mayores.

Tryss notó que la mano de Drili se curvaba en torno a la suya.

—Si vuelvo a quejarme de que te hayas pasado toda la noche hablando

con Rapsoda, dame una patada —murmuró.

Cuando por fin consiguieron bajar el gigantesco tronco y colocarlo atravesado en el camino, Kar oyó unos pasos tras de sí.

—Esta es mi favorita hasta ahora.

Kar se volvió hacia el hombre que se acercaba. Fin, lemm de los guerreros tarrep, tenía una estatura superior a la del dunwayano medio. Sin embargo, era apuesto y se recortaba la barba. Los tatuajes de su rostro acentuaban la ligera inclinación de sus ojos y su mirada astuta.

—Veo que la auténtica obstrucción es el nido de dardispas oculto, pero ¿por qué las hogueras a ambos lados? —preguntó Fin.

—A las dardispas no les gusta el humo —explicó Kar—. La madera es de miten. Arde despacio y humea mucho cuando está verde. El humo las mantiene dentro del nido hasta que alguien mueve el tronco.

—Lo que reduce el peligro de que la presencia de algunas dardispas descarriadas revele la auténtica naturaleza de la trampa. —Fin asintió—. Entiendo.

Bramó unas órdenes a los guerreros de fuego y a los miembros de su clan antes de dar media vuelta. Kar siguió a su líder cuando este echó a andar por el camino que llevaba al paso. Los otros hombres se pusieron en marcha tras ellos, en silencio. El último conducía un tarne descubierto cargado con herramientas y materiales para las trampas.

Era un camino tortuoso, lleno de recovecos. Algunos tramos eran empinados. Kar estudiaba todos los accidentes del paisaje, valorando su potencial. Aún tenía ideas de trampas que quería poner a prueba, pero para ello necesitaba un terreno adecuado. Cuando llevaban una hora caminando, doblaron una curva y Kar se detuvo.

—Ah.

—Me imaginaba que te gustaría —comentó Fin con una sonrisa.

El camino discurría en una pendiente pronunciada entre dos paredes de piedra que se inclinaban hacia dentro casi hasta tocarse. Encajada entre ellas, más adelante en el desfiladero, había una roca enorme.

Kar se acarició la barba y continuó andando. Se acercó a las paredes para examinarlas. Estaban surcadas de numerosas vetas y grietas. Alzó la vista hacia la roca mientras pasaban por debajo, antes de proseguir con la inspección de las paredes. Al final del desfiladero, las paredes se apartaban de nuevo una de otra hasta formar los lados de un barranco angosto repleto de piedras y rocas grandes. El camino ascendía serpenteando.

Kar giró sobre los talones y empezó a desandar el camino. Cuando salió del desfiladero, divisó lo que esperaba ver.

Justo por encima del lugar de la curva donde él se encontraba cuando había avistado la roca suspendida, había un saliente ancho. Con un suspiro de alegría, hizo una seña a los guerreros de fuego y les explicó lo que quería que hicieran.

Menos de una hora después, habían terminado. Los guerreros de fuego parecían fatigados. Su tarea había requerido una concentración continua. Tenían la frente brillante de sudor pese al frío que hacía, y sus diademas de oro estaban deslucidas por el polvo. Kar esperaba que el cansancio no les dificultara su siguiente labor.

Cuando levantó la mirada hacia las paredes, apenas alcanzó a entrever las dos cuerdas delgadas tendidas a lo largo de los pliegues en la roca, sujetas por unas anillas de hierro clavadas en la piedra. Él las siguió hasta el saliente, donde estaban atadas a sacos llenos de arena que sostenían unas piedras cuidadosamente apiladas.

A continuación, dio media vuelta y retrocedió entre las paredes, bajo las cuerdas. Con sus ayudantes detrás, subió por el paso escarpado. Ni siquiera echó un vistazo a la roca que pendía sobre su cabeza. Cuando llegó al final del desfiladero, se encontró con Fin, que lo esperaba.

Aunque el líder del clan tenía el ceño fruncido, no dijo una palabra mientras Kar ordenaba a los hechiceros guerreros que bloquearan la entrada del desfiladero con una de las rocas gigantescas. Fin permaneció tenso y callado mientras ellos hincaban unas anillas de hierro en la superficie de la roca y les ataban unos cordeles. Solo cuando Kar declaró que la trampa estaba tendida, Fin le pidió explicaciones.

—No has usado la roca suspendida.

—Sí que lo he hecho —replicó Kar—. Como distracción.

—¿Distracción?

—El enemigo estará tan preocupado de que la roca suspendida sea una trampa que no se fijará en las cuerdas.

Fin asintió despacio.

—Y cuando los hechiceros enemigos aparten esta roca del camino, ocasionarán que el montón de piedras del saliente caigan sobre la curva. Esta vez no atacarás la cabeza del ejército, sino sus entrañas.

—Colocarán a sus guerreros de fuego al frente de sus tropas, para escudarlas contra las trampas o retirar las obstrucciones.

Fin rió entre dientes.

—Me pregunto qué idea se te ocurrirá ahora.

Kar sonrió.

—Aún no hemos utilizado el ácido. —Miró a los guerreros de fuego—. Para manipularlo sin riesgos, conviene que estén alerta y descansados.

—Sí. Todos necesitamos un descanso. Busquemos un lugar donde sentarnos. —Le hizo una seña al cochero del tarne—. Tráenos comida y agua.

Mientras los hombres se acomodaban en unas rocas para reposar y comer, Kar tendió la vista hacia el camino. El paso y Hania aún estaban a muchas horas de marcha. Fin, los ayudantes y él habían quedado muy rezagados del grueso de las fuerzas dunwayanas, pero tarde o temprano lo alcanzarían. Uno o dos días después, atravesarían el paso y se unirían al ejército circuliano.

Sonrió. Entonces lucharían juntos en la mayor batalla entre mortales que jamás se hubiera librado en Ithania del Norte.

Las llanuras Doradas estaban entrecruzadas de caminos. Los que los tejedores de sueños habían seguido eran más angostos y escabrosos que la carretera principal este-oeste por la que avanzaba el ejército. En ocasiones iban paralelos a la carretera principal y otras veces tomaban una dirección distinta, pero en general los tejedores seguían el ritmo del ejército con bastante facilidad.

Hoy se habían visto obligados a viajar por un sendero irregular y cubierto

de hierba que se apartaba considerablemente del camino del ejército. No obstante, Arlij no estaba preocupada. Unos granjeros locales les habían dicho que el sendero desembocaba cerca de allí en un camino más transitado que discurría directamente hacia el sur hasta encontrarse con la carretera este-oeste. A partir de allí, los tejedores empezarían a seguir al ejército a una distancia prudente.

Leiard miró a su discípulo. Jayim mantenía la vista fija en el suelo que tenía ante sí, con una arruga entre las cejas. Aunque había adquirido más seguridad y destreza para conducir el tarne, aún necesitaba concentrarse para ello. Darle clase al mismo tiempo habría sido pedirle demasiado.

Jayim había adoptado el hábito de desviarse del tema de las lecciones para hacer elucubraciones sobre Auraya o la guerra inminente. Cuando Leiard se hartaba de eludir las preguntas del chico, simplemente le pasaba las riendas.

—Tengo una pregunta —declaró Jayim de pronto.

«Bueno, casi siempre funciona», pensó Leiard, divertido.

—¿Sí?

—Has estado enseñándome el mismo tipo de cosas que en Jarime..., aparte de las conexiones mentales. Yo esperaba que dedicaras las clases a entrenarme para sanar con magia. Después de todo, para eso estamos aquí.

—La enseñanza de la sanación mágica siempre nos plantea un dilema —dijo Leiard con una sonrisa—. ¿Cómo voy a enseñarte a sanar sin heridas con las que practicar? Los tejedores no hacemos daño a otros o a nosotros mismos para tener sujetos a quienes sanar.

El muchacho se quedó callado.

—Entonces no aprenderé a sanar hasta que lleguemos al campo de batalla.

—Así es.

—Esperaba que... Creía que estaría... en fin, preparado cuando llegara allí.

—Nadie está preparado para ver un campo de batalla por primera vez. —Leiard se volvió hacia Jayim y rió por lo bajo—. Aprenderás mucho y con rapidez cuando llegue el momento. No tengas miedo del aprendizaje: yo te

guiaré.

Jayim movió la cabeza.

—Es inútil que te preocupes por algo que no puedes evitar; bastantes preocupaciones tendrás cuando ocurra.

Leiard clavó los ojos en él, sorprendido.

—Es un refrán antiguo.

El chico se encogió de hombros.

—Mi madre lo dice mucho.

—Ah. Supongo que le das muchos motivos para...

El tarne que avanzaba delante de ellos redujo la velocidad hasta detenerse. Mientras Jayim tiraba de las riendas, Leiard echó un vistazo al otro lado del vehículo de enfrente. Otro coche estaba atravesado en el camino, impidiéndole el paso al tarne que encabezaba la caravana, y cuatro tejedores de sueños que Leiard no reconoció se encontraban de pie junto a él.

—Por lo visto, nuestro número se ha acrecentado ligeramente —comentó Leiard—. Quédate aquí. Voy a saludar a los recién llegados.

Se apeó del tarne y se dirigió al frente con aire resuelto. Mientras caminaba hacia los desconocidos, advirtió que la caravana de Arlij había llegado al final del sendero. La representante estaba hablando con uno de los recién llegados, un tejedor bajo y fornido de cabello claro. En cuanto vio a Leiard, ella le indicó con un gesto que se acercara.

—Te presento a Leiard, anterior tejedor asesor de los Blancos —dijo—. Leiard, este es el tejedor de sueños Wil.

Leiard cayó en la cuenta de que el hombre era dunwayano. Wil había arqueado las cejas cuando Arlij había mencionado el cargo anterior de Leiard.

—Asesor de los Blancos —repitió—. Algo había oído al respecto. —Hizo una pausa antes de soltar un resoplido—. Más vale que deje claro desde ahora que tengo mis dudas sobre la conveniencia de trabajar para esos Blancos. Saben leer la mente. Podrían robarnos buena parte de nuestros conocimientos.

—Solo los que ellos consideraran valiosos y aceptables —repuso Arlij—. No son muchos, habida cuenta de que para ellos nuestro uso de las hierbas es pintoresco y nuestra capacidad de leer la mente, un tabú.

Wil meneó la cabeza.

—Las actitudes cambian.

—Sí, y por el momento, esos cambios nos han favorecido. —Ella sonrió—. Descubrirás que Auraya de los Blancos es una mujer sorprendente, Wil. Nos visita todas las noches. Leiard y ella son viejos amigos, desde antes de que ella fuera elegida.

Una expresión de interés fugaz asomó a los ojos de Wil. Contempló a Leiard un momento y se encogió de hombros.

—Estoy deseando conocerla.

—Será mejor que regresemos a nuestro tarne —dijo Arlij con rotundidad—. Nos queda mucho camino por delante para reducir la ventaja que nos lleva el ejército.

Wil asintió y se encaminó hacia el primer tarne de su grupo. Cuando Leiard dio media vuelta, Arlij lo llamó. Él miró hacia atrás. La representante señaló su tarne.

—¿Podemos hablar un momento?

Leiard subió al vehículo tras ella. Los recién llegados esperaron mientras ella estimulaba a su arem para que se situara al frente de toda la caravana. Al cabo de unos minutos, Arlij le dedicó una sonrisa a Leiard.

—Los Blancos han notificado a Raeli que a partir de ahora a los circulianos les estará permitido utilizar nuestros servicios durante un día después de cada batalla.

—Buena noticia.

—Sí. Al parecer, tu amistad con Auraya ha rendido sus frutos.

Por toda respuesta, él asintió.

—Supongo que ella no te habrá revelado los planes de los Blancos respecto al ejército, ¿verdad?

Leiard negó con la cabeza.

—Nada que no supiéramos ya.

—¿Ha mencionado a la nueva tejedora asesora?

—Una vez. —Leiard torció el gesto—. La actitud distante de Raeli le parece decepcionante, pero comprensible. Espera que más adelante, cuando la guerra haya terminado, tenga la oportunidad de hacerse amiga de Raeli..., o

al menos de ganarse su respeto.

—Entiendo. ¿Qué otras cosas te dice?

«Nada que puedas repetir ahora», farfulló Mirar.

«Silencio», pensó Leiard con severidad.

—Rememora los viejos tiempos. —Se encogió de hombros—. Me cuenta anécdotas de sus visitas a Si y Borra.

«Mentiroso».

—¿Se ha percatado del problema que tienes con la personalidad que han configurado en tu mente los recuerdos de conexión de Mirar?

Él apartó la vista con el entrecejo arrugado.

—No estoy seguro. No lo ha mencionado.

«Porque me bloqueas de un modo muy eficaz cuando estás con ella —gruñó Mirar—. No hay nada como la lujuria pura y dura para que un hombre tome plena posesión de su cuerpo».

«Entonces ¡ella es la clave para que me libre de ti!»

«No. No puedes estar con ella en todo momento».

La respuesta iba acompañada de una sensación amenazadora. Leiard notó que el control se le escurría de las manos y que sus ojos se posaban en Arlij.

—Tengo que confesarte algo —dijo sin poder evitarlo—. Este necio tejedor de sueños ha estado...

«¡No!»

Leiard luchó contra Mirar y consiguió recuperar el dominio de sí mismo. Arlij lo miraba con el ceño fruncido, desconcertada.

—¿Qué te ocurre?

Leiard movió la cabeza. No se atrevía a hablar por temor a que las palabras que salieran de su boca no fueran las que quería articular.

—Se trata de Mirar, ¿verdad?

Él asintió.

Arlij abrió más los ojos, en señal de comprensión, y juntó las cejas de nuevo con preocupación.

—Jayim me ha comentado que creía que las cosas habían empeorado últimamente. Dice que empezó a notarlo después de que Auraya te visitara por primera vez.

Leiard clavó la vista en ella, alarmado.

—Tranquilo, ha mantenido su promesa, aunque no ha podido disimular su preocupación por ti.

Arlíj lo tomó de la mano y la sujetó con fuerza cuando él intentó soltarse.

—Hay algo más de lo que estás dispuesto a revelar. Dejaría que te guardaras tus secretos, pero sospecho que te están destrozando. Dímelo, Leiard. Es evidente que Mirar quiere que lo hagas.

Él sacudió la cabeza.

—Ya estoy evitando a los Blancos para que no descubran que les ocultas algo —insistió ella—. No pierdes nada contándome toda la verdad.

Él apartó la mirada. Arlíj se quedó callada y suspiró.

—Mirar. —Pronunció el nombre como una orden, una invocación. Él sintió que el control se le escapaba.

—Por fin. —Su voz sonó distinta: más aguda y con un tono autoritario y arrogante impropio de él. Notó que enderezaba la espalda y se volvía hacia Arlíj.

Ella lo miró con fijeza, y él percibió un asomo de miedo en su semblante.

—¿Por qué le haces esto a Leiard?

—Por su propio bien. Sus amoríos con Auraya no pueden continuar. De lo contrario, acabarán con él y con mi pueblo.

Los ojos de Arlíj se desorbitaron.

—¿Amoríos?

—Él la ama. Seguramente ella a él también. Es patéti..., quiero decir, muy bonito. Pero peligroso.

—Entiendo. —Ella desvió los ojos con una mirada intensa, cavilando sobre lo que acababa de oír—. Dudo que Leiard sea capaz de hacer nada que perjudique a nuestro pueblo —dijo despacio—. Debe de creer que no hay peligro alguno.

—Pues se equivoca.

—¿En qué sentido? Mientras nadie descubra su secreto, no existe un riesgo inmedia...

—Aunque no salga a la luz por descuido de alguien, puedes estar segura de que los dioses lo saben.

Ella se estremeció.

—Es obvio que no desapruedian sus relaciones, pues no les han puesto fin.

—Lo harán cuando más les convenga. Que no te quepa la menor duda de que a nosotros no nos beneficiará. No pienses ni por un momento que no nos odian. Guardamos recuerdos de épocas más oscuras en las que ellos no eran tan benévolos. No quieren que sus devotos sepan de qué son capaces.

Arlif estaba un poco pálida. Sacudió la cabeza con el gesto torcido.

—Leiard, Leiard. ¿Qué estás haciendo?

De pronto, Leiard volvía a tener el control sobre su cuerpo. Soltó un jadeo y se llevó las manos temblorosas a la cara.

—¡Has vuelto! —exclamó Arlif—. Te he llamado por tu nombre —añadió, pensativa.

—Si es así como funciona, por favor, no vuelvas a pronunciar su nombre —barbotó él, medio ahogado.

Ella le dio unas palmaditas en la rodilla, como disculpándose.

—No lo haré. Lo siento. —Al cabo de unos instantes, agregó—: ¿Qué estás haciendo, Leiard? Los riesgos que corres...

—Son mínimos —aseveró él apartándose las manos de la cara—. Cuando esta guerra termine, me retiraré a algún lugar solitario. Nadie tiene por qué enterarse de lo nuestro.

—¿Nadie? Mirar tiene razón. Los dioses tienen que saberlo. Es posible que esté en lo cierto respecto a que esperan el momento oportuno para actuar. Tienes... la obligación de proteger a tu gente. Deberías terminar con esta relación, Leiard.

Leiard miró hacia otro lado.

—Lo sé. Cuando estoy con ella, ni siquiera puedo pensar en eso.

La expresión de Arlif se suavizó poco a poco. Se reclinó en su asiento y suspiró.

—Oh, es lo que pasa cuando uno está enamorado.

Dirigió la mirada hacia delante, con unas arrugas profundas en la frente. Leiard la observó con detenimiento. ¿Qué pensaba hacer? ¿Se encararía con Auraya? ¿Le ordenaría a él que dejara de verla?

«¿La obedecerías?», preguntó Mirar.

«Seguramente no —reconoció Leiard—. Si quiere que me vaya ahora, me iré».

—No sé qué hacer contigo —dijo Arlij en voz baja, sin mirarlo—. Debo dedicar un rato a meditar sobre esto. A partir de ahora, no acamparemos tan cerca del ejército. Prefiero que visitarnos suponga para los Blancos una incomodidad considerable. Si Auraya viene..., no interferiré. Haré todo lo posible para asegurarme de que este asunto permanezca en secreto.

—Gracias —murmuró Leiard.

Arlj posó la vista en él.

—Podré pensar mejor a solas.

Leiard asintió y, sintiéndose como un niño que ha recibido una reprimenda, bajó del tarne y se dirigió hacia donde estaba Jayim.

Auraya se ajustó el cirque y caminó hacia Leiard, que seguía tendido en el suelo, envuelto en mantas. Le sonrió. Él le devolvió la sonrisa, y ella notó que la agarraba del tobillo.

Se sentía melancólico. Deseaba que Auraya pudiera quedarse más tiempo, que cuando él despertara por la mañana ella aún estuviera allí. Pero sabía que sería demasiado arriesgado.

«Aquí todo el mundo cree que estas visitas rápidas en plena noche son de carácter estrictamente oficial —lo oyó pensar Auraya— y que ella viene tan tarde porque está demasiado ocupada o porque no queremos que la nueva asesora se entere de que sigue consultándome. —Exhaló un suspiro y recordó a Arlij—. Todo el mundo cree eso, menos dos personas».

Auraya frunció el entrecejo. La sonrisa de Leiard se desvaneció al comprender que ella le había leído la mente. Le soltó el tobillo.

—Arlij sabe lo nuestro —dijo la Blanca.

—Sí.

Auraya se mordisqueó el labio. Aquello podía dar lugar a situaciones comprometidas. Una mujer que ocupaba una posición tan importante en Somrey y entre los otros tejedores toparía tarde o temprano con alguno de los otros Blancos. Un pensamiento suelto de Arlij bastaría para que su relación saliera a la luz.

—Podemos confiar en que ella no dirá una palabra.

Auraya se concentró en él.

—No estás totalmente seguro de eso.

Él se incorporó con el ceño fruncido, y las mantas resbalaron de sus hombros desnudos.

—Le preocupa la presencia de Mirar en mi mente.

—¿Los recuerdos de conexión? —Auraya hizo un gesto de extrañeza—.

¿Por qué?

Él titubeó un momento.

—No te has dado cuenta... —Desvió la vista con expresión ceñuda—. Él permanece en silencio cuando tú estás aquí.

Auraya movió la cabeza. Lo que decía Leiard no tenía mucho sentido.

—¿«Él»?

—Mirar, o el eco de su personalidad en mi mente. A veces me habla. En un par de ocasiones ha... hablado a través de mí.

Al fijarse mejor en él, Auraya comenzó a entenderlo. Aquella manifestación de los recuerdos de Mirar había utilizado la voz de Leiard algunas veces. Estaba inquieto por ello, lo cual era comprensible. Tenía miedo de que ella sintiera rechazo.

—Siempre he conseguido recobrar el control —le aseguró.

—Entiendo. Es lógico que eso te preocupe a ti, pero ¿por qué preocupa a Arlij? Cabría imaginar que se alegraría de tener un vínculo con vuestro líder anterior.

—Lo que pasa es que... —Hizo una pausa—. ¿A ti no te molesta? —preguntó, titubeante.

Auraya se encogió de hombros.

—No son más que recuerdos. En realidad, me han sido bastante útiles. La información que me diste sobre los siyís me resultó de lo más valiosa.

Él apartó la mirada, y Auraya percibió que aún estaba intranquilo.

—A mí me molesta —dijo Leiard—. A él no le gusta que estemos juntos. Dice que ponemos en peligro a mi pueblo.

Auraya sintió una punzada de pesar. Una parte de él no la deseaba. «Eso no es del todo cierto —se dijo—. Esos recuerdos de conexión pertenecen a un hombre que odiaba y temía a los dioses. Un hombre al que Juran mató porque

ellos se lo ordenaron. No es de extrañar que mi presencia despierte temores enterrados en su mente».

—No estoy de acuerdo con su opinión —dijo Leiard.

—Entonces ¿discutes con él?

Él la miró, sorprendido.

—Sí, pero... no cuando tú estás aquí.

Ella sonrió aliviada.

—Entonces te hago bien.

Las comisuras de los labios de Leiard se curvaron.

—Sí.

No obstante, ella percibió cierta vacilación. Ahondó en su mente y comprendió lo que ocurría. Rendirse ante aquella otra personalidad le proporcionaría a Leiard un poco de paz. A veces lo tentaba esta posibilidad. Auraya se sentó y lo rodeó con los brazos.

—Pues lucharemos juntos contra él. Te ayudaré de todas las maneras que pueda. Cuando esta guerra llegue a su fin —añadió—. ¿Podrás esperar hasta entonces?

Él deslizó los dedos por su cabello.

—Esperaría siglos para pasar un momento contigo.

Ella esbozó una gran sonrisa.

—Ya te me estás poniendo romántico otra vez. Solo tendrás que esperar un día, no siglos. Volveré mañana por la noche. —Se inclinó hacia delante y lo besó. La calidez de los labios de Leiard le trajo recuerdos agradables. Deseaba tocarlo, pero se resistió. En cambio, se apartó de él y se puso de pie—. Será mejor que te vistas y me acompañes a la puerta.

Él hizo un mohín de disgusto antes de sonreír y echar las mantas a un lado. Desnudo, comenzó a recoger su ropa del suelo. Ella lo observó mientras se la ponía. Verlo vestirse resultaba fascinante y a la vez aleccionador. Era como si se cubriese también con una identidad. Cuando terminó, la guió a la entrada como un huésped respetuoso y atento.

—Ha sido un placer reunirme de nuevo con vos, Auraya la Blanca —dijo con formalidad.

Ella asintió.

—Como siempre, espero. Transmite mis garantías a la representante Arlij.

—Así lo haré.

Él abrió la colgadura de la puerta y Auraya salió. La luz de la lámpara del interior se derramó, iluminando las formas oscuras de las otras tiendas. Entonces la colgadura se cerró, y todo quedó sumido en las tinieblas.

Ella alzó la vista hacia el cielo y se concentró en el mundo que la rodeaba. Ahora le resultaba muy fácil. Invocó magia y se elevó.

El viento frío le alborotó el cabello. Algunos mechones, que se le habían mojado cuando se había lavado un poco con agua de una jofaina, le produjeron una sensación gélida en el cuello. Al ascender más, divisó unas luces a lo lejos. El campamento del ejército.

¿Había más luces de lo habitual, o eran imaginaciones suyas?

Invocó más magia para crear un escudo con el que proteger su cuerpo del viento y se propulsó a toda velocidad hacia el campamento. Sus sospechas pronto se vieron confirmadas. Avistó una hilera de antorchas que se movían entre las tiendas. En el punto en que la hilera se fragmentaba, cerca del borde del campamento, alcanzó a ver que estaban armando unas tiendas.

«Recién llegados. Deben de ser las tropas de Toren».

Al acercarse, vislumbró a cuatro figuras pálidas de pie junto a la tienda de la junta de guerra. Frente a ellas había una pequeña multitud en la que abundaban el metal bruñido y telas brillantes que reflejaban la luz de los faroles. Nobles y otros personajes importantes, supuso Auraya. Una persona se encontraba unos pasos por delante de las demás.

«Berro, el rey de Toren. ¿Por qué no me ha avisado Juran de su llegada?»

Se quedó flotando por encima del grupo. La voz del rey llegaba hasta sus oídos. Tras decidir que sería una descortesía interrumpir, envió a Juran una comunicación silenciosa.

Juran, ¿me reúno con vosotros?

Él dio un leve respingo y miró hacia arriba.

Sí —respondió—. *Cuando yo te lo indique.*

Auraya lo oyó decir algo. Acto seguido, él le hizo una señal discreta para que se acercara. Auraya descendió y se posó en el suelo, junto a Mairae.

El rey clavó la vista en ella, atónito. Alzó los ojos al cielo, como

buscando alguna estructura desde la que hubiera podido saltar, y los fijó de nuevo en ella.

—Auraya —dijo Juran—, creo que conociste al rey Berro justo después de tu Elección. ¿Me equivoco?

—No —contestó ella—. Es un placer volver a veros, majestad.

El monarca respiró hondo, y dio la impresión de que intentaba recuperarse de la sorpresa.

—Es un honor, Auraya la Blanca. Os habéis adaptado a vuestro nuevo cargo con una rapidez y un aplomo impresionantes. Había oído hablar de vuestra capacidad de volar, pero no lo había creído del todo hasta ahora.

Ella sonrió y efectuó la señal del círculo.

—Los dioses nos brindan lo que necesitamos para cumplir su voluntad.

Desvió la mirada, y a Auraya le alegró comprobar que le venían a la mente los siyís. Al señalar que las deidades le habían concedido el don del vuelo, ella había insinuado que se lo habían otorgado para que pudiera convencer a los siyís de que se convirtieran en aliados de los Blancos. Con un poco de suerte, el rey lo pensaría dos veces antes de protestar por la expulsión de colonos torenios de territorio siyí. Ningún soberano se atrevía a desobedecer a los dioses.

El rey devolvió su atención a Juran.

—Hemos viajado al ritmo más rápido que mis tropas han sido capaces de soportar para reunirnos con vosotros a tiempo. Tengo entendido que estamos a dos días de marcha del paso. ¿Será posible que se tomen un descanso?

Juran frunció el ceño.

—Solo puedo ofrecer una jornada de viaje más corta mañana. Sin embargo, vuestros soldados dispondrán de más tiempo para descansar cuando lleguemos al paso.

—Será suficiente.

—Vos también estáis cansado —aseveró Juran—. Es tarde para hablar de planes de guerra. Si os parece bien, viajaré con vos mañana a fin de ponerlos al día sobre lo que hemos debatido y acordado.

Berro sonrió aliviado.

—Me parece una idea excelente. Gracias.

Juran asintió y realizó la señal formal del círculo.

—En ese caso, hablaremos mañana por la mañana, majestad.

Tras corresponder a su gesto, el rey se alejó con su séquito de nobles. Auraya se volvió para mirar a sus compañeros Blancos. Juran parecía aliviado; Dyara, resignada; y Rian y Mairae, complacidos.

—Al menos han llegado —murmuró Dyara—. Los dunwayanos están en el paso, tendiendo trampas. Cuando se unan a nosotros, tendremos un ejército imponente.

—En efecto —respondió Juran—. Por ahora, deberíamos volver a la cama.

Los demás mostraron su conformidad. Mairae y Rian echaron a andar con decisión. Tras vacilar un momento, Dyara se encaminó hacia el campamento del ejército genriano. Al ver que Juran no se movía, Auraya se le acercó. Él la observó.

—¿Qué pasa?

—Me sorprende que no me hayas llamado —comentó ella.

Él pareció tranquilizarse.

—No. Mairae me ha dicho que estabas efectuando un reconocimiento aéreo, que llevabas varias noches haciéndolo, y que yo no debía molestarte. De hecho, me sorprende que no me avisaras tú a mí.

Auraya se encogió de hombros.

—Es mi forma de distraerme cuando no puedo dormir.

Él sonrió y de pronto se puso serio.

—Bueno, pero no olvides que los efectos de la falta de sueño suelen hacerse sentir en los momentos más inoportunos. Dudo que una siesta involuntaria en pleno vuelo fuera muy beneficiosa para ti.

—No. —Auraya hizo una mueca—. No mucho. De todos modos..., no dudes en llamarme si me necesitas aquí.

Él movió la cabeza afirmativamente.

—Lo haré.

—Entonces será mejor que me vaya a la cama. —Al cabo de una pausa, añadió—: Y tú también.

—Sí —suspiró él—. Tienes razón.

Ella se alejó. Al oír un ligero bostezo, se volvió y vio que Juran se tapaba la boca con la mano. Asintió para sí. Tal vez descansaría un poco más relajado ahora que los torenios habían llegado.

Emerahl despertó sobresaltada. El pánico se apoderó de ella por un momento. ¿Estaban asaltando la caravana? Entonces una ligera sensación de asfixia le refrescó la memoria, y el recuerdo del sueño le vino a la mente de golpe.

El sueño de la torre. Sintió una irritación súbita. ¿Tan ineptos se habían vuelto los tejedores que no podían enseñar a uno de los suyos a dejar de proyectar sus sueños?

—¿Te encuentras bien, Jade?

Emerahl miró a Estrella. Habían colocado un colchón para la chica en el tarne de Rozea. Estrella aparentaba de modo convincente que su herida era grave, pero no mortal en potencia. Por desgracia, ahora que estaba casi curada se aburría de mentir todo el día. A veces fingía quedarse dormida para no tener que oír el parloteo de la chica. En aquel momento, Estrella la observaba con preocupación.

—He tenido un sueño, eso es todo —contestó Emerahl.

—¿Qué soñabas? Era algo de una torre que se desplomaba, ¿verdad?

Emerahl parpadeó, sorprendida.

—¿Por qué lo preguntas?

Estrella se encogió de hombros.

—Algunos de mis clientes me han hablado de ello. Esas personas dicen que lo han soñado muchas veces.

—¿Cuántas?

—No lo sé, no me lo han dicho.

Emerahl movió la cabeza.

—Quiero decir que cuántas personas te han dicho que lo han soñado.

Estrella reflexionó.

—Tres o cuatro. —Se volvió hacia Emerahl—. ¿Así que has tenido ese sueño?

Emerahl asintió.

—Sí.

—¿Es la primera vez?

—No, lo he tenido unas cuantas veces.

—¿Y cómo es?

—Hay una torre y se derrumba.

Esto arrancó una sonrisa a Estrella.

—Quiero decir, ¿por qué tienen el mismo sueño personas diferentes? ¿Qué significa?

—«El significado de un sueño depende del soñador» —citó Emerahl. Arrugó el entrecejo, meditando sobre su teoría de que el sueño estaba relacionado con la muerte de Mirar. Algo no acababa de encajar.

—Aplastado por un edificio... —Estrella se estremeció—. Qué forma tan horrible de morir.

Emerahl asintió con aire ausente. Si el soñador tenía pesadillas con la muerte de Mirar, no estaba reviviendo sus propias experiencias, sino las de él. Para ello, tenía que poseer recuerdos de conexión de su muerte, lo que significaba que alguien debía de estar conectado con él cuando murió.

Era algo extraordinario. La mera idea ocasionó que le bajara un escalofrío por la espalda. Por eso el soñador no dejaba de experimentar la pesadilla una y otra vez.

—A lo mejor quiere decir que los Blancos fracasarán.

—Los sueños no son predicciones, Estrella —repuso Emerahl.

Al menos, aquel no. Era un sueño histórico. Los últimos instantes de Mirar debían de haberse transmitido de un tejedor a otro a lo largo del último siglo. Ahora, la mente de un tejedor poderoso los proyectaba a todos los hombres y mujeres lo bastante dotados para recibir sueños.

«Me pregunto si se trata de algo deliberado. ¿Intenta recordar alguien al mundo quién mató a Mirar?»

—¿Jade?

Emerahl alzó una mano para acallar a Estrella. «Los dioses convirtieron a Mirar en un mártir. Sin duda las mentes de los sacerdotes también captan este sueño. Seguro que los dioses intentan parar esto».

—Tengo que confesarte algo —murmuró Estrella—. Le he dicho...

«Tal vez no puedan. Tal vez el soñador esté protegido. Pero ¿por quién? Por alguien poderoso. Un enemigo de los dioses. ¡Los pentadrianos! Tal vez...»

—... le he dicho a Rozea que me sanaste con magia.

Emerahl clavó la vista en Estrella.

—¿Que has hecho qué? —espetó.

Estrella se encogió.

—Lo siento —gimoteó—. Me lo sonsacó.

La chica parecía asustada. Emerahl empezó a lamentar haberle hablado con brusquedad. Suavizó su expresión.

—Claro. Rozea tiene tanta labia que sería capaz de convencer a un mercader de que le regalara su barco. Me preguntaba por qué se muestra tan amable conmigo últimamente.

—Nunca se me ha dado bien guardar secretos —reconoció Estrella.

Emerahl se concentró en Estrella. Lo que percibió le bastó para deducir que no había sido tan difícil «sonsacarla».

«Y ahora ¿qué hago?»

»Debería marcharme».

Sonrió. Ahora que Rozea sabía que era una hechicera, no había razón para disimularlo. Emerahl era libre para llevarse el dinero que Rozea le debía, por la fuerza si era necesario. Por otro lado, cuando la caravana alcanzara el ejército, seguramente Rozea delataría a la hechicera que le había robado. Su declaración tal vez atraería la atención de los sacerdotes. «No, debería irme sin más. No vale la pena que corra el riesgo por el dinero».

A pesar de todo, Emerahl sentía la absurda obligación de proteger a las chicas durante el mayor tiempo posible. Una vez que la caravana redujera la distancia respecto al ejército y Rozea empleara a guardias nuevos, ellas estarían razonablemente a salvo.

Y entonces ¿qué? Emerahl consideró su idea de que los pentadrianos estuvieran protegiendo al soñador. No había planeado qué haría después de escaparse del sacerdote, de Porin y del burdel. Quizá iría en busca del soñador. Tal vez este se ofrecería a protegerla de los dioses y sus servidores.

Si eso significaba unirse a los pentadrianos, lo haría sin dudarlo. Que ella

supiera, incluso podían ganar aquella guerra.

39

Por la tarde, llegaron por la carretera este-oeste a un río ancho y pedregoso. El camino proseguía a lo largo de orilla, y el rumor continuo del agua que corría sobre las rocas ahogaba todos los sonidos excepto las voces muy altas, los bramidos esporádicos de los aremes o el relincho de algún raina. La carretera se adentraba en un valle extenso. Discurría por aldeas pequeñas en las que adultos sonrientes y niños emocionados saludaban a las tropas. Cuando los últimos rayos del sol desaparecieron tras el horizonte, alcanzaron el final del valle y Juran ordenó que hicieran un alto.

«Supongo que eso significa que hemos dejado atrás las llanuras y ahora nos internaremos en las montañas —pensó Danyin mientras entraba en la tienda de la junta de guerra—. A partir de ahora, todo el camino será cuesta arriba». Echó un vistazo en torno a sí y reparó en la expresión altiva del rey Berro, la postura rígida de la portavoz Sirri y las miradas de inquietud y comprensión que el rey Guire lanzaba a la líder siyí.

Se apartó a un lado para esperar. En la tienda de campaña reinaba un silencio poco habitual que se interrumpió con la llegada de Auraya y los exploradores siyís.

La Blanca realizó la señal del círculo.

—Os saludo. Ellos son Sveel, de la tribu del río Serpiente, y Ziriz, de la tribu del río Bifurcado. Son los primeros miembros de la avanzadilla siyí que han regresado.

Juran dio un paso al frente. Mientras hablaba con los dos siyís en su idioma, Dyara tradujo sus palabras para el resto del consejo.

—Os doy las gracias, Sveel de la tribu del río Serpiente y Ziriz de la tribu del río Bifurcado, por haber emprendido un viaje tan peligroso. Sin vuestra ayuda, sabríamos muy poco acerca del enemigo. Me entristece, sin embargo, que hayamos obtenido esta información a costa de la vida de un siyí.

Los dos guerreros siyís asintieron. Danyin advirtió que parecían agotados.

—Auraya me dice que os habéis apresurado a volver para comunicarnos algo que creéis que puede ser importante. ¿De qué se trata?

El siyí llamado Ziriz se puso derecho.

—Después de que capturasen a Tiril, intentamos permanecer cerca para ver qué ocurría, pero los pájaros se abalanzaron sobre nosotros y tuvimos que alejarnos volando para evitarlos. Nos mantuvieron apartados del ejército hasta que se marcharon por la noche. Entonces pudimos buscar a Tiril. Lo encontramos junto al camino. Muerto.

Hizo una pausa y tragó saliva de forma audible. Danyin advirtió que Sirri tenía la cabeza gacha y los ojos cerrados. No pudo evitar sentir admiración por ella. «No me imagino al rey de Toren derramando una sola lágrima por un explorador caído».

—Fui elegido como líder en su lugar —continuó Ziriz—. Dejé a cuatro hombres atrás para que enterraran a Tiril, y me fui con los demás en pos del ejército. No logramos localizarlo. Ya no avanzaba por el camino, ni se hallaba en la zona circundante.

Juran frunció el ceño.

—¿No había huellas?

—No encontramos ninguna, pero como estamos acostumbrados a movernos por el aire, no poseemos mucha experiencia como rastreadores. Además, el terreno allí es rocoso y duro, y las pisadas apenas quedan marcadas.

—Tal vez se desplazaron más rápidamente de lo que esperabais —aventuró Dyara.

Ziriz negó con la cabeza.

—Exploramos una zona muy amplia, mayor que la distancia que habrían

podido recorrer en un día. Como no dimos con ellos, decidí que debíamos regresar para llegar aquí al alba.

El rey Berro se inclinó hacia delante.

—Era de noche mientras buscabais, ¿verdad?

Cuando Dyara tradujo su pregunta, el siyí miró al monarca e hizo un gesto afirmativo.

—Entonces la explicación de lo sucedido es obvia. Sabían que algunos de vosotros estaríais vigilando, así que prosiguieron la marcha sin antorchas. Lo más probable es que pasaran por delante de vuestras narices sin que vosotros los vierais.

—Los grupos numerosos de pisatierra hacen mucho ruido —señaló la portavoz Sirri—. Aunque mis exploradores no los vieran, los habrían oído.

—A menos que los soldados tuvieran órdenes de caminar en silencio —arguyó Berro.

Ziriz enderezó la espalda.

—Estoy seguro de que los habría oído si hubieran estado allí. Un ejército de esas dimensiones no puede avanzar sin hacer ruido.

—¿Ah, sí? —Berro arqueó las cejas con incredulidad—. ¿Cómo lo sabes? ¿Con cuántos ejércitos de esas dimensiones te has topado?

—Oímos acercarse el vuestro un día antes de que llegara —respondió Sirri con aspereza—. Lo habríamos oído aunque vuestros hombres hubieran tenido la boca cerrada.

El rey Berro se disponía a replicar cuando otra voz terció en la discusión.

—Es posible que los pentadrianos se resguardaran en las viejas minas durante la noche —dijo con suavidad Jen de Rommel, el embajador de Dunway.

Danyin oyó que alguien que se encontraba cerca inspiraba bruscamente. Al volverse, vio que Lanren Rapsoda tenía los ojos desorbitados por la revelación.

—¿Minas? —Juran arrugó el entrecejo—. ¿Te refieres a las antiguas minas de Rejurik?

Jen se encogió de hombros.

—Tal vez. En mi opinión, lo más seguro es que se guarecieran en las más

recientes. Son casi tan espaciosas como sus famosas predecesoras, pero es menos probable que se hayan hundido. En sus profundidades hay cavernas lo bastante grandes para ocultar un ejército en ellas. Por otro lado, no se me ocurre una razón para hacerlo. —Extendió las manos a sus costados—. Están mal ventiladas, lo que impide encender hogueras y calentar la comida. Si han dormido allí, habrán pasado bastante frío.

—¿Pueden haber llegado a Hania atravesando las montañas? —preguntó Lanren Rapsoda.

Jen sacudió la cabeza.

—Imposible. Las minas no son tan extensas.

—No —dijo Juran—. Se tardaría meses o incluso años en excavar un túnel tan largo. Habría que arrojar en algún sitio las rocas y los materiales de desecho. Tendrían que abrir pozos de ventilación y apostar hechiceros para que atrajeran aire hacia el interior, pues la circulación natural no sería suficiente para tanta gente.

Cuando estas palabras se tradujeron al idioma de los siyís, Ziriz pareció aliviado. Danyin sintió una punzada de compasión hacia el joven, que había regresado a toda prisa solo para que el rey de Toren pusiera en duda sus aptitudes con sorna.

—Da la impresión de que pernoctaron en las minas para protegerse —dijo Berro agitando la mano en dirección a Ziriz—. A lo mejor temían que nuestros pequeños espías los atacaran.

«Pequeños espías». Danyin reprimió un suspiro. La afición de Berro por irritar a los genrianos era conocida. Al parecer, estaba empeñado en insultar a los siyís también.

—Si el ejército salió de las minas al día siguiente, lo averiguaremos mañana, cuando vuelvan los otros exploradores —aseguró Sirri.

—Si es que lo han visto.

—Es difícil pasar por alto un ejército tan grande desde el aire —alegó Auraya—. Aunque se desviarán del camino, eso entorpecería su avance y tarde o temprano tendrían que volver a él para acceder al paso. Solo un camino atraviesa las montañas.

Berro asintió respetuosamente.

—Eso es verdad, Auraya la Blanca.

Danyin se percató de que al dar la razón a Auraya sin reservas, el rey de Toren no hacía más que poner de relieve su desprecio hacia los siyís. La Blanca dirigió la vista hacia Juran, que asintió, mirándola a los ojos.

—¿Alguna otra pregunta para Sveel, de la tribu del río Serpiente, o Ziriz, de la tribu del río Bifurcado? —inquirió Juran.

Se impuso un silencio. Auraya se volvió hacia los dos exploradores.

—Gracias por venir a informarnos. Estáis cansados y hambrientos. Permitidme que os acompañe hasta vuestro campamento.

Cuando Auraya se encaminó hacia la puerta, Danyin cayó en la cuenta de que Mairae lo observaba. El consejero sonrió e inclinó la cabeza. Ella curvó los labios hacia arriba con una expresión claramente inquisitiva. Se volvió para ver salir a Auraya.

De inmediato, a Danyin le vino a la mente la conversación que había mantenido con ella el día anterior. Cuando Mairae clavó la mirada en él de nuevo y enarcó las cejas, él comprendió lo que ella quería que le dijera. «No sé si tiene un amante —le envió mentalmente—. ¿Y vos?»

Ella sonrió y movió la cabeza afirmativamente.

Él parpadeó, sorprendido.

«¿Quién?»

Mairae se encogió de hombros.

Él apartó la vista, tan turbado como lleno de curiosidad. Imaginar a Auraya en la cama con alguien era como imaginar a sus hijas realizando el acto con sus esposos; un pensamiento con el que no se sentía cómodo. Por otro lado, deseaba saber quién había conquistado el interés de la Blanca.

Paseó la vista por la habitación, pero mientras examinaba a los hombres allí presentes comprendió que no podía tratarse de uno de ellos. Mairae leía las mentes, de modo que si alguno hubiera sido el amante de Auraya, ella lo sabría. Por lo tanto, tenía que ser alguien cuya mente ella no fuera capaz de leer... o alguien que no hubiera estado en su presencia.

Hasta donde él sabía, los Blancos no podían leerse el pensamiento unos a otros. Miró a Mairae. Así que cabía la posibilidad...

Mairae abrió mucho los ojos, escandalizada. Sacudió la cabeza con un

movimiento más parecido a un escalofrío. Él sonrió. Aunque era evidente que la idea de encamarse con un compañero Blanco la horrorizaba, no tenía por qué ocurrirle lo mismo a Auraya. Aun así, Danyin apartó su mente de esa posibilidad, pues no deseaba violentar a Mairae.

Si el amante de Auraya no figuraba entre los Blancos, tenía que ser alguien con quien Mairae no se hubiera encontrado nunca. En ese caso, si ella lo visitaba con regularidad, debía de formar parte del ejército.

Para su sorpresa, Mairae negó con la cabeza. ¿Por qué estaba tan segura? Ella sonrió. «De modo que es alguien que no pertenece al ejército —pensó él—, pero que está lo bastante cerca para que Auraya lo visite».

Se le cayó el alma a los pies cuando la posibilidad que había contemplado antes se coló de nuevo en su mente.

«Los tejedores de sueños. Leiard.

»No —se dijo con rotundidad—. Son amigos. Nada más».

Tenía sentido que Auraya visitara a Leiard. Sin duda Mairae veía en las excursiones nocturnas de Auraya algo más de lo que había. Posó los ojos en Mairae. Ella tenía el ceño fruncido, pero cuando sus miradas se encontraron, sonrió, se encogió de hombros y asintió.

Juran anunció una pausa para cenar, y Danyin suspiró aliviado. Había temido que Auraya regresara y lo pillara elucubrando sobre su vida privada. Con un poco de suerte, cuando ella volviera a verlo, él tendría la mente ocupada en otros asuntos.

Había sido un día largo, pero ahora que Auraya había huido al fin de la junta de guerra, notó que su cansancio cedía el paso a una expectación creciente. Pronto estaría otra vez con Leiard. Lo único que empañaba su buen humor era la ausencia de Travesuras. Cuando había vuelto a su tienda de campaña, se había encontrado su jaula abierta. Seguramente tenía a un sirviente persiguiéndolo por todo el campamento.

No se atrevía a marcharse sin él. Pese a la distancia, el viz podría conducir al sirviente hasta el campamento de los tejedores de sueños, lo que quizá la obligaría a dar explicaciones incómodas.

—Auraya.

Al reconocer la voz de Danyin, se dirigió hacia la entrada de la tienda. Entre los brazos del consejero había una bola de pelo que se retorció y forcejeaba. Ella exhaló un suspiro de alivio.

—Gracias, Danyin. —Le indicó que pasara al interior—. A ver, Travesuras, ¿dónde has estado?

—*Ohuaya, Ohuaya*. Hombre malo se ha llevado a *Trasuras*. Malo.

Ella miró a Danyin, alarmada por estas palabras. Con una mueca, el consejero dejó que el viz se escabullera de entre sus brazos y saltara a los de Auraya. El animalillo se enroscó en torno al cuello de su dueña.

—No aprietes tanto —jadeó ella. Se volvió hacia Danyin—. ¿Qué ha pasado?

La expresión del consejero reflejaba preocupación y sentimiento de culpa.

—Durante la cena, una criada ha ido a avisarme de que Travesuras había desaparecido. He tardado horas en encontrarlo. O, mejor dicho, él me ha encontrado a mí. —Suspiró—. No deja de repetir «malo, malo». Temo que alguien lo haya sacado de la jaula.

Auraya notó que el corazón del viz latía a toda velocidad. Le exploró la mente con delicadeza mientras le acariciaba el lomo. Acudieron recuerdos fugaces a su cabeza: un rostro humano, con la parte inferior tapada. La jaula que se abría y una mano que agarraba al viz por el cuello. Arañazos, mordiscos, el sabor de la sangre. La sensación de estar encerrado. El alivio de verse libre tras roer la pared.

«¡Hombre malo!», le dijo él mentalmente. Ella se sobresaltó. Nunca se había comunicado de forma telepática con ella.

—Creo que tienes razón, Danyin —declaró. Al mirarlo, percibió de nuevo el sentimiento de culpa. No podía haber sido él...

Cuando se concentró en él se tranquilizó al descubrir el auténtico motivo de su culpabilidad. Mairae le había preguntado unos días atrás si ella tenía un amante, y él se había olvidado del asunto hasta que la mujer le había planteado la misma pregunta esa noche. Se avergonzaba de sí mismo por hacer conjeturas sobre su vida privada. De pronto, el nombre de Leiard apareció en los pensamientos de Danyin, y la tranquilidad de Auraya se

evaporó. Aunque Danyin creía que ella solo visitaba a Leiard porque eran amigos, intuía que Mairae sospechaba que había algo más.

Se le heló la sangre. Sabía que Mairae tenía la propensión a especular sobre esas cuestiones, pero no se había imaginado que la mujer llegaría al extremo de incitar a su consejero a barajar los nombres de posibles amantes. Si Mairae estaba dispuesta a eso, ¿qué no sería capaz de hacer para satisfacer su curiosidad? Bastarían unas horas de viaje y un poco de lectura mental para que las especulaciones quedaran confirmadas. Se le aceleró el pulso. Tal vez Mairae ya había partido hacia el campamento de los tejedores de sueños.

«No puedo correr ese riesgo. Leiard tiene que marcharse ahora. Esta noche».

Tras desenrollarse a Travesuras del cuello, se lo entregó de nuevo a Danyin.

—Quédate aquí a hacerle compañía. Se ha llevado un susto. Intentaré averiguar qué ha ocurrido. ¿Qué criada te ha pedido que lo buscaras?

—Belaya.

Ella asintió y salió de la tienda con paso decidido. El corazón le palpitaba con fuerza. Examinó su entorno con los ojos y la mente, pero no detectó a ningún observador. Invocó magia, se impulsó hacia el cielo y, tras crear un escudo contra el viento, surcó el aire a toda velocidad.

Aunque los tejedores habían instalado su campamento más lejos de lo habitual, ella lo alcanzó en unos momentos. Había una lámpara encendida en el interior de la tienda de Leiard. Ella aterrizó delante y caminó hasta la puerta.

—¿Tejedor Leiard?

La colgadura se corrió a un lado sin que la sujetara mano alguna. Cuando ella dirigió la vista hacia el otro lado, sintió que su corazón dejaba de latir. Juran estaba dentro.

«Lo sabe». Esta certeza la golpeó como una ráfaga de aire frío. Advirtió la ira en el semblante de Juran. El líder Blanco tenía todo el cuerpo tenso y las manos crispadas a sus costados.

Ella nunca lo había visto tan enfadado.

—Pasa, Auraya —dijo él en voz baja y tensa.

Para su sorpresa, no se sintió intimidada por su rabia. Lo conocía lo bastante para estar segura de que jamás permitiría que la furia le nublara la razón. No le gustaba la violencia. En las pocas ocasiones en que hablaba del día en que había matado a Mirar, expresaba su pesar por haberse visto obligado a hacerlo.

«Confío en él —pensó ella—. Incluso confío en que nunca hará daño a Leiard, a pesar de lo que sabe».

Sin embargo, Leiard no estaba en la tienda, ni tampoco la bolsa que llevaba consigo en todo momento.

—Juran —dijo ella con serenidad—. ¿Dónde está Leiard?

Él respiró hondo y soltó el aire lentamente.

—Le he dicho que se vaya.

Ella fijó los ojos en Juran, que le sostuvo la mirada.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? —Juran entornó los párpados—. ¿Crees que no he descubierto vuestros devaneos? ¿O tal vez piensas que permitiré que sigáis con esto?

Auraya cruzó los brazos.

—¿O sea que tengo que someter mis amantes a tu aprobación?

Juran vaciló unos instantes.

—Cuando me enteré de... esto... me hice la misma pregunta. La respuesta es sencilla: ante todo, me debo a mi pueblo. Y tú también. —Movié la cabeza—. ¿Cómo podías hacer esto, Auraya, si sin duda sabías cuáles serían las consecuencias si vuestros amoríos salían a la luz?

Auraya dio un paso hacia él.

—Puedo aceptar que nuestro pueblo tarde en asimilar el cambio, que las actitudes solo mejoran con el transcurso de las generaciones. Yo tenía la intención de guardar nuestra relación en secreto únicamente para evitar poner a prueba la tolerancia de la gente. Sabía que no podría ocultártelo para siempre. Tampoco pretendía hacerlo. Tu aversión por los tejedores de sueños data de antiguo, y yo no tenía claro cuánto tiempo debía esperar antes de revelártelo. Dudaba que hubieras dejado a un lado todos tus prejuicios. ¿Cuánto habría tenido que aguardar para que te despojaras de ellos? ¿Años?

¿Décadas? Estoy enamorada ahora, Juran. Leiard está envejeciendo. Algún día morirá. No puedo esperar a que te hagas a la idea de que es posible que exista un tejedor digno de mí.

Él le escudriñó el rostro.

—No es de mis opiniones de lo que estamos hablando, Auraya. Eres una Blanca. Tu principal deber es guiar y proteger al pueblo. Puedes tener amantes, pero no deben interponerse entre el pueblo y tú. Si lo hacen, debes renunciar a ellos.

—Él no se interpondrá entre...

—Sí que lo hará. Ya lo ha hecho. Lo he visto en su mente. Has infringido la ley que prohíbe las conexiones en sueños. ¿Qué será lo siguiente?

—He recurrido a los poderes de sanación de los tejedores, Juran. Hay una ley igual de absurda que prohíbe eso también. No eres tan necio como para creer que eso significa que no acato las leyes en general.

—Debes dar una imagen de honestidad —replicó él— o perderás el respeto del pueblo. El mero hecho de que tu aventura pase de boca en boca dañará tu reputación.

—No tanto como crees. No todo el mundo detesta a los tejedores.

—La mayoría desconfía de ellos. —Después de una pausa, suspiró—. Auraya, desearía no tener que pedirte esto. —Torció el gesto—. No deseo causarte dolor. Pero debes dejar a Leiard.

Auraya meneó la cabeza.

—No puedo, Juran.

—Sí que puedes —repuso él con firmeza—. A la larga, cuando recuerdes lo sucedido, comprenderás que era lo más correcto, por muy duro que te resultara en su momento. Tienes que fiarte de mí en este asunto.

«¿Que me fíe de él? Esto no tiene nada que ver con la confianza. Todo lo que ha dicho es producto del miedo: miedo a que un tejedor de sueños ejerza una influencia excesiva sobre mí; miedo a que si yo ofendo a un solo circuliano lleno de prejuicios, todos los demás dejen de respetarnos; y, sobre todo, miedo al cambio».

Consiguió forzar una sonrisa.

—Claro que me fío de ti, Juran, pero espero que tú correspondas a esa

confianza. No dejaré que Leiard se interponga entre la gente y yo. Apenas sabrán de su existencia. —Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—Auraya.

Ella se detuvo y volvió la vista atrás.

—No puede regresar —aseveró Juran—. Le he dado una orden, y no creo que la desobedezca.

Ella sonrió.

—No. No sería capaz. ¿Eso no te dice algo, Juran? ¿No te dice que no es alguien a quien debas tenerle miedo?

Miró al frente, salió de la tienda y se elevó en el aire.

40

Las nubes se acercaban despacio desde el norte, tapando las estrellas de una en una. Bellin bostezó y devolvió su atención a las gabras. Casi todas habían doblado sus patas largas y escuálidas bajo su cuerpo y dormitaban. Unas pocas permanecían alerta, moviendo su estilizada cabeza de un lado a otro, atentas a posibles depredadores.

Eran animales inteligentes. Aceptaban a Bellin como una protección adicional y a cambio le permitían ordeñarlas. Aun así, no habían perdido su cautela natural. A pesar de su presencia, se turnaban para montar guardia durante la noche.

«Menos mal —pensó él—. No puedo evitar quedarme dormido o distraerme de vez en cuando».

Se reclinó contra la pared de roca e invocó un poco de magia. La convirtió en luz, hizo flotar un resplandor frente a sí y comenzó a darle forma.

Primero creó la figura de una gabra. No le costó mucho: se pasaba tanto tiempo con ellas que sabía qué aspecto tenían con todo detalle. Lograr que la gabra se moviera le resultó más complicado. Consiguió que caminara, que corriera y luego que saltara de una peña a otra.

Cuando se aburrió de eso, empezó a modelar otra forma conocida. La del viejo Lim. La cara llena de arrugas le quedó bien, pero el cuerpo le había salido demasiado recto. El viejo Lim estaba encorvado como un árbol torcido

por el viento.

«Eso es. Así está mejor». Bellin hizo que la figura se rascara el trasero, un gesto habitual en el viejo Lim. Soltó una risita y luego se sintió un poco culpable. No estaba bien mofarse del viejo Lim. El hombre lo había encontrado abandonado en las montañas y lo había criado. Lim no sabía quiénes eran los verdaderos padres de Bellin. Este ni siquiera se parecía a la mayoría de la gente que vivía en la región. No tenía otra pista sobre su pasado que un trozo de tela con un símbolo bordado. Era un pedazo de la manta en que estaba envuelto cuando el viejo Lim había topado con él. También había un amuleto de oro, pero Lim lo había vendido para comprarle ropa y comida a Bellin.

De vez en cuando el chico se preguntaba de dónde venía e incluso acariciaba la idea de emprender un viaje emocionante en busca de sus padres. Pero le gustaba vivir allí. No tenía que trabajar duro, solo cuidar a las gabras y recoger su lana cuando pelechaban. Cuando el viejo Lim se muriera, la seguridad de esas gabras pasaría a ser responsabilidad suya. No podía abandonarlas a su suerte.

Bellin suspiró, preguntándose qué haría a continuación. El viejo Lim le había enseñado a elaborar las imágenes de luz. Ayudaban a mantener alejados a los depredadores, así como a mantener despierto a Bellin.

Las imágenes no eran la única habilidad mágica que el anciano había enseñado a Bellin. Si algún fanrin o leramer era lo bastante audaz o estaba lo bastante desesperado para acercarse a las gabras, los ahuyentaba con bolas de fuego diminutas.

—Tenéis suerte de que yo esté aquí —les dijo Bellin a las gabras. Al oírlo, varias de las que dormían despertaron con un respingo, lo que resultaba extraño, pues estaban acostumbradas a su voz—. El viejo Lim apenas les provoca pinchazos, pero yo podría matar a uno si quisiera —dijo con voz tranquilizadora, con la esperanza de apaciguarlas—. Podría...

Hizo una pausa y frunció el ceño. Notaba una sensación rara en la espalda. La pared de roca contra la que estaba recostado había comenzado a vibrar.

Al inclinarse hacia delante, se percató de que sentía la misma vibración

bajo las nalgas y los pies. Las gabras se enderezaron, con sus orejas estrechas temblando de miedo.

Lentamente, Bellin se puso de pie, se volvió y apoyó las manos en la pared de roca. La vibración parecía más intensa. Algo ligero le cayó en la cabeza. Soltando un chillido de sorpresa, él alzó la vista. Llovían trocitos de piedra y tierra. Bellin se apresuró a apartarse.

Cuando se encontraba a varios pasos de distancia, divisó en lo alto de la pared una grieta que se ensanchaba. Se quedó mirándola y poco a poco se dio cuenta de que la roca no se estaba partiendo, sino que la tierra que se había acumulado en la grieta se estaba desprendiendo. Se derramaba formando en el suelo un montículo creciente justo en el lugar donde él había estado sentado.

La vibración bajo sus pies era cada vez más fuerte. De pronto Bellin oyó y notó que el aire se estremecía. Una nube de polvo y piedras brotó de la grieta. Él se agachó, intentando protegerse la cabeza con los brazos mientras los detritos se esparcían en torno a él.

El ruido cesó y empezó a sonar un silbido. Al levantar la mirada, Bellin vio que las hierbas que crecían en lo alto de la pared de roca estaban inclinadas hacia la grieta. Al parecer, ahora entraba aire a raudales por la fisura.

El suelo había dejado de vibrar. Él echó un vistazo hacia atrás y se le heló la sangre.

Las gabras habían desaparecido.

Olvidándose del inquietante comportamiento de la montaña y del extraño siseo del aire succionado por la grieta, creó un globo de luz y comenzó a buscar las huellas de sus queridas gabras.

Leiard se volvió hacia Jayim y sintió una punzada de culpabilidad y compasión. El muchacho estaba pálido y claramente incómodo. Los aremes no eran animales agradables de montar, y menos aún sin silla. Libres del arnés que los sujetaba al tarne y espoleados para que anduvieran más deprisa, avanzaban a un trote que podían mantener durante horas, pero que sometía a

los jinetes a molestas sacudidas.

Sin embargo, no había alternativa. Juran les había ordenado que se marcharan de inmediato y se había quedado en el campamento para asegurarse de que lo hicieran. Habían recogido sus bolsas y algo de comida, pero era evidente que la paciencia de Juran se agotaría antes de que pudieran desmontar la tienda, cargar el tarne y poner los arneses a los aremes.

Leiard volvió a sentirse culpable. Arlij había comprado los aremes. Había adquirido varios de repuesto para que si uno de ellos enfermaba o quedaba cojo, ella no se viera obligada a abandonar el tarne.

Leiard no había tenido tiempo de verla, o de dejarle siquiera una nota para explicarle su marcha repentina. Sin duda los centinelas del campamento de tejedores habían visto llegar a Juran y seguramente también lo habían visto irse poco después que Leiard y Jayim. Arlij se imaginaría lo que había sucedido. Se preocuparía. «Yo también estoy preocupado —reconoció él para sus adentros—. ¿Qué implicará esto para los demás tejedores de sueños? ¿Estarán a salvo? De una cosa estoy seguro —pensó—. Juran no querrá que el mundo sepa que una Blanca se acostaba con un tejedor, así que lo mantendrá en secreto».

A Leiard le sorprendió que Juran solo tomara represalias contra él. Había temido que expulsara a todos los tejedores de sueños, aunque solo fuera para encubrir que el objeto de su ira era un solo hombre. Tal vez el líder de los Blancos era consciente de que necesitaría a los tejedores después de la batalla. El ejército era enorme. Aunque se suponía que los circulianos debían rechazar las dotes de sanación de los tejedores, rara vez lo hacían cuando estaban desesperados. Habría tantos soldados heridos después de la lucha que los sacerdotes sanadores no darían abasto.

«Jayim se perderá una gran oportunidad para profundizar en su aprendizaje», pensó. Miró al muchacho y el sentimiento de culpa lo asaltó de nuevo. La furia de Juran había aterrado a Jayim. Leiard sabía que el chico era perfectamente consciente de que el hombre que había ido a lidiar con su maestro era el mismo que había matado a Mirar. Jayim se había mostrado visiblemente aliviado cuando Juran les había ordenado que se marcharan.

«Cuando se le pase el miedo, se enfadará —se dijo Leiard—. Preguntará

qué derecho tiene Juran a echarnos cuando mi único delito es querer a Auraya».

«Te culpará a ti —añadió una voz conocida—. Se preguntará por qué te metiste en esta situación para empezar. Querrá saber por qué no saliste de ella en el momento en que te diste cuenta de las consecuencias que tendría. Cuando quede claro que planeas seguir viendo a Auraya, se cuestionará si te importa tu gente lo más mínimo».

«Mirar —pensó Leiard, cansado—, deberías estar contento por este giro de los acontecimientos».

«¿Contento? Qué va. Es lo que temía que pasara. ¿De verdad crees que Juran se conformará con tu expulsión? Le has recordado lo que más detesta de los tejedores de sueños: nuestra influencia sobre la gente. Nuestras habilidades. Yo era conocido como un gran seductor. Tú te convertirás en mí a sus ojos. Si continúas con tus amoríos, se enterará. Encontrará otras maneras de castigarte, haciendo daño a los nuestros».

Leiard sintió un escalofrío.

«No. Auraya no lo permitirá».

«Él es su líder; ella, una servidora de los dioses. Si ellos la conminan a obedecerlo, lo hará».

«Hará todo lo posible por evitar que los tejedores de sueños resulten perjudicados».

«¿Todo lo posible? ¿Abandonará a los Blancos? ¿Renunciará al poder y la inmortalidad? ¿Se rebelará contra los dioses que ama? Sabes que nunca los desobedecería».

Leiard sacudió la cabeza, aunque sabía que esto último era cierto. La atmósfera estaba cargada y fría, y él no se sorprendió cuando empezó a llover. Dejó que las gotas cayeran sobre él, y al poco rato tenía la ropa empapada.

Avistó unas luces a lo lejos. Hizo que su arem se detuviera y las observó fijamente. Llevaba horas siguiendo el camino. El ejército había quedado muy atrás. ¿Quiénes eran esas personas? ¿Había cambiado Juran de idea? ¿Estaban esperándolo unos sacerdotes para apresarlos?

Mientras miraba las luces, oyó el sonido de unos cascos que se

aproximaban a galope por delante. Cuando el jinete se encontraba cerca, Leiard abrió la mano y creó un resplandor pequeño. El desconocido llevaba uniforme de alto oficial del ejército de Toren. El hombre le dedicó una sonrisa al pasar. Su satisfacción teñida de suficiencia atacó los sentidos de Leiard como un aroma embriagador.

El tejedor comprendió entonces que las luces eran las de un burdel ambulante. Con un suspiro de alivio, picó a su arem para que reanudara el trote.

«Auraya te quiere —susurró Mirar—. Y tú la quieres a ella».

Leiard arrugó el entrecejo, extrañado ante este cambio de táctica.

«Dices que renunciará a lo que haga falta para proteger a nuestro pueblo. No te creo, pero si es verdad, pregúntate una cosa: ¿deberías pedirselo? ¿Deberías pedirle que se desprenda de lo que tiene?»

El camino comenzó a descender. Leiard sintió que sus ánimos se hundían también.

«Tal vez no sea necesario llegar a eso».

«Lo será. Conozco a Juran. Le exigirá que tome una decisión. ¿Te crees lo bastante bueno para ocupar el lugar de las deidades que tanto venera? ¿Puedes ofrecerle lo mismo que ellas?»

Leiard meneó la cabeza.

«¿Quieres verla envejecer y morir sabiendo que la culpa es tuya?»

Cada palabra de Mirar hería a Leiard como una cuchillada.

«El amor es emocionante, sobre todo el prohibido, pero la pasión se apaga, cede el paso a la familiaridad, que cede el paso a su vez al aburrimiento. Cuando la chispa de la emoción se haya extinguido entre vosotros, ¿crees que al recordar lo que era, lo que habría podido llegar a ser, no deseará no haberte conocido?»

Leiard notó un nudo en la garganta. Quería alegar que las cosas no serían así, pero no estaba tan seguro.

«Si la quieres —insistió Mirar—, libérala. Por su propio bien. Deja que siga adelante con su vida, libre para enamorarse de nuevo, una y otra vez».

«¿Y si no quiere ser libre?»

«Debes convencerla. Dile que no quieres volver a verla».

«No me creerá. ¿Has olvidado que puede leerme la mente?»

Mirar guardó silencio un momento. Las luces que había delante brillaban ahora con más fuerza.

«Entonces deja que se lo diga yo».

Leiard se estremeció. Estaba aterido de frío, y sabía que no era solo por la lluvia que le había calado la ropa.

«Es probable que te localice esta noche. Solo me quedaré durante el tiempo necesario para convencerla de que te deje».

Estaba harto. Harto del riesgo y de la clandestinidad. Alzó la vista hacia el cielo oscuro y sintió las agujas de la lluvia en la cara.

«Lo siento, Auraya —pensó—. Nuestra historia no puede tener un final feliz. Mirar está en lo cierto: cuanto más alargemos esto, peor acabará todo».

Respiró hondo y pronunció una invocación.

—Mirar.

Cuando los primeros rayos del alba iluminaron el sol del este, las esperanzas de Auraya se debilitaron. Había volado en todas direcciones desde el campamento de los tejedores, hasta la distancia que un jinete podía recorrer en un día. Había regresado a las llanuras Doradas. Había vagado por las estribaciones de las montañas. Había seguido el camino casi hasta llegar al paso.

No había encontrado el menor rastro de Leiard.

Mientras volaba, había mantenido los sentidos atentos a pensamientos humanos. Aunque había percibido mentes de soldados y aldeanos, pastores y prostitutas, no había captado ni un atisbo de la mente de Leiard. Era como si hubiera desaparecido.

«Como los pentadrianos», pensó ella con ironía.

Ahora permanecía inmóvil en el aire a gran altura, preguntándose qué hacer a continuación.

«Tal vez he pasado algo por alto. Podría regresar al campamento de los tejedores y comenzar de nuevo. Esta vez volaré en círculos concéntricos,

apartándome del centro a un ritmo constante...»

Antes de concluir este pensamiento, ya estaba surcando el cielo a toda velocidad. Cuando llegó al lugar donde habían acampado los tejedores de sueños, estos ya se habían ido. Los divisó en la lejanía, avanzando por un sendero angosto y lleno de maleza.

Los seguía una figura solitaria. Ella percibió cansancio y una personalidad conocida.

«Jayim».

El muchacho llegó al final de una subida y tiró de las riendas de su arem. Al avistar a los tejedores, mucho más adelante, lo recorrió una oleada de alivio, seguida de un sentimiento de culpa y de incertidumbre. Dirigió la mirada por encima del hombro, hacia el sudeste.

«No debería haberlo dejado..., pero se negaba a escucharme. Su forma de hablar... Algo va mal. Tengo que conseguir ayuda».

Espoleó a su arem, pensando que si se reunía pronto con los tejedores, Arlij podría regresar al campamento del burdel antes de que Leiard se marchara. Desterró de su cabeza todo pensamiento que no fuera el de alcanzarlos. Auraya lo observó alejarse, luchando contra un desaliento creciente.

¿El campamento del burdel?

Ella había sobrevolado más de uno. La presencia de prostitutas era inevitable en las inmediaciones de un ejército numeroso que atravesaba el país. Ella tenía opiniones encontradas al respecto. Aunque entendía que acostarse con una ramera le levantara la moral a un soldado, la propagación de enfermedades era una posibilidad preocupante. Tampoco le gustaba que algunos hombres considerasen que al encamarse con una buscona durante una guerra no estaban engañando a sus esposas.

Por eso ella no exploraba muy a fondo las mentes en aquellos campamentos, lo que probablemente los convertía en sitios ideales para ocultarse de ella. ¿Significaba eso que Leiard la rehuía?

«No. Rehúye a Juran».

Puso rumbo hacia el más cercano de los campamentos que recordaba haber visto la noche anterior. Mientras volaba, pugnó por apartar su mente de

las posibilidades desagradables. «Confío en él. Ha ido allí para esconderse de Juran, no de mí».

No estaba en el primer campamento, ni en los dos siguientes. Al recordar la dirección en que había mirado Jayim, viró más hacia el sudeste. A medio día de marcha de donde se encontraba el ejército, localizó otro. Al escrutar las mentes de las personas que tenía debajo, captó una imagen de Leiard, evocada por una prostituta.

Y quedó horrorizada ante el pensamiento que la acompañaba.

«... esas nalgas. Y eso que anoche me pareció un enclenque. De enclenque, nada. Si de mí dependiera, pasaría la noche con él gratis. Quién iba a imaginar que un tejedor de sueños podía ser tan bueno en...»

Auraya retiró su mente de golpe. Flotando por encima del burdel, se quedó contemplando las tiendas de campaña con incredulidad.

«Debo de haberme equivocado. La chica debía de estar pensando en otro tejedor. Uno que se parece a Leiard».

Se concentró de nuevo en los pensamientos de las personas del campamento. Esta vez examinó superficialmente las mentes femeninas, buscando una masculina. Cuando encontró a Leiard, tardó un momento en reconocerlo.

Sus pensamientos no eran los de un hombre apartado de su amor por la fuerza, sino los de un hombre que disfrutaba de una libertad imprevista.

«No es que Auraya no me parezca atractiva, inteligente o buena persona —se decía él—. Es solo que no vale la pena pasar tantas molestias por ella. Es mejor que nos hayamos escabullido sin dar explicaciones».

El afecto y el respeto que ella había visto siempre en su mente brillaban por su ausencia. No quedaba el menor rescoldo de cariño en su interior. Simplemente la recordaba con un ligero pesar.

Ella soltó un grito ahogado y retrocedió, pero nada mitigaba el dolor desgarrador que la embargaba. «De modo que esto es lo que se siente cuando te rompen el corazón —pensó—. Es como si alguien me hubiera apuñalado y retorciera el cuchillo en la herida. No, como si me hubieran sacado las tripas y me hubieran dejado agonizante».

Las lágrimas asomaron a sus ojos, pero luchó por contenerlas. Él la había

querido; no le cabía duda de ello. Pero ya no. Unas pocas palabras de Juran habían bastado para matar su amor.

«¿Cómo es posible? ¿Cómo puede algo tan intenso morir tan fácilmente? No lo entiendo». Deseaba indagar más, buscar una explicación, pero le faltaron fuerzas. En vez de ello, empezó a ascender despacio. Captó de nuevo los pensamientos de la ramera. Leiard acababa de afeitarse la barba por completo. A la chica le parecía mucho más apuesto y juvenil así. Se lo dijo y añadió que estaría encantada de recibirlo en su tienda siempre que quisiera. ¿Regresaría esa noche? No. A lo mejor si algún día visitaba Porin...

Unas figuras salieron de las tiendas de abajo. Auraya se elevó más, consciente de que si alguien miraba hacia arriba podía descubrirla. Continuó subiendo hasta que el campamento se redujo a una mota en el paisaje. Cuando atravesó las nubes, el mundo desapareció tras un manto blanco, húmedo y frío.

41

Emerahl levantó la colgadura del tarne, ya arreglada, y echó una ojeada al exterior. Según el cliente al que había atendido la noche anterior, el ejército solo les llevaba unas horas de ventaja. Él había sacudido la cabeza cuando Emerahl había expresado su esperanza de alcanzarlo. Le aseguró que las tropas avanzaban deprisa y llegarían al paso antes que ellas. De todos modos, estarían más a salvo si se mantenían alejadas. Solo los dioses sabían qué peligros acechaban en las montañas.

Acto seguido, él se había puesto a consolarla y tranquilizarla. Ella se había percatado de que era la clase de hombre que tenía que estar con una mujer débil para sentirse fuerte y viril. Lo incomodaban las mujeres que sabían valerse por sí mismas, así que para desembarazarse de él por la mañana, a ella le bastó con pasearse por su tienda con aire decidido y haciendo comentarios inteligentes. Compadecía a la esposa del tipo. Los hombres que necesitaban a su lado a mujeres delicadas y tontas podían ponerse muy desagradables cuando sentían que se alteraba el orden natural de las cosas.

—¿Qué ves, Jade?

Ella se volvió hacia Estrella y se encogió de hombros.

—Piedras. Y hierba. Y más piedras. Ah, mira, ahí hay más hierba — añadió con sequedad.

Las chicas sonrieron. La noche anterior, Rozea había declarado que

Estrella se había recuperado lo suficiente para viajar con las demás, aunque Emerahl estaba segura de que el motivo principal de su decisión era que no quería soportar un día más de parloteo incesante. La hechicera había insistido en viajar con Estrella por si se resentía su salud tras pasar horas sentada en vez de tumbada. Esto le brindó la oportunidad de hablar con Marca y Marea.

Todas las chicas parecían haberle perdonado que Rozea la hubiera nombrado la favorita. Tal vez habían comprendido que su rencor era absurdo, pero Emerahl lo dudaba. Sospechaba que si la aceptaban de nuevo era porque había sanado a Estrella.

—He pasado una noche de lo más increíble —dijo Caridad.

Marca, Marea y Ave soltaron un gruñido.

—¿Otra vez la misma historia? —se lamentó Marca.

Caridad señaló a Estrella.

—Ella no la ha oído aún.

—Cuéntasela, pues —suspiró Marca.

Caridad se inclinó hacia Estrella con los ojos brillantes.

—Anoche fue a verme un tejedor de sueños. Era tarde, y pocas chicas lo vieron. No estaba nada mal, así que me alegró que me escogiera a mí. —Hizo una pausa sonriendo de oreja a oreja—. Si todos los tejedores fueran así en la cama, no me importaría acostarme con ellos.

Estrella arqueó las cejas.

—¿Tan bueno era?

—Oh, no me creerías si te contara.

Estrella sonrió.

—Cuéntamelo de todos modos.

Intrigada, Emerahl exploró la mente de Caridad en busca de algún indicio de que mentía. No detectó más que añoranza, gratitud y, sobre todo, autosuficiencia.

Era poco habitual, aunque no del todo insólito, que un cliente hiciera algo más que un esfuerzo simbólico por dar placer a una prostituta como agradecimiento. Mientras Caridad hablaba, Emerahl sintió una punzada de tristeza. El relato de la chica le recordó las noches deliciosas que ella había vivido, mucho tiempo atrás, con un tejedor de sueños. El tejedor de sueños.

Ella sonrió al imaginar qué dirían sus compañeras si les hablara de aquella relación.

—Cuando quiera colarse en mi tienda, pasaré con él la noche gratis —aseveró Caridad.

—No la llaman Caridad por nada —comentó Marca con cara de exasperación.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Estrella.

—Era alto. Delgado. Al principio me pareció un poco enclenque. Tenía el cabello rubio muy claro, casi blanco. Llevaba barba, pero se ha afeitado esa mañana. Estaba mucho más guapo sin ella, por cierto.

Emerahl desvió su mente de la cháchara de las chicas. El recuerdo de Mirar la había llevado a pensar en sus planes para encontrar a quien proyectaba el sueño de la torre. Parecía un capricho extravagante, eso de buscar a un soñador por pura curiosidad. Pero ¿en qué otra cosa podía distraerse? En cien años, Ithania del Norte se había llenado de sacerdotes. Eso restringía mucho sus movimientos.

Cada vez estaba más convencida de que el soñador se encontraba al otro lado de las montañas. Cuanto más se acercaba a la cordillera, más intenso y vívido se tornaba el sueño. Si eso significaba que esa persona estaba entre los pentadrianos, mala suerte.

—Tenías razón sobre los compartimentos secretos —le susurró Marea al oído, sobresaltándola.

Se volvió hacia la joven.

—¿Compartimentos?

—Debajo de los asientos —dijo Marea dando unos golpecitos con el talón en la parte inferior del banco—. Vi que Rozea guardaba algo aquí hace una semana más o menos. Lo hace por la mañana, cuando todas estamos dormidas. Me desperté y la espíe a través de un agujero en nuestra tienda.

Emerahl sonrió.

—Vaya, pero qué chica tan lista.

Marea esbozó una gran sonrisa.

—Aunque no soy tan idiota como para coger nada.

—No, eso sería poco prudente —convino Emerahl.

«Poco prudente para alguien que tuviera que seguir en el burdel o que no fuera capaz de buscarse la vida por su cuenta», corrigió para sus adentros. Faltaban unos pocos días para que los circulianos se enfrentaran con los pentadrianos. Podría esperar a ver qué ocurría y, cuando llegara el momento oportuno, coger su dinero y encaminarse hacia el paso.

Entonces dejaría atrás la prostitución, a los sacerdotes y a Ithania del Norte.

Cuando el último puntal se colocó en su sitio, Tryss se enderezó y echó un último vistazo crítico a la enramada.

—Ha quedado bien —aseguró Drili. Se levantó de su postura acuclillada y le pasó a Tryss una pata de gabra asada—. Bueno, ¿cómo son los nuevos soldados?

Él la miró, atónito. Olvidaba con facilidad que la información no siempre llegaba a oídos de todos. Los dos estaban volando juntos cuando avistaron a los soldados que bajaban en formación desde el paso. Sirri le había dicho que regresara para informar a los Blancos, y aunque él había vuelto hacía horas, acababa de reencontrarse con Drili.

—Son dunwayanos —le explicó—. Viven al otro lado de las montañas, pero más al norte. Los hombres que han bajado a entrevistarse con nosotros son estrategas de guerra y sacerdotes. El grueso de su ejército está en el paso, esperando a que nos unamos a ellos.

Ella asintió, masticando despacio, con expresión pensativa.

—¿Has visto a Auraya?

Él negó con la cabeza.

—Según Rapsoda, se pasa casi todo el día practicando técnicas de lucha mágica con Dyara.

—Pero nos dedica un rato todos los días. Nadie la ha visto por ninguna parte desde ayer.

Tryss dio un mordisco a su pata de gabra. Era curioso, pero no sorprendente, que la información sobre los dunwayanos no se hubiera difundido rápidamente entre los siyís, y que en cambio estuvieran pendientes

de todos los movimientos de Auraya.

—Seguro que está ocupada en algo importante. Tal vez esta noche averigüe de qué se trata.

Drili emitió un leve quejido.

—¿Otra junta de guerra? ¿Alguna vez podré tenerte solo para mí durante una noche entera... sin que te pases todo el rato dormido?

Una gran sonrisa se dibujó en los labios de Tryss.

—Pronto.

—Siempre dices lo mismo.

—Creía que estabas cansada.

—Sí, lo estoy. —Suspiró y se puso en cuclillas junto al fuego—. Agotada. Eso me pone de malas. —La luz de la lumbre bañaba su piel en un cálido brillo color naranja que realzaba sus pómulos y la sinuosa esbeltez de su cuerpo.

«Es preciosa —pensó él—. Soy el siyí más afortunado del mundo».

—Mi padre sigue sin dirigirme la palabra —comentó ella con tristeza.

Tryss se situó a su lado y le friccionó los hombros.

—¿Lo has intentado de nuevo?

—Sí. Sé que es demasiado pronto, pero no puedo dejar de intentarlo. Ojalá mi madre estuviera aquí. Ella hablaría conmigo.

—Tal vez no. Y entonces te sentirías el doble de mal.

—No —discrepó ella con convicción—. Estoy segura de que ella hablaría conmigo. Sabe que hay cosas más importantes que... que...

—¿Qué cosas? —preguntó él con aire ausente.

—Pues... cosas. Aquí llega Sirri.

Al volverse, él vio que la portavoz Sirri se posaba en una peña que se alzaba al lado de su campamento y sonreía.

—Hola, Drili. Eso huele de maravilla.

Drili irguió la cabeza.

—Hola, Sirri. Ya vuelves a saltarte comidas, ¿verdad?

Sirri soltó una carcajada.

—He tomado un bocado antes.

—Ten. —Drili se levantó y le arrojó algo a Sirri. La portavoz lo atrapó en

el aire con agilidad.

—Pastel de especias. Gracias.

—Los prepara muy picantes —le advirtió Tryss.

Sirri mordió el trozo de pastel, masticó e hizo un gesto de dolor.

—Ya lo creo. Bueno, será mejor que nos vayamos o la reunión empezará sin nosotros.

Tryss asintió. Se puso de pie mientras Sirri se elevaba de un salto, pero se quedó inmóvil cuando notó que Drili lo abrazaba por la cintura. Se volvió hacia ella. Ella le dio un beso ardiente y prolongado, y él se apartó de mala gana.

—Pronto —le prometió.

—Vete, entonces. —Ella le dio una palmadita en el trasero—. Antes de que ella regrese a buscarte.

Con una gran sonrisa, él dio media vuelta y alzó el vuelo.

Habían acampado en un pequeño saliente desde el que se dominaba la carretera. Casi todos los siyís habían montado sus enramadas sobre crestas y rocas, mientras que el único espacio accesible para los pisatierra donde podían instalar su campamento era el propio camino. Desde el aire, las numerosas lámparas y hogueras de los pisatierra parecían larvas de lumbriz gigantes y ondulantes.

Tryss divisó a Sirri y agitó las alas con fuerza para alcanzarla. Ella volvió la vista hacia él mientras se acercaba.

—¿Cómo marchan tus reuniones con Rapsoda?

—Estoy aprendiendo más deprisa que él. Tiene una desventaja muy grande, ¿sabes? Nuestro lenguaje hablado es similar al suyo, pero nuestras palabras silbadas son una novedad para él.

—¿Cuánto te falta para poder entender a los pisatierra?

Él movió la cabeza.

—Mucho. Reconozco algunas palabras sueltas. Eso al menos me da una idea de sobre qué hablan.

—Esa capacidad puede resultar útil.

La tienda de campaña blanca apareció tras una curva de la carretera. Ambos descendieron hacia ella. La multitud que solía aguardar fuera no

estaba allí. Cuando aterrizaron, oyeron unas voces procedentes del interior.

—Bueno, más vale tarde que nunca —murmuró Sirri.

Echó a andar con grandes zancadas y él la siguió. La discusión se interrumpió cuando ellos entraron.

—Os ruego que perdonéis nuestro retraso —dijo Sirri.

—No te disculpes —replicó Juran—. Aún no habíamos pasado de las presentaciones. —Señaló a los cuatro dunwayanos que Tryss había visto hacía solo un rato. Aunque de baja estatura para ser pisatierra, sus músculos abultados denotaban una fuerza extraordinaria, y los tatuajes de sus rostros les conferían un aspecto aún más fiero. Cuando Juran los presentó, Tryss no pudo evitar pensar que era una suerte que Dunway y Si no fuesen países vecinos. Si aquella gente decidía un día extender sus dominios, él dudaba que los dardos envenenados y las flechas bastaran para detenerlos.

Una vez concluyeron las presentaciones, Sirri se dirigió hacia su silla habitual. Tryss ocupó su lugar junto a ella y paseó la mirada por la sala. Todos los Blancos se hallaban presentes excepto Auraya. Cuando Juran comenzó a hablar en una lengua pisatierra, Dyara se situó entre las sillas de Tryss y Sirri y se puso a traducir en voz baja.

—Mil, talmo de Larrik, nos informa de que las fuerzas dunwayanas se han instalado en el paso, en un lugar apropiado para su defensa —dijo Juran—. Han tendido cientos de trampas a lo largo del camino para frenar el avance del enemigo y debilitarlo. Los exploradores nos han comunicado que los pentadrianos aún no han llegado a las primeras. Al parecer, el enemigo se ha atrasado mucho. —Juran hizo una pausa—. Más de lo que cabía prever. —Se volvió hacia Mil—. ¿Alguna noticia?

Mil miró a un sacerdote que estaba de pie cerca de él y que claramente pertenecía a la misma raza. El hombre sacudió la cabeza.

—Nuestros exploradores no han visto el menor rastro de ellos.

—Tampoco han avistado el ejército en zonas que indiquen que se ha desviado hacia el norte —añadió Mil.

¿Hacia el norte? Tryss arrugó el entrecejo y de pronto comprendió. Los dunwayanos temían que los pentadrianos torcieran hacia el norte para atacarlos. Después de todo, sus tropas aguardaban en el paso y no en su país,

preparadas para defenderlo.

—No hay señales del ejército por ninguna parte —agregó el sacerdote—. Los siyís han sido los últimos en verlos.

Los presentes callaron, muchos de ellos con el ceño fruncido.

—No puede ser que continúen en las minas —dijo Guire.

—Tal vez estén esperando a que ocurra algo —murmuró el líder somreyano—. Pero ¿qué? —Posó los ojos en Juran—. ¿Estáis seguros de que no pueden estar excavando un túnel a través de las montañas?

Juran asintió, sonriendo.

—Totalmente seguro.

Mil hizo un gesto afirmativo.

—Me preocupa más que los pentadrianos estén siguiendo una ruta distinta por encima de las montañas.

—¿Existe? —inquirió Juran juntando las cejas.

—No hay camino —respondió Mil—. Sin embargo, las montañas están llenas de senderos de gabras. Cruzar al otro lado por esos senderos sería lento y difícil, pero no imposible.

—Tenemos que averiguar qué están haciendo —dijo Juran con firmeza—. Si los pentadrianos llegan a las llanuras mientras nosotros estamos en el paso, acabaremos persiguiéndolos por todo Hania y más allá.

—Si están cruzando las montañas, mi gente los encontrará —aseveró Sirri.

Juran se volvió hacia ella.

—Eso sería peligroso..., más peligroso que antes.

Ella se encogió de hombros.

—Ahora sabemos lo de los pájaros negros. Tendremos cuidado. Pediré voluntarios..., y esta vez irán armados.

Tras vacilar unos instantes, Juran asintió.

—Gracias.

Sirri sonrió.

—Partirán al alba. ¿Queréis que uno de ellos lleve un anillo de conexión?

Juran intercambió una mirada fugaz con Dyara.

—Sí. Se le proporcionará uno al líder de vuestros voluntarios antes de su

partida. —Guardó silencio un momento y miró alrededor—. ¿Hay alguna otra cuestión que discutir?

A Tryss le dio la impresión de que el asunto se había despachado con demasiada rapidez, pero tal vez eran imaginaciones suyas. Observó con detenimiento a los cuatro Blancos, sobre todo a Mairae y Rian. Rian parecía... en fin, descontento. De cuando en cuando dirigía la vista hacia el exterior de la tienda y ponía mala cara. No era una expresión de enfado, pero resultaba evidente que algo lo irritaba. O tal vez estaba decepcionado.

Había notado antes que Mairae era más propensa a dejar traslucir sus sentimientos. Mientras Tryss la contemplaba, adoptó una mirada distante y se le formó una arruga en la frente. Él se mordisqueó el labio. Tal vez solo estaban nerviosos por la batalla que se avecinaba y por la aparente desaparición del ejército pentadriano. Sin embargo, la ausencia de Auraya lo intrigaba. Era extraño que nadie hubiera mencionado algo acerca de su paradero.

De repente, la respuesta le vino a la cabeza.

«¡Claro! ¡Auraya no está aquí porque ya ha salido en busca del ejército pentadriano!» Mairae estaba preocupada por ella. Rian se sentía molesto porque... tal vez porque deseaba haber ido en lugar de ella. O quizá porque lo consideraba demasiado peligroso.

Fuera cual fuese el motivo, tenía sentido que ella se hubiera ido por esa razón. No obstante, su satisfacción por haber llegado a esa conclusión se desvaneció enseguida cuando tomó conciencia del riesgo que ella estaba corriendo. Si topaba con los hechiceros pentadrianos, tendría que enfrentarse sola contra ellos. ¿Y si la mataban? ¿Qué sería de los siyís sin ella? Ningún otro pisatierra los comprendía tan bien.

«Ve con cuidado, Auraya —pensó—. Te necesitamos».

42

El sirviente que estaba desmontando la tienda de Auraya desató una por una las cuerdas de las esquinas. Cuando la estructura se combó y cayó al suelo, Danyin exhaló un profundo suspiro.

«Lleva dos días fuera —pensó—. La culpa es mía. —Movié la cabeza para intentar librarse del pesimismo que se había apoderado de él—. Eso no lo sé con certeza. Tal vez haya una buena razón para su desaparición».

Sin embargo, lo dudaba. Los Blancos se comportaban como si la ausencia de Auraya no tuviera nada de extraño. No habían dado ninguna explicación al respecto, y si alguien abrigaba sospechas, no se había atrevido a expresarlas. Por otro lado, Danyin conocía lo bastante bien a los Blancos para identificar los pequeños gestos que delataban inquietud y rabia.

Por eso había estado intentando hablar con ellos. Danyin había decidido que lo más prudente era no abordar a Juran, pues el líder de los Blancos era quien mostraba señales de rabia cuando alguien mencionaba a Auraya. La respuesta de Dyara a sus preguntas había sido buscarle algo que hacer. Rian simplemente se había encogido de hombros y había dicho que no era un momento oportuno para hablar del asunto.

¿Y Mairae? Estaba rehuendo a Danyin. Para tratarse de alguien cuyo deber era estar disponible mientras los otros Blancos estuvieran ocupados, se le daba asombrosamente bien evitarlo.

El consejero bajó la vista hacia la jaula que tenía a su lado. Ni siquiera

Travesuras parecía tener ganas de hablar. Había entrado en su jaula sin rechistar, como si esperara que al portarse bien conseguiría que su dueña regresara.

¿O quizá su secuestro lo había asustado tanto que ya no quería deambular por el campamento? Danyin sintió una punzada de compasión por el viz. Tras la marcha de Auraya, Travesuras se había hecho un ovillo en las rodillas de Danyin. En lugar de dormir, se había pasado horas allí acurrucado, mirando en torno a sí y sobresaltándose ante el menor ruido.

—¿Eres capaz de guardar un secreto?

Danyin pegó un brinco al oír aquella voz suave y familiar detrás de sí. Al reconocerla, se volvió y se llevó una sorpresa al ver a Mairae. Estaba más seria de lo que jamás la había visto.

—¿Me habría contratado Dyara si no lo fuera? —contestó él.

Ella se acercó y bajó la mirada hacia Travesuras.

—Fue un poco cruel ordenar que se lo llevaran, pero no teníamos tiempo para pensar otra solución —murmuró. Lo miró a los ojos—. Solo puedo alegar que la idea no fue mía.

Danyin clavó la vista en ella.

—¿Travesuras? De modo que se trataba de una distracción, ¿no? Para mantenerme apartado de la junta de guerra.

Ella se encogió de hombros con ademán evasivo. «O tal vez mi suposición no es del todo correcta».

—Y también de Auraya. Era para mantenerme apartado de Auraya.

Ella bajó la barbilla ligeramente en un sutil gesto de asentimiento.

«¿Por qué? —Danyin tenía sus conjeturas al respecto, pero se obligó a barajar otros motivos—. O querían ocultarme algo, o evitar que yo le dijera algo a Auraya. Si lo que pretendían era ocultarme algo, no tenían por qué recurrir al engaño. Bastaba con que me pidieran que abandonara la junta de guerra. No había necesidad de raptar a Travesuras.

»O sea que es más probable que su intención fuera impedir que yo comunicara algo a Auraya. O que Auraya me leyera la mente. Lo que ocupaba mi pensamiento en aquel momento era la teoría de Mairae de que Auraya tenía un amante».

Respiró hondo.

—¿De modo que es cierto? ¿Eran acertadas mis sospechas?

Mirae esbozó una sonrisa torcida.

—Creía que, en tu opinión, eran solo amigos.

—¿O sea que no lo eran?

La sonrisa se esfumó.

—No. Debes jurar que no se lo dirás a nadie.

—Lo juro.

«Mirae y Leiard. ¿Cómo pude no darme cuenta? ¿Tan ansioso estaba por creerla infalible que no veía lo que no quería ver?»

Mirae apartó la vista y suspiró.

—Siento lástima por ella. No se puede obligar al corazón a ser sensato. Toma sus decisiones a su manera. Juran lo expulsó. Supongo que Mirae tardará un tiempo en perdonar a nuestro líder.

—¿Dónde está ella?

Mirae posó los ojos en él.

—No lo sabemos. Se niega a responder a nuestras llamadas. Creo que no está muy lejos. Volverá cuando empiecen los combates, tal vez incluso antes.

—Por supuesto —convino él. Por alguna razón, se sintió mejor al decirlo en voz alta. Ella volvería. Quizá en el último momento, quizá llena de recriminaciones, pero volvería.

Mirae rió entre dientes.

—No te culpes, Danyin Lanza. Si hay algún responsable en todo esto, soy yo, entre otras cosas por incitarte a especular sobre quién era el objeto de las visitas de Mirae. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que separarlos era lo mejor. Tanto para ella como para Ithania del Norte.

Danyin asintió. Aunque ella tenía razón, él no podía evitar sentir una decepción paternal por Mirae. De todos los hombres del mundo, ella no habría podido elegir a un amante más inapropiado. Leiard también habría debido prever las consecuencias de sus amoríos y haberles puesto fin.

Su respeto hacia el tejedor de sueños había disminuido. «Al parecer el amor convierte en necios hasta a los sanadores paganos sabios», pensó con ironía.

Ahora el sirviente estaba cargando en un tarne las últimas piezas de la tienda de campaña de Auraya y sus pertenencias. Cuando el hombre se volvió hacia ellos con expectación, Mairae se apartó de Danyin.

—Me alegro de haber hablado de esto —dijo—. Cuida bien a Travesuras. Está previsto que lleguemos al paso esta noche. Nos vemos en la tienda de la junta de guerra.

Él realizó el signo del círculo y la observó alejarse con aire resuelto. Cuando la perdió de vista, recogió la jaula de Travesuras, indicó a los criados que se unieran a la procesión y echó a andar hacia el tarne de los consejeros.

Auraya caminaba de un lado a otro.

La hierba que pisaba crecía en un saliente rocoso que discurría a lo largo de la vertiente empinada de un valle más o menos paralelo al que seguía la carretera este-oeste en su ruta hacia el paso. Ella se imaginaba que los exploradores de la antigüedad perdían días enteros recorriendo aquel valle con la esperanza de cruzar la cordillera. Sin duda se llevaban un gran chasco cuando topaban con los barrancos escarpados y el terreno impracticable que había al final. Aunque un escalador habría podido atravesar las montañas desde allí, no le habría resultado posible a un viajero corriente, y menos aún a un platén o un tarne.

El lugar de Auraya estaba en el valle contiguo, no en ese.

«¿Por qué no me decido a regresar? Juran no es responsable de la deslealtad de Leiard. Aunque lo fuera, no puedo castigar a toda Ithania del Norte por sus actos».

A pesar de todo, no se hacía el ánimo de reunirse con el ejército. Al principio le había parecido razonable y sensato pasar unas horas a solas. Su mente era una vorágine de rabia, dolor y culpabilidad, y temía que si volvía, desahogaría su ira gritándole a Juran o rompería a llorar desconsoladamente. Antes necesitaba recuperar el control de sí misma.

Esas horas se habían convertido en un día, y el día en tres. Cada vez que creía que había logrado dominar sus emociones y echaba a volar hacia el paso, acababa por dar media vuelta sin poder evitarlo. La primera vez que

había virado en redondo, había sido por vislumbrar a lo lejos a los tejedores; la segunda, por avistar una caravana de prostitutas. La noche anterior, se había echado atrás por la mera idea de encontrarse cara a cara con Juran. Todo aquello despertaba en ella unos sentimientos tan intensos que no estaba segura de poder disimular.

«Alcanzarán el paso esta noche —pensó—. Me reencontraré con ellos allí. Tal vez simplemente esté allí cuando lleguen. Sí, se sentirán tan aliviados por estar al fin en su destino que no me prestarán demasiada atención».

Suspiró y movió la cabeza. «Esto no debería estar pasando. No estaría pasando de no ser por Juran». Quizá debía estarle agradecida, pues gracias a él había descubierto cómo era Leiard en realidad.

«Era como examinar la mente de una persona distinta —pensó moviendo la cabeza—. Creía conocerlo tan bien... Creía que mi don de leer la mente era una garantía de que nadie podía engañarme. Obviamente, me equivocaba».

Siempre había percibido algo misterioso en Leiard. Había supuesto que se trataba de aspectos profundos de su ser que rara vez afloraban. Había atribuido esta diferencia entre la mente de Leiard y las de las personas comunes o los demás tejedores a los recuerdos de conexión que guardaba. Ahora sabía que había algo más. Sabía que él era capaz de ocultarle partes de sí mismo.

Leiard le había dicho que los recuerdos de conexión a veces se manifestaban como una mente distinta en el interior de la suya. Incluso le había confesado que aquella sombra de Mirar no la apreciaba, pero ella nunca había percibido esa otra personalidad. Nunca la había oído hablar.

Tenía que asumir la posibilidad de que no la hubiese oído porque estaba fuera de su alcance. El problema era que si Leiard era capaz de encubrir una faceta de sí mismo, seguramente también era capaz de mentirle. Tal vez aquella otra personalidad en su mente no era más que una explicación que Leiard esperaba que ella creyera si algún día captaba sus sentimientos auténticos.

Soltó un gemido. «¡Esto no me conduce a ningún sitio! Llevo días atormentándome. Si al menos pudiera pensar en otra cosa...»

Miró en torno a sí, examinando el lugar donde se encontraba. El saliente se extendía hacia ambos lados. En algún momento del pasado lejano, la superficie de la pendiente se había desmoronado, dejando la roca desnuda y formando aquel saliente que ascendía desde el fondo del valle hasta las cumbres de las montañas.

Casi todo el saliente estaba oculto bajo árboles y plantas, pero si se desbrozaba y se allanaba el terreno, podía abrirse fácilmente un sendero estrecho.

Quizá era un antiguo camino abandonado. Pero ¿adónde conducía? Llena de curiosidad, Auraya decidió seguirlo. Se abrió paso a través de los árboles y la vegetación que invadían el saliente. Unos cientos de pasos más adelante, la senda llegaba a su fin. La pared de su derecha era un cúmulo de piedras medio oculto tras las hierbas que habían crecido en la tierra que había entre ellas.

Ella giró para volver sobre sus pasos y se quedó paralizada por la sorpresa.

A unos pies de distancia, había una figura luminosa. Alto y fuerte, aunque no de complexión robusta, el hombre era la viva imagen de la virilidad atlética. Su boca perfectamente masculina se curvó en una sonrisa.

Auraya.

—¡Chaia!

Ella se postró en el suelo con el corazón desbocado. «He estado demasiado tiempo ausente. Debería haber regresado antes». De pronto, su autocompasión le pareció ridícula. Egoísta. Se avergonzaba de sí misma. Había descuidado su deber para con los dioses, y la paciencia de estos se había agotado...

Aún no, Auraya, pero es hora de que perdones a tus compañeros Blancos y a ti misma. Levántate y mírame a la cara.

Ella se enderezó, pero mantuvo la vista gacha.

No te avergüences de tus sentimientos. Eres humana, y además joven. Sientes empatía por quienes no son como tú. Es de lo más natural que tu empatía se convierta en amor.

Él se acercó y extendió la mano hacia su rostro. Cuando sus dedos

tocaron la mejilla de Auraya, ella notó un hormigueo, pero no una sensación de presión. Chaia era incorpóreo. Su tacto era el de la magia pura.

Sabemos que no has desamparado a tu pueblo. Sin embargo, no debes permanecer más tiempo aquí sola. Estás en peligro, y no deseo que sufras daño alguno.

Dio un paso hacia Auraya, que alzó la vista hacia él y sintió que la tristeza y la ira la abandonaban, desplazadas por un temor reverente. Chaia sonreía como un padre a un niño, con afecto indulgente. A continuación, se inclinó y rozó los labios de Auraya con los suyos.

Acto seguido, desapareció.

Ella soltó un jadeo y retrocedió dos pasos. «¡Me ha besado! ¡Chaia me ha besado! —Se llevó los dedos a los labios. El recuerdo de aquella sensación era muy vívido—. ¿Qué significa?»

El beso de un dios no podía representar lo mismo que el de un mortal. Se acordó de que él le había sonreído como un padre divertido por alguna travesura de su hija pequeña. Eso es lo que ella debía de parecer a sus ojos: una niña.

«Y los padres no besan a sus hijos cuando están enfadados —se dijo ella—. Dan besos para consolarlos y expresarles su amor. Seguro que esa era su intención».

Sonriente, se acercó al borde del saliente. Había llegado el momento de partir, de volver con el ejército. Invocó magia y se impulsó hacia arriba. El valle empequeñeció bajo sus pies. Comenzó a volar en dirección al paso.

Un rumor sordo atrajo su atención hacia el suelo. Una columna de polvo surgió de las rocas. La hierba, la tierra y las piedras comenzaron a moverse. Las palabras de Chaia resonaron en la mente de Auraya. «Sin embargo, no debes permanecer más tiempo aquí sola. Estás en peligro...»

Si ella se encontraba en peligro, eso significaba que lo que estaba sucediendo abajo constituía una amenaza incluso para una hechicera poderosa. La recorrió una oleada de miedo a la que siguió una curiosidad igual de intensa. Se detuvo en el aire y bajó la mirada. Las rocas rodaban cuesta abajo hacia el valle, levantando una polvareda a su paso. En algún lugar en las entrañas de la tierra, algo (o alguien) estaba a punto de emerger.

Auraya había oído historias de montañas que explotaban, escupían roca fundida y causaban estragos en áreas extensas. Si eso era lo que iba a ocurrir de un momento a otro, seguramente no convenía que ella se quedara flotando justo encima de las rocas que se movían. Debía alejarse volando lo más rápidamente posible.

No obstante, la zona afectada era reducida. Las montañas que la rodeaban no presentaban signos de convulsión. El único lugar donde ocurría algo extraño era aquel donde ella se encontraba hacía unos momentos.

«Chaia no me ha indicado que regrese con el ejército, sino solo que no me quede aquí sola. ¿Estaré a salvo si observo lo que pasa desde el otro lado del valle?»

Voló hasta una formación rocosa situada sobre la otra cresta y miró hacia atrás. Vio que se abría un socavón conforme más piedras se desprendían del suelo.

Le vinieron a la mente las leyendas de monstruos enormes que vivían en cuevas bajo las montañas. Teniendo en cuenta lo exagerados que eran los relatos sobre los siyís, que los describían como seres humanos hermosos con alas de pájaro unidas a la espalda, probablemente esas historias no eran muy veraces. Por otra parte, si una bestia así estaba a punto de aparecer, ella quería verla.

«Pero será mejor que me asegure de que no me vea».

Escudriñó el peñasco en busca de algún escondrijo y se dejó caer en una grieta oscura. Era tan estrecha que Auraya solo cabía de costado, y en ella se respiraba un aire húmedo y frío, pero le permitía permanecer oculta mientras oteaba el valle.

Un estampido devolvió su atención a la vertiente opuesta. Rocas y arena salieron despedidas de la cueva. Hubo unos momentos de silencio y quietud. La vegetación que rodeaba el saliente había quedado arrasada. Las hierbas, los árboles y las enredaderas habían volado por los aires junto con la tierra y las piedras. Lo que quedaba era claramente obra del hombre.

Auraya advirtió que lo que ella había tomado por piedras naturales eran cantos labrados. La vertiente expuesta estaba formada por muros derruidos. Un dintel gigantesco descansaba sobre los bordes de un enorme agujero. Ella

alcanzó a ver unas figuras sencillas talladas en él: un pico y una pala.

Era la entrada de una mina.

El estómago le dio un vuelco cuando recordó que en la junta de guerra se había discutido y descartado la posibilidad de que los pentadrianos estuvieran atravesando las montañas por medio de las minas. Según el embajador dunwayano, las galerías no llegaban hasta Hania.

Saltaba a la vista que se equivocaba. Cuando una figura con una túnica negra surgió de la oscuridad, con un reluciente colgante en forma de estrella, Auraya empezó a comprender hasta qué punto sus compañeros Blancos y ella habían infravalorado al enemigo. El hechicero alzó el rostro para exponerlo a la luz del sol, y a Auraya se le heló la sangre. Era el que la había atacado y vencido hacía unos meses. Kuar.

Buscó una mente conocida.

¿Juran?

Obtuvo respuesta de inmediato.

¡Auraya! ¿Dónde estás?

Aquí.

Cuando le mostró lo que estaba observando, empezaron a salir más pentadrianos de la cueva. Se quedaron parpadeando deslumbrados mientras su líder se dirigía hacia el saliente. Auraya advirtió entonces que la explosión, al llevarse por delante la tierra del suelo, había dejado al descubierto unas losas cuadradas grandes: pavimento.

El hechicero negro llegó al borde y bajó la mirada hacia la pronunciada pendiente. Tendió las manos hacia delante, con la palma hacia abajo. La hierba y la tierra salieron despedidas, revelando una escalera empinada que descendía hasta el fondo del valle. Una vez quedó despejada del todo, el líder pentadriano se apartó a un lado, y sus seguidores comenzaron a bajar.

¿Dónde estás?, repitió Juran, esta vez en un tono más alarmado que acusador.

En un valle paralelo al que estáis siguiendo vosotros. Te lo enseñaré.

Le envió su recuerdo sobre la vista desde arriba.

¿A qué distancia están de la salida del valle?

A un día de camino —calculó ella—. Si han avanzado durante toda la

noche, puede que ahora hagan un alto para descansar.

El sonido de voces y pasos de marcha inundó el valle y aumentó de intensidad mientras continuaba el flujo de pentadrianos desde el interior de la mina. Todos parecían profundamente aliviados. Algunos se paraban a respirar hondo y a levantar la cara hacia el sol. Cuando llegaron al suelo del valle, esperaron a que emergiera el resto de sus compañeros. Su líder permanecía en el saliente, sonriendo con visible satisfacción.

«Y no es para menos —pensó Auraya—. Ha logrado algo impresionante».

Esto lo cambia todo —dijo Juran—. Debemos darnos prisa si queremos ir a su encuentro. Los dunwayanos tendrán que desplazarse aún más rápidamente para unirse a nosotros.

Las trampas que tendieron en el paso no servirán de nada.

Al menos impedirán o dificultarán que otros pentadrianos crucen por ahí para pillarnos por sorpresa.

¿Cuánto tardaréis en atajarlos?, inquirió ella.

Un día, tal vez más. Tendremos que hacerles frente en las llanuras.

Lo que significaba perder la ventaja que les habría conferido luchar en el paso. Auraya suspiró. La masa de túnicas negras que se acumulaban abajo no dejaba de extenderse como un charco de tinta.

¿Cómo has encontrado este lugar?

Era Dyara quien le había hecho la pregunta. Auraya no pudo evitar sonreír.

Por casualidad. Estaba caminando por aquel saliente cuando Chaia ha aparecido y me ha advertido que no me quedara allí. En cuanto me he apartado de esa zona, el suelo ha comenzado a moverse.

¿Te ha dicho Chaia que estaban a punto de salir?, preguntó Juran.

No, me ha dicho que era peligroso que permaneciera allí. Al principio he pensado que se refería a que debía alejarme del valle, pero cuando he visto que la destrucción se limitaba a una zona reducida, he decidido esconderme para observar.

Otra figura se unió al hombre en el saliente: una mujer. A Auraya le resultó familiar.

Correrás peligro si te descubren, la previno Juran.

Se oyó el eco de unos chillidos procedentes del túnel.

Sí —convino Dyara—. Márchate ahora mismo. No necesitamos ver nada más.

Un torrente de seres alados surgió de la cueva. Auraya se encogió en su escondite mientras los pájaros negros comenzaban a volar en círculo por el valle.

Creo que eso no sería prudente ahora mismo, a menos que no os importe que sepan que los hemos visto.

Hubo un silencio.

De acuerdo, quédate —accedió Juran—. Espera a que se alejen.

Confiemos en que no decidan acampar allí hoy, añadió Dyara.

El charco de túnicas negras se había convertido en un lago. Al cabo de varios minutos, aparecieron unas formas negras y sinuosas. Voranes. Auraya frunció el ceño al ver que el hechicero asesino al que se había enfrentado Rian se reunía con los otros dos en el saliente.

Tres hechiceros negros. Faltaban dos. Ella no podía hacer nada salvo esperar y observar mientras los demás pentadrianos salían de la mina. Percibió que sus compañeros Blancos apartaban su atención. Debían de estar ocupados organizando la retirada de su ejército por el camino del paso.

Otra mujer y otro hombre se sumaron a los tres del saliente. Auraya comprobó aliviada que ninguno de los dos iba acompañado de animales siniestros. Bastante temibles resultaban ya las aves y los voranes. Cada columna del ejército se componía de cientos de hechiceros y soldados pentadrianos. Seguían a cada una cerca de cien hombres y mujeres vestidos de paisano que llevaban cargas pesadas. Unos pocos hombres con túnica caminaban junto a ellos, empuñando un látigo corto.

«Esclavos», pensó Auraya estremeciéndose de indignación y lástima. No había tarnes ni aremes. Los esclavos transportaban todas las provisiones.

Finalmente, el flujo de personas cesó. Cuando el último esclavo llegó al pie de las escaleras, los cinco hechiceros negros formaron una hilera a lo largo del borde del saliente. El líder comenzó a hablar. Su voz atronaba el aire, pero Auraya no lo entendía ni podía leerle la mente. Bajó la mirada

hacia los hombres y mujeres congregados y se concentró en sus pensamientos. Las palabras empezaron a resultarle inteligibles.

Kuar hablaba de llevar la verdad y la justicia a Ithania del Norte. Se mofaba de los circulianos por creer en dioses muertos. Solo las deidades nuevas existían. El enemigo pronto lo descubriría.

Auraya retiró sus sentidos y movió la cabeza. La devoción y la fe ciega de aquella gente la inquietaban. Cuando el líder pentadriano alzó la voz, ella volvió a explorar de mala gana las mentes de sus seguidores. Para su sorpresa, estaba apelando a sus dioses para que se manifestaran. Auraya esbozó una sonrisa sombría, preguntándose qué truco de hechicería utilizaría para impresionar a sus partidarios.

Una figura luminosa se materializó junto a él.

Auraya fijó la vista en la aparición. Era la imagen de un hombre cubierto con una armadura exótica. Los sentidos de la Blanca vibraban con la energía que irradiaba aquel ser. ¿Cómo era posible?

Juran.

Auraya, ¿es urgente, o puede esperar?

No, creo que deberías ver esto.

Le mostró lo que estaba presenciando y le transmitió sus percepciones. Los hechiceros negros se habían postrado ante la aparición, al igual que el resto del ejército pentadriano. Incluso los esclavos se habían arrodillado.

Es una ilusión, le aseguró Juran.

En ese caso, es la primera ilusión que he visto que irradie energía. Nunca había percibido nada igual, salvo en presencia de los dioses.

Los dioses que integran el Círculo de los cinco son los únicos que sobrevivieron a su guerra, dijo Juran con rotundidad.

Entonces tal vez se trate de un nuevo dios, aventuró Dyara.

Los cinco hechiceros se habían puesto en pie. Se apartaron a un lado cuando la aparición dio un paso al frente. Aunque el hombre refulgente no emitía sonido alguno, la multitud de abajo prorrumpía en gritos de entusiasmo a intervalos, como si respondiera a sus palabras.

Si es un dios, tenemos motivos para temer que haya más —declaró Rian—. Sabemos que esa gente rinde culto a cinco dioses. ¿Por qué iba este dios

a tolerar que adoraran a cuatro deidades más si fueran falsas?

¿Cinco dioses nuevos? —dijo Juran con incredulidad—. ¿Y los nuestros no saben de su existencia?

Tenemos que considerar esa posibilidad, reconoció Mairae.

Sabemos que los hechiceros negros son poderosos —señaló Rian—. ¿Cómo podrían rivalizar con nosotros en fuerza sin la ayuda de los dioses?

Sea como fuere, sabemos que no será una batalla fácil, añadió Dyara.

No —convino Juran—. Nuestro pueblo no debe enterarse de esto. Tendría un efecto... desalentador. Auraya, vete de allí en cuanto puedas. Debemos reunirnos y replantearnos nuestra estrategia.

Así lo haré —contestó Auraya—. Te aseguro que este es el último lugar del mundo donde quisiera estar.

Los pentadrianos estallaron en sonoras aclamaciones. El lago de túnicas negras comenzó a moverse y se dividió en cinco columnas. Auraya murmuró una oración de agradecimiento a Chaia cuando el líder pentadriano se colocó a la cabeza de una columna y empezó a guiar al ejército valle abajo.

43

Leiard abrió los ojos. Iba montado en un arem, solo. Las montañas se erguían ante él. El camino serpenteaba hacia ellas. Presa de un pánico súbito, tiró de las riendas de su montura.

«Me dirijo hacia el paso. ¿Qué está ocurriendo? Debería estar yendo en la dirección contraria».

«Así es —respondió Mirar—, pero el necio de tu discípulo ha huido y tenemos que encontrarlo».

«¿Jayim? ¿Por qué iba a querer huir?»

«No lo sé. Cuando fui a buscarlo, se había marchado».

«¿A buscarlo? ¿Os separasteis?»

«Pensé que agradecería un poco de intimidad».

Leiard concibió una sospecha creciente.

«¿Por qué? ¿Qué has hecho?»

«Le compré un regalo para mantenerlo distraído. ¿O habrías preferido que presenciara una discusión con Auraya?»

«¿Qué regalo?»

«Una puta. ¿Quién iba a imaginar que un joven como Jayim se asustaría por eso?»

Leiard soltó un gruñido y se llevó las manos a la cara.

«Se supone que eres sabio y que conoces bien la mente y el corazón humanos. ¿Cómo puedes haber cometido un error semejante?»

«Nadie es perfecto».

«Si te equivocaste respecto a Jayim, es posible que también te equivoques respecto a Auraya».

«No —replicó Mirar con firmeza—. Solo un idiota enamorado sería incapaz de ver el peligro en que estabas poniendo a nuestro pueblo. Arlij comparte mi opinión. Juran también».

«¿Y Auraya? —A Leiard se le encogió el corazón—. ¿Qué le has dicho?»

«Nada. No la he visto. Y es una pena. Con las ganas que tenía...»

Con un suspiro, Leiard tendió la mirada hacia las montañas. «Todavía es posible que se te presente la oportunidad. Tenemos que encontrar a Jayim». Juran había dejado claro que Leiard debía asegurarse de que su relación con Auraya permaneciera en secreto. Jayim no podía enterarse de ello más que a través del propio Leiard, pues no podía conectar con otro tejedor de sueños sin correr el riesgo de transmitirle esa información.

«Con la excepción de Arlij —pensó—. Ella lo sabe. —Espoleó al arem para que reanudara la marcha—. Arlij podría tomarlo como discípulo».

«¡Ah, tienes toda la razón! —exclamó Mirar—. Te he devuelto el control porque suponía que encontrarías a Jayim más fácilmente que yo. No hacía falta. No es necesario que regresemos».

«Por supuesto que lo es. Soy el maestro de Jayim. No puedo traspasarle esa obligación a otra persona sin el consentimiento del chico... o de esa persona».

«Claro que puedes. Juran te ordenó que te alejaras. Se enfadará si vuelves. Tu deber de evitar problemas a tu pueblo pesa más que tu responsabilidad para con Jayim».

«¿Que me alejara de qué? —alegó Leiard—. ¿De la tienda de campaña? ¿De las montañas? ¿De Ithania del Norte? No, me ordenó que me alejara de Auraya. Mientras rehúya encontrarme con ella, estaré obedeciendo su orden. Regresaré y encontraré a Jayim».

«No. Lucharé contra ti».

Leiard sonrió.

«Lo dudo. Creo que estás de acuerdo conmigo en esto».

«¿Por qué estás tan seguro?»

«Tú estableciste estas normas. Estás incluso más obligado a seguirlas que yo».

No obtuvo respuesta a esto.

Leiard caviló sobre cómo encontrar a Jayim. Primero debía contactar con Arlij. Pero si era de día, estaría despierta y sería imposible comunicarse con ella mediante una conexión en sueños. Por otra parte, tal vez percibiría que él la buscaba. Algunos tejedores con poderes excepcionales eran capaces de ello, cuando no estaban distraídos con otras cosas. Leiard descabalgó y condujo al arem a un lado del camino en el que una roca grande y alargada se alzaba en posición vertical. Alguien había grabado unos números en la superficie. Aquellos hitos habían sido colocados hacía poco por los circulianos en la carretera este-oeste, a intervalos de aproximadamente un día de camino.

Con la espalda apoyada en la roca, Leiard cerró los ojos y se sumió en un trance onírico. No le resultó difícil, pues se sentía como si llevara días sin dormir.

«Y así es».

«¡Silencio!»

Leiard comenzó a respirar despacio y buscó una mente conocida.

¿Arlij?

Aguardó unos momentos y la llamó de nuevo. Tras la tercera llamada, oyó una respuesta débil.

¿Leiard? ¿Eres tú?

Sí, soy yo.

Te oigo distinto. ¿Eres tú... y no Mirar?

Sí, soy yo. ¿Está Jayim contigo?

Sí.

Suspiró aliviado.

¿Dónde estáis?, preguntó.

En la carretera este-oeste. Estamos volviendo sobre nuestros pasos. Raeli dice que se ha visto a numerosos pentadrianos salir de unas minas a este lado de las montañas. El ejército circuliano está regresando a toda prisa para enfrentarse con ellos. ¿Dónde estás tú?

En la carretera este-oeste también. Dudo que os haya adelantado, así que seguramente os dirigís hacia mí. Os esperaré aquí.

Bien. Jayim se alegrará de verte.

Leiard abrió los ojos. Se puso de pie y condujo al arem hasta un lugar desde donde alcanzaba a ver el camino y se sentó de nuevo. Le hacían ruido las tripas a causa del hambre, pero estaba demasiado cansado para levantarse e ir a ver si había comida en las alforjas del arem.

«¿Cuánto hace que dejé que tomaras el control?», le preguntó a Mirar.

«Un día y medio».

«¿Qué has hecho durante todo ese tiempo?»

«Es mejor que no lo sepas..., aunque, a decir verdad, me pasé casi todo el rato buscando a Jayim».

Leiard exhaló un suspiro.

«Tienes razón, prefiero no saberlo».

Soltó el cabestro del arem, que aprovechó la oportunidad para ponerse a pastar. Llevar a un jinete era más descansado para las bestias que tirar de un tarne muy cargado. Mientras tuvieran agua en abundancia y un poco de hierba a un lado de la carretera para comer cada noche, podían avanzar durante días a un buen ritmo. Leiard examinó al animal, una hembra, con ojo crítico. No estaba enferma ni herida. Mirar no la había hecho caminar hasta la extenuación.

Aunque no tenía ganas más que de tumbarse a dormir, Leiard se levantó para ocuparse de su montura.

El sol brillaba más alto en el cielo cuando los tejedores de sueños aparecieron. Arlij, como de costumbre, conducía el primer tarne de la caravana. Leiard montó en el arem y esperó.

—Tejedor de sueños Leiard —saludó Arlij cuando se encontraba cerca—. Me alegra que hayas vuelto con nosotros. Nos ahorra la molestia de buscarte después.

—Y yo me alegro de volver a verte, representante tejedora —respondió él—. ¿De verdad habrías venido a buscarme?

Cuando el tarne llegó frente a él, Leiard guió a su arem de modo que avanzara junto al vehículo. Arlij lo miró con desaprobación.

—¿Después de lo que me ha contado Jayim? Que no te quepa la menor duda. —Frunció el ceño—. Pareces cansado. ¿Has dormido? ¿Has comido?

Él hizo una mueca.

—Creo que hace un buen rato que no. No recuerdo nada de lo ocurrido en el último día y medio.

—Entonces Jayim estaba en lo cierto. Mirar se apoderó de ti.

—¿Se dio cuenta?

—Sí. Temía que fuera algo permanente, así que acudió a nosotros, lo que me puso en una situación difícil. ¿Debía ir a buscarte o cumplir con mi deber de sanadora?

—Tomaste la decisión correcta.

—Jayim no opinaba lo mismo. —Posó la vista en el muchacho—. El ejército circuliano desciende a paso veloz por la carretera. Debemos apartarnos de su camino y a la vez mantenernos lo bastante cerca para ser útiles. Jamás me habría imaginado que alguien pudiera atravesar las montañas por debajo.

Leiard se encogió de hombros.

—No es la primera vez. No todo el camino es subterráneo. Las minas comunican con cuevas de piedra caliza, que a su vez comunican con valles ocultos en los que los pastores apacientan a sus gabras. Hay otra mina abandonada a este lado de las montañas, aunque la última noticia que tenía al respecto era que la entrada se había hundido. Algo que cualquier hechicero poderoso arreglaría sin dificultades, por otra parte.

Arlij fijó la vista en él y movió la cabeza.

—Si no hubieras renunciado a tu cargo, habrías podido formar parte de la junta de guerra. Hace unos días analizaron la posibilidad de que los pentadrianos recorrieran las viejas minas que hay bajo las montañas. Tú los habrías prevenido.

—En ese caso, ¿me habrían creído?

Las comisuras de los labios de Arlij se torcieron hacia arriba.

—Auraya sí.

—No me habías comentado que habían hablado de eso.

Arlíj arrugó el entrecejo.

—Raeli nos lo dijo anteayer. La noche en que te marchaste.

—O sea que si Juran no me hubiera expulsado, yo habría podido decirte que la posibilidad era real, tú habrías podido advertir a Raeli, y los Blancos no la habrían creído a ella.

Arlíj echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Tendré que explicarle esto a Juran algún día. —Adoptó un aire meditabundo—. Es lo que haré si Juran se entera de que has vuelto y protesta.

—No puedo quedarme, Arlíj.

Ella le lanzó una mirada seria y decidida.

—Tienes que quedarte con nosotros, Leiard. Lo que te sucede es antinatural y peligroso. Solo nosotros podemos ayudarte. Tengo la intención de llevarte conmigo a Somrey cuando esta guerra absurda haya terminado. Dudo que Juran se oponga a que haya una porción considerable de mar entre tú y Auraya. —Arqueó una ceja—. ¿Te parece bien?

Leiard apartó los ojos. Lo que ella le proponía era mucho más sensato que ir de un lado a otro a ciegas y sin rumbo fijo. Sin duda Mirar lo comprendería. Sintió una gratitud repentina hacia Arlíj y se volvió hacia ella.

—Creo que cuanto más me empeño en irme, más motivos encuentro para quedarme. Gracias, representante tejedora. Me quedaré contigo.

Ella se mostró aliviada.

—Me alegro. Y ahora, vete ahí detrás a ver a tu discípulo. Ha estado preocupado por ti.

—Jade.

La voz arrancó a Emerahl de un sueño profundo. Su cuerpo abandonó su letargo a regañadientes. Frunció el entrecejo, irritada, inspiró y abrió los ojos.

Rozea estaba agachada sobre ella, sonriente.

—Deprisa, incorpórate. He enviado a los criados a buscar algunas cosas. Tenemos que dejarte presentable.

Emerahl se enderezó, restregándose los ojos. El tarne estaba parado.

—¿Presentable? ¿Por qué?

—El ejército viene hacia aquí. En cualquier momento nos adelantará. Es la oportunidad ideal para luciros. Vamos, despabilate. Tienes una pinta horrorosa.

La colgadura de la portezuela se abrió, y una criada le entregó a Rozea una jofaina con agua, una toalla y la caja de cosméticos de Emerahl. Esta vio que la caravana se había detenido a un lado de la carretera. Acto seguido, reparó en un sonido rítmico y lejano; el sonido de un gran número de pies que marchaban al compás de unos tambores.

—¿El ejército está retrocediendo? —El corazón de Emerahl dio un brinco cuando comprendió todo lo que implicaban las palabras de Rozea.

El ejército estaba regresando del paso. Para Rozea, era una ocasión de exhibir su mercancía que no podía desaprovechar. Para Emerahl, verse expuesta a la mirada de cientos de sacerdotes podía tener consecuencias catastróficas.

—Sí —dijo Rozea—. Está bajando por la carretera. No sé por qué. Lo averiguaremos cuando lleguen, cosa que ocurrirá de un momento a otro. Arréglate un poco. Voy a ver a las otras chicas. Enviaré a una sirvienta a buscarte.

Emerahl cogió la jofaina y la toalla. Cuando Rozea salió, se lavó la cara. «Tengo que encontrar un modo de evitarlo... cuanto antes». Bajó la vista hacia la caja y deslizó la tapa con el pie. Si no presentaba un aspecto decente, tal vez Rozea dejaría que no se exhibiera con las demás. La excusa tendría que ser convincente, pero en su larga vida Emerahl había visto a suficientes personas enfermas para saber cómo aparentar que estaba indispuesta, y los poderes de sanación podían utilizarse con otros fines.

Levantó la jofaina con agua, cerró los ojos y se concentró en su estómago.

Cuando la colgadura del tarne se descorrió de nuevo, Emerahl yacía en el asiento, con la cabeza cerca de la portezuela. Cuando la luz intensa entró a raudales, ella crispó el rostro y escondió la cabeza entre los brazos. La sirvienta clavó los ojos en ella, se fijó en el contenido de la jofaina y se alejó a toda prisa. Rozea apareció al cabo de un momento.

—¿Qué es esto? —preguntó en tono tenso.

Emerahl movió la cara ligeramente, de modo que Rozea pudiera ver las ojeras oscuras que se había pintado.

—Lo he intentado —dijo con voz débil—. Creía que podía fingir... Lo siento.

Tras llamar de nuevo a la criada y ordenarle que se llevara la jofaina, Rozea subió al carruaje.

—¿Qué... qué te pasa?

Emerahl tragó saliva y se frotó el vientre.

—Me ha sentado mal la comida, creo. Antes, cuando me he incorporado... Uf. Me siento fatal.

—Estás hecha una lástima. —Rozea puso mala cara, frustrada—. No puedo permitir que espantes a los clientes, ¿verdad? —Tamborileó con los dedos sobre su manga—. No importa. Eres mi favorita y no estás hecha para los ojos de los soldados rasos. Solo para quienes pueden permitirse pagar por contemplar una belleza única.

Emerahl emitió un leve lamento de resignación. La madama sonrió y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Descansa. Estos malestares no duran mucho. Seguro que esta noche ya estarás bien.

Cuando Rozea se marchó, Emerahl irguió la cabeza y levantó ligeramente la colgadura de la portezuela. Aunque no vio nada, los pasos de los soldados sonaban con más fuerza. Las risitas apagadas de las otras prostitutas, que estaban cerca, la hicieron sonreír. La situación era emocionante para ellas. De pronto, una voz masculina (la de uno de los guardias) exclamó: «¡Aquí llegan!».

Un jinete apareció, y ella sintió que su corazón dejaba de latir.

«Juran».

A primera vista, le pareció que no era distinto del hombre que ella había conocido cien años atrás. Cuando lo observó con más detenimiento, se percató de que no era así. La edad se reflejaba en sus ojos, en su expresión adusta y determinada. Seguía teniendo un aspecto apuesto y seguro de sí mismo, pero el tiempo lo había cambiado, aunque ella no acertaba a distinguir en qué, ni tenía la menor intención de averiguarlo.

Cuando el hombre se alejó, pasaron otros dos jinetes. Eran un hombre y una mujer, los dos bien parecidos. Ambos llevaban una túnica clara sin adornos. Dos Blancos más. La mujer lucía también un semblante severo. Aparentaba unos cuarenta años. El hombre que iba a su lado, en cambio, parecía mucho más joven. Tenía una mirada inquietantemente intensa. Cuando dirigió su atención hacia la caravana del burdel, frunció el ceño con desaprobación antes de alzar la barbilla y desviar la vista.

Los seguía un tarne. En su interior viajaban dos mujeres jóvenes. También iban vestidas de blanco y las dos eran atractivas. La rubia tenía una expresión más franca que la otra. Cuando vio la caravana, sus labios se curvaron en una leve sonrisa irónica que la hizo parecer mayor y más sabia de lo que correspondía a su apariencia física.

«Inmortales —pensó Emerahl—. Son fáciles de identificar cuando has conocido a unos cuantos. Me pregunto si yo soy igual de transparente».

La otra mujer llevaba el cabello suelto. Tenía los ojos grandes y el rostro triangular. Contempló la caravana y desvió la mirada enseguida. Emerahl se percató de que no lo había hecho por desdén. La mujer parecía afligida.

Su vehículo se perdió de vista y otro tarne ocupó su lugar. Estaba profusamente decorado y lo rodeaban unos soldados con uniformes elaborados. Emerahl reconoció los colores y símbolos del actual rey de Toren. Después pasaron otros tarnes elegantes: genrianos, somreyanos, hanianos. Entonces aparecieron varios sacerdotes. Emerahl dejó caer la colgadura de la portezuela y se tumbó boca arriba, con el corazón latiéndole a toda prisa.

«Son esos a los que llaman los Blancos —pensó—. Los escogidos por los dioses para hacerles el trabajo sucio entre los mortales».

Escuchó los sonidos del ejército que desfilaba y los gritos de las chicas que intentaban llamar la atención. La intranquilizaba saber que muchos adoradores de los dioses estaban pasando por su lado y que solo el toldo del tarne la separaba de ellos. «No debería haberme quedado con el burdel después de la emboscada —decidió—. Debería haber cogido mi dinero y puesto tierra por medio».

Sin embargo, se habría sentido culpable por dejar desprotegidas a las

chicas; no habría tenido la certeza de que estaban a salvo. «Y si me hubiera largado, no se me habría presentado esta oportunidad única para ver a los Elegidos de los dioses sin que ellos me vean a mí. —Sonrió—. Creo que empiezo a tener espíritu aventurero —reflexionó—. Y ahora ¿qué?»

Suspiró. La caravana se había reunido con el ejército, aunque de una forma inesperada. Ahora Rozea podría conseguir guardias nuevos. No había motivos para que Emerahl se quedara. «Puedo marcharme... ¿O no?»

La caravana seguramente avanzaría en la retaguardia y acamparía junto a las tropas esa noche. Esto representaba para ella el mismo peligro que antes: el de que se corriese la voz de que la favorita de Rozea había huido, y un ejército entero estuviera tentado de buscarla.

Por otro lado, si se quedaba corría un nuevo riesgo. Rozea podía mencionar los increíbles poderes de su favorita a quien no debía, lo que sin duda ocasionaría que Emerahl recibiera la visita de algún sacerdote curioso.

Profirió una maldición.

La colgadura de la portezuela se abrió. Al levantar la mirada, vio que Rozea la contemplaba. La mujer se sentó frente a ella con expresión seria.

—Al parecer, el enemigo ha encontrado otra vía para atravesar las montañas. Los circulianos se dirigen hacia ellos a toda prisa para cortarles el paso.

—¿Los seguiremos? —preguntó Emerahl con voz débil.

—Sí, a cierta distancia. No sabemos si los pentadrianos pretenden tenderles una emboscada. No quiero que acabemos atrapadas en medio de una batalla.

—No, claro.

—Por el momento, descansa —dijo Rozea en tono tranquilizador. Levantó la colgadura de la portezuela, tras la que desfilaban filas de soldados rasos, para alivio de Emerahl—. Dudo que tengamos clientes hoy. Por lo visto, el ejército avanzará durante toda la noche. Ya los alcanzaremos mañana... Ah, ahí está el capitán Spirano.

Se levantó de un salto y bajó del vehículo. Emerahl se recostó de nuevo y escuchó los pasos de marcha, que sonaban de forma ininterrumpida. Cuando cesaron al fin, ella estaba segura de que habían pasado horas.

Las chicas callaron. Seguramente habían aprovechado la ocasión para dormir sin el vaivén constante del tarne. Emerahl oyó que los guardias retaban a Rozea a una partida de fichas. Escuchó durante un rato, mientras se armaba de valor, y entonces se incorporó y se limpió la cara con la toalla húmeda.

Cuando bajó del tarne, Rozea alzó la vista hacia ella.

—Tienes mejor aspecto. ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor —respondió Emerahl. Se acercó a la mesa y examinó la partida—. Fichas. No os imagináis lo antiguo que es este juego.

El rival de Rozea movió una pieza. Emerahl soltó una risita.

—Mala jugada.

El guardia la miró, ofendido. Era el que la había «salvado» del desertor que ella había arrojado de su tarne durante la emboscada.

—¿Qué habrías hecho tú? —preguntó Rozea.

Emerahl se volvió hacia el hombre.

—Es él quien está jugando.

—Adelante —la animó él—. Si ganas la partida por mí, puedes quedarte con la mitad de las ganancias.

Ella se rió.

—Rozea no me dejará llevármela.

—Claro que te dejaré —repuso la madama, sonriente, y devolvió la pieza del hombre a su posición original.

Emerahl clavó los ojos en ella antes de posarlos en el tablero. Invocó un poco de magia y la proyectó. Una ficha negra se deslizó por el tablero, giró en el aire y cayó encima de otra.

Los dos guardias dieron un respingo y luego le dedicaron una gran sonrisa.

—Qué truco tan ingenioso —comentó el simpático.

—Sí —murmuró Rozea sin apartar la vista del tablero—. Muy ingenioso.

—¿Te rindes? —preguntó Emerahl.

—No tengo mucha alternativa —reconoció Rozea.

—¿Qué? —El guardia miró fijamente la mesa—. ¿Ha ganado el juego por mí?

—Sí. —Rozea empujó unas cuantas monedas hacia él—. Me parece que la mitad son para ella.

—Oh, me debes mucho más que eso, Rozea —repuso Emerahl—, y es hora de que me pagues. Me marchó.

La madama se reclinó en su silla y cruzó los brazos.

—Teníamos un trato.

—Pues lo rompo.

—Si te marchas ahora, te irás con las manos vacías.

Emerahl sonrió.

—Ya me lo habías dicho. No me parece justo. Te he hecho ganar una suma considerable. Si no me das la parte que me corresponde, la cogeré por las malas.

Rozea descruzó los brazos y los puso en jarras.

—¿Qué piensas hacer? ¿Lanzarme fichas con magia? Tus hechicerías no me asustan. Si pudieras obligarme a darte dinero, ya lo habrías hecho.

—Tu problema, Rozea, es que crees que los demás somos tan egoístas y avariciosos como tú. Solo me he quedado para proteger a las chicas. Ahora que os habéis reencontrado con el ejército, podrás contratar a otros guardias. Ya no me necesitas.

—¿Necesitarte? —Rozea soltó una carcajada—. Tienes delirios de grandeza.

Emerahl sonrió.

—Tal vez. Hace mucho que no uso la magia para causar daño a alguien. No me gusta. Prefiero encontrar otras soluciones. Así que te doy una última oportunidad. Págame lo que me debes. Ahora mismo.

—No.

Emerahl giró sobre los talones y echó a andar con aire resuelto hacia el tarne en el que dormían Marca y Marea.

—¿Adónde vas? —oyó que preguntaba Rozea en tono imperioso.

Emerahl hizo caso omiso de ella. Cuando llegó al carruaje, abrió la colgadura.

—Chicas, despertad.

Las jóvenes despertaron sobresaltadas y la miraron, parpadeando

sorprendidas, mientras ella subía al vehículo.

—¿Jade?

—¿Qué ocurre?

—Me largo —les informó Emerahl volviéndose hacia el asiento delantero—. Levantaos.

Marca y Marea se pusieron de pie. Emerahl buscó a tientas debajo del asiento y encontró un pestillo pequeño. Tiró de él, y el compartimento se abrió. Detrás había varias cajas.

La cara de Rozea apareció en la portezuela.

—¿Qué estás...? ¡No toques eso!

Emerahl sacó una de las cajas. Era prometedoramente pesada.

—¡Dámela! —exigió Rozea.

Emerahl abrió la caja. Las chicas emitieron un murmullo de interés al ver las monedas que contenía. Rozea farfulló una palabrota y comenzó a subir al tarne.

Haciendo un ademán, Emerahl le propinó un ligero empujón con magia. Rozea se tambaleó hacia atrás, y los guardias impidieron que cayera al suelo.

—¡Detenedla! —gritó la mujer—. ¡Nos está robando!

—No te estoy robando —replicó Emerahl—. Veamos. Panilo me dijo que le estabas cobrando el doble de lo que él me pagaba en un principio. Eso son cien... —hizo una pausa mientras los guardias intentaban entrar en el tarne de mala gana, y los empujó hacia fuera con suavidad— renes por cliente. Desde que entré a trabajar en tu establecimiento he tenido cuarenta y ocho clientes, muchos de ellos más ricos e importantes que Panilo. Lo dejaremos en la bonita cifra redonda de cinco mil renes, es decir, diez monedas de oro. Restaré una por la comida y el alojamiento de un mes, y también por la ropa, aunque estoy segura de que se la darás a otra chica. Necesitaré algo de suelto, naturalmente, así que...

Emerahl comenzó a contar, consciente de que Rozea se encontraba a unos pasos de distancia, lanzándole una mirada asesina. Las chicas del interior del coche estaban calladas, demasiado perplejas para hablar.

—Jade. Jade. ¿Estás segura de lo que haces? —preguntó Marca por lo bajo, pero en un tono apremiante y ansioso—. Está a punto de librarse una

batalla. Te verás totalmente sola.

—No me pasará nada. Las que me preocupáis sois vosotras. No dejéis que Rozea os ponga en peligro. Regresad a Toren lo antes posible.

—No lo entiendo —terció Estrella—. Si eres lo bastante poderosa para sanarme y quitarle a Rozea lo que te debe, ¿cómo es que acabaste en un prostíbulo?

Emerahl levantó la mirada y se encogió de hombros.

—Pues... no lo sé. Por mala suerte, supongo.

La pregunta la hizo sentirse incómoda, y no solo porque podía llevar a sus compañeras a imaginar motivos por los que una hechicera sanadora había recurrido a la prostitución en un momento en que los sacerdotes buscaban a alguien que respondía a esa descripción. Se cobró el resto de su paga en monedas de plata y oro para acelerar la tarea.

Cuando terminó, miró a cada una de las chicas. Aún parecían desconcertadas. Ella sonrió.

—Cuidaos. Y seguid este consejo: si se lo exigís todas juntas, Rozea tendrá que daros lo que os debe. No lo dilapidéis; guardaos una parte para el futuro. Jamás dudéis que os podéis buscar la vida fuera del burdel. Todas sois mujeres talentosas y bellas.

Marca sonrió.

—Gracias, Jade. Cuídate tú también.

Las demás murmuraron palabras de despedida. Emerahl dio media vuelta y se apeó del tarne. Hizo una seña a un criado.

—Tráeme una mochila con comida y agua. Y ropa de calle.

El hombre volvió los ojos hacia Rozea. Para sorpresa de Emerahl, la mujer asintió. El criado se alejó a paso veloz.

—Supongo que no debo obligarte a quedarte si estás tan empeñada en irte —dijo Rozea con resignación—. No me hace muy feliz, pero si tienes que marcharte, adelante. Si en algún momento decides retomar la profesión, siempre serás bienvenida en mi negocio. No soy tan necia como para negarme a ofrecerte trabajo de nuevo.

Emerahl contempló a la mujer, pensativa, y percibió en ella un respeto teñido de resentimiento. «¿Por qué se muestra tan amable ahora? Tal vez me

llevo menos dinero del que ella esperaba. Sigo sin acostumbrarme a la manera en que han subido los precios durante el último siglo».

—Lo tendré presente —respondió. El criado regresó y le arrojó una bolsa en los brazos. Ella examinó el contenido rápidamente antes de echársela al hombro—. Cuida bien a las chicas —le indicó a Rozea—. No te las mereces.

Acto seguido, le dio la espalda y enfiló el camino que conducía a Toren.

El sol asomaba por encima del horizonte, derramando su luz sobre las llanuras Doradas. Las sombras de los sacerdotes circulianos, los soldados y los arqueros se extendían como dedos acusadores hacia la masa de invasores de túnica negra.

Los últimos rastros de somnolencia de Tryss se esfumaron mientras observaba a ambas huestes acercarse la una a la otra.

De todo el ejército circuliano, solo los siyís habían descansado la noche anterior. Aun así, había sido un sueño intranquilo. Pocos habían conseguido apartar la batalla inminente de su pensamiento. Tryss sospechaba que aunque los pisatierra hubieran detenido la marcha, tampoco habrían reposado mucho durante la larga noche. Incluso desde el aire había visto señales de inquietud y nerviosismo entre ellos.

Unas formas negras y aladas se elevaron de entre los pentadrianos, formando una nube de aspecto letal. Tryss oyó exclamaciones de desánimo en torno a sí. Observó a los hombres y mujeres que lo rodeaban. Pertenecían a su tribu. Ni sus parientes ni su esposa estaban entre ellos (los portavoces habían decidido que habría sido excesivo pedir a un líder de escuadrilla que condujera a sus familiares a la batalla), pero las tribus de siyís eran lo bastante reducidas para que todos sus miembros se conocieran entre sí. No dejaba de ser duro para él saber que esas personas podían morir si cometía una equivocación. Se le hizo un nudo en el estómago. Intentó no pensar en

ello y respiró hondo.

—Esos pájaros negros tienen pico y garras —dijo en voz muy alta—, pero solo pueden utilizarlos a distancias cortas. Nosotros tenemos dardos y flechas. Los mataremos antes de que se acerquen.

No sabía si sus palabras habían surtido algún efecto en los siyís. Tal vez sus expresiones se habían tornado un poco menos lúgubres y un poco más decididas. Las aves volaban en círculo sobre sus dueños, esperando a que la batalla comenzara.

El encuentro entre los dos ejércitos se produjo con una lentitud insoportable. Tryss contempló a los pisatierra mientras avanzaban unos hacia otros, muy despacio, sobre praderas ondulantes. Las tropas pentadrianas coronaron una cresta baja situada a un lado de un valle y se detuvieron. Los circulianos subieron hasta el otro extremo del valle y pararon también.

Ambos ejércitos permanecían inmóviles.

De pronto, una figura solitaria vestida de negro surgió de entre los pentadrianos, caminando hacia delante. El sol arrancaba destellos a un objeto que llevaba al cuello. Tryss se fijó en las cinco figuras blancas situadas al frente de las fuerzas circulianas. Una de ellas se adelantó.

Los dos se encontraron en el fondo del valle.

«Lo que daría por oír esa conversación —pensó Tryss—. ¿Están ofreciéndose mutuamente la oportunidad de rendirse? ¿O están intercambiando amenazas y fanfarronadas como niños? —Recordó que, en teoría, aquella era una guerra de religión—. Tal vez estén manteniendo una discusión teológica». Comenzó a imaginar cómo se desarrollaría.

«Mis dioses son reales».

«No, no lo son; los míos sí».

«Los tuyos no existen».

«¡Y tanto que sí!»

Reprimió una carcajada. «Estoy pensando tonterías. Esto es serio. Van a morir personas».

Sus ganas de reír se disiparon en el acto. Cuando las dos figuras se separaron, el estómago de Tryss se contrajo de nuevo. Vio que cada una se reincorporaba a su ejército.

Se oyó el sonido de unas cornetas lejanas. Las tropas pentadrianas se precipitaron hacia delante, al igual que las circulianas. En el instante en que el rugido de la multitud llegó a los oídos de Tryss, el silbato de Sirri hendió el aire. Había llegado el momento de que los siyís entraran en batalla. Como un solo hombre, los siyís se lanzaron en picado.

Aunque el choque entre los dos ejércitos aún no se había producido, Tryss vio que el aire sobre el valle se combaba y brillaba por el impacto de azotes de energía contra escudos mágicos. Le llegaban sonidos extraños y estridentes, y de cuando en cuando la atmósfera vibraba con algún estallido.

«El ruido debe de ser ensordecedor allí abajo», pensó.

La nube negra que se movía en espiral por encima del ejército pentadriano se fragmentó y ascendió a toda velocidad. Una parte de ella se abalanzó hacia Tryss. Él se olvidó de todo lo demás mientras las aves oscuras se aproximaban rápidamente. Por medio de silbidos, indicó a su escuadrilla que volara directa hacia ellos, y acto seguido colocó los dedos con firmeza sobre las palancas de su arnés.

—¡Disparad!

El muelle de su arnés emitió un chasquido. Oyó los zumbidos de los demás. Un enjambre de dardos envolvió a los pájaros negros. Tryss soltó un grito de júbilo cuando varios de ellos cayeron entre chillidos. Dio la señal de virar hacia un lado, sonriendo mientras los siyís prorrumpían en exclamaciones de triunfo y se permitían el capricho de realizar acrobacias en el aire.

De repente, oyó un alarido de dolor y se le cayó el alma a los pies. Se torció hacia atrás y vio que varios de los pájaros habían sobrevivido y se aferraban a las piernas de una siyí. Estaban arrastrándola hacia abajo con su peso, rasgándole los pantalones con las garras, cada vez más cerca de sus alas.

Sin saber qué hacer pero con la esperanza de que se le ocurriera algo, Tryss se dirigió velozmente hacia ella. Como no podía utilizar las manos para ahuyentar a los pájaros, apretó los dientes, dobló los brazos y embistió las piernas de la chica. Oyó unos graznidos y un grito de sorpresa, y notó que empezaba a caer. Extendió los brazos, dejó que el viento impulsara sus alas y

regresó para averiguar qué había ocurrido.

La mujer siyí volaba libre, aunque le sangraban las piernas. Tryss advirtió que un poco más abajo había un pájaro, indemne pero visiblemente aturdido. Se apresuró a sujetar la cerbatana entre los dientes, succionar un dardo hacia el interior y soplar.

El ave, sobresaltada, lanzó un quejido cuando el dardo la golpeó. Tryss no esperó a que el veneno hiciera efecto. Miró hacia arriba y llamó a su escuadrilla. Los siyís se acercaron. Estaban todos vivos y, salvo por unos arañazos, ilesos.

Aliviado, dirigió la vista más lejos y contuvo el aliento, descorazonado. El cielo estaba lleno de siyís y pájaros, algunos de ellos enzarzados en combates encarnizados. Tres siyís se desplomaron ante sus ojos.

Advirtió también que dos escuadrillas aparte de la suya habían logrado atravesar la barrera de aves mortíferas y ahora volaban encima del campo de batalla. Tryss recordó las instrucciones de Sirri.

«Los pájaros intentarán manteneros ocupados. No dejéis que os distraigan. Fijaos como objetivo a sus dueños, los sacerdotes negros. Ellos los controlan, así que debéis intentar matarlos primero. Una vez que la fuerza que domina las aves haya desaparecido, es posible que se vuelvan inofensivas».

Haciendo un esfuerzo, se apartó de la batalla e indicó a su escuadrilla que lo siguiera. Los siyís no protestaron, pero sus expresiones eran sombrías. Tryss bajó la mirada hacia el ejército pentadriano y se preguntó cuál era la mejor manera de dirigir su primer ataque.

Había sangre por todas partes. Saltaba en gotitas por el aire y lo impregnaba todo con su hedor. Los rostros, la ropa y las espadas estaban bañados en ella. La hierba ya no era amarilla, sino de un maligno naranja rojizo.

Otro monstruo vestido de negro se aproximó. El soldado levantó su escudo para parar el golpe y contraatacó con la espada. Sus movimientos le eran familiares y cómodos. Los años de entrenamiento habían rendido su fruto. El acero era una prolongación de su brazo. El soldado notó que la hoja se hundía en la carne y partía el hueso. Era una sensación mucho más

satisfactoria que cuando el arma rebotaba contra la madera acolchada.

El pentadriano cayó de rodillas, borboteando mientras la sangre le encharcaba los pulmones. El soldado liberó la espada con un tirón. Una estocada en el cuello hizo que la mano que pugnaba por empuñar un cuchillo se quedara inmóvil.

De pronto, el hombre oyó unos jadeos a su izquierda. Se agachó, giró en redondo e hirió a su atacante en el vientre. El hombre tenía los ojos desorbitados por la sorpresa. No era más que un cobarde que había acometido por detrás. El soldado lo dejó agonizar lentamente.

Una mirada le bastó para percatarse de que casi todos los guerreros que lo rodeaban eran de su bando. Se volvió, buscando más enemigos. Unos gruñidos distantes captaron su atención. A su derecha, a lo lejos, vio que unos soldados torenios caían bajo las garras de unos seres descomunales. Voranes. Se quedó mirándolos con incredulidad antes de arrancar a correr en la dirección contraria.

Su pie tropezó con algo. Cayó de bruces y soltó una maldición, con la boca en el lodo. Notaba un ardor intenso en las orejas. Levantó los brazos para tapárselas. El contacto de sus manos cubiertas de barro le proporcionó un alivio delicioso, pero no amortiguó el sonido que oyó a continuación. Alaridos. Alaridos inhumanos y continuos.

Algo terrible había ocurrido.

El soldado irguió la cabeza. Un aire dolorosamente seco y cargado de humo le llenó los pulmones. Tosiendo, el hombre consiguió ponerse en cuclillas y echar un vistazo alrededor.

La hierba había desaparecido..., o más bien se había marchitado y ennegrecido. El suelo estaba cubierto de formas oscuras. Algunas se movían. Se retorcían y revolcaban. Los alaridos procedían de ellos. El hombre notó el sabor de la bilis en la boca cuando cayó en la cuenta de lo que eran.

Hombres. Los guerreros entre los que se encontraba hacía solo un momento.

Se puso de pie con dificultad. Comprendió de inmediato qué había sucedido. La hierba quemada y los hombres muertos, moribundos, formaban una franja larga y ancha que llegaba hasta el enemigo. Aquello era resultado

del azote de un hechicero. Magia letal.

No había entrenamiento que pudiera salvar a un soldado de algo así.

Él había tenido la fortuna de que el rayo solo lo hubiera rozado. Había sobrevivido gracias a su armadura y su ropa gruesa, y porque estaba tumbado boca abajo sobre el lodo, pero las orejas le ardían de un modo lacerante. Al bajar la vista, vio el brazo extendido del pentadriano que lo había hecho caer. Tenía la cara tan carbonizada y negra como la ropa.

Apretando las mandíbulas, el soldado recogió su espada, aún caliente a causa del azote, y se encaminó hacia sus camaradas menos afortunados.

Nunca una conexión entre Auraya y los otros Blancos había sido tan fuerte o estrecha.

Luchaban todos a una, empleando sus poderes a las órdenes de Juran. Resultaba sorprendentemente fácil. Él no imponía su voluntad; los demás sencillamente le abrían su mente y seguían sus indicaciones. A cambio, él disponía de cuatro mentes y pares de ojos adicionales a los que podía recurrir para tomar decisiones, y de cuatro posiciones distintas desde las que atacar.

Se había revelado como una forma eficaz de coordinar sus esfuerzos. Era casi emocionante colaborar de manera tan fluida con los demás, sin malentendidos ni errores.

Aun así, tenían puntos débiles. El enemigo ya había descubierto el de Mairae, que en cierto momento se había visto obligada a dejar inermes a los soldados para protegerse a sí misma. La muerte de muchos de ellos la había afligido y los había horrorizado a todos, pero su determinación conjunta había impedido que les flaquearan las fuerzas.

Rian también se hallaba en dificultades. Juran tenía que intervenir cada vez que uno de los hechiceros negros más poderosos atacaba a Rian o a Mairae. Auraya había conseguido defenderse de todos los ataques hasta ese momento, pero sabía que el líder pentadriano era más fuerte. Ella también necesitaría ayuda si él arremetía contra ella con todas sus fuerzas.

Sin embargo, aún no lo había hecho. Tal vez no le quedaba energía suficiente para atacarla y protegerse a la vez. Quizá aún podía luchar con ella

si los otros hechiceros negros lo escudaban.

Auraya miró a sus compañeros Blancos, que combatían de pie con serenidad, y luego a los hechiceros pentadrianos, situados al otro lado del valle.

«Cinco hechiceros negros —pensó—. Cinco Blancos. ¿Casualidad? No, lo más probable es que esperaran a ser suficientes para enfrentarse a nosotros».

A una orden de Juran, Auraya liberó una descarga de energía contra uno de los hechiceros. Notó que el escudo del hombre se fortalecía cuando los otros hechiceros le prestaron su ayuda.

Es el más débil —observó Juran—. A juzgar por las descripciones de nuestros espías, es aquel al que llaman Sharneya. Podemos aprove...

El líder de los pentadrianos lanzó un azote hacia los siyís. Siguiendo una indicación de Juran, Auraya creó una barrera para interceptarlo. Percibió el alivio de la portavoz Sirri a través de Mairae; la líder siyí llevaba el anillo de conexión de la Blanca.

La violencia de los ataques se intensificó, y Auraya se esforzó por evitar que las descargas traspasaran su barrera mientras disminuían la rapidez y la facilidad con que podía invocar magia. Dio unos pasos hacia delante y consiguió reforzar el escudo una vez más. No era la primera vez que agotaba la magia que la rodeaba. En las pocas horas desde que había comenzado la batalla, ellos habían avanzado varios pasos hacia el interior del valle desde la cresta conforme la magia que tenían alrededor se consumía. Los hechiceros negros habían hecho lo mismo. Era increíble pensar en toda la energía que se había gastado, pero ella no tenía tiempo para admirarse.

De algún lugar cercano le llegó el gruñido de un animal seguido de un grito de dolor y espanto. Aunque ella estaba fuera del alcance de hombres comunes y bestias, era muy consciente de que los sacerdotes circulianos más dotados se encontraban a sus lados y a su espalda para aportarle su fuerza cuando ella se lo pidiese. Al volverse, Auraya vio que un vorán negro y enorme le desgarraba el cuello a una sacerdotisa. El animal sin duda se había acercado con sigilo por detrás y había atacado sin previo aviso.

Mátalo, Auraya, ordenó Juran.

Ella le asestó una descarga para separarlo de su víctima. Con un aullido, el vorán salió despedido y rodó por el suelo hasta que se quedó tendido, retorciéndose. Otras formas negras huyeron a toda prisa de los sacerdotes que rodeaban a Auraya. Se alejaron zigzagueando entre los guerreros circulianos, con demasiada rapidez para que ella pudiera arrojarles un azote sin poner en peligro a su gente.

¿Crees que los pentadrianos han atacado a los siyís para distraernos a fin de que los voranes pudieran aproximarse sin que los viéramos?, preguntó.

Sí —contestó Juran—. Y han enviado a esas bestias a embestir a la gente que te rodeaba a ti, no a nosotros. Sospecho que estaban poniéndote a prueba, para ver si preferías proteger a los seres del cielo que al resto del ejército. Dejaremos que lo crean así por el momento. Más tarde nos aprovecharemos de ello.

Sí —respondió ella, aunque no pudo evitar que la asaltara la duda—. ¿Es posible que sienta un impulso protector más fuerte hacia los siyís que hacia los demás?

No es el caso, le aseguró Dyara.

Pero Auraya no podía librarse de un temor creciente. ¿Encomendaría Juran la protección de los siyís a otra persona en vez de a ella? ¿O para demostrar que ella no sentía esa inclinación tendría que dejar a los siyís expuestos a los ataques?

45

Aunque el sol estaba alto en el cielo, un viento gélido obligaba a quienes observaban desde la cresta a arrebujarse en sus tagos. Danyin dirigió la vista hacia uno y otro lado, observando aquella extraña mezcla de sirvientes del campamento y personajes importantes que se habían juntado para mirar la batalla. Formaban una larga hilera en el borde del valle. En su mayor parte estaba integrada por criados, cocineros y otros servidores del campamento. En el centro había un pabellón. Habían extendido una alfombra sobre la hierba y colocado sillas para las personas de mayor rango: los dos reyes y el presidente del Consejo de Somrey. Los consejeros, cortesanos y sirvientes estaban fuera del pabellón y solo entraban cuando los llamaban. Unos mozos de cuadra permanecían cerca, con las monturas preparadas.

Los Blancos habían insistido en que ninguno de los dos monarcas participara en la batalla. Danyin sonrió al recordar la discusión.

—Estamos más que dispuestos a luchar junto a nuestros hombres —había dicho el rey Berro indignado cuando le habían comunicado que no había lugar para él ni para el rey Guire en la contienda.

—Tened por seguro que lo sabemos —había respondido Juran—, pero si combatís en la batalla, moriréis. En cuanto los pentadrianos encuentren una brecha en nuestra defensa, y no hay duda de que la encontrarán, atacarán a todo aquel que parezca una figura relevante para nosotros. —Hizo una pausa—. Podríais disfrazaros de soldados rasos para aumentar las posibilidades de

sobrevivir, pero preferiría que no lo hicierais. Vuestras vidas son demasiado importantes para ponerlas en riesgo.

Berro había arrugado el entrecejo al oír esto.

—Entonces ¿por qué enviáis a la portavoz Sirri a la batalla?

—Es difícil distinguirla de otros siyís, y como ellos eligen a sus líderes, han nombrado a un portavoz sustituto en el caso de que ella muera.

—Yo he nombrado a mi heredero —le había recordado Berro a Juran.

—Es un niño —había señalado Juran sin ambages— que tardará unos años en poder hacerse cargo de sus responsabilidades. —Cruzó los brazos—. Si queréis aventuraros a salir al campo de batalla, no os lo impediremos. Pero no os protegeremos si eso implica renunciar a la victoria. Buscar la gloria os costará la vida... y debilitará vuestro reino.

En aquel momento, el presidente Meeran había carraspeado.

—Soy un gobernante elegido, pero tampoco queréis que luche.

—No —había respondido Juran volviéndose hacia el somreyano—. Perdonad que os lo diga, pero sois viejo y no tenéis experiencia en combate. Vuestra habilidad para negociar y conciliar nos resulta más valiosa.

A continuación, había pedido a Meeran que asumiera el mando de los no combatientes durante la batalla y que negociara en nombre del ejército si los circulianos salían derrotados. Nadie había preguntado por qué I-Portak, el líder dunwayano, tomaría parte en la batalla. Todos sabían que el dirigente de la nación guerrera estaba obligado a luchar junto con su pueblo, pues, de lo contrario, tendría que ceder el poder a otro. Varios hechiceros dunwayanos, sus guerreros de fuego, lo acompañaban.

Danyin miró a Lanren Rapsoda. El asesor militar se encontraba unos pasos por delante de los observadores, siguiendo la batalla con atención. Tenía todo el cuerpo tenso, y abría y cerraba los puños sin cesar. La luz del sol se reflejaba en el anillo blanco que llevaba en el dedo medio de la mano derecha.

La sortija conectaba a Rapsoda con Juran, lo que ofrecía al líder de los Blancos una vista del campo de batalla desde lejos. Danyin bajó la vista hacia el valle y frunció el ceño.

Los hechiceros pentadrianos y los Blancos llevaban horas lanzándose

descargas unos a otros, pero ninguno de los bandos parecía aventajar al otro. Como gran parte de la magia que se liberaba era prácticamente invisible desde aquella distancia, costaba formarse una idea precisa de lo que ocurría. Lo único que él alcanzaba a ver eran los efectos de la magia cuando unos conseguían herir a otros.

Los soldados eran quienes se llevaban la peor parte. Aunque ningún ejército había matado claramente a más enemigos que el otro, Danyin había notado que siempre eran los soldados y sacerdotes protegidos por Mairae o Rian quienes sufrían. Dos de los hechiceros pentadrianos parecían tener la misma dificultad. Ambos bandos utilizaban la fuerza de sus miembros más poderosos para reforzar las defensas de los hechiceros débiles.

Las otras fuerzas en combate no estaban tan igualadas. Para consternación de Danyin, los soldados pentadrianos llevaban la ventaja.

Al principio no daba esa impresión. Los pentadrianos eran menos numerosos. No tenían platenes de guerra ni caballería. Cuando los dos ejércitos chocaron, sin embargo, quedó claro que casi todos los soldados de infantería pentadrianos estaban entrenados y preparados para enfrentarse a ambas cosas.

Por otro lado, estaban los voranes.

Aquellas bestias descomunales sembraban la muerte y la destrucción a su paso. Se movían tan deprisa, que solo un golpe de suerte o el esfuerzo coordinado de muchos arqueros podía abatirlos. Los animales parecían disfrutar matando. Ante los ojos de Danyin, cuatro de ellos apartaron a un grupo de soldados de la batalla principal. Les arrancaron la garganta a quienes intentaron hacerles frente y persiguieron a los demás hasta salir del valle, trotando con facilidad tras ellos y lanzándoles mordiscos a los talones con actitud juguetona.

—¿Por qué no tenemos animales así? ¿Por qué no hay voranes que luchen por nosotros? —murmuró el rey Berro.

—Supongo que los Blancos no han tenido tiempo para criarlos —respondió Guire con suavidad.

—Son una abominación —masculló una mujer. Varias cabezas se volvieron hacia ella. La tejedora asesora Raeli les sostuvo la mirada con

frialdad—. Si los Blancos crearan unas bestias tan malignas, ¿serían mejores o más nobles que esos pentadrianos?

Los dos reyes se quedaron pensativos, aunque saltaba a la vista que sus palabras no habían convencido del todo a Berro.

—En vez de ello han criado cargadores —dijo Meeran—, y mi pueblo les ha proporcionado unos pequeños ayudantes. —Señaló con la cabeza la jaula que sujetaba Danyin.

El consejero bajó la vista hacia Travesuras. El viz había estado callado durante la batalla. Danyin no se había atrevido a dejarlo en el campamento, pues estaba convencido de que el animalillo se escaparía para ir en busca de Auraya.

—¿Rainas y vices? —resopló Berro. Miró hacia la izquierda, a los mozos que sujetaban a los cinco cargadores por si los Blancos los necesitaban—. Solo los Blancos tienen cargadores, y ni siquiera los están utilizando. ¿Y de qué sirve en una guerra una mascota que habla?

—Salir —dijo Travesuras.

El peso cambió de posición en la jaula. Danyin bajó los ojos.

—No. Quieto.

—Salir —insistió Travesuras—. Fuera. Correr.

—No. Auraya volverá más tarde.

El viz comenzó a corretear en círculo dentro de la jaula, ocasionando que se balanceara.

—¡Correr! Viene malo. ¡Correr! ¡Esconder! ¡Correr!

Danyin arrugó el entrecejo. El viz estaba cada vez más alterado. Quizá su secuestrador se encontraba cerca. El consejero paseó la vista por los rostros que lo rodeaban. Los más cercanos contemplaban al viz con curiosidad. Dirigió la mirada más lejos, a izquierda y derecha y hacia atrás.

Entonces vio cuatro figuras negras que se aproximaban a paso veloz desde el otro lado de la cresta.

Dio la voz de alarma. Sonaron varios gritos cuando los demás avistaron a los voranes. Hubo un momento de vacilación en que las personas se agarraban unas a otras, despavoridas, o chocaban entre sí al intentar huir. La hilera de observadores se deshizo. La mayor parte de ella se derramó por la

pendiente hacia la batalla, dejando a unos pocos paralizados de miedo en la cresta. Los observadores situados hacia el centro permanecían inmóviles y unidos, siguiendo las indicaciones de una voz que destilaba fuerza y seguridad.

—Entrad todos en el pabellón y no salgáis —dijo el sacerdote superior Halid dando unas grandes zancadas hacia delante para colocarse entre los voranes y el pabellón—. Yo me encargo de esto.

Danyin frunció el ceño cuando cayó en la cuenta de que el representante somreyano era el único observador adiestrado en la magia, aparte de Raeli, aunque no tenía idea de la magnitud de sus dones. No todos los tejedores de sueños eran hechiceros poderosos.

Todos se apretujaron dentro del pabellón, buscando la dudosa protección de sus paredes de tela. Fuera, los mozos de cuadra se apresuraban a tapar con telas la cabeza de los rainas, incluidos los cargadores, con la esperanza de que no se asustaran ni se soltaran. Los llevaron lo más cerca posible del pabellón.

Rapsoda seguía de pie en el exterior, con la espalda hacia el pabellón y su atención puesta en la batalla. Danyin advirtió que el hombre miraba desconcertado a la gente que huía hacia el valle. Lo llamó. Rapsoda se volvió y la perplejidad de su expresión cedió el paso a la preocupación cuando asimiló lo que estaba pasando. Mientras caminaba hacia el pabellón, Danyin oyó cerca el gañido de dolor de un animal.

Cuando dirigió la vista hacia allí, vio que uno de los voranes yacía retorciéndose en el suelo. Los otros se alejaban rápidamente, torciendo hacia uno y otro lado para esquivar las descargas de Halid.

—Ah, la magia —murmuró Rapsoda—. Los soldados pierden la fuerza con la edad, mientras que los hechiceros siguen siendo útiles.

«Siempre y cuando mantengan ágiles sus reflejos», añadió Danyin para sus adentros. Halid consiguió herir a otro vorán, pero había errado casi todos sus azotes, pues los animales se movían demasiado deprisa. El hombre no parecía capaz de anticiparse a sus rápidos cambios de dirección.

—Tu mascota ha resultado tener su utilidad, después de todo —susurró una voz al oído de Danyin—. No te preocupes por él. Ya volverá.

Se volvió y clavó los ojos en Raeli, que bajó la vista. Al seguir la

dirección de su mirada, Danyin descubrió que la jaula que aún sujetaba estaba vacía, con la puerta abierta. Sintió una punzada de angustia. Desplazó la mirada en torno a sí, buscando al viz.

—No te molestes. Sabe cuidar de sí mismo —le aseguró Raeli.

—¿También protegerse de los voranes?

—No van a la caza de vices, sino de...

Sus palabras quedaron ahogadas bajo un alarido de dolor seguido de unos chillidos inhumanos. Al volverse, Danyin vio a Halid tambalearse bajo el peso de unas formas negras con plumas. La túnica blanca del sacerdote estaba salpicada de sangre.

—¡Los pájaros! —exclamó alguien—. ¡Ayudadlo!

—Sus ojos —siseó Rapsoda—. Han ido a por sus ojos.

Meeran bramó órdenes. Unos criados se dirigieron hacia allí, se detuvieron y retrocedieron apresuradamente hasta el pabellón. Danyin vio que algo negro se abalanzaba sobre Halid y lo derribaba. El terror se apoderó de él cuando otras dos siluetas negras saltaron por encima del anciano sacerdote. El grupo reculó con brusquedad, y el consejero se vio arrojado a un lado de un empujón.

Perdió el equilibrio, pero alguien lo asió del brazo antes de que cayera al suelo. Reinaba el caos: se oían gritos, exclamaciones, órdenes y los chillidos de las aves. ¿Cómo podía tan poca gente hacer tanto ruido? Una mano lo agarró del brazo y le dio la vuelta.

Se encontró frente a Raeli. La contempló, sorprendido. Advirtió que detrás de ella un raina se alejaba a galope, montado por el rey Berro.

—No te alejes de mí —le indicó Raeli—. Me está prohibido matar, pero puedo escudarte.

Él asintió. Cuando ella se volvió hacia el pabellón, sonó un fuerte chasquido y la estructura se vino abajo. La lona estaba cubierta de pájaros. Raeli extendió las manos a los costados. Se produjo un chisporroteo en el aire, que se llenó del batir de muchas alas cuando la bandada alzó el vuelo.

El golpeteo rápido de unos cascos atrajo la atención de Danyin. Vio que los cargadores se alejaban a toda velocidad, cada uno con dos jinetes. Danyin respiró aliviado al comprobar que el presidente Meeran era uno de ellos.

—Bien —comentó Raeli—. Menos problemas para mí.

Entonces una figura oscura salió arrastrándose de debajo del pabellón y arrancó a correr tras ellos.

Raeli torció el gesto.

—Espero que esos cargadores sean tan veloces como afirma la gente.

—Lo son —declaró Danyin—, aunque no sé si...

Se sobresaltó al oír un gruñido escalofriante que procedía de debajo del pabellón. Retrocedió mientras algo se movía y se contorsionaba bajo la lona, pero Raeli se quedó donde estaba. Se agachó para coger el borde de la tela.

—¡No lo liberes!

Sin hacerle caso, ella la apartó. Danyin se estremeció al ver los cuerpos ensangrentados que había debajo. Una forma negra se irguió sobre sus patas traseras y se arrojó sobre Raeli. Ella hizo un ademán rápido, y el vorán se vio despedido hacia un lado. La miró con un espeluznante brillo de inteligencia en los ojos antes de escabullirse.

Una voz conocida maldecía con vehemencia. Al bajar la vista, Danyin vio sorprendido que Rapsoda se esforzaba por ponerse de pie. La sangre manaba a raudales de las heridas profundas que tenía en el brazo.

—Puedo sanarte —se ofreció Raeli acercándose para examinarlo.

Rapsoda vaciló, adoptó una mirada distante por un momento y frunció el entrecejo.

—Gracias, tejedora asesora —dijo en tono formal—, pero tengo que rechazar tu oferta. Un vendaje bastará por ahora.

Ella apretó los labios.

—Veré qué encuentro.

Danyin sintió cierta empatía hacia ella y, curiosamente, un poco de rabia. «Resultará que estoy de acuerdo con Auraya en que la prohibición de utilizar los servicios de los tejedores es absurda». El vorán aún merodeaba por allí. Sin darle la espalda en ningún momento, Raeli arrancó una tira de tela del sayo de un criado muerto y vendó la herida de Rapsoda con ella.

—Si los Blancos pretenden que te quedes aquí, será mejor que te envíen a un sacerdote cuanto antes —dijo—. Puedo mantener a raya a uno o dos de esos seres, pero dudo que pueda con más. —Su expresión se endureció—.

Dile a tu líder que mi gente llegará dentro de unas horas. Recuérdale que nunca tomamos partido; que ofreceremos nuestra ayuda a todos. Si los pentadrianos la aceptan y los circulianos no, la responsabilidad no será nuestra.

Lanren le devolvió la mirada y asintió.

—Varios sacerdotes ya vienen hacia aquí.

El sol estaba bajo en el cielo cuando la caravana de los tejedores de sueños se detuvo. Su número había crecido y ahora rondaba los cien. Leiard sabía que los tejedores con los que él viajaba no eran los únicos que se dirigían hacia el campo de batalla. Otras caravanas aguardaban en valles cercanos. Si estaban dispersos reducían el riesgo de que los circulianos, si sucumbían a un impulso fanático demencial después del combate, borrarán del mapa a cientos de tejedores de una tacada.

Se habían detenido a una hora de camino del campo de batalla, y Arlij había reunido a un grupo de veinte personas para que la acompañaran hasta allí. La mayoría de los que quedaran llegaría cuando la contienda hubiera terminado. Unos pocos se quedarían para proteger los tarnes por si unos oportunistas decidían saquearlos.

Leiard se había unido al grupo de Arlij. Había optado por llevar a Jayim consigo, pues sabía que el muchacho los seguiría a hurtadillas si lo obligaban a quedarse. Ahora, al llegar a aquel escenario de devastación, percibió que la curiosidad y la expectación de Jayim daban paso al espanto.

El valle estaba ennegrecido a causa del barro revuelto y la hierba y los cadáveres chamuscados que lo cubrían. Un fragor constante, amortiguado por la distancia, llegaba hasta sus oídos. Era una combinación de gritos, alaridos, el entrecuchar de armas y escudos, y los estampidos y la crepitación de la magia. Cinco figuras blancas se enfrentaban a cinco negras desde extremos opuestos del valle. El aire entre ellos emitía destellos y se curvaba. Grandes franjas de tierra quemada y sembrada de cuerpos indicaban los lugares donde los ataques entre hechiceros habían traspasado las barreras de protección.

Leiard recordó otras batallas de menor magnitud pero igual de

truculentas. Aunque esos recuerdos no le pertenecían, eran muy vívidos. Desolación y dolor. Vio que había elementos nuevos en este conflicto. Unas bestias oscuras (los voranes que Auraya había descrito), letales y difíciles de matar, causaban estragos en el ejército circuliano. Los siyís revoloteaban y se lanzaban en picado sobre las cabezas de soldados y hechiceros. Unas formas negras más pequeñas los acosaban, rasgándoles las alas o atacándolos en masa para arrastrar a sus víctimas hasta el suelo.

Mientras Leiard observaba, tres siyís se apartaron de la batalla aérea para sobrevolar a los pentadrianos y hacer caer sobre ellos una lluvia de proyectiles. Un siyí se desplomó cuando varios arqueros contraatacaron con una andanada de flechas, pero los seres del cielo habían conseguido causar varias bajas a su paso.

Sin embargo, el número de siyís era tan reducido que cada muerte resultaba devastadora para ellos.

«No me queda más remedio que desear que ganen los circulianos —pensó Leiard de pronto—, o esto será el fin de los siyís».

«Lo más trágico es que todos están aquí —dijo Mirar en tono lúgubre—. Este será el mayor crimen de tu ex amante: convertir a un pueblo pacífico en guerreros y conducirlos a su extinción».

—Bueno, aquí estamos. ¿Cuáles son tus conclusiones, Leiard?

Al volverse, se percató de que Arlij estaba de pie junto a él.

—Es una locura —respondió—. Un desperdicio.

Ella esbozó una sonrisa triste.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero ¿qué opinas de los dos ejércitos? ¿Qué puntos fuertes y débiles tiene cada uno? ¿Quiénes vencerán?

Leiard estudió la batalla de nuevo, con expresión ceñuda.

—Se trata de un combate típico. Los hechiceros luchan desde la retaguardia, protegiendo a su ejército y a sí mismos de la magia enemiga. Los más poderosos de los hechiceros menores permanecen a su lado para aportarles su energía.

—¿Te refieres a los Blancos? —preguntó Jayim—. Y a los sacerdotes.

—Así es —respondió Leiard—. Aquellos cuya función es más física que mágica libran una batalla aparte, aunque cuentan con que los hechiceros los

protejan. Me refiero a los soldados, arqueros, jinetes, cocheros de platén, siyís, voranes y pájaros negros. Puede que no posean grandes dones, pero aprovechan lo que tienen.

—Los siyís son como arqueros —observó Jayim—. Arqueros voladores.

—En efecto —convino Arlij—. Se basan en el factor sorpresa para atacar y alejarse antes de que los arqueros pentadrianos tengan tiempo de contraatacar.

—Es la misma estrategia que siguen los voranes —señaló otro tejedor de sueños—, pero ellos no tienen que enfrentarse a nada similar a los pájaros negros.

—Los siyís se defienden bien de los pájaros —aseveró Leiard—. Al parecer, las aves solo atacan en grupo, lo que las hace más vulnerables a los proyectiles.

—¿Qué sucedería si el ejército circuliano fuera derrotado, pero los Blancos ganaran? —inquirió Jayim.

Leiard le dedicó una sonrisa sombría.

—Si los Blancos derrotan a los hechiceros pentadrianos, después podrán matar a los enemigos que queden..., o exigirles que se rindan.

—¿Abandonarían a sus soldados para concentrar toda su magia en acabar con los hechiceros negros?

—Quizá, como último recurso.

—No... no lo entiendo. ¿Por qué se molestan en llevar soldados a la batalla? Comprendo que los sacerdotes ayudan a los Blancos proporcionándoles energía mágica, pero no creo que los soldados influyan mucho en el resultado.

Arlj soltó una risita.

—Debes tener en cuenta la motivación tras todas las guerras. Casi siempre es hacerse con el control para arrebatar a los vencidos todas las riquezas posibles. Los invasores hacen planes para después de la batalla. Tras la victoria, deben mantener su dominio. Aunque sean hechiceros poderosos, no pueden estar en más de un lugar a la vez, de modo que traen ayudantes consigo: hechiceros menores, soldados, personas atraídas por la promesa de botines y tierras.

»Los defensores lo saben, así que reúnen un ejército como prevención, por si pierden. Cuantas más muertes haya entre las filas invasoras, menos conquistadores en potencia quedarán para someter a los defensores, y más posibilidades tendrán los conquistados de expulsar a los invasores después.

Jayim asintió despacio.

—Y si esperasen a que la batalla entre los hechiceros terminara, y su bando fuera vencido, los hechiceros enemigos los matarían de todos modos, así que les conviene más luchar ahora.

—Exacto —suspiró Arlij—, aunque la mayoría de los soldados no es consciente de ello. Hacen lo que se les ordena y confían en el criterio de sus líderes.

—Se sabe que los hechiceros conceden a los soldados supervivientes la oportunidad de rendirse —añadió Leiard.

Jayim contempló la batalla y arrugó el entrecejo.

—Los circulianos... ¿vamos... vamos ganando o perdiendo?

Leiard miró de nuevo hacia el valle y examinó ambos bandos con detenimiento. Se había fijado en que los soldados circulianos de a pie estaban pasando dificultades, pero esto no le había preocupado, pues, tal como le había dicho a Jayim, la victoria o el fracaso dependían en última instancia de los Blancos.

Los sacerdotes circulianos parecían haber sufrido más bajas que los hechiceros que apoyaban a los líderes pentadrianos. Había muchos más cadáveres con túnica blanca que negra. Al observar los combates, entendió poco a poco el porqué.

Los voranes. Eran tan rápidos y eficientes para matar que de vez en cuando lograban atravesar las defensas circulianas y sorprender a algún sacerdote. Por otra parte, ninguno de los cuerpos del ejército circuliano era tan eficaz para eliminar a los hechiceros enemigos. Los siyís eran los únicos guerreros capaces de atacarlos, pero los pájaros negros los hostigaban constantemente.

—Los pentadrianos llevan ventaja —sentenció.

Arlj exhaló un suspiro.

—Lo más duro para un tejedor de sueños no es enfrentarse a los

prejuicios o la intolerancia, sino ver cómo su país pierde una guerra sabiendo que no puede intervenir. —Miró a Jayim—. No nos ponemos de parte de nadie. Si te implicas en la lucha, dejas de ser un tejedor de sueños.

Jayim hizo un gesto afirmativo. Su rostro juvenil estaba surcado por arrugas de tensión, angustia... y determinación. Leiard sintió una mezcla de orgullo y desconsuelo. La voluntad del chico no flaquearía, pero él se detestaría a sí mismo por ello.

Arlj posó en Leiard una mirada directa e inquisitiva.

—¿Y tú?

Leiard la miró, juntando las cejas.

—¿Yo qué?

—¿No te sientes tentado de acudir al rescate de alguien?

Él entendió de inmediato a quién se refería. Auraya. ¿Sería él capaz de presenciar la derrota de Auraya con los brazos cruzados?

De pronto, se le aceleró el pulso. Dirigió la vista al campo de batalla, hacia los cinco Blancos. ¿Cómo no había pensado en ello antes? «Siempre me pareció tan fuerte, tan segura de sí misma... —se dijo—. No me hacía muy feliz que fuera una Elegida de los dioses, pero eso significaba que se encontraba a salvo. Que era inmortal. Que estaba protegida por la magia y por las deidades.

»Las deidades... No permitirán que los humanos a quienes eligieron como representantes pierdan... ¿O sí?«

«Si te crees eso, eres idiota», susurró Mirar.

—¿Qué puedo hacer para salvarlos? —preguntó Leiard con sinceridad—. Dudo mucho que un hechicero por sí solo pueda marcar la menor diferencia. —Consciente de que su voz delataba su ansiedad, se volvió hacia Arlj—. Salvo ejerciendo de sanador, como siempre.

Arlj le dio un apretón amistoso en el hombro.

—Y bastante bueno, por cierto.

Mientras ella se alejaba, Leiard lanzó un profundo suspiro. Ya no quería ser testigo de la batalla, si eso implicaba ver morir a Auraya con una sensación de impotencia absoluta.

«Puedo ahorrarte ese mal trago», se ofreció Mirar.

«No. Estoy aquí para sanar», repuso Leiard.

«Puedo hacerlo en tu lugar».

«No. Cuando esta guerra termine, iremos a Somrey y me libraré de ti».

«¿Crees que Arlij puede curarte? No creo que te guste que fisgonee en tu mente. Tampoco estoy seguro de que la idea me seduzca mucho a mí».

«Creía que querías desaparecer».

«Depende de si los Blancos ganan o no esta batalla. Si salen vencedores, te dejaré ir a Somrey. Veremos si Arlij puede hacer algo respecto a nuestra situación».

«¿Y si los Blancos pierden?», preguntó Leiard.

Mirar no respondió.

46

Tryss planeó en un círculo amplio con la esperanza de que se le presentara la oportunidad de ver cómo se desarrollaba la batalla. Sin un objetivo inmediato, un pájaro negro contra el que luchar ni ninguna otra cosa que ocupara su atención, de pronto cobró conciencia de lo cansado que estaba. Le dolían todos los músculos. Se percató de que le salía sangre de varios cortes y arañazos que no recordaba cómo se había hecho. Le escocían.

La mitad de su escuadrilla lo seguía. Los examinó con ojo crítico y observó varias heridas y señales de agotamiento. Le preocupó ver que Tyssi sangraba mucho por una herida profunda. Los demás parecían enteros, pero fatigados. Contempló la batalla que se libraba en el cielo. El número de pájaros negros se había reducido considerablemente, lo que le produjo una sombría satisfacción, pero también había disminuido el de los siyís. Aproximadamente a la mitad.

Algunos se habían alejado volando para descansar o buscar más dardos, pero no eran la mayoría. Se le cayó el alma a los pies. Gran parte de los que faltaban habían muerto. Eran conocidos suyos. Apreciaba a alguno. A otros no. Todo le parecía una estupidez en aquellos momentos.

«¿Por qué accedimos a venir? ¿Por qué firmamos ese tratado? Habríamos podido quedarnos en casa, ceder las tierras del sur a los colonos, retirarnos a las cumbres más altas.

»Y morir de hambre. —Suspiró—. Luchamos porque los circulianos eran

los mejores aliados posibles en un momento en que ya no podíamos esperar que los sucesos del mundo no nos afectaran. Es mejor participar en ellos y sufrir las consecuencias que mantenerse al margen y padecer las consecuencias de todos modos».

Unos gritos triunfales atrajeron su atención hacia abajo. Vio que una escuadrilla de siyís se elevaba rápidamente tras acribillar al enemigo con dardos venenosos y flechas. Reparó en que los comandaba Sreil. Al recordar que Drili estaba en la escuadrilla de Sreil, Tryss la buscó. Ella iba volando detrás de Sreil, a poca distancia, con una sonrisa de oreja a oreja.

El alivio y la gratitud lo inundaron. El mero hecho de verla le levantó la moral. Seguía viva. «Y yo también —pensó—. Y mientras lo esté, lucharé».

Tras bajar la vista hacia las sartas de dardos y flechas que colgaban de su arnés, calculó que le quedaba menos de una tercera parte. Una vez que los hubiese disparado todos, conduciría a su escuadrilla hasta el campamento para conseguir más. Se volvió hacia sus camaradas y dio la señal de que lo siguieran. Acto seguido, se lanzó en picado hacia el enemigo.

Había aprendido a interpretar la postura y los movimientos de los pisatierra para saber dónde estaba puesta su atención. Los rostros pálidos de los pentadrianos resultaban bien visibles contra el negro de su túnica, sobre todo cuando miraban hacia arriba. Tryss se dirigió hacia un grupo que tenía la vista fija en una de las hechiceras negras.

De pronto, todas las caras se volvieron hacia Tryss a la vez. Al ver que sujetaban arcos, todos en la misma posición, lanzó un silbido de alerta mientras viraba hacia la izquierda. Las flechas pasaron zumbando alarmantemente cerca. Algo le rozó la mandíbula. Se alejó trazando una curva, con el corazón desbocado.

«Así que han aprendido a vernos venir —pensó Tryss— y a fingir que no se han dado cuenta hasta que estamos cerca. Qué astutos».

Bajó los ojos y se llevó una fuerte impresión cuando se percató de la baja altura a la que volaba. Por fortuna, los hombres y mujeres que tenía debajo le daban la espalda en aquel momento, pendientes de algo que sucedía más adelante. Él alzó la vista y sintió que su corazón dejaba de latir.

La hechicera negra. Él estaba a punto de pasar volando por encima de ella

y de adentrarse en la batalla de magia. Torció el rumbo con brusquedad, batiendo las alas desesperadamente, y consiguió volver atrás y elevarse un poco.

Solo entonces se percató de que estaba solo.

Echó una ojeada en torno a sí, olvidándose de que podía tener arqueros debajo. ¿Dónde estaba su escuadrilla? ¿Habían girado para evitar a los arqueros o habían... o estaban...?

Miró hacia abajo y vio varios cuerpos alados y maltrechos en el suelo. Todos yacían inmóviles salvo uno. Tyssi se arrastraba trabajosamente, intentando huir de los pentadrianos, con una flecha sobresaliéndole del muslo.

Varios hombres se le acercaron y comenzaron a propinarle patadas.

La ira se apoderó de Tryss. Haciendo caso omiso del peligro que podía provenir de abajo, enfiló una trayectoria recta hacia los agresores de Tyssi. Se concentró en sus espaldas. En cuanto los tuvo a tiro, disparó dos dardos. Dos de los pentadrianos cayeron. Al ver que los otros se volvían hacia él, Tryss giró en redondo. Cuando miró atrás, vio a Tyssi inerte en un charco de sangre, con una herida sobre el corazón. Los ojos se le anegaron en lágrimas. Parpadeando, devolvió la vista al frente y advirtió que volaba de nuevo hacia la hechicera negra.

Comenzó a dar media vuelta, pero cambió de idea.

Incluso mientras se enderezaba y apuntaba, sabía que lo que hacía era totalmente inútil. No se paró a pensar. Unos dardos salieron despedidos de su arnés. Los vio hender el aire, dando por sentado que rebotarían contra un escudo mágico.

En vez de ello, se clavaron en la espalda de la hechicera.

La incredulidad cedió el paso al júbilo. Tryss soltó un grito de alegría cuando la mujer se tambaleó hacia delante. Mientras se alejaba describiendo una curva, echó un vistazo hacia atrás. Ella se había vuelto para mirarlo. Movié una mano, y él notó un nudo en el estómago cuando comprendió lo que iba a ocurrir.

Algo impactó contra él.

Sus pulmones se vaciaron bruscamente. El mundo pasó a toda velocidad

frente a sus ojos, más deprisa de lo que él había volado nunca, y de pronto otra cosa le golpeó la espalda. El suelo. Oyó un chasquido y estuvo a punto de desmayarse a causa del dolor que le atenazó todo el cuerpo.

«¿Qué he hecho? —pensó mientras yacía jadeando—. Una gran estupidez —se respondió—. Pero la he matado. He envenenado a la hechicera negra. Ahora venceremos. Eso lo tengo que ver». Abrió los ojos. Cuando alzó la cabeza, sintió una punzada intensa en la espalda, y lo que vio le provocó un mareo. Tenía las piernas torcidas en ángulos poco naturales.

«Eso debería doler —pensó—, pero no noto nada de cintura para abajo». Sabía que estaba malherido, seguramente agonizando, pero no acababa de creérselo. Hombres y mujeres vestidos de negro se alzaban imponentes en torno a él. Parecían furiosos.

Sonrió. «He matado a vuestra líder».

Uno de ellos dijo algo. Los demás se encogieron de hombros y asintieron, antes de alejarse.

Con los dientes apretados, Tryss levantó de nuevo la cabeza. Más allá de las figuras con túnica negra, divisó a la hechicera. Vio que se llevaba la mano a la espalda, se arrancaba un dardo, luego el otro, y los tiraba a un lado.

«El veneno ya debería haber hecho efecto».

En cambio, la mujer dio media vuelta para unirse de nuevo a la batalla.

Si él hubiera podido mover la mandíbula, habría soltado una palabrota. En vez de ello, cerró los párpados y dejó caer la cabeza. «Drili se enfadará mucho conmigo».

Y se sumió en la oscuridad.

A lo largo del día, los Blancos se habían desplazado lentamente hacia el centro del valle, siempre en busca de una nueva fuente de magia. Los hechiceros negros también habían avanzado paso a paso. El ejército entre ellos había menguado aún más, como si se encogiera ante aquella marcha imparable.

Auraya alcanzaba a ver ahora los rostros de sus adversarios. Sin embargo, para avanzar tenían que rodear o pasar por encima de hombres y mujeres

muertos o heridos. La conexión con sus compañeros Blancos mantenía su mente centrada en la lucha, pero ella era consciente de una tensión creciente en el fondo de sus pensamientos. Había empezado a temer el momento en que desconectarán y ya nada la protegería de la realidad funesta y terrible que la rodeaba.

Tal vez no tendría que soportarlo durante mucho tiempo. Sabía que el ejército circuliano estaba perdiendo. Sabía que los voranes habían matado a muchos sacerdotes, lo que estaba inclinando la balanza de la fuerza mágica en favor de los pentadrianos. Sabía que quedaban demasiados pocos siyís en el aire.

La frustración de Juran los embargaba a todos. Él se aferraba a la esperanza de que el enemigo cometiera algún error, un solo error que ellos pudieran aprovechar.

Cuando este se produjo, su causa fue tan inesperada que al principio ellos la pasaron por alto.

La hechicera más poderosa flaqueó. Juran ordenó de inmediato un ataque contra el hechicero pentadriano más débil, contando con que sus compañeros no pudieran escudarlo a tiempo. El hombre se protegió, dejando a su gente en situación vulnerable. Auraya experimentó alivio y luego una sensación de triunfo cuando varios enemigos cayeron.

De pronto, empezaron a llover cuerpos del cielo.

Ella ahogó un grito de espanto. El enemigo había sacrificado a los suyos con el fin de acumular magia suficiente para cargar contra los siyís. Pero ¿por qué contra ellos? Ahora representaban una amenaza menor.

Se dio cuenta de que el líder pentadriano miraba hacia arriba. Estaba dirigiendo los ataques. Le dirigió a Auraya una sonrisita burlona. El odio la invadió.

Aún cree que Auraya dejará pasar una oportunidad por salvar a los siyís —dijo Juran—. Yo los protegeré, Auraya. Tú encárgate de su líder.

Ella apretó los dientes e invocó magia más deprisa de lo que jamás lo había intentado. La energía acudió a ella, rápida y potente. Auraya la sentía en torno a sí, notaba que respondía a su voluntad y su rabia, acumulándose sin cesar en su interior. Ella cerró los ojos, abrumada por un estado de

conciencia agudizado. El tiempo se detuvo. La Blanca comprendió que aquella percepción de la magia que la rodeaba era similar a la que tenía de su posición respecto al mundo.

¡Ahora, Auraya!

El grito mental de Juran la devolvió de golpe al mundo físico. Ella abrió los ojos y descargó toda aquella energía contra el líder pentadriano.

La expresión arrogante del hombre se desvaneció. Ella percibió que su defensa cedía. El pentadriano salió despedido hacia atrás, derribando a hombres y mujeres a su paso.

Auraya esperó a que se levantara y aguardó la siguiente indicación de Juran. Poco a poco, reparó en la sorpresa de los otros Blancos y en que la fuerza del enemigo había mermado. Los pentadrianos se aglomeraron en torno a su líder. Sonó un grito.

Están diciendo que ha muerto —explicó Dyara—. ¡Kuar ha muerto!

Auraya contempló a su compañera con fijeza.

No es posible. Debe de estar inconsciente. Seguro que lo han dado por muerto pero no lo está. Intenta engañarnos para que bajemos la guardia.

No, Auraya —repuso Rian—. Dudo que alguien pueda sobrevivir a un azote así.

Pero...

Ha cometido el error que estábamos esperando —concluyó Juran en un tono triunfal—. Como no preveía un ataque tan devastador, no ha usado toda su energía para defenderse. Tal vez protegía a otra persona. Era algo de lo que no nos habíamos percatado.

¡Hemos ganado! —exclamó Mairae. Sin embargo, su sonrisa se esfumó de inmediato—. Y ahora ¿qué hacemos?

Matarlos —respondió Rian—. De lo contrario, siempre constituirán un peligro para nosotros.

Rian tiene razón —convino Juran—. No nos queda otro remedio. Pero basta con que matemos a los líderes. Podemos perdonar la vida a los demás...

Siempre y cuando se rindan, añadió Dyara.

Auraya advirtió que Juran y los demás invocaban magia. Ella los imitó.

¡No!

La voz retumbó en los pensamientos de Auraya. Esta se sobresaltó tanto que su escudo estuvo a punto de desactivarse.

¡Chaia!, respondió Juran.

Soy yo. No matéis a los líderes enemigos. Si lo hacéis, otros ocuparán su lugar. Ya conocéis a esa gente. Sabéis cómo luchan. Saben que sois superiores a ellos. Dejadlos marchar.

Así lo haremos, aseguró Juran.

Auraya percibió su alivio y su desconcierto. Cuando la presencia del dios se disipó, Juran dirigió la vista hacia los hechiceros enemigos. Los cuatro permanecían impasibles, pero ya no atacaban.

Avanzaremos hacia ellos, decidió Juran.

Mientras caminaban entre lo que quedaba del ejército circuliano, la quietud se impuso lentamente en el campo de batalla. Los combates cesaron, y los dos bandos se replegaron. Los cuatro hechiceros pentadrianos se acercaron entre sí.

De pronto, un sonido nuevo llegó hasta los oídos de Auraya. Gritos y exclamaciones. Se volvió, temiendo que se tratara de una nueva acometida.

Entonces descubrió que los circulianos habían prorrumpido en voces de entusiasmo.

Mientras los dos ejércitos dejaban de luchar y se retiraban a los lados del valle, Emerahl exhaló un largo suspiro.

«Sabía que era demasiado bueno para ser cierto —pensó—. Por un momento, he creído que estos pentadrianos solucionarían mis problemas con los circulianos».

Pero los dioses jamás permitirían que unos paganos invasores eliminaran a sus devotos. Sin duda habían intervenido de algún modo para que los Blancos se alzaran con la victoria.

El motivo por el que habían esperado hasta el final del día era un misterio. El sol poniente bañaba el valle en un resplandor suave. Arrancaba destellos a armas y escudos, y teñía de dorado las túnicas blancas. Casi todo ello estaba en el suelo; pertenecía a los muertos, los moribundos y los heridos.

Pronto los tejedores de sueños se pondrían manos a la obra.

Emerahl percibía una tensión creciente entre los hombres y mujeres que tenía cerca. Aguardaban a que los dos ejércitos se marcharan. Ella no sabía que los tejedores fueran tan indecisos o temerosos. Supuso que los recuerdos de conexión de la masacre que había sufrido su pueblo les había enseñado a ser prudentes.

Tras dejar atrás la caravana del burdel, ella había caminado por la carretera hacia Toren durante unas horas antes de abandonarla para internarse

en las llanuras. Aunque Rozea no revelase a nadie que su favorita se había ido, era probable que las historias sobre la ramera que había resultado ser una hechicera pasaran de boca en boca, en versiones cada vez más exageradas. Si un sacerdote circuliano decidía investigar, Emerahl quería que sus perseguidores creyeran que se había dirigido de vuelta a Toren. Lo último que imaginarían sería que ella continuara siguiendo al ejército. Al menos, eso esperaba.

Al fijarse en los hombres y mujeres tensos, sonrió. No sabían qué pensar de ella. Se trataba de una joven con ropa común y corriente que vagaba sola cerca de un campo de batalla y era demasiado atractiva para ser una prostituta solitaria. Cuando ella les había dicho que buscaba el origen del sueño de la torre y les había explicado su teoría de que era un recuerdo de conexión de la muerte de Mirar, los dos hombres que encabezaban el grupo se habían ido aparte para mantener una larga conversación privada.

—Hay uno de los nuestros que podría ser el tejedor que buscas —le habían dicho cuando habían regresado—. Guarda muchos recuerdos de conexión de Mirar. Cuando terminemos nuestro trabajo, te llevaremos hasta él.

Así pues, ella había esperado con ellos y había visto el desenlace de la mayor batalla jamás librada en Ithania del Norte. Sintió que tenía que aprovechar la oportunidad. Se había pasado tantos años de su vida evitando conflictos que rara vez había presenciado acontecimientos que seguramente se convertirían en leyenda.

«Por fin tendré algo que contar cuando esté a la mesa o junto a una hoguera, y siempre conseguiré impresionar a mi público, incluso dentro de milenios», pensó, divertida.

Más abajo, los Blancos y los hechiceros negros se separaron. Salieron lentamente del valle. Unos pentadrianos recogieron el cadáver de su líder y se lo llevaron.

—Los han dejado rendirse —dijo uno de los tejedores, claramente sorprendido.

—Tal vez ellos mismos reconocen que ha habido suficientes matanzas por hoy.

—Lo dudo.

Emerahl se sentía inclinada a dar la razón a esta última persona, pero guardó silencio. Muchos de los guerreros y sacerdotes circulianos se habían quedado en el valle y caminaban entre los muertos y heridos, al igual que algunos pentadrianos.

—Es la hora —dijo el líder del grupo de tejedores.

Emerahl notó que la tensión disminuía y cedía el paso a la determinación. Los tejedores comenzaron a descender hacia el valle con bolsas de medicinas, seguidos por discípulos cargados con sacos de vendas y odres de agua.

Ella no podía acompañarlos. Aún había sacerdotes ahí abajo. Si se acercaba, llamaría la atención por ser la única sanadora que no llevaba un chaleco de tejedora ni un cirque de circuliano.

«Tengo que buscar la manera de pasar inadvertida. Necesito una túnica de tejedor...»

Volvió la vista hacia los tarnes. Seguramente habría ropa de repuesto dentro. Confiaba en que a los tejedores no les importara que cogiera una muda.

Se puso de pie y se dirigió con decisión hacia el campamento de los tejedores.

El sacerdote Tauken pasó por encima de un cuerpo decapitado y se detuvo. Un joven soldado yacía a pocos pasos de ahí, apretándose el pecho con los brazos. Tauken oyó que respiraba con dificultad. Se colocó a su lado y se puso en cuclillas. El joven, esperanzado, alzó la mirada hacia él, con los ojos muy abiertos.

—Ayudadme —jadeó.

—Vamos a ver —dijo Tauken.

El hombre abrió los brazos a regañadientes. Aunque era evidente que el movimiento le causaba dolor, solo consiguió emitir un gemido.

El soldado llevaba un peto de hierro, pero eso no había bastado para parar un golpe con una buena espada. El peto tenía un tajo en el que relucía la sangre.

—Tendré que quitarte esto.

El soldado dejó que él lo despojara de la armadura. El brillo de sus ojos empezaba a apagarse. Tauken arrancó la ropa que rodeaba la herida y se agachó sobre ella. Oyó un leve sonido de succión que coincidía con la respiración del hombre. Al sacerdote se le encogió el corazón. No podría salvarlo.

Cuando se enderezó, los dos criados del campamento enviados para ayudarlo lo observaron con expectación. Él los miró e hizo un ligero gesto con la mano para indicarles que no se detendrían allí. Ellos asintieron, apartaron la vista, y de pronto la esperanza iluminó su rostro.

Tauken se volvió para averiguar qué habían visto. Una tejedora de sueños lo observaba. Por su aspecto, él dedujo que era somreyana.

—¿Has terminado? —preguntó ella.

Juran había suspendido por un día la prohibición de aceptar los servicios de los tejedores. Tauken abrió la boca, pero se quedó callado. Si decía «sí» en voz alta, el soldado moribundo sabría que estaba perdido. En vez de ello, asintió.

Ella se acercó y examinó al hombre.

—Herida en el pecho. Le ha traspasado los pulmones.

Cuando se arrodilló frente al soldado, Tauken dio media vuelta. Avanzó unos pasos cuando la mujer lanzó un silbido penetrante. Al volverse, vio que un tejedor más joven se aproximaba a toda prisa. La mujer cogió las vendas que él le tendió y alzó un cuenco pequeño, indicándole que lo llenara con agua de una jarra. Mientras el joven se alejaba rápidamente para acudir a otra llamada, ella se sacó un frasco pequeño del chaleco y vertió en el agua un poco del polvo que contenía.

Tauken sabía que debía seguir adelante, pero la curiosidad lo mantenía inmóvil. Moviendo las manos con una rapidez fruto de la práctica, la tejedora lavó la herida y dejó a un lado el paño empapado en sangre. Hizo una pausa. Tauken vio que subía y bajaba los hombros, respirando hondo, antes de posar una mano sobre la herida y cerrar los ojos.

Había algo en todo aquello que no estaba bien. Al observarla llevar a cabo su magia de tejedora, Tauken por fin comprendió de qué se trataba.

—No le has preguntado si quería tu ayuda —dijo.

Ella frunció el ceño, abrió los ojos y los clavó en él.

—Está inconsciente.

—Así que no puede decidir por sí mismo.

—Y por eso tú debes decidir por él —dijo ella con serenidad.

Él la miró fijamente. En otros tiempos le habría pedido que se marchara. Más valía dejar que el soldado muriera a poner en riesgo su alma dejando que lo sanara una tejedora. Sin embargo, él sabía que, si hubiera estado en el lugar del joven, querría vivir. Si Juran podía levantar la prohibición por un día, los dioses debían de estar dispuestos a perdonar a quienes optaran por valerse de los servicios de los tejedores.

«¿Quién soy yo para negarle a este hombre su vida? Aceptar la ayuda de un tejedor no convierte a nadie en uno de ellos. Además, tienen mucho que enseñarnos».

Solo esperaba que el joven estuviera de acuerdo.

—Sánalo —dijo. Hizo una señal a sus ayudantes para que lo siguieran y se alejó—. Que los dioses me perdonen —murmuró para sí.

El campamento circuliano estaba iluminado por cientos de antorchas. Aunque habría debido ofrecer un espectáculo alegre, aquellas luces alumbraban una escena lúgubre.

Hacia el final de la batalla, los voranes habían atacado el campamento y masacrado a sirvientes y animales indefensos. Auraya observaba a los supervivientes, que hacían lo posible por limpiar aquel desastre. Unos se llevaban los cuerpos, otros atendían a los heridos. A los rainas que habían perdido a su jinete los habían atrapado y los utilizaban para transportar a los menos afortunados hasta la orilla del campamento.

Al ver todo esto, Auraya casi deseaba haber liquidado a los pentadrianos con la ayuda de los demás Blancos.

«Los dioses han hecho bien en dejar que sigan con vida. No me gustan las matanzas innecesarias. Tampoco las necesarias, pero matar a un enemigo derrotado se asemeja mucho a un asesinato a sangre fría».

Se habían propuesto librar al mundo de los hechiceros negros. Ahora, después de recapacitar, comprendía cuáles habrían sido las probables consecuencias. La batalla se habría prolongado un poco más, y habría muerto más gente.

También era consciente de que quizá algún día lamentarían la decisión de permitir que los cuatro hechiceros negros regresaran al continente del sur. Si los pentadrianos nombraban líder a un hechicero igual de poderoso que el anterior, tal vez Ithania del Norte sufriría otra invasión. No obstante, ya era un hecho extraordinario que en el último siglo hubieran nacido cinco hechiceros poderosos, por lo que resultaba del todo improbable que apareciera otro pronto.

«Esos sureños lo pensarán dos veces antes de enfrentarse a nosotros de nuevo —se dijo Auraya. Reflexionó sobre la figura luminosa que había visto después de que los pentadrianos salieran de las minas. Ya fuera una ilusión o una nueva deidad, claramente no les había proporcionado la victoria—. Eso también les dará motivos de duda si se plantean otra guerra de conquista. En cambio, nuestros dioses han logrado proteger Ithania del Norte a través de nosotros». Sonrió, pero notó que la sonrisa se le borraba del rostro. Desde el momento en que el líder pentadriano había muerto, ella había reproducido la escena una y otra vez en su mente, no para vanagloriarse por haberle asestado el golpe mortal, sino para entender lo que había sucedido.

Lo recordaba todo con claridad. Había cobrado una nueva conciencia de la magia. La percibía de la misma manera que su posición respecto al mundo. Si se concentraba, podía recuperar ese estado de conciencia que, de algún modo, le había permitido invocar y usar más magia que nunca.

A los otros Blancos les había asombrado la fuerza de su ataque. De vez en cuando, sorprendía a Juran contemplándola con una expresión ceñuda de perplejidad. Quizá ella había tardado menos tiempo del que él esperaba en aprender a usar sus dones. Por otro lado, a los demás la guerra no los había obligado a desarrollar sus habilidades rápidamente.

O tal vez Juran solo estaba descolocado porque había sido ella, y no él, quien había lanzado el azote final. En todo caso, no parecía guardarle rencor por ello. Se mostraba complacido con ella. Auraya aceptaba su aprobación

con cierta cautela, preguntándose si incluía el perdón por su aventura con Leiard.

Al pensar en el tejedor de sueños, sintió una punzada de pena y se alegró de no estar conectada con los otros Blancos. Enderezó la espalda. Su relación era un error de su pasado, una lección sobre los peligros del amor. Ahora, después de la batalla, su encaprichamiento se le antojaba infantil y ridículo. Había llegado el momento de pensar en cosas más importantes: la recuperación de su pueblo... y de los siyís.

Un jinete solitario galopaba hacia donde se encontraban los Blancos. Auraya lo siguió con la mirada, agradecida por la distracción. Según informes de los asesores, el rey Guire y el presidente Meeran habían regresado unas horas después de huir de los voranes. Sin embargo, nadie había visto al rey Berro.

El jinete tiró de las riendas al llegar frente a Juran.

—No hay rastro de él, Juran el Blanco. Podríamos enviar a un segundo grupo de rastreadores.

—Sí —dijo Juran—. Adelante.

El hombre se alejó a toda prisa. Los Blancos continuaron su descenso hacia el campamento. Cuando estaban a punto de llegar, Auraya oyó que una voz aguda y familiar la llamaba. Exhaló un suspiro de alivio cuando Travesuras bajó de un salto del techo de un tarne y avanzó dando botes sobre el suelo cubierto de barro hacia ella. Dos veces más, uno negro y uno naranja, lo seguían. Mientras Travesuras trepaba por la túnica de Auraya hasta su hombro, los otros corrieron hacia Mairae y Dyara.

—Mi pequeño fugitivo —dijo Dyara rascando la cabeza de color naranja vivo de su mascota. Miró a Travesuras con suspicacia—. ¿No estará Suerte aprendiendo malas costumbres de él?

Auraya sonrió.

—Probablemente. ¿Él también...?

Al oír el batir de unas alas, a Auraya el corazón le dio un vuelco. Alzó la vista con ansia y respiró tranquila al ver que la portavoz Sirri y otros dos siyís descendían en espiral. Cuando aterrizaron, Juran salió a su encuentro.

—Portavoz Sirri. Estamos en deuda contigo y con tu pueblo. Nos habéis

prestado un servicio muy valioso hoy.

Sirri esbozó una sonrisa triste.

—Ha sido nuestra primera experiencia con la guerra. Hemos aprendido mucho, a un precio muy alto, aunque nuestras pérdidas son insignificantes en comparación con las vuestras. Nuestros civiles han conseguido escapar de los ataques de los voranes.

—Todas las pérdidas son igual de lamentables —replicó Juran—. Nuestros sacerdotes sanadores atenderán a los heridos siyís, además de a los pisatierra.

Sirri parecía confundida, y Auraya vio en su mente imágenes de los cientos de tejedores de sueños que habían bajado al campo de batalla.

—En ese caso, enviaré a mis civiles a echar una mano. Están en buenas condiciones y pueden transportar cargas pequeñas con rapidez.

Juran asintió.

—Su ayuda será bien recibida. ¿Necesitas algo más?

—No. Acabo de enterarme de algo que tal vez te interese. Una cazadora siyí ha avistado a un hombre sentado en la rama de un árbol, al noroeste de aquí. Ella dice que ha acudido atraída por los gritos, pero que no se ha atrevido a aterrizar pues oía a uno de los depredadores del enemigo cerca.

Juran arqueó las cejas.

—Ya lo creo que me interesa. ¿Podrías enviarnos a tu cazadora para que nos ayude a localizar a ese hombre?

—Por supuesto.

—Gracias, portavoz Sirri.

Con una inclinación de la cabeza, ella se apartó.

—Reuniré a mi gente y os enviaré todos los ayudantes que pueda.

Seguida por sus acompañantes, corrió colina abajo, saltó y se alejó planeando. Juran se volvió hacia Auraya.

—Creo que lo mejor será que vayas con esa cazadora.

Pero no humilles al hombre más de lo necesario —añadió—. Hay una línea sutil entre la gratitud y el resentimiento.

Me imagino que para el rey Berro esa línea es extremadamente sutil. Me andaré con tacto.

—El pobre hombre necesitará una montura para volver —dijo ella en voz alta.

Juran sonrió.

—Sí, y rostros conocidos para mitigar la conmoción que ha sufrido.

Ella estuvo a punto de soltar una carcajada. Bastaría con que unos pocos pisatierra fueran testigos del rescate para que todo el mundo supiera que el rey torenio les debía la vida a los siyís.

Y eso no podía ser malo.

48

Había zonas despojadas de magia por doquier, pero eso era normal en un campo de batalla. Para compensar, Leiard solo tenía que analizar la energía que percibía en torno a sí y absorberla de las partes donde aún no se había agotado.

Canalizó magia a través de sí mismo hacia el hombre herido y manipuló huesos y carne hasta que notó la sensación de que volvían a estar donde debían. Los líquidos volvieron a fluir por los conductos apropiados. Destellos de energía circulaban por las vías reparadas. Al oír que el hombre soltaba un quejido de dolor, volvió a bloquear rápidamente los nervios, esta vez de manera que el bloqueo pudiera deshacerse con facilidad.

Leiard se centró en la pierna y arregló las lesiones y fracturas que quedaban. Deslizó la mano por la piel del hombre, profundamente satisfecho por el resultado libre de cicatrices, y le desbloqueó las vías nerviosas antes de ir en busca de otro paciente.

Bastaría con que abriera su mente, y cualquier pensamiento prolongado de los heridos o moribundos lo guiaría. Una voz interior aturdida y débil lo atrajo hacia una hechicera pentadriana. La mujer había recibido un golpe en la cabeza que le había abierto una brecha sangrienta.

«No puedo salvarla —se dijo él—. Su mente quedará dañada».

«Sí que puedes —susurró Mirar—. Yo te ayudaré».

Leiard se acuclilló junto a la mujer y posó la mano sobre la herida. Se

dejó guiar por Mirar. Era una operación tan delicada que apenas se atrevía a respirar. La voluntad de Mirar se fundió con la suya como en muchas ocasiones anteriores aquella noche, así que casi empezaba a sentirse como si estuviera perdiendo su identidad. Esto le provocó una sensación de pánico, pero luchó contra ella. Por el bien de la mujer.

Notó que la brecha en el cráneo de la mujer se cerraba bajo su mano. El hueso se soldó. El líquido acumulado en el cerebro se drenó. Las zonas dañadas sanaron.

«¿Recuperará su estado normal?», preguntó Leiard.

«No del todo. Sufrirá pérdidas de memoria —respondió Mirar—. No se le borrará necesariamente una porción entera de su pasado. Lo más probable es que tenga que aprender de nuevo algunas cosas, como a hablar, bailar... o ver».

«No sabía que eso fuera posible».

«Sí que lo sabías. Lo que pasa es que lo has olvidado».

La mujer estaba curada. Abrió los ojos y contempló a Leiard, extrañada. Se puso de pie y paseó la mirada por el campo de batalla. Leiard se volvió hacia el lado pentadriano del valle y señaló. Ella asintió y echó a andar.

Leiard apartó la vista. Percibió un dolor y una aflicción que lo condujeron hacia un joven siyí con los brazos y las piernas doblados en sitios y direcciones muy poco naturales. Una chica siyí estaba arrodillada a su lado, sollozando.

«Otra víctima de una caída —observó Mirar—. Puede que tenga rota la espalda».

Aquello requeriría mucha magia y concentración. Sin hacer caso de la joven que lloraba, Leiard se postró de hinojos junto al siyí e invocó magia.

Danyin despertó sobresaltado. Estaba acostado junto a una hoguera. Las llamas lamían un trozo de madera que alguien acababa de echar al fuego. Por la forma, él supuso que se trataba de la vara rota de un platén de guerra.

«¿Cuánto rato llevo dormido?»

Se incorporó. Un sirviente, seguramente el que había traído la leña, se

alejaba. Danyin desplazó la vista por el campamento. Quedaban pocas lámparas encendidas. Aún había un puñado de personas que iban y venían, pero en silencio. Reinaba la quietud. No soplaba el viento. Apenas se oían sonidos.

Entonces dirigió la mirada más allá. Al este, vislumbró un resplandor tenue en el cielo.

«Amanece. Está amaneciendo. He dormido durante casi toda la noche».

No era su intención. Solo se había tomado un descanso para beber algo caliente y comer un poco. Estaba agarrotado y dolorido por haber dormido en el suelo. Se levantó, se desperezó y comenzó a caminar sin rumbo fijo.

Sus piernas lo llevaron a un lado del campamento. Se animó al ver allí un vorán muerto, con una gran cantidad de flechas, cuchillos e incluso astillas clavada en el costado. Más allá había una larga hilera de cadáveres; los criados que habían muerto. Era una visión tétrica, pero en absoluto comparable a la que ofrecía el campo de batalla, al otro lado de la cresta.

Al mirar hacia el valle, avistó una fila de sirvientes de pie en el borde del campamento. En ese momento, una figura emergió de la oscuridad. Era un soldado haniano, cubierto de sangre. Dos criados se le acercaron, lo envolvieron en una manta y lo guiaron hasta una hoguera.

Cuando aparecieron un par de guerreros dunwayanos, Danyin comprendió lo que ocurría. Eran los supervivientes de la batalla que habían sanado gracias a los sacerdotes y tejedores.

«Tengo que ver esto».

Danyin pasó junto a los criados que esperaban y comenzó a subir la cuesta. El cielo se iluminó poco a poco. Cuando el consejero se hallaba cerca de la cresta, divisó a unos hombres y mujeres que regresaban al campamento. Unos cojeaban, otros no. Algunos se apoyaban en criados. A unos pocos los llevaban en andas.

En lo alto de la cresta había una figura conocida. Al verla, lo asaltó un sentimiento de culpa. Ella se volvió hacia él y le hizo una seña.

—Buenos días, Danyin Lanza —dijo Auraya en voz baja.

—Auraya —respondió él—. Debo disculparme.

—Hazlo, si eso te hace sentir mejor. Pero la culpa no es tuya. Lo habrían

descubierto de todos modos. Yo tenía la intención de revelárselo algún día, y a ti también.

Él bajó los ojos al suelo.

—Debéis saber que creo que podríais haber elegido mejor.

—Es cierto.

—Ya fuera una buena o una mala elección, supongo que estáis... desilusionada por el resultado.

Ella le dedicó una sonrisa cansina.

—Qué forma tan diplomática de expresarlo. Sí, estaba desilusionada. Pero es agua pasada. Tengo cosas más importantes que hacer.

Él sonrió.

—Así es.

Ella desvió su atención hacia el valle. Al seguir la dirección de su mirada, él vio movimiento entre los caídos. Los tejedores de sueños y los sacerdotes estaban trabajando.

—El cambio en el que yo llevaba mucho tiempo pensando se ha iniciado por sí solo —murmuró ella.

—¿Cambio?

Auraya sacudió la cabeza.

—Los sacerdotes sanadores, en vez de mofarse o hacer caso omiso de las técnicas de sanación de los tejedores, están fijándose en ellas. Hoy aprenderán mucho.

Danyin clavó los ojos en ella. ¿Que los sacerdotes aprendieran de los tejedores era su objetivo desde el principio? Cuando comprendió las implicaciones de esto, se quedó deslumbrado por la brillantez de aquella mujer. Si los sacerdotes podían ofrecer los mismos servicios que los tejedores, estos dejarían de ser necesarios.

«¿Lo sabía Leiard? ¿Había llegado a intuirlo?»

Danyin dudaba que al hombre le hubiera entusiasmado la idea. Por otra parte, Auraya seguramente había abrigado dudas sobre si debía propiciar la extinción del pueblo al que pertenecía su amante, por más que eso significara salvar las almas de aquellos que gracias a ella no ingresarían en la secta pagana en el futuro.

¿Cuánto tiempo llevaba planeando aquello? ¿El nombramiento de Leiard como tejedor asesor había sido un paso en el proceso? Ahora que Leiard no estaba, ella era libre de seguir adelante con su obra.

Auraya suspiró y se volvió. Al mirar de nuevo hacia el campamento, Danyin vio que los otros cuatro Blancos se acercaban.

—Ahora vamos a mantener una pequeña conversación con los dioses — dijo Auraya con aire despreocupado—. Regresa al campamento, Danyin. Nos vemos luego para desayunar.

Él asintió y la siguió con la vista mientras bajaba por la pendiente para reunirse con sus compañeros Blancos. Un soldado llegó cojeando desde el valle. Tras lanzar una última mirada a Auraya, el consejero se apresuró a ir en su ayuda.

Tryss llevaba mucho rato intentando comprender qué sucedía. Había pasado horas aturdido, escuchando el murmullo de hombres y mujeres que hablaban en idiomas ininteligibles para él. Percibía desesperación en sus voces. No fue sino mucho después cuando cayó en la cuenta de que lo que oía eran rezos.

Aquello parecía interminable. Finalmente, casi todas las voces se apagaron. Tryss se preguntó si los dioses habían respondido a sus plegarias. Esperaba que sí.

Sonó otra voz, pero esta no pronunció los nombres de los dioses, sino un nombre que conocía mejor.

—¡Tryss! ¡Estás vivo! ¡Tryss, despierta! ¡Dime algo!

Le resultaba muy familiar. Y reconfortante, en cierto modo. Sin embargo, no se sentía preparado para obedecer. Despertar traería consigo dolor. Ya había sufrido suficiente dolor por ese día.

—Tryss... —Tras una larga pausa, se oyó un sollozo—. Tryss, tengo que decirte algo. Despierta.

Él sintió cierta curiosidad, pero no tanta como para despertar. El recuerdo del dolor era demasiado aterrador. Se dejó envolver por el sueño.

Entonces el dolor fue a buscarlo.

No era una molestia lejana y constante, como antes: lo atacaba en

punzadas breves. Le recorrían el cuerpo, seguidas siempre de una repentina ausencia de dolor. Tryss se vio arrancado de su comodidad. «La voz estará contenta —pensó, malhumorado—. Estoy despertando, tal como quiere. Abriré los ojos y...»

De pronto, estaba contemplando una cara. Un hombre estaba agachado sobre él, con una expresión ceñuda de concentración. La cara no encajaba con la voz.

—¡Tryss! ¡Oh, gracias!

La exclamación procedía de su izquierda. Él empezó a girar la cabeza, pero le dolía demasiado, así que volvió los ojos. Entrevió un rostro borroso. Un rostro femenino.

Ella se inclinó hacia delante, y al reconocerla se estremeció como si le hubiera impactado un rayo.

—Drili.

«He hablado —pensó—. Tal vez no me esté muriendo después de todo». Miró otra vez al hombre. Era un tejedor de sueños. Tryss sintió otro pinchazo de dolor seguido de unos momentos de insensibilidad. Al dirigir los ojos hacia la derecha, vio y notó sobre el brazo las manos del tejedor.

Percibió que algo se movía en el interior de su brazo. Los huesos y la carne cambiaban de posición. Era una sensación extraña que le producía náuseas. Tryss decidió no mirar. Posó la vista en Drili. Era tan hermosa..., incluso cubierta de barro, sudor y sangre. Ella le sonreía, con los ojos relucientes.

—Bueno, ¿de qué se trata? —inquirió él.

Ella parpadeó y frunció el entrecejo.

—¿A qué te refieres?

—A lo que tenías que decirme.

Comprobó divertido que ella titubeaba.

—Así que lo has oído. —Se mordió el labio—. Tal vez deberíamos esperar a más tarde, cuando estés curado.

—¿Por qué?

—Es... demasiado pronto.

—¿Demasiado pronto para qué? —Intentó levantar la cabeza, pero soltó

un grito ahogado cuando un dolor desgarrador le bajó por la espalda.

—Díselo —murmuró el tejedor de sueños.

Drili miró al hombre y asintió.

—Pero recuerda que estas cosas a menudo se malogran durante los primeros meses.

Tryss suspiró con cara de exasperación.

—¿Qué cosas?

Ella se mordió el labio de nuevo.

—Voy... vamos a ser padres.

—¿Padres?

—Sí. Estoy...

«Embarazada. Vamos a tener un hijo». Lo invadió una oleada de emoción. La siguiente punzada de dolor apenas le molestó. Dedicó una gran sonrisa a Drili.

—Con razón tenías siempre ganas de vomitar. Creía que era por echarle tantas especias a la comida.

Ella le hizo una mueca.

Tryss abrió la boca para decir algo, pero se interrumpió cuando el tejedor le deslizó las manos por detrás del cuello. Un dolor agudo le recorrió todo el cuerpo, que después se le adormeció. El tejedor de sueños permaneció un largo rato inmóvil. Poco a poco, Tryss recuperó la sensibilidad, esta vez sin dolor. El tejedor retiró al fin las manos, y Tryss notó que el hombre centraba su atención en el otro brazo.

—Ha sido... increíble —consiguió decir Tryss.

—No te muevas —le indicó el tejedor de sueños.

Drili se colocó a la derecha de Tryss. El siyí descubrió que podía mover el brazo. Al levantarlo, le sorprendió ver que ni una sola cicatriz le marcaba la piel.

Ahora que le era posible volver la cabeza, observó trabajar al tejedor. La visión de su brazo torcido en un ángulo extraño le resultaba perturbadora, pero cuando el tejedor movió las manos despacio sobre su codo, este se dobló en la dirección correcta. Tryss se llenó de admiración. Había oído hablar de las habilidades legendarias de los tejedores de sueños, pero nunca había

imaginado algo parecido.

«Me estaba muriendo —pensó—, y este hombre ha hecho algo que parecía imposible: curarme. Me ha salvado la vida».

El tejedor de sueños se sentó sobre sus talones y examinó a Tryss con ojo crítico. Acto seguido, se enderezó y dio media vuelta.

—Espera. —Tryss se apoyó en las manos y se puso de pie. Cuando se percató de lo que acababa de hacer, se paró a contemplar maravillado sus brazos y su cuerpo. Luego echó a andar apresuradamente en pos del tejedor, con Drili detrás—. Espera. Gracias por salvarme la vida.

Sin dejar de mirar alrededor, el hombre farfulló algo. Con el ceño fruncido, Tryss se le acercó.

—No. No estás a salvo aquí. Pero Jayim. No. Olvídalo. Debes irte antes de que regrese con Arlij. —Tras unos instantes de silencio, el tejedor de sueños habló con voz débil y aguda—. Uno más. Uno más. —Movié la cabeza—. Basta. Está amaneciendo. Ha llegado la hora.

El tejedor estaba hablando solo. ¿Era algo habitual en ellos? Tal vez solo cuando trabajaban. Al menos, eso esperaba Tryss. Lo inquietaba un poco la idea de que un loco lo hubiera sanado. Meneando la cabeza entristecido, volvió junto a Drili.

—No sé si me ha oído. Ni siquiera sé si está en condiciones —le dijo.

Ella asintió y desplazó la vista por su cuerpo.

—Lo que ha hecho... es asombroso. ¿Crees... crees que puedes volar?

—Averigüémoslo —respondió él con una sonrisa de oreja a oreja.

Ella arrugó el entrecejo, preocupada.

—Espera. ¿Y si es demasiado pronto...?

Pero él ya había arrancado a correr por el campo de batalla, con los brazos extendidos hacia los lados. Al notar que una brisa suave le impulsaba las alas, Tryss dio un salto.

Cuando Drili lo alcanzó, él soltó un grito de júbilo y se elevó hacia el cielo.

Tras caminar durante una hora, los Blancos se detuvieron en lo alto de una

colina baja. Auraya miró hacia atrás. Unas finas columnas de humo eran las únicas señales que revelaban la ubicación del campamento. Ella y sus compañeros formaron un círculo amplio.

—Chaia, Huan, Lore, Yranna, Saru —dijo Juran—. Os damos las gracias por proporcionarnos los medios para defender Ithania del Norte. Os damos las gracias por proteger a nuestro pueblo de los invasores pentadrianos.

—Os damos las gracias —murmuraron Auraya y los demás.

—Hemos luchado en vuestro nombre y hemos vencido. Ahora, después de la batalla, necesitamos más que nunca que nos guiéis.

—Guiadnos.

—Os pedimos que os manifestéis ahora, para hacernos partícipes de vuestra sabiduría.

Auraya contuvo el aliento. Aquello aún la impresionaba, pese a todo. Un resplandor apareció en medio del círculo y se materializó en cinco figuras.

«Están todos —pensó ella—. No los había visto juntos desde mi Elección».

Las facciones de las deidades cobraron forma. Estaban sonrientes. Ella no pudo evitar sonreír también. Chaia se encontraba frente a Juran.

Estamos complacidos por vuestra victoria —dijo—. Todos habéis luchado bien. Y tú, Auraya... —El dios se volvió hacia ella—. Has superado incluso nuestras expectativas.

Auraya notó que se le encendía el rostro. Bajó los ojos, divertida por su propia vergüenza ante aquel elogio.

¿Sobre qué deseáis consultarnos?

La pregunta procedía de Huan.

—Hemos permitido a los pentadrianos supervivientes que se rindan y regresen a su país, tal y como nos indicasteis —explicó Juran—, pero tememos las posibles consecuencias.

Puede que los pentadrianos se rehagan y lancen otra invasión —dijo Lore—. Si se empeñan en ello, lo harán. Matar a los miembros de este ejército no impediría otro ataque.

—Si nos invaden de nuevo, tal vez no solo deberíamos expulsarlos, sino librar al mundo de su secta —señaló Rian.

Quizá llegue un día en que sea inevitable. Aún no estáis preparados para esa batalla, respondió Chaia.

—Cuando Auraya vio salir a las tropas pentadrianas de las minas, vislumbró algo que parecía ser un dios —dijo Dyara—. Pero eso es imposible. ¿Qué era? ¿Una ilusión?

No es imposible, replicó Yranna.

—Pero no hay otros dioses.

Ninguno de los antiguos sobrevivió, salvo nosotros —admitió Yranna—, *pero podrían surgir dioses nuevos.*

—¿Hasta cinco? —preguntó Dyara.

Es poco probable, murmuró Saru.

—Pero no imposible.

No. —Chaia miró a las otras deidades—. *Lo investigaremos.*

Ellos asintieron.

Chaia se volvió otra vez hacia Juran.

Por el momento, regresad a Jarime y disfrutad de la paz que tanto os ha costado conquistar. Volveremos a hablar pronto.

Lanzó una mirada a Dyara antes de posar los ojos en Auraya. Su sonrisa se ensanchó por un momento, antes de dirigir su atención a Rian y Mairae.

A continuación, las cinco figuras luminosas desaparecieron.

Con un suspiro, Juran rompió el círculo y se acercó a Dyara.

—Esperemos que no descubran nada.

—Sí —convino Dyara—, pero si los pentadrianos adoran a dioses reales, deben de estar un poco molestos con ellos por haber perdido.

—Mmm —dijo Juran—. ¿Volverán a perder?

—Por supuesto —afirmó Mairae con despreocupación. Sonrió cuando los demás se volvieron hacia ella—. Tenemos a Auraya.

Esta suspiró.

—¿Quieres dejar de decir eso, Mairae? No hice nada extraordinario. Los pentadrianos cometieron un error, eso es todo.

Mairae esbozó una sonrisa.

—Cuando vuelva a su país, el enemigo contará historias sobre la implacable sacerdotisa voladora que mató a su líder.

—No volé durante la batalla.

—Eso importa poco. Piensa en lo útiles que serán esas historias para disuadir a futuros invasores. Usarán tu nombre para asustar a los niños desobedientes durante generaciones.

—Qué maravilla —comentó Auraya con sequedad.

—Si no desayuno algo pronto, os enteraréis de lo implacable que puede llegar a ser una sacerdotisa —gruñó Dyara.

Juran la miró, desconcertado.

—Eso hay que evitarlo a toda costa. Muy bien, pues. Regresemos a casa.

Aunque la túnica de tejedora que Emerahl había robado le quedaba un poco grande, la había mantenido a salvo de la curiosidad de los sacerdotes mientras atendía a los heridos. Había permanecido en el lado pentadriano del campo de batalla, lo que reducía el número de pacientes circulianos. Hacía horas que no veía el menor rastro de los Blancos. Debían de estar analizando la batalla con sus aliados.

Aunque no llevaba una bolsa con medicinas, se las apañó bastante bien con magia. Era un trabajo satisfactorio. Ella no había gozado de tal libertad para ejercitar sus dones desde hacía... mucho tiempo. Poco antes del alba, Emerahl había decidido que había llegado el momento de partir, pero a la orilla del campo de batalla descubrió a un siyí que aún se aferraba a la vida y se había detenido a ayudarlo.

Cuando terminó, el sol había salido y una luz delicada inundaba el valle. Aunque ella había planeado abandonar el campo cuando aún estuviera oscuro, supuso que no importaría mucho que alguien la viera irse. Tal vez los tejedores de sueños se preguntarían por qué una compañera suya había decidido marcharse, pero seguramente estarían demasiado enfrascados en su trabajo para darse cuenta. Nadie más sabría lo suficiente acerca de los tejedores para extrañarse por su partida.

Miró alrededor. Solo había un tejedor cerca, con la espalda vuelta hacia ella. Estaba escrutando el cielo. Emerahl frunció el ceño. Había algo en él que le resultaba familiar. Tal vez era uno de los tejedores del grupo con el que se

había topado.

Una voz baja y tensa llegó hasta sus oídos. Ella caminó en esa dirección, y un escalofrío le bajó por la espalda.

«Conozco esa voz».

Pero no podía pertenecer al hombre que había conocido. ¿Y qué estaba diciendo? Pasó por encima de un cadáver, acercándose despacio al tejedor.

—... debo irme. No. Ella puede ayudarme. No, solo empeorará las cosas. No pued...

La voz pasaba de aguda a grave, de débil a fuerte, de desconocida a familiar. El hombre despotricaba solo como un demente. Desplazó la vista en torno a sí y la clavó en Emerahl, que reprimió un grito de sorpresa.

—¡Mirar!

Era imposible. Él había muerto. Pero cuando pronunció su nombre, Emerahl advirtió que se le despejaba la mirada y que un brillo de reconocimiento le asomaba a los ojos.

—¿Emerahl?

—Estás... estás...

—¿Vivo? En cierto modo. —Se encogió de hombros y la miró con interés

—. ¿Qué haces tú aquí?

Ella esbozó una sonrisa torcida.

—Es una larga historia.

—¿Puedes... puedes ayudarme?

—Claro. ¿Qué necesitas?

—Necesito que me lleves lejos de aquí. Da igual en quién me convierta o lo mucho que proteste. Utiliza toda tu magia, si es necesario.

Ella le escudriñó el rostro.

—¿Por qué iba a tener que hacer eso?

Él hizo una mueca.

—Es una larga historia.

Ella asintió y cubrió la distancia que los separaba. El hombre había envejecido bastante. Emerahl nunca lo había visto tan enjuto y arrugado. El cabello se le había aclarado tanto que era casi blanco, y por la tez sin broncear que le rodeaba la mandíbula, ella supo que llevaba barba hasta hacía

poco tiempo. De no ser por la expresión de sus ojos y por los gestos con los que Emerahl había llegado a familiarizarse tanto, tal vez no lo habría reconocido. Y sin embargo, allí estaba: cambiado, pero vivo. Ella ya reflexionaría más tarde sobre la imposibilidad de eso.

Lo tomó del brazo y echaron a andar juntos.

Epílogo

Auraya caminaba por el campo de batalla.

La rodeaban cuerpos retorcidos. Los ojos velados y fijos de los muertos la llenaban de espanto. Le daba miedo mirarlos, pero no podía evitarlo. Labios lívidos se abrían y voces roncadas suplicaban que los dejaran vivir. Ella consiguió apartar la vista solo para posarla en otro cadáver que renegaba contra ella, acusador.

«Estoy muerto por culpa tuya».

Ella se alejó a toda prisa, pero el mar de cadáveres era inmenso. Formaban una capa gruesa sobre el suelo. Auraya tenía que pasarles por encima, y ellos intentaban agarrarla por los tobillos.

—¡Teníamos que luchar! ¡No había otra salida! —protestaba ella—. ¡Lo sabéis!

Más adelante, divisó una luz. De pronto, se encontró de pie ante ella. En un hueco entre los cuerpos alguien había colocado una mesa y dos bancos. Sobre la mesa había un tablero de fichas, con una partida empezada. Las piezas eran piedras veteadas blancas y negras exquisitamente talladas.

Los muertos habían callado. Ella pasó por encima del último y bajó la vista hacia el tablero. Los jugadores habían llegado a un punto muerto. No era de extrañar que hubiesen abandonado la partida.

Una figura surgió de entre las sombras. Auraya sintió una punzada de pena cuando lo reconoció.

«Leiard».

Él la miró inquisitivamente y fijó los ojos en la mesa.

—Qué sueño tan interesante estás teniendo. ¿Por qué sentías la necesidad de que yo apareciera en él?

Ella movió la cabeza.

—No quiero que estés aquí.

—Tú me has llamado.

—No es verdad.

—Sí lo es.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Y por qué has acudido? Creía que preferías a las ramerás.

Él parpadeó, sorprendido.

—¿O sea que lo sabes?

—Sí.

Leiard se quedó pensativo.

—Seguramente es lo mejor. Así no tendrás la tentación de buscarme.

Esto hirió los sentimientos de Auraya.

—Oh, no hay ninguna posibilidad de que eso pase ahora.

—Tal vez esto te resulte difícil de creer, pero no quería hacerte daño. Una amenaza se cernía sobre mi pueblo. El carácter de Leiard era débil y humilde para protegernos, no para ponernos en peligro. —Bajó la vista—. Quedan cinco fichas blancas y cinco negras. ¿De parte de quién quieres estar?

Ella contempló el tablero.

—De las blancas, por supuesto.

—Entonces has ganado.

Una de las piezas había cambiado. Llevaba grabado un círculo dorado que representaba a un sacerdote, lo que la convertía en una pieza más fuerte.

—¿Qué ha pasado? No estaba así antes.

Leiard sonrió.

—¿Ah, no?

—¿Por qué ha cambiado?

—No lo sé. Es tu sueño, Auraya la Blanca, y no quiero tomar parte en él. Adiós.

Ella alzó la mirada.
Leiard había desaparecido.

Glosario

VEHÍCULOS

Platén: vehículo de dos ruedas.

Tarne: vehículo de cuatro ruedas.

PLANTAS

Démbar: árbol con una savia mágica y sensible.

Felfé: árbol de Si.

Florrim: droga tranquilizante.

Fronden: planta parecida al helecho.

Garpa: árbol. Sus semillas son estimulantes.

Heybrina: remedio que, según se dice, protege de las enfermedades venéreas.

Hierbela: remedio para las hemorroides.

Huemin: flor carnosa.

Madera de sal: madera resistente a la descomposición.

Miten: árbol cuya madera arde lentamente.

Rebi: fruta que se da en Si.

Sautre: árbol que crece en las riberas.

Sendel: planta que crece en el sotobosque.

Yan: tubérculos que se encuentran bajo el suelo del bosque.

ANIMALES

Arem: animal criado para tirar de platenes y tarnes.

Arke: ave de presa.

Brim: animal pequeño que los siyís cazan por su carne.

Dardispa: insecto con aguijón de las montañas del nordeste.

Fanrin: depredador que caza gabras.

Gabra: animal doméstico que se cría en las montañas por su carne y su leche.

Garr: ser marino gigantesco.

Guirri: ave sin alas domesticada por los siyís.

Kiri: ave de presa grande.

Leramar: depredador con poderes telepáticos.

Lumbriz: insecto que brilla en la oscuridad.

Lyrim: animal doméstico de rebaño.

Mujuk: mascota pequeña.

Ner: animal doméstico que se cría por su carne.

Pezpalo: pez insípido.

Raina: animal utilizado como montura y para tirar de platenes.

Shem: animal doméstico que se cría por su leche.

Tiwi: insecto que vive en colmenas.

Viz: mascota graciosa que tiene el don de la telepatía y habla.

Vorán: animal semejante al lobo.

Yervo: animal parecido al ciervo con telepatía limitada.

Yeryer: animal marino venenoso.

ROPA

Cirque: prenda redonda que los sacerdotes circulianos llevan encima de la

ropa.

Nagua: prenda interior femenina.

Ctaveste: atuendo de los sacerdotes de Gareilem.

Sayo: vestido de mujer, camisa de hombre.

Tago: prenda que se lleva encima de la ropa, sobre los hombros y por el cuello.

ALIMENTOS

Especia de fuego: especia picante de Toren.

Harina de nueces: nueces pulverizadas, muy utilizadas en Si.

Hogazaplana: pan denso.

Tartahojaldre: pastel frito y hojaldrado.

BEBIDAS

Ahm: bebida de Somrey que suele servirse caliente y con especias.

Teho: bebida de Sennon.

Tintra: bebida haniana.

Tipli: bebida de Toren.

ENFERMEDADES

Putridez pulmonar: enfermedad que, curiosamente, pudre los pulmones.

Supurencia: enconamiento de una herida.

ARQUITECTURA

Casa de camino: establecimiento que ofrece alojamiento a viajeros.

Casa franca: lugar donde pueden alojarse los tejedores de sueños.

Piedrablanca: piedra de color claro.

Piedranegra: piedra de color oscuro.

Agradecimientos

Muchas gracias a: «Los dos Pauls» y Fran Bryson, que leyeron el primer borrador. También a Jennifer Fallon, Russell Kirkpatrick, Glenda Larke, Fiona McLennan, Ella McCay y Tessa Kum por sus consejos. A todos los lectores, en especial a mis amigos de *Voyager Online*. Y, por último, a Darren Nash y al equipo de Orbit, así como a Steve Stone por la maravillosa ilustración de la cubierta.